

Thérèse Brosse

CONCIENCIA-ENERGIA



Taurus

Dra. THÉRÈSE BROSSE

CONCIENCIA-ENERGIA

ESTRUCTURA DEL HOMBRE Y DEL UNIVERSO

Sus implicaciones científicas, sociales y espirituales

Versión castellana de
Pedro DE CASSO y Ramón GIMENO

taurus

Título original: La 'Conscience-Énergie», structure de l'homme © 1978, Henri VIAUD.
Editions Présence ISBN: 2-901696-15-5

Cubierta de
Eduardo ÚRCULO

© 1981, TAURUS EDICIONES, S. A. Príncipe de Vergara, 81, 1.º, Madrid-6 ISBN: 84-306-9762-4 Depósito Legal: M. 38.820- 1981 PRINTED IN SPAIN

El hombre es un secreto, en el que hay que penetrar, y aunque emplees en ello toda tu vida no digas por eso que has perdido el tiempo.
Dostoïevski, 16 de agosto de 1839
(carta a su hermano Miguel)

La Energía es lo Real
El Universo es Energía
La Energía es la Conciencia (Sir Woodroffe, Shakta-Vedanta)

Al Ser humano desconocido que, sin saberlo, lleva en su interior toda la grandeza de la humanidad. con el deseo de que llegue a darse cuenta de su realidad.

Al Profesor L.-J. Delpech, instigador entusiasta de las Ciencias Humanas; su clara y confiada amistad fue un acicate para la redacción de este manuscrito; en homenaje de profunda gratitud.

A María-Magdalena Davy, entregada al conocimiento efectivo de la interioridad; su comprensión y dedicación han hecho posible la aparición de esta obra; en prueba de sincero reconocimiento.

A Robert Faure, copartícipe en una misma tarea humana; su atento interés me acompañó en todo momento; gracias por ello.

NOTA DE LOS TRADUCTORES

Toda traducción debe enfrentarse al dilema que supone escoger constantemente entre el sentido que el autor ha pretendido dar a un término, una frase, un texto, y el lenguaje, diferente de aquél en que se piensa, en que va a plasmarse. No siempre es fácil decir «lo mismo» en un lenguaje que resulte, si no bello, por lo menos correcto.

El libro de Thérèse Brosse agudiza este problema hasta el máximo imaginable. En primer lugar, su contenido resulta globalmente incomprensible para quien, sea por experiencia personal o por trayectoria intelectual, no esté mínimamente próximo a su «postura ante la vida», por decirlo de algún modo. Por ello, la autora y la editorial prefirieron traductores no profesionales pero conocedores «a priori» de la personalidad, preocupaciones e intenciones de Thérèse: una mujer que, en suya larga vida, ha integrado una infinidad de saberes pertenecientes a diferentes y dispares parcelas del conocimiento y la experiencia personal; y ello, con una pretensión totalizadora tan lejos de las modas al uso como es, si no «explicarlo todo», sí, por lo menos, sentar las bases, orientar la búsqueda o centrar el problema para quien quiera sumergirse en análogas o complementarias trayectorias, sea a nivel personal o de investigación, o ambas cosas a la vez.

Los traductores creemos haber salvado este problema del respeto a la autora y al sentido global y particular del texto con toda pulcritud y puntualidad. Puede haber alguna pequeña divergencia, como a continuación se explica, pero podemos decir, con justa satisfacción, que hemos conseguido lo más difícil: decir «lo mismo» que dice Thérèse.

Pero es que ¡hay que ver «cómo» lo dice Thérèse! Aun sabiéndolo en parte y por adelantado, y por lamentable autocomplacencia que parezca, es preciso reseñar que la lengua de la autora es estoicamente (por no decir deliberadamente) descuidada y obligatoriamente compleja: un completo metalenguaje donde las palabras (entrecorridas, en mayúsculas, subrayadas, en cursiva...) casi nunca dicen lo que parecen, y si lo dicen es con un guiño de complicidad, un mohín de impotencia semántica o un, alegre y desencantado al tiempo, «no es eso», «no es eso»...

Conste que todo ello es perfectamente comprensible. El metalenguaje, porque sólo así puede hablarse de «estas cosas». Y el descuido porque, como ella dice, ya es bastante conseguir decir todo eso de un modo mínimamente ordenado y coherente, como para andarse preocupando por zarandajas sintácticas o pruritos como el de «huir de las reiteraciones» (y ya se verá por qué se dice esto; que aquí los traductores devolvemos a la autora uno de los innumerables guiños de complicidad que hemos compartido con ella durante estos meses).

Pero, claro, había que traducirlo. Y, en este aspecto, no podemos hacer gala de la misma presunción que acerca del sentido. Creemos escribir correctamente el castellano cuando nos dejan, pero el libro de Thérèse no es para lucirse. Quizás se hubiera podido hacer mejor; nosotros sólo podemos alegar que hemos hecho lo posible. Y que somos conscientes de que han sobrevivido, a pesar de todas las correcciones, ciertos galicismos, algunas transcripciones literales duras al oído o a la vista, y, por supuesto, construcciones extrañas a nuestra hermosa lengua (que, traductores aficionados como somos, es la compensación que nos llevamos: redescubrir la belleza y la precisión de un idioma como el castellano; y no forzosamente por referencia a la lengua de Thérèse ni a ninguna otra, que nadie se ofenda). Pero en ese dilema apuntado al principio, siempre hemos apostado por la fidelidad al sentido, aun a costa de parecer torpes.

Por lo demás, la traducción ha sido un placer, señora. Y no todo es guiño cómplice en

esta despedida. Pues aunque ya conocíamos el texto francés, no cabe duda de que traducir amistosa y amorosamente un libro como éste, es empaparse en él, desmenuzarlo, masticarlo, tragarlo, digerirlo..., nutrirse de él, en definitiva. Y hay muchas cosas nutritivas en este texto, como se verá; y aunque, como es natural, no se esté de acuerdo con todo o no se alcance, según el momento personal de cada uno, a aprovecharlo o entenderlo todo ahora mismo.

Pedro DE CASSO y Ramón GIMENO
Madrid, febrero de 1981

PROLOGO

No entraba en nuestro propósito el sacar a la luz pública de manera inmediata este manuscrito, sino más bien el dejar a algún lector eventual, interesado por su contenido, el cuidado de difundirlo a título póstumo. Y ello, por la siguiente razón:

Las etapas de un trabajo de pionero en solitario, realizado en lo esencial al margen de las autoridades oficiales, se habían ido topando, lógicamente, a lo largo de su desarrollo, con la hostilidad más o menos confesada del entorno social, falto de preparación para interesarse por él y asimilar sus conclusiones.

Y es que, efectivamente, el fin pretendido en la investigación cuya fase última representa este estudio, era nada menos que intentar responder al mandato del «conócete a ti mismo». Ahora bien, proponer una estructura biológica del ser humano, con el sentido ampliado que revela su verdad integral, representa una eliminación sistemática de tabúes e ideas recibidas.

La estructuración de una síntesis sobre bases más elevadas, pero carentes aún de respaldo oficial, seguía resultando extraña a las preocupaciones de la «Ciencia», en cuanto cuerpo constituido. A este respecto la historia nos enseña que la aceptación social sólo resulta posible cuando se presentan trabajos parciales que se desenvuelven dentro del marco de paradigmas intangibles, y que no suponen ningún peligro que atente contra su hegemonía.

Preocupada desde muy pronto por la deficiencia que entrañaba la concepción del ser humano como una estructura dualista (psico-fisiológica), que nos parecía conducir a un «impasse» a la ciencia del hombre, presenté en un primer momento, en colaboración con un psicólogo I, una obra de fisio-psico-pedagogía que integraba los dos niveles comúnmente aceptados (el psíquico y el fisiológico) en un nivel superior: la consciencia individual.

Poco importa que esta publicación conociera algunos sinsabores (según un especialista, se había adelantado cincuenta años sobre su época), pues desde entonces otras investigaciones personales me convencieron de que era, en efecto, la Conciencia, no ya individual, sino «universal», la que, individualizada ilusoriamente, representaba, funcionalmente, ese nivel superior. Esta es la proposición que contienen las páginas que siguen, en las que se sustituye la antigua estructura dualista por una estructura trinitaria.

A pesar de inconvenientes y dificultades reiteradas, provenientes de organizaciones o de intentos de colaboración, el trabajo se prosiguió imperturbablemente gracias a las simpatías y comprensión de algunos, y a los ofrecimientos de misiones científicas francesas y extranjeras.

Para denominar adecuadamente el nivel superior de la constitución humana, la misma semántica se tropieza con la malinterpretación de los «dualistas». El término más indicado para completar el binomio «psyché-soma» es evidentemente el «noüs» griego, que ya hemos utilizado en publicaciones anteriores y que asumiremos en adelante de forma definitiva*.

Sin embargo, algunos autores han usado este término para designar la conciencia «psíquica». En este sentido, la noosfera de Teilhard de Chardin y la ciencia noética de algunos americanos. Para nosotros, esta denominación, que nos parece conveniente, designará siempre la «Conciencia pura», autónoma, libre de utilizar o no uno u otro de los niveles subyacentes de la estructura, el psíquico o el fisiológico.

En cuanto al término «espíritu», corresponde normalmente al «mind» inglés. El sustantivo correspondiente a «mental» no existe en francés; no obstante, lo utilizaremos pues resulta práctico e incluso indispensable**. El adjetivo «espiritual» y

el sustantivo «espiritualidad» se emplean, en cambio, corrientemente en un sentido trascendente, ideal, metafísico, sin substrato biológico. Los defensores de ese «algo» espiritual superior al psiquismo, desprovisto de un nivel biológico auténtico, y dotado de cualidades sobrenaturales, rinden un flaco servicio a la constitución de una «ciencia» del hombre.

Una ciencia digna de ese nombre no puede hurtarse a la tarea de descubrir la realidad biológica de todos los estados de interioridad, ni a la de definir los mecanismos específicamente humanos de un ser que, por estar situado en la cima de la evolución, parece estar destinado, por naturaleza, a conocer y llevar a su perfección todo cuanto existe.

Considerar la «Conciencia» bajo su aspecto «biológico», estudiarla en su dinamismo espontáneo y experimental (a lo que nos invita la física moderna), es penetrar en una realidad donde se desvanece el prejuicio que divide a los hombres en «materialistas» y «espiritualistas». Nuestra costumbre de atribuir al espíritu una cualidad metafísica o religiosa convertía esta trascendencia en inaccesible a los métodos experimentales de detección científica. Con la «Conciencia-Energía» sucede muy de otra manera.

Por otra parte, como reacción contra una actitud opuesta a la exigencia de verificación realista, numerosos investigadores acometieron la exploración del vasto campo de la psico-fisiología ignorando lo «espiritual» en tanto que expresión superior, y excluyéndolo, por tanto, a priori, de los mecanismos del comportamiento humano.

¿Nos encontramos en uno u otro caso ante una actitud realmente científica? Creemos que no.

Cuando los físicos, al estudiar la materia, encontraron la energía, no la negaron ni la dejaron fuera de su marco de experimentación. El descubrimiento de las leyes que rigen la liberación de la energía no haría temblar hoy a las naciones y a las conciencias, si hubiera ido precedido o acompañado de otro descubrimiento: el de las leyes que liberan a estas conciencias de sus peligrosos condicionamientos.

Pues de esto se trata justamente: del hecho de que existen *leyes biológicas que presiden el juego de la energía consciente*, y no de un ideal nebuloso bautizado con el nombre de «espiritual».

Hoy en día resulta posible verificar experimentalmente que la «Conciencia-Energía», que se manifiesta como poder autónomo, a título de «nivel superior» de la estructura humana jerarquizada, entraña la subordinación de los niveles subyacentes conforme a una ley cuya violación engendra la confusión y los desajustes de que somos hoy todos testigos.

Si el «conocimiento de sí mismo» se impone actualmente con una urgencia que se ha multiplicado por diez, ello debe hoy hacerse desde este ángulo científico, a través de los debidos controles de la interioridad.

Los capítulos que siguen no quieren ser, sin embargo, otra cosa que un testimonio, sin la menor pretensión de convencer. El profesor L.-J. Delpech y María-Magdalena Davy, puestos de acuerdo, han acometido la tarea de hacer imprimir este manuscrito, compuesto inicialmente para obtener tan sólo una discreta difusión. Mi profundo agradecimiento por ello, si sucede que esta publicación puede aportar una contribución, por mínima que sea, a la ciencia del porvenir.

* Consultar el Glosario in fine.

** En castellano existe la palabra «mente», que emplearemos en lo sucesivo para traducir la forma sustantivada «mental» que figura en el original [N. del T.].

INTRODUCCION

«Hombre, concóctete a ti mismo y conocerás al Universo y a los Dioses»

(Oráculo de Delfos)

«La Conciencia es la Verdad» (Sri RAMANA Marzo)

Hemos entrado en una era de cambios, de incesantes replanteamientos, y los problemas que están naciendo con nuestra época no van a encontrar solución sólo en base a los valores elaborados en el correr de los siglos.

Entre todos estos problemas, si hay uno fundamental, es justamente el del ser humano, su naturaleza, su constitución, sus posibilidades, su porvenir, pues es de aquí de donde surgen las preguntas más angustiosas.

La realización de progresos técnicos gigantescos ha suprimido las barreras del espacio y del tiempo. Ha llegado a anegarnos de instrumentos apropiados para organizar racionalmente nuestro mundo a fin de suprimir en él la miseria, y, sin embargo, paradójicamente, nuestro globo jamás ha conocido un peligro de destrucción semejante. El estado de desequilibrio planetario que se impone a nuestra mirada acusa implacablemente al hombre, cuyo genio y cuyos descubrimientos no podemos, por otra parte, dejar de celebrar.

Y es que, en la mayoría de nuestros contemporáneos, el espíritu humano opone todavía resistencia a la edificación de una solidaridad capaz de crear instituciones adecuadas al más alto grado de la conciencia moderna.

¿Qué ser es éste que se presenta ataviado de «especie humana» más que de «humanidad», y al que una serie de disciplinas científicas, cada vez más numerosas, no acaban de entrever en su integridad?

Un conocimiento semejante requiere hoy en día ser elaborado dentro del marco ensanchado que supone un enfoque interdisciplinar, debe dar cabida a todas las ciencias situadas en vanguardia del progreso, y necesita incluir en sus investigaciones la de una serie de estados de conciencia, que hasta hace poco la ciencia se negaba a abordar. Más aún, si para llegar a una síntesis válida, se revela como indispensable el descubrimiento de un eslabón desconocido, habrá que dejar de lado el temor de buscar en una tradición oriental milenaria, más rica y más documentada que la nuestra, la hipótesis que podría situar nuestro trabajo en una instancia más elevada. Tal vez constataríamos que, juiciosamente integrada, presentaría una validez estructural y funcional conforme a las leyes más rigurosas de nuestra neurofisiología.

Dos grandes senderos científicos se ofrecen hoy a nuestras investigaciones, a la vez que confieren nueva plenitud y cualidad a nuestros elementos de comprensión e interpretación. Aunque tratan, en apariencia, de los dos aspectos más opuestos que pueden manifestarse, a saber: la materia y la conciencia, el ponerlos en relación puede arrojar nueva luz sobre nuestra concepción del Universo y del Hombre. Esas dos grandes vías son:

Por una parte, los descubrimientos de la microfísica, que con la teoría de los quanta hacen surgir de la aparente e ilusoria materialidad una vida que se renueva sin cesar.

Por otra parte, el interés que muestran ciertos grupos de investigadores, y que tiende a organizarse en una verdadera ciencia², a propósito de un número considerable de registros y controles de laboratorio, paralelamente a una serie de trabajos sobre la fisiología de la corteza cerebral.

Sin embargo, estos trabajos se ocupan solamente de los estados de conciencia psíquicos, esto es de la conciencia «mental» que todos conocemos, si bien

precisamente cuando se trata de manifestaciones «no habituales» de la misma, de tipo metafísico (extático)³ o parapsicológico⁴. Igual sucede cuando tratan de la eventual intervención de la conciencia del observador en los fenómenos cuánticos⁵.

Un grupo universitario surgido en Estados Unidos, cuya tendencia fundamental nos transmite Raymond Ruyer en su libro *La gnosis de Princeton*⁶, concede también una importancia primordial a la conciencia. La conciencia no aparece aquí como opuesta a la materia, sino que, al contrario, se constituye en su único componente. El universo está hecho todo él a base de formas de conciencia y de interacciones entre las mismas. La información proporcionada por la conciencia se considera como el haz, como el «derecho», del conocimiento, mientras el materialismo, al considerar que todo es «objeto», proporcionaba sólo su envés, su «revés».

De todas maneras, ninguna de estas investigaciones nos proporciona información alguna sobre la naturaleza de la conciencia.

No por ello dejan de tener interés estas nuevas actitudes científicas, y su rigor de presentación, para quienes, como nosotros, nos proponemos elaborar una estructura humana que tenga como base, o más exactamente como cima y como única realidad, la Conciencia. Sirven de acicate y de justificación a nuestras hipótesis, que se atreven así a entrar sin temor en una nueva era de la investigación a este respecto.

Efectivamente, a la vez que apreciábamos la acumulación de testimonios que diariamente subrayan la importancia de la conciencia, nuestro objetivo fue desde un primer momento más ambicioso:

Más que aportar una contribución parcial a las ciencias humanas, soñábamos con edificar una síntesis capaz de presentar al ser humano en la integridad de su estructura y de sus procesos funcionales, tratando de elucidar sus relaciones con el Universo.

Nuestra exigencia de verdad no nos permitía seguir aceptando un tratamiento del hombre calificado como «ese desconocido»⁷. ¿Acaso no decía el propio Carrel: «Ha llegado el momento de comenzar la obra renovadora, la Reconstrucción del hombre»? Queríamos descifrar a toda costa (a nuestros propios ojos, ya se entiende, sin pretender convencer a nadie) el misterio de «ese ser único», como lo denomina Julien Huxley⁸, «dotado de un poder de dominación infinito, si desea ejercerlo... y llamado a participar en una gigantesca experiencia evolutiva».

En un pasado todavía reciente, en el campo de las ciencias, resultaba de buen tono que los investigadores se limitaran a escribir sobre temas de los que tuvieran conocimiento de primera mano, y que por tanto dominaran. Erwin Schrödinger nos lo recuerda, pero insiste igualmente en el hecho de que hemos heredado de nuestros antepasados la necesidad de una ciencia que abarcara todos los aspectos en una unidad, y que, en la antigüedad y durante algunos siglos, era precisamente ese aspecto «universal» de la ciencia lo que merecía algún crédito⁹.

Desde entonces, la multiplicación creciente de las disciplinas y de las especializaciones ha traído consigo la imposibilidad de profundizar todos los conocimientos. Ante este dilema, ese gran científico desea que algunos de entre nosotros «se embarquen en una síntesis de hechos y de teorías» de los que no tengan sino un conocimiento incompleto y de segunda mano, a riesgo de pasar por extravagantes.

En esta declaración de tan eminente físico reside nuestra excusa, si es que de ella tenemos necesidad.

Pero una síntesis digna de tal nombre requiere una serie de exigencias imperiosas. Debe ser pragmática, y debe respetar las leyes de integración anatómica y de

* En el original, «maîtrise»: dominio, control, maestría [N. del T.].

Subordinación funcional a las cuales obedece el sistema nervioso. Para que ello sea posible, es preciso que esté constituida por niveles jerarquizados dentro de un marco de unidad conferido por el nivel superior de integración. Su actividad normal debe expresar una serie de leyes biológicas, a cuya violación puedan ser atribuidos los extravíos funcionales. El conocimiento de los mecanismos de dominación* debe poder explicar la razón de tales fallos.

Un esbozo estructural como éste, a la vez estático y dinámico, no debe tampoco quedar fijado a un marco intemporal que podría exhibirse en un museo del hombre. Debe ir provisto de una antropogénesis que proporcionará la clave para el «camino de vuelta» e indicará el camino a recorrer. El ser humano, de dónde viene, a dónde va... éstas son las perspectivas que deben permitir fijar la cuestión de «lo que el hombre es».

Bástenos decir que nuestras ciencias occidentales, por mucha atención que estén prestando a numerosos aspectos de la conciencia, no podrían permitirnos intentar una síntesis con sólo los elementos que sus descubrimientos, por prestigiosos que sean, ponen a nuestra disposición. Los fenómenos que estudian se refieren únicamente, ya lo hemos señalado, a la actividad de la conciencia psíquica. Cualesquiera que sean sus modalidades no ordinarias, siempre se desarrollan en el marco dualista de lo psico-somático.

Ahora bien, es justamente en ese nivel psíquico en el que vemos que tienen lugar los fallos y las desviaciones, individuales o sociales, que sufre nuestra humanidad presente. Es ahí donde registramos fracasos insuperables en las tentativas de corrección o de reeducación.

Los «Gnósticos de Princeton», que muestran una «voluntad de técnica» en este nivel psíquico, en relación con los comportamientos deseables, y buscan «montajes» eficaces, reconocen que, por una división arbitraria del ego, se entabla un diálogo entre sus dos mitades: el «Yo» testigo, especie de Dios humorístico, dice al «Yo» ingenuo, al cual observa: «Lo has hecho mal, pero podrás hacerlo mejor.» El Sabio hindú, subraya dando la inutilidad de esta forma de proceder, confirma: una parte de la mente se disfraza de gendarme, en tanto que la otra hace de ladrón. De un proceder semejante no puede resultar ninguna armonía mental, pues se trata no sólo de «conocerse a sí mismo», sino, en definitiva, de «edificarse a sí mismo»; también en Princeton se insiste sobre este punto, por otra parte.

Resulta ahora conveniente recordar la ley neurofisiológica, según la cual la simple puesta en juego de un nivel superior de la estructura cerebral subordina automáticamente los niveles subyacentes. Trasponiendo esta ley al plano psíquico, en el tratamiento de afecciones cardíacas psicósomáticas, he verificado experimentalmente, en diversas ocasiones, la subordinación de la emoción diencefálica y de los desarreglos que provoca, a una actitud intelectual que proviene del nivel cortical subyacente.

De igual manera, resulta razonable imaginar que la naturaleza nos haya provisto de un nivel superior capaz de poner freno a nuestras incesantes perturbaciones psíquicas y su incoercible sucesión de pensamientos.

En vano se buscaría en nuestras ciencias psicológicas la mención, o incluso la hipótesis, de la existencia de tal nivel, dotado también él de naturaleza biológica, situado como cima energética funcionalmente eficaz. La conciencia hasta ahora sólo ha sido tratada en asociación con el intelecto, la afectividad, la fisiología.

Fueron mis misiones científicas en la India las que, como veremos, me revelaron una posible apertura hacia un ensanchamiento científico de este problema humano, gracias a la estructura trinitaria, dominada enteramente por la «Conciencia-Energía»,

a la vez trascendente e inmanente. Su dinamismo está en la base de la práctica del yoga.

Surge entonces la pregunta fundamental para quienes no practican esta disciplina: ¿Cuál es, en la vida corriente, el estatuto funcional de ese nivel integrador?

Ya se entiende que es una función de «atención». Es fundamental hacer aquí una discriminación que aconseja el Shakta Vedanta: la atención selectiva de nuestro ego sólo aprehende un sector de la realidad; sólo cuando su atención se vuelve «a-céntrica» e imparcial se acerca el hombre a su Realización. También Krishnamurti insiste en esa distinción, refiriéndose tan sólo a su propia interioridad, al margen de cualquier tradición. Esa atención total, sin esfuerzo (en ello se diferencia de la concentración), debe estar libre de todo condicionamiento, de todo juicio u opinión, en una palabra, debe situarse fuera de la «dualidad». Se trata aquí de una conciencia separada del psiquismo, un acto de «conciencia pura» dotado de eficacia constante; hemos podido verificarlo en nosotros mismos, además de en nuestra propia clientela.

¿De dónde proviene esa eficacia sin esfuerzo? Sólo hay una respuesta posible: de la puesta en juego de un nivel superior que hace funcionar la «ley de subordinación». Mircea Eliade considera a la «Conciencia-testigo» como «uno de los mayores descubrimientos de la India»¹⁰. Sin embargo, según Sri Ramana Maharshi, el término de «conciencia-testigo» no resulta apropiado, por el hecho de implicar un sujeto y un objeto, dualidad que no se da en la Conciencia u. El mismo precisa en ese sentido: «Consciousness is awareness», atención sin dualidad, simple «presencia lúcida» de la Conciencia pura.

Una actitud semejante pone inmediatamente freno a la marea incesante de nuestros pensamientos incontrolados. Ahora bien, la «estabilización mental» constituye la condición sine qua non para el acceso a la Conciencia superior. Esto, en el yoga, es de capital importancia. Los aforismos de Patanjali lo elevan a la categoría de definición: «El Yoga consiste en impedir las fluctuaciones mentales. Entonces se encuentra el sí mismo (la Conciencia pura) en su estado propio. En los demás casos, se identifica con la actividad mental»¹².

Tal es, a grandes rasgos, el sentido de lo que vamos a exponer a lo largo de los capítulos siguientes: una investigación enfocada en la dirección de una «ciencia del Hombre integral» que, de paso va a ir descubriendo la «Realidad» insospechada que late detrás de esa integridad.

Después de haber atribuido a la «Conciencia-Energía» la génesis, a partir de su propia sustancia, de la totalidad de la estructura humana, nivel por nivel, y tras haberle conferido sólo a ella la capacidad de organizar esa estructura en cuanto nivel superior de la misma, puede parecer aún más temerario el atribuirle el mismo papel con respecto al Universo.

Ciertamente lo hubiera sido a principios de siglo, cuando la ciencia aún no había invalidado la ingenua concepción, basada en el sentido común, que atribuía al Universo una existencia autónoma, aparte de la del ser humano, y reconocía a la materia una objetividad indiscutible.

Aún hubiera resultado más utópico no referirse más que a una tradición milenaria, de una cultura extranjera, para apoyar una síntesis opuesta a los datos del «cientifismo» de entonces.

Todavía hoy no ha dejado de costarme trabajo el que, en el título de esta obra, aparezcan asociados por una conjunción copulativa el Hombre y el Universo. En mi interior hubiera juzgado más apropiado tratar del «Hombre-Universo», de igual manera que se hace con el «espacio-tiempo», o incluso no emplear sino el término único «manifestación», que resulta obligado, semánticamente, para suplantar al de

«creación» salpicado de metafísica. Un título adecuado hubiera sido para mí el de la «Conciencia-Energía» en cuanto estructura de la «manifestación», aunque desde luego habría resultado demasiado «hermético» para los lectores poco entrenados en una «unificación» tan aparentemente desligada de la antropogénesis y de la cosmogénesis.

Para quien es capaz de concebir con «benevolencia» una estructura unitaria del hombre y del universo, la «Conciencia-Energía» ofrece la única hipótesis lógica y eficaz. La «Conciencia-Energía» da cuenta de la multiplicidad de descubrimientos científicos que sumergen hoy día a los investigadores en su incesante fluir y que, en micro-física, no les permiten ordenarlos dentro de una teoría general satisfactoria. Están esperando, lo dicen ellos mismos, esa «teoría general», ese «maravilloso descubrimiento» capaz de dar un sentido a todo este puzzle cargado de fragmentos¹³. A decir verdad, no es que haya que «descubrir» nada. Se trata de intentar utilizar la síntesis allí donde se encuentre o, mejor aún, la «integración» de todos esos descubrimientos parciales, conformes con las verdades «reveladas», dentro de un marco conjunto compatible en todo con la ciencia moderna. Este puede plantearse una última cuestión con respecto a la fuente originaria de esta energía que podríamos decir «cripto-genética». La respuesta sería: ¿por que no someterla a prueba a título de hipótesis, o incluso de postulado, de acuerdo con la «mentalidad» del propio científico?

«La física contemporánea nos obliga a dudar de la realidad del mundo físico», nos dice Pierre Rousseau. En realidad se nos invita, más que a una duda, a hacer un acto de fe con respecto a esa «no-realidad». La materia, efectivamente, aparece constituida de partículas que no son sino los puntos de encuentro de «ondas de probabilidad» y que corren el riesgo de no ser sino una singularidad matemática. «Nada de partículas, ni de materia, nada de mundo exterior.» Ese es el punto donde nos encontramos desde la óptica de la microfísica..., o más exactamente «no existe mundo exterior independiente del observador». Nuestro conocimiento de los fenómenos es sólo lo que de ellos se manifiesta cuando nosotros intervenimos. «La materia es una imagen en el interior de nuestro espíritu», declara Schrödinger¹⁴. La noción de «evento» ha reemplazado a la de «elemento».

Stéphane Lupasco¹⁵, especialista de la «sistematización energética», nos informa, en otros términos, del proceso energético que engendra la ilusión de la materia, al tiempo que define la conciencia en forma igualmente energética: «Todo objeto se presenta como una sistematización energética dotada de cierta resistencia... que confiere a nuestra representación sensible la impresión de realidad física, consistente y opaca, que llámanos materia.» Por ello «el Universo es, por así decirlo, un sueño, y de sueños se compone la trama del mundo». Y en otra parte: «La conciencia es la propia realidad energética potencial»; en su potencialidad, es a la vez «causalidad» y «Finalidad»; yo no tomo conciencia de... yo soy conciencia... el objeto está en la conciencia porque es potencialidad como la misma conciencia. No existe dualidad «sujeto-objeto».

La misma ilusión tiene lugar con respecto a nuestra masa cerebral: «Cuando, al hablar de localizaciones en el cerebro, imaginamos una sustancia cortical, una "materia nerviosa", de hecho no se trata más que de localizaciones de "la energía dentro de la energía".» Nuestra constitución humana supone la coexistencia de tres sistemas energéticos con cualidades dinámicas diversas, y por tanto coexisten también tres materias (energéticas) distintas. Pero surge la pregunta: « ¿De dónde proviene esa energía que nos vemos abocados a postular?»¹⁶.

Fácilmente puede imaginarse que la respuesta que proponemos se inscribe

naturalmente en esa óptica.

Los científicos de la Universidad de Princeton conceden igual importancia a la energía y a la conciencia, insistiendo en la ilusión de la materia. Según ellos, el espíritu crea una resistencia en forma de materia, y los seres no tienen cuerpo, «no son cuerpo». La conciencia es presencia absoluta.

Hasta aquí, algunos asertos diferentes de la ciencia moderna. En estas condiciones, ¿cómo podría inquietarnos el leer en el Shakta Vedanta que el Universo es Energía y que la Energía es Conciencia, que la mente humana y la materia son dos aspectos gemelos de una Conciencia única que actúa como «poder», que la dualidad de «sujeto objeto» es una ilusión? ¿O cuando un sabio hindú nos afirma, en virtud de su «experiencia interior» que «nada de lo que vemos es real... que la vida es un sueño»? Existe aún otro ángulo desde el que podemos poner igualmente en relación la física y la tradición, a fin de introducir la noción de la «Conciencia en cuanto estructura del Universo».

El físico Jean Charon ha intentado y conseguido incluir la teoría de los cuanta en la Relatividad Restringida de Einstein, que postulaba un «continuo espacio-tiempo» como expresión de la realidad concerniente al Universo. Llegó así a formular una teoría unitaria del Universo, expresada en un «continuo espacio-tiempo»¹⁷⁻¹⁸.

Encontramos ahora que en el Shakta Vedanta el «continuo de la Conciencia» es, en cuanto energía primordial, el Espacio-Tiempo, incluido el antagonismo de los dos términos «espacio» y «tiempo», como en el «espacio-tiempo de sistematización» de S. Lupasco («CIT Continuo = KALA = DIK») (Conciencia Continuo = tiempo = espacio). Esta asimilación de la «Conciencia-Energía» al espacio-tiempo en cuanto continuo, ¿no equivale a definir la Conciencia como estructura misma del Universo?¹⁹

Y, por otra parte, de igual manera, si esta misma Conciencia es la estructura del organismo humano, ¿no estamos en presencia de una teoría unitaria del Hombre-Universo o de la «manifestación»?

Creemos haber ofrecido, en este breve recorrido, unos cuantos ejemplos suficientes para aceptar sin sorpresa el hecho de que, si la «Conciencia-Energía» es la «clave» de la estructura humana, también lo es obligatoriamente de la del Universo, pues ambas no son sino aspectos de una misma manifestación.

En una obra consagrada al simbolismo arquitectónico del templo de Luxor, y titulada El Templo en el Hombre²⁰, un egiptólogo no duda en escribir: «El Universo no es sino conciencia y no presenta sino una evolución de Conciencia desde su principio a su fin, que es la vuelta a su causa.» Y más adelante: «El Universo no existe para nosotros sino en virtud de nuestra propia conciencia.» Igualmente: «La naturaleza y el Hombre no son sino uno.» Podemos reconocer en estas declaraciones la inspiración del Vedanta.

La densidad de esta introducción, tal vez fastidiosa, nos parecía no ser inútil para evitar al lector perderse en digresiones que, al ir apareciendo, podrían oscurecer lo esencial en un tema tan poco habitual, y tan desorientador en algún sentido, como es éste.

En una obra que pretende tratar del hombre «integral» resultaba obligada la inclusión del último capítulo que prolonga la ciencia del hombre con una exploración de la interioridad última.

Algunos lectores tal vez encontrarán en estas páginas una resonancia con sus propias aspiraciones. Pero los caminos que conducen a la Verdad son múltiples, y el mejor, para cada uno, es el que él mismo descubre, realizando, al recorrerlo, su propio destino.

CAPITULO PRIMERO

ITINERARIO DE UNA INVESTIGACION

De la Cardiología a una ciencia del hombre

« ¿Dónde acaba nuestra labor de cardiólogo?... ¿Quién es ese ser al que le late el corazón? En todo caso, necesitamos intentar acercarnos a él, oírle y hacer que él nos oiga también...»

(Roger godel, Correspondencia) Abril de 1953

Me ha parecido que debía recordar, como lema de este capítulo, esa exhortación de un colega, prematuramente arrancado de una tarea científica tan plenamente humana como expone.

Para Roger Godel, cardiólogo como yo misma, el ejercicio de la profesión médica representaba, efectivamente, el cauce de confrontación del científico, el filósofo y el hombre. Con una insobornable exigencia de verdad había centrado su investigación en la elaboración de una síntesis condicionada enteramente por la sabiduría última de una Conciencia de la que emanan todas las cosas y que, sin embargo, parece condenada a escapar a la exploración científica. Su enfoque científico apuntaba nada menos que a explicitar lo que, a sus ojos, representaba la «realidad esencial».

Expondré a continuación, a grandes rasgos, lo que fue para mí la dialéctica de una Investigación, comenzada en los albores de mi ejercicio médico profesional, y cuyas conclusiones han quedado expuestas globalmente en la introducción que precede.

LA CARDIOLOGÍA Y LO «PSIGOSOMÁTICO»

El deseo inicial de ayudar a innumerables cardiacos, víctimas funcionales de traumatismos consiguientes a emociones no bien dominadas, con el objetivo de sustraerlos a una continua terapéutica a base de medicamentos paliativos y tóxicos, fue lo que, hace cincuenta años, cuando trabajaba como interna, me decidió a tratar de elucidar el proceso psicosomático implicado en tales desórdenes, con vistas a una posible reeducación.

La ocasión vino con la preparación de una lección sobre las «arritmias sinusales», hecho que orientó, a la vez que agudizó mi interés en la investigación:

Descubrí que en 1914 el fisiólogo Wenckebach y el psiquiatra Wiermsa habían señalado el influjo Dienhechor y regulador que, en el curso de determinadas arritmias, ejercía una atención intelectual sostenida: dos jóvenes amigos suyos, particularmente emotivos, presentaban habitualmente una arritmia de origen respiratorio, que desaparecía en períodos de examen y que volvía o se exasperaba caso de distracción. Ahora bien, este tipo de arritmia tiene lugar en los animales de forma permanente, y se da también en los niños; es un reflejo que se da en todo sujeto que deja vagar el pensamiento. Según estos autores, el estado del pulso podía permitir apreciar el estado de concentración mental.

Por otra parte, la clínica confirma ampliamente, en el dominio funcional, las constataciones realizadas por Wenckebach. Muy frecuentemente observamos cómo la intervención de una decisión deliberada permite a un organismo enfermo realizar un esfuerzo que parecía exceder su capacidad. Las enfermedades funcionales de los

desocupados desaparecen cuando la vida exige de ellos una actividad que en condiciones habituales afirmaban no poder asumir.

A fin de objetivar las variaciones fisiológicas imputables a las modificaciones cualitativas de la actividad consciente, y definir al mismo tiempo los elementos esenciales de cualquier tentativa de reeducación, se imponía llevar a cabo un trabajo de experimentación.

HACIA UNA TERAPÉUTICA MENTAL. EXPERIMENTACIÓN

Para poder valorar el papel del dinamismo consciente, hemos utilizado, como base de experimentación, la rápida capacidad de respuestas la sollicitación psíquica que presenta el sistema vascular.

A una serie de sujetos, tanto normales como inestables desde el punto de vista nervioso, pedíamos realizar, a una señal dada, una operación mental. Entretanto, antes, durante y después de la prueba, se registraba el trazado arterial sin solución de continuidad.

En los nerviosos inestables, predispuestos a arritmias funcionales, el acto de atención, correctamente ejecutado, hacía desaparecer la arritmia si ésta estaba presente antes de la prueba. Por el contrario, cualquier esfuerzo cargado de fuerte potencial emotivo ante el temor de realizar mal lo ordenado, acentuaba la arritmia o la hacía aparecer si el pulso era regular antes del ejercicio. Los mismos resultados se obtenían ante un recuerdo afectivo penoso. Un sujeto, que sólo en un segundo intento consiguió estar atento, hizo desaparecer una arritmia que había provocado en el primero cuando estaba emocionalmente afectado.

En ausencia de alteraciones del ritmo, actitudes mentales opuestas determinaban reacciones neurovegetativas de carácter antagónico: una atención sostenida provocaba una hipertonia semejante a la que origina la inmersión parcial de un miembro en agua fría; una emoción difusa daba lugar a una reacción de tipo hipotónico como la que se manifiesta en caso de sumergir un miembro en agua caliente o en el caso de fatiga arterial consecuenta a una larga compresión de la vejiga.

En algunos pocos sujetos, con algún entrenamiento en autodomínio psíquico, la voluntad aplicada a Tos fenómenos fisiológicos alcanzaba a modificar el ritmo del pulso, ya acelerándolo, ya lentificándolo, a medida de sus deseos.

EL MECANISMO PSICOFISIOLÓGICO

En el curso de la experimentación que llevábamos a cabo en aquella época, habíamos encontrado dos elementos que podían jugar en el proceso psicofisiológico de las modificaciones registradas:

En primer lugar, el nivel psíquico ocupado por la conciencia. En lo que respecta a la ley biológica de integración anatómica y de subordinación funcional, que determina las prerrogativas jerárquicas del nivel superior, habíamos notado que los estados psíquicos participaban y compartían esa jerarquía de los niveles de la estructura nerviosa a ellos correspondiente, y que la actividad intelectual podía ejercer su dominio sobre la emotividad, fuente de perturbaciones neurovegetativas cuando escapa al conveniente control²¹⁻²²⁻²³.

Por otra parte, intervenía la cualidad del estado de conciencia, según que fuese el correspondiente a una atención correcta, o a una tumultuosa agitación afectiva.

Esta última observación suscitaba, en realidad, problemas más interesantes que los

que resolvía, pues sólo después de muchos años pude ver claro que la atención sólo podía actuar eficazmente en el caso de estar libre de todo condicionamiento, como más tarde veremos.

De todos modos, ya desde aquella época venía postulando, a título de hipótesis, la existencia de un tercer nivel superior de integración en la escala jerárquica de la estructura humana, a saber: la «Conciencia», con capacidad de utilizar libremente los niveles subyacentes, el psíquico y el fisiológico, y, por tanto, de organizar y regir de esta forma, en el hombre, el cerebro heredado del reino animal²⁴.

Pero se imponía, también aquí, una precisión, que mucho tiempo después iba a hacernos diferenciar la Conciencia en cuanto expresión «individual», afiliada todavía al ego, de la Conciencia «universal», presente en todos nosotros en cuanto poder autónomo independiente del condicionamiento de la individualidad.

Esta distinción no podía surgir en el mareo de nuestra cultura occidental. Una serie de misiones sucesivas en la India, destinadas a enriquecer, a través del trabajo con los yoguis, mi campo de exploración técnica en el terreno psicosomático, iban a proporcionar a mis investigaciones los elementos indispensables para realizar una estructuración trinitaria satisfactoria de la constitución humana.

MISIONES EN LA INDIA. ELABORACIÓN DE DOCUMENTACIÓN COMPLEMENTARIA, TEÓRICA Y EXPERIMENTAL

De 1935 a 1958 me fueron encargadas tres misiones científicas en forma escalonada: La primera de ellas, en 1935-36, me fue confiada por el Ministerio francés de Educación Nacional, a fin de proseguir, con diversas exploraciones y registros de los yoguis, mis trabajos de psico-fisiología²⁵⁻²⁶.

La segunda me fue propuesta en 1952 por un centro especializado de la Universidad americana de Harvard, el «Harvard Research Center in Creative Altruism», dirigido por el Profesor Sorokin, con vistas a estudiar el papel del yoga en el desarrollo de tendencias altruistas²⁷⁻²⁸.

La tercera se llevó a cabo en 1958, a petición de la Escuela Francesa de Extremo Oriente, dirigida por el Profesor Filliozat, del Collège de France, que publicó el resultado de mis trabajos sobre la cuestión²⁹.

¡Cuántos cambios han tenido lugar en la mentalidad occidental desde mi primer viaje a la India que, en 1935, era considerada como una excentricidad en el medio de la investigación científica, totalmente ignorante, en aquella época, del interés que podía ofrecer para la construcción de una «ciencia del hombre», esa otra ciencia experimental, pero aplicada a la interioridad, que representa el yoga!

PELIGROS DE SUPERFICIALIDAD EN EL ESTUDIO DEL YOGA POR EL OCCIDENTAL

Hoy en día el estudio instrumental del yoga ha adquirido carta de ciudadanía en la investigación oficial. El yoga ha penetrado en los laboratorios, tanto más cuanto que algunos yoguis no dudan en expatriarse para servir a la vez a la ciencia y al mensaje de que son portadores. Diversas instituciones gubernamentales de la India realizan actualmente programas de estudio subvencionados. Con ocasión de mi última misión fui invitada a participar en algunas de estas sesiones experimentales en el «AU India Institute of Medical Sciences».

Pero, a juzgar por las publicaciones, el investigador, por bien equipado que esté parece todavía más preocupado por obtener registros espectaculares y por

interpretarlos dentro del marco de la neurofisiología occidental, que no por tomar en consideración el amplio enfoque biológico que propone la Tradición. En este sentido, muchos de esos trabajos, en sí valiosos, corren peligro de quedarse en un «impasse».

Por otra parte, un número incontable de publicaciones divulgadoras han ido familiarizando a nuestro medio social occidental con toda una serie de ejercicios elementales del «hatha yoga», preparatorios para el yoga propiamente dicho. Muchos de entre nuestros contemporáneos los practican actualmente: dicen que «hacen yoga». Pero, también aquí, ¿quién de entre estos practicantes del yoga se pregunta sobre la motivación que presidió en la Tradición la elaboración de esas «posturas» y esos ejercicios respiratorios? Los yoguis persiguen un objetivo bien determinado, y utilizan para ello técnicas altamente diferenciadas tanto en su detalle como por razón de su eficacia. Y no dejan de indicar las limitaciones y las restricciones que pesan sobre el estudiante que las practica meramente con fines de cultura física³⁰.

EL YOGA Y LA ESTRUCTURA HUMANA

No tememos caer en exageración al insistir en el interés que, para una consideración objetiva de las ciencias humanas, presenta todo este campo experimental erigido teórica y prácticamente en una auténtica ciencia subjetiva del hombre «integral», con todas sus posibilidades de realización, de dominación y de acceso a la interioridad.

Es indudable que por llamativos que puedan resultar ciertos registros efectuados con los yoguis, en cualquier caso dicen muy poco de la experiencia interior que les sirve de base, pero que sigue guardando su secreto en su propio plano. No obstante, es cierto que un corolario fisiológico de apariencia insólita puede siempre dejar entrever nuevas hipótesis de trabajo y hacer progresar una investigación que no parece presentar límites en su desarrollo.

Puedo decir que la teoría del yoga despertó en mí un interés muy superior al que podían suscitar una serie de registros más o menos desconcertantes para nuestras concepciones usuales. Efectivamente, esa teoría me sugiere datos de interpretación más complejos y precisos que el mero proceso psicosomático habitualmente conocido. En una ciencia experimental, cuyos métodos y cuyo objetivo implican precisamente el trascender los estados de conciencia objeto de nuestros conocimientos psicológicos, no puede servir como marco de interpretación la consideración de la estructura humana como una simple dualidad.

Aunque en ese entrenamiento interior, despojado de todo cuanto no resulta directamente útil, no haya lugar para la especulación, la razón misma de su utilidad encuentra su justificación en una filosofía emparentada a la vez con el Samkhya y el Vedanta Advaita. De la misma manera que un ejercicio gimnástico utiliza siempre una estructura orgánica, así todo ejercicio espiritual en el yoga utiliza una estructura diferenciada que culmina en las potencialidades humanas más elevadas.

ESTRUCTURA ENERGÉTICA Y TRINITARIA

En confirmación a las hipótesis que había formulado, esta visión del yoga revelaba como indispensable la necesidad de tener presente la jerarquía de niveles funcionales que la práctica del mismo pretende utilizar.

La verificación del postulado de la Tradición me parece capaz de provocar una revisión epistemológica de toda la ciencia médica. Tal como había sospechado, este postulado lleva a sustituir la concepción dualista de nuestra psicofisiología por una

concepción trinitaria de los grandes niveles de la actividad humana (lo mismo en el plano subjetivo que en el objetivo). La unidad funcional viene salvaguardada por esa integración jerarquizada que explica las interferencias y que, sobre todo, hace posibles sus relaciones de subordinación.

Cada uno de estos niveles representa una forma de energía, y el paso de un nivel a otro viene asegurado por canales y centros energéticos que actúan como transformadores.

LA CONCIENCIA REVELA SU NATURALEZA COMO «PODER». APARECE COMO NIVEL SUPERIOR DE INTEGRACIÓN

La Conciencia misma constituye el nivel superior: ilusoriamente individualizada en cada uno de nosotros, representa de hecho la misma esencia de la vida universal y participa de todo su poder.

Esa «Conciencia-Energía» se expresa en el hombre ordinario a través del nivel subyacente, el nivel psíquico, y de los dos subniveles del mismo, de todos conocidos, el intelectual y el afectivo, inscritos ambos en el nivel fisiológico de la estructura nerviosa.

En tanto que nuestra ciencia occidental centra su interés investigador en la relación entre lo psíquico y lo fisiológico, la ciencia subjetiva del yoga se realiza a un nivel superior, allí donde se confrontan e imbrican lo psíquico y lo «espiritual» (la Conciencia pura). Para esta ciencia, la Conciencia que se manifiesta a través de los niveles psíquicos en modo alguno puede confundirse con ellos, ni es tampoco una cualidad de los mismos. Esta confusión resulta fatal para la realización de nuestra auténtica condición humana, que es lo que justamente se propone el yoga.

Las etapas que conducen a esa realización deben mantener esa distinción entre los elementos agitados de nuestro psiquismo (de donde emana la personalidad) y el nivel rector, la Conciencia, que los trasciende desde el punto de vista epistemológico, a la vez que participa, inmanentemente, en la construcción del Ser. Ese divorcio entre los dos niveles, el psíquico y el «noético», viene radicalmente confirmado por la prescripción referente al punto crucial del ejercicio: la supresión de las fluctuaciones de la actividad mental. Esta norma es tan importante que Patanjali, como hemos visto, le confiere un valor de definición en los aforismos clásicos sobre el yoga. Ese es el precio de la experiencia de lo Real.

MEDITACIÓN CIENTÍFICA SOBRE HIGIENE MENTAL Y MORAL BIOLÓGICA

Mientras que, con largos intervalos, las misiones sucesivas me permitían no sólo practicar registros, sino también frecuentar laboratorios, ashrams, y tratar a diversos sabios, a la vez que proseguía la búsqueda de documentación teórica en la biblioteca del Instituto francés de Pondichery, mis meditaciones me encaminaban progresivamente hacia la cuasicerteza de que esta ciencia, aplicada a la energía humana, podía muy bien contener las leyes de la salud física y mental tanto del individuo como de la sociedad. Y ello, sin necesidad de practicar sistemáticamente ninguna de las disciplinas sistemáticas preconizadas por la Tradición, sino mediante una adaptación, a la vida subjetiva de los hombres de nuestro tiempo, de las grandes leyes biológicas que confieren su eficacia a las técnicas del yoga.

Pues si una actitud, un comportamiento y una moral, abusivamente calificados de «espirituales», deben serlo auténticamente, sólo podrán llegar a ello a condición de ser «biológicos», es decir, a condición de ser expresión de las leyes mismas de la

vida, y no de obediencia a preceptos arbitrarios, filosóficos, metafísicos o religiosos. Todos estos preceptos surgieron, con el correr de los siglos, en virtud de procesos psíquicos cuyo fracaso práctico está suficientemente demostrado. Con otras palabras, para resultar válidos, esos preceptos necesitan estar de acuerdo con una ciencia del hombre.

En cuanto a esas leyes biológicas,... iba a ser preciso que intervinieran otras contingencias y otros contactos humanos antes de poder por fin explicitarlas, con las debidas precisiones, dentro del marco de una lógica rigurosa.

Aún debían transcurrir varios años antes de que surgieran esas eventualidades y se hiciera patente el valor de las revelaciones que escondían.

PARA UNA EDUCACIÓN BIOLÓGICAMENTE VERDADERA

Entretanto el papel de la Conciencia, suficientemente entrevisto en su dinamismo, me había permitido comprender, suscribir las ideas y colaborar en la obra de pedagogía liberal, redactada en su parte pedagógica por el Profesor Marcault, fundador de las escuelas nuevas en Gran Bretaña*.

En el curso de una «misión y luego como miembro del Secretariado de la UNESCO, uno de cuyos fines consiste en «sugerir métodos de educación convenientes para preparar a los niños de todo el mundo para las responsabilidades del hombre libre»³¹, tuve ocasión de desarrollar la fundamentación biológica de una educación renovada en las fuentes mismas de la evolución consciente. Como participante en el Stage de Estudios sobre la Educación para la Comprensión Internacional y en virtud del encargo recibido del «Programa de la Infancia Víctima de la Guerra», pude llevar a la práctica una aplicación viva y eficaz de la actividad consciente normal, libre y creadora, en orden a reeducar psiquismos traumatizados por dramas del pasado, y prevenir, por otra parte, los daños derivados de limitaciones ideológicas³²⁻³³⁻³⁴.

DESPUÉS DE LA INDIA, LA MICROFÍSICA

Por otro lado, mientras trataba de informarme acerca del estado de las ciencias humanas, con la esperanza de descubrir tendencias paralelas, si no idénticas, al camino que había emprendido, me resultó de pronto capital otra ciencia que parecía deber resultar extraña en principio a mis preocupaciones: la microfísica.

Sus cultivadores, familiarizados con la energía universal, en su mayor parte con una conciencia exenta de prejuicios profesionales, me hicieron penetrar en un mundo muy próximo, y a veces idéntico, al de las filosofías científicas orientales. De esta forma, me fueron familiarizando con la ilusión del mundo físico, la no-validez del ego, la reducción a unidad de la dualidad «sujeto-objeto», la energía potencial de la Conciencia. Todo ello venía a confirmar nociones del Vedanta y del Tantrismo Vedántico, que, comprensiblemente, podían chocar con nuestro sentido común basado en las apariencias de una macrofísica obsoleta, pero que, en contrapartida, venían a integrarse en la estructura energética humana, tal como yo la concebía.

* Op. cit. (1). [Estas notas con asterisco remiten a la Bibliografía, in fine].

Esos mismos científicos de la microfísica no dudan en apelar a la tradición hindú cuando pretenden ensanchar su propio campo científico. Oppenheimer, uno de los padres de la bomba atómica, aprendió el sánscrito a fin de comprender mejor la estructura de las cosmologías tradicionales. Schrödinger* se refiere a los Vedas al tratar de la «Consciencia Una», y asimismo contraviene los tabúes de la especialización aplicando a la biología las leyes de la física cuántica. Ya recordábamos en la introducción la llamada que hace a quienes, dotados de espíritu temerario, no temen proponer síntesis novedosas, aún a riesgo «of making a fool of themsefves»**. Esta exhortación fue para mí un acicate a lo largo de este empeño audaz y poco ortodoxo. El fantasma de esa aparente «locura» no me ha echado nunca atrás.

Sin embargo, hasta estos últimos años me seguían faltando algunos elementos de precisión y de certeza para poder considerar definitivamente acreditada, a mis propios ojos, la fusión en un todo coherente de otra serie de elementos que permanecían dispersos en mi conocimiento.

INTEGRACIÓN, MEJOR QUE SÍNTESIS

Esos elementos me fueron apareciendo con algunos años de intercalo:

Ante todo fue una experiencia subjetiva, fortuita y fugaz, pero profunda e imborrable, a la que nos referiremos en el último capítulo, a saber: la sustitución del mundo de las formas por el mundo de la Conciencia pura. Lo «Real» borraba lo «relativo»; la disolución de la manifestación dejaba paso a la autonomía de la «Conciencia-Energía», desligada de la estructura.

Y más recientemente la puesta en práctica del mensaje Krishnamurti, cuyos heurísticos conjuros previenen contra el proceso perjudicial de una «atención» condicionada por los juicios del ego. Esta advertencia, al margen de toda inspiración tradicional, y fruto tan solo de una «Realidad» vivida, iba a proporcionarme la pieza del puzzle indispensable para el remodelamiento del conjunto estructural según la ley biológica de integración y de subordinación. Efectivamente:

Mientras que nuestra conciencia psíquica que elige, juzga, delibera, y tiene una absoluta incapacidad para generar la serenidad a la que aspira, la mera presencia de la Conciencia, sin ningún otro añadido, pone fin de modo inmediato a toda agitación psíquica. Sólo cabe una explicación científica: de esta forma la Conciencia se manifiesta en cuanto nivel superior, ya que, según la ley biológica de subordinación, la simple puesta en juego del nivel superior subordina instantáneamente y sin esfuerzo a los niveles inferiores. Esto ya lo habíamos experimentado en los niveles psíquicos subyacentes, al comprobar el apaciguamiento de la emoción por la inteligencia. Aquí es el nivel «noético» (o espiritual, si se quiere) el que subordina totalmente al psiquismo. Ese estado de pura «lucidez» requiere poner en juego la «totalidad» de la «energía», nos dice Krishnamurti; no basta la energía dispersa del psiquismo; se trata pues, ciertamente, de la «Conciencia-Energía» que nos describe el Shakta Vedanta.

La Conciencia se afirma de esa forma como nivel superior de integración de la estructura trinitaria del ser humano, por su eficacia funcional, al actualizarse operativamente en su propio nivel, sin incorporarse al psiquismo subyacente, que le quita transparencia, le pone límites y la hace participar en la propia impotencia de este nivel para reformarse a sí mismo: todas las éticas, ya sean laicas o religiosas, han intentado hacerlo, siempre en vano.

Op. cit. (9), p. 90. ** En inglés en el original: a riesgo de pasar por locos [N. del T.]

EL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO

Esté fue el punto de llegada de un itinerario proseguido a través de largos años. Por lo que a mí respecta (aunque mis eventuales lectores puedan pensar otra cosa) el «conocimiento de sí mismo» representa a respuesta a la pregunta « ¿qué es el Hombre? ¿Qué es la Conciencia?» Una misma y única respuesta, pues el Hombre es Conciencia, expresada a diferentes niveles según leyes que garantizan la eficacia funcional del nivel superior si se lo utiliza conforme a las mismas.

Esta integración estructural sobre Una base trinitaria no debe limitarse a proporcionarnos una satisfacción intelectual. De otra forma mi objetivo habría quedado inalcanzado, pues, como se recordará, iniciamos nuestra investigación con una finalidad terapéutica psico-somática.

Pero felizmente parece que esa integración puede tener aplicación con vistas a una «orto-psico-fisiología», podría decirse. La serenidad que deriva de una comprensión directa, no deformada por condicionamientos, previene las perturbaciones somáticas que genera constantemente una agitación psíquica perjudicial. Con ello se preserva la salud corporal.

Más aún: la higiene mental que asegura la protección del organismo protege igualmente a la sociedad de perturbaciones y peligros inevitables, derivados de la permanente confrontación de egoísmos antagónicos. Estos agravan la «contaminación psíquica» en la doble dirección «individuo-sociedad» y «sociedad-individuo», cayendo en un auténtico círculo vicioso.

Síguese de aquí una moral biológica, pues la principal instigadora de las actitudes y comportamiento antisociales no es otra que la implacable tiranía de los «egos».

Queda así expuesto ya por dos veces, en la introducción y en este primer capítulo, hasta ahora como simple deseo, el mensaje de esta obra relativo a las bases científicas del conocimiento de sí mismo, de la higiene mental y de la moral biológica que reclaman los científicos.

Quiero aún una vez más, atraer la atención sobre un «apéndice» que de hecho representa lo «esencial» para quienes se interesan en los progresos ilimitados de la interioridad: esa estabilización mental que pone fin a la influencia desorganizadora del ego, es asimismo, caso de hacerse permanente, la «clave» indispensable para acceder a la apertura a lo «Real».

Los capítulos que siguen desarrollan, en mayor o menor medida, una serie de aspectos relativos a la cuestión propuesta, tal y como me fueron apareciendo a lo largo del camino. El lector puede comprender que un estudio como éste, sigue senderos demasiado poco habituales como para hacerle esperar hasta la última página antes de descubrirle su conclusión.

Al contar con la conclusión desde un principio, solamente quienes se sientan interesados, sea en suscribirla, sea en rebatirla, leerán, tal vez sin demasiado fastidio, estos pocos capítulos, que difieren entre sí tanto como las manifestaciones de la Vida misma.

CAPITULO II

EL HOMBRE TAL Y COMO SE MANIFIESTA

El animal humano

Características y consecuencias

El estudio que hemos emprendido y presentado al principio de esta obra, nos parece de urgente necesidad. Efectivamente, el ser humano, tal y como se manifiesta actualmente, no tiene un aspecto de representante de la «humanidad» digna de ese nombre; no es, en la mayor parte de los casos, nada más que un animal humano, peligroso para la sociedad y el planeta entero. Hay que intentar con lucidez y coraje, comprender y desenmascarar las razones constitutivas de su comportamiento defectuoso. Pues, en contrapartida, esta constitución encubre potencialidades insospechadas, susceptibles de transformar a este ser, que muchas veces actúa mal simplemente por ignorancia.

EL ANIMAL HUMANO

Preguntado por la inferioridad de los animales en comparación con los seres humanos, el Sabio de Arunachala, Sri Ramana Maharshi (también llamado Sri Bhagavan), respondió: «Los Upanishads dicen que los hombres son enteramente como animales en tanto en cuanto están sometidos a su ego, es decir, en la medida en que no han tomado conciencia del verdadero "YO". Los hombres pueden ser incluso peores que los animales.»³⁵

¿Quién se atrevería a oponerse a esa opinión? Ni el más feroz de los animales, si es que pudiera hacerlo, se empeñaría en destruir progresivamente la vida sobre el planeta y en preparar su total destrucción, el día que su loca ceguera le impulse a hacerlo.

LOS HANDICAPS

¿Hay en la estructura del ser humano algo que explique esas potencialidades, hasta tal punto monstruosas, en algunos de sus representantes? Por supuesto que sí. Su constitución y su actividad psicológica, tal y como muestran las investigaciones científicas, hacen explicable la dificultad para una persona humana de alcanzar un equilibrio armonioso en su propia individualidad y, por tanto, crear un orden social satisfactorio. Y esto por dos razones: la «dualidad orgánica» y el «ego».

1. La dualidad

En primer lugar, el conjunto psicosomático está marcado por el sello de la «dualidad».

a) En el plano fisiológico, ello no resulta molesto. La ontofilogénesis ha efectuado compensaciones y encajes funcionales que ponen el sistema nervioso a salvo de desequilibrios irreversibles.

En diferentes niveles, existen parejas de opuestos cuya actividad sinérgica se desarrolla conforme a la ley de la inducción recíproca de los antagonistas: la complementariedad provoca, en el dualismo, una síntesis funcional plenamente

satisfactoria.

La seguridad de la armonía fisiológica está consolidada, por otra parte, por el juego de las síntesis anatómicas de integración, cuya unidad asimiladora tiene el poder de absorber una pluralidad de datos diversificados. En resumen, efectuado por Godel en su «Regard sur la Biologie», selecciona a grandes rasgos algunos aspectos de esta integración nerviosa:³⁶

«El fenómeno de la integración, propiedad general de toda forma viviente, se manifiesta en diferentes niveles de organización. La vasta red del sistema nervioso presenta una multitud de planos de integración superpuestos en jerarquías de complejidad creciente. El más rudimentario de los reflejos, a nivel espinal, integra ya en la unidad de un conjunto un número desconcertante de variables. La inervación recíproca de los antagonistas y las correspondencias de niveles por vía de relaciones internunciales, nos muestra cómo, en la médula, los dinamismos complementarios se integran en un movimiento concertado.

»Los niveles más elevados del neuroeje unen en sus redes todos los elementos ya absorbidos en los planos de integración subyacentes. Unen la unidad en la unidad. Efectúan la síntesis sobre sus propias aportaciones. La unidad es aquí englobada sin cesar en la unidad, y la unidad resulta reafirmada. En contra de las leyes de la suma, el fenómeno integrador hace que $1 + 1$ sume siempre 1.»

Los trabajos del cirujano Penfield de Montreal le han llevado a descubrir un foco «centroencefálico» de integración, cuyo abanico apoya su tronco o base en medio de las formaciones reticulares del pedúnculo cerebral y se despliega ampliamente en el cerebro. Se trata de un emplazamiento funcional desde donde se afrontan los acontecimientos exteriores e interiores, a saber: no solamente los fenómenos sensoriales, sensitivos o la percepción de imágenes, sino también los fenómenos intelectuales y afectivos de la bóveda del hipotálamo, que también afluyen a ese punto³⁷.

Es decir que el equilibrio homeostático del organismo no se encuentra únicamente bajo la dependencia de la fisiología somática, sino que el estado psíquico, debido a sus conexiones cerebrales, podrá acarrear importantes perturbaciones biológicas, tal y como muestra la medicina psicosomática.

La emoción no controlada por una instancia superior conlleva rupturas del equilibrio fisicoquímico, cuya amplitud es proporcional a la de la cólera o el miedo que las provocaron. Igualmente, el traumatismo lento de emociones repetidas, la ansiedad, las represiones, las frustraciones, pueden ser responsables de una diabetes, una úlcera gástrica, una trombosis arterial o una hipertensión, cuyos análisis de sangre revelarán: oscilaciones de la glucemia, un cierto porcentaje de acetona, aumento de la coagulabilidad, mientras que se introducen en el organismo hormonas y productos de la neurosecreción adrenérgica y colinérgica.

b) El plano psíquico, capaz de perturbar el equilibrio fisiológico subyacente, está sometido a una dualidad contradictoria que no conoce la complementariedad de la que se beneficia constitucionalmente el antagonismo fisiológico.

Ischlondsky, en una importante obra sobre el cerebro y el comportamiento publicada en 1949³⁸, considera la ley de inducción como el proceso fundamental de la actividad neuropsíquica: toda excitación de un centro nervioso induce a distancia un proceso opuesto que da lugar a una reacción antagónica. El aparato visual nos proporciona la demostración más elemental y típica con el anillo verde que rodea a un disco rojo que fijamos durante unos instantes. El autor citado demuestra que nuestras operaciones psíquicas están sometidas al mismo mecanismo inductor que provoca la dualidad, y en este terreno mental, la contradicción.

La microfísica también aporta información sobre esta dualidad, en términos

energéticos, y nos la presenta como ineluctable. S. Lupasco lo explica de la siguiente forma: Todo sistema energético exige, como *conditio sine qua non* de existencia, la posibilidad de dinamismos antagónicos y es el resultado de sus diferentes equilibrios. La energía contiene en sí misma la doble posibilidad de la potencialización y la actualización, que engendran recíprocamente, de modo que la potencialización encubre o contiene las condiciones de la actualización. Desde el punto de vista energético, el sistema neuropsíquico presenta grandes semejanzas con el microfísico; está sometido a las leyes del antagonismo equilibrante con la misma lógica de lo contradictorio.*

De todos modos, su equilibrio es inestable por la siguiente razón: nuestro organismo está compuesto, como veremos más adelante, por tres sistemas energéticos jerarquizados: el «macrofísico» y el «biológico», bajo la dependencia del «psíquico», presentan unas asimetrías contradictorias que el sistema psíquico se esfuerza por equilibrar en un sistema simétrico, al precio de un equilibrio permanentemente en peligro.

Por ello, nuestro pensamiento oscila entre estados antinómicos: el bien y el mal, la luz y la oscuridad, la riqueza y la pobreza, el materialismo y el espiritualismo... sin que las contradicciones se superen más que para reaparecer de otra forma. Es fácil suponer de qué modo esta incesante tensión de contrarios puede provocar el malestar individual y favorecer el caos social, si no se consigue resolver en una síntesis superior. Responsable de todos nuestros errores, esa tensión constituye nuestra esclavitud e inseguridad.

Y sin embargo, tendemos intuitivamente hacia la unidad que nos desembarazaría finalmente de estos mecanismos implacables de nuestro psiquismo. Deseamos esa unidad, pero a este nivel de conciencia, tenemos la ingenuidad de pretender alcanzarla suprimiendo a aquel de los antagonistas que nos parece más indeseable, sin suponer que esa dualidad es parte de nuestra constitución. Uno de los antagonistas intenta constituirse en gendarme que quiere detener al otro, considerado como ladrón, por utilizar la imagen del sabio hindú cuando se refiere a la policía mental que tratamos de instituir en vano.

Todas las éticas y todas las religiones intervienen junto con el considerable peso del condicionamiento social, para obligar a nuestra conciencia mental a hacer un juicio de valor acerca de una parte de los elementos energéticos de la constitución psíquica y a intervenir a la fuerza para desmontar un mecanismo cuyos efectos se han decretado como perniciosos.

Estas buenísimas intenciones no son más que un pecado de ignorancia. Ya veremos cómo a este nivel de la vida, que nos resulta familiar, la conciencia limitada está aprisionada por mecanismos que ella misma ha elaborado, y se encuentra ahí, velada y limitada, en la imposibilidad de trascender los procesos energéticos para una transformación constitucional. El traumatismo consecuente a estas imposiciones, digamos «morales», se convierte entonces en generador de represiones, cuyos innumerables daños sobre la salud física y social, conocemos muy bien, con todo su abanico de posibilidades que nos angustian más cada día.

No cabe duda de que resultan intolerables estos comportamientos humanos, consecuencia de la expresión incontrolada de un dualismo automático. De hecho exigen una integración en una instancia más alta, capaz de proporcionar el marco bienhechor de la unidad deseada.

* Op. cit, (15), pp. 18, 120, 121, 126

Aunque no se pudiera hacer nada en el plano, digamos, «horizontal», en el interior de este psiquismo oscilante y tumultuoso, en compensación, hay un nivel superior, inmanente aunque ignorado e inutilizado, que puede reducir a nada la incesante agitación de nuestros terribles pensamientos.

2. El ego

El concurso de ese poder superior de nuestra constitución, de cara a instaurar una armonía psíquica, es especialmente importante al estar nuestra vida mental afectada por un elemento aún más perturbador que el dualismo y que lo agrava: el ego. Utilizando el «dualismo» en la forma «yo» y «no yo», este usurpador fragmenta nuestro pensamiento, los circunscribe y aprisiona, dotándole de un potencial energético peligrosamente aumentado.

Y sin embargo... Nada hay más legítimo y aparentemente natural que decir «Yo». La autoconciencia es un componente vital irrenunciable. ¿No dice acaso el Eterno «Yo soy» sin que esa declaración disminuya a nuestros ojos su carácter universal y absoluto? Pero, en realidad, no es ése el comportamiento del ego. Esta conciencia limitada, relativa y condicionada, expresa todo el peso de su condicionamiento cuando precisa: «yo soy esto o aquello.»

Ante esa discriminación entre el «yo» y el «no yo», ¿cómo sospechar que se trata de una «trampa»? La distinción parece imponerse de una forma completamente legítima. El ego se organiza en torno al núcleo de la representación corporal, mientras la imagen del mundo, aprehendida por los cinco sentidos, y en la que el ego se mueve, se impone igualmente en tanto que «medio externo». En este medio el ego encuentra a los «otros» que aparecen, a su vez, como egos diferenciados. Por su parte, éstos comparten la ilusión con una certidumbre tal que no nace sino reforzar la nuestra. Estos «otros» consideran incluso una exigencia identificar a nuestro ego en el medio social, y etiquetarlo para mejor integrarlo en el rebaño, tal y como se marca al ganado para controlar su destino sin equivocarse.

a) Su existencia ilusoria

Antes de seguir al ego a lo largo de las amplificaciones sucesivas de sus agregados colectivos, vamos a detenernos un poco para desvelar el proceso mágico que preside, tanto la falaz constitución del mismo, como la del mundo exterior:

Los Sabios de la India que han vivido en sí mismos la liberación de la Conciencia, afirman por experiencia: « El ego se forma por un error que identifica al cuerpo físico con el Sí MISMO que no es sino la Conciencia Universal en cada uno de nosotros. Ese es el verdadero pecado original.»³⁹

Los datos de la biología y la microfísica confirman estas declaraciones.

El estudio de la «imagen del cuerpo», todavía llamada «esquema corporal», ha dado lugar a numerosos trabajos, y los fisiólogos nos informan de que este yo corporal recibe la aparente consistencia de sus formas del lóbulo parietal del cerebro, en correlación con las regiones profundas del tálamo y el diencéfalo. La «imagen del cuerpo» se produce por la activación de esas redes nerviosas. «Este conjunto de engramas somáticos ha terminado por producir una excrecencia mórbida que gobernará despóticamente, refiriéndonos a ella, todos los acontecimientos de los que el ser humano es protagonista». Así se expresa Roger Godel, que ha descrito extensamente el mecanismo de nuestra representación corporal utilizando los datos fisiológicos más complejos⁴⁰.

En esta elaboración de la imagen del cuerpo y de su pertenencia a la persona, el sentido del tacto tiene una importancia capital, de conditio sine qua non, incluso. «Es una dominancia tiránica... la que aparentemente ejercen sobre nuestra personalidad las reacciones de contacto. Bajo la influencia de su activación permanente, se forma en los centros del "cerebro" un esquema del cuerpo... los neurólogos saben hace tiempo que los centros nerviosos, en el desempeño de la función del tacto, así como de las que integran las sensaciones viscerales, ejercen un poder soberano sobre la consciencia. El testimonio de estos sentidos prevalece sobre cualquier otra sensación... toda imagen visual que podamos tener de nuestro cuerpo estará referida... al supremo controlador de las sensaciones internas. De él procede en último término la incorporación; y esta necesaria incorporación confiere a la visión el carácter de realidad. Si una lesión llega a romper las fibras nerviosas que unen las zonas visuales a los centros parietales del tacto, al individuo le resulta imposible hacer suyas las imágenes del cuerpo que le ofrecen los ojos.»

Una enferma ilustra este fenómeno exclamando: «Mis ojos y mis sensaciones no coinciden y yo tengo que creer a las sensaciones. Sé que los miembros son míos, pero siento que no lo son y no puedo creer a mis ojos.» Para creer necesitamos tocar, aunque sea en imaginación. Una realidad cualquiera se nos hace accesible en la medida en que puede convertirse en substancia.

Ahora bien, la ilusión de la substancia ha sido estigmatizada por la microfísica en la exposición de la sistematización energética que demuestra, al mismo tiempo, la aparición quimérica del ego. Ya hemos aludido a este proceso que describe S. Lupasko.*

Efectivamente, en el juego de potencialización y actualización no hay sujeto (supuesto ego) que actualice. Es, por el contrario, la actualización la que subjetiviza y proporciona la ilusión del sujeto, haciéndole ocupar un lugar central. Lo que se potencializa contradictoriamente es rechazado hacia un exterior relativo que aparece en la forma de objeto. Es la resistencia de la sistematización energética la que nos da la impresión de la realidad que denominamos materia.

Lupasko reduce así a procesos energéticos tanto la aparente objetividad del mundo exterior como la ilusoria subjetividad⁴¹.

En la misma línea se encuentra esta declaración de los Gnósticos de Princeton**: «No sólo es que el cuerpo de los seres, su envés visible, no sea más que un aspecto superficial para un observador exterior a ellos, sino que "no tienen cuerpo", son todo haz, sólo tienen "derecho", no tienen envés nada más que los unos para los otros. Se ven, y viéndose, se transforman en cosa vista.» Y, por otra parte: «La individualidad biológica de donde emerge mi "yo", procede, sin cortes, de generación en generación, de las células vivas más primitivas, y estas mismas células de las moléculas previtales, de las individualidades físicas que subsisten, en el tiempo, por la continuidad semántica de su acción. Ninguna de las consciencias que dicen "yo", ninguna de las neuronas cuyas relaciones manifiestan esta conciencia en el espacio, ninguna de las células de un actual ser vivo... ninguno de los actuales seres vivos ha muerto jamás. Todos se remontan, como yo, al principio del mundo.»

El biólogo Laborit, por su parte, nos señala que nuestro sistema nervioso no registra más que variaciones de energía procedentes del medio. Nuestra «supuesta» individualidad, añade, no es sino producto de nuestra imaginación.

*Op. Cit (15), pp. 152-153.

**Op. cit. (6), pp. 35,110-111.

De hecho, somos los «otros» tanto en nuestra estructura biológica (mezcla de todo el determinismo energético, desde los orígenes) como por razón del determinismo social y a alienación que comporta⁴².

Einstein apuntó que un ser humano no es más que una parte, limitada en el espacio y en el tiempo, de un TODO que llamamos Universo, y que el hecho de considerarlo como una entidad separada es una ilusión óptica que lo aprisiona.

Sin embargo, son muy raros los egos que, en una encrucijada de su existencia, se plantean la saludable cuestión de su autenticidad. Por el contrario, el crecimiento y el compromiso con la vida social incitan a un desarrollo que las hipotéticas oposiciones no hacen sino exacerbar. Los egos colectivos a los que se agarran, les devuelven el espejismo de su propia imagen agrandada, a cambio del valor individual que podrán poner al servicio de la colectividad. La familia, primera cárcel que tienen obligación de perpetuar con sus tradiciones, les describe ese templo de la grandeza en la que deben convertir su joven individualidad. Son numerosas las facetas que deben tener en cuenta: la notoriedad, el poder, la riqueza, la gloria... y, en su defecto: la virtud, el heroísmo, la santidad... o, en otros términos, el éxito en este mundo o en el otro.

b) Consecuencias sociales

Arrojada en la jungla de la sociedad, esta individualidad elaborará sus relaciones sociales por oposición. Pues los pensamientos y el psiquismo entero de cada uno de los miembros de un grupo se encuentran contaminados por estos dos atributos maléficos: la dualidad y el fantasma del ego. Este último se amplifica por integración en grupos cada vez más amplios (club, iglesia, nación...) o por asimilación a diversas ideologías (clase, partido, filosofía...) que añadirán un prestigio suplementario pero harto peligroso.

Efectivamente, valorarse por diferenciación significa forzosamente oponerse a «otros», de diferenciación antagónica. Y es obligado reconocer que la destrucción del oponente se lleva a cabo, frecuentemente, con un desencadenamiento de odio y violencia. Si las competiciones deportivas pueden no acarrear más que simples riñas, los enfrentamientos por privilegios de orden religioso y similares, provocan hostilidades armadas. Las reivindicaciones territoriales o las ideologías adversas de las «naciones soberanas» desembocan en guerras cuya extensión genocida hace correr el riesgo, en nuestra época de significar nada menos que la extinción de la humanidad. El ego desempeña su papel de buena fe, ya que en esas situaciones no se puede ser nada más que un héroe o un traidor, de cara al grupo escogido o impuesto.

Y esto amenaza perdurar, sin mejoría posible, tanto tiempo como tarde el hombre en adquirir una conciencia planetaria de que la supresión por la fuerza de los oponentes no es más que una ilusión falaz. Las Naciones Unidas, a pesar del espíritu generoso que inspira su Carta, no son más que unidades (unidas o desunidas), desprovistas del poder que podría tener un Gobierno Mundial.

EL PLANTEAMIENTO DE LA CUESTIÓN

Y sin embargo, si bien es verdad que todavía hay en todas las Naciones una mayoría de individualidades que encarnan esa tradición trasnochada, también es cierto que hay otras que preparan, viviéndolo interiormente, un futuro que, ignorando los límites de las civilizaciones particulares, servirá en todo caso a la humanidad entera.

A propósito de estos seres benefactores que han dejado de verter en la atmósfera

psíquica de sus contemporáneos el veneno de sus pensamientos y actividades egocéntricas, cabe preguntarse si son todavía conscientes de ser esencialmente un «yo» autónomo. O si habrán descubierto el secreto que permita la metamorfosis de esa entidad nefasta en la fuente permanente de un altruismo constructor.

Es muy posible que lo hayan intentado al no poder suscribir, sin vergüenza y sufrimiento, este juego terrorífico de trampas y persecuciones procedentes tanto de egos individuales como colectivos. Y lo que han comprobado es que, si la sociedad se encuentra en este estado malsano de luchas intestinas, es porque cada uno de sus miembros lleva en sí mismo el germen de la disensión y la violencia, y que únicamente las transformaciones individuales pueden conllevar la transformación del grupo.

Todavía confiados en ese poder del ego sobre sí mismo, cuya inutilidad ya hemos señalado, y movilizándolo un voluntarismo muy exigente, este tipo de personas se afilian a grupos de inspiración «espiritual» que muchas veces comportan disciplinas rigurosas e impositivas. Se centran en el psiquismo para maltratarlo y torturarlo, reprimiendo pensamientos y pulsiones que vuelven a surgir, una y otra vez, inexorablemente.

Felices aquellos que, dentro de estos planteamientos, llegan a reconocer la importancia del ego para renovar lo que representa la esencia misma de su constitución, y lanzan, desde lo más profundo de su ser, el siguiente grito interior: «¿Quién soy yo?» «Necesito la Verdad, sea la que sea.»

Pueden pasar muchos años o bien, solamente algunos meses, antes de que pueda encontrarse la indefectible respuesta que se encuentra ya, desde el principio, en el interior del que plantea la pregunta: «No eres lo que te creías; LLEGA A SER LO QUE ERES.»

Excepcionalmente, puede ocurrir que la intensidad de la sed de Verdad que les oprime haga surgir, en un relámpago, la inefable experiencia de la Conciencia sin límites ni formas, en la que todos los egos han dejado de existir, y en la que ya nadie es nada, puesto que se ha alcanzado el TODO.

Pero aunque esta maravillosa experiencia no se produjese inmediatamente, y como premio a la perseverancia en su búsqueda, la comprensión intelectual del proceso de conocimiento de sí mismo es una-preparación muy saludable, pues nos permite adaptarnos a sus leyes. La toma de conciencia de la existencia del velo, levanta parcialmente el velo, afirma el Shakta Vedanta.

LA NECESIDAD DE DESCUBRIR LAS LEYES DE LA INTERIORIDAD

Por supuesto que es de esto de lo que se trata. Considerando al hombre tal y como se manifiesta en las conductas individuales y sociales, no se puede negar que coincide con lo que Marcello Fabri, ha llamado la «humanimalidad»⁴³. Pone en peligro la vitabilidad del planeta y precisa la elaboración de una ley biológica, accesible a la comprensión y fácil de aplicar, que se constituya en la base de una higiene mental renovada.

Bajo esta forma, plena de consecuencias pragmáticas, es como tiene que ser considerada la ciencia del hombre, como la exigencia más irrefutable con la que tenemos que enfrentarnos.

Jacques Monod ha subrayado muy acertadamente que las bases tradicionales de nuestras morales no resisten los embates de la investigación científica y que existe sin duda un fundamento de todo sistema de valores, que puede ser analizado y reconocido, una vez descubierto. Añade que esa moral puede ser científica, pero no

la concreta⁴⁴.

Adriano Buzzati-Traverso, en su Nueva filosofía de las Luces⁴⁵, señala que Anatol Rapaport, en 1957⁴⁶, afirmó lo mismo, es decir, que la ciencia no puede convertirse en un factor determinante de la moral de la humanidad, pero que esta profesión de fe no facilitaba los principios que serían deseables.

REPLANTEAMIENTO DEL VALOR DE LA CIENCIA. EL PROBLEMA DEL HOMBRE

Es por ello por lo que procede un replanteamiento del valor de la ciencia en la perspectiva del problema del Hombre. «Uno de los errores más graves de nuestra época puede haber sido considerar a la ciencia como la quintaesencia de la razón, y creer, a causa de ello, que progreso científico era sinónimo de progreso humano.» Buzzati señala que Husserl había apuntado este problema, ya en 1935, a pesar de los éxitos ininterrumpidos de la ciencia en otros dominios. En 1971, Harvey Brook⁴⁷ se planteó la necesidad de interrogarse, a este respecto, sobre las ideas recibidas de ese modo. La época de la fe ilimitada en el progreso científico ha llegado a su fin y la ciencia que se necesita hoy en día es la ciencia del hombre.

Las ciencias humanas llegarán a descifrar el secreto de este ser que, bajo las apariencias del «animal humano», oculta una gama infinita de posibilidades cognitivas, afectivas y activas, desde la percepción del retrasado mental a la síntesis del genio, y desde las emociones de un bruto hasta el amor universal de un santo o un sabio hindú.

Charles-Noel Martin apunta que una determinada evolución científica descubrirá estas potencialidades⁴⁸: «La ciencia de este siglo puede haber sido una maravillosa proeza del género humano. Pero, al filo de sus avances, se le ha formado un caparazón que le resta mucha de su capacidad de movimiento... es fácil detectar actualmente signos premonitorios de una gran y profunda metamorfosis en la evolución de sus métodos y de su mentalidad... estoy persuadido de que el conocimiento actual es una chispa en medio de una conciencia mucho más vasta que tenemos latente en nosotros mismos...»

Es posible que este presentimiento de un joven físico contemporáneo, relativo a la renovación de la epistemología científica, sea el principio de la elaboración y aceptación de nuevos valores que, integrando toda la ciencia antigua en una instancia más alta, encaminará a las ciencias humanas hacia una ciencia única que nos revelaría por fin qué «es» el hombre.

NUESTRA META

El deseo de responder al mandato del «conócete a ti mismo», que «se había planteado nunca de una forma tan imperiosa, puede explicar el aliento de esta obra elaborada después de cuarenta años de investigación y meditación. Mis imperativos son tres:

—Por una parte, explorar al hombre «integral» hasta el límite extremo de su interioridad.

—Por otra parte, formular las leyes de esta interioridad, que puedan integrarse en las grandes leyes biológicas conocidas, pero trascendiéndolas a instancias superiores.

—Y finalmente, que estas leyes puedan ser confirmadas por la experiencia.

Este último punto nos parece que es el criterio científico fundamental... Puede que sólo lo sea a nuestros ojos... ¡Qué más da! ¿No es lo importante para cada quién llegar al final del camino que ha decidido recorrer sin dejarse distraer por estériles

discusiones?

Antes de presentar los elementos que han orientado, facilitado y fructificado nuestra búsqueda, pasaré revista a algunas de las ciencias que, justificarán o no el calificativo de «humanas», pero contribuyen, de todos modos, al conocimiento del hombre.

CAPITULO III

AVANCES CIENTIFICOS Y CONOCIMIENTO DEL HOMBRE

Aspecto didáctico de las ciencias de la interioridad

Vuelve a ser Schrödinger, el gran físico que, menospreciando todas las ideas establecidas del «cientifismo», denunciaba imperiosamente la necesidad de realizar una tentativa de síntesis, quien, reitera y precisa, en otra obra*, a propósito de las ciencias humanas, esta misma convicción. La resume del modo siguiente:

ENFOQUE INTERDISCIPLINAR E INTEGRACIÓN

Solamente la unión de todas las ciencias, alcanza el objetivo y posee un valor.

El objetivo, según el autor, se puede describir muy simplemente: consiste en obedecer el mandato de la divinidad de Delfos «conócete a ti mismo», o responder a la pregunta escueta e impresionante de Plotino (Enn. vi, 4, 14): « ¿Y nosotros, quiénes somos en definitiva?»

¿Su valor?: «Existe en la medida en que una síntesis de todos los conocimientos contribuye a dar respuesta a la pregunta: ¿quiénes somos?»

Efectivamente, la investigación especializada sólo adquiere valor en el contexto de una integración total de conocimientos.

Siguiendo el ejemplo de Schrödinger, declara Gustave Mercier en un ensayo de filosofía científica: «Sólo existe una ciencia, la ciencia de lo "Real", la ciencia del "Ser"»⁴⁹, y, por otra parte, insiste en el hecho de que todas las ciencias deben impregnarse de la «filosofía del Todo»⁵⁰.

Tal integración nos parece posible solamente después de haber completado los datos dispersos de las ciencias occidentales con los provenientes de la Tradición oriental. Veremos surgir entonces, no ya una «Filosofía del Todo», sino, mejor aún, los elementos de una «ciencia» de la «Totalidad».

Este capítulo va a ocuparse únicamente de describir cuál ha sido, y cuál es todavía, el objeto de nuestras ciencias psicológicas y sociales o de nuestra filosofía, en la medida en que sus respectivos enfoques contribuyen a edificar una «ciencia del hombre». Y vamos a descubrir las insuficiencias que presentan con vistas a una posible síntesis; en cuanto a la integración, sólo podrá tener lugar una vez que hayamos expuesto las aportaciones de la filosofía científica hindú, que han sido confirmadas por los datos de la microfísica.

Esta última precisamente nos permite descubrir que diversas disciplinas, ajenas en apariencia a nuestras preocupaciones, ofrecen por el contrario un campo privilegiado de interés para las mismas.

También podemos hacer notar desde ahora que, aparte los conocimientos directos aportados por los investigadores, muchos conocimientos «indirectos» nos vienen proporcionados por el «nivel de conciencia de los científicos», y sus etapas evolutivas, expresados en sus postulados. Este aspecto de nuestra investigación será recogido en un capítulo posterior, una vez que nos hayamos familiarizado con la noción de «nivel de conciencia».

LAS CIENCIAS SOCIALES

Esta noción de nivel de conciencia resulta particularmente indispensable para conferir auténtico valor a las ciencias humanas que estudian al hombre en su estructura social a través de diferentes civilizaciones.

Todas estas ciencias, de una gran riqueza, basadas en la observación, cobrarán toda su significación real cuando sus aportaciones, examinadas a la luz de los niveles jerarquizados de la estructura humana, atestiguada científicamente, vengan a explicitar la evolución de la conciencia a lo largo del curso de la filogénesis. Tendremos ocasión de apreciar su interés cuando presentemos el aspecto ontogenético de la cuestión a propósito del crecimiento del niño.

Bajo el nombre prometedor de antropología, agrupan estas ciencias del hombre en sociedad las disciplinas complementarias de la sociología, la etnología, la etnografía y la lingüística.

La etnografía observa, describe y analiza los grupos humanos desde el punto de vista de sus particularidades distintivas.

La etnología compara las documentaciones recogidas.

La antropología deduce de ellas un conocimiento general del hombre que la permite entrar en diálogo con otras ciencias que, como ella, aspiran también a un enfoque general, como son la historia, la psicología, la filosofía, la lingüística.

Los sociólogos consideran fundamental la lingüística, con su fonología estructural, que al introducir relaciones entre consciente e inconsciente permite llegar a la elaboración de leyes generales. A lo largo de esta obra podremos entrever que la lingüística parece tener una relación muy precisa con el nivel evolutivo de la conciencia. En la medida en que está en estrecho contacto con la psicología, la sociología espera resolver los conflictos y las oposiciones propias de las sociedades de masas. (Creemos haber dejado entender que los conflictos, cualesquiera que sean, no podrán tener fin más que cuando se haya transcendido la vinculación al ego, individual o colectivo.)

Lévi-Strauss piensa que, entre las ciencias humanas, la antropología presenta un carácter distintivo por el hecho de aplicarse a convertir la subjetividad más íntima en un medio objetivo de demostración.

No vamos a extendernos más sobre los métodos de estas diferentes ciencias humanas «culturales» que, como hemos dicho, habrán de jugar un papel capital desde el punto de vista de la «ciencia del hombre» cuando lleguen a ilustrar la evolución de la conciencia en la ontofilogénesis.

LA PSICOLOGÍA

De acuerdo con los diferentes aspectos que ha revestido desde principio de siglo, y reviste aún hoy día, la psicología nos ofrece múltiples facetas de una ciencia del hombre, merecedoras todas ellas de atención especial.

El profesor Delpech ha esbozado esos diversos «rostros», desde el doble punto de vista evolutivo y diferencial⁵¹. Cada uno de esos métodos revela un aspecto de los procesos conscientes, susceptibles de ser tomados en consideración después de haber obtenido la imagen de conjunto del puzzle:

A) Psico-física y psico-fisiología

Estas dos corrientes psicológicas se han focalizado, aunque de diferente manera, en

el estudio de las relaciones entre la psique y el cuerpo.

La psico-física encuentra su mejor botón de muestra en los trabajos del físico Charles Henry, verdadero pionero, desde el punto de vista que nos interesa, que atribuye naturaleza energética al ser físico y al ser psíquico. Con su teoría del Psicón se ha convertido en precursor de la cibernética⁵².

La psico-fisiología, por su parte, se consagra a las relaciones entre el psiquismo y el sistema nervioso, pero con una tendencia a atribuir al sistema nervioso la causalidad de las relaciones psíquicas (siendo así que cabe considerar las interferencias que se producen en ambos sentidos, y también—de arriba a abajo— las relaciones de subordinación, a las que reservamos un estudio especial). Los trabajos sobre la cronaxis, que describiremos paralelamente a la subordinación, juegan un papel muy importante en el marco de la «energética nerviosa». La electro-encefalografía, que se ha convertido en prueba «clave» de toda experimentación, expresa también, por su lado, el aspecto «energético» de las correlaciones psico-fisiológicas. En mi opinión, su significado tomará un valor muy particular cuando sea enfocada, tal como propondremos, desde el punto de vista de los niveles de conciencia, entre los que permite establecer una discriminación.

B) El behaviorismo o psicología del comportamiento

Proporciona asimismo datos y leyes relativas a las interferencias recíprocas entre un estímulo y una reacción psíquica. La particularidad que nos interesa doblemente es la concomitancia entre el pensamiento y la actividad muscular estriada en general y, más específicamente aún, entre el pensamiento y la musculatura interesada en el proceso del lenguaje (laringe, lengua). La relación entre la conciencia y el automatismo de los movimientos musculares ha planteado numerosos problemas a los psicólogos.

La anatomía energética que describe el Shakta Vedanta ofrece una solución a esos problemas: la parte inferior de la «mente» está en contacto energético con los «sentidos en acción» (entre los que figura el lenguaje) creados por él; hasta tal punto que a esta «mente inferior» se la llama el sexto sentido. El lenguaje y sus órganos de expresión son pues absolutamente indisociables del pensamiento.

Por otra parte, esta sinergia, explotada por Jacobson en su método de relajación 53 para conseguir el doble apaciguamiento de la actividad muscular y del pensamiento, pone en juego el propio proceso indicado por Krishnamurti para poner término a las racionalizaciones incesantes de nuestra mente: tomar conciencia, sin esfuerzo. Como método de relajación, el tomar conciencia de una contracción muscular la hace desaparecer automáticamente. Por el contrario, el esfuerzo por hacer cesar esas contracciones sólo provocaría la contracción de los músculos antagonistas.

Cuando ese apaciguamiento muscular afecta a determinados músculos del rostro, se paran simultáneamente los pensamientos.

Entre las diversas escuelas del behaviorismo, la obra de P. Janet está dominada por una concepción «energética» de la vida psíquica, de modo que la vida mental se reduce a una serie de «oscilaciones» que se manifiestan en forma de conductas. Con frecuencia hemos obtenido registros de esas oscilaciones, en forma de «ondas periódicas lentas», que serán objeto de un capítulo posterior. En contrapartida, no participamos en la interpretación de este autor que atribuye al psiquismo un origen puramente externo.

C) La teoría de la forma o de la «Gestalt»

Esta teoría, que descansa enteramente sobre la base de la percepción, convierte el fenómeno psíquico en una «forma», en un sistema de conexiones que se realizan en el espacio-tiempo, con lo que «geometriza», por decirlo así, la psicología. Esta concepción nos recuerda la de los Gnósticos de Princeton, que consideran el espacio como «holograma», esto es, como almacén de energía y de datos de información.

Todos estos datos, en tanto «flotan en el espacio-tiempo de los físicos, sin temporalizarse en la línea de una participación individual, no pasan de ser meros materiales de información». La verdadera información tiene lugar a un nivel transespacial. Los gestaltistas han demostrado que un grupo de puntos o de líneas se organizan en la percepción como partes de un conjunto. Las cosas sólo nos resultan accesibles a través de la experiencia que de ellas tenemos.

Todo esto me recuerda la construcción progresiva de formas y de imágenes que tiene lugar en ausencia de toda percepción sensorial, y en diferentes circunstancias tras eliminar los órganos de los sentidos en experiencias de laboratorio que expondremos más adelante, o tras la eliminación semejante que lleva consigo el ejercicio «pratyahara» de los yoguis o la intoxicación por mescalina. En estas tres experiencias, aparecen puntos y líneas que se configuran diversamente dando lugar finalmente a la aparición de imágenes. Todo ello en un espacio puramente psíquico, no ya en el espacio aparentemente real de nuestro campo visual.

El profesor Deipech recuerda que «la teoría de la Gestalt está conquistando poco a poco todos los campos, de la percepción a la abstracción, hasta la memoria, la cibernética y el comportamiento, como muy bien lo ha mostrado Merleau-Ponty... Junto con el psicoanálisis, es una de las doctrinas más fecundas de la psicología contemporánea».

D) La filosofía de la sensación

Si las filosofías precedentes nos acercan a la Tradición del Shakta Vedanta por el lado «físico energético», la de la «sensación», que es más bien una «filosofía de la psicología», lo hace desde el punto de vista epistemológico. Contrariamente a las teorías que acabamos de considerar, en las que el proceso «aferente» se desarrolla desde la periferia hacia el centro, desde lo exterior a lo interior, aquí se lleva a cabo un proceso «eferente» en sentido inverso. La sensorialidad es toda ella inteligencia... la sensación es espíritu. Más exactamente, es obra de éste. «La vida, a lo largo de su evolución milenaria, se ha forjado esos instrumentos, que son los órganos de los sentidos... siguiendo las directrices del espíritu inmanente que vive en todo». Aquí tenemos la antropogénesis de la tradición hindú. Y si el profesor Delpech lamenta que Pradines, que elaboró esta teoría, dejara inacabada su obra, nosotros encontramos su final con sólo volvernos a esa Tradición.

Desde el punto de vista que nos interesa más en particular, aún precisa mejor esta concepción la tesis de P. Salzi. La «Conciencia», entendida como «función de los estados de conciencia», constituye un «equilibrio», un medio estructurado, capaz de imponer su forma a los elementos que asume. «De esta forma, la sensación es también obra de la propia conciencia, de la inteligencia, con el mismo título que las especulaciones más abstractas.»

Igualmente, Nogué, desde una posición más matizada, concluye también «la inmanencia del espíritu en la sensación».

E) El análisis factorial

Dentro del marco de esta psicología matemática, no nos interesa especialmente la obra notable de Catell, que esbozó un modelo de la personalidad a partir del análisis matemático, y convirtió una técnica de investigación en una teoría de la estructura.

Por el contrario, me siento atraída por la obra de Ch. Spearman, iniciador de esta disciplina, debido a la «jerarquía» que establece en la tabla de intercorrelaciones de la psicología matemática. Sobre todo, porque el autor mostró que la disposición jerárquica de las correlaciones podía explicarse por un factor al que llamó «factor de inteligencia general» o «factor G». En este factor nos parece reconocer la intervención «organizadora» de la «Conciencia».

F) La psicología diferencial

En oposición a la psicología general, que hace abstracción de las características individuales o de grupo, la «psicología diferencial» inaugura una nueva disciplina orientada hacia lo que distingue y diferencia.

Esta corriente psicológica, fundada por Binet en Francia y por Sterne en Alemania, se esfuerza por imputar las diferencias existentes a «categorías» tan diversas como son: etnia, nacionalidad, familia, sexo, clase, profesión. Estas categorías, que por otra parte no corresponden a ninguna realidad biológica, podrían multiplicarse. Para mí, como hemos de verlo repetidamente, sólo hay un criterio humano y biológicamente válido que, por lo demás, puede predominar en una u otra de tales categorías: se trata esencialmente del «nivel evolutivo» ocupado por la «conciencia».

G) La psicósomática

Constituye hoy día una verdadera ciencia «médico-psicológica» debido a la influencia perturbadora que, sobre las funciones orgánicas, ejerce un psiquismo inestable y turbulento, generador de enfermedades funcionales susceptibles de convertirse con el tiempo en lesiones orgánicas irreversibles.

En el primer capítulo he referido el estudio experimental que llevé a cabo en una época en que el término psicósomático no había sido aún introducido en Francia. Lo llamaba entonces psico-fisiológico, pero con ocasión de una misión sobre Sanidad Pública, en los Estados Unidos, descubrí que la «psicósomática», fundada por el americano Dunbar, conocía ya un prodigioso desarrollo⁵⁴.

H) La psicopedagogía

La psicopedagogía pretende fundamentar los métodos pedagógicos partiendo de la psicología infantil; sólo si se reconoce una evolución consciente siguiendo los niveles de la estructura psicofisiológica puede adquirir verdadero valor biológico. Es esencial que la conciencia sea considerada en su propio dinamismo: su movilidad entre los diferentes niveles, es lo que condiciona el crecimiento del niño y la evolución del adulto. Hace ya más de treinta años que expuse esta tesis por vez primera*, y le dedicaremos un capítulo tan cuidado como el tema lo requiere.

*Op. Cit. (19)

I) La cibernética

Explica los procesos psicofisiológicos acudiendo al funcionamiento de los servomecanismos. Plantea interesantes problemas de diferenciación con el psiquismo humano, y en particular con la conciencia. Trataremos de ellos cuando nos refiramos a esta ciencia en cuanto aplicación de sistemas energéticos.

J) La psicología social

Esta rama de la psicología estudia las relaciones «individuo-sociedad». Dentro de ella, Maunowsky se ha esforzado por demostrar el papel que juega la sociedad en el condicionamiento individual. Margaret Mead, por su parte, ha podido comprobar, comparando diferentes grupos sociales, la influencia de lo social desde la infancia. Es ésta una cuestión de primordial importancia que habremos de desarrollar más adelante.

Señalemos desde ahora el interés pragmático que ofrece la perspectiva del psicólogo rumano Moreno, orientada enteramente a la liberación de la «espontaneidad creadora» que reside potencialmente en todo individuo. Las dificultades personales de expresión, y sobre todo la presencia física y psicológica de los otros, reducen al silencio ese ser «creador» que se trata de despertar. Tanto la toma de conciencia de ese tipo de handicap como su curación, se operan en el seno de una acción colectiva, el psicodrama, que posibilita la necesaria catarsis.

K) El psicoanálisis

El método de investigación psicoanalítica, introducido por Freud, ha conocido desde entonces una variada diversificación por senderos que, por una u otra razón, tienen que ver con la ciencia del hombre que perseguimos. Hay un elemento que permanece, y qué es fundamental para quienes estamos interesados en el problema de la «conciencia»: la asignación de un valor terapéutico al hecho de percibir con conciencia clara acontecimientos traumatizantes desde el punto de vista psíquico, origen de represiones de consecuencias patológicas. Evidentemente, sea o no con la ayuda de un psicoanalista, lo que restablece la armonía psico-fisiológica es esa «presencia» de la conciencia que interviene como nivel superior de la estructura.

Freud desenreda la «madeja» de fuerzas de la naturaleza humana en términos de «energía» y de «estructura». El término de estructura conviene mejor, en efecto, para definir al hombre que no el de «sujeto», pues el «yo», colocado entre el «ello» y el «superyo», entre el dinamismo de lo infrapersonal y los requerimientos de lo suprapersonal, no pasa de ser una apariencia inconsistente.

Con su alternancia entre el «complejo de inferioridad» y la «voluntad de poder», Adiemos hace asistir al juego desequilibrante a que se encuentra sometido el ego, juego que no terminará sino con el reconocimiento de los verdaderos «valores».

Jung nos sitúa en presencia de un nivel psíquico «energético» y «colectivo», cuyo dinamismo diferenciado evoca, aunque con menor precisión, el sistema energético de Lupasco.

Sus exploraciones energéticas alcanzan proporciones cósmicas. Pero esta visión gigantesca, relativa a la total estructuración «consciente-inconsciente» y a la enunciación de sus leyes respectivas, no llega a rebasar el marco del psiquismo. Es cierto que el autor apunta una vía de salida hacia la investigación de lo «espiritual» en cuanto principio sui generis dentro del conjunto de las fuerzas motrices de la psique,

pero eso espiritual no parece tener para él verdadera entidad biológica.

En unión de otros autores, el psicoanálisis desarrolla su lucha en el campo de los procesos de condicionamiento psíquico, con vistas a redimir de sus cadenas la libertad espiritual del hombre.

Juliette Boutonnier, apelando a la experiencia, reniega de todo sistema en el intento de pasar de la angustia existencialista a esa libertad.

El doctor Hesnard divulga con empeño la gravedad de la noción de «culpabilidad» en su «universo mórbido de culpa». Esta noción refleja evidentemente, con toda su fuerza, el «dualismo» que nos aprisiona (el bien contra el mal) y que confiere al ego el peso de un juicio de valor. La conciencia permanece enganchada en el psiquismo, y este proceso, reforzado por el condicionamiento social, laico o religioso, taponan irremediablemente el acceso a la evolución espiritual. La ética biológica, basada en la simple toma de conciencia, sin emisión de juicio, trae consigo, por el contrario, de forma automática, las rectificaciones deseables. Se trata de una conducta moral «sin pecado», que se apoya en una nueva moral biológica más auténtica.

El doctor Franck, por su parte, proponía una interesante iniciativa con su «logoterapia». Parte, como es debido, de una división tripartita de la naturaleza humana: cuerpo, alma y espíritu, paralela a la constitución trinitaria que nosotros proponemos: «Soma, Psyché, Nous». Para este autor, el eje de la Totalidad es lo «espiritual»; el espíritu organiza su propio instrumento psicofísico, sin depender de él; no es substancia, sino puro dinamismo. El psicoanálisis clásico superficial no habría descubierto más que el «anima» (el psiquismo), sin llegar a tocar los confines del Espíritu (la Conciencia). Existe también, dice, un «inconsciente», que es «espiritual». Con esa misma óptica, nosotros traducimos: el SÍ MISMO (Conciencia pura), que, sin que lo sepamos, es immanente a todos nosotros.

L) La psicología intuitiva de Bergson

A esa «conciencia» llegamos, en esta corriente, por la intuición, sin que estemos en presencia de una estructura biológica científicamente definida. Lo Real (la Conciencia pura) y lo irreal (la conciencia deformada) se diferencian netamente. Los condicionamientos biológicos y sociales a través del lenguaje y las costumbres adquiridas, ocasionan las peores confusiones. Esos son los daños que origina nuestra conciencia «psíquica».

Como en la tradición oriental, y asimismo como en el mensaje vivido de Krishnamurti, Bergson reconoce que para volver a alcanzar la «Conciencia inmediata» es preciso dejar de hablar e incluso de pensar. El psicólogo no puede hacer otra cosa que constatar el error que se deriva del hecho de expresarnos con palabras y de pensar espacialmente. Sólo cabe un acceso negativo a lo «Real». Reconocemos aquí el «Neti» hindú («no, no es eso»). Con admirable lucidez, Bergson llega a constatar que las psicologías contemporáneas sólo son imperfectas por el hecho de ser fragmentarias.

De haber realizado una sistematización biológica en forma científica, con inclusión de sus leyes funcionales, estaríamos ante una «ciencia del hombre» tal como la concebimos. A falta de ella, se ha podido decir que Bergson nos invitaba a morir a la inteligencia para reencontrar el impulso vital, pero que ese impulso no resultaba vital para nadie.

Lo mismo ocurre con el idealismo de Brunshvicg: aunque considere a la conciencia como centro absoluto creador tanto de la realidad material como de los valores éticos, falta la experiencia de la misma: la conciencia no es vivida en la subjetividad propia,

en la vida concreta del hombre.

M) La fenomenología

Cuando consideramos que Husserl, padre de la fenomenología, se esfuerza por escapar de las ilusiones de un mundo que existiría «en sí» por un acto de «reducción fenomenológica» que afirma la «autonomía de la conciencia» y pone entre paréntesis el mundo de los objetos y el «flujo de las impresiones psicológicas»; cuando, por añadidura, vemos que se propone trascender la dualidad «materialismo-idealismo», creemos reconocer en ello los mismos elementos que suministran la India y la microfísica en orden a la edificación de una «ciencia del hombre».

—La Conciencia en la filosofía contemporánea

Roger Garaudy, que resume en esos términos el esfuerzo de Husserl⁵⁵, hace ver de modo patente y pretendido la postura oscilante entre dos corrientes, que representa la fenomenología: de una parte, un pasado de cientifismo positivista o de idealismo abstracto, extraños uno y otro a la realidad humana, de otra, la filosofía contemporánea que, con el existencialismo, vino a inaugurar una confrontación con el problema humano.

Si el autor admite, juntamente con el propio Husserl, y con sus críticos, que éste fracasó parcialmente en su tentativa de trascender la dualidad y que, en realidad, siguió siendo un idealista, ello se debe a que sus interpretaciones quedaron en el campo de lo «filosófico», al margen de la realidad científica, y teñidas aún de las nociones antagónicas de «materialismo-idealismo». Para nosotros, si la materia es energía y si la Conciencia es igualmente energía, la noción de dualidad desaparece automáticamente; sólo puede hablarse de «niveles de energía».

Para Sartre, el descubrimiento esencial de Husserl es la transcendencia de la Conciencia, el hecho de que «es existencia», es decir realidad y valor a la vez. Al edificar su teoría de las emociones, Sartre considera al hombre como una «totalidad y no como una colección», y afirma que el hombre se expresa «todo entero hasta en sus conductas más insignificantes y superficiales». Trasponiendo estas nociones al terreno científico, podríamos decir que su estructura resulta, por ello, «integrada».

Después de haber hecho la crítica del objetivismo, y tras haber demostrado que éste es el resultado de actos de conciencia, Husserl concluye que «no se puede hablar de objetividad más que en función de la conciencia». Ello recuerda una declaración paralela de la sabiduría Hindú: el mundo no tiene objetividad propia, sólo es real en cuanto emanación del sí MISMO. Esa conciencia no es tampoco para Husserl la conciencia «psíquica», sino el «Yo» transcendental que objetiva al mundo. Encontramos aquí los elementos de la estructura trinitaria.

Pero donde ya no estamos de acuerdo con Husserl es en que, para él, esa conciencia transcendente es todavía una conciencia personal y no la «Conciencia universal», la Conciencia «Una», como había intuido y admitido Schrödinger*, y como la concibe... el propio Jean Jaurès cuando declara: « ¿Cuál puede ser ese principio que une todas las conciencias, y que a la vez las eleva, sino la conciencia absoluta?⁵⁶. André Niel, que recoge esta cita⁵⁷, subraya el hecho de que «Jaurès, un marxista materialista» afirme que «el infinito es espíritu y conciencia, unidad y amor».

André Niel, a la vez que destaca el aspecto unitario de la conciencia, difundido por la «metafísica oriental», no abandona el aspecto «separador» de la conciencia en el hombre, al insistir en la dualidad «sujeto-objeto» (yo y el mundo, yo y el otro). Se

trata, evidentemente, de la visión del ego, pero, para el autor, la existencia de esa conciencia más profunda proporciona un ego «mejorado», podría decirse, lo que él llama un ego «abierto».

Pocos occidentales se sienten realmente penetrados por la realidad operante de la Conciencia universal, en cuanto sustituía del ego; su tradición religiosa o metafísica no se presta a ello. Tan sólo una experiencia pasajera disipa de vez en cuando sus dudas. Sartre, que reprocha a Husserl no haber llevado lo bastante lejos su «reducción fenomenológica», y que por su parte la lleva adelante hasta rechazar «el ego transcendental», «purifica» sin embargo la Conciencia y la vacía de su contenido fenoménico hasta el punto de reducirla a la «Nada». Tampoco, pues, se llega aquí a establecer la distinción entre ego y conciencia universal, entre conciencia limitada y conciencia pura. Es preciso haber aceptado, comprendido y vivido la tradición oriental para poder erigirla en «trama» científica.

Queda todavía un aspecto de la conciencia en la fenomenología de Husserl que nos parece del mayor interés. Es el de su dinamismo en cuanto «intencionalidad». La conciencia no es una «cosa»: es un «acto» unificador, totalizante, que da un sentido a las cosas. Este dinamismo no implica «esfuerzo»; no es sinónimo de «voluntad». Es una «presencia» de la «subjetividad transcendental». Reconocemos aquí los rasgos de lo que hemos designado como «conciencia pura», no condicionada por el psiquismo y sus atributos: estar lúcido, simplemente «ver», como recomienda Krishnamurti.

En la esencia misma de esta fenomenología encontramos una exploración de la interioridad que tiene por objeto el descubrimiento de la naturaleza de la Conciencia. Una actitud como ésta, de haber sido confrontada y completada con otros intentos y otros enfoques, hubiera sido un eje precioso en el ensayo de construir una ciencia del hombre.

—Filosofía y conciencia-energía

Si las grandes corrientes de la filosofía contemporánea, impregnadas de fenomenología, nos abren «en abstracto» unas perspectivas renovadas de la vida consciente, algunos filósofos evolucionistas espiritualistas, herederos del mensaje de Bergson, se han apoderado ávidamente de los descubrimientos de la microfísica y de sus datos energéticos para tratar de integrarlos en síntesis audaces. Las cosmogénesis y antropogénesis por ellos edificadas testimonian una madurez de auténticos pioneros que sólo esperaban, para manifestarse, la aparición de bases científicas irrefutables. Junto a ellos, vemos emerger la vida de formas que no eran sino ilusorias y vemos aparecer la unidad del Cosmos y del Hombre, quien, trascendiendo su ego en un despliegue de energía, crea y recrea sin cesar el Universo en que vive, a la vez que va vislumbrando el alcance del «poder» de la Conciencia.

Encontramos aquí, en primer lugar, a Marcello Fabri*, quien abarca íntegramente la existencia universal en un concepto por él acuñado, el «síncrono», sabiendo que en cada uno habita la totalidad del «Ser-Conciencia». Solamente la posición provisional que cada uno ocupa en medio de la multiplicidad le lleva a creer en la separación del ego. El «Ser-Evolución»** fundamental no está encerrado en el hombre, su patria es lo «existente». La Conciencia es el motor de la creación eterna, el eje viviente del mundo. El «autósofo» que se ha elaborado su propia sabiduría, percibe en sí mismo la energía fundamental de Conciencia que fluye Dajo el Universo, liberándole de la «humanimalidad» y proponiéndole fines espirituales. Todos nosotros somos esa

Conciencia que crea nuestro «Verdadero Yo» en una verdadera partenogénesis. Sin embargo, el autor denomina la Conciencia como «energía psíquica» o «energía fénix». La dualidad «creador-creación», dice también, es una ilusión propia de un estadio primitivo del pensamiento.

Para R. Ruyer⁵⁸, la Conciencia y la Vida son una misma cosa: una corriente psicológica proveniente de lo que el autor llama «psiquismo secundario», que funciona por mediación del sistema nervioso, por oposición al «primario», que genera los órganos.

Se trata de una verdadera fuerza, dotada de eficacia. En el «Coloquio internacional sobre el Instinto», celebrado en 1954, Ruyer defendió una tesis finalista que implica la eficacia de la Conciencia. La Conciencia es «esa intervención eficaz del sentido en el desarrollo a tergo de las causas». Sólo la Conciencia puede «integrar» el comportamiento; pocos hechos biológicos están mejor probados que la eficacia de la conciencia: es el hecho fundamental de la finalidad orgánica. La Conciencia es información activa, el «yo» no es más que una diferenciación de la misma.

El elemento energético de los fenómenos conscientes ha sido puesto de relieve especialmente por Teilhard de Chardin. En una ocasión —hace unos veinticinco años—, en que las circunstancias de la vida nos hicieron coincidir personalmente, me abordó diciéndome: «Thérèse Brosse, Vd. ha escrito que la Conciencia es energía; estoy completamente de acuerdo.»* Op. cit. (24).

Yo le respondí entonces: «Su condición de jesuita tal vez no le permita estar igualmente de acuerdo conmigo si le digo que no creo en la infabilidad del Papa.» Y el padre Teilhard añadió: «Es mucho más importante creer en la energía de la Conciencia que en la infabilidad del Papa.» Este gran científico escribía en 1962⁵⁹: «Todavía un poco más, y lo que hasta ahora no era sino la ciencia humana habrá sido reemplazado por una ciencia del hombre... voy a intentar hacer tomar conciencia de esta nueva orientación, trazando las grandes líneas de una energética humana.»

Ahí se detiene, por lo demás, para Teilhard de Chardin, la evolución propiamente humana, que en el plano espiritual sólo se proseguirá por la mediación de una Cristogénesis descendente: «¿Qué mejor que una antropogénesis ascendente para servir de telón de fondón y de base a las luminosidades descendentes de una Cristogénesis?» A partir de ahí, la ciencia del hombre deja el sitio a una metafísica cristiana con un Dios personal. Si el autor se hubiese dejado penetrar por la filosofía oriental, cuyo contacto no despertó su interés, ese punto omega que el hombre va a descubrir en el centro de su noosfera habría podido ser la Conciencia Universal y, aunque ignorada, habría estado presente desde el comienzo de los tiempos.

Por amplios e interesantes que sean todos estos puntos de vista, siempre se refieren, tan sólo, a la estructura dualista del hombre. La misma psicología analítica no escapa a esta limitación, como hemos visto en Jung⁶⁰.

La evocación de este problema de «estructura» nos lleva a exponer una doctrina filosófica contemporánea, importante por los datos positivos, aunque incompletos, que aporta; pero también, y sobre todo, por las preguntas que suscita; se trata del «estructuralismo».

N) El Estructuralismo

—Lo que es. Lo que podría ser

También aquí, para captar las grandes líneas del sistema sin perdernos en detalles inútiles, vamos a limitarnos a examinar críticamente la exposición magistral que hace de él Roger Garaudy.

En su forma «doctrinaria» más estricta y absoluta, el interés del estructuralismo se desplaza del «ser-objeto» existente del existencialismo, al estudio de las «estructuras», consideradas como «realidades», desinteresándose, por no decir excluyendo, la actividad humana que les ha dado origen. En este sentido, se ha podido tachar al estructuralismo de representar la «muerte del hombre».

Esa noción de muerte del hombre merece, a nuestro juicio, una atención muy especial, pues cuando nos paramos a conocer su interpretación, encontramos que se trata nada menos que de la desaparición de ese ego, cuyas tretas intentamos desenmascarar.

También otros lo han intentado, desde otras disciplinas, físicas o fisiológicas, pero esa, «lucidez» ya se dejaba sentir a fines del siglo pasado. Jules de Gaultier, un discípulo de Nietzsche, ya escribía: «El yo, que no es más que una razón social, una representación abstracta como la Ciudad o el Estado, es tomado como entidad dotada de unidad real.» El «yo», para él, es una «ficción»: «Autores y espectadores de ilusiones que ellos mismos crean, los hombres se hacen la ilusión de ser sujetos personales de pensamiento, libertad, actividad y querer.» Y nosotros vemos aquí, repetida, esa poderosa presunción del ego que hemos subrayado anteriormente: «La voluntad humana, cogida en el vértice de un remolino de causas y efectos, se cree sin embargo capaz de intervenir.» Contra ese hombre fabricante de «ficciones figurativas», nos pone justamente en guardia Krishnamurti, al hacer palpable la evidencia de que nosotros somos los autores de nuestros propios problemas.

R. Garaudy considera que Jules de Gaultier «constituye un eslabón en el movimiento que va de la proclamación de la muerte de Dios por Nietzsche a la proclamación de la muerte del hombre en ciertas concepciones doctrinarias estructuralistas».

Resulta interesante penetrar el sentido profundo de esta consideración, examinándola desde la óptica de Sri Ramana Maharshi en la India: El hombre tiende a representar a Dios como un ser personal en tanto en cuanto tiende a considerarse a sí mismo como un ego diferente de sus semejantes. Cuando el ego desaparece, tanto Dios como el hombre ceden su puesto a la sola Conciencia Universal, que reabsorbe en sí toda imagen dissociadora. Así entendida, la «muerte de Dios» significa también evidentemente la «muerte del hombre», tomada en su más alto sentido.

Sin embargo, esa eliminación del hombre en el estructuralismo es sólo un abuso doctrinario. Un estructuralismo «dialéctico», no ya «absoluto», toma en consideración la actividad humana que da origen a las estructuras. Ni Saussure, ni Jacobson ni Lévi-Strauss han pretendido nunca que la estructura representara la totalidad de lo cognoscible.

En esta perspectiva, la categoría fundamental es la «relación», no ya el «ser». Para nosotros, esta «relación», con la que no podemos por menos que estar de acuerdo, adquiere un sentido muy especial: a relación entre la Conciencia con los niveles por ella creados. (La Conciencia crea el teclado y se sirve de él como un artista, dicen los Gnósticos de Princeton.) Tenemos aquí la contrapartida del estructuralismo doctrinario, para el que la «conciencia aparece como enemiga secreta de las ciencias del nombre», como hace notar Lévi-Strauss.

Hecha esa distinción, podemos mantener el estructuralismo como «método de exploración y de análisis de un nivel de la realidad humana y social». Ya veremos la importancia que para nosotros reviste este enfoque estructural dinámico. Por el contrario, en su forma doctrinaria, es sólo una «alienación esterilizante».

En ese estudio dinámico de la utilización de los niveles de la estructura por la conciencia, la «lingüística» ocupa un lugar privilegiado entre las ciencias sociales, en la medida en que, por medio de la lengua, objetiva el grado de evolución del nivel de

conciencia. En otros capítulos daremos, de paso, algunos ejemplos. El nacimiento de la «semántica general» es representativo, a este respecto, de un nivel avanzado en el espíritu contemporáneo.

Lévi-Strauss ha evidenciado la complementariedad entre la historia y la etnología, al definir como objeto de la investigación en las ciencias sociales a «esa pareja indisoluble formada por una humanidad que transforma el mundo a la vez que se transforma a sí misma en el curso de su actividad».

En la pareja dinámica «espíritu-nivel estructural», Lévi-Strauss descubre una misma ley funcional, válida para todos los niveles. (Ya precisaremos esta noción desde nuestro punto de vista.) Es capital para nosotros leer: «En este grado de generalidad de la tesis, es preciso recurrir a la hipótesis de una estructura trascendente del espíritu que imprime apriori, en todas sus obras, esa misma estructura.» Y en otra parte: «Ese inconsciente (en el sentido kantiano) sería entonces la fuente de todas las demás estructuras; pero en sí mismo permanece como dato inexplicable, cuyo origen no puede ser investigado, ya que es, por definición, lo originario.»

Todas las disciplinas científicas, y también la filosofía, plantean una cuestión semejante. La finalidad de esta obra es, precisamente, proponer una respuesta a esa cuestión, y justificarla; se encuentra implícita en la antropogénesis del Shakta Vedanta. Es la «Conciencia Universal» y su sistema energético, dato primordial, increado, imbricado dinámicamente en la «manifestación», en niveles jerárquicos cuya integración ella misma asegura.

¿Cómo se explica la elaboración de un estructuralismo doctrinario que toma como «real» la estructura y considera al hombre como un espejismo sin consistencia?

Nos parece totalmente posible, y el lector lo comprenderá en un capítulo posterior, explicar el mecanismo psicológico que ha presidido la elaboración de tal doctrina. Veremos, en efecto, que la Conciencia (elemento dinámico del hombre) utiliza, tanto en el crecimiento individual como en la evolución social, sus tránsitos sucesivos de nivel a nivel para educar las cualidades propias del nivel en el que se detiene, a fin de conferirle efectividad.

Ahora bien, al ser la Conciencia, por esencia, el «absoluto», confiere esa cualidad de «absoluto» al nivel que provisionalmente se encuentra «ocupando». Nosotros le hemos dado el nombre de «absoluto biológico», o mejor aún, «absoluto noético». Ese nivel estructural puede así revestir para el científico ese carácter absoluto, si el psicólogo ignora que es la Conciencia quien le confiere esa importancia. El papel primordial que ésta juega, sólo se revela en el dinamismo del tránsito de la Conciencia de un nivel a otro.

El «doctrinario» —en este caso Michel Foucault— descuida ese paso de un nivel a otro en su descripción de los tres momentos estructurales sucesivos de la civilización. Lévi-Strauss se lo reprocha: su imagen es la de una «linterna mágica», no la del «cine». El «centelleo» que puede «evocar» la conciencia sobre la estructura, también resulta comprensible, si el lector nos autoriza la siguiente imagen: el semáforo está en verde en el nivel ocupado, el cual, durante algunos años, se expresa intensamente con exclusión de cualquier otra manifestación; el nivel estructural que ocupa todo el escenario de la investigación, aparece entonces como único objeto de estudio. Una vez acabada la educación en este nivel, la Conciencia comienza a dar signos de interés por el nivel siguiente, que se dispone a ocupar. Es el semáforo en «intermitente», el «centelleo», que permite al observador detectar en el nivel una cierta presencia en movimiento. Tras esta transición, de corta duración, será la etapa siguiente la que imponga, como la anterior, su despliegue exclusivo y absoluto. En esta observación, se suceden uno a otro niveles estructurales; eso es lo que cuenta

para el observador no advertido del mecanismo que está en juego.

FILOSOFÍA Y CIENCIA DEL HOMBRE

Nos llama mucho la atención una frase de Lévi-Strauss. R. Garaudy la encuentra audaz; nosotros, al contrario, la encontramos más bien modesta. Es la siguiente: «La filosofía no puede dejar de jugar, con respecto a las ciencias sociales, el mismo papel renovador que, por ejemplo, ha jugado, para el conjunto de las ciencias exactas, la física nuclear.»

Nos resulta modesta, porque esa «renovación» debe aplicarse, no sólo a las llamadas ciencias sociales, sino también a la misma ciencia del hombre. Y por ello, también la microfísica aporta una renovación a la ciencia del hombre, y no sólo a las llamadas ciencias «exactas».

El lector, que conoce ya en gran parte, por la introducción y el capítulo primero, los elementos de la estructura «integrada» que estamos elaborando, no habrá dejado de descubrir que los diversos sistemas psicológicos y filosóficos abstractos, que hemos presentado, aportan algún elemento en ese sentido. Todas estas disciplinas, no experimentales en su mayor parte, han ofrecido ideas, susceptibles de una eficaz experimentación interdisciplinar. ¿Acaso la física de los quanta no aporta a la ciencia del hombre un marco «energético» particularmente importante?

Justamente esa aportación nos permite afirmar que:

EL PROBLEMA DEL HOMBRE, PARA PODER SER ENUNCIADO DE FORMA PRECISA Y PODER LLEGAR A CONCLUSIONES PRACTICAS, DEBE SER PLANTEADO EN TERMINOS DE ESTRUCTURA ENERGETICA Y DEBE SER RESUELTO EN TERMINOS DE FUNCIONES, DE ACUERDO CON LEYES VERIFICABLES EXPERIMENTALMENTE.

Se trata, indudablemente, de una respuesta incompleta, pero fundamental desde el punto de vista del deseo que despertó en nosotros la lectura de las obras de sistematización energética de Stéphane Lupasco, donde se refiere a la estructura humana desde esa perspectiva. Difícilmente podría encontrarse un ejemplo más demostrativo de la eficacia que alcanza el pensamiento del científico cuando trasciende la experiencia con toda la envergadura de su genio creador, como observa Einstein.

No solamente se han convertido en factores energéticos, como corresponde, los elementos constitutivos del hombre, sino que esos factores, sistematizados y jerarquizados, dan cuenta con todo rigor de los mecanismos energéticos de nuestra estructura, tanto en su perfección como en sus fallos. Ya hemos podido apreciarlo en el capítulo II al tratar del problema del ego y de la inestabilidad psíquica.

Respuesta incompleta, digo, que explica esa inestabilidad mental, pero fundamental también en cuanto que abre paso a un desarrollo superior de esta sistemogénesis que, desde un nivel más elevado, estabilizaría a su vez las fluctuaciones incesantes del psiquismo. La presente obra propone, efectivamente, como nivel superior, indispensable para la constitución del «hombre integral», la «Conciencia-Energía» una y universal, tal como la describe el Shakta Vedanta, filosofía científica energética de la India, relativa a la antropogénesis y a la cosmogénesis. Y todo ello, precisamente en forma de sistematización antagónica, fuera de la cual no cabe, según S. Lupasco, ningún tipo de manifestación energética.

Pero, antes de adentrarnos progresivamente por este camino, debemos volver nuestra atención a una serie de investigaciones que difieren totalmente entre sí en cuanto a sus métodos y en cuanto a la cualidad de sus temáticas respectivas. Al explorar la interioridad por medio de técnicas instrumentales, despiertan el apasionamiento de la investigación científica actual, pero, a decir verdad, sería preciso contar con el marco de una ciencia del hombre, puesta ya a punto, para poder valorar debidamente el volumen considerable de documentación acumulada.

CAPITULO IV

AVANCES CIENTIFICOS Y CONOCIMIENTO DEL HOMBRE (CONTINUACION)

Exploraciones instrumentales de la interioridad. Microfísica y ciencia del hombre

ESTUDIOS EXPERIMENTALES DE LA INTERIORIDAD, REFERIDOS A ESTADOS NO ORDINARIOS DE CONCIENCIA

En estos últimos decenios, la exploración instrumental del psiquismo se ha visto enriquecida considerablemente por los experimentos relativos a estados de conciencia inhabituales, voluntariamente modificados. Prefiero el adjetivo «inhabituales» al de «alterados» de los americanos, ya que la verdadera «normalidad» no se ha podido establecer todavía.

a) Los sujetos

Los sujetos estudiados utilizan diferentes técnicas con el fin de escapar de la «prisión mental» de la actividad psíquica habitual, y con la esperanza de encontrar, en ese psiquismo, posibilidades ocultas que la ciencia tradicional no se había permitido abordar por el momento. Entre estas técnicas, se pueden citar, sin un afán exhaustivo, la toxicomanía, la hipnosis, el entrenamiento autógeno, la biorretroacción (biofeedback), las experiencias místicas o la meditación transcendental.

Por otra parte, el interés por las disciplinas orientales ha hecho surgir todo un conjunto de investigaciones sobre el Budismo Zen y el Yoga, cosa que en la época de mi primera misión en la India, en 1935, parecía como mínimo algo insólito, por no decir «extravagante».

b) Los experimentadores

Desde entonces, este tipo de investigaciones han interesado, de diferentes maneras, a neurofisiólogos, psicólogos e incluso médicos, en la medida en la que podían presentar un aspecto terapéutico.

Sin embargo, la teoría del yoga, susceptible en mi opinión de orientar toda una investigación científica, mucho más que el simple registro de los ejercicios propiamente dichos, no parece haber llamado la atención de los científicos, ávidos sobre todo de gráficas inhabituales, más o menos espectaculares, con desprecio de los mecanismos apuntados por la Tradición.

No es fácil explicarse por qué la mayoría de los autores, aún teniendo un profundo conocimiento de Oriente y de su filosofía, e incluso, a veces, experiencias subjetivas ilustradoras de esta filosofía, no han intentado nunca extraer de ahí los elementos de una «ciencia del hombre» teórica y práctica. Interesándose apasionadamente en los fenómenos de la interioridad, tanto en sí mismos como en cuanto fuente de experiencias de laboratorio, su fe en la ciencia occidental les ha impedido imaginar que una anatomía y fisiología tradicionales podían suponer un fructuoso aporte para su investigación.

Desde que llevé a cabo mis misiones en la India, encaminadas a experimentar instrumentalmente con los yoguis^{*Op.cit.(29)}, se me hizo evidente que la estructura humana «energética» utilizada en los ejercicios tenía que aportar a la investigación científica frutos mucho más importantes que los registros obtenidos, por cautivantes

que fueran. En efecto, únicamente los datos de la tradición pueden llegar a sugerir una interpretación satisfactoria, incluso para otros estados inhabituales pertenecientes a un proceso completamente distinto. Así es como, repito, del mismo modo que un ejercicio gimnástico utiliza siempre una estructura orgánica, el ejercicio espiritual del yoga utiliza una estructura diferenciada que culmina en las más elevadas potencialidades humanas. Por eso nos parece indispensable, en un estudio de este tipo, tener presente la jerarquía de niveles funcionales que se propone poner en juego esta práctica, de cara a la liberación de la Conciencia.

c) Alcance y significado del experimento

Actualmente, la profusión de publicaciones sobre estos temas es tal que Pierre Etevenon ha computado hasta quinientas sólo en su bibliografía de Timmons⁶¹.

¿Podría surgir una ciencia del hombre de las dos grandes corrientes del pensamiento moderno que describe Jean Bruno en un artículo muy documentado^{**Op.cit.(3)} que comenta acertadamente los diferentes aspectos de la cuestión?:

1) Por una parte, el interés que suscita todo lo que concierne a los estados psíquicos de interiorización y, particularmente, al contenido de las experiencias vividas. A este respecto, señala la aparición de una reciente «enciclopedia de los místicos» a la vez tradicional y abierta al futuro, pero buscando permanecer en la perspectiva interior.

2) Por otra parte, el establecimiento de múltiples laboratorios que, en gran medida en los Estados Unidos, proporciona a los psicólogos la posibilidad de efectuar registros que tienden a establecer una correspondencia entre los estados de conciencia descritos por el sujeto y las manifestaciones electroencefalográficas y poligráficas recogidas.

Lo que significa que el «tabú» que alejaba a la «dignidad científica» de este tipo de investigación ha desaparecido prácticamente, y que la totalidad de las manifestaciones humanas adquieren derechos de ciudadanía en una experimentación que la ciencia denominada «fundamental» reservaba celosamente para sujetos artificialmente delimitados, pertenecientes al reino animal.

d) Estudio crítico del problema de los niveles de conciencia

Aunque el mecanismo intracerebral sugerido por los registros eléctricos haya sido refrendado por neurofisiólogos muy competentes, no me parece seguro que estos registros aporten una verdadera información sobre la estructura del psiquismo, debido a que esos investigadores no son a la vez sujetos de la experiencia y no pueden, por lo tanto, conocer sin error la calidad del estado de conciencia registrado.

Dentro de las sistematizaciones subjetivas efectuadas por los diferentes autores, la meditación y el «misticismo experimental» están tan bien integrados en las corrientes de la nueva psicología americana, que Maslow ha podido escribir que se trata del desencadenamiento de una «tercera fuerza». Estas experiencias interiores son extrañas a todo marco confesional. En la medida en que puede empezar a verse en ello una transcendencia, se concebirá menos por referencia a un «absoluto» que por la simple superación de los límites del ego. De ahí es de donde procede el término de «psicología transpersonal»⁶². Se trata, sin duda, de la parte superior del psiquismo, la que, como lo veremos en el Vedanta, tiene un carácter universal (Buddhi) que no ha sido liberado a un nivel de conciencia «pura».

Tanto el término «éxtasis» como el de «iluminación» han sido empleados

corrientemente para experiencias que podrían reproducirse a niveles diferentes. Para mí, de todas formas, y ya lo explicaremos más adelante, las satisfacciones sensoriales de especial agudeza y con unión a un principio considerado como «exterior» a la persona, son siempre algo concerniente al psiquismo. Lo «Real» se despoja de toda manifestación y se siente como el «Todo». Es, por otra parte, inefable y no puede ser registrado más que excepcionalmente. Arbman «considera probable que el misticismo teísta orientado hacia un ser divino concebido como personal no haya llegado nunca a desembocar en una completa difuminación de la conciencia que de sí mismo tiene el místico, como sujeto distinto a la deidad».

Tal y como ha señalado Bruno, «pensar la experiencia espiritual en términos de estados de conciencia (que, para nosotros no son más que niveles) como lo hace el Vedanta, o en términos de relaciones afectivas e interpersonales como ocurre en el teísmo... ofrece perspectivas muy diferentes». Como hizo notar Michel Jouvét, en un coloquio en Lyon sobre el sueño, esta actualización del tema lo acerca a la formulación de los Upanishads en cuanto a los tres estados de vigilia, sueño normal y sueño profundo.

En esa ocasión, se planteó la cuestión del nivel de conciencia que se debe atribuir al éxtasis. Unos lo asimilaban a un estado onírico, debido a las imágenes que lo Caracterizan. Para los antiguos Upanishads, no era el sueño normal sino el sueño sin imágenes el que «facilita el acceso a la beatitud». Posteriormente, la superación de la dualidad fue asociada a un «cuarto estado» (turya). Y se plantearon si la exploración biológica podría zanjar la cuestión.

Pero a mí me parece que ese planteamiento no es el correcto:

De acuerdo con las enseñanzas del gran Sabio, Sri Ramana Maharshi, que ha vivido interiormente la esencia misma del Vedanta, el sueño profundo se asemeja al estado «turya» en el sentido de que no hay actividad mental, ni memoria, lo cual proporciona una cierta beatitud que hace exclamar al despertarse: «He dormido como un bendito.» Pero no es esa la felicidad del estado sin ego, pues la Conciencia, aunque liberada de la actividad mental, no está presente más que en un estado velado y por lo tanto degradado.

De todos modos, el estudio encefalográfico de esos dos estados (con o sin sueños) es interesante. El puro dormir sin sueños revela una inhibición cortical creciente; por el contrario, los sueños provocan una especie de reactivación del cerebro comparable a la del estado de vigilia, a pesar de que el mundo exterior se sustituye por un mundo interior con sus imágenes y situaciones sociales. Y, al contrario de eso, alejándose de las actividades que suponen vigilancia y aproximándose a la pasividad, es como se presenta el éxtasis.

Como puede comprenderse sin esfuerzo, en laboratorio no han podido registrarse muchos éxtasis o iluminaciones confirmadas, pero sí con bastante frecuencia ejercicios de interiorización con estados intermedios entre la vigilia y el sueño.

La significación psicofisiológica de esos trazados continúa siendo ambigua, manifiestan los diferentes autores, y entre las dificultades de interpretación, hay que tener en cuenta, sin duda, el hecho de que las técnicas subjetivas empleadas son a menudo diferentes y, a causa de ello, también lo son los mecanismos intrínsecos que conducen a diferentes interiorizaciones y trazados. Los experimentos discriminativos que yo he realizado personalmente, como sujeto de la experiencia, me ayudan considerablemente en el intento de encontrar «significaciones». Ya se expondrán en los capítulos de electroencefalografía y «ondas periódicas lentas».

Siendo esto así, parece normal que los alucinógenos provoquen lo que se ha convenido en llamar «desincronización», ya que se trata de ondas beta que aparecen

con la excitación visual y la actividad intelectual.

«El éxtasis yogui» del sujeto examinado en la India por el profesor Gastauta se manifestaba en ondas alfa amplias, rápidas y generalizadas, contrastando con un aspecto corporal desvitalizado⁶³. Tales constataciones evocan, según la Tradición, una cualidad del «samadhi» en relación con el despertar de esa energía cósmica interior denominada KUNDALINI que, en su ascenso de la base de la columna vertebral al cerebro, desvitaliza los centros orgánicos (chakras) que abandona, para vivificar aquellos otros a los que va llegando. De ese modo, se explican los trazados inhabituales a la luz de la anatomía energética tradicional, lo cual viene a confirmar la validez de la misma. En esta línea, también es normal que no se registren respuestas a los estímulos exteriores, ya que hay un ejercicio preliminar (pratyahara) que tiene precisamente por objetivo aislar al organismo de los estímulos sensoriales.

Es también normal entre experimentados practicantes de Zen, que en el «estado de extremo recogimiento» de los sujetos particularmente adelantados, coincida con un «trazado de sueño» una conciencia perfectamente despierta, pues se trata del estado denominado «sueño consciente» que representa un progreso evolutivo en relación con la apacible placidez del sueño profundo.

El examen de innumerables «meditantes» que no llegaron nunca al éxtasis y, ni siquiera, a un estado de conciencia mayor y más diversificado, fue el origen del «feed back» que utiliza las interferencias psicosomáticas en sentido inverso e induce, condicionadamente, los estados de conciencia. Es la misma razón por la que, imitando a las civilizaciones tradicionales, tantos jóvenes se inclinan hacia la «droga», como sus antepasados al alcohol y al tabaco, para encontrar un amortiguamiento de la agudeza de sus preocupaciones. Muchas obras americanas han llamado la atención sobre la capacidad de los alucinógenos para producir estados semejantes a los extáticos.

El término «alucinógeno», así como el de «alucinación» del que procede, me parece demasiado cargado de interpretaciones caducas para la época científica que vivimos. Efectivamente, Roger Godel explicaba neurofisiológicamente la proyección exterior de las imágenes epifánicas de la antigua Grecia: simple inversión de la dirección de la corriente excitante, que circularía desde la interioridad central, en vez de desde los estímulos periféricos, para llegar a los receptores de los órganos de los sentidos⁶⁴.

La microfísica también nos demuestra que la apariencia objetiva del mundo fenoménico es ilusoria. (El equivalente del sueño, que dice el hinduismo.) Por lo tanto, no se trata de pasar de un cierto estado real a otro ilusorio, ni de cambiar un fantasma (el estado de vigilia) por otro (el estado de sueño). Lo «Real» es otra cosa.

Humphrey Osmond, que había supervisado la primera experiencia con mescalina de Aldoux Huxley, propuso, como nos recuerda Bruno, calificar estas sustancias «psiquedélicas» de otra forma: reveladoras del espíritu. Pero, al igual que en la meditación, los resultados satisfactorios no quedan garantizados si no hay una predisposición «psicoespiritual» que los favorezca. Si bien es cierto que los médicos que han tratado con LSD el alcoholismo de sus enfermos han podido constatar, con sorpresa, la aparición de experiencias conscientes más o menos características, la otra cara de la moneda es que este tipo de droga puede provocar una psicosis que necesita antídotos de empleo muy peligroso. Las reacciones individuales pueden oscilar entre el pánico y la emoción transcendental.

Tras una rigurosa selección de los sujetos, también se hicieron experimentos con psylocibina en estudiantes de teología. Se comprobó a inducción de un cierto misticismo, aunque las experiencias fueron llevadas a cabo fuera del marco religioso.

Hay publicaciones que informan de que esta clase de drogas es susceptible de

intensificar y ampliar la conciencia, que descubre su emplazamiento en el Universo y contempla con menos angustia la proximidad de la muerte. Al mismo tiempo, la exaltación prodigiosa de las sensaciones evoca el despertar involuntario de Kundalini, tal y como nos lo describen los que lo han experimentado. En todo ello subyace un problema energético prácticamente ignorado por los biólogos, a falta de sujetos apropiados, y que exigirá a los futuros investigadores apasionantes y complicadas comprobaciones. La aparición de sujetos experimentalmente valiosos y de investigadores suficientemente impuestos en el pensamiento oriental será lo que generará los métodos más adecuados.

Los intercambios entre Oriente y los Estados Unidos han producido un verdadero florecimiento de las prácticas del Zen y el Yoga. Dedicaré un capítulo al Yoga. El «training autógeno» de Schultz fue particularmente experimentado en Alemania y está próximo a ciertas disciplinas corporales del yoga. Sin descuidar la interiorización, se dirige principalmente a la curación de estados psicosomáticos patológicos.

REVISIÓN EPISTEMOLÓGICA A PARTIR DE LA EXPERIMENTACIÓN. ESTRUCTURA Y CONCIENCIA

Este esbozo incompleto del nuevo interés científico hacia la imperiosa necesidad de ampliar la Conciencia, sentida por un número de personas cada vez mayor, no deja la menor duda acerca de la orientación de una «ciencia del hombre» deliberadamente ajena a los caminos conocidos de la psicofisiología clásica. Requiere la elaboración de una nueva estructura que implique una nueva síntesis y una integración cualitativamente superior.

Esta síntesis «integradora», y los hechos lo demuestran, tendrá que introducir una nueva epistemología que conceda a la Conciencia, el papel esencial que presienten tantos seres. Y ello sin olvidar el factor energético, cuya importancia ha subrayado la física moderna. (¿No son manifestaciones energéticas los registros de los neurofisiólogos?) Finalmente, el todo tendrá que integrarse en una unidad que conservará una jerarquía funcional.

Nos encontramos, con ello, en una encrucijada epistemológica de la mayor importancia, que afecta a los niveles más altos de la constitución humana.

Si tiene que surgir una ciencia del hombre referida a la Conciencia, o lo que es más, si puede aparecer una verdadera «ciencia de la conciencia», será necesario efectuar una serie de puntualizaciones estructurales y semánticas con objeto de eliminar, en el origen, malentendidos irreversibles, y a la postre, una inevitable confusión.

Efectivamente: El estudio de los estados de Conciencia, por una parte, y por otra, la aproximación a la Conciencia, su naturaleza y funciones, constituyen dos campos de investigación diferentes aunque complementarios.

El primero se limita a un trabajo de documentación, por preciso y precioso que pueda ser; mientras que el segundo se constituye como ciencia del ser humano considerado en su integridad.

A la vista de la insuficiencia de los datos puramente psicofisiológicos para abarcar todas las manifestaciones del espíritu humano, hay quien se inclina por una iluminación espiritual idealista, trascendiendo tanto los conocimientos teóricos como la experimentación que, a sus ojos, no tienen incidencia sobre la «cualidad» humana. Ello no es más que una aspiración metafísica que no encajaría en el marco ampliado de las ciencias humanas.

Son, por el contrario, disciplinas en apariencia ajenas al problema humano, como la microfísica que utiliza la energía universal, o las matemáticas en cuanto que

búsqueda de la unidad, las que contribuyen poderosamente a la evolución de las ciencias del hombre. El conocimiento del macrocosmos y del microcosmos pueden ser el resultado de un mismo esfuerzo.

Por ello es tan importante considerar, antes que nada, las aportaciones de la microfísica, antes de recapitular los elementos susceptibles de ser seleccionados entre los avances científicos contemporáneos, bajo la óptica de una ciencia del hombre y, más particularmente, de una ciencia de la Conciencia.

MICROFÍSICA Y CIENCIA DEL HOMBRE. PERSPECTIVAS ENTORNO A LA CONCIENCIA

La microfísica, por lo menos para algunos de sus representantes, desempeña un papel privilegiado en el descubrimiento de la estructura humana, sin renunciar a integrar en él a la Conciencia. Y eso es lógico: las experiencias y descubrimientos referidos a un medio considerado como exterior, son el resultado de un observador y su conciencia, trátase de percepciones sensoriales directas o acentuadas por un intermediario instrumental.

Ya Parménides, hace 2.500 años, había presentido esta conexión cuando atribuyó la aparente discontinuidad del Universo a la medida inherente al experimento, es decir, al propio observador.

El problema vuelve a plantearse en la actualidad con la física de los quanta y de la mecánica ondulatoria. Después de tres milenios, se descubre una identidad de naturaleza entre contenido y continente, entre observador y cosa observada. Con la microfísica el concepto de «conciencia» vuelve a estar en escena; la conciencia del observador desempeña un papel esencial⁶⁵; el contenido de la conciencia es una «realidad última»⁶⁶. Todo el conocimiento de las funciones ondulatorias está basado, en último término, en impresiones que recibimos cuando interferimos en el sistema, a diferentes niveles. Nuestra conciencia altera la función ondulatoria, al modificar nuestra apreciación de las probabilidades; y todo ello se convierte en teoría inevitable e ineluctablemente. A los físicos les ha resultado imposible dar una descripción de los fenómenos atómicos sin referirse a la conciencia.

Es decir, que el problema humano está indisolublemente unido a la física y a los procesos energéticos que ésta descubre y explora.

La microfísica se introduce por otra parte en diferentes ciencias y se fusiona con la biología; los grandes físicos tienen mucho que decir sobre la vida^{*Op.cit.(9)}. La constitución electrónica de las moléculas que forman la materia viviente, la naturaleza íntima de las fuerzas que rigen su funcionamiento, así como su organización, constituyen los principales temas de la bioquímica electrónica⁶⁷.

A este nivel, la estructura fundamental de la materia no tendría mayor interés en el marco de este estudio, si no fuera porque Stéphane Lupasco ha realizado una presentación sintética de los sistemas energéticos, abarcando una gran parte de la estructura energética del ser humano, incluyendo el psiquismo y definiendo la conciencia^{*Op. cit.(16)}.

Se trata de una teoría filosófica de la constitución del hombre basada en los datos de la microfísica, que resulta ser del mayor interés. No le faltan detractores que están en desacuerdo con él, pero, sin embargo, un físico le rinde homenaje en los siguientes términos^{*Op.cit.(13), p.113}: «Desde hace más de treinta años, construye ladrillo a ladrillo el edificio de su teoría... la cual, para explicar los fenómenos, se esfuerza en no eludir las contradicciones, sino, al contrario, en subrayarlas y dejarlas estallar, consiguiendo finalmente hacer surgir la luz explicativa.»

MICROFÍSICA Y SHAKTA VEDANTA

Aunque profana en el doble terreno de la «física cuántica» y el «hinduismo», pero «maníacamente» apasionada por la aproximación de diferentes disciplinas en el plano de las ideas generales, me he interesado por rastrear en dominios tan opuestos una justificación a las Teorías de Stéphane Lupasco, en cuanto a la sistematización energética según el «principio del antagonismo».

Fue en el marco del «espacio-tiempo» donde esta demostración se me impuso.

Según el autor, la energía no es aprehensible sino gracias al antagonismo que le es inherente: potencialización, actualización. De modo que un dinamismo que implica a otro dinamismo antagónico engendra automáticamente un «sistema».

Desde el punto de vista del «espacio-tiempo», los sistemas energéticos no se encuentran contenidos en el espacio, sino que crean sus propios espacios a consecuencia de la simultaneidad de sus sistemas antagónicos. Del mismo modo, tampoco se desarrollan en el tiempo (un tiempo exterior y absoluto), sino que desarrollan sus tiempos propios. Y de ahí la sustitución de la noción de espacio de configuración (utilizada en microfísica) por la de «espacio-tiempo de sistematización» en la que el espacio y el tiempo son los dos términos antagónicos.

a) Verificación del antagonismo espacio-tiempo en microfísica

En la doctrina de los quanta supercuantificados, las propiedades del espacio-tiempo tienen bastante que decir acerca de la fusión PSI (función de reparto de los números de ocupación) en tanto que operador matemático, emisor de una partícula y receptor de una antipartícula. Ahora bien, dos PSI separados por un intervalo del género «espacio», conmutan siempre, mientras que la no-conmutación sólo interviene para los intervalos del género «tiempo».

Antagonismo energético «espacio-tiempo» en la energía primordial de la Conciencia, base de la antropocosmogénesis del Shakta Vedanta.

En la concepción del origen energético de los mundos según el Shakta Vedanta, el aspecto «energético de la Conciencia manifestada, se presenta bajo la forma de Kala (tiempo) y Dik (espacio), como raíces o anticipos de las futuras nociones de espacio y tiempo. Por tanto, se da por sentado que el espacio y el tiempo son funciones antagónicas»^{*Op.cit.(19), pp.310 y 29.}

Tenemos por lo tanto, ofrecido por la Tradición, un espacio-tiempo de sistematización que responde exactamente a las normas de los sistemas de S. Lupasco, pero en un plano superior, el de la Conciencia pura, pues el plano más elevado es, para dicho autor, el del psiquismo.

Esta revelación de la Tradición responde al mismo tiempo a la cuestión de Lupasco: Existe un «X», un «algo» que llamamos energía y que es sólo una noción empírica y cómoda para referirse conjuntamente a los caracteres dinámicos que comportan los hechos^{*Op.cit.(16), p.64.}. Y por otra parte: «El conocimiento científico no se pronuncia sobre la naturaleza de este agente energético que se ve obligado a postular^{*Op.cit.(15),p.16}

¿No es la «Conciencia-Energía» este agente energético, elemento estructurador del Hombre y el Universo en tanto que espacio-tiempo de sistematización primordial?

En lo que se refiere al Universo, el autor aporta a la controversia cosmogónica una teoría que no es sino la dialéctica del sistema de sistemas. ¿Acaso no le ofrece la Tradición la base de estos encadenamientos dialécticos?

Muchos años antes, ya Lemaître había lanzado la hipótesis cosmogénica según la que «un átomo primitivo», de una prodigiosa energía potencial, habría dado origen a nuestro universo y a la expansión que aún continúa, desintegrándose.

Este átomo primitivo, sistema energético inicial, es el «punto Bindu» de la Tradición, y la prodigiosa energía potencial no es otra que la «Conciencia-Energía», precisamente. En efecto, S. Lupasco también define la Conciencia en términos energéticos en todos los niveles de su manifestación y, precisamente, en términos de energía potencial. La Conciencia no es «conciencia de...», dice, tal y como la definen neurofisiólogos, psicólogos y filósofos (comprendidos los fenomenólogos); es la mismísima realidad potencial, autosuficiente en tanto que causa final, memoria y actualización eventual. Por lo tanto, no debe sorprendernos que sea el «conocimiento» (en esto sí está de acuerdo todo el mundo) pues es precisamente la potencialidad lo que es conocimiento. Como la tradición hindú, el autor no identifica conciencia y psiquismo: «El psiquismo no se identifica con la conciencia y el inconsciente con los que se le confunde, a pesar de ser, y por el hecho de serlo, lucidez.»

En este acto de conocimiento desaparece la dualidad «sujeto-objeto» o, más exactamente, «observador-objeto observado», para utilizar la terminología de los físicos. S. Lupasco se expresa así: «Cuando llevo a cabo una serie de operaciones sabidas de memoria, que permanecen en mí en estado potencial, digo que las conozco. En realidad, y esto tiene una enorme importancia, yo soy ese conocimiento en tanto que soy la potencialidad y, por ende, la causa final de estas operaciones. Cuando digo que sé sumar cifras... soy esa suma, ese procedimiento de cálculo en estado potencial y, como tal, en estado mnémico y teleológico.»

Esta presencia de la «Conciencia-Energía potencial» en todos los niveles de la estructura humana, es justamente el núcleo de las filosofías del Vedanta, el Samkhya y el Tantrismo, junto con la ilusión de la dualidad «sujeto-objeto» que el yogui se esfuerza en reducir a la unidad en el ejercicio del «samyama».

Y es, igualmente, uno de los puntos fundamentales del mensaje de Krishnamurti: «El conflicto se produce por el divorcio entre el observador y la cosa observada... el pensador y el pensamiento»⁶⁸.

ENERGÉTICA HUMANA

Por lo que se refiere al Hombre, los «energeticistas» nos lo presentan de la siguiente forma, en su estructura jerarquizada (ya señalada en el capítulo anterior):

Teniendo en su constitución los mismos elementos que componen el Universo, el organismo humano comporta tres niveles energéticos superpuestos y jerárquicamente integrados. Dichos elementos, que sería mejor denominar «acontecimientos energéticos», poseen la doble propiedad contradictoria de la homogeneidad y la Heterogeneidad, así como los dinamismos antagónicos de potencialización y actualización.

Cada uno de estos sistemas posee una cibernética natural generadora de una materia específica:

1) Un sistema macrofísico que obedece a la segunda ley de la termodinámica, y se orienta, como el Universo, hacia un aumento de la entropía por degradación de energía y homogeneización. Su sistema cibernético natural forma la materia macrofísica que nos es familiar.

2) Un sistema biológico, de funcionamiento inverso, que lucha contra la homogeneización (que acarrearía la muerte), y se orienta hacia la heterogeneización con entropía negativa, también llamada «negaentropía». Su cibernética produce la materia viviente.

3) Un sistema psíquico comparable al sistema macrofísico. Tiene una acción equilibrante que frena los excesos de la heterogeneidad biológica. Al ser superior a los otros dos sistemas, los subordina conforme a la ley biológica correspondiente a las prerrogativas del nivel superior.

Desde el punto de vista del ajuste estructural, es el mecanismo energético de la edificación de estos sistemas el que, por la misma lógica de la energía, organiza el fenómeno de la integración que tan mal se explican los neurofisiólogos y que tiene por corolario funcional la ley de la subordinación.

El sistema psíquico, en tanto que centro regulador, y freno a la vez de la homogeneización y de la heterogeneización (que conceptualmente se expresan de forma contradictoria) constituye por lo tanto un punto de reflexión, y de ahí su poder a pesar de lo fino y vulnerable que es su tejido energético. Registra tanto las reacciones psicósomáticas como las interferencias somatopsíquicas. Su manejo es delicado; un exceso en un sentido o en otro lo perturba y se produce la enfermedad física o mental. Esa es nuestra enfermedad generalizada: funámbulos del psiquismo como somos, fomentamos a la vez el desequilibrio biológico que afecta a nuestra salud y el desequilibrio social con nuestras ideologías contradictorias y aberrantes, que han permitido escribir con mucho acierto «el loco es normal»⁶⁹.

Es completamente evidente, y no me cansaré de repetirlo, que este nivel psíquico, extraordinariamente poderoso, pero inestable y peligroso, debe, a su vez, poder ser objeto de subordinación, de modo que se mantenga en una eficacia normal, como expresión funcional de una integración energética en un nivel superior que ha escapado hasta ahora a la exploración intelectual. Será ese nivel el que contendrá la puesta en marcha del proceso tan ardientemente deseado de una «moral biológica» como mecanismo espontáneo de higiene individual y social.

En esta concepción energética de la estructura humana, que a mi juicio es actualmente irreversible, es necesario admitir que tenemos al alcance de la mano ese nivel de integración, si no desdeñamos la meditación del mensaje de filosofía científica que nos ofrece el Shakta Vedanta. Así como si escuchamos lo que Krishnamurti ha expresado en estos términos: ^{*Op.cit.(68),p.137.} «Cuando se alcanza un estado de lúcida atención, se dispone de una extraordinaria energía: Una energía que no es debida a una resistencia, como la mayor parte de las energías; esta energía de la atención es la libertad». Ya veremos más adelante la calidad especial de la atención que nos recomienda.

Para encontrar la disposición necesaria para alimentar racionalmente las hipótesis científicas más audaces, y también más satisfactorias, hay que emplear una curiosidad agudizada, a la búsqueda del nivel energético subyacente al psiquismo, y examinar toda la documentación sobre el tema, diseminada en el tiempo y en el espacio.

LA CIBERNÉTICA

Las consideraciones cibernéticas que se aglutinan en la estructura energética y que ocupan un lugar privilegiado en la del ser humano, nos hacen considerar esta disciplina como un eslabón muy importante de las ciencias humanas.

No obstante, el ordenador, que presta inestimables servicios en todas las tareas de

información, regulación, selección, construcción y decisión, con la única condición de que se le dé una finalidad u objetivo, no puede por sí mismo conformar la «prospectiva», nueva ciencia de las previsiones. Pues ¿cómo prever los pasos intermedios si no se conoce la meta a alcanzar?

De todos modos, si esta maravillosa máquina autorregulada merece ocupar un lugar de privilegio en la búsqueda que nos ocupa, es por dos razones de diferente calidad epistemológica: por una parte, la determinación de sus límites, y por otra, el ineludible principio de finalidad que orienta y sostiene su actividad.

1. Límites de su aplicación a las ciencias humanas

Este aspecto de su utilidad es consecuencia de la pregunta: «¿En qué medida puede la cibernética resultarnos ilustradora de la personalidad humana?»

La cuestión resulta pertinente porque esta ciencia estudia y aplica especialmente la retroacción (feedback) y este fenómeno, utilizado en máquinas construidas por el hombre, aparece como característica fundamental de las manifestaciones de vida. Acabamos de ver, en la rápida reseña de S. Lupasco, cómo se asimilan los sistemas cibernéticos naturales a los fenómenos vitales y psicológicos, o viceversa.

También los gnósticos de Princeton se plantean la cuestión: «El cerebro humano no es un ordenador puesto que viene ya condicionado desde la embriogénesis por obra de la conciencia y la memoria biológica. Pero, por el «desligamiento»* «Déficelage», literalmente desatar, desencordelar. La idea es que el espíritu no se identifica con su soporte cerebral, es independiente de él [N.

del T.] del espíritu, el cerebro del hombre adulto perteneciente a una tradición cultural, puede ser comparado a un ordenador utilizable para los montajes voluntarios del espíritu-ingeniero, que parece independiente del teclado cerebral. »

Arthur Koestler decía en una entrevista con el profesor Debray-Ritzen, hace ya algunos años: «Lo que les falta a los reduccionistas biológicos como Monod o a los behavioristas como Skinner, es la modestia de reconocer el hecho fundamental de que la realidad actual de la ciencia no es más que un atisbo de una realidad última, o de realidades últimas, a niveles superiores a los que no podemos acceder todavía, porque este ordenador (y señalaba con el dedo la cabeza) no está suficientemente programado»⁷⁰. Koestler hubiera debido añadir «hasta ahora», pues La vida no es capaz de olvidar sus programas.

En 1948, el Congreso de la Asociación psicológica americana tomó como tema del mismo: «Los seres humanos en tanto que servomecanismos.» O dicho en otros términos: ¿Se puede sustituir el complejo psicofisiológico que representa la personalidad, por diferentes mecanismos?

El profesor Delpech respondió así a la pregunta: «Ciertamente, el homeostato, dotado de plasticidad externa y homeostasis interna, tiene la posibilidad de modificar a voluntad su organización interna y escoger entre un abanico de soluciones posibles. En este sentido, los problemas de lógica deductiva pueden ser mecanizados en relación con nuestra estructura nerviosa. Pero... el pensamiento creador está fuera de todo análisis. En nuestra vida, la intervención de la Conciencia es capaz de modificar el umbral de nuestros instrumentos sensoriales... la máquina... representa uno de los polos de conocimiento, el polo de la máxima exteriorización, mientras en el otro polo de interiorización se encuentra la «conciencia-unidad». Entre estos dos polos, la personalidad humana... se desarrolla en un juego supremo y superior»⁷¹⁻⁷².

André Delobelle extiende la cuestión a la sociología en un artículo muy documentado. Mientras las máquinas presentan sistemas cerrados, el problema es más complejo para las ciencias humanas donde los circuitos están abiertos, y con una pluralidad de

mensajes que desbordan los modelos cibernéticos. Por otra parte, hay una afectividad variable pero esencial que condiciona el juego de las retroacciones; y lo mismo ocurre con las influencias culturales, etnológicas y sociolingüísticas. «En la estabilidad del entorno del servomecanismo ocupa un lugar la dialéctica de la historia... las situaciones evolucionan... responden a acontecimientos de conciencia»⁷³.

A este nivel, se trata menos de aprender que de «aprender a aprender». El hombre debe inventar sus propias finalidades; para él todo es posible y nada está dado. Sin embargo, para la máquina las posibilidades son limitadas, pero las finalidades están claras.

De ese modo, a la vista de esta cuestión de semejanzas, son posibles dos actitudes para con la cibernética:

- o la retroacción no es un concepto único y puede ser completado por el de la dialéctica.
- o los sistemas humanos escapan a la cibernética y exigen un acercamiento científico autónomo.

2. El principio de finalidad

Auriel David⁷⁴, ante esta cibernética que, a pesar de su prodigioso desarrollo, no puede encaminarnos hacia una ciencia del hombre «total» en la integridad de su ser, reconoce en ella una importante cualidad sobre la que meditar: la de elevarla modesta finalidad de las máquinas al rango de adquisición científica. «Toda máquina está acabada en el sentido de que su programación la dirige hacia una meta a alcanzar.»

En el caso de la máquina, las metas fijadas por el hombre pueden ser materiales o intelectuales, pero siempre precisas, y el mecanismo creado para esa finalidad es rigurosamente eficaz. «Se puede imaginar, dice el autor, un piloto casi desvanecido murmurando a los servomecanismos de a bordo: "Quiero aterrizar en Orly". Con este único dato final, los aparatos establecerán itinerarios y programas; llevarán poco a poco al piloto desvanecido desde la Tierra de Fuego hasta la torre de control de Orly, que le tomará a su cargo, averiguará los deseos del piloto y los ejecutará.»

Meditando sobre esta ley de la finalidad, que es capaz de poner en marcha en un sistema cibernético los mecanismos adecuados a la obtención de esta finalidad, vienen a mi memoria ejemplos tomados de mis lecturas y de mi experiencia personal, que apuntan a la posibilidad de trasladar al plano humano la ley que poner en juego las máquinas autorreguladas.

Como vamos a ver, todo ocurre como si, en todos los planos de nuestro ser, ciertos sistemas cibernéticos naturales, cuyos mecanismos pueden, sin peligro para el resultado, escapar a nuestro entendimiento, no estuvieran sino esperando una meta precisa, establecida por nuestra conciencia, para ejecutar la finalidad indicada.

No se trata de un «quien quiere el fin quiere los medios». Los medios que producirá el sistema son imprevisibles; no deben ni siquiera hacerse conjeturas sobre ellos.

Una obra americana de principios de siglo, *The power of mind*⁷⁵, ofrece numerosos ejemplos de realizaciones de una meta fijada mentalmente, según precisas leyes que insisten en la simple finalidad, con absoluta eliminación de los eventuales medios, que de otro modo se convertirían en finalidades a alcanzar, con eliminación de la auténtica finalidad. En aquella época, la interpretación cibernética brillaba por su ausencia. Más adelante daré un ejemplo sorprendente acerca de la similitud de causa y efecto.

Me parece digno de contarse el siguiente ejemplo personal: Con ocasión de una estancia en Arizona, yo había socorrido a un gato en apuros y no podía soportar el pensamiento de que, después de una corta ausencia en California, mi vuelta a

Francia pudiera devolverlo definitivamente a la miseria. Durante el viaje fuera de Arizona, yo me repetía con insistencia: «Este gato no tiene que sufrir con mi próxima partida; acepto todas las eventualidades que puedan presentarse por ese motivo.» A mi regreso a Arizona, para pasar únicamente unas horas, el gato, que había enfermado repentinamente, murió en mis brazos. ¿Puede decirse que fue casualidad? A un nivel más elevado de problemática humana, otra experiencia mucho más punzante, compleja y de mayor duración temporal, se me presentó como significativa del mismo mecanismo. Se trataba de fijar la meta última de mi existencia, dejando al transcurrir de la vida el trabajo de establecer los itinerarios que tendrían que llevarme con certeza a la realidad final.

Aproximadamente hacia los treinta años, me encontraba inmersa en una neblina de insolubles problemas metafísicos, científicos, familiares y sociales, y me dije con una repentina seguridad que no se dirigía a nada ni a nadie: «Exijo el conocimiento de la Verdad; y como no conozco el camino, acepto todas las tribulaciones que tenga que afrontar entretanto». Sentí inmediatamente que esta declaración estaba cargada de amenazas, pero también de promesas; que estaba cargada de un potencial energético liberado de una vez por todas, y que desarrollaría sus automatismos hacia y contra todo, hasta la obtención de la finalidad indicada.

En cada una de las numerosas etapas, que las hubo para todos los gustos, la retroacción se dejaba sentir en mí dolorosamente en sus implicaciones sociales y científicas, hasta que la autorregulación de una prueba comprendida y superada me daba las posibilidades indispensables para afrontar la siguiente.

Es curioso constatar hasta qué punto puede uno sentirse como una «fuerza de la naturaleza» cuando la personalidad, al servicio de una energía superior, asume las reglas del juego y deja de ser vulnerable a las heridas o conmociones que pueden surgir de los rincones más inesperados. El desarrollo de este itinerario podría nutrir, sin duda, una autobiografía al gusto de los amantes del suspense, pero tampoco es cuestión de ir más allá de las generalidades apuntadas: hay demasiadas personas que se sentirían acusadas cuando, en realidad, debe agradecerseles haber sido los instrumentos del destino, cuya meta era esencialmente benéfica.

¿Y la VERDAD exigida? El ordenador Cósmico la ha depositado en mí como en tantos otros que, por diferentes caminos, han podido experimentar esta realidad.

Lo que caracterizaba a mi empeño particular, no era solamente el hecho de que esa verdad pudiera revelarse en la interioridad. Para mí, era necesario que pudiera revestir una presentación científica capaz de cierta eficacia social y de contribuir a una ciencia del hombre, terreno en el que no había todavía aportaciones satisfactorias. (Sólo muchos años más tarde llegaría a leer esta afirmación de Sri Ramana Maharshi^{*Op.cit.(11),p.36}: «Aquel que ama la Verdad y le consagra todo su ser, la encontrará.»)

Todo apuntaba a que el testimonio final que representa este manuscrito no se publicase sino a título póstumo. No había tenido en cuenta que el «Ordenador Cósmico» había previsto la colaboración de un cibemético de mérito, el profesor Delpech (al que no había vuelto a ver en quince años), para enriquecer sus mecanismos autorreguladores de cara a una nueva etapa: la de una publicación imprevista.

Ruego al lector que no considere este esbozo de confesión más que a título de simple ejemplo relativo al apasionante problema del destino humano. Viene a confirmar esta otra sentencia de la Sabiduría hindú: «Es el Poder Superior quien lo hace todo; el hombre no es más que un instrumento. Si acepta esta postura, se libera de sus turbaciones; de lo contrario, las favorece.»^{*Op.cit.(39),p.71}

CAPITULO V EN LOS CONFINES DE LAS CIENCIAS

Hacia un ensanchamiento de las fuentes del conocimiento

VALOR Y LÍMITES DE LOS CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS DESDE EL DOBLE PUNTO DE VISTA DE LA «CONCIENCIA» Y DE LA «ESTRUCTURA» DEL SER HUMANO

En las páginas que preceden se han presentado, muy sucintamente, diversas aproximaciones al conocimiento del hombre, destacando en cada una de ellas sus afinidades con el núcleo axiomático de nuestra propia investigación.

Ese núcleo resulta ya conocido para el lector que se haya dejado penetrar del espíritu que anima la introducción y los primeros capítulos de esta obra: La «Conciencia» es el eje vectorial que penetra e integra una estructura jerarquizada creada por su propio y poderoso dinamismo. En «Ella» reside la unidad del «hombre total» y la unidad de éste con el Universo. Su ejercicio normal expresa las leyes de la interioridad, y también las leyes de la Vida entera.

Tras haber utilizado, como conviene a un enfoque interdisciplinar, la conciencia o la complementariedad de las declaraciones citadas, nos encontramos ya en presencia de un edificio sintético bastante cercano al nuestro, pero que sin embargo no queda orientado hacia el objetivo pragmático que debe servir de coronación a una ciencia del hombre.

Los innumerables registros practicados a raíz de los estudios sobre los estados de conciencia no son, como cabría esperar y como lo hemos dejado ya entender, los elementos que puedan integrarse de una forma eficaz en nuestra investigación. Recuerdo a este respecto la reflexión, muy pertinente aunque decepcionante para mí en aquella época, que me hizo Julián Huxley al participarle las exploraciones experimentales e instrumentales que estaba llevando a cabo con los yoguis en la India. Conociendo el aprecio que sentía por los trabajos de Godel relativos a la «Experiencia Liberadora»⁷⁶, esperaba alguna señal de aliento por parte de este gran científico. No fue así en absoluto. Aunque no pueda repetir su observación «palabra por palabra», su sentido era el siguiente: «No es de esa forma como puede hacerse eficazmente un acercamiento a la India, sino con el espíritu que Godel lo ha realizado.»

No tardé mucho en darme cuenta de ello, como he explicado. Godel había abrevado en la fuente viva de la experiencia de los «Sabios» que han encarnado, en su evolución, la «medula sustancial» del Vedanta Advaita. Dejando entonces, en el segundo plano que les corresponde, los registros que tenía la misión de realizar, pasé a ocuparme de la interpretación de textos que pudieran inducir hipótesis válidas para la edificación de una ciencia del hombre.

Roger Godel había sentido y vivido intensamente la plenitud de la constitución humana, y exigía una revalorización del conocimiento del hombre a partir de las fuentes mismas del «Ser». La ciencia de los valores, guía indispensable para una «ciencia de la Verdad», constituye una epistemología cuya raíz «episteme» coincide de hecho con el «nous» de la antigua Grecia, la «Conciencia pura», sinónimo de «conocimiento absoluto».

Esa identidad de la Sabiduría en la tradición hindú y en la socrática colmaba los deseos de este buscador de la Verdad. Su obra intenta explicar científicamente las realizaciones de la «interioridad». Para él, la psique no puede representar al hombre integral, como tampoco puede hacerlo el cuerpo. Si los mecanismos de integración,

que analiza admirablemente en el nivel fisiológico, deben desenvolverse en una auténtica perspectiva humana, no queda más remedio que hacerlos culminar en una instancia última e inmutable, de donde emanan y a donde se remiten los restantes niveles.

Descubrir las leyes biológicas que el hombre lleva inscritas en su propia estructura es, para Roger Godel, la empresa más alta que puede proponerse la ciencia. También nosotros, que hemos tomado el relevo, por así decirlo, y que intentamos llegar a hacer patente la eficacia de esas leyes biológicas ampliadas a la escala «noético-psico-somática», participamos de esa convicción.

El descubrimiento de la «esencia» misma de este término final e integrador de nuestra estructura la Conciencia pura, inaccesible a la descripción, requerirá una vía de acceso diferente que será objeto del último capítulo. La reabsorción de las formas y del pensamiento desligará a esa Conciencia de los niveles de la «manifestación». En este estadio final de «conocimiento absoluto», la noción de ciencia no tiene ya razón de ser.

Vemos, así, cómo Roger Godel ha penetrado profundamente, como nosotros, en el significado de la «interioridad» según el Vedanta. Su representación del «hombre integral» es la misma nuestra, que designa con el nombre de «nous» el estado de consciencia superior desligado de la mente. Entre todas las doctrinas que contribuyen al conocimiento del hombre, no podemos por menos que suscribir la que presenta la «Experiencia Liberadora»,

No obstante, La Conciencia pura es examinada en cuanto Realidad interior de ciertos «Sabios», y no en cuanto «dinamismo de la antropogénesis», que es como la presenta el Shakta Vedanta. Por esta razón, esa realidad no ha podido ser sistematizada por el autor como nivel biológico superior, probado en la investigación experimental. Y, sin embargo, es en este sentido como puede contribuir a la edificación de una ciencia del hombre, provista de leyes «noético-biológicas» dotadas de eficacia práctica, al contener la «moral biológica» que reclaman los científicos.

De esta manera respondemos, de modo diferente que Godel, al deseo de Julien Huxley, que proponía fundar una ciencia de las posibilidades humanas con el fin de ayudar al hombre a alcanzar un nivel superior de relaciones sociales y de consciencia metafísica⁷⁷. Este es justamente el objetivo que pretendemos en esta obra.

Dentro de esta misma óptica, que admite un nivel superior que trasciende el psiquismo, ya hemos señalado la constitución «tripartita» que utiliza el psicoanalista Franck en su «logoterapia». Para él, lo mismo que para nosotros, lo «espiritual» (que denominamos «Conciencia pura» de una manera realista) es el eje de la totalidad, independiente de los niveles psicofísicos, que son organizados por aquél en virtud de su propio dinamismo. Su naturaleza energética y su función jerarquizada me resultan satisfactorias. Pero tampoco aquí se ha elaborado la estructura de forma científica dotándola de leyes funcionales ajenas al psicoanálisis.

Con menor precisión todavía, pero reconociendo sin embargo un eje dinámico eferente, los psicólogos de la sensación (Salzi y Pradines) otorgan, según hemos visto, respectivamente, a la Conciencia la función de engendrar los estados de consciencia, y a la Vida el poder de forjar sus propios instrumentos. De hecho, esa primacía reconocida desliga a la Conciencia de los estados subyacentes.

Husserl reconoce a la Conciencia una trascendencia que es «existencia» y tiene el poder de objetivar el mundo. Esta Conciencia, aunque intencionalmente dinámica, no es sin embargo universal.

También entre los filósofos evolucionistas impregnados de micro-física, encontramos que se concede importancia fundamental a la Conciencia; pero esta colosal energía,

que se despliega tanto en el hombre como en el Universo, recibe aquí un nombre que intenta diferenciarla del psiquismo sin distinguirla netamente de él.

Uno de nuestros colegas, el Dr. Solié, establece una «trilogía» del hombre en su obra *Médecin et Homme Total*. Jean Charon hace su reseña en un número de *Planète*, y le califica de «contemporáneo del futuro». Resucitando la trilogía aristotélica (soma-psiché-nous), el autor la compara en primer lugar con la trilogía existencialista de Merleau-Ponty «el orden físico, el orden vital y el orden humano». A continuación, con la tesis hegeliano-freudiana—lo individual, lo general, lo absoluto— y finalmente con los tres estadios filogenéticos de la evolución biológica (acuático, aéreo, psico-social). Insiste sobre el carácter «integrado» que deben presentar los tres elementos: espíritu, instinto y cuerpo. El intelecto y lo espiritual nos parece que son encuadrados conjuntamente como «conductas superiores» y la conciencia no aparece entre ellas en cuanto a realidad biológica⁷⁸.

OPTICA OCCIDENTAL HABITUAL : LA CONCIENCIA PSÍQUICA

Al pasar revista a los diversos «tratamientos» de que ha sido objeto la Conciencia, no podemos dejar de presentar, al menos en lo esencial, el análisis detallado que de ella hace el profesor Piaget⁷⁹.

Ante la difícil tarea de definir la «Conciencia como tal», problema central de la psicología, el autor recuerda las diferentes acepciones que de ella se han dado:

Según Piaget, es preciso eliminar los calificativos de «fuerza», empleado por Janet, y de «energía» (en sentido espiritual) empleado por Bergson, por cuanto la energía sólo tiene sentido en la forma de una integral, y si se ahonda en su concepto solamente se encuentra una «sustancia» que actúa, que es lo que, en general, se quería evitar, añade.

¡Lástima!, decimos nosotros... «La energía-sustancia en cuanto conciencia» podía haber sido un buen prelude, tanto para una cosmogénesis como para una antropogénesis. En el comienzo era la «Conciencia-Energía-Sustancia...»

Pero, al no haber considerado la hipótesis de una Conciencia creadora del mundo por su propia «energía-sustancia», el profesor Piaget tenía que llegar a la conclusión de que en la conciencia no hay fuerzas ni desplazamientos, y la noción de actividad le conviene sólo de un modo muy general.

De ahí, una serie de constataciones evidentes: la conciencia es una «realidad única en su género», «que no se puede desconocer» (a pesar de que pueda haber una tendencia a desear la eliminación, o al menos a disminuir la importancia de lo que no se comprende).

Para el profesor Piaget «la más amplia noción aplicable a la conciencia es la de «significación», ya que no hay significación sin conciencia. Se puede decir: conciencia = comprensión consciente. En el dominio de las significaciones la conciencia conduce a dos clases de enlaces fundamentales: la relación de designación y la de implicación significativa. En este sentido, la conciencia es la fuente de sistemas de implicaciones significantes, más o menos importantes, sin los cuales no existirían ni la lógica, ni las matemáticas, ni el arte, ni la religión ni el derecho».

Considerada desde este ángulo de actividad intelectual, nos encontramos en presencia de una función psíquica superior que no proporciona dato alguno sobre la «naturaleza» de la conciencia, sobre lo que es en sí misma.

Efectivamente, para Occidente la conciencia es el carácter distintivo de la psyché, que por sí misma es interpretada también en términos de conciencia, hasta el punto de considerarse ambos términos como equivalentes. El diccionario inglés define la

palabra «mind» del modo siguiente: «Conciencia o inteligencia en cuanto opuesta a la materia. «Tenemos aquí el más puro cartesianismo: cuerpo y espíritu. Y ello, junto con dos axiomas necesitados de una revisión total, a saber: por un lado, el de que mente y consciencia son una misma y sola cosa; por otro, el de que la «psyché» «se opone» a la materia, hecho que la física moderna ha venido a poner en duda.

Para la mayor parte de los psicólogos, y sobre todo para quienes investigan experimentalmente sobre los «estados de conciencia», se trata, sin ningún género de duda, de la «conciencia mental», cuyos estados «alterados», que cada vez despiertan mayor interés, se manifiestan ya sea por un ensanchamiento de esa consciencia psíquica en la experiencia subjetiva, ya sea por su prolongación en el mundo exterior a través de los fenómenos que estudia la parapsicología. De todas maneras, consciencia y psyché siguen siendo términos sinónimos. Las investigaciones realizadas se refieren, no tanto a la conciencia en cuanto a entidad autónoma, sino a los estados de conciencia, que jamás podrán revelar la «naturaleza» de la conciencia, por muy diversos que sean.

Una obra muy interesante de Abraham Maslow, que trata esencialmente del problema de la realización del Ser^{*Op.cit.(62)}, lleva por título «Hacia una psicología del Ser», pero bien podría haberse titulado «Hacia una totalidad del Ser» si hubiera tenido en cuenta una conciencia superior integradora.

En los Estados Unidos, el Journal pour l'étude de la conscience, revista que apareció durante algunos años, precisaba en un editorial de su redactor jefe que una «ciencia del estudio de la consciencia» podía recibir el nombre de «noetics», del griego Nous = mind. Pero, a pesar del título, sigue refiriéndose no a una ciencia de la conciencia en su esencia, es decir su naturaleza y su función, sino al estudio de los estados de conciencia psíquicos⁸⁰.

OPTICA ORIENTAL: ESTRUCTURA TRINITARIA Y CONCIENCIA AUTÓNOMA

En algunos de los ejemplos citados, hemos visto que algunos autores occidentales, aunque de forma imprecisa y sin detenerse en la naturaleza de la conciencia, permiten sin embargo suponer que la distinguen del psiquismo. Franck era incluso más explícito en este sentido, y en cuanto a Godel la cosa no admitía duda por cuanto extrae sus declaraciones de la «sabiduría oriental». Y es que, efectivamente, sólo la doctrina de esta Tradición define y sitúa a la Conciencia en términos suficientemente claros, precisos y realistas como para ofrecer a la ciencia una hipótesis, o incluso un postulado, que la libra, de una vez por todas, de la vías pantanosas en las que se atasca al precio de retrasos insuperables.

Como recuerda Sir Woodroffe^{*Op.cit.(19),p.145}: la diferencia fundamental entre la psicología occidental y la oriental es que la primera no disocia la actividad mental de la Conciencia, mientras que la segunda la distingue rigurosamente. (En realidad, constituye un abuso de lenguaje el considerar la posición oriental como una «psicología», cuando de hecho es una «Noético-psicología».)

Si hemos adoptado y puesto a prueba esa distinción, no es sólo con el objeto de proporcionar a nuestra investigación un contenido más rico o unos horizontes más amplios; sin ella, hubiera sido imposible tomar parte en la elaboración de una ciencia del hombre estructurada sobre leyes rigurosas.

Nunca insistiremos bastante en la necesidad de profundizar lo que representa para el hinduismo la distinción entre la estructura mental y la Conciencia, y particularmente las relaciones funcionales entre una y otra, aunque a consecuencia de ello hubiéramos de negar su fundamento. Sin esta diferenciación, el yoga, y a decir

verdad, nuestra evolución, resultan incomprensibles.

Como acabamos de señalar, la semántica es ya una primera trampa para nuestra comprensión. Si se quiere evitar la confusión en los medios científicos, debiera acuñarse y adoptarse una terminología adecuada, paralela a la sánscrita, a menos que se empleasen los propios términos sánscritos en las técnicas de experimentación «noético-psico-fisiológica» (se afirma con ello la estructura trinitaria).

Hace muchos años propusimos esa semántica «tripartita» a fin de evitar toda confusión, y vamos a conservarla aunque, desde entonces, el «Nous» haya sido asimilado a la psyché por Teilhard de Chardin y algunos otros. (Para estos autores, hablar de «noético-psicología» constituye un pleonásmo.)

No puede, sin embargo, censurarse a los occidentales por su interpretación dualista de la naturaleza humana. Si, en realidad, la consciencia pura, autónoma, no es psyché, se expresa sin embargo, en forma velada y limitada, a través de ese nivel desenvuelto por ella misma, esto es, a través de la psique. No la conocemos, en efecto, en nuestra experiencia ordinaria, más que en esta forma «degradada», y lo mismo en sus manifestaciones inhabituales objeto de experimentación. Si se califica a estas últimas de «alteradas», también nuestra conciencia psíquica es una forma, si no inhabitual sí «alterada» de la Conciencia. La Conciencia pura es una realidad completamente diferente. Nuestras tradiciones oficiales nada nos dicen de ella... y, sin embargo, ¿acaso no menciona San Pablo «el cuerpo, el alma y el espíritu»? Por otra parte, Teresa de Ávila hacía en su interior esta discriminación, y la defendía contra su confesor y contra la Iglesia.

Estudiar la psique, la mente, no es pues investigar la naturaleza de la consciencia, pese a la tentación de pretenderlo, ni es tampoco tener la posibilidad de descubrir esa naturaleza. Es examinar una serie de «estados de consciencia» a la luz del psiquismo; es experimentar «estados psíquicos».

Sólo hay una posibilidad de saber lo que es la Conciencia, y es haber tenido una experiencia interior de ella, por corta que haya sido, haberse convertido en «ella misma» despojada de todo atributo mental: mundo exterior, ego para sí mismo o para los otros. Ser TODO, simplemente.

Resulta entonces fácil diferenciar este estado de Conciencia pura de los estados psíquicos inhabituales más maravillosos (éxtasis) en los que subsisten individualidades, símbolos, sensaciones duplicadas, sentimientos exaltados de unión con un ser superior. Todos estos estados son enormemente interesantes y dignos de ser vividos y estudiados: la Conciencia es generosa en este tipo de manifestaciones y, como indica A. Maslowa propósito de lo que llama «estados paroxísticos», tales experiencias pueden cambiar el curso de nuestra vida y acelerar nuestra evolución.

Sin embargo, al no disociar la consciencia respecto de sus niveles de manifestación, no pueden servir de base a una ciencia del hombre capaz de establecer las leyes funcionales de la actividad consciente tanto en la filogénesis como en la ontogénesis. Tampoco constituyen el estadio último de Realización. Una experiencia esporádica de este tipo no confiere el estado que conocen los Sabios que han alcanzado un «samadhi» definitivo (los «jivan-mukta» o liberados en vida). Aportan, sin embargo, a la vida mental una lucidez mayor con respecto a los mecanismos psíquicos y facilitan la comprensión del otro, o que no es de despreciar.

Felizmente, no es indispensable haber tenido una experiencia interior relativa a la naturaleza de la consciencia para poder elaborar una ciencia del hombre enteramente edificada sobre la base de su autonomía y su dinamismo, con todas las consecuencias que de ello se derivan para la salud mental individual y social. Basta la hipótesis de su existencia en cuanto nivel superior. La ley biológica se verifica auto-

máticamente, ya lo veremos.

Ignorante de las relaciones funcionales entre «Conciencia» y «mente», la «ciencia del psiquismo» prosigue su obra con una iluminación deficiente, y los investigadores, cualquiera que sea su metafísica, llevan sus investigaciones al campo de la conciencia mental. Cuando, excepcionalmente, se encuentran en presencia de una experiencia de «Conciencia pura», ya sea por una descripción como la que hace Sri Ramana Maharshi de la «experiencia liberadora», ya por que uno de los sujetos de laboratorio la produzca fortuita o artificialmente⁸¹, la hacen figurar entre el montón heterogéneo de las manifestaciones psíquicas más dispares, y la etiquetan con el nombre de «estado alterado de conciencia», siendo así que se trata precisamente del único estado que no sufre alteración.

¡Ya vemos, pues, con cuántas trampas y cuánta incompreensión se tropieza el sendero escarpado que conduce a una ciencia del hombre! Charles-Noël Martin, que se expresa «en las fronteras de la ciencia», apunta sin embargo: «Comenzamos a comprender que nuestro mismo espíritu tiene una estructura apenas explorada hasta el momento... se dejan entrever luces fugitivas sobre las capacidades del hombre... la síntesis sólo pertenece por ahora a algunos espíritus... los marcos científicos se resquebrajan por todas partes.»^{Op.cit.(48),pp.12 y 13}

ESTRUCTURA JERARQUIZADA POR INTEGRACIÓN. LEY DE SUBORDINACIÓN FUNCIONAL

Una vez más hemos de insistir en la ley de subordinación funcional; en el plano funcional es la «llave maestra» de una ciencia del hombre, como la «integración» es la piedra angular en el plano estructural. Ambas realidades preservan la doble unidad estructural y funcional.

En la complejidad creciente de los mecanismos nerviosos de la escala animal, a la que se añaden sin cesar nuevas posibilidades, unidas a nuevos engranajes, los elementos sucesivos no se superponen, sino que son «integrados» en nuevas unidades, también ellas sucesivas. La ley de la evolución biológica es la ley de la unidad por integración, que procede por ajustes de síntesis consecutivas, de manera que las unidades anteriores son siempre anexionadas por unidades posteriores. La naturaleza, que nunca destruye, preserva la unidad funcional gracias a esa integración que siempre coordina en un centro más elevado actividades cada vez más numerosas.

Este mismo fenómeno ha sido verificado por S. Lupasco en el plano energético. Este autor nos informa sobre las estructuras ensambladas de esos sistemas en los que la lógica misma de la energía ha establecido el fenómeno de integración que tiene, como corolario funcional, la ley de subordinación. Al ir revisando los diferentes trabajos expuestos, hemos visto invocada, en diversas ocasiones, esta ley de subordinación de un nivel dado de la estructura respecto de un nivel superior.

Al explorar la energética del sistema nervioso, en el primer cuarto de siglo, los neurofisiólogos pudieron poner en evidencia el fenómeno de la «subordinación»

Esta subordinación energética de los sistemas escalonados se ha visto confirmada en neurofisiología, tanto por la clínica como por la ciencia fundamental. Su papel en el dominio de la patología nerviosa se ha hecho tan patente, que permite a los neurólogos utilizar la noción de reflejos escalonados para realizar diagnósticos de localización de lesiones, al venir frenados los reflejos inferiores por los superiores debido a la jerarquía entre ellos existente.

En el campo de la motilidad, la actividad muscular, cuya ejecución se lleva a cabo por

el aparato neuromuscular periférico, puede ser puesta en juego por los diversos centros escalonados a lo largo del tronco cerebro espinal: centros plurimetaméricos medulares para la actividad refleja, centro tálamo estriado para la actividad automática, centro cortical para la actividad voluntaria. Este control de arriba a abajo de los centros jerarquizados se hace patente al examen, en la forma siguiente: la supresión de un centro superior lleva consigo, no sólo la desaparición de la actividad que le corresponde como propia, sino también la liberación de la actividad del centro inferior al que deja de controlar.

LA CRONAXIS EXPERIMENTAL

Después de que Ramón y Cajal revelara la discontinuidad histológica del sistema nervioso, Sir Charles Sherrington precisaba que, en esa discontinuidad, la transmisión del influjo nervioso suponía una elección, y Louis Lapicque finalmente reveló que esa elección se expresaba en tiempo de excitabilidad eléctrica de los tejidos, a lo que llamó «cronaxis».

Esta cronaxis, jerarquizada funcionalmente, es uno de los más bellos ejemplos del ensamblaje de las estructuras de la «conciencia-energía» por debajo de su ilusoria apariencia material de «sustancia nerviosa».

La historia de este descubrimiento no está exenta de interés, incluso desde el punto de vista del nivel de conciencia de los mismos científicos.

La «cronaxis», como su propio nombre indica (cronos, tiempo; axis, medida) expresa el tiempo que requiere la excitabilidad de un tejido en presencia de una corriente galvánica de una intensidad dada. Descubierta en animales, en el marco de la «ciencia fundamental»* Se alude con este nombre a la investigación académica oficial [N. del T.] , la experiencia revelaba que un nervio periférico, cortado de sus conexiones centrales, presenta una cronaxis constitutiva propia, con valor fijo⁸². Una técnica de medición percutánea fue puesta a punto, para el hombre, por Bourguignon⁸³.

En 1923 no se conocían sino valores fijos, con lo que sólo se aprehendía un aspecto estático del sistema nervioso. Fue entonces cuando Madame Lapicque descubrió la cronaxis de subordinación en un caso particular: dejando intacta la conexión de un nervio periférico con el sistema nervioso central, la cronaxis del nervio dejaba de ser fija y presentaba fluctuaciones inhabituales. El mecanismo regulador central se confirmó con una experiencia farmacológica a base de escopolamina, y fue aceptado de buen grado por psicofisiólogos, neuropatólogos y filósofos. Los fisiólogos ortodoxos, al ver complicarse su tarea rutinaria, lo admitieron con dificultad. (Podemos deducir que su interés consciente se situaba al nivel mental analítico; para poder apreciar el descubrimiento, debería estar situado a un nivel superior, sintético.)

Numerosos estudios posteriores han aportado fecundos testimonios, entre ellos la importante documentación reunida y presentada por el doctor Pierre Mollaret⁸⁴ en el marco de la subordinación nerviosa. Se describía que la inhibición de la función periférica por la función central se liberaba por medio de la anestesia, y además podía verse intervenir el pensamiento del animal. Esta actividad de los centros no se daba en caso de hipnosis ni en animales apáticos, disminuidos psíquicamente a causa de su cautiverio. Se comprende entonces que, en el hombre, reflejos anormales traduzcan variaciones de excitabilidad por ruptura de subordinación, al igual que en el lactante en el que el control no se ha establecido todavía.

Este descubrimiento revolucionario dio lugar a numerosas manifestaciones pusilánimes, por temor a ataques adversos. El propio Mollaret declaraba: «Si abordamos el estudio del sistema cerebro espinal en orden descendente, del córtex a

la periferia, es por simple comodidad... en realidad no tenemos ninguna certeza.» La perpetua confusión entre control e interferencias contribuyó ampliamente a quebrantar la seguridad de los fisiólogos respecto de sus propios hallazgos.

Dos consideraciones deberían, no obstante, haber ayudado a los experimentadores: es normal que se produzcan interferencias de abajo a arriba, pero la jerarquía de control sólo se ejerce de arriba a abajo, ya que los fenómenos de «liberación» sobrevienen en caso de destrucción del centro superior inhibitorio.

Finalmente, elemento importante, los escalones superiores del sistema nervioso están, también por su parte, subordinados a una conciencia que se comporta como un nivel superior integrativo. Efectivamente, las cronaxis corticales se muestran fluctuantes en ausencia de toda acción periférica, y nos permiten considerar a la corteza misma como una zona funcional subordinada a una actividad que la controla. Un primer estadio de anestesia, al suprimir la conciencia, estabiliza la cronaxis, dejando a la corteza una especie de «cronaxis constitutiva». Autores reticentes pueden pensar en interpretar esa estabilización a manera de una cronaxis constitutiva, pero asimilando las fluctuaciones anormales a una subordinación de la corteza a la periferia. (Hemos podido comprobar que entre los psicólogos siempre están los partidarios de las «aferencias», en oposición a los que defienden las «eferencias».)

Hay también un dato más: las variaciones de la subordinación según las especies animales. Los datos filogenéticos nos informan de que los centros superiores son tanto más importantes cuanto más evolucionada es la especie que se considera; sólo con el comportamiento cada vez más individual asume la corteza una importancia mayor. La ablación de los hemisferios no modifica la cronaxis periférica de la rana, mientras que, en el gato, la decorticación comporta modificaciones variadas. En el hombre, la sugestión produce variaciones indiscutibles de la cronaxis. La ingestión de una bebida indiferente, presentada como antidolorosa, hace variar la cronaxis cutánea en los puntos de percepción del dolor. El sueño, el trabajo intelectual, la atención, traen consigo asimismo variaciones.

En el animal, la postura modifica las relaciones cronácicas de los músculos antagonicos, pero el estado psíquico modifica los resultados, por ejemplo en un animal asustado. «No creemos exponernos al ridículo, dice el doctor Mollaret (esto era en 1937), al otorgar a esa emoción una acción claramente inhibitoria». Tales interferencias psíquicas son miradas con temor en cuanto causas de posibles errores. Felizmente, la mentalidad investigadora ha salido de los cauces de ese mezquino «cientifismo».

Todas estas experiencias muestran hasta qué punto la energética humana se subordina a los estados conscientes. En otro tiempo, los autores hablaban preferentemente de «perturbación». ¿Acaso habrían preferido que no fuéramos jamás conscientes, a fin de no alterar el desarrollo de la «ciencia fundamental»? Pero entonces, ¿qué quedaría de esa ciencia fundamental?

Cabe imaginar el interés que representaría el registro subcutáneo de las variaciones cronácicas de un yogui, en el curso de las diferentes posturas de la meditación, y sobre todo de las considerables corrientes energéticas movilizadas por el despertar de Kundalini.

Antes de dejar atrás todas estas interesantes observaciones sobre las variaciones de la cronaxis, desearíamos volver a examinar su definición a la luz de los datos de la física moderna y, más adelante, del Shakta Vedanta.

Para Lapicque, la elección del flujo nervioso en cada sinapsis depende únicamente del factor cronológico, de donde proviene la denominación de «cronaxis». Parece, sin

embargo, que también el espacio debiera ser tomado en consideración, a menos que Lapicque, al medir el tiempo, haya registrado en realidad el «espacio-tiempo», y ello por las razones siguientes: Retomando el ejemplo de Sherrington, el del «stretch reflex» (reflejo de extensión) del gato, uno de los reflejos más simples, se comprueba que requiere la contracción de doce músculos y la distensión de otros doce. ¿Como explicar esa dispersión perfectamente coordinada en el campo espacial? Por otra parte, en el «espacio-tiempo» de S. Lupasco, los dos términos antagónicos, espacio y tiempo, son indisociables e indispensables al mismo sistema.

En la época de estos primeros trabajos, el influjo del psiquismo se esbozaba solamente, como hemos visto, al amparo de una sonrisa dubitativa. Desde entonces, las descripciones del psiquismo en términos energéticos permiten entender completamente el fenómeno de subordinación en el ejercicio de los niveles supeditados del psiquismo. Algunas experiencias, que he expuesto en el capítulo primero, me habían demostrado que una actividad intelectual ponía término a una emoción conectada con un nivel nervioso subyacente. Pues el sistema nervioso, de apariencia material, sólo se manifiesta en términos de energía, siendo como es, también él, únicamente un sistema energético. Su apariencia material forma parte de la ilusión general de la imagen del cuerpo, y de toda materia de apariencia objetiva, como sabemos hoy en día.

Al representar la conciencia un nivel energético superior autónomo, resulta por completo normal que su actividad propia tenga el poder de inhibir las fluctuaciones psíquicas. Basta entonces con saber cómo debe ejercerse esa actividad propia desligada del psiquismo.

De esta diferenciación capital derivarán las consecuencias prácticas de una ciencia del hombre: la transposición de un conocimiento teórico a una ciencia del comportamiento. Se nos dice que la «atención» modifica las cronaxias. Sabiendo que el aspecto funcional de la Conciencia pura, en cuanto nivel superior de integración, puede representarse por la cualidad de la atención requerida, puede concebirse que, de esa forma, tenga el poder de asegurar el dominio y la armonía sobre el organismo psico-fisiológico.

LA UNIDAD ESTRUCTURAL Y FUNCIONAL

Junto a las nociones de «conciencia» y de «energía», los investigadores resaltan igualmente el valor del factor indispensable de «unidad» en la constitución humana.

Las diferentes ramas de conocimiento científico reconocen intelectualmente esa unidad. No sólo se da en el proceso de desarrollo nervioso por integraciones sucesivas: el propio sistema nervioso es consecuencia de un proceso unitario anterior.

Los trabajos de la Universidad de Yale (Gesell, Burr, Northrop)⁸⁵ nos informan de que esta unidad nos es conferida de una vez ya en el embrión, desde la fecundación del óvulo. El óvulo fecundado es un sistema bioeléctrico; su energía integradora preservará la unidad orgánica en el curso del crecimiento, como principio regulador que es del mismo.

Solamente queda sin respuesta la cuestión de la proveniencia de ese campo electrodinámico, al igual que sucedía en física, al preguntar por la naturaleza del agente energético postulado. Todos estos importantes hallazgos relativos a estructuras energéticas abren nuevos horizontes fragmentarios en los campos biológico y cosmológico. Pero la unidad global, que para los filósofos es una realización interior consciente, sigue también obsesionando el pensamiento de los

científicos y no puede actualmente encontrar expresión científica fuera de una concepción privilegiada de las matemáticas. «El pensamiento que anima la física matemática, como el que anima a la matemática pura, es una conciencia de totalidad», escribe Bachelard⁸⁶. Korzybsky, por su parte, afirma que el lenguaje matemático es el único que puede expresar lo Real⁸⁷.

Por lo que respecta a las matemáticas, parece sin embargo que no debemos de prestar oído atento a S. Lupasco cuando pone en guardia frente a la utilización permanente de la lógica clásica, con su principio de identidad y de no contradicción, en toda la matemática. Esta «lógica clásica», en correspondencia con el sistema energético «macrofísico», es un poderoso factor de homogeneización, de entropía, de muerte. Resultado de ella, gracias a la teoría de los «conjuntos», es toda la técnica moderna.

Sus conquistas materiales nos ciegan con respecto a sus peligros psicológicos e incluso biológicos. Ese desbordamiento de entropía en el cerebro del matemático pone en peligro, no sólo su propia salud mental (esquizofrenia) y física, sino también la salud de toda la humanidad. Esa homogeneización masiva en el seno de la física matemática desorganiza los sistemas biológicos y psíquicos, disminuyendo la heterogeneización, factor de vida. «Ya es hora de darse cuenta de que existen otras posibilidades de abstracción y de pensamientos lógicos, y por tanto matemáticos y teorías de conjuntos, que la que sirve de fundamento a la lógica clásica. Así se expresa el autor que preconiza una reforma indispensable de las matemáticas para «energetizarlas desde el ángulo de una energética de triple lógica»⁸⁸.

Tras esta digresión de tono un tanto dramático que hemos creído un deber señalar, volvamos al problema de la «unidad» que preocupa a tantos espíritus.

El físico Jean Charon⁸⁹, como hemos visto, es autor de una teoría unitaria del Universo que prolonga la teoría de Einstein. Sin miedo a traspasar los límites de su especialización científica, a ejemplo de Schrödinger, el autor se plantea la pregunta esencial^{*Op.cit.(18),p.17.} Que indica Sri Ramana Maharshi: « ¿Quién soy yo?»⁹⁰

Interesado por el eje vectorial del fenómeno humano, como Teilhard de Chardin, difiere de él en sus conclusiones, que son más bien vedánticas, como hace notar Jean Welté⁹¹: «Es un nuevo aspecto del acuerdo existente entre la ciencia moderna y el Vedanta tal como lo presenta Vivekananda. La oposición entre el hombre y el universo se reabsorbe en una totalidad en la que se integra el hombre, entendiendo el Universo en el sentido de «todo lo que existe». El punto de partida ya no es el «pienso, luego existo» de Descartes, sino «soy pensado, luego soy parte del Universo».

Desde el punto de vista de la física, Jean Charon, considerando que la inteligencia del hombre no es un instrumento perfecto, explica que lo que da al Universo un aspecto de discontinuidad —siendo así que lo Real es continuo— es la estructura de nuestra mente; Charon formula una ecuación de esa Realidad, único lenguaje en que puede expresarse. El hombre, conglomerado de corpúsculos, está en relación con el Cosmos por mediación de tres campos de partículas elementales: nuclear, electromagnético y gravitacional, pues todo corpúsculo está ligado al TODO.

En el mismo sentido, el astrónomo Fred Hoyle, buscando demostrar el origen del Cosmos por observación telescópica a la vez que por medio de la física y de la matemática, y no queriendo quedarse en una hipótesis de tinte metafísico, trata de encontrar la ecuación correspondiente a los átomos que constituyen el Universo e intenta formular la ley matemática, por él postulada, que controla la formación continua de la materia. Para él, la Unidad viene dada por un «campo universal de creación» más vasto que los restantes campos conocidos de la física, a los que

integra dentro de sí⁹².

La idea de campo es, por otra parte, una de las nociones más importantes de la física moderna. Einstein, que entendía que la física cuántica no podía dar cuenta por sí sola de todo lo Real, edificó una teoría que establecía la existencia de un campo unitario, del que los otros campos serían nada más que aspectos parciales. Louis de Broglie, tras haber admitido durante años la dualidad «ondas-corpúsculos», ha concebido finalmente la teoría unitaria, que implica la presencia de un campo global único de cuatro dimensiones.

La jerarquía establecida por Heisenberg entre las propiedades de los campos habla también en favor de esa integración en un campo único.

Dentro del marco de esta teoría de los campos de fuerzas sugerida por Ruyer y por Stromberg⁹³, este último declara: «Tal vez existe un campo vivo, distinto del campo fisiológico, que opera en el dominio mental y corresponde a lo que normalmente se llama la Conciencia, percepción del Sí MISMO, awareness. Schrödinger piensa que los saltos cuánticos, responsables de las mutaciones espontáneas, no son accidentales sino que los produce el mismo organismo que los desencadena. Eddington sugiere: «La idea de un espíritu universal o Logos sería perfectamente plausible en el" estadio actual de las teorías físicas. » Doubrov⁹⁴, a propósito de la psicotrónica, habla igualmente de un campo gravitacional, forma unificada del campo de convertibilidad universal.

En la primera mitad de este siglo, y apoyándose en una experiencia espiritual, el metafísico Berdiaeff⁹⁵ afirma que en las manifestaciones más simples de la vida concreta en el mundo se encuentra una base «noumenal», que abre la puerta a una «transfiguración» en la perspectiva escatológica.

En las ciencias biológicas no se ha llegado a explicitar y estructurar esa unidad, sentida como cierta por físicos y filósofos, a través de la enunciación de leyes funcionales verificadas en el plano individual y social, que podrían constituir la trama de una ciencia del hombre.

Las grandes leyes fisiológicas formuladas hasta el presente se refieren a la evolución de las especies; la ciencia que de ello resulta es la ciencia del animal humano. Las previsiones actuales se refieren a la genética, a la ecología. Sólo se interesan por la extensión de los conocimientos en el plano «horizontal», podríamos decir, y no en profundizar en el plano «vertical», pues a fin de cuentas siguen partiendo de una concepción dualista de la estructura del ser humano, cuerpo y espíritu, e identificando a este último con las funciones mentales. La «MADRE», colaboradora espiritual de Sri Aurobindo, afirma, desde su prodigiosa experiencia interior de la totalidad cósmica: «La evolución no es la de las especies, sino la de la Conciencia en cuanto Fuerza, una sola Conciencia detrás de millones de miradas»^{*Nota 1.}

La neurofisiología ha hecho recientemente interesantes diferenciaciones en el cerebro cortical, gracias a la cirugía del córtex. Tales diferenciaciones se superponen tan exactamente con las funciones psíquicas que expone la Tradición oriental, que vamos a describirlas, juntamente con éstas, en el capítulo siguiente.

De igual manera, sólo a la luz de los datos del Vedanta podrá comprenderse el problema de la afectividad. Efectivamente:

La psicofisiología clásica no llega a localizar más que la emoción física, con sus repercusiones fisiológicas, que los neurofisiólogos ven expresadas por las ondas theta del electroencefalograma, localizadas en el cerebro medio, aunque personalmente he adquirido la certeza experimental de que la afectividad se manifiesta a través de ondas alfa. Ya lo veremos en su momento.

Sobre la física de los sistemas energéticos, S. Lupasco hace esta confesión: «La

lógica polidialéctica de la energía es un sistema de detección que puede descubrir y comprender casi todo, salvo esta especie de «almohadillado» afectivo, verdadero misterio entre los misterios»** Op. cit. (15), p. 200.

El análisis minucioso que hace el autor de ese «misterio» se inserta, sin saberlo, de forma tan maravillosa en la respuesta que el Vedanta da de él, que tendremos también ocasión de declarar en el capítulo siguiente.

LA INDIA RESPONDERÁ A LAS PREGUNTAS SIN RESPUESTA

Aparte de los problemas específicos que acabamos de formular, se encuentra el científico con una cuestión primordial que no parece poder inspirar una hipótesis válida en el estado actual de nuestra ciencia y nuestra cultura occidental.

Se trata de la absoluta necesidad de introducir en biología energética esa noción de «nivel superior», que, incluso para quienes se atreven a presentarlo, sigue revistiendo un carácter «criptogenético» cuando no es asimilado a algún tipo de bruma metafísica. Esta ha sido desde el comienzo la preocupación y el objetivo final de nuestra búsqueda científica personal, a través de caminos forzosamente poco ortodoxos y solitarios.

Lo mismo que Gesell o S. Lupasco formulan, a este respecto, preguntas sin respuesta, Lévi-Strauss, deseoso de llegar a una estructuración y habiendo descubierto una misma ley funcional para todos los niveles, se ve obligado a postular una «estructura transcendental del espíritu» (pero sin asimilarla a la Conciencia).

Es decir que, cuando las contingencias de nuestro caminar han puesto ante nuestros ojos la respuesta que hoy proponemos, no hemos dudado en formular un «¿por qué no?».

No nos queda otra posibilidad, para ver desarrollarse el proceso de la «Conciencia-Energía» en cuanto nivel autónomo y superior de integración, que acudir a la filosofía científica del Shakta Vedanta, a la que, por diversas razones, se refieren ya algunos científicos, y a cuyas fuentes se acercan tantos seres ávidos de una interioridad más rica pero también más eficaz para el comportamiento cotidiano.

Se impone hoy pedir a esta Tradición y a los sabios contemporáneos que la representan, que inspiren, con sus enseñanzas y realizaciones, un nuevo enfoque lógico de la ciencia del ser humano en su integridad. Las ciencias occidentales jamás han proyectado otra cosa que una silueta incompleta de ese «gran desconocido».

Siendo la India la única capaz de iluminar el último escalón de nuestra investigación, al precisar la naturaleza de la Conciencia, vamos ahora a dirigir a ella nuestra atención.

CAPITULO VI

LA INDIA VIVIENTE

Sus filósofos contemporáneos ante la Tradición. El Vedanta

«Cada país tiene su Karma, la India tiene vario» (SIVANANDA)

INTRODUCCIÓN

Si la anterior generación satisfizo su deseo de aproximación a la doctrina del Vedanta a través de eruditos hinduólogos, en la actualidad, el mensaje de Vida que contiene y sus tesoros tradicionales es lo que atrae a la India a investigadores tan dispares como místicos y neurofisiólogos. Se trata de una ciencia humana que sabe aprovechar las interferencias entre niveles de una estructura que culmina en el más alto estado de conciencia, mientras en los escalones inferiores, utiliza mecanismos funcionales de lo más complejo y de lo más difícil de dominar.

Estas dos categorías de candidatos, los unos a la Sabiduría y los otros a las «demostraciones»^{*Literalmente "performances". [N. del T.]Op.cit.(13)} fisiológicas, se reúnen en la actualidad en los laboratorios. Practican todos una técnica que utiliza procesos elaborados conforme a una estructura energética no coincidente, la mayor parte de las veces, con nuestros atlas anatómicos.

Me parece también indispensable conocer el procedimiento «tradicional» de una experiencia en marcha, asegurarse de su aplicación correcta e interpretar los resultados conforme a dicho procedimiento, antes de trasladarlos, si fuera posible, a términos de fisiología occidental. Esta actitud, si se respeta, puede llevarnos a descubrir en el cuerpo humano elementos energéticos de los que ni sospechábamos su existencia, ni sus cualidades funcionales.

Sabemos, gracias a la física, que ha hecho avances infinitamente mayores que la biología, que el ser vivo no es sino un «extraño y monstruoso conjunto de energías»*. Nuestros aparatos registradores lo testimonian sea en el aspecto que sea, y eso podría llevarnos a concebir y construir otros detectores energéticos más diversificados de los que utilizamos. Este esfuerzo por el rigor de cara a la tradición y su fisiología energética, de la que ignoramos casi todo, podría hacer progresar enormemente nuestros conocimientos biológicos en el terreno de la energía.

El desinterés por los datos teóricos de una experiencia como ésta, me ha parecido siempre incomprensible y fastidioso, y me he preguntado cuál puede ser la explicación. Nada debe ser desechado por un científico cuya curiosidad e inteligencia son capaces de las elaboraciones más audaces y las construcciones más perfeccionadas. ¿Será el «tabú» que, procedente de un tenaz prejuicio, impedía, no hace apenas un decenio, la aproximación científica a la parapsicología? ¿Se cree verdaderamente que sería deshonoroso tomar en serio la realidad energética de un «chakra»? Y sin embargo... el sujeto examinado dice haber utilizado dicha energía... y se registran los resultados ignorando el procedimiento.

¿No sería un elemento muy valioso para interpretar el experimento conseguir un diseño anatómico de nuestra electroestructura, tal y como existe para la acupuntura? Incluso la India se encuentra en la actualidad, por lo menos en uno de sus laboratorios, maravillosamente equipada para llevar a término los programas sobre el yoga que, desde 1958, gozan del apoyo del Gobierno. En aquella época, fui amablemente invitada como colaboradora durante algunos días.

Yo pensaba que en el propio país de la Tradición, esta última sería tomada en consideración con un interés semejante al que le presta el sujeto examinado, mientras se esfuerza precisamente en incorporar esta tradición al experimento. Sorprendentemente, allí sólo encontré científicos al estilo occidental, discutiendo competentemente de la participación del «sistema reticular» o del «sistema límbico» en la aparición de los trazados corticales.

Ello confirmó mi hipótesis psicológica: no es de buen tono ponerse pesado con las «puerilidades» anatomofisiológicas de una eventual estructura energética, cuando se está cualificado para tareas de alta especialización neurofisiológica. La solución podría consistir en completar los equipos de trabajo con un físico interesado, con todo su corazón e inteligencia, en el problema del Vedanta, que se encargase de un interrogatorio muy detallado del sujeto examinado en lo relativo al procedimiento experimental.

Me acuerdo de haber visitado en 1936, en Bangalore, el Instituto del gran profesor Raman, Premio Nobel de física, que se extasiaba enseñándome al microscopio, un corte con espléndidas configuraciones, efectuadas en un vegetal gracias a la manifestación de las Fuerzas Superiores. Toda la riqueza espiritual de la India se manifestaba en esta plática científica. Pero... se trataba de un físico.

FILÓSOFOS CONTEMPORÁNEOS Y TRADICIÓN

Ante este estado de cosas, me interesó saber cuál era la actitud de los filósofos de la India contemporánea hacia su tradición vedántica, teniendo en cuenta que, al haber frecuentado las universidades inglesas o americanas, las filosofías modernas no tendrían secretos para ellos. Tuve la buena suerte de encontrar una obra que trataba precisamente esa cuestión y que me reafirmó en mis hipótesis (como si hiciera falta) de establecer el postulado de una ciencia del hombre basada en las aseveraciones fundamentales del Vedanta Advaita, así como en las del Samkhya y el Tantrismo, más que en registros «científicos» que sólo adquieren sentido si vienen a confirmar la teoría prevista.

LOS FILÓSOFOS DE LA INDIA

Pues bien, hace ya un siglo que el pensamiento hindú, contemplando de nuevo el mundo, considera al Vedanta, en su conjunto, como el tipo de filosofía más elevada.

Así es como resume la filosofía contemporánea de la India K. Satehidananda Murty, profesor de filosofía en la Universidad de Andhra, profesor delegado en la Universidad de Princeton en los Estados Unidos, en 1959, y conferenciante en Oxford⁹⁶⁻⁹⁷.

La esencia de las creencias fundamentales que constituyen el propio núcleo del Hinduísmo fueron identificadas, reexaminadas y re-interpretadas. Volviéndose hacia el grandioso pasado, como dice Rabindranath Tagore, fue Ramobun Roy quien, al principio del siglo XIX, representó el principio de la India moderna. Se le considera el padre de la filosofía india. Aunque su filosofía no fuera técnicamente como la de Kant o Hegel, sus escritos tienen el mismo valor filosófico que los de un Bacon, un Lessing o un Voltaire. Mientras su aproximación a los problemas de la vida fue científico y racionalista, permaneció fuertemente enraizado en el Vedanta. Fue el primer pensador indio en llegar a la conclusión de que la enseñanza de los Upanishads, correctamente interpretada, contiene una verdad eterna, válida para todas las épocas, reconciliable con la ciencia y el mundo modernos.

Otro destacado pensador del siglo XIX, Shunder Sen, expone claramente cuál es la idea central a aceptar, a saber, la síntesis y armonía de Occidente y la India, y la absorción mutua de sus culturas. Lo expresa de la forma siguiente: «Inglaterra a los pies de la India para aprender su antigua Sabiduría y recoger los tesoros sin precio del Vedantismo y el Budismo; por otra parte, la India a los pies de Inglaterra para aprender la ciencia y la técnica. Una nueva civilización podría surgir, de ese modo, de la síntesis de la espiritualidad india y la ciencia occidental.» Yo añadiría de buena

gana, como lo justifica todo este libro, que Occidente puede ponerse igualmente «a los pies de la India» en vista de que ésta, gracias a su tradición, ofrece la posibilidad de una «ciencia del hombre integral».

Hay otros gigantes de esa época que deben ser mencionados: por una parte, Dayananda Sarvati, que encuentra en los Vedas la fuente misma de la filosofía india. Muchos pasajes de su obra se consideran tan importantes como la «Summa» de santo Tomás de Aquino. Por otra parte, Bal Gangadhar Tilak, padre del Movimiento de Liberación India, que hizo de la Gita la misma Escritura de la India moderna, gracias a su comentario. Sri Aurobindo consideró la obra de Tilak como un trabajo monumental de crítica original y verdad ética. Desde entonces, la Gita fue la fuente de inspiración de la acción política y social. ¹

Fue sin embargo Vivekananda quien, como él mismo dice, descubrió las «bases comunes a todas las formas de hinduismo» e intentó, a partir de ahí, despertar una conciencia nacional. Considerado como el unificador de la ideología hindú, desarrolló de una forma original y audaz la metafísica Advaita, buscando reconciliarla con la lógica, la experiencia y la ciencia. En la historia de la filosofía de la India moderna, Vivekananda ocupa una plaza de privilegio. Satchidananda Murty considera que su filosofía no es inferior a la de un Pascal, un Kierkegaard, un Nietzsche o un Emerson.

BASES DE LA MODERNA FILOSOFÍA HINDÚ

De toda esta filosofía se desprenden las siguientes ideas esenciales:

1. Una unidad fundamental de todas las tendencias metafísicas, que confluyen en lo mismo y reconcilian los puntos de vista de síntesis filosóficas aparentemente diferentes.
2. El Vedanta representa la quintaesencia de los Vedas, la cumbre de la más elevada filosofía que ha alcanzado el pensamiento indio.
3. El Vedanta es la única filosofía que está en armonía con la razón y la ciencia y que, por ello, puede ser universal. No va «contra» ninguna otra filosofía, pero contiene toda la verdad.
4. La misión de la India es conseguir una síntesis de las culturas y filosofías del mundo entero.
5. Se puede construir una sociedad sobre las bases filosóficas de los Upanishads y de la Gita.

Todas estas ideas se expusieron en las Universidades indias durante el siglo XX.

GIGANTES ESPIRITUALES Y VEDANTA

Junto a los filósofos clásicos, conviene no dejar de lado las experiencias interiores. Desde la primera mitad del siglo xx, se ha estado produciendo el intento filosófico más sistemático, más vasto e innovador que la India moderna haya sido capaz de concebir: se trata del de Aurobindo, convencido de que una verdadera filosofía india no puede surgir más que de una experiencia interior. Mientras llevaba a cabo esta experiencia, estudió a fondo tanto las filosofías europeas como las indias. Aprendió un trabajo original en la India moderna, haciendo una síntesis del yoga y su erudición.

H. Zimmer, en sus Filosofías de la India, nos subraya que la «fuerza de las concepciones y paradojas del Vedanta Advaita, en la vida e historia de la conciencia hindú, e incluso hoy en día en la civilización de la India moderna, es pura y simplemente inmensa»⁹⁸. Y cita a Richard Garbe: «Casi todos los hindúes cultivados de la India moderna, salvo en la medida en que han adoptado las ideas occidentales,

son adeptos del Vedanta. De ellos, las tres cuartas partes, aceptando la interpretación dada por Shankara a los Brahmas-Sutras y el resto se reparte entre diversas explicaciones del sistema, dadas por tal o cual de los demás comentaristas.»

Shankara, fundador de la escuela no dualista de filosofía vedántica en el siglo VIII, fue el más grande exegeta del Vedanta, como pueda serlo Vivekananda en nuestros días.

CIENCIA Y VEDANTA

Esta situación privilegiada del Vedanta en el pensamiento de los filósofos contemporáneos coincide con la amplitud del movimiento que, en todo el mundo, atrae a las conciencias hacia el mensaje que encierra. Los laboratorios de investigación para el examen de los meditantes y los yoguis se multiplican. Todo ello justifica que se le plantee a la filosofía hindú a mi juicio, la necesidad de alumbrar una ciencia del hombre que precisa urgentemente un marco ampliado de investigación.

Esta tarea está tanto más justificada cuanto que el pensamiento vedántico se encuentra, en buena medida, de acuerdo con los pensamientos científicos y filosóficos más avanzados de Occidente. Y en aquello en lo que no están de acuerdo, como dice Sir Woodroffe en la presentación del Shakta Vedanta, será la ciencia la que se aproximará al Vedanta y no al contrario^{*Op.cit.(19),p.4}. Ojalá pueda mi modesta contribución confirmar este planteamiento.

En la misma época en que redacto estas líneas, el R.P. Cocagnac (de la Orden de los Dominicos), hace, por su parte, una interesante exposición del valor de la Tradición en la India actual. No deja de subrayar que los físicos ven en ello una proposición filosófica que armoniza con su búsqueda de la energía física: «Su reacción espiritual se asemeja incluso, a veces, a eso que se llama... la gnosis de los sabios.»

LA DOCTRINA. EL SÍ MISMO (O CONCIENCIA), REALIDAD SUPREMA, TRASCENDENTE E INMANENTE A LA VEZ

Para el Vedanta, el «SI MISMO», principio consciente universal y eterno, es a la vez trascendente e inmanente a nuestro ser humano, al que confiere la Vida. Trasciende el cuerpo y la psique que anima, permaneciendo indiferente a todo lo que se refiere al individuo. Sri Ramana Maharshi, que es uno de los más altos representantes del Vedanta, lo compara a una pantalla de cine en la que se proyectan las escenas más diversas, sin que jamás le afecten las catástrofes que se desarrollan en la pantalla.

Núcleo anónimo y perdurable de la criatura fenoménica, es la Realidad interior no comprometida, que reabsorbe en la Unidad las tres modalidades del Tiempo (pasado, presente y futuro) a las que está ajeno. Todo lo que no es esta Realidad no es sino ignorancia: así es nuestra creencia en la realidad del mundo, como en la del ego. En tanto que manifestaciones del SI MISMO, estas dos «naciones» no son una ilusión, pero fuera del SI MISMO no tienen existencia objetiva. La Conciencia (sinónimo del sí mismo) se las toma como un espectáculo, sin prestarles el menor interés.

Sólo el conocimiento del SI MISMO, sustituyendo a la ignorancia, puede obrar la liberación. En realidad, este conocimiento no es algo que haya que conseguir, pues se encuentra ya en el corazón de nuestro ser; no hay más que liberarle de las oscuridades que lo ocultan. Cuando se hace realidad, el mundo desaparece.

El gran tema vedántico es el de nuestra identidad con esa Conciencia pura (SI MISMO o Brahmán). Esta Realidad es a la vez: Existencia (Sat), Conciencia (Cit) (pronunciéese chit) y Felicidad (Ananda), in-disociables entre sí.

Los objetos de la experiencia se encuentran desnudos de substancia (como una

cuerda tomada por una serpiente) y, por ello, en contradicción con la experiencia empírica y el sentido común. Semejante verdad no puede ser conocida realmente más que por experiencia. De todos modos, se puede comprender que, si el sí mismo no fuera Conciencia, el «yo» fenoménico no podría surgir.

A esta Potencia creadora de la ilusión cósmica es a lo que el hombre da el nombre de «Dios» (palabra engañosa donde las haya), al que convierte en un ser personal (masculino, por supuesto) dotado de atributos humanos. Este Dios será considerado como exterior al hombre en tanto que subsista la noción de ego. Si el hombre pierde su ego, ya no hay más Dios exterior pues ese hombre ya no será, de hecho, un hombre: se habrá convertido en el «TODO».

No es posible dejar de acordarse de esta concepción del Vedanta (como ya he señalado), cuando se lee en filosofía que la muerte de Dios significa la muerte del hombre y, por otra parte, que no habrá ciencia del hombre hasta la muerte del hombre. Efectivamente, la comprensión de la estructura del hombre «total» significa la aceptación de la desaparición del ego antes de la última etapa... en la que todavía no estamos. Y sin embargo... una toma general de Conciencia de lo Real... y la Verdad se desvelaría.

Estos elementos de base del Vedanta nos muestran de modo perentorio que cuando creemos sentir la necesidad de un tercer nivel superior de la estructura humana y creemos no tenerlo, actuamos como el que trata de encontrar en un taller de joyería el collar que lleva al cuello. No sólo es que ese nivel superior esté ya en nosotros mismos, sino que es nuestra única Realidad, sólo disimulada por el velo opaco de la ignorancia que, por otra parte, despliega ante nuestros ojos los ilusorios fenómenos que dan la impresión de ser reales.

Ya veremos más adelante cómo este nivel superior integra nuestra estructura biológica, y de qué forma puede llegar a ser funcional y subordinar eficazmente los niveles psicofisiológicos de nuestra constitución, conforme a leyes biológicas conocidas.

VEDANTA Y MICROFÍSICA

He tenido un primer atisbo de la prometedora coincidencia entre esta ciencia tradicional y los descubrimientos de la microfísica, que me ha hecho perder gravemente mi fe en la objetividad del mundo y la materia. Hasta tal punto es así, que el Sabio vedántico y el microfísico utilizan la misma metáfora para referirse a la subjetividad del mundo físico. S. Lupasco lo expresa de la siguiente forma: «Al igual que las representaciones corpusculares y ondulatorias se encuentran limitadas en su actualización y potenciación por la dualidad intrínseca del quantum, los datos psicológicos, como los microfísicos, son también más o menos actuales y más o menos potenciales (relación de indeterminación de Heisenberg), lo cual nos invita a concluir que el mundo, si existe, está compuesto de "sueños".» ^{*Op.cit.(15),p.136.}

Y, Sri Ramana Maharshi: «Del mismo modo que al despertar se sabe que los acontecimientos vividos durante el sueño eran un sueño, igualmente, cuando se produce la Realización, se comprende que la vida no era más que un "sueño".» ^{*Op.cit.(39),p.187}

LA ENERGÍA EN EL SHAKTA VEDANTA ADVAITA

Para insistir en la naturaleza energética de la Conciencia, como de la totalidad de nuestra constitución, es indispensable considerar el aspecto «tántrico» del Vedanta

Advaita. (Doctrina no dualista presentada bajo su aspecto energético.)

A consecuencia de exposiciones mal documentadas o erróneas, el tantrismo está desacreditado ante los ojos occidentales como una práctica poco recomendable. Sin embargo, Jean Herbert informa de que los grandes Maestros Espirituales Adváiticos manifiestan su pertenencia al Tantrismo. Por ejemplo: Sri Aurobindo, Ma Ananda Moyi o Sri Ramakrishna, que conoció numerosas experiencias tántricas.

Lo esencial de la Doctrina Tántrica nos ha sido transmitida por Sir Woodroffe (alias Arthur Avalon)^{**100-101.Op.cit.(19)}, funcionario de Justicia inglés, que es, a su vez, un iniciado, pero carente de autorización para desvelar las «prácticas».

Como en todas las filosofías hindúes (Sir Woodroffe admite la metafísica del Vedanta Adváita), LA CONCIENCIA es la realidad suprema. La verdadera profundidad de estas filosofías radica en la importancia soberana que conceden a la conciencia y sus estados. Por otra parte, la profundización de esta verdad (revelada y experimentada a vez, a lo largo de milenios) es de interés capital para la ciencia occidental que no deja de balbucir inciertas y pobres hipótesis de res puesta a la cuestión: « ¿Qué es la Conciencia?», mientras le resulta insospechable la naturaleza de su poder.

La obra de Sir Woodroffe resume en su mismo título lo esencial de la Doctrina tántrica: «El Mundo como Poder», «El Poder como Conciencia»^{***Op.cit.(19)}.

Es esta conciencia en tanto que «Poder» la que va ha hacer manifiesto el mundo y, por tanto, nada de este mundo puede ser otra cosa que Conciencia: hasta una mota de polvo la expresa en su aparente pequeñez. No estamos ni ante un realismo, que otorga a los objetos una existencia fuera de la Conciencia, ni ante un idealismo, que no la reconoce como «sustancia». La Conciencia no es la cualidad abstracta de un proceso mental, es el «poder», la sustancia actuando permanentemente en el desarrollo sucesivo, involutivo primero, y después evolutivo, de la manifestación.

No cabe duda de que resulta particularmente «intrigante» leer en la obra del energeticista S. Lupasco: «La Conciencia no es conciencia de... es la propia energía potencial. » Y esto, en todos los niveles de la manifestación.

LA AFECTIVIDAD EN EL VEDANTA Y EN LA FILOSOFÍA CIENTÍFICA

Antes de la manifestación del Hombre y del Universo, «el Ser-Conciencia-Beatitud» (el SI MISMO o Atman) se encuentra en estado de reposo. El « SI MISMO conoce al SI MISMO y le ama». Es este amor supremo del sí mismo por el SI MISMO lo que constituye la Beatitud o Felicidad. Los Upanishads nos dicen igualmente: «En realidad, no es por el amor del marido por lo que el marido es querido, sino por el amor del Atman que hay en él... Y no es por el amor de la esposa por lo que la esposa es querida, sino por el amor del Atman que hay en ella.» (Brihad. Up. 1, 4. 19.)

La afectividad es pues un dato primordial, inseparable del ser y del conocimiento, y se concibe que nuestro «energeticista» no haya conseguido asignarle un mecanismo en sus sistematizaciones. A pesar de todo, plantea el problema con tal perspicacia, que se sitúa en la perspectiva exacta de la Tradición, pese a serle extraña.

En una de sus obras, constata lo siguiente^{*Op.cit.(41),pp.319 a 329}: «La propia afectividad no se refiere a nada más... se presenta como un dato no relacional... bastándose a sí misma... ella sola conlleva los caracteres ontológicos de toda nuestra experiencia... las propiedades que caracterizan al ser. Pues es, simple y misteriosamente... no es heterogénea ni homogénea. .. es... alógica y no por ello contradictoria. Es cuando yo la vivo como tal, yo soy lo que ella es y nada más... yo soy su ser en el sentido más riguroso y singular del término; yo soy el ser... es la afectividad quien nos inculca las categorías metafísicas del ser...: ¿es susceptible de conciencia?... Esta no sólo es

posible, sino imprescindible. ¿Se puede proceder ignorando sus medios? ¿Tenemos otros? ¿Podemos lanzarnos a una metafísica y metabiología afectiva?»

En otra de sus obras ^{**Op.cit.(16),p.272}, el autor presenta todos los elementos que permiten, con esta descripción de la afectividad, reconstruir el «SatChit-Ananda» del Vedanta como dato primordial, describiéndola a la vez como «Ser» y como «Conciencia». Leamos sus propias palabras: «Su carácter intrínseco es el de "ser"... aparece en la "Conciencia". Sin conciencia, no hay afectividad... está al servicio de la finalidad que es la misma potencialidad, lleva el "ser" a la "energía".»

Por lo que se refiere a la energía, recordemos que S. Lupasco dice en otra parte: «existe un "algo"... apropiado para expresar conjuntamente los caracteres dinámicos de que son portadores los hechos» (el Shakta Vedanta dice un poder). Es la mismísima definición del «SatChit-Ananda» antes de que se actualice la potencialización.

Este «amor-beatitud», evidentemente, sólo es sentido como suprema felicidad, más allá de toda concepción, en el estado de «Conciencia pura», pero, inherente a esta Conciencia, la va a acompañar en su involución, cuando se vele y se limite; se expresará en una forma progresivamente degradada en función de la evolución de la individualidad que la resiente: todavía desprovista de egoísmo en la parte superior del psiquismo (buddhi), se convertirá en personal y tiránico con el ego, y, más abajo todavía, estará íntimamente mezclado con influencias sensoriales cada vez más poderosas.

Para la afectividad, como para las demás manifestaciones de la Conciencia a la que acompaña, la ley de relación entre los niveles va a entrar en funcionamiento, igual que sucede para el conocimiento y la apreciación de la verdad. Del mismo modo que un nivel superior de evolución es capaz de comprender las limitaciones e imperfecciones de un nivel inferior, a éste le resulta imposible comprender la calidad del conocimiento de un nivel superior. Igualmente, en lo que a afectividad se refiere, la calidad del amor de un nivel superior no puede ser apreciada por un nivel inferior, que malinterpretará todas sus expresiones. Del mismo modo que no se puede comprender sino en el mismo nivel de evolución, no se puede amar con reciprocidad más que con esta condición imperiosa.

Así lo expresa esta cita de Tagore, utilizada por André Niel, quien subraya por su parte que el yo más amante permanece insondable e inasimilable para el otro. «He puesto delante de ti, al desnudo, mi vida entera... porque no me conoces. Si mi vida fuera una simple piedra coloreada, yo podría romperla en cien pedazos y hacerte un collar que llevarías al cuello... pero mi vida no es más que amor, amada mía... mi corazón está cerca de ti, como tu propia vida, pero nunca podrás conocerle por completo.» ^{*Op.cit.(57),p.120.}

LA TRADICIÓN Y LOS FÍSICOS ANTE LA ENERGÍA

Desde el momento en que hay manifestación, el Shakta Vedanta nos presenta una situación energética que, en el plano superior, y en relación con la Conciencia, acredita a la vez la «sistemogénesis» de S. Lupasco y el «continuum» de Jean Charon. En efecto, en tanto que Energía primordial, la Conciencia se asimila a un sistema que comporta dos elementos antagónicos en su función: «Kala» y «Dik» que representan respectivamente el «tiempo» y el «espacio», no tal y como nos los imaginamos en nuestros planos inferiores, sino en cuanto energías que engendrarán las nociones de tiempo y espacio.

Lupasco declara igualmente, como ya lo hemos señalado, que en el «espacio-tiempo de sistematización», es la energía del sistema la que engendra el tiempo y el espacio. Para el autor el «sistema» más elevado que nos presenta es evidentemente el «psíquico», pero tal y como nos es descrito en la Tradición, el «sistema superior» parece poder jugar con toda naturalidad el papel integrador que le corresponde, al mismo tiempo que responde a ese «algo»^{*«quid»}. En latín en el original [N. del T.] del energeticista.

Hay, por otra parte, una similitud verdaderamente sorprendente cuando el Vedanta asimila a la «sustancia primordial» (akasha) el «Continuum Conciencia-espacio-tiempo», y Lupasco declara por su parte que la cibernética de cada uno de los sistemas engendra la «materia» de su propio plano. Verdaderamente nada impide integrar las síntesis del autor en este sistema energético superior que coronaría su edificio respondiendo a todas sus cuestiones.

Como ya sabemos, la confrontación con los trabajos de Jean Charon no es menos satisfactoria. Es incluso mejor, pues los datos se superponen con exactitud. La Tradición revela que la energía primordial «Conciencia-espacio-tiempo» es un «continuum» en su desarrollo, pero que la involución va a producir en los planos inferiores una sensación de «discontinuidad». Del mismo modo, Jean Charon, deseoso de extender a toda la manifestación el «continuum» de la Relatividad Restringida de Einstein, demostró que es nuestro aparato sensorial quien, en los «quanta», transforma este «continuum» en «discontinuidad» a pesar de que lo Real no deja de ser, sin duda, un «continuum».

INVOLUCIÓN DE LA «CONCIENCIA-ENERGÍA»

El «juego» (lila) de la Conciencia se despliega ante nosotros y nos hace asistir a la doble manifestación de la antropogénesis y la Cosmogénesis pues, son las modificaciones de la Conciencia las que crean, sostienen y destruyen los mundos. Aunque sería más exacto hablar de «emanan», sostienen y «reabsorben» los mundos, pues no se trata de creación «ex nihilo» como en las teologías.

Los nombres de la divinidad, sea Brahma, Vishnu o Shiva, aparecen en unos textos y en otros, en unas y en otras escuelas de filosofía. Ello no debe confundirnos, pues, de hecho, no expresan sino funciones de la Conciencia.

Para hacer emanar un Universo (en el sentido de «lo que existe»), la «Conciencia absoluta» se manifiesta en su aspecto energético, dinámico y formal: la «Shakti» (femenina); mientras que su aspecto estático, informal, masculino, «Shiva», permanece sin manifestarse hasta que reconstituyen, con su unión, el «andrógino», al final de la manifestación (o, en el caso individual, después de un «samadhi»).

La manifestación sobreviene a consecuencia de modificaciones vibratorias producidas por el Shakti. Así es como el «Yo soy» de la «Conciencia pura» se califica como

«esto», dándonos la ilusión de individualidad. De este modo la potencia creadora se vela y se limita progresivamente, en una involución que producirá en primer lugar la «mente», nuestra psique.

Esta última, denominada «órgano interno» (antahkarana), se diferencia de arriba a abajo, en tres subniveles:

a) la Inteligencia superior, universal e impersonal (buddhi);

b) el ego (ahamkara) que individualiza y se apropia de los datos que le son presentados;

c) la mente inferior (manas) que percibe, analiza y clasifica.

Estos tres niveles están jerarquizados según su orden de involución, de manera que Buddhi queda por encima del ego y de la mente analítica. Cuando esta última (manas) ha percibido y clasificado los elementos del conocimiento, los transmite al ego que se los apropia y afirma: «Soy yo quien...» Buddhi, por su parte, es capaz de utilizar los conocimientos de forma impersonal, y de darles un sentido libre de las limitaciones impuestas en su paso por el ego. Es quien «determina».

En realidad cada una de estas tres facultades aporta su contribución; nunca trabajan separadamente. El «órgano interno» es una unidad psíquica que asume los tres aspectos de la inteligencia, la afectividad y la voluntad. Buddhi representa la manifestación más elevada.

Esta superioridad de Buddhi, en tanto que inteligencia «universalizada», permite comprender por qué los seres humanos que llegan a beneficiar al mundo con descubrimientos de gran envergadura, dan pruebas, al mismo tiempo, de una conciencia social que ha franqueado las barreras de la «separatividad»; su nivel evolutivo de Conciencia ha superado el estado del ego, sus pensamientos y su vida expresan el TODO; las concepciones del ego, erróneas por limitadas, se han transcendido.

El ego es quien hace nacer la mente analítica (manas) y los cinco sentidos, que en la Tradición son diez, pues a los cinco órganos sensoriales de la receptividad y la aprehensión, se asocian cinco facultades de espontaneidad o acción, a saber ¡hablar, coger, andar, evacuar y procrear. Dado que el «manas» coopera estrechamente con las diez facultades de percepción y acción, se le considera un poco como el «onceavo» sentido, el «sentido interno». Es quien, en asociación con los órganos sensoriales, da lugar a la materia del universo y a los seres que contiene este último, incluido nuestro propio cuerpo. Lo que nos proporcionan es, en realidad, «la-ilusión» de la objetividad, tal y como testimonia la ciencia moderna.

Esta exposición analítica de los elementos de la psique provoca dificultades semánticas a la hora de traducirlas a una lengua que no sea el sánscrito.

Podría pensarse que no son identificables los términos «manas» y el «mind» inglés. Esta identificación no correspondería a la realidad pues el «manas» no representa nada más que la parte inferior de la psique, mientras el término «mind» designa la totalidad de esa psique*^{Lo mismo podría decirse del sustantivo <<mente>> en castellano [N. del T]}. El término «mental» resultaría correspondiente en francés si tal sustantivo estuviera acreditado en el lenguaje. Tal y como se utiliza en la práctica, sin embargo, significa para nosotros, como el «mind» inglés, la totalidad de la vida psíquica, aunque, en la forma adjetiva, califique la función del cerebro «cortical».

La neurofisiología ha efectuado interesantes diferenciaciones en lo que se refiere a este cerebro cortical. Se pueden encontrar en ellas importantes correspondencias con los complejos elementos expresados por la Tradición.

Las distinciones anatómicas y, sobre todo, funcionales entre los dos hemisferios, nos proporcionan una sorprendente proyección de los tres escalones del «antahkarana»

(órgano interno, psique o «mente total»).

Al hemisferio izquierdo se le atribuye, junto con el lenguaje, el pensamiento analítico. Esto representa el órgano de expresión del «manas» en tanto que parte inferior del antahkarana. Si por otra parte, se admite con Bogen¹⁰², citado por P. Etevenon, que este hemisferio corresponde a la noción de «yo en el mundo», hay que concluir que incluye igualmente en su representación al ego, parte intermedia del antahkarana.

Por oposición, el hemisferio derecho representaría «el mundo en mí»; reduce a la unidad la dualidad «el mundo y yo»; es Buddhi sintiendo la universalidad que le caracteriza. Sri Ramana Maharshi dice: «La India, como cualquier otro país, está en vosotros mismos.» «Sois el mundo», confirma Krishnamurti de forma análoga. Este hemisferio estaría igualmente ligado a la percepción del «espacio-tiempo».

Puede consultarse igualmente con interés la reciente obra de Michaél Gazzaniga¹⁰³; resume los hallazgos, clásicos en adelante, de las investigaciones sobre el cerebro como órgano desdoblado. Estas espectaculares experiencias de neurología proporcionan temas de meditación que, más allá de la fisiología y la psicología, afectan a los problemas de la Conciencia.

Gracias a ciertas pruebas deportivas (como las carreras atléticas de fondo), que inducen la «iluminación» de la misma forma que los agentes psicodélicos, se ha atraído la atención de los médicos, y particularmente de los psiquiatras americanos, sobre las correlaciones fisiológicas del hemisferio derecho, funcionalmente utilizado al ralentí en Occidente de modo habitual. Esta nueva terapia, aplicada sobre todo a título de higiene física y moral, se reveló inductora de experiencias «espirituales» cuando la duración de la carrera de fondo llegaba a los cincuenta o sesenta minutos. «De repente, se levanta una trampilla... descubriendo una misteriosa gruta llena de tesoros.» Acerca de este descubrimiento, hay todo un movimiento social que tiende a tomar, en los Estados Unidos, una amplitud considerable¹⁰⁴.

La diferenciación entre las partes frontales y occipitales de los dos hemisferios, vista sobre el eje antero-posterior de la zona cortical, no resulta menos interesante.

Mientras entre los dos polos, la zona sensoriomotriz es el punto de inflexión de las aferencias sensoriales y de las respuestas motrices en relación con el «manas» que rige el sentido de la percepción y la acción (indryas), cada uno de los dos polos presenta una especialización funcional: la zona frontal decide la acción y realiza la integración, poniendo de manifiesto así el nivel superior (Buddhi), mientras la zona occipital percibe y discrimina como se supone que hace «manas».

P. Etevenon ve en ello, con razón, un eje energético «estático-dinámico» de atrás a adelante. Yo reconozco en esto el sistema energético de S. Lupasco con sus dos polos de potencialización y actualización.

Para la Tradición, la propia psique (antahkarana) no sería consciente si no fuera una «envoltura» de la Conciencia que se expresa a través de ella. La «pura Conciencia» no es un atributo de la psique. Es ella, por el contrario, la que confiere a esta psique la inteligencia y la apariencia de conciencia. Es inmanente a esta psique, permaneciendo trascendente por otra parte.

Para el Vedanta, como para la psicología occidental, existe un «subconsciente» en la parte de la psique que no está iluminada por la Conciencia; allí subsisten las «tendencias» (samskaras). La psique es a la vez «sustancia y proceso», mezcla de conciencia e inconciencia, lo que hace posible nuestra «finitud», pues la Conciencia, por naturaleza, es conocimiento infinito.

Desde el momento en que la Conciencia se vela y limita en la manifestación, se comprende que el conocimiento no puede ser sino relativo y, especialmente, en los dos niveles inferiores de la «mente». Por el contrario, existe una posibilidad para el

nivel superior (buddhi) de reflejar la Conciencia pura, conforme a la cualidad de la sustancia que compone este nivel.

Se trata, en efecto, de tres cualidades de la materia (y esto nos lleva una vez más a Lupasco con sus «tres materias»* ^{Op.cit.(15)}, una macrofísica, otra biológica y otra microfísica). Estas cualidades son las tres «gunas». Una de ellas (sattva) es muy pura y tiene, por ello, la propiedad de revelar la Conciencia. Es el «estado ideal del ser», la perfección, la claridad inmaculada. La segunda, la guna «rajas», representa la actividad, la agitación, la lucha; obnubila a la Conciencia. La tercera, la guna «tamas», es el factor de la inercia y pesadez.

Estas gunas se encuentran en diferentes proporciones en cada uno de los subniveles de la mente. «Sattva» predomina en Buddhi, «rajas» en el ego, y «tamas» caracteriza a la materia microscópica. De todos modos, sólo hay predominancia. Las tres cualidades coexisten en los tres niveles, pero nos resulta posible, gracias a una higiene física y mental, modificar la composición cuantitativa de los niveles. Cuando conseguimos apaciguar el flujo incesante de nuestros pensamientos, disminuyendo «rajas» y haciendo al buddhi llegar a ser totalmente «sattvico», podemos llegar a tener un atisbo de la Conciencia pura y del conocimiento verdadero. En el estado habitual de limitación y oscuridad, la Conciencia es como una lámpara cuya luz queda disimulada por la opacidad de lo mental que la envuelve.

Estas relaciones fluctuantes entre la Conciencia y sus niveles de expresión, ponen de manifiesto la diferencia fundamental entre la psicología occidental que identifica la mente y la Conciencia, y la psicología oriental que establece una diferencia entre ellas. Se trata de una «noética» que se expresa, según he propuesto, como «noetico-psicología». Nuestra experiencia psicológica habitual es la de la Conciencia expresada a través del nivel psíquico y no, evidentemente, la de la Conciencia pura, no condicionada. Y sin embargo, estos niveles en sí mismos no son sino esa Conciencia que los ha producido para su uso bajo esta forma imperfecta. Los Gnósticos de Princeton o han comprendido bien cuando dicen que la Conciencia actúa como un artista sobre el teclado construido por él mismo.

Esta noción de «juego» (lila) de la Conciencia-Divinidad que emana los mundos, es característica de las concepciones del Shakta Vedanta.

El iniciado tántrico, cuando adopta por devoción una actitud dualista (disociándose de la divinidad), se da cuenta de que todas las cosas, aun las más materiales, se identifican con la Conciencia. Sri Ramakrishna¹⁰⁵ es un ejemplo sorprendente cuando declara: «La Madre Divina me reveló, en el tiempo de Kali, que ella misma se ha convertido en todas las cosas. Me ha enseñado que cualquier cosa está llena de Conciencia. La imagen era Conciencia, el piso de mármol era Conciencia. Cualquier cosa de la habitación me parecía bañada, por así decirlo, en la felicidad, la Felicidad de Satchitananda. Vi a un hombre malvado delante del templo de Kali, pero en él vi también el Poder de la Madre Divina que vibraba. Por eso es por lo que alimenté a un gato con el alimento que iba a ofrecer a la Madre Divina.»

Hablaba yo un día con una persona que había conseguido, a fuerza de entrenamiento, y gracias al despertar de Kundalini, del que ya hablaremos más tarde, la posibilidad de testimoniar la actividad de la Conciencia en cualquier cosa. Se expresaba del mismo modo que Ramakrishna: en un verdadero estado de encantamiento, describía la manifestación de la Energía Primordial en una molécula de ADN (ácido desoxirribonucleico, constituyente esencial de los genes, sustrato de la herencia genética), siendo así que, en su realidad personal, ignoraba absolutamente todo este tema, incluso su denominación. Se trata de lo mismo que en las experiencias de la «Madre» —contadas por Sat-Prem—^{*Nota 1.}, ese ser excepcional

que descubrió, desde su más tierna infancia y de un modo espontáneo, esta Energía prodigiosa, hasta en sus manifestaciones más pequeñas, energía insospechable desde nuestra ignorancia mental, que parecía que corregía, con una naturalidad absoluta, los errores y las insuficiencias de nuestras percepciones limitadas. '

A la vista de estas revelaciones de vivencias, que reproducen las experiencias interiores de los Rishis a los que debemos los Vedas, después de tantos milenios, experimento una enorme satisfacción al leer la interpretación que hace de la física moderna un «energético» especializado, en el sentido de que la Conciencia es omnipresente en cuanto parte integrante de la totalidad de los sistemas energéticos.

Resulta igualmente curioso ver señalado por Sir Woodroffe, a propósito de la mente como «poder», un sistema energético tántrico**Op.cit.(19),p.162 correspondiente funcionalmente al sistema energético de la microfísica... en el que un «samskara» es la «tendencia» (energía potencial), y un «vritti» la acción (actualización).

En la vida mental, este proceso antagónico es un ciclo sin fin, con la única excepción de la disolución del Universo o de la «Liberación» de la Conciencia (mukta) en una individualidad determinada. En nuestros registros de los ritmos intelectuales, hemos obtenido, como veremos, una morfología descrita por Van der Pol como «onda de relajación de sistemas automantenidos»¹⁰⁶. Estas ondas se forman cuando uno u otro depósito de energía se carga y se descarga a continuación de forma brusca, disipando su energía. La cesación de ese automatismo es lo que se nos propone en todos los tipos de yoga, de cara al acceso a la Conciencia pura.

ESTRUCTURA ATÓMICA DE LOS DIFERENTES PLANOS DE LA CONCIENCIA EN EL VEDANTA

La Tradición nos explica cómo los «ensamblajes» de la estructura atómica de los diferentes niveles de conciencia, llevan a cabo, en el plano energético, procesos de integración que hacen posibles tanto las interferencias como la subordinación, en el plano vertical. En este sentido, hay ciertas descripciones de la «creación», en el segundo capítulo del Vishnu Purana que explican los datos tántricos.

Las vibraciones de la Conciencia, denominadas «tanmatras», engendraron una forma fundamental de materia (energética para los planos superiores al plano físico), dando lugar a cinco planos jerarquizados. Estos «principios» son los «tattvas». Cada uno de ellos tiene una correspondencia en el plano físico con los órganos de los sentidos: el «akasha» (éter de los antiguos) con el sonido y el oído; «Vayu», el aire, con el tacto; «agni», el fuego, con la vista; «apas», el agua, con el gusto; y por fin, el más bajo, «prithivi», la tierra con el olfato.

La imbricación progresiva de estos planos, unos con otros, o más exactamente, de su constitución atómica, es lo que permite comprender el dinamismo evolutivo del yoga, técnica de «desbricación» como la denominó el profesor Zimmer**Op.cit.(98),p.222, método de reintegración, en palabras de Alain Danielou¹⁰⁷. E igualmente, la totalidad de los procesos evolutivos por lentos que sean, de la humanidad.

En la «involución», el proceso inverso (de creación) es el siguiente: la primera vibración importante es el «sonido» («En el principio era el Verbo», San Juan), que resiste a la materia del tattva «Akasha». La siguiente vibración llega a este «akasha», penetrando la materia que lo rodea y produciendo la siguiente modificación de la materia: el tattva «Vayu». Este último, penetrado, envuelto y vitalizado por el akasha, recibe la tercera vibración que produce la modificación de la materia del tattva «agni». Incluso él se encuentra penetrado, envuelto y vitalizado por vayu, como vayu lo fue por akasha y ese mismo proceso es el que lleva a la manifestación de los elementos

«apas» y «prithivi».

De este modo, el campo energético de un átomo de un plano, se encuentra compuesto por todos los tanmatras y tattvas colocados debajo de él. En otros términos, la modificación de un tattva superior se reproduce en el tattva siguiente e inferior, lo penetra y se propaga más allá de sí mismo. El término sánscrito empleado en el Vishnu Purana deriva de una raíz que significa a la vez «penetrar» y «envolver», expresando a la vez la idea de penetración y de expansión envolvente. La vida central de cada tattva es el tattva precedente con su tanmatra. Ese conjunto al que se añade el nuevo tanmatra, compone la vida del tattva siguiente, y la forma producida exteriormente es el nuevo tattva dado a la luz por el proceso generador. Esta concepción deja suponer que habría en el Universo tantas clases diferentes de átomos como de tattvas, y que el tattva «Prithivi» correspondería al átomo físico de nuestra ciencia moderna. Cada una de las cinco formas atómicas puede reproducirse en cada uno de los cinco planos, en donde constituyen subniveles. De ese modo, tendríamos, en las subdivisiones de nuestro átomo físico «prithivi-akasha tattva», «prithivi-vayu tattva» y así hasta el «prithivi-prithivi tattva».

La correspondencia en el plano vertical podría, pues, efectuarse por medio de los subniveles que dan una alternativa de correspondencia energética. Los microfísicos, abrumados por un flujo incesante de partículas más o menos «extravagantes», podrían sentirse interesados en algunas aproximaciones y plantearse nuevos problemas con ayuda de las matemáticas. Un número imaginario que posibilita tener un cuadrado negativo ha permitido a la física cuántica introducir una dimensión suplementaria; desarrollándose, podría reproducir muy bien los subniveles de nuestra actividad mental.

Desde el punto de vista práctico, es importante subrayar que los diferentes niveles energéticos que componen nuestra estructura tienen su equivalente en el Universo, y que en realidad son exactamente los mismos (la física también nos lo dice). En el plano horizontal, esta identidad puede explicar las transmisiones energéticas de una mente a otra, tal como se observa en parapsicología, y también, de forma menos espectacular, en los fenómenos de «condicionamiento» y de aceptación de «ideas recibidas».

Desde este punto de vista, el «tanmatra», vibración de la Conciencia que representa el aspecto energético de los órganos de los sentidos, es algo más que un «elemento». Tiene un poder funcional: el «stress», descarga de sustancia cósmica de la misma constitución, capaz de provocar la trasmisión de una mente a otra. Recordemos que a microfísica da a entender que lo que parece ser un «elemento» es, en realidad, un «evento».

Apuntemos a este respecto la interesante declaración de una persona tratada médicamente con LSD que, en el curso de la exploración cósmica posibilitada por la droga, percibió el contrasentido de los razonamientos al uso acerca de la telepatía. En lugar de mostrarse escépticos y dirigir sus investigaciones a explicar por qué se produce este fenómeno, los investigadores deberían, por el contrario, preguntarse por qué no se trata de manifestaciones permanentes. Esta permanencia existiría si no interviniera deliberadamente una «interferencia cósmica» (cosmic screening) que bloquea esa posibilidad. *Op.cit.(81),p.188.

Tengo la impresión de que, si esa no es la única causa, lo que puede contribuir a esa posibilidad de comunicación es el fenómeno de la «concentración mental» que nos es familiar. Cuando es intensa, bloquea, como sabemos, nuestras percepciones sensoriales y puede, por tanto, impedir el contagio energético lateral. Este aislamiento mental es probablemente una medida de seguridad (y de ahí el bloqueo cósmico), a

causa de la agresividad que enfrenta a los egos, unos contra otros. ¿Que ocurriría si conociesen los pensamientos íntimos de todos sus contemporáneos?

AL FINAL DEL CAMINO...

A partir del momento en que la Conciencia liberada trasciende los niveles de la manifestación para permanecer en el suyo propio, ya no hay más problemas; incluso la ciencia queda fuera de cuestión. Si bien esta ciencia se queda sin objeto, no por ello deja de haber sido, en su momento, una vía de aproximación para un buen número de individualidades. Por otra parte, todos los caminos, sean los que hayan sido, serán borrados bruscamente para dejar lugar a lo «Real», único capaz de realización.

Cuando se plantea la cuestión: «¿Cómo es posible esta transformación?», la respuesta es siempre la misma: «Por la cooperación de la individualidad con el Sí MISMO, con la Conciencia Suprema»^{*Op.cit.(39)}.

Cuando se la llama, su «Poder» acude para apoyar el esfuerzo individual. En realidad, es únicamente la Conciencia la que opera, pues es el agente eficaz; los vehículos en los que despliega su actividad no son en definitiva más que formas de Ella misma. Esta Conciencia ejerce su influencia a través de la decisión que manifiesta la persona de trascender sus limitaciones y permitir de esa forma la experiencia suprema, la de la Conciencia pura, liberada del ego y de las formas mutiladoras de la mente.

Una vez expuestas estas consideraciones teóricas, examinaremos algunos aspectos del yoga, cuyas técnicas, un poco diversificadas, tienden todas hacia esta Realización. Son un campo de experiencia para una ciencia del hombre, una punta del velo que se levanta sobre a naturaleza y el destino del ser humano.

CAPITULO VII

YOGA

El desligamiento experimental de la Conciencia

«El yoga es un mensaje completo para la Humanidad».
(Kavalayananda)

Si, desde el punto de vista filosófico, el yoga está íntimamente ligado con el Samkhya —al reconocer una dualidad realista en oposición al idealismo no dualista del Vedanta Advaita, en cuanto técnicas de reintegración persiguen fines idénticos. El Vedanta y el yoga son considerados como los dos sistemas más elevados, por cuanto «el Vedanta describe el objeto último del conocimiento, y el yoga, el camino que conduce a experimentar los principios definidos por el Vedanta»^{*Op. cit. (107), p. 120.} Pero la finalidad del Samkhya es, también, la misma: sustituir la conciencia limitada de nuestra vida ordinaria por una Conciencia cualitativamente superior, capaz de realizar la verdad metafísica.

DINAMISMO ENERGÉTICO DEL YOGA

Para el psicofisiólogo, el interés del Samkhya reside en su descripción energética de la constitución humana, enumerando sus elementos y describiendo sus interacciones en el estado de integración que hemos examinado. En contrapartida, expone también cómo se «desmontan» a fin de conseguir la liberación. El yoga trata pues de la dinámica de ese desmontamiento; por eso se complementan ambos sistemas.

En la medida en que el yoga lleva a la práctica la doctrina de los tattvas relativa a las «articulaciones» de la manifestación, utiliza también una doctrina común al Vedanta y al tantrismo. De este último toma el yoga la estructura energética del ser humano, a la que el tantrismo otorga una importancia preponderante pese a profesar la estructura no dualista del Vedanta. Este «no dualismo» proclama una sola «Esencia» que se despliega formando el «espejismo cósmico». En el Samkhya-yoga, la materia (prakriti) es distinta del «Purusha» (el Atman del Vedanta). De todas maneras, es preciso desligar a este último de su asociación con la materia que lo oscurece. Para ello, es necesario modificar la composición de la materia en relación con sus tres principios (gunas). Cuando se libera la materia del poder activo que la contamina (rajas) y de su fuerza de inercia (tamas), su poder contemplativo (sattva) la hace equivalente a la pureza del «Purusha».

DEFINICIÓN DEL YOGA

La definición etimológica del término «yoga» se ha interpretado de diversas maneras. El sentido propio de la palabra significa: «acción de poner bajo el yugo»¹⁰⁸, y el yugo evoca la unión del sí mismo individual con el Sí mismo universal (esto sólo para la filosofía dualista). Para el Vedanta, se trata del SÍ MISMO que, bajo su forma imánente, se desliga progresivamente de los niveles de la manifestación para retornar al estado puro. En este sentido el «yugo» representa el dominio de los niveles psicofisiológicos, indispensable para la «liberación».

Se refiere entonces a ese proceso de liberación. La eficacia del yoga proviene de la

definición pragmática que del mismo nos dan los aforismos del gran clásico Patanjali. Yoga significa para él, tanto el término como el mecanismo de la experiencia. Efectivamente, los aforismos 1 a 4 especifican: «El yoga consiste en impedir las fluctuaciones del contenido mental. Entonces el Sí mismo se encuentra en su estado propio. En los demás casos, se identifica con la actividad mental»^{*Op.cit.(12)}. Podemos reconocer aquí la purificación de la materia mental por eliminación de la cualidad «rajas» que la contamina con su agitación.

El ejercicio de esta disciplina mental constituye el sine qua non de todas las formas del yoga. Es el ejercicio principal de «Raja-yoga» o yoga «psicológico». Se completa en el «Hatha-yoga», yoga del esfuerzo o «fisiológico», por la práctica preliminar o concomitante de técnicas fisiológicas que favorecen la estabilidad mental. En el Hatha-yoga «tántrico», sinónimo de «Kundalini-yoga»¹⁰⁹, el cuerpo constituye la base misma de la totalidad de la experiencia, debido a la correspondencia existente entre macrocosmos y microcosmos y a los «poderes» que deben manifestarse tanto en este último como en el mundo. Es el yoga de la energía, en el grado supremo, que tiene por objeto despertar el «poder de la Serpiente» (Kundalini). Esta representa, en el hombre, la energía cósmica, la «Shakti», la «Conciencia» en cuanto «poder»^{*Op.cit.(100)}.

Tras esta breve introducción puede calcularse el interés científico que representa el estudio del yoga dentro del marco de nuestra investigación, desde el momento que, en sus distintos aspectos, diferencia siempre la Conciencia respecto de sus niveles de manifestación. El fin que persigue su práctica, al igual que las diferentes técnicas empleadas, se refieren siempre al desligamiento de esa Conciencia, nivel tras nivel, hasta reintegrarla en lo Universal y lo «Absoluto» liberada de sus formas.

Hemos visto que lo que hace posible ese desligamiento progresivo es la estructura de los tattvas, principios energéticos que existen simultáneamente, a modo de una jerarquía de funciones transformables entre sí. Ello resulta del hecho de que el núcleo de un determinado tattva está formado por el núcleo y la envoltura del tattva precedente, al que funcionalmente se subordina.

Los trabajos sobre la cronaxis jerarquizada y sobre la subordinación que conlleva demuestran que, desde principios de siglo, la investigación científica se ha ido acercando progresivamente a esa estructura energética jerarquizada del sistema nervioso, que presenta una estructura idéntica a la de los tattvas.

ENERGÉTICA HUMANA Y YOGA

Esa «energética humana» que describe y utiliza el tantrismo constituye el campo experimental de todas las técnicas del yoga.

Los registros efectuados en el curso de ejercicios dirigidos a diferentes niveles orgánicos se expresan en términos eléctricos, ya se trate de órganos especializados o del «campo eléctrico de base» repartido por la superficie de los tejidos:

A) Electroencefalografía

La actividad eléctrica del cerebro, registrada por medio del electroencefalógrafo, ha sido objeto de incontables registros, y parecía estar llamada a ser la piedra de toque capaz de discriminar la cualidad de un estado psíquico o espiritual. Sólo lo ha sido de hecho en algunos casos excepcionales, que incluso, para ser inteligibles, han requerido acudir al conocimiento teórico de la Tradición. Los especialistas limitaban su apreciación al proceso neurofisiológico (sincronización, desincronización, participación

del sistema reticulado), más que a la posible expresión cualitativa de un estado interior. En el capítulo que dedicaremos a la electroencefalografía haremos nuestro propio comentario a este respecto.

B) Campo eléctrico cardíaco

El ritmo de la actividad eléctrica del corazón, expresada en el campo eléctrico de Waller, sólo es significativo respecto del tono simpático o parasimpático. Por el contrario, su morfología puede revelar importantes modificaciones, menos en relación con ejercicios «noético-psíquicos» que con las alteraciones fisiológicas derivadas de la práctica del Hatha-yoga. Para apreciarlas en su integridad, es preciso hacer una discriminación en los ejercicios complejos, ya que el aspecto respiratorio (pranayama) induce perturbaciones en todos los trazados, que escapan a toda interpretación debido a los movimientos irregulares de la caja torácica.

En mi calidad de cardiólogo, he podido registrar un cierto número de modificaciones del campo electro-cardíaco durante la práctica de algunos asanas (posturas) o en períodos de apnea en ejercicios de pranayama, en el laboratorio de la clínica cardiológica de la Facultad de Medicina, en el Hospital Broussais. Al no resultar suficientemente reveladora la técnica electrocardiográfica (que sólo registra los cortes del campo eléctrico), recurrimos a la vectografía con la colaboración del doctor Milovanovich y el yogui Mahesh Ghetredyal.

La silueta vectográfica es la «curva envolvente de los vectores que representan los campos eléctricos que se suceden en el curso de la sístole». Sustituye los aspectos fragmentarios del electrocardiograma con una representación sintética en uno de los tres planos de los fenómenos bioeléctricos que tienen por sede el corazón^{*Op.cit.(29),p.14}.

ESTUDIO VECTOGRÁFICO DE LAS POSTURAS:

En dos posturas de meditación, en «Padmasana» y en «Siddhasana», se ha apreciado una ampliación del campo eléctrico cardíaco, y por consiguiente ofrecen condiciones fisiológicas óptimas para hacer meditación.

No cabe asombrarse de que los asanas tengan una repercusión eléctrica, si recordamos las modificaciones que tenían lugar en la cronaxia de un perro, en relación con su postura.

En contraste con las posturas de meditación, los asanas utilizados para otros fines generaban modificaciones más características, y justamente en el sentido de apuntar a recomponer el equilibrio energético del cuerpo:

«Halasana» (postura del arado) reducía a la mitad el campo eléctrico cardíaco, al que confería una morfología de triángulo equilátero.

«Sirsasana» (posición vertical, cabeza abajo), al poder prescindir del pranayama, presenta importantes reajustes energéticos confirmados por el aspecto estrechado del vectograma.

En la postura de la «Cobra» (Bhujangasana), por el contrario, tenía lugar una ampliación considerable y una belfa regularidad.

Tales siluetas presentan ciertos problemas de fisiología si se las compara con los vectogramas patológicos calificados de «alodromías» (anomalías de recorrido). Este aspecto puede, no obstante, derivarse de la posición fuertemente modificada del corazón, sin que medie perturbación del proceso de excitación.

Ciertos «gestos» o mudras se consideran ayudas importantes en la práctica conducente a la realización exterior; se ejecutan en una postura determinada. A su condición de símbolos de un cierto aspecto de lo «divino» o de un estado de conciencia superior, acompaña a menudo un «mantra», que les corresponde en cuanto «poder». Hemos realizado registros en tres de ellos:

El « Yoga-mudra en postura de pez» (así llamado porque permite flotar en el agua si se mantiene con todo rigor) se practica con una finalidad espiritual.

Aunque el sujeto mantuviera la postura y la mudra en una perfecta inmovilidad (con el tronco inclinado hacia adelante y tocando el suelo), tenían lugar modificaciones progresivas del vectograma, de irregularidad acentuada, durante los cinco minutos que duraba el examen. De ahí la importancia de la duración de la prueba durante la práctica del ejercicio. Las alteraciones de conducción indicadas por la silueta vectográfica tendían a evolucionar hacia aspectos de perfil patológico. No obstante, se mostraban reversibles a partir del abandono de la postura y la mudra correspondiente.

Al no haber tratado las otras mudras por medio de vectografía, me referiré a ellas más adelante.

C) Campo eléctrico de base

Aparte de los campos eléctricos correspondientes a órganos especializados (corazón y cerebro), es posible también detectar permanentemente potenciales variables en la superficie de los tejidos.

Autores americanos¹¹⁰ que han tomado importantes registros poligráficos de yoguis en estado de meditación, han señalado que la variación de la resistencia eléctrica cutánea resultaba importante, comparada con la mediocridad de la mayor parte de los resultados electroencefalográficos. Estos mismos autores han expresado el deseo de que fueran realizadas investigaciones más sistemáticas sobre las variaciones de esa resistencia según el tipo de meditación realizado por el yogui. Pero han enfocado la investigación resaltando solamente la importancia de la desnivelación, en el momento en que se produce en forma de «reflejo psicogalvánico». De esa forma, descuidaban el aspecto cualitativo característico, único capaz de revelar el desarrollo continuo de la modulación de origen psíquico. Ciertos autores¹¹¹ han registrado esa curva de evolución de la resistencia eléctrica cutánea en forma de puntos unidos entre sí a partir de reflejos consecutivos. Esto les ha llevado a describir tres especies de reflejos psicogalvánicos: grandes, pequeños y medianos, considerando su amplitud y su duración, pero no ofrecen la curva cualitativa indispensable para la discriminación psíquica.

Precisamente en esa forma de curva desarrollada había yo registrado, hace algunos años, este fenómeno, y había constatado su valor con vistas a una información psicósomática diferenciada. Aparece en todos los registros eléctricos realizados sin dispositivo de «reflejo psicogalvánico», según la constante de tiempo empleada, desnivelando la línea de base. Los cardiólogos acostumbran eliminarla por medio de artificios técnicos a fin de que no altere la silueta cardíaca o arterial.

Tomé parte, a este respecto, en un largo trabajo experimental sobre lo que hemos denominado «campo eléctrico de base»¹¹². Se trataba de resolver los problemas de física que planteaban esas ondas de periodicidad lenta que aparecían al aplicar técnicas eléctricas de registro, y que se revelaban capaces de detectar diferencias cualitativas entre diversos estados mentales. Se me hizo evidente que se trataba de un único fenómeno estudiado bajo nombres diferentes a lo largo de muchos años: corrientes dérmicas, fenómenos bioeléctricos cutáneos, reacciones electrodérmicas, «basal-potencial», etc.

Las fluctuaciones de este «campo eléctrico de base» son diez veces mayores, en el orden cuantitativo, que las del campo eléctrico cardíaco. Como hemos de ver en el capítulo consagrado a los ritmos energéticos de la Conciencia, constituyen, sobre un

desarrollo continuo de la cinta registradora, la prueba maestra para la exploración mental. He ofrecido un estudio detallado de esta cuestión en la publicación de la Escuela Francesa de Extremo Oriente relativa a mis Estudios instrumentales de las técnicas del yoga*Op.cit.(29),pp.22 y 82.

El estudio de las propiedades eléctricas de los tejidos, conocidas desde hace tiempo, revelan su equivalencia con un «filtro electrónico». Para atravesar un conductor orgánico, la corriente eléctrica se apodera de los iones libres. Las curvas obtenidas subsisten tras la muerte, durante cuarenta y ocho horas, en forma sensiblemente equivalente a la que tenían en vida.

Los técnicos en acupuntura nos informan, igualmente, que la impedancia de la piel que recubre los puntos chinos es siempre más débil que la de los tejidos adyacentes. Por otra parte existen también, sobre la cobertura cutánea, líneas continuas de impedancia menor que en la cobertura cutánea que las rodea, y que representan los meridianos, con respecto a los cuales los puntos presentan una impedancia aún menor. Con ayuda del detector eléctrico, se los puede señalar tanto sobre un cadáver como sobre un ser vivo¹¹³.

Asimismo, en la Unión Soviética, un aparato eléctrico ha permitido localizar los canales energéticos de la acupuntura, así como los puntos específicos susceptibles de favorecer la producción de fenómenos parapsíquicos, que interfieren, por tanto, con la actividad mental y su potencial energético.

Este descubrimiento se ha puesto en relación con el fenómeno llamado «efecto Kirlian»: fotografiando un organismo situado en un campo eléctrico de alta frecuencia, se observa la aparición de un «cuerpo-energía-bio-plásmico», que puede ser examinado al microscopio electrónico. Este campo de fuerzas se presenta polarizado y dotado de poder estructurante. Reproduce el organismo completo (una hoja, en este caso) y permanece intacto aunque intervenga una amputación parcial. Sensible a los colores y a las variaciones meteorológicas, aparece ligado al Universo y sirve de soporte a la telepatía y a todos los efectos PSI en general. Este cuerpo bioplásmico adopta un aspecto patológico en caso de perturbaciones funcionales psico-somáticas, que pueden visualizarse antes incluso de la aparición de la enfermedad orgánica*Op.cit.(4),p.275.

De esta forma, engendrados por la «Conciencia-Energía», no somos otra cosa que esa energía; todos los trabajos concuerdan en esto. Pero esta energía es también «Conciencia», nos dice la Tradición; no existe energía que no sea Conciencia.

OTROS REGISTROS DE HATHA-YOGA

Hecha esta digresión sobre el «cuerpo energético», que el yogui intenta modificar, volvamos a los registros de «mudras», de las que, como vimos, la primera alteraba el campo eléctrico cardíaco.

La Kechari-mudra implica una parada respiratoria en inspiración forzada. La lengua, vuelta hacia atrás, obstruye el orificio posterior de las fosas nasales. La boca cerrada y la laringe bloqueada impiden toda respiración. Vasant Relé¹¹⁴ constató, en un examen clínico y radiológico, una inaudibilidad de los ruidos cardíacos, a la vez que las contracciones se hacían invisibles en la radioscopia.

Mis propios registros de este ejercicio, efectuados en la India, en 1936, con el precario instrumental de la época (arteriograma, trazado puntual, respiración, electrocardiograma), confirmaban en las tres primeras curvas los fenómenos señalados por Relé. Por el contrario, el electrocardiograma no acusaba esas importantes perturbaciones de la hemodinamia.

La Yoni-mudra practicada en postura de Siddhasana es el ejercicio apropiado para la práctica del «pratyhara», que persigue sustraer la Conciencia a las percepciones sensoriales a través de la obturación de todos los orificios corporales. Mis registros se centran en las modificaciones del «campo eléctrico de base» en su forma de desarrollo de «períodos lentos» que atestiguan la cualidad del estado de consciencia. Los trazados revelaban en el yogui una afectividad serena, teñida de preocupaciones intelectuales derivadas del propio hecho de la toma de registros, efectuada en el Instituto de Yoga de Bombay. El pratyhara plantea un problema, no solamente energético, que ha interesado a la ciencia occidental: el de las repercusiones conscientes resultantes de la eliminación funcional de los órganos sensoriales.

Una serie de experiencias realizadas en Canadá al margen de toda preocupación por el yoga, recogidas por D.O. Hebb¹¹⁵, ponen de relieve el complejo e importante papel que juegan los órganos sensoriales en el funcionamiento cerebral:

Unos estudiantes, puestos en régimen de aislamiento durante veinticuatro horas, provistos de gafas que sólo dejaban paso a la luz, de fundas digitales para suprimir las impresiones táctiles, y con un contacto auditivo reducido a las instrucciones del experimentador, reproducían, si bien en menor grado, condiciones semejantes a las de la «yoga-mudra», salvo en lo relativo a la actitud mental.

Los sujetos desarrollaron toda una imaginería interior, progresando de lo simple a lo complejo: puntos luminosos, líneas, figuras geométricas, objetos aislados y, finalmente, escenas integradas a modo de sueños. Tales fenómenos se observan asimismo en caso de intoxicación por mescalina o tras una exposición prolongada al estroboscopio. Todo ello iba unido a una dificultad de concentración mental que, no obstante, era capaz de disipar, sin apoyo, los fenómenos sensoriales. Estas experiencias han venido a demostrar, sin pretenderlo, lo apropiado que resulta un ejercicio como el pratyhara para quien busca liberarse del influjo del mundo exterior, al que estamos ligados por incesantes estímulos sensoriales.

Varios laboratorios han vuelto a realizar, en Canadá, importantes trabajos relativos al efecto del aislamiento severo en el comportamiento humano; pero no vamos a detenernos más en ello¹¹⁶.

PRANAYAMA

Hemos ofrecido algunos ejemplos de modificaciones energéticas producidas en ejercicios aislados, muy simples, que no tienen como finalidad «esencial» el manejo de la energía orgánica. Las prácticas de pranayama se ejecutan, sin embargo, con esa finalidad específica.

Valiéndonos de poligramas de desarrollo continuo, hemos podido comprobar la impecable ejecución de la técnica por el yogui, tal como se la describe en ejercicios sistemáticos como: «Bhastrika, Kapa-labhati, Ujjayi» *Op.cit.(29), pp.44 a 60. La interpretación fisiológica resulta imposible debido a las considerables perturbaciones gráficas que generan esos ritmos respiratorios de inusitada violencia. Señalemos simplemente que el vectograma registrado en apnea, con los pulmones vacíos, produjo la mayor deformación que haya yo registrado, reduciéndose la silueta a un minúsculo cuadrilátero. En caso de poligramas registrados en el curso de ejercicios complejos desde el doble punto de vista fisiológico y psíquico, no fue posible analizar los componentes.

TEORÍA DEL PRANAYAMA

El pranayama, aunque decepcionante respecto a las posibilidades de efectuar registros, salvo durante la apnea, representa para el hatha-yogui la disciplina específica por excelencia, capital en razón de la eficacia que de ella puede esperarse. Lo importante para el investigador occidental, como para el conjunto del yoga, es conocer su teoría enteramente energética, a la par que atenta a la Conciencia y a su poder. Los datos por ella proporcionados pueden enriquecer nuestra ciencia del hombre en el punto donde convergen las interpretaciones de la microfísica y las preocupaciones noéticas.

Frecuentemente se traduce el término «pranayama» por «control del aliento», donde «prana» representa el «aliento» o energía vital, y «yama» el control. En realidad, según el diccionario de Amarakosha, citado por Sir Woodroffe, el término estaría compuesto de «prana» y de «ayama» que significa alagamiento, expansión. La traducción apropiada podría, pues, ser «control y desarrollo del aliento». La «retención» del aliento con los pulmones llenos o vacíos constituye un episodio importante de esta disciplina. (Acabamos de describir la importante modificación gráfica de un vectograma, producida en un período de apnea.) Esta retención reemplazaría, para el Hatha-yogui, según algunos autores, los ejercicios de interiorización del yoga psíquico (samyama), dependiendo de su duración.

Para la filosofía del Vedanta, lo mismo que para la del Samkhya, el «prana» representa la «energía vital». El prana preside la concepción y el papel de la energía en el yoga; la preocupación energética no falta en ninguna de las formas del yoga. Esta presencia continua del problema de la energía proviene del hecho de que, para el yogui, la única Realidad existente es la realidad concreta de la «Energía única» sobre la que reposan los sistemas cósmico y humano, a saber, la conciencia pura».

Al considerar los niveles de la constitución humana como emanaciones sucesivas de la Conciencia-Energía bajo su aspecto de «Shakti», el yoga no podría concebirse ni practicarse sin referirse a esta noción de energía.

El «prana» manifiesta a todos los niveles esa energía única que, siendo neutra en su origen, se polariza, para el dualismo Samkhya, entre el espíritu (Purasha) y la materia (Prakriti). Para el Vedanta, la polarización se sitúa entre lo «no manifestado» y lo «manifestado».

La manifestación respiratoria de ese prana único sólo constituye su escalón inferior, símbolo de los restantes niveles.

Todo cuanto vive depende del «prana cósmico», aliento vital, expiración de Bramha, (ya hemos señalado que los nombres de divinidades no son otra cosa que funciones de la Conciencia), pues la materia no es sino una emanación del espíritu. De la misma manera, toda la vida humana, todo su dinamismo funcional, tanto somático como psíquico y noético (espiritual), viene del prana. El hombre es una individualización de la misma vida que, en el Universo, es vida elemental y energía jerarquizada con idénticos niveles.

El yoga debe permitir reducir a la unidad esa dualidad vertical y horizontal, pues en el hombre reside a la vez el «Espíritu» (la Conciencia), en el «Loto de los mil pétalos» en lo alto de la cabeza (Conciencia no manifestada), y la energía cósmica o «Kundalini» enrollada en la base de la columna vertebral (Conciencia manifestada, Shakti). De su unión brota la Realización espiritual** Deben proscribirse formalmente en Occidente las tentativas de estimulación directa de Kundalini por el método llamado de Kundalini-yoga. Un despertar intempestivo de esta colosal energía, no dominada, pone en peligro la salud física y mental.

El yogui se esfuerza, pues, por alcanzar el control de esta energía vital, tanto al nivel de las funciones psíquicas como al nivel de las funciones fisiológicas. En cada nivel hay que conseguir el dominio del prana. En su nivel superior el prana es vida divina

(Conciencia). Si al nivel de la función respiratoria el «Pranayama» ejerce el control del intercambio lateral entre lo humano y lo cósmico, al nivel psíquico disuelve la ilusión de la realidad de nuestro ego y los fenómenos a que da lugar.

Al término de sus ejercicios de control, el yogui adquiere la certeza de que toda su peregrinación no ha sido más que una ilusión, y que, habiendo salido de Bramha para retornar a Bramha, nunca había dejado a Bramha. Esta concepción corresponde a la filosofía dualista del Samkhya. El Vedanta diría: encontrándose el Sí MISMO, en su origen, en estado puro, las manifestaciones no han sido otra cosa que emanaciones del Sí MISMO, para volver seguidamente al estado puro de la Conciencia absoluta, que jamás en ningún momento de la condición humana, se había dejado de ser.

KUNDALINI YOGA

Existe una estrecha conexión entre el «Hatha-yoga», yoga violento o del esfuerzo, y el tantrismo, que se caracteriza metafísicamente por su teología de la «shakti» como «poder». Expresado bajo la forma de «Kundalini-yoga», se basa en el «Poder de la serpiente», en el despertar de la Shakti primordial latente en el organismo humano, y en su utilización para la «Liberación»¹¹⁷.

A decir verdad, para abordar como es preciso la «ciencia de la energía», convendría estudiar el despertar de Kundalini tanto en sus mecanismos inductores como en sus resultados parciales ó completos.

El gobierno indio tiene proyectada una larga investigación sobre la Kundalini, a realizar en el laboratorio del «All indian Institute of Medical Sciences», bajo la dirección del jefe del Departamento de Fisiología. En una investigación de este tipo, la India tiene la indudable ventaja de poder tomar contacto con más facilidad con los sujetos deseados. Los sabios indios recuerdan que, desde tiempos inmemoriales, la ciencia de Kundalini se ha guardado, más o menos estrechamente, como un secreto; sus enseñanzas esotéricas se transmitían oralmente de gurú a discípulo. La lengua en que se fijaron por escrito, para enseñanza de los discípulos, es tan oscura y enigmática que los científicos encuentran casi imposible descifrarla. El objetivo actual consiste en centrar la investigación en un cierto número de practicantes y ver si la práctica corrobora las indicaciones de la literatura antigua.

Existe, además, en Nueva York, un Instituto para el estudio del Kundalini. No ha realizado aún experimentación alguna, pero desea poderla efectuar con la colaboración del yogui Gopi Krishna, que alcanzó a despertar su Kundalini accidentalmente en el curso de ejercicios intensivos de Raja-yoga. Este yogui, que ha publicado su autobiografía y varias obras de comentarios¹¹⁸, en que relata diversas peripecias y resultados de su experiencia, declara estar dispuesto a someterse a todo tipo de registros que puedan contribuir a crear una ciencia sobre el «Poder de la Serpiente».

Existe una escuela que se ha interesado más especialmente por este aspecto de la Realización, el «Laya-yoga» (yoga de la disolución), cuyo sistema consiste en despertar las potencialidades de Kundalini y hacerla atravesar, uno tras otro, en un impulso ascendente, los centros energéticos llamados «chakras».

Tras la publicación de varias obras importantes sobre la cuestión, como por ejemplo la de Arthur Avalon (Sir Woodroffe)^{*Op.cit.(100)}, este aspecto del yoga ha conocido una notable difusión. De hecho, parece que el resultado del Laya-yoga, a saber, el despertar de Kundalini, puede obtenerse por cualquiera de los diversos métodos de los distintos sistemas de yoga. El mismo Laya-yoga no se limita a usar sus propias técnicas. ¿Es indispensable el despertar de Kundalini para alcanzar la Realización?

Las opiniones difieren.

Todas las formas de yoga admiten la existencia e importancia de los «chakras», centros energéticos, vitales y conscientes. Cada uno tiene su método propio de desarrollo, ya sea mediante ejercicios respiratorios tomados del Hatha-yoga, o por la meditación, conforme al Raja-yoga, que trata de activarlos con ejercicios psicológicos o espirituales. La diferencia entre las distintas ramas del yoga estriba en los «escalones» jerárquicos entre los centros "referidos, que en el hecho de tomar o no en cuenta esta escala energética.

La parte fisiológica del yoga, considerada como auxiliar, debe ser integrada en el conjunto de la disciplina y debe ser examinada como tal. A su nivel, refleja la efectividad del espíritu sobre la materia (el «espíritu» significa aquí, bien entendido, el nivel energético superior).

ANATOMÍA ENERGÉTICA DEL LAYA-YOGA

La fisiología energética y jerarquizada del «Laya-yoga» implica, como corresponde, una anatomía energética que es preciso tomar en consideración, aunque no resulte fácil integrarla en el marco de nuestros conocimientos científicos.

La energía vital o prana se supone que circula por canales, que reciben el nombre de «nadis», y que en su recorrido presentan núcleos o concentraciones, los chakras, verdaderos centros de energía. Estos últimos no sólo constituyen una especie de estaciones de relevo en la subida de Kundalini, sino que son, al mismo tiempo, unidades funcionalmente independientes y especializadas, desde el doble punto de vista psicofisiológico y psicoonético.

En la literatura referente al yoga se han hecho tentativas de atribuir a los elementos tradicionales una correspondencia con nuestra nomenclatura anatómica. Pero no hay que olvidar que el yoga tiene una estructura «energética», y que probablemente sólo encontrará correspondencia con una futura estructura energética que nuestra ciencia sólo está elaborando, por el momento, fragmentariamente. Cuando llegue a reconocerse la «Conciencia-Energía», tal vez quede facilitado el progreso científico experimental en este sentido.

Los «nadis» se consideran, pues, como una especie de arterias del cuerpo energético, y los «chakras» (el nombre significa «rueda») constituyen verdaderos vértices de energía. Cuando el yogui medita sobre uno de ellos, está evocando la función espiritual de ese centro y también la energía eficiente que se le atribuye.

En el plano experimental, me pareció interesante confrontar esta noción energética de los chakras con las variaciones del «campo eléctrico de base». Confrontación muy aproximativa e hipotética, sin duda, tanto desde el punto de vista científico como desde el punto de vista del yoga, pero que de todas maneras aporta una documentación que cada uno puede comentar e interpretar como crea conveniente.

En el curso de unos estudios poligráficos que llevé a cabo sobre un occidental entrenado en las técnicas de concentración mental del Raja-yoga, recogí las fluctuaciones del campo eléctrico de base producidas en el revestimiento cutáneo, mediante registros bipolares que conectaban de dos en dos la zona de proyección de los chakras. Resulta curioso observar que, entre los estados de conciencia voluntariamente evocados, fue precisamente la fijación de la atención en la noción de energía la que originó las modulaciones más significativas, difundidas a todas las derivaciones.

Estos «chakras» o «lotos» existen en número de siete. El inferior, «Muladhara», en la base del sacro y en íntima conexión con Kundalini, correspondería más o menos al

plexo pelviano, y el «Svadhista», situado inmediatamente encima, al plexo hipogástrico. Por encima de éstos el «Manipura» se identifica con el plexo solar, y el siguiente, «Anahata», estaría en conexión con el plexo cardíaco. «Vissudhi» correspondería al plexo faríngeo, y el sexto, «Ajna», en la región frontal, evoca una correlación con la glándula pituitaria. El «Brahmarandra», en lo alto del cráneo, podría tener alguna relación con la función, todavía rodeada de misterio, de la glándula pineal.

Cada uno de los chakras posee su Shakti o «fuerza» que controla la actividad funcional del centro. La gran Shakti Universal posee un poder absoluto de control sobre todos los chakras. Está presente en cada uno de nosotros en forma de Kundalini.

En cuanto a los «nadis», los más importantes para la comprensión y ejecución de los ejercicios son: por una parte, «Ida» y «Pingala», que Vasant Relé, con razón o sin ella, equipara a la cadena simpática latero-vertebral. Después de entrecruzarse (caduceo), Ida termina en la fosa nasal derecha, y Pingala lo hace en la izquierda. De aquí la importancia de la respiración alternada por una y otra fosa.

Entre ambos nadis (Ida femenino y Pingala masculino) discurre «Susumna», el más importante, canal central que se corresponde sensiblemente con el trayecto de la médula espinal. En su parte superior se bifurca en dos ramas: la anterior va a unirse al sexto chakra, entre las cejas, y la posterior se une, en lo alto de la cabeza, con el «Brahmarandra», que preside la Realización espiritual.

Antes de su despertar, Kundalini obtura normalmente la entrada de «Susumna». Después de su despertar, provocado por medio de importantes ejercicios de Hatha-yoga y de pramayana con concentración mental en el chakra inferior, el «prana», libre para desplegarse junto con Ella, atraviesa sucesivamente los seis chakras, provocando a su paso la exaltación funcional de cada uno de los centros. Esta colosal energía se eleva progresivamente por el canal hasta unirse finalmente con su polaridad «estática» (Siva) que reside en el «Lotode los mil pétalos».

Después de la meditación, el practicante hace volver a Kundalini por el mismo camino hasta el chakra de base. En su camino de retorno, Kundalini revivifica las cualidades específicas de los chakras, a los que había dejado desvitalizados al irlos dejando atrás en su camino ascendente.

Según hemos visto, el conocimiento de este proceso tradicional permite interpretar de una manera lógica encefalogramas que, aunque espectaculares, resultaban desconcertantes para la neurofisiología occidental.

Estas consideraciones nos permiten entrever la complejidad del problema cuando intentamos acercarnos a él desde fuera con los métodos instrumentales de registro. Conociendo las diferentes categorías de yoga existentes en la India (Raja, Gnana, Bakti, Karma, Laya, Mantra, Hatha), tenemos tendencia a distinguir un poco radical y artificialmente entre sus respectivas técnicas, que en realidad se imbrican con frecuencia: unas espirituales y psicológicas, que nos recuerdan a las de nuestra mística, otras fisiológicas que interpretamos en términos de pruebas atléticas. Más aún, el despertar y la subida de Kundalini puede provocar la aparición de «poderes» o «siddhis», simples «accidentes en el camino», que el occidental, por desgracia, apetece golosamente.

La realidad no es simple ni está bien delimitada. En el sentido general del término, lo que distingue al yogui del detentador de «poderes» (psíquicos o físicos) es mucho menos, en definitiva, el método mismo de desarrollo, que los fines a los que éste se aplica.

El Hatha-yogui a quien interesa la exhibición no hace sino convertir en un fin personal

y material una etapa que podía tener también su significación espiritual.

Se hace patente aquí una diferencia epistemológica entre la mentalidad occidental y la oriental. Si existen algunos yoguis que, empujados perniciosamente por la capacidad de asombro de los espectadores occidentales se dedican a la práctica y a la exhibición de los «siddhis», en la India se admite generalmente que estos poderes pasajeros son un obstáculo definitivo para el progreso espiritual, al reforzar el ego, cuya vocación (eso sí, poco aparente) es, sin embargo, la de ser reabsorbido en el Sí MISMO de donde emana.

Estos siddhis pueden aparecer al ejercitarse en una u otra de estas prácticas, pero el adepto sabe que no debe prestarles ninguna atención. Para un discípulo convencido, ello resulta relativamente fácil, sabiendo que esos poderes no son sino manifestaciones naturalísimas, consecuencia de la «manipulación» de una Energía que es el «Poder» mismo, capaz de toda realización. Sabe además que el objetivo que se propone es cualitativamente muy distinto de esos deleznable siddhis, considerados como una tentación peligrosa en el camino que ha elegido recorrer.

El occidental, por el contrario, ignora todo acerca de las inmensas posibilidades que alberga su constitución, y no tiene tampoco la menor idea de la «Realización» que le está reservada al término del viaje. Está pues excusado si no sabe conceder esa importancia a una serie de fenómenos inhabituales, que sólo le resultarán interesantes e inocuos si llega a descifrar científicamente su significación.

A modo de ejemplo, podemos citar algunos de los siddhis que, según Alain Daniélou, constituyen los «obstáculos más temibles que el discípulo encuentra en su itinerario hacia la reintegración» *Op.cit.(107),p.215. Son los llamados poderes «físicos» o poderes de la ilusión. Son ocho y se manifiestan cuando se ha alcanzado un perfecto control del aliento; son los siguientes: hacerse pequeño como un átomo, volverse ingrávulo, ser inmensamente grande, transportarse a cualquier parte, conseguir que se cumplan sus deseos, controlar a todas las criaturas y los elementos, disfrutar de una gloria inigualada.

Solamente ejercitándose en la concentración pueden adquirirse treinta poderes «sutiles» subsidiarios; he aquí algunos de ellos: conocimiento de los nacimientos anteriores, arte de leer los pensamientos, invisibilidad, conocimiento del Cosmos... y muchos otros. Son menos peligrosos que los anteriores.

Finalmente los poderes llamados «espirituales» son los aspectos superiores de los mismos fenómenos: conocimiento de la ilusión del espacio y del tiempo... conocimiento del hecho de ser el Sí mismo... Por otra parte, existen 84 posturas (asanas), cada una dotada de un poder especial: destrucción de enfermedades, paz, perfeccionamiento de los órganos sensoriales, del intelecto... Suficiente para llenar de estupefacción a los curiosos e ignorantes occidentales.

También nosotros debemos considerar que todo esto carece de interés, fuera del que representa el ayudar a disipar nuestra ignorancia.

YOGA PSÍQUICO. SAMYAMA

Aparte de los siddhis, accidentes que no deben suscitar el interés malsano que se puede estar tentado a prestarles, el yoga no ha sido nunca más que una práctica destinada a acelerar la evolución individual normal.

El yogui posee una estructura igual a la nuestra. La Conciencia que él llega a desplegar a través de proezas funcionales es nuestra propia conciencia, y la finalidad que persigue es esa conclusión inevitable que un día, tal vez después de siglos o de milenios, pondrá fin a la ignorancia de lo que somos y de lo que tenemos que

alcanzar.

Por otra parte, sin necesidad de que la mayoría de nuestros contemporáneos tengan que dedicarse a la práctica integral del yoga, ni tengan siquiera que admitir su fundamento o su objetivo, las grandes directrices que inspiran su práctica pueden aclarar y enriquecer nuestra psicología, y favorecer, al mismo tiempo, nuestra higiene mental.

En este sentido, pueden, con provecho, tenerse en cuenta dos nociones:

1. En primer lugar, la absoluta necesidad de poner término al flujo incesante de nuestros pensamientos, remolinos de ideas que se suceden sin ningún control y a los que una serie de emociones asociadas convierten en perniciosos para la salud individual y social. No nos cansaremos de repetir que la detención de las «fluctuaciones mentales» es la condición sine qua non para quien busca la «Realización».

En el Kundalini-yoga, que acabamos de examinar, la subida del «prana» por el canal «Susumna» pone término a esas fluctuaciones automáticamente. Todos los ejercicios de yoga contribuyen a ello en sus diversas formas:

El asana mantiene fijo el espíritu en la perfección de la postura. El pranayama interrumpe automáticamente el curso de la «corriente psicamental».

El pratyahara sustrae los pensamientos a los estímulos que los provocan.

Antes de realizar el ejercicio propiamente psicológico, «samyama», se recomienda practicar un «bloqueo psíquico», el «ekagrata», vigilando todo lo que emerge del subconsciente a fin de no ser presa de las «tendencias» (samskaras) que se agolpan en desorden intentando actualizarse.

Toda esta preparación hace más fácil y eficaz la práctica del «samyama».

2. Una segunda noción a tener en cuenta es el desplazamiento escalonado de la Conciencia a lo largo de los niveles jerarquizados, sin olvidar ninguno intermedio. Esta afirmación de la movilidad de la Conciencia es la clave misma de la evolución. No cabría concebir la evolución si se efectuara a un mismo nivel. Volveremos a encontrar este proceso en la filogénesis, lo mismo que en la ontogénesis, y asimismo a la hora de seleccionar métodos pedagógicos, hecho que ese mismo proceso condiciona. De esta forma es como puede ser usado eficazmente el mecanismo de articulación que ofrecen los tattvas, que emanan gradualmente unos de otros y se reabsorben en un movimiento inverso.

De abajo a arriba, el yogui ha adquirido dominio, esto es, ha «humanizado», primero el «vegetal» y luego el «animal» existente en él, antes de empezar a practicar los ejercicios pertenecientes al psiquismo superior. Como señala Mircea Eliade: «El yogui, en el estado de asana... inmóvil... hierático... puede compararse a una planta o también a una estatua divina.» *Op.cit.(10).

El samyama

No obstante, el yogui no inicia su ejercicio de «samyama» con el único objeto de parar sus fluctuaciones mentales. En la aproximación mental a un objeto utiliza tres tiempos para modificar y profundizar el «conocimiento» y reducir a la Unidad la dualidad «sujeto-objeto». Habitualmente realiza la meditación concentrándose en uno de los chakras de su propio organismo.

El primer tiempo, «dharana», corresponde a lo que puede ser para un occidental la

concentración mental.

En esta etapa inicial, el proceso de conocimiento presenta los tres términos que nos resultan familiares, a saber: sujeto observador, proceso de observación y objeto observado. Según el texto de Isvara Gita (citado por Mircea Eliade), «el tiempo necesario para la concentración del espíritu sobre un objeto es igual al tiempo que requieren doce pranayamas». Se alcanza entonces la meditación yóguica propiamente dicha, o «dhyana».

En este segundo tiempo, cesa todo esfuerzo, es una «contemplación».

El proceso de observación ha desaparecido, pero la dualidad «sujeto-objeto» subsiste aún al principio de dhyana. El trabajo específico de este segundo tiempo va a consistir en reducir esa dualidad y en experimentar que sujeto y objeto son una sola y misma cosa. El Vedanta, el Samknya y el Tantrismo lo afirman; la física moderna lo confirma. En «dhyana», el yogui «penetra y asimila» el objeto. Esta identificación es normal si se admite que tanto en el sujeto como en el objeto se manifiesta la misma Conciencia única. Un ser humano cuya conciencia ha cesado de estar activa en el plano del ego no experimenta ninguna dificultad para «sentir» su unidad con cualquier elemento de la manifestación, ya sea una brizna de hierba, un animal, un ser humano. .. o incluso el sistema solar.

Cuando, al término de dhyana, el sujeto ha desligado la Conciencia de su propio cuerpo para «realizarla» en el objeto, ha entrado en la etapa siguiente, la de «samadhi». La inutilidad de la estimulación exterior atestigua esa desconexión respecto del organismo.

Este samadhi es a un tiempo parcial y provisional; es un «enstasis»' con apoyo de la realidad, y no un estado absoluto e irreductible. Antes de acceder a etapas superiores, debe repetirse varias veces el samyama sobre un mismo objeto.

El verdadero «samadhi sin apoyo» no sucede, de hecho, a estas etapas progresivas. Estas sólo pueden «preparar el terreno», podríamos decir. Excepcionalmente puede dar lugar a él la meditación sobre Sí MISMO, pero su carácter específico es ser un enstasis «no provocado», un verdadero «rapto». Es un «estado» y no un «conocimiento». Le dedicaremos el último capítulo.

CAPITULO VIII

LAS MANIFESTACIONES PSIQUICAS DE LA «CONCIENCIA-ENERGIA»

Aspectos sociales y científicos

«Por encima de todo, hay fenómenos energéticos prodigiosos todavía más incomprensibles: la vida y el pensamiento.»

(Charles-Noël MARTIN)

LA «CONCIENCIA-ENERGÍA» Y EL PODER PSÍQUICO. LA PARAPSIKOLOGÍA

En este capítulo, dedicado a la expresión mental de la «Conciencia-Energía» ligada al nivel Psíquico, veremos especialmente esta Conciencia bajo la forma energética de «poder».

No se trata de volver sobre los «siddhis», señalados simplemente como accidentes del camino del yoga en el despertar del Kundalini. Son éstos acontecimientos excepcionales e indeseables para el equilibrio biológico y la evolución del ser humano que los sufre. Son muy pocos los sujetos que son todavía susceptibles de ser examinados desde este punto de vista. Puede ser que una futura ciencia que integre los datos energéticos de la Tradición, sea capaz de descifrar el mecanismo algún día, pero sin recomendar por ello a los buscadores implicarse en semejantes experiencias, que son tan peligrosas como imprevisibles.

Por el contrario, no podríamos quedar indiferentes a la exploración del «poder» psíquico, tanto cuando se presenta en las circunstancias habituales de nuestra vida, aun sin darnos cuenta de ello, como en las manifestaciones desacostumbradas que estimulan nuestra curiosidad al tiempo que el interés del científico.

Ya hemos visto y deplorado los inconvenientes de una vida mental aprisionada y esclerotizada por los límites de un ego tiránico. En contrapartida, hemos constatado en las tendencias actuales de las ciencias humanas, la atención muy especial que se presta a todas las experiencias subjetivas de amplificación e intensificación de los fenómenos mentales, provocados artificialmente cuando no son manifestaciones espontáneas de un misticismo comprobado. He dejado para otro capítulo, el que podría llamarse poder «irradiante» de los fenómenos mentales, que ejerce la persona hacia el exterior, sobre los acontecimientos o los seres, en forma de conocimiento o acción.

Este es el aspecto que interesa especialmente a la joven ciencia parapsicológica llamada «psicotrónica», o mejor «psicocosmología», así llamada con mucho acierto por el profesor Delpech que evoca con este término, junto con la naturaleza de la mente, sus cualidades de expansión.

Despreciada con la antigua apelación de «metapsíquica», abordada tímidamente por la ciencia con el nombre de «parapsicología», gracias a la iniciativa del profesor Rhine, este tema, «tabú» hasta hace pocos decenios, ha entrado por fin entre las ciencias oficiales. Por ello, no resulta apropiado calificar su estudio de «paraciencia» ni darle el nombre de «parapsicología», pues lo único que ocurre es que nos pone en contacto con una psicología que se refiere a aspectos inhabituales o ignorados.

Cuando se invoca, como hago yo, la importancia de la «microfísica» para la

edificación de una «ciencia de la interioridad», resulta reconfortante, aunque inesperado, encontrar una declaración de reciprocidad por parte de un físico, al tratar a la vez la física de los quanta y la parapsicología.

Se trata de Rémy Chauvin quien, en un artículo muy reciente¹¹⁹, relata sus entrevistas con O. Costa de Beauregard, expresándose de la siguiente forma, hace ya algunos años: «Deseo vivamente que la parapsicología se convierta en una verdadera ciencia, con objeto de explicar los resultados de la física de los quanta.» No se trataba de una boutade, a pesar de las apariencias. Efectivamente, en Ginebra tuvo lugar un Coloquio entre físicos teóricos y parapsicólogos, con el fin de aproximar las dos disciplinas.

Antes de exponer las hipótesis en que se basa esta eventual aproximación, vamos a pasar inmediatamente a ver las cualidades inherentes a la energía psíquica, tal y como las presenta el Shakta Vedanta, pues es en esta tradición donde obtenemos los datos paralelos y complementarios de nuestra «ciencia en marcha» y en donde encontramos la imagen completa del puzzle del que progresivamente vamos descubriendo los fragmentos.

LA PSICO-COSMOLOGÍA A LA LUZ DEL SHAKTA VEDANTA. EL MECANISMO DE LA PERCEPCIÓN

Toda manifestación que tenga un aspecto esencialmente energético, nos lleva obligatoriamente a las enseñanzas del Vedanta en su forma tántrica: el Shakta Vedanta.

Si nos remitiéramos a los datos de la Tradición, encontraríamos absolutamente naturales estos fenómenos que dimanan de la propia naturaleza de lo mental, tal y como la expone dicha Tradición, y diríamos con el autor ya mencionado acerca de la cuestión de la influencia del LSD*^{Op.cit.(81)}: «¿Como es posible que esas manifestaciones se hayan hecho tan raras? Esta es la cuestión que convendría estudiar, en un sentido inverso al enfoqué científico actual.» Ya nos hemos ocupado de este problema anteriormente.

No puede haber nada más que energía en el mundo, y energía consciente, porque la Conciencia es Energía. Esta afirmación del Shakta Vedanta tiene en nuestra época una resonancia insólita; el pensamiento científico ha reconocido el papel universal de la energía en el mundo¹²⁰, y algunos sabios no dudan en extender a la Conciencia este atributo primordial. ¿Cómo iba a escapar el psiquismo a esta propiedad?

Cuando se ha experimentado la terrorífica potencia del núcleo atómico, ¿puede asombrar que la energía mental que ha hecho ese descubrimiento esté dotada, ella misma, de posibilidades insospechadas? Es ahí, me parece, donde residiría la ingenuidad. Los creyentes aceptan sin sorpresa los «milagros», desde el momento en que son atribuidos a Dios, pero Dios es precisamente el nombre dado a esta Realidad Superior que es la Conciencia, sin que se sospechara que esa Realidad tuviera este aspecto. ¿No se dice que el Reino de Dios está dentro de nosotros? Si bien no ha sido totalmente desvelado y explicado por nuestros espíritus, penetrantes pero limitados, al «Poder» que se reviste de la apariencia del mundo todo le es posible.

Refirámonos mejor a lo esencial de lo que nos ha legado la Tradición ^{*Op.cit.(19),p.159.}: «La mente existe, opera y se desplaza en el espacio.» ¿No es lo más importante para la comprensión de los fenómenos psico-cosmológicos?

Por otra parte, tenemos que revisar nuestro concepto de la percepción, respecto de la que nuestra psicología reconoce la tríada funcional: «Sujeto que conoce, objeto observado y proceso de conocimiento.»

La interpretación del Shakta Vedanta es completamente diferente y más satisfactoria en su lógica; veámoslo: Los elementos de esta tríada son «secciones» de la Conciencia, de forma que, en la percepción no tenemos acceso a una materia extraña a nosotros, como podría imaginarse, sino simplemente a una transacción entre una sección de la Conciencia y otra: una de las secciones representa la Conciencia condicionada por la mente, la segunda, condicionada por el objeto material, y la tercera, por fin, la Conciencia condicionada por el proceso funcional de la propia mente.

Esta mente, sustancia cambiante y diferenciada, se desplaza para asumir la forma de los objetos de la percepción. Su sustancia es transparente, radiante y ligera. Se proyecta como un rayo de luz a través de los órganos de los sentidos. De ese modo, se revela como una forma activa, una forma del Poder general de la Shakti.

El cerebro, que parece aislado del mundo exterior bajo su apariencia sólida, está ahí, por el contrario, en contacto permanente, en forma de actividades la mayor parte de las veces inconscientes, pero algunas de las cuales emergen al dominio de lo consciente.

Así pues, para la Tradición, la mente no es un órgano pasivo, estático y receptor. Toma parte activa en la percepción a causa de esta naturaleza activa y, también, de sus tendencias latentes (samskaras). La actividad cerebral no se ejerce solamente en el organismo humano; irradia en el espacio, más allá del organismo, y determina una esfera de dinamismo, sea en forma de percepción, sea en forma de fenómenos extrasensoriales. En este último terreno, la mente no es sólo un órgano de «conocimiento», sino que genera una «fuerza motriz» capaz de operar sobre los objetos exteriores.

No desarrollaré más los detalles relativos al proceso de percepción, extensamente expuesto por Sir Woodroffe. Creo que bastan estas indicaciones para imaginar que, si estas nociones nos hubieran sido inculcadas en los bancos de la escuela, no manifestaríamos semejantes aprehensiones de cara a la ciencia «psicotrónica»; incluso es posible que la hubiéramos considerado perfectamente superflua.

En todo caso, hoy en día, estas nociones pueden ponerse en paralelo con las declaraciones de un pensador (S. Lupasco) que atribuye al psiquismo una sustancia (energética) generada por la cibernética de su propio sistema energético.

No dejan de tener interés algunas precisiones complementarias de la Tradición, relativas a la «situación mental»:

En su naturaleza esencial, la mente es la Conciencia, ya que esta Conciencia es a la vez autora y utilizadora de este nivel. Pero, en tanto que nivel involucionado, la oscurece y limita. La búsqueda de la Verdad (Sadhana) tiene por meta atenuar estos oscurecimientos y limitaciones. El recurso del individuo al Sí MISMO Supremo, que no es otro que la misma Conciencia en su aspecto absoluto, provoca la cooperación de ésta (la gracia, en términos religiosos) pues, desde el momento en que sus vehículos de expresión son formas de ella misma, le es posible transformarlos.

De hecho, la Conciencia Una ejerce su acción por intermedio de la voluntad que manifiesta el individuo de trascender las limitaciones de la mente. Desde ese momento se suceden dos etapas: al principio, un estado mental más elevado (el Subnivel «Buddhi» que es universal) y, a continuación, la «Experiencia Perfecta» de la Conciencia en su propio plano, desligada de sus niveles imperfectos de expresión.

Esta alusión a la «voluntad» o puesta en juego de una energía de tipo volitivo, que equivale a la «decisión de finalidad» en la «cibernética humana», nos explica el interés que han demostrado los físicos y parapsicólogos al preguntarse por la «influencia misteriosa de la volición». El mecanismo, el «cómo», se explica fácilmente

con la física de los quanta, pero no el «por qué», eterna cuestión irresuelta de la ciencia.

En la mecánica cuántica, la conciencia del observador ocupa un puesto de honor en la demostración del «cómo». Lo reseñaremos brevemente.

Contrariamente a la medicina clásica que respetaba el concepto de «causalidad», aquí, un estado inicial de partículas da siempre lugar a un «haz de estados posibles», constituyendo ese haz el «vector de estado, PSI». Ahora bien, no produce, en la práctica, más que una relación única. Interviene un «colapso del PSI», dicen los físicos, y es el mismo observador el que produce por su observación, o como dicen algunos de ellos, por su conciencia.

Y de ahí el corolario evidente: sin el observador no existiría ningún fenómeno; «es el hombre el que hace el Universo». Estamos en la misma línea que la Tradición y eso nos ha permitido trasponer al Universo el papel de la Conciencia en la totalidad de la estructura humana. «Antes del hombre, dicen esos científicos, no podrían existir fenómenos ni universo... a menos que haya una conciencia cósmica difusa.» Podemos ver como muy próxima la reconstrucción del puzzle, si esta hipótesis se confronta, tal y como hacemos, con la «Conciencia-Energía» del Shakta Vedanta. Este reconocimiento pulverizaría las demás cuestiones. Siendo «toda potencia», ¿por qué su intervención no iba a suscitar los mecanismos implicados en la finalidad indicada? Volveremos a encontrar esta evidente respuesta cuando tratemos de las «autodeterminadas paradojas» de la física cuántica, a propósito de la conciencia en los animales (efecto Schmidt) y en la materia (paradojas de Einstein, Podolsky y Rosen).

Por el momento, volvemos sobre las consecuencias de la «radiación» psíquica que la Tradición nos invita a considerar.

LA RADIACIÓN DE LA ENERGÍA PSÍQUICA EN LA VIDA SOCIAL

Esta radiación se produce por la incesante actividad energética de la mente. Si bien, con sujetos dotados y entrenados en condiciones experimentales, podemos ser testigos de fenómenos espectaculares, llamados «paranormales», nosotros mismos somos en un menor grado, en la vida corriente, emisores y receptores de energía psíquica; las influencias sociales y las ideas recibidas lo testimonian.

Nuestra ética social sería mucho más eficaz si, en lugar de presentar sus imperativos de una forma arbitraria, estuviera demostrado y admitido que nuestras actitudes mentales, más que nuestras conductas (y mucho más peligrosas puesto que pasan inadvertidas), son verdaderas fuerzas cuyos efectos se pueden verificar objetivamente en casos experimentales. Cuando, por ejemplo, se nos recomienda «amar a nuestros enemigos», ¿es esta advertencia tan importante como la de buscar un refugio en caso de bombardeo?

He vivido personalmente esta experiencia en las trágicas circunstancias de la ocupación. En los calabozos de la Gestapo donde se sufrían, aparte de las intolerables condiciones de encarcelamiento, los incesantes horrores de interrogatorios mortales, no había sino odio, angustia, gritos, dolores y charcos de sangre. Cada uno teníamos nuestro verdugo personal, especializado en una clase de sevicias.

Después de cuarenta y ocho horas de obnubilación a causa de los traumatismos que había sufrido en mi cabeza, llegué a la conclusión de que únicamente las emanaciones de simpatía, en forma de ondas benéficas orientadas hacia el enemigo, podrían modificar esa situación aparentemente sin esperanza. Desde el momento en

que puse en práctica esta táctica, cesaron los interrogatorios y, algunos días después, los ocupantes de los calabozos fueron trasladados a una prisión más soportable y se les empezó a maltratar de forma menos trágica.

Confiada en el éxito que había coronado mi intento, conseguí convencer a una de mis camaradas de célula, agregada de matemáticas, para que me ayudase a poner en marcha el mismo procedimiento de cara al director de la prisión, a pesar de la desaprobación de la mayoría de los miembros de nuestra pequeña comunidad.

Tres meses más tarde, durante las batallas de la Liberación, cuando los «maquis» pedían a la Cruz Roja que interviniese para la liberación de los prisioneros (amenazando con la masacre de la guarnición alemana), una mañana se nos anunció: «El director va a liberaros en pequeños grupos.» Y cuando el enfermero alemán nos distribuyó el rancho por última vez, me estrechó la mano diciendo: «Estoy contento de que la liberen, yo la estimaba mucho, como usted sabe.» Por otra parte, tuvimos justo el tiempo de abandonar la ciudad, pues la Gestapo, al conocer la noticia, hizo colocar metralletas a la puerta de la prisión, antes de que fueran liberados la totalidad de los prisioneros que iban a ser deportados, e hizo saltar los puentes.

Ante contingencias tan poco habituales, me persuadí de que las energías benéficas emitidas por nuestros pensamientos, neutralizaron las tendencias del enemigo en contra nuestra.

Son muchas las ocasiones en las que he conseguido calmar cóleras violentas tratándolas de esta forma, siempre sin que lo supiera el beneficiario, por supuesto.

REGISTROS DE INDUCCIONES PSÍQUICAS

Durante una de mis misiones en la India, tuve la ocasión de llevar a cabo un estudio instrumental de la inducción psíquica^{*Op.cit.(29),p.115} con un gurú.

Había un maestro Bhakti (escuela del desarrollo afectivo), que transfería directamente a sus discípulos estados de conciencia tendentes al perfeccionamiento de la afectividad, y ello por la acción exclusiva del pensamiento, sin palabras, y sin que el alumno tuviera que practicar disciplina alguna ni hacer el menor esfuerzo.

El sujeto «inductor» y el «inducido» fueron sometidos a registros antes, durante y después de la transferencia por dos métodos diferentes: unos, que permitían, por medio de ondas periódicas lentas (que se exponen en el próximo capítulo), detectar la cualidad del estado de conciencia; otros, que por medio de un balistograma frontal, captaban la intensidad del influjo energético, tanto en el emisor como en el receptor.

La «preparación» de la experiencia reveló, por ambas partes, los sinusoides típicos de las ondas de afectividad altruista: en el caso del maestro, cuando se ponía en estado de «dhyana» (contemplación) que transmitía al discípulo; y en el caso de este último, cuando preparaba su receptividad evocando mentalmente un cántico bhakti.

En el momento de la «transmisión», las ondas lentas revelaban en el inductor un esfuerzo mental en un ambiente afectivo, mientras aparecía una intensificación de las vibraciones energéticas en el balistograma. En el discípulo, las oscilaciones balistográficas se intensificaron notablemente con un acentuamiento muy claro cuando la distancia con el inductor se redujo de 3,5 a 2,5 metros.

Después de esta demostración experimental, el gurú propuso realizar la misma prueba conmigo, sin registros, únicamente para permitirme «sentir el envolvimiento vibratorio» que habitualmente señalan los «receptores». Acepté, ocultándole que iba a edificar una «barricada» mental contra sus intentos de inducción. Se dio cuenta y me dijo: «No puedo hacer nada con usted; usted se opone a la experiencia y las ondas no pasan.»

Un experimento parcialmente análogo se realizó en Checoslovaquia para registrar, no transmisiones de pensamiento según la técnica clásica, sino reacciones fisiológicas idénticas entre dos sujetos, de los cuales uno efectuaba un cálculo mental, mientras el otro permanecía pasivo a 2,5 metros, cada uno de un lado de una pesada cortina opaca.

Fueron examinadas así dieciséis parejas, con registro pletismográfico. La vasoconstricción que acompañaba al cálculo mental en el sujeto activo, aparecía algunos segundos después en el supuesto receptor, testimoniando una hipertonicidad simpática igual. El paralelismo era incluso más claro si el sujeto pasivo estaba muy relajado y hasta somnoliento. (Esto demuestra que la «concentración mental» es responsable de la inhibición producida en la difusión de la energía circundante en la vida normal.) Las parejas presentaban, por otra parte, y bastante corrientemente, estos mismos paralelismos fisiológicos cuando una y otro estaban en reposo. Estamos ante un «contagio» de manifestaciones «vegetativas» que no pueden tener otro origen que el energético¹²¹.

Otros investigadores han registrado, en determinados sujetos, modificaciones del electroencefalograma en el curso de sesiones de psicoterapia, sin haberse procedido expresamente a la experimentación parapsicológica. La curva del sujeto influenciado por una acción sugestiva denota una marcada inversión de las diferentes ondas registradas en reposo, al mismo tiempo que una amplitud doble o triple del alfa habitual¹²². Así es como se traducen las modificaciones psíquicas obtenidas por sugestión.

LA PARAPSILOGÍAS EL TERRENO DE LA «ENERGÉTICA» CIENTÍFICA

Si bien el estudio de la percepción extrasensorial adquirió categoría científica con los experimentos de J.B. Rhine¹²³, bajo la denominación de «parapsicología», no es menos cierto que no pudo desprenderse de la antigua concepción filosófico-psicológica. Sólo después de un decenio pudo esta joven ciencia renovarse profundamente, gracias al interés que despertó en los físicos. En este sentido, es objeto de un determinado campo experimental e instrumental, particularmente en la Unión Soviética*Op.cit.(4), que la han introducido en el mismo corazón de los problemas energéticos. No hace falta, para convencerse, sino constatar la superabundancia de partículas que nos presenta Arthur Koestler en su introducción al número de la revista Impact dedicado a las «paraciencias»¹²⁴.

Esta nueva ventana de la ciencia parece poder representar muy pronto un papel de «ciencia fundamental», bajo la forma amplificada que se impone en esta época de lo «universal». Si esta reciente disciplina denominada por los soviéticos «psicotrónica» se esfuerza por constituir una teoría de las interacciones a distancia, a la que ya se refirieron los parapsicólogos, es con el objeto de detectar una forma de energía cuya naturaleza no está aclarada, pero partiendo de hipótesis que yo considero del mayor interés en un marco de estudio como el nuestro. Tal y como lo sugiere un especialista checoslovaco, estas nuevas investigaciones podrían conducirnos «al borde de una nueva revolución de la ciencia... a una concepción científico-humana que compense la revolución científico-técnica que padecemos»¹²⁵.

Las diversas manifestaciones de las interacciones a distancia son presentadas y explicadas en suficientes publicaciones, hoy en día, como para que hagamos un estudio descriptivo. Los parapsicólogos, y ahora los físicos, buscan reconducir a un solo fenómeno la precognición, la telepatía, la clarividencia y la psicocinesis. No podemos ignorar las discusiones sobre ciertos procesos energéticos puestos en

juego, por cuanto las hipótesis propuestas sugieren acercamientos a la «Conciencia-Energía» que hemos adoptado como punto de vista.

De todos modos, antes de echar un vistazo a los mecanismos energéticos más seductores que presentan los investigadores, querría señalar una forma de poder mental que no parece estar investigando, aunque esté relacionada con la «volición misteriosa» y la «cibernética humana». Se trata de la influencia determinante de una representación mental poderosa y sostenida sobre la actualización de un acontecimiento deseado. Este experimento específico está descrito en detalle en una antigua obra americana de primeros de siglo, ya citada a propósito de la cibernética*Op.cit.(75). Me impresionó especialmente uno de los casos, que demostraba que la cualidad del estado psíquico en el momento de la demanda repercute sobre las contingencias que rigen la obtención de lo demandado. Este detalle me trajo a la memoria la afirmación del Shakta Vedanta en cuando a la identidad de causa y efecto, presentándolos como iguales «no sólo desde el punto de vista de la sustancia-energía, sino también en lo que se refiere a la disposición y distribución de la materia y de la fuerza*Op.cit.(19),p.363

He aquí los rasgos esenciales de esta curiosa anécdota: Un estudiante confiaba en su potencia mental y, reducido a la miseria, imaginó que llegaban a sus manos diez mil dólares. Como el resultado se hacía esperar demasiado, fue presa de una cólera violenta y de una crisis nerviosa que le tuvo, durante varias horas, pegado al suelo, los puños y los dientes apretados, mientras renovaba sin cesar su deseo.

Al día siguiente, tomó un tren de mercancías con destino a una ciudad del Oeste. Apenas se hubo instalado, un violento ciclón desmanteló el convoy y los vagones descarrilaron estrepitosamente. Como otros muchos, el estudiante yacía sin sentido. Cuando recobró el conocimiento, tenía una pierna rota, pero no lejos de él había un talego, entre los animales heridos y muertos, así como innumerables trozos de material esparcidos. El joven cogió el talego y lo abrió. Contenía exactamente diez mil dólares, sin el menor vestigio indicativo del eventual propietario de esta suma, cuya obtención había estado a punto de costarle la vida.

El pensamiento no provocó el ciclón, subraya el comentador, pero el sujeto fue conducido a ser una de sus víctimas físicas, a causa de la crisis intempestiva que presidió la elaboración de su reciente súplica mental. Otras experiencias más triviales, pero eficaces, confirmaron la validez del método, a juicio del autor.

El carácter muy especial de este proceso energético interrelacional merece de un modo específico la denominación de «psicocosmológico» y muestra la unidad del hombre y el universo, o incluso, al hombre como «creador del universo», en el mecanismo de sus manifestaciones y en la identidad de la energía que los engendra. Una de las siguientes interpretaciones acerca de los fenómenos psicotrónicos confirma esta hipótesis.

Todas las interacciones a distancia estudiadas por la psicocología, ponen en evidencia una energía, y es por este motivo por el que apasionan a los físicos. Dobbs, citado por Koestler, habla de psitrónes que, según él, jugarían un papel análogo al de los fotones en la vista ordinaria, pero actuarían directamente sobre el cerebro sin pasar por el ojo, cortocircuitando el aparato sensorial. Para demostrar este mecanismo, cita los trabajos del fisiólogo Eccles¹²⁶, para el que «una influencia muy débil de la voluntad que afecte a una sola neurona del córtex, podría desencadenar cambios considerables en la actividad cerebral». Para Dobbs, es el psitrón quien, al chocar con las neuronas en equilibrio inestable, desencadenaría reacciones en cadena.

Entre los fenómenos observados, la telequinesia no ha conseguido el beneplácito de los científicos a causa de la importancia de la fuerza desplegada. El caso de Uri

Geller, que fue objeto de una considerable publicidad y el de Matthew Mannings¹²⁷, quien realiza a distancia torsiones de metales que una fuerza mental o instrumental no llegaría a producir, plantean un problema de una importancia energética considerable. Se trata de detectar una energía hasta entonces desconocida, en tanto que emanación de un proceso psíquico, o incluso, simplemente de un ser humano, puesto que puede proyectarse a distancia sin que lo sepa el sujeto y sin intervención de la voluntad.

En relación con estas cuestiones poco comunes, puede citarse como particularmente interesante la teoría de Alexandre P. Doubrov^{*Op.cit.(124),p.329}, que habla de un nuevo aspecto de la biología y la física: el campo «biogravitacional» cuyas propiedades estarían ligadas, a la vez, a las de la materia viva y a las de un campo gravitacional. La convertibilidad universal de tal campo, le permitiría pasar por todas las formas del campo y de la energía, y constituiría, de este modo, una forma unificada del campo. Los datos experimentales de la psicotrónica revelan la posibilidad para el cerebro humano de «transmitir el pensamiento, sean cuales sean prácticamente la distancia y el género de la pantalla interpuesta». Ahora bien, esta propiedad de transmisión no existe más que en el caso de un campo gravitacional. Por otra parte, únicamente la gravitación puede desplazar los objetos y actuar sobre ellos, sea cual sea su naturaleza.

Siendo universal este campo, no intervienen solamente al nivel de un organismo completo. Toda la escala biológica es susceptible de proporcionar datos sobre el mismo, tales como la división de la célula (mitosis) que presenta una migración de los cromosomas hacia los polos. Puesto que las ondas biogravitacionales pueden modificarse por quanta y adoptar otras formas del campo y de la energía, no resulta sorprendente que en el curso de la mitosis aparezcan oscilaciones ultrasonoras con emisión de fotones, tanto en la banda ultravioleta como en la parte visible del espectro.

Resumiendo, desde el punto de vista de las propiedades esenciales, estas ondas pueden actuar tanto a corta como a larga distancia, ser orientadas y focalizadas, y transformar la energía de un campo en materia ponderable. Los investigadores deploran que la ausencia de aparatos, con los que se podría contar, no haya permitido todavía medir las fuerzas biogravitacionales, y esto, teniendo en cuenta el hecho de que sus propiedades son contradictorias y se excluyen mutuamente, como por ejemplo: acción a corta y larga distancia, atracción y repulsión.

Estoy, como puede suponerse, particularmente interesada por estas propiedades «contradictorias» que «se excluyen» mutuamente. Reconozco en ello la energía primordial que no es otra que la «Conciencia» en la forma de «Kala-Dik» que el Shakta-Vedanta describe como dos polos opuestos y contradictorios, actuando de forma opuesta. Por otra parte, estas fuerzas determinan «campos», añade la doctrina tradicional.

De esa forma, el autor habría descubierto la «Conciencia-Energía» bajo la forma de «sistema energético», imbuido de la lógica contradictoria de la que S. Lupasco afirma que es el axioma de todo sistema energético posible, al tiempo que el propio proceso de formación de los mundos.

Es por ello normal que esta energía represente el campo unitario, en tanto que primordial, y es normal igualmente que sea a la vez biológico y gravitacional, dado que esta «Conciencia-Energía» ha dado a luz a la vez al Hombre y (por medio de él) al Cosmos. Para el Vedanta, a pesar del nombre de los dos términos contradictorios, Dik (espacio) y Kala (tiempo), esta energía no es el tiempo ni el espacio, sino que

engendra las nociones de espacio y tiempo, dándonos la impresión de que esta fuerza biogravitacional actúa en lo que representa para nosotros, ilusoriamente, el espacio-tiempo.

Otro investigador soviético, el astrónomo Kozyrev, detectó, con motivo de experiencias aplicables a la telepatía, una energía todavía desconocida que los aparatos han registrado en forma de curvas, paralelamente a efectos mecánicos y químicos ya conocidos. (¿No podrían estas posibilidades de registro objetivar con sus mediciones las experiencias precedentes, desprovistas de aparatos adecuados?)

Esta energía no se propaga como las ondas luminosas, y se manifiesta por todas partes instantáneamente. La modificación de las propiedades de uno de sus fragmentos se manifiesta en todas partes a la vez. Es omnipresente y nos vincula con los otros al mismo tiempo que vincula a todo cuanto existe en el Universo. Posee un cierto número de propiedades que es posible estudiar en laboratorio. Su densidad es más fuerte junto al destinatario de una acción que junto a su autor; se ve afectada por las condiciones meteorológicas. Y ello explica que el pensamiento pueda ser transmitido instantáneamente a las distancias más considerables.

El científico llama a esta energía «tiempo». Para él, el «tiempo» es una realidad física cuyas propiedades son las responsables de las diferencias entre el pasado y el futuro. Su estructura es la de una corriente que se consume. Su densidad se ve afectada por el pensamiento y por la calidad del mismo; la densidad de la poesía no es la misma que la de las matemáticas^{*Op.cit.(4),p.227}. Y ello evoca esta afirmación de la «madre»: La Conciencia-Fuerza es una corriente de intensidad variable^{*Nota 1}.

Esta energía que el autor llama «tiempo», ¿es verdaderamente el tiempo? En tal caso, habría que asociarle el espacio que, por otra parte, está implicado tanto como el tiempo en todos los fenómenos psicotrónicos. Se trataría entonces de ese «continuum espacio-tiempo», energía primordial equivalente a la Conciencia manifestada, según el Shakta-Vedanta. Los autores que tratan del tiempo en física y en matemática, olvidan a menudo asociarlo a su antagonista bajo la forma de «espacio-tiempo», fórmula indispensable que consagran a la vez Minkowski-Einstein y la geometría cuatridimensional, y el «espacio-tiempo de sistematización» de S. Lupasco y de la tradición filosófico-científica del Vedanta.

DEFINICIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD

En una revista metafísica¹²⁸, un comentador de los trabajos citados y de las asombrosas conclusiones a que conducen, sugiere: «Se puede pensar que el país actualmente más desespiritualizado del mundo, la U.R.S.S., será posiblemente, de aquí a diez años, el más espiritualizado.»

No podemos dejar pasar esta «boutade» sin redefinir, desde bases nuevas, realistas y científicas, esta palabra «trampa» (espiritualidad), que incluso hubiera sido mejor «rebautizar» para que no dé lugar a confusión. Sería demasiado pedir una «revolución semántica» y, ya que existe la «espiritualidad», es importante precisar de qué es de lo que se habla. La estructura energética del hombre y su estatuto funcional han resultado ser trinitarios y estar jerarquizados. El nivel superior está constituido por la «Conciencia-Energía» en su pureza y universalidad, mientras la conciencia psíquica está velada y limitada. En estas condiciones, es evidente que la espiritualidad no puede designar sino a una Conciencia desligada del ego. Ser espirituales vivir en su propio nivel energético superior, es sentir y expresar el carácter universal de la Conciencia y reconocerla en los otros, a pesar de las apariencias, así como en toda la «manifestación».

La admisión de una estructura dualista dominada por la tiranía del ego, no permitiría, en modo alguno, conocer la espiritualidad. La ilusión de un Dios «personal» creado por el hombre, a imagen de ese ego, y en función de relaciones recíprocas, es la negación misma de la espiritualidad, entendida desde nuestra óptica, aunque ello disguste a los lingüistas cartesianos. Esta puntualización nos permitirá en el último capítulo diferenciar el éxtasis místico psíquico de la «experiencia perfecta» de la Conciencia liberada.

LA FÍSICA DE LOS QUANTA Y LA PARAPSICOLOGÍA

Sin entrar a juzgar los servicios epistemológicos recíprocos que pueden prestarse la física de los quanta y la parapsicología, es completamente evidente que un cierto número de procesos examinados por cada una de estas ciencias, les afectan a las dos y, de un modo u otro, desde cierto punto de vista, la psicotrónica parece poder ser considerada como un campo de aplicación o experimentación que afecta a la biofísica cuántica.

No voy a volver sobre la naturaleza y cualidad de la energía psíquica, tal y como nos propone Doubrov a propósito de la psicoquinesia. Al tratarse de una naturaleza «biogravitacional» con ondas que se modifican por quanta para adoptar otras formas del campo y de la energía, nos encontramos ante una investigación y una hipótesis única que concierne a las dos ciencias. Pero hay otros aspectos en los que es simplemente normal, si no evidente, que una de las ciencias recurra a la otra, en la conciencia de un mismo investigador (parapsicólogo o físico), para aclarar o confirmar los mecanismos examinados.

REPLANTEAMIENTO DE LA CAUSALIDAD

Dado que la psicotrónica parece utilizar las nociones de espacio y de tiempo, importa recordar una declaración de Costa de Beauregard¹²⁹: «Una definición metafísica de la causalidad no puede ser pura más que si es rigurosamente intemporal en su concepción y si, en su aplicación, se guarda «como del fuego» de las implicaciones subrepticamente ligadas a la conjugación de los diversos "tiempos" de los "verbos".» Y así, el abandono de nuestros hábitos de pensamiento en lo que se refiere a la división de lo que «existe» en pasado, presente y futuro, puede aliviar de ciertos obstáculos nuestra comprensión de los fenómenos «paranormales». Para la física moderna, hay equivalencia física entre el espacio y el tiempo. La materia está actualmente desplegada en el espesor del tiempo y la extensión del espacio. El bloque espacio-temporal cuatridimensional comprende la presencia de seres vivos y los efectos que de ello se derivan. Por este hecho, los «futuros contingentes existen en acto, no en el presente de nuestras conciencias, por supuesto, sino en el espesor del espacio-tiempo desplegado. Están ahí, a la vez, en tanto que futuros (para nosotros) y en tanto que contingentes. En estas condiciones se comprende que el «explorador psicocosmológico» bajo los efectos del LSD refiriese que le parecía natural que pudiéramos conocer todo, desafiando al tiempo y al espacio.

Los físicos y los neurofisiólogos nos informan de las razones que se oponen a la actualización de esta posibilidad teórica.

Desde el punto de vista neurofisiológico, el doctor Wallis declara que, por naturaleza, el tiempo interior no tendría por qué ser necesariamente irreversible, pero que parece que lo es en la práctica cuando se aplica a una estructura cuyo funcionamiento sí lo es. Pues, desde este punto de vista, la estructura y la función del sistema nervioso

central son de sentido único, doblemente unidireccional a causa de la constitución de las sinapsis y las neuronas. El influjo nervioso no puede propagarse más que en un sentido; y por ello, el tiempo psicológico que le acompaña es, como él, irreversible y unidireccional en su vector directriz¹³⁰.

La explicación del físico coincide con la del neurofisiólogo, en lo que se refiere a este «vector biológico y psíquico» del tiempo. Costa e Beauregard lo atribuye a la adaptación necesaria de la vida y de la conciencia a las condiciones del universo cuatridimensional. A causa de un postulado de la cibernética, el tiempo de los seres vivos se ve obligado a recorrer la curva de la entropía en el sentido en el que ésta crece. Ahora bien, el principio de la entropía creciente es equivalente al de las acciones retardadas que, microscópicamente, hacen que el efecto nos aparezca como subsiguiente a la causa.

ONDAS AVANZADAS Y PRECOGNICIÓN

En oposición a estas ondas retardadas, ciertos físicos postulan ondas avanzadas que explicarían la precognición. Conviene admitir en este caso que la medición produce su efecto antes y no después del instante en que se efectúa; entonces, disminuiría la entropía y el desorden, y engendraría su opuesta, la «negaentropía», factor de heterogeneidad (mientras la entropía está ligada a la homogeneidad). Los físicos ensayan experimentos con objeto de detectar las ondas avanzadas. No hay, por otra parte, nada precisable que corresponda a las denominaciones de «antes» o «después» en la física de los quanta.

ESTRUCTURA «BIOCUÁNTICA DE LA PRECOGNICIÓN

Rémy Chauvin cita las hipótesis de Walker y Feinberg que recurren a la física cuántica para explicar la biología de la precognición. Para estos autores, se trata de una memoria del futuro relativa a estados del cerebro y no a objetos. (Yo estoy de acuerdo con eso, recordando con S. Lupasco que nuestra sistematización energética proporciona la ilusión de los objetos en uno de sus polos y el conocimiento en el otro.) Los autores invocan entonces el «colapso del PSI, el vector de estado» que hemos descrito anteriormente. El cerebro está permanentemente ocupado en «colapsar el PSI» en tanto que sede de intensos procesos cuánticos en los que la noción del tiempo no tiene importancia, al igual que las de distancia u obstáculo. Se trata simplemente de un cerebro que observa sus propios estados, y no de percepción en el sentido habitual del término. En cuanto memoria del futuro, la clarividencia no sería más que una percepción por ondas avanzadas. Por lo tanto, no podría ser más que una memoria a corto plazo. Y, sin embargo, existe una «memoria a largo plazo» que no podría encajarse en el mismo mecanismo... Las discusiones continúan abiertas.

TEORÍA SUPERCUANTIFICADA Y «DESCRIPCIÓN A LO HEISENBERG»

Sin pretender arrastrar al lector a consideraciones demasiado técnicas sobre la física cuántica (yo soy, como él, una profana), me parece que no será inútil citar otra declaración de Costa de Beauregard, la cual, como se verá, no es indispensable para aclarar el problema de la precognición, sino para demostrar un mecanismo evidente: «Cuando el físico relativista habla de la «duración de la materia» no puede evitar, hoy en día, hacer alusión a la descripción a lo Heisenberg de la teoría supercuantificada. Esta es la imagen implacable de un determinismo absoluto; su uso implica que el

pensamiento abarque a la vez la totalidad del contenido del tiempo y del espacio.»
¿Pero qué es la «descripción a lo Heisenberg de la teoría supercuantificada»? Tratando de las relaciones de la precognición con la física cuántica, se trata de una curiosidad bien legítima y algunos quizás deseen que ello no les obligue a tener que ahondar fuera de este marco de presentación, incompleto para su gusto. He aquí pues el secreto de una «versión técnica» de la filosofía del: «todo está escrito desde siempre y para siempre»¹³¹.

La «supercuantificación» de las ondas materiales expresa que el número de corpúsculos que lleva una onda determinada es esencialmente positivo o nulo. El corpúsculo se convierte funcionalmente en un «operador» que emite o absorbe una partícula o una antipartícula.

Con estos datos (que reduzco al mínimo estricto), la descripción de las interacciones de dos campos supercuantificados ha dado lugar a dos teorías opuestas:

—Para la primera, la de Tomonaga-Schwinger, la función de reparto de los números de ocupación (PSI o vector de estado) es probabilista o aleatoria con variaciones de los «números de ocupación»; es íntegramente «cuantista», con un devenir en el que, a partir del «colapso» del vector de estado, puede pasar cualquier cosa.

—Por el contrario, para la segunda, la de Heisenberg, la función de reparto es invariable y puede silenciarse en las fórmulas matemáticas. Presenta un «carácter de inmutabilidad»; no pasa nada, viene dado de una vez y bajo un aspecto de eternidad. La doctrina no es «manifiestamente» cuántica, los quanta están «ocultos».

Costa de Beauregard, aun no suscribiendo la descripción de la interacción «a lo Heisenberg», a partir del hecho de que existe con toda evidencia una «contingencia objetiva de las leyes de la naturaleza», se ve obligado a afirmar desde otro punto de vista, la filosofía del «todo está escrito». Efectivamente, para él la afirmación del determinismo radical y la de la aleatoriedad radical son igualmente paradójicas, ya que «una equivale a la negación del devenir y la otra a la de la determinación. Desde ambas se choca con lo incomprensible».

Queda para el lector la meditación sobre las relaciones entre la parapsicología y la física de los quanta, especialmente cuando esta segunda está «supercuantificada». Y queda a su intuición postular los eventuales procesos y desarrollarlos bajo el aguijón de la búsqueda y en la alegría de la creatividad.

LA ENERGÍA PSÍQUICA EN LA RELACIÓN PSICOSOMÁTICA NORMAL Y PARANORMAL

La energía psíquica que suscita tanto interés e investigaciones en torno a su irradiación fuera de la persona, se ejerce permanentemente sobre el eje «vertical» en la estructura misma del individuo.

El fenómeno trivial de la acción voluntaria era para Eccles*^{Op.cit.(126)} la cuestión primordial, en tanto que permanente, mientras las manifestaciones de percepción extrasensorial y de psicoquinesia le parecían débiles e irregulares. Para él, los impulsos nerviosos se efectuaban a través de las juntas sinápticas de las células cervicales, pero se abstenía de indicar lo que podían ser, en cuanto a su naturaleza, los campos de influencia cuyo comportamiento hacía posible esta conmutación. Fue Dobbs, como hemos visto, quien propuso el «psitrón» para explicar tanto la percepción sensorial como la extrasensorial. El Shakta Vedanta, que no deja ninguna pregunta sin respuesta en su antropogénesis, propone la doctrina de los «tattvas», cuya imbricación asegura de un modo perfecto la integración anatómica y la subordinación funcional de todos los niveles de la estructura.

Las interferencias jerarquizadas de nuestros elementos estructurales no aseguran solamente la actividad normal y permanente de nuestra fisiología. Los desórdenes psicossomáticos ofrecen diariamente sobreabundantes testimonios de las repercusiones fisiológicas perniciosas de una energía psíquica inestable y tumultuosa, si no se la subordina a una integración superior. Mis registros me han revelado que los trastornos vasculares provocados por emociones no controladas, se regulan desde que se produce una modificación deliberada del estado de conciencia. Una higiene mental inteligentemente reconocida y puesta en práctica contiene, por sí sola, la prevención eficaz de tales desórdenes.

Vistos desde este ángulo, fisiológico o fisiopatológico, los procesos relacionales de la psique con su organismo plantean problemas de normalidad o de patología, pero no de fenómenos par anormales.

No es lo mismo cuando la conciencia psíquica, en una crisis de monoideísmo arrebatado, espontáneo o provocado por la hipnosis, produce en el cuerpo, por mimetismo psicossomático, alteraciones tegumentarias objetivas. Los «estigmas» son una manifestación paroxística, pero, en un menor grado, los fenómenos demográficos y las flictenas provocadas por simple sugestión, testimonian un mecanismo idéntico. Más espectacular aún es la interferencia onírica referida por J.B. Rhine^{*Op.cit.(123)}: un traumatismo muy doloroso, sufrido en el curso de un sueño, se inscribió en el cuerpo en forma de hematoma constatable al despertar.

Todo es posible con la energía psíquica. Si su utilización defectuosa es generadora de desórdenes, cuya intensidad testimonia su potencia, su intervención benéfica no es menos real.

Podemos, en un acto de voluntad, intensificar la agudeza de nuestros órganos sensoriales lo mismo que la potencia de nuestra fuerza muscular; lo he experimentado muchas veces en mí misma.

De todas formas, cuando la Conciencia se expresa en su forma pura, no ligada, tal y como veremos al final de esta obra, ya no es necesario intervenir directamente sobre los niveles subyacentes cuando están perturbados. Del mismo modo que la puesta en movimiento de una bola determina el movimiento de un péndulo, cuando esta bola está unida a un punto superior bajo el que oscila regularmente, las actividades psíquicas encuentran igualmente su ritmo normal cuando se hallan subordinadas a una actividad consciente ejercida en el nivel superior de la constitución.

LOS FENÓMENOS PARANORMALES EN LOS ANIMALES Y EN LA FILOGÉNESIS HUMANA. ESTUDIO DEL PROCESO DE INHIBICIÓN

Me parece necesaria una puntualización; por lo menos, sería legítima la preocupación respecto a la aparición o desaparición de fenómenos paranormales espontáneos en el curso de la evolución de las especies, así como de las razas humanas. Ello sería una respuesta adecuada a la cuestión que planteaba Grof a partir de su experiencia trascendental, de la que ya hemos hablado. Si se revelan diferencias notables en la constatación de estas manifestaciones, no serán ciertamente efecto de la casualidad y deberán obedecer a leyes funcionales de la vida consciente que hay que intentar descubrir, aunque sea a título de hipótesis.

En vez de considerar los fenómenos «inhabituales» como «poderes» y manifestaciones sobrehumanas, sería bueno ponerlos en relación con manifestaciones del mismo orden en el reino animal. Eso permitirá posiblemente apuntalar el mecanismo y facilitar su comprensión.

Entre los animales, podemos constatar manifestaciones del psiquismo generalmente

desaparecidas en el hombre. Se encuentran, no esporádicamente, sino organizadas en el marco de la conciencia de especie, bajo la forma de instinto.

Determinadas especies nos facilitan los más bellos ejemplos de comunicación por telepatía o telestesía, a lo largo de trabajos ejecutados bajo una dirección colectiva; así ocurre con las abejas y con las termitas que desorganizan la termitera a la muerte de la reina. Otras especies dan muestras de los mejores poderes psicofisiológicos utilizando ingeniosos recursos de mimetismo (peces, insectos, camaleón), del mismo modo que el hipnotizado que reproduce en la piel la quemadura que se le sugiere. Esto no es nada que nos debe sorprender, ya que, a este nivel psíquico, el animal nos ha legado al mismo tiempo que el substrato anatómico, el «cerebro límbico», órgano de adaptación sensorial y perceptual y sede de las emociones ligadas a la defensa del individuo y de la especie. Ocurre lo mismo con el cerebro cortical o «mental» que aparece en los mamíferos superiores, y cuya utilización, limitada en los animales, permite la organización de los reflejos condicionados y, como en el hombre, el desarrollo de la asociación de ideas.

Conociendo la integración jerarquizada de los niveles psicofisiológicos, se puede inferir lógicamente que, si el psiquismo es todopoderoso en el animal, no estando frenado por una conciencia superior, ello significa que se encuentra absolutamente en contacto con la actividad celular y humoral. No se encuentra limitado más que por la conciencia de especie que sólo utiliza sus poderes en la forma de instinto de conservación especial de esta especie. Los animales domésticos (entre los que el contacto humano provoca una cierta individualización) manifiestan fenómenos de telepatía y clarividencia según la intensidad de las relaciones afectivas con el dueño.

En el hombre, por el contrario, una vida mental organizada, que dispone de una actividad creadora, se anexiona el nivel psíquico para construir sistemas de sentimiento e ideas, como engendraba el animal, con su psiquismo, modificaciones fisiológicas. El nivel psíquico inferior (el manas del Vedanta), está presente en el hombre como en el animal, pero subordina sus actividades al servicio de la personalidad humana. Esta última, en su grado presente de evolución, no moviliza el psiquismo inferior más que lo necesario para sus necesidades actuales, e inhibe el resto. Así puede entenderse que, para conseguir una actividad más intensa de las manifestaciones paranormales inhibidas, es necesario eliminar esta inhibición humana haciendo retroceder al ego frenador, salvo que un monoideísmo o monoafectivismo imponga por sí mismo la manifestación psicofisiológica.

El hombre normal de nuestro período evolutivo, debido a su actividad intelectual incesante, inhibe los procesos aferentes o eferentes de comunicación con el Cosmos. Debido a la intensidad de su mecanismo, la concentración mental, (favorecida por la forea de la retina, cuando se trata de percepción visual) impide toda irrupción de estímulos exteriores o flujos del inconsciente en su campo. Una atención intensa nos sustrae tanto del mundo exterior como de nuestras propias preocupaciones. Una rueda cuyo movimiento sea muy lento permite la introducción de un objeto entre sus radios, pero, cuando la aceleración se intensifica, ningún objeto puede franquear el obstáculo que suponen los radios en movimiento.

Igualmente, los sujetos que manifiestan posibilidades de recepción a los estímulos externos, así como de exteriorización psicocosmológica, deben tener (con excepción de los sujetos inductores, por supuesto) una permeabilidad mental unida a una pasividad que permita la admisión o exteriorización de corrientes energéticas normalmente inhibidas en sus circuitos.

De ese modo, nos enfrentamos al siguiente dilema: por una parte, sorprendentes posibilidades manifestadas con una cierta incoherencia si el individuo renuncia

voluntariamente a la actividad intelectual normal de su período evolutivo, y por otra, una vida mental que coexiste con un psiquismo aplastado por nuestro ego y que aparece aprisionada de cara a las menores posibilidades de extensión.

Pierre Barrucand¹³², con ocasión de un coloquio de parapsicología en Royaumont, hizo una juiciosa observación acerca del interés que tiene el estudio de los fenómenos paranormales en relación con la etnología. Esta ciencia los estudiaría en las culturas donde han sido apreciados hasta el punto de hacer de ellos el propio centro de su sistema de valores. La parapsicología tendría entonces acceso a sujetos «cualificados» y perfectamente integrados en su norma cultural. Podría, al mismo tiempo, asistir a ejercicios de entrenamiento acerca del desarrollo de estas manifestaciones. Así es como A.P. Elkin ha señalado la importancia que parece presentar la función PSI (la de los parapsicólogos, no la de los físicos cuánticos) entre los aborígenes australianos y, en particular, los numerosos casos de telepatía; tales posibilidades experimentales también fueron indicadas por Margaret Mead y John R. Swanton.

Dicho autor considera las diferencias de hecho entre una civilización y otra como distinciones culturales que, por un lado favorecen, y por otro desprecian la aparición de facultades normales, y por ello, se rebela contra la denominación de «primitivas» atribuida a estas civilizaciones por la ciencia antropológica oficial. Le doy la razón en la medida en que se trata, en apariencia, de un atentado a la dignidad humana, que manifiesta el prejuicio cultural que cree en la sacrosanta civilización europea. De todas formas, y aparte de todo juicio de valor, es completamente evidente que en estas civilizaciones calificadas de «prelógicas», no es la inteligencia abstracta lo que constituye el objeto del interés consciente, sino la inteligencia puesta al servicio de la afectividad. Por este hecho, no existe en esos pueblos ninguna «opacidad mental» que se oponga a la aparición de los fenómenos PSI, sean los que sean; lo cual confirmaría el mecanismo descrito en los párrafos precedentes.

Es sin duda para luchar contra esta restricción del campo de la Conciencia, provocado por una intelectualidad cuyos fines han llegado a ser peligrosos, por lo que la juventud occidental se vuelve hacia todas las vías que se le ofrecen para salir de esta asfixia: disciplinas orientales, misticismo, droga y todos los procesos imaginados para liberar la Conciencia de las trabas culturales y de la ganga del ego. De todos modos, ya veremos en los últimos capítulos que, sin torturarnos en un ascetismo a ultranza y sin correr riesgos tóxicos, llegamos a una etapa evolutiva que nos lleva al umbral de una vida mental renovada en la que los traumatismos de una concentración encarnizada, dejarán paso a una atención no mutiladora, desembocando en realidades que no tendrán nada que envidiar a los «poderes» de un psiquismo fuera de lo común.

Y es que, por mucho que nos duela reconocerlo, lo que nos está permitido percibir por intermedio de nuestros órganos sensitivos y con los mecanismos del código de nuestro cerebro, no representa ni la totalidad ni la cualidad de lo que la Conciencia nos tiene reservado en la Realidad Suprema.

Cuando Aldous Huxley efectuaba su experiencia de ensanchamiento de la conciencia bajo la influencia de la mescalina, tenía claramente la impresión de que forzaba una «válvula de reducción cerebral» que limitaba constitucionalmente la extensión de sus percepciones¹³³. La interesante intervención de Robert W. Laidlaw¹³⁴ con ocasión de un coloquio sobre la parapsicología y los psicodislépticos, recoge la opinión del doctor Stevenson que se expresa de una forma análoga a la de Huxley: «El doctor Stevenson describe con mucho valor y sensibilidad la acción del LSD. Ha llegado tan lejos o más que cualquiera al decir que tiene la impresión de que este medicamento puede realmente tener el efecto de «inhibir a los inhibidores». Tiene incluso la sensación de que, aunque pensemos vivir en la realidad, de hecho, vivimos perdidos

en una realidad más grande, y que, si en tanto que organismos físicos, tuviéramos que soportar la totalidad de esta realidad, nuestra estructura se vería en la imposibilidad de absorberla por entero.»

Así, este mecanismo de inhibición sería indispensable para permitirnos actuar en el plano físico. Por lo tanto, este medicamento no sería una sustancia alucinógena. Nos proporcionaría simplemente el medio de comprender mejor el universo y el lugar que ocupamos en él. Nuestra «válvula de reducción cerebral» constituiría la famosa «pantalla cósmica» (cosmic screenwork) citada por Grof; pantalla que la sabiduría de la Conciencia ha dispuesto provisionalmente sobre nuestro camino evolutivo con el fin de permitirnos llevar a cabo, sin distracciones, nuestra etapa de maduración intelectual.

Estos breves esbozos acerca del poder energético de nuestra conciencia psíquica dejan entrever bastantes de los problemas que se propone nuestra meditación acerca de nuestro estatuto de seres humanos, tan mal conocido en su complejidad. Sin embargo, ahora vamos a abordar otro tipo de aspectos, a saber: los «ritmos» de la Conciencia.

CAPITULO IX

LAS EXPRESIONES RITMICAS DE LA «CONCIENCIA-ENERGIA»

Registros experimentales

«El profano mira, el sabio ve,
el "liberado" percibe el ritmo de los ritmos» (Testimonio de una «realizada»)

LA IMPORTANCIA DEL RITMO EN LA FILOSOFÍA CIENTÍFICA Y EN LA MICROFÍSICA

Hay un campo importante en el que la investigación científica podría proseguir sus exploraciones relativas a los modos de expresión de la «Conciencia-Energía»: es el estudio de los ritmos y de sus modificaciones en los diversos niveles de la estructura humana.

Efectivamente, si la ciencia nos ha «desmaterializado» y «despersonalizado», al demostrarnos que la materia y el ego son simples ilusiones producto del juego de las estructuras energéticas, al menos nos permite existir en forma de ritmos, expresión esencial de la propia energía. «Tanto en forma mecánica como en forma electromagnética, la energía ondulatoria representa un fenómeno físico que está a la base de todas las cosas, lo mismo en el Cosmos que en el campo de lo terrestre y de lo humano.» Así se expresa Charles Noël Martin^{*Op.cit.(120),p.65}. En cuanto a Bachelard, al hablar de la energía específica atribuida al pensamiento racional, precisa que se trata de un ritmo, y se extiende ampliamente sobre la importancia del ritmo en la dinámica vital y psíquica¹³⁵.

No dejan de tener interés una serie de trabajos que, basados en los principios de la física ondulatoria, se han centrado en el estudio de la irradiación, y, por tanto, del ritmo; las energías se consideran como frecuencias positivas o negativas.

En la antigua doctrina de la complementariedad entre los conceptos de ondas y corpúsculos, estos últimos han evolucionado progresivamente hacia su desaparición en beneficio de las manifestaciones ondulatorias. Allí donde la teoría veía manifestaciones corpusculares, se ha comprobado que, en realidad, se trataba de «ondas de localizaciones». La complementariedad manifestada en la experiencia de Young no es otra cosa que la complementariedad existente entre diferencia de fase y números de ocupación de las dos ondas que salen de la pantalla.

Se ha reconocido como falsa la concepción que atribuía a los corpúsculos el significado de cierta entidad microscópica oculta en el seno de la onda. Fenomenológicamente hablando, no existe en el espacio-tiempo o en el espacio de las cuadrifrecuencias ninguna propiedad de forma o de posición que no pertenezca a la onda PSI y que requiera, por tanto, el concepto de corpúsculo. Este último no posee ni forma, ni posición, ni nada que le pertenezca como propio. La onda material cuantificada es la que posee propiedades, ya sean permanentes o accidentales, inscritas todas ellas en la ecuación general, de la que la onda es una solución particular que se actualiza físicamente. El corpúsculo no es sino el número de ocupación, simple entidad aritmética vinculada a la onda, a la que corresponden todas las propiedades, «como las maniqués de una casa de costura, que dan vida a los vestidos de una colección», parafrasea Costa de Beauregard^{*Op.cit.(131),p.40}.

EL CONCEPTO DE ONDAS EN LA HISTORIA. EN CHINA Y EN OCCIDENTE

Los chinos ya profesaban en la Antigüedad y en la Edad Media esta concepción del mundo físico dominada por la noción de ondas¹³⁶.

Fuera de algunos raros ejemplos de «pensamiento atomista», hay unanimidad en torno a la presencia alternante de las fuerzas del Yin y del Yang que crecen y decrecen recíprocamente. Toda la naturaleza se halla bajo la influencia de ese flujo y reflujo. La representación ondulatoria domina el pensamiento chino. El universo entero se concibe sometido a lentas pulsaciones de fuerzas fundamentalmente opuestas pero mutuamente necesarias. Las cosas individuales ejercen asimismo una influencia irradiadora en forma de pulsación. Los objetos naturales poseen ritmos intrínsecos que accionan y reaccionan con los restantes objetos del mundo.

De esta forma, el Universo era un TODO continuo en el que podían tener lugar influencias mutuas efectivas incluso a grandes distancias. Tenían lugar a modo de ondas o de vibraciones, dependiendo en última instancia de las alternancias rítmicas, a todos los niveles, de las dos fuerzas fundamentales: el Yin y el Yang. Así, todas las entidades poseían su propio ritmo y se encontraban integradas en el conjunto, en una armonía universal.

Los filósofos naturalistas chinos pensaban en términos de periodicidad cíclica. Tras la aparición del Budismo, se generalizó la tradición india de los «Kalpas», con sus largos períodos alternantes, compuestos de fases creadoras y fases destructoras. En este aspecto, se simboliza, efectivamente, en la India, la Conciencia creadora como la propia vida de Brahma, cuyo ritmo respiratorio engendra y reabsorbe al macrocosmos. La respiración representa, en el hombre, la manifestación microcósmica de ese gran ritmo universal.

En la Antigüedad occidental se encuentra un esbozo de la teoría ondulatoria en los estoicos. Ellos evidenciaron la propagación en un continuo de dos o tres dimensiones, comparándola con las olas y las ondulaciones en el agua. Al igual que los chinos, descubrieron el origen real de las mareas.

El estudio del sonido se ha prestado desde tiempos antiguos, más que ninguna otra rama de la física, a la concepción ondulatoria. En el Imperio romano, el año 27 antes de nuestra era, Vitrubio trata en diversas ocasiones de la voz humana y de la naturaleza del sonido. «La voz se mueve por un número infinito de círculos ondulatorios, semejantes a los que se producen en una superficie de agua en reposo, sobre la que se hubiera echado una piedra.» En China, el astrónomo Li Chih comparaba la luz radiante del sol con las ondulaciones que emanan del centro de una agitación producida en la superficie del agua.

En Europa, las implicaciones del método experimental permitieron a Hooke, en el siglo XVII, extenderse largamente sobre los «movimientos vibratorios vehementes» de amplitud débil, aplicando su teoría a la luz, al calor y al sonido. A continuación, sobre estas bases, Huyghens sentaba el andamiaje de una teoría óptica, y dejaba ya entrever en esta época, reconociendo una oposición, las teorías corpusculares y ondulatorias de la luz.

LOS RITMOS EN BIOLOGÍA

Gracias a la introducción y aplicación de las matemáticas en la Biología, se han descubierto y experimentado en el cuerpo humano, desde hace algunos decenios, ritmos hasta entonces insospechados. Emile Pinel¹³⁷ fue el primero en constatar que

el ritmo de las temperaturas de un organismo está sujeto a cambios y acortamientos notables en ciertos enfermos, y que el hecho de tomar la temperatura a horas fijas no tiene sentido desde el punto de vista científico. La hermana de este científico, doctora en medicina, le presenta un problema planteado por un jefe de servicio del hospital Necker, quien, a propósito de los componentes sanguíneos, declara: «Cabe esperar mucho de los glóbulos blancos de la sangre, pero, desgraciadamente, varían de forma impredecible».

Pinel decide entonces comprobar si esa variación es realmente «impredecible», o si no es más que aparente debido a lo inadecuado de los métodos y medios de medida. Para él, la naturaleza crea un orden a partir del desorden; todo cuanto vive responde a un orden, y los desórdenes aparentes no son sino cambios de equilibrio en el seno del medio viviente.

En un estudio de altos vuelos, titulado Biometría leucocitaria, estudia las oscilaciones de los diversos tipos de leucocitos (glóbulos blancos) en la sangre. Gracias a la invención y utilización de un aparato apropiado, el «hemo-ostensor automático», lleva a cabo mediciones científicamente válidas que demuestran que los glóbulos blancos varían ajustándose a ritmos perfectamente identificables, cuyos períodos se cuentan por minutos. Los diagramas de los sujetos sanos se parecen todos entre sí, y, como en el caso de las temperaturas, difieren de los de los sujetos enfermos. Gracias a las alteraciones naturales de los componentes sanguíneos, la noción de «terreno» sale del campo del empirismo y encuentra un fundamento científico.

A partir de este descubrimiento, llega a definir el método terapéutico de los «momentos favorables» para la ingestión de medicamentos, fijando éstos en relación con un ritmo interno muy preciso. Recordemos que, cinco o seis mil años antes de Jesucristo, los médicos chinos administraban los medicamentos a intervalos de dos horas, correspondientes cada uno a un órgano distinto.

EL RITMO EN LAS ARTES

La cualidad y la importancia del ritmo en el campo artístico han sido analizadas minuciosamente por Bachelard^{*Op.cit.(135),p.112}. A este respecto, el autor no sólo admite, con Pius Servien, que a la base de toda estética existe una rítmica general, sino que llega a proponer asimismo su existencia a la base de toda metafísica temporal. El ritmo, dice, mantiene y sujeta a disciplina las más diversas energías. Está en la base de toda dinámica vital y psíquica, y es tanto más lento cuanto más elevado es el nivel del que proviene.

El pintor Albert Gleizes, al explicar el proceso de las tendencias «cubistas» en nombre de su propia experiencia interior y de sus propias producciones profesionales, siente y hace sentir como evidente el lugar del ritmo en la constitución humana¹³⁸. Para este autor, el hombre es un «Todo» jerarquizado, cuyos niveles de conciencia, en el artista, se expresan, de abajo a arriba, por tres elementos plásticos: la medida, la cadencia y el ritmo. El ritmo es la «vida en su unidad»; la medida y la cadencia son sólo extremos diferenciados de aquél, medios de expresión en planos inferiores. La primera está en relación con el espacio y la extensión, mientras la segunda lleva implicado el tiempo. El ritmo que trasciende el espacio y el tiempo representa el «alfa» y el «omega» la eternidad de nuestra naturaleza interior.

El pintor se remite entonces a la figura tradicional hindú «Sri Yantra», quien expresa el proceso de la manifestación, que evoluciona desde el punto central increado hacia lo puramente material. Gleizes lo pone en relación con el proceso inverso de las aspiraciones estéticas actuales que, al huir de la materialidad de las imágenes, deja

reaparecer al hombre interior. Este tipo de obras elevan al hombre sensible hasta su verdadera realidad «rítmica». Volvemos a encontrar aquí el estadio evolutivo que, a partir de la microfísica, desmaterializa las formas y las sustituye por la verdad: el puro dinamismo.

EL RITMO ANÁLISIS

Bachelard cita la obra de Pinheiro Dos Santos¹³⁹ que, bajo el título de «Ritmoanálisis», estudia la fenomenología del ritmo desde un triple punto de vista: material, biológico y psicológico.

a) El ritmo en la materia

Aunque en 1931 no habían tenido aún lugar los descubrimientos de la microfísica sobre esta cuestión, el autor no duda en afirmar que, por el hecho de las transformaciones recíprocas de la materia y la radiación ondulatoria, todo induce a pensar que materia y radiaciones son equivalentes y que la materia debe poseer características ondulatorias y rítmicas. No es sólo que sea sensible al ritmo, sino que, con toda la fuerza de la expresión, existe en el plano del ritmo. Las diversas potencialidades sustanciales de la materia se presentan en forma de frecuencias. La energía, grosso modo considerada, puede, en apariencia, perder sus ritmos, pero no por ello dejan de llegarnos sus vibraciones en forma de luz y de calor.

Una teoría cinética de los sólidos «nos mostraría que las formas más estables deben su estabilidad a un desorden rítmico. Son cifras estadísticas de un desorden temporal; nada más que eso». Nuestras casas están levantadas sobre una anarquía de vibraciones. Las pirámides, cuya función parece ser observar el paso monótono de los siglos, son una serie interminable de cacofonías. Si un mago, un director de orquesta de la materia, consiguiese concordar entre sí los ritmos materiales, presentes en todas esas grandes piedras, éstas se volatizarían de inmediato. Esta posibilidad de una explosión puramente temporal—pues se debería únicamente a una acción sincronizadora de los tiempos que suponemos diferentes y relativos a la diversidad de los elementos— muestra bien a las claras el carácter fundamental que tiene el ritmo en la materia. Esta concordancia o discordancia vibratoria parece ser el equivalente rítmico de la entropía con homogeneidad destructiva, por una parte, y de la negantropía con heterogeneidad significativa de vida, por otra.

A nivel de corpúsculo, dice el autor que si éste dejara de vibrar, dejaría de existir. Ya hemos visto más arriba que solamente la onda posee autonomía, cualidad que no puede reconocerse al corpúsculo, reducido al aspecto funcional de «número de ocupación».

Puede decirse que la energía vibratoria es la «energía del existir». La materia sólo existe vibrando en el tiempo. De aquí la necesidad de atribuir al tiempo una realidad fundamental, ya que su cualidad operativa es justamente la dualidad, inherente a la vibración. Hemos visto que, efectivamente, Korzyrev concede realidad física al tiempo, y ya veremos que en la «experiencia perfecta», en la que el tiempo deja de existir, también ría dejado de existir la totalidad de la manifestación.

Así Pinheiro Dos Santos no duda en escribir: «La materia y la radiación sólo existen en el ritmo y por el ritmo.» Esta aparente mística del ritmo no era, en realidad, más que una intuición sólidamente fundada en los principios de la física ondulatoria contemporánea.

b) Ritmo análisis y Biología

Pinheiro Dos Santos, en un estudio en que propone una interpretación «ondulatoria» de la homeopatía, acude a un ensayo de Emile Pinel sobre biología ondulatoria en el que hace un tratamiento científico de ésta. En el proceso de dilución, la sustancia sería sustituida por la radiación, lo que favorece la temporalización vibratoria de la sustancia médica. Este punto de vista contradice, evidentemente, la intuición sustancialista, según la cual toda sustancia opera en proporción a su masa. (¿Acaso no decía Schrödinger que nos alimentamos de negantropía?)*Op.cit.(14)

Para Pinheiro Dos Santos, la asimilación es más un intercambio de energía que un intercambio de sustancia. Al ser la energía necesariamente una forma vibratoria, lo que transforma la sustancia absorbida en sustancia asimilada es la radiación. En este sentido, deben apreciarse las reacciones terapéuticas más como algo que tiene lugar de ritmo a ritmo, que no de cosa a cosa. ¿Qué vibraciones necesitamos normalmente? ¿Excitantes, o sedantes? ¿Qué vibraciones actúan como animadoras y cuáles como moderadoras? Esta es la cuestión terapéutica. Por otra parte, este mismo mecanismo es el que utiliza la acupuntura, cuando, según el metal de que están hechas las agujas, aplica unas u otras para tonificar o para temperar los ritmos energéticos.

Al estar condicionada la acción vibratoria de la materia homeopática a la dilución de ésta, resulta comprensible la importancia culinaria de los «aromas» y los «olores», que tienen una acción digestiva tanto más eficaz cuanto más raros y delicados son. Estas sustancias, complejas y frágiles, se descomponen y destruyen con facilidad. A pequeñas dosis, grandes efectos. Lo que provoca la onda de «destrucción» penetrante y activa en su retorno a la nada. El arte de la microalimentación permitiría absorber, más que sustancia, ritmos y duración.

Se puede entender más fácilmente que todos los intercambios tengan que hacerse por medio de ritmos, si nos remitimos al ritmo fundamental de la respiración, que constituye un incesante intercambio de energías entre el medio exterior y el medio interno. El Hatha-yogui, por medio de modificaciones rítmicas sabiamente establecidas, puede dar lugar al despertar de Kundalini con ejercicios de pranayama. La función respiratoria, a la vez vegetativa y voluntaria, está indisolublemente ligada con la vida mental. Es su expresión cualitativa y, gracias a estar interferida con ella, puede convertirse en instrumento para su reeducación. En este sentido, el ritmoanálisis coincide con las enseñanzas de la filosofía hindú. Aprender a respirar es alcanzar el verdadero dominio y el auténtico reposo; todo el cuerpo llega entonces a convertirse en rítmico.

Bachelard nos recuerda que corresponde a Pinheiro Dos Santos el mérito de haber mostrado el carácter primordial de la vibración como base de la vida misma. Los éxitos de la vida se cuentan por tiempos bien ordenados. Verticalmente, la vida se compone de instantes superpuestos, ricamente orquestados, y toda actividad biológica supone el paso de un nivel a otro nivel más elevado. En la experiencia de la «MADRE»^{*Nota 1}, las «vibraciones constructivas» sustituyen a la moral.

c) Ritmo y vida Psíquica

Psíquicamente, el hombre puede estar sufriendo por estar esclavizado a ritmos inconscientes y confusos, producto de una falta de estructura vibratoria, y sufrir, al mismo tiempo, a causa de su infidelidad a ritmos espirituales más elevados. El ser humano sabe que es capaz de trascenderse a sí mismo, y siente la llamada de esa

trascendencia. En la dualidad de las tendencias inconscientes y las intervenciones de la Consciencia, el ritmoanálisis reconoce, más sistemáticamente que el psicoanálisis, una ondulación psíquica favorecedora de la creatividad.

La evolución del individuo es ondulante en su detalle; está compuesta de alteraciones de éxitos y fracasos que suponen un auténtico «creacionismo ondulatorio». Una pedagogía ritmo analítica debería establecer una dialéctica sistemática de recuerdo y olvido en base a plazos menos largos que los que permiten las vacaciones escolares. Una oscilación en cuanto al horario de trabajo estaría menos en contradicción con los principios elementales de una filosofía del descanso y respetaría más la polaridad esencial de la vida psíquica.

Especial interés despierta en mí una observación de Bachelard que confirma mi propia investigación experimental en cuanto a la jerarquía de los ritmos en relación con sus respectivas cadencias: la cadencia del dinamismo psíquico es menos rápida que la del dinamismo vital, y es tanto más lento por cuanto que la actividad psíquica está en relación con un centro más elevado. Vamos a demostrarlo en los epígrafes siguientes.

Al tratar de la respiración rítmica como forma de control biológico, Bachelard recomienda la adopción de una cadencia lenta y regular, apropiada al reforzamiento de las simetrías estructurales. Y añade: «Un ritmo grave, con pulsaciones lentas, puede sostener y condicionar un ritmo agudo de mayor frecuencia... una conclusión real excesivamente rápida tendría más bien una eficacia inversa... pero las experiencias son concluyentes: el espíritu impone su dominio sobre la vida por medio de acciones poco numerosas y bien seleccionadas.»

ESTUDIO INSTRUMENTAL DE LOS RITMOS VITALES Y PSÍQUICOS

Ondas periódicas lentas*Op.cit.(29),pp.82 y 96

«El ritmo está en la base de la dinámica vital y de la dinámica psíquica», escribe Bachelard subrayando sus características jerárquicas, que hemos citado más arriba.

Efectivamente, en un mismo registro es fácil detectar las diferentes frecuencias de la dinámica vital y la dinámica psíquica. Un trazado arterial expresa la dinámica vital por medio de una onda, llamada de primer orden, (imagen del pulso), y la dinámica psíquica por una onda periódica lenta de segundo orden, que modula la línea de base mediando una constante de tiempo apropiada a la técnica instrumental.

Una serie de artificios permiten, en esta técnica, bien eliminar, o por el contrario intensificar, tales modulaciones a capricho del investigador. Los cardiólogos suelen eliminarlas como perturbadoras de la imagen electrocardiográfica, y si algunos de ellos achacan a veces esas fluctuaciones a los propios artefactos o a las interferencias mecánicas de la respiración, otros no dudan en hacer alusión a la significación psicosomática de la mayor parte de ellas y, al mismo tiempo, al mecanismo vasomotor que las produce, expresado en forma sincrónica por los detectores eléctricos y mecánicos¹⁴⁰. Los fisiólogos que se ocupan de la circulación periférica conocen bien estas ondas periódicas lentas, pero no les prestan interés por cuanto responden a interferencias psicosomáticas.

A fines del siglo pasado la psicología intentó ya explotar, con una intención psicofisiológica, esas desviaciones de la línea de base que aparecían en registros eléctricos o mecánicos. Son bien conocidos los dos métodos: el primero, con el nombre de «reflejo psico-galvánico»; el segundo, con el de «pletismografía». Si uno y

otra no han dado hasta ahora, que sepamos, los resultados sistematizados que cabía esperar, ello se debe a que se les ha prestado atención sólo con ocasión de estudiar reflejos transitorios y no la continuidad de un estado de consciencia; ya hemos señalado antes este hecho.

Mecanismo del fenómeno

En cuanto al mecanismo de producción de esas ondas, puede decirse que los períodos lentos, relacionados con las variaciones del estado psíquico, son función de la resistencia eléctrica cutánea. Esta última también fluctúa con los fenómenos ligados al estado vasomotor.

Los fisiólogos han estudiado estos períodos lentos y su mecanismo de producción, dentro de su marco de especialización¹⁴¹. Sus tratados recuerdan que, junto a las oscilaciones de primer orden (las pulsaciones arteriales), los arteriogramas presentan modulaciones sobre la línea de base de amplitud variable y diversa significación. Estas son las ondas de segundo orden que tienen una periodicidad respiratoria.

Su origen puede ser mecánico o vasomotriz. Mecánicas, en relación con el cambio de volumen de la caja torácica; las produce el pranayama de los Hatha-yoguis. Vasomotrices, permanecen sincrónicas con la respiración. Son las ondas de Traube-Hering, que traducen variaciones periódicas en los centros vasodilatadores, bulbares, medulares y periféricos. Estas son las que nosotros hemos utilizado, por el hecho de prestarse a un análisis morfológico muy significativo desde el punto de vista psicológico. Otras ondas, más lentas todavía, de tercero o cuarto orden, resultan mucho menos sugestivas¹⁴².

El factor «pulsátil» de estos «períodos lentos» que registra la pletismografía ya había sido detectado empíricamente por el psiquiatra Vittoz¹⁴³, quien, para controlar la reeducación mental de sus enfermos, les aplicaba la mano a la frente, percibiendo así descargas u ondulaciones que él podía reproducir como sinusoides en los casos favorables, en contraste con las vibraciones anárquicas en caso de personas angustiadas. Uno de sus alumnos publicó las primeras tentativas que se hicieron por registrar esas vibraciones por medio de un micrófono frontal conectado a un galvanómetro de cordel¹⁴⁴.

RESULTADOS

Esta parte de nuestra investigación, efectuada para el «Harvard Research Center in Creative Altruism» *Op.cit.(28) como complemento a nuestro estudio experimental sobre los yoguis, nos permite sistematizar los resultados del modo siguiente:

1. Desde el punto de vista del ritmo y de la amplitud:

Los estados de control consciente, ya se trate de una evocación afectiva, de una actividad intelectual o de una relajación mental, se expresan en un ritmo regular.

En el occidental, la libre asociación de ideas con preocupaciones múltiples proporciona un trazado irregular asociado a un polimorfismo al que volveremos a referirnos.

La rapidez del ritmo periódico, con otras palabras, la duración del período, está en función de la cualidad de la carga afectiva: muy rápido en actitudes antisociales (interés, egoísmo, agresividad), el ritmo se lentifica en la actitud altruista, proporcionalmente a la entidad del objeto considerado y, por consiguiente, en

proporción al nivel de conciencia (un individuo, un grupo humano, la humanidad entera). Un yogui en actitud de evocación amorosa universal necesitó varios metros de papel para desarrollar un sólo período. De esta forma, encontraba confirmada la declaración de Bachelard relativa a la lentitud de los estados psíquicos superiores. En la tristeza, el ritmo se muestra lento, apenas modulado; en la alegría, es de duración media y es irregular.

La amplitud está también en función de la cualidad afectiva: débil en estados «negativos» (antisociales o tristeza), o incluso ausencia casi total de modulación en un trazado inarmónico. Los estados «positivos» (altruismo, alegría) se traducen en medias o grandes amplitudes.

2. Desde el punto de vista de la morfología:

Aparte el ritmo y la amplitud, lo que atrae más claramente la atención es la morfología. Esta varía según se trate de factores afectivos o intelectuales, y también según que la acción implique o no algún tipo de esfuerzo

Los resultados pueden resumirse como sigue:

La afectividad normal, positiva, al igual que la calma, la serenidad, ofrecen sinusoides muy puros, cuyo ritmo y amplitud varían según las observaciones precedentes.

La actividad intelectual pura, proseguida sin interrupción, produce períodos de «diente de sierra», que responden exactamente al tipo de la «onda de relajación» de Van der Pol, a la que ya nos hemos referido, y que es característica de las actividades «autosostenidas», con una amplitud constante, una duración variable y un desencadenamiento brusco*Op.cit.(106).

Los estados mixtos, que juntan afectividad e intelectualidad, dan una imagen compuesta, a veces como un «diente de sierra» suavizado o deformado, pero más generalmente con aspecto de arcada o de festón, en forma semisinusoide de amplitud constante.

El esfuerzo de voluntad, con un poco de crispación, afecta a la parte superior del sinusoide, que tiende a empinarse hasta ofrecer un aspecto de «guirnalda», más o menos como una «arcada invertida» pero con mayor ligereza y con una amplitud menos constante.

La tendencia a la desaparición de los períodos lentos, junto a un aspecto irregular y brusco del trazado permite sospechar inhibiciones antisociales o patológicas. La autohipnosis es absolutamente muda.

La angustia es fácilmente detectable en todo tipo de trazados. Debido a la intensidad de los fenómenos de trasudación o a contracciones musculares involuntarias, anula en los registros las ondas de primer orden, esto es, la actividad cardíaca en el electrocardiograma, o la actividad arterial en el arteriograma. En el primero produce grandes desniveles que bloquean la constante temporal, y en el segundo fibrilaciones tanto más rápidas e intensas cuanto mayor es el grado de angustia.

La teoría psicoanalítica no encuentra explicación a esta particularidad expresiva de la angustia. Para ella, y para sus autores, uno de los aspectos de la histeria es «proteger» de la angustia por la «conversión» que representan las manifestaciones neuromusculares¹⁴⁵.

En nuestra opinión, no se trata de «conversión» ni de «protección» sino de simple repercusión de la angustia psíquica en la musculatura estriada, cosa totalmente normal desde el punto de vista biológico. Existe toda una zona cerebral centroencefálica que constituye el lugar de encuentro entre las actividades eferentes de origen psíquico y las actividades aferentes musculares; las interacciones constitu-

yen un proceso normal.

Por otra parte, hemos podido comprobar la persistencia de la angustia junto al desarrollo de manifestaciones neuromusculares, es decir hemos podido comprobar su coexistencia, no su presencia alternativa:

Fue cuando me hallaba experimentando con las ondas periódicas lentas. Aunque nada podía hacerlo sospechar exteriormente, los trazados tomados a un intelectual de cierta edad presentaban una masiva aparición de fibrilaciones musculares que sumergían y anulaban completamente todas las ondas de primer orden.

Interrogado el sujeto, respondió: «No se lo había querido decir, pero me siento presa de una angustia permanente.» Tras haber realizado algunos ejercicios de concentración intelectual, disminuyeron notablemente los fenómenos periféricos relacionados con la angustia, paralelamente a la disminución interior de la misma. La presencia de las fibrilaciones no cabía pues atribuirla a una «conversión» de la angustia, sino más bien a una concomitancia de su manifestación directa.

CONCLUSIÓN

Con la descripción de algunos de los registros más típicos, creemos haber mostrado hasta qué punto la expresión rítmica de la «Conciencia-Energía» constituye un dato precioso para distinguir las diferentes modalidades de la dinámica psíquica* Los registros correspondientes a las descripciones dadas figuran en la obra publicada bajo los auspicios de la École Française d'Extrême-

Orient (29). Esta diversificación de la energía vibratoria y radiante, que se expresa «verticalmente» en el organismo, ejerce su acción irradiadora también fuera de la persona, como hacen suponer los ejemplos del capítulo anterior.

Todos esos ritmos que nos rodean y se entrecrocán entre sí vienen a interferir con los nuestros, creando una gama de influencias capaces de revolucionar nuestra estabilidad energética. Frente a ello no estamos protegidos más que por el juego de la jerarquía funcional de toda esta dinámica ritmada: viviendo en el ritmo lento y armonioso de los estados superiores de conciencia, nos encontramos automáticamente preservados del influjo deprimente de los ritmos desordenados, a la vez que nuestro influjo a distancia sigue siendo constantemente benéfico.

Según la tradición hindú, esa actividad vibratoria permanente de la «Conciencia-Energía» aparece desde el momento de la manifestación y se diferencia en la involución sin perder jamás nada de su poder potencial; prueba de ello es la energía nuclear oculta en la materia.

En los ejercicios respiratorios del Hatha-yoga (pranayama), lo que se ejercita, esencialmente, con el fin de despertar a Kundalini, es el ritmo. Estos ejercicios pueden requerir de 120 a 200 respiraciones por minuto. En tales condiciones se producen las vibraciones indispensables para obtener la eficacia pretendida, en tanto que la concentración mental intensifica la prueba aportando sus propias vibraciones.

En el «mantra», fórmula litúrgica que utiliza el poder del sonido y que es característica de una modalidad particular de yoga, la vibración puede adquirir tal intensidad que podría llegar a matar al practicante o mismo que puede provocar la unión de éste con la Shakti física.

La ciencia del hombre debería proseguir y perfeccionar sus investigaciones en torno a la forma rítmica de los estados de conciencia y a la apreciación vibratoria de los niveles utilizados, ya que el ritmo preside la aparición, el mantenimiento y la destrucción de los mundos y de las formas vivientes.

CAPITULO X

LA ELECTROENCEFALOGRAFIA DE LA «CONCIENCIA-ENERGIA»

Su valor como medio de exploración psíquica

«A cada estado de conciencia deberían corresponderle los ritmos electroencefalográficos que le son propios...»
(Elmer GREEN)

UN NUEVO ENFOQUE POCO ORTODOXO

Eminentes neurofisiólogos, especialistas en electroencefalografía, que se han dedicado esencialmente al descubrimiento y descripción de los diferentes «patterns»*
Pattern (definición de GREY-WALTER): Sucesión de acontecimientos en el tiempo, toda una serie de objetos en el espacio que pueden ser distinguidos de cualquier otra sucesión o serie comparada con ella.

, no abordan, sino con desgana y con una evidente circunspección, el problema de las relaciones psioelectroencefalográficas. Cuando los registros y el contexto clínico les llevan a ellas, a todo lo más que llegan es a ver en ello «cuestiones a plantear» y no respuestas a proponer, aunque sólo sea a título de hipótesis de trabajo, tal y como yo hago. Hasta ahora, la morfología electroencefalográfica no ha sido explotada como exploración psicológica sistemática.

Mi posición, completamente diferente, es fácilmente comprensible: no soy neurofisiólogo y no tengo más remedio que aceptar, en esta óptica, las conclusiones de técnicas aplicadas competentemente para descubrir los mecanismos intrínsecos de los registros obtenidos. Y si, por otra parte, abordo problemas demasiado alejados de la «ciencia fundamental»^ no corro el riesgo de desacreditarme profesionalmente. De hecho, poco me importaría esta acusación, desde el momento en que he decidido proseguir mis investigaciones fuera de los caminos trillados y hasta el grado más profundo de la interioridad, con la voluntad de descubrir así al «hombre integral».

Determinados elementos han favorecido mi tentativa de elucidar las «correlaciones» buscadas entre la cualidad del estado psíquico y su expresión electroencefalográfica:

—Por una parte, he tenido en cuenta ante todo los patterns registrados sobre mí misma en el curso de numerosas repeticiones, en los dos terrenos de la afectividad y el intelecto. Grey-Walter afirma: «En las ciencias biológicas, es un buen principio ser uno mismo el propio cobaya.» En materia de experiencias conscientes y por lo tanto subjetivas, no hay otro medio de poder afirmar la autenticidad del estado experimentado.

Hubo un trazado que resultó significativo desde este punto de vista: decidí inducir un estado afectivo todo lo desligado que fuera posible de otras interferencias psíquicas, y para conseguirlo, reviví en pensamiento una secuencia de caricias con mi animal favorito, lo cual se revelaba siempre como una «comunidad sentimental» verídica. Durante los segundos en que evoqué la imagen del reencuentro, se desarrollaba un ritmo beta típico que dejó su lugar bruscamente a un alfa maravilloso, de gran amplitud, cuando, levantando el dedo, advertí al ayudante de registro que la irrupción afectiva había sustituido al proceso de evocación mental. Ya veremos cómo, para mí, el alfa es específico de los estados de afectividad positiva.

—Por otra parte, me ha ayudado el hecho de que mis registros eran poligramas que comportaban «ondas periódicas lentas», las cuales venían a confirmar objetivamente la autenticidad de la interioridad experimentada. La respiración, así como las modulaciones vasomotrices de Traube-Hering constituían un poderoso indicio diagnóstico.

Por lo que se refiere a la relación entre las ondas periódicas lentas y las variaciones de la resistencia eléctrica cutánea, G.J. Verdeaux y R. Francés, aconsejados por madame Fessard, han intentado registrar una curva de evolución de esta resistencia, asociada al reflejo psico-galvánico. En el curso de una serie de reflejos, trazaron, uniendo sus puntos respectivos, la envolvente de las cumbres de los alargamientos desiguales. Esto les permitió clasificar los reflejos psicogalvánicos en grandes, medianos y pequeños. Si hubieran utilizado, en vez de este método «intermitente», un desarrollo continuo del papel de registro, habrían podido obtener, igual que yo, morfologías diferenciadas en vez de «magnitudes» desprovistas de todo sentido preciso^{*Op.cit.(111),p.397}.

Los autores señalan que «esta reacción psicogalvánica está en relación con el tono simpático y que los fisiólogos (Paul Dell) nos han mostrado las relaciones de las variaciones de este tono con las variaciones del ritmo alfa y su desaparición con las reacciones de parada». Entonces, se asombran de haber encontrado reflejos psicogalvánicos más importantes para el alfa que para el theta, en donde son prácticamente nulos, y se expresan en los siguientes términos: «Nos encontramos en contradicción con los datos que hacen del ritmo alfa el representante de la actividad cortical o noética (para ellos, la conciencia es, igualmente, una expresión de la actividad cortical) o, más genéricamente, intelectual, y le oponen, en este esquema, al ritmo theta que representa el lado afectivo e instintivo de la actividad mental.»

Si estos datos les parecen contradictorios, es simplemente porque ellos consideran la emoción instintiva y la afectividad como sinónimas, a partir de la experimentación «animal» que caracteriza la investigación denominada «fundamental». Según lo que yo he registrado a lo largo del estudio de las ondas periódicas lentas, una emoción instintiva, de agresividad por ejemplo (reacción animal en el hombre), produce efectivamente un relieve insignificante e irregular, réplica periférica de un theta encefalográfico. El «sentimiento», que es la «humanización» de la afectividad animal, no se expresa al mismo nivel. Es «él» y no la «emoción bruta» lo que se objetiva por medio de alfa, al mismo tiempo que por las ondas periódicas sinusoidales.

Diversos autores han insistido sobre la necesidad de esta discriminación^{*Op.cit.(6),p.228}.

Los Gnósticos de Princeton la traducen así: «La distinción que intentamos introducir ha sido ya mencionada por Arthur Koestler. Este último... propuso distinguir entre los sentimientos y las "emociones": unas son objeto habitual de estudio de los psicólogos y los neurólogos —la rabia, el temor, la tensión sexual—, que tienden a suscitar una actividad motriz abierta, agresiva o definitiva de autoafirmación, y otras que no suscitan ninguna actividad abierta —la simpatía, la admiración artística, la adoración, el amor no sexual—, pero que producen una especie de bienestar. Las llama emociones transcendentales. Estas últimas son las bastardas de la psicología moderna y se las considera como una categoría sospechosa de ser pseudoemociones que no merecen la atención de los laboratorios... Son "emocionantes" sin hacernos "mover hacia". Su denominador común es un sentimiento de participación, identidad, pertenencia a un Todo... que desborda los límites de la individualidad.»

Autores que practican tests de asociación de ideas en sujetos que presentan normalmente un alfa regular, han visto aparecer, en el curso de los experimentos, un ritmo theta con modificación de la resistencia eléctrica cutánea. Y la explicación es la

siguiente: el sujeto se sentía «frustrado» porque no encontraba con suficiente rapidez las palabras de asociación¹⁴⁶. He ahí, en efecto, un tipo de emoción «inferior» cuya expresión theta no debería sorprender, mientras que los sentimientos altruistas se expresan por alfa.

Las ondas theta son consideradas generalmente por Hill como un defecto de maduración. Los aspirantes a pilotos, de los que la mayor parte llegan a ser pilotos de renombre, presentan, en una proporción del 30 por 100, ondas theta atribuidas a inmadurez afectiva y a agresividad¹⁴⁷. Yo pienso que se trata de esos pilotos que, con emociones inhumanas y un cierto sadismo, se identifican con el aspecto destructor de las misiones asesinas y de las matanzas que les son confiadas en tiempo de guerra. Ciertos errores pedagógicos que impiden a la Conciencia efectuar su función de integración sobre los niveles sucesivos de desarrollo, pueden muy bien hacer aparecer en el adulto tales ondas regresivas, por adherencia a un nivel no integrado. W. Grey-Walter insiste en la importancia de la reeducación, que se revela eficaz allí donde fracasan el electroshock y la leucotomía¹⁴⁸.

CORRELACIONES PSICOELECTROENCEFALOGRÁFICAS

Vamos a ver cómo se han revelado las correlaciones psicoencefalográficas, en el curso de mis propios registros, así como en la lectura de los de otros.

«*Tout se passe comme si*» *He preferido mantener la expresión francesa, fácilmente traducible por «todo ocurre como si» o similares, ya que creo que es un giro que está adquiriendo cierta carta de naturaleza, como metalenguaje, en publicaciones centradas en la amplificación de la conciencia, psicología humanista, etc.. [N. del T.] ... se habría dicho en otros tiempos... (Bachelard, en el *Nuevo Espíritu Científico* prefiere la fórmula: «¿por qué no?»)... los diferentes *patterns* sucesivos corresponderían a la presencia privilegiada de la Conciencia en cada uno de los niveles considerados, de la forma siguiente:

—La onda «delta», en el nivel de las funciones vegetativas del recién nacido.

—La onda «theta», en el nivel sensorial del niño (o del adulto cuando hay inmadurez o regresión).

—La onda «alfa», en el nivel afectivo, con una amplitud proporcional a la intensidad del sentimiento sentido y con una rapidez proporcional a la concentración en ese sentimiento. Grey-Walter piensa que la frecuencia de un ritmo es más significativa que su amplitud. A mí me parece que es significativa, simplemente, de otra cosa.

Estas modalidades de expresión podrían explicar las características inhabituales de los trazados registrados en la India por el profesor Gastaut, en lo que el autor llama «éxtasis yóguico», estado de *samadhi* particular con despertar de *Kundalini*: intensidad de la energía movilizada en la atención (rapidez del ritmo) y agudización del sentimiento de felicidad que acompaña a ese estado de conciencia (amplitud de onda). Ya hemos hecho alusión a ello al tratar del yoga.

El ritmo «beta» caracteriza la actividad intelectual (mental analítica). Si esta misma onda puede provocarse, indiferentemente, por esta actividad o por la percepción visual, ello es debido a que el ojo es un órgano sensorial de análisis gracia a su fovea; la tradición hindú le sitúa, por otra parte, como correspondiente a lo mental. En efecto, cualquier otra percepción sensorial ajena al ojo, no provoca la aparición del ritmo beta, y cuando la percepción visual es tan violenta que le impide servir de órgano de análisis, no es beta lo que produce, sino theta, como cualquier otra percepción.

En el niño, interesado por la percepción, pero incapaz de análisis, la percepción visual va acompañada de theta; e igualmente en los deficientes mentales. La percepción visual puede provocar en algunos casos reacciones afectivas que, entonces,

manifiestan algunas oleadas de alfa.

Si la frecuencia alfa aparece generalmente como actividad espontánea, en el curso de la asociación libre de ideas (no se trata de reposo, pues entonces se trataría de sueño o samadhi) es porque, para la mayoría de los sujetos examinados, estas asociaciones se desarrollan en una interioridad teñida de sentimiento. Los sujetos sin alfa referidos por los autores, eran estudiantes de ciencias cuya actividad cerebral espontánea reflejaba preocupaciones intelectuales, como hizo notar Grey-Walter.

Mientras, para la media de la humanidad adulta, cuando el encefalograma parece fijado, representa el fin del crecimiento, para otros, por el contrario, una serie de incesantes fluctuaciones ponen de manifiesto una actividad consciente que utiliza varios niveles, y entre ellos uno superior, el de la síntesis probablemente*Op.cit.(148),p.197.

Desde el punto de vista del reparto espacial de ondas de diferentes categorías, en el adulto normal despierto cada uno de los tipos de onda no ocupa más que áreas limitadas que representan sus propias zonas selectivas. Ahora bien, en dos casos diametralmente opuestos, se asiste a una generalización a toda el área cortical, de un tipo único de actividad: el alfa rápido del éxtasis yóguico y las ondas lentas del sueño. Un mismo mecanismo parece presidir los dos casos: el yogui retira la Conciencia de los niveles inferiores para reunir la totalidad de la energía en un nivel superior privilegiado, y en el sueño, la Conciencia se retira espontáneamente de todos los niveles de actividad, con la excepción del nivel vegetativo (delta) que asegura la supervivencia durante este estado provisional.

La comprensión de estos fenómenos, como se ve, no es posible más que si se considera la Conciencia como una entidad libre e independiente, que tiene la posibilidad de desplazarse por los niveles de la estructura, de fijarse provisionalmente en uno de ellos, y también de sustraerse a ellos.

Desde esta óptica, la breve exposición de las correspondencias que, en mi opinión, se dan entre el nivel consciente y su expresión gráfica, permite aclarar un cierto número de problemas, tal y como se ha demostrado en alguno de los ejemplos anteriores. Este nuevo punto de vista permite proponer respuestas, aunque no sean más que provisionales e hipotéticas, allí donde no era posible nada más que formular preguntas.

Pierre Etevenon reseña*Op.cit.(2) que Elmer Green, en su «principio psicofisiológico», propuso la hipótesis de que a todo estado de Conciencia, a todo estado psicológico específico, correspondía un estado bioeléctrico caracterizado por ritmos electroencefalográficos que le son propios¹⁴⁹. Estoy completamente de acuerdo, pero sólo la «psicología de los niveles» permite concretar este punto de vista. Le consagraré el próximo capítulo.

Ciertos autores han subrayado la importancia que tendría un conocimiento mejor elaborado en lo que se refiere a la Conciencia para aclarar la interpretación de los registros. G. Lairy y P. Dell lo expresan de forma muy acertada en el artículo citado anteriormente: «Las alteraciones de la Conciencia no pueden homologarse pura y simplemente a los diferentes niveles de vigilia y sueño. El electroencefalograma que registre esas alteraciones no dará matemáticamente uno de los estadios de Looms y Gibbs. Harta falta por otra parte definir la conciencia para definir las alteraciones.»

NECESARIA ACLARACIÓN ACERCA DE LAS ACTUALES DISCUSIONES ENTRE NEUROFISIÓLOGOS

A falta de poder tomar en consideración el estado de conciencia durante el experimento, los especialistas de la electroencefalografía expresan los datos del

problema en términos de mecanismos que no siempre lo aclaran, aunque sean muy competentes en ello. A propósito de este tema, Grey-Walter intervino en el curso de un estudio sobre el condicionamiento: «Querría criticar los mismos términos que emplean, dijo. Hablan en primer lugar de un fenómeno condicionado al que llaman tan pronto bloqueo del ritmo alfa, como des-iacronización. ¿Tienen ustedes derecho a hablar así? Yo preferiría que no concretasen y que dijeran solamente que algo se modifica en el electroencefalograma. De ese modo, no presumirían nada»¹⁵⁰.

Es fácil multiplicar los ejemplos de «falsos problemas» debidos a la ignorancia de los niveles de conciencia, en estudios por otra parte notables en el terreno técnico.

«Uno de los problemas más difíciles, dicen ciertos autores, es el del equivalente EEG de los procesos de excitación e inhibición¹⁵¹. Y esto, porque hay que tener en cuenta el estado precedente.» Ahora bien, en mi opinión, la toma en consideración del estado precedente, permite precisamente observar que es la jerarquía de los niveles de conciencia lo que determina los resultados obtenidos, sin que se plantee ningún problema.

El ejemplo propuesto es el siguiente: la actividad alfa representa un aumento de excitación si la precedente estaba caracterizada por ondas theta o delta; pero esta misma actividad alfa representa una inhibición si la precedente se caracterizaba por actividades más rápidas, como las beta. Para mí lo que determina el "pattern", no es el proceso de paso de un estado bioeléctrico a otro, sino el nivel de conciencia que lo impone, con la expresión bioeléctrica que le es propia.

Otro estudio estupendamente documentado¹⁵² resume en ocho puntos los elementos de las variaciones «de las actividades puramente espontáneas definidas como ritmos alfa, que representan un conjunto de mecanismos fisiológicos relativos a la distribución de la información a través del cerebro». Es una pena, para la claridad y comprensión de este importante trabajo analítico, que las ocho variantes de actividad mental hayan sido denominadas alfa por el único motivo de que son espontáneas, siendo así que alfa expresa la actividad bioeléctrica que le es propia, en cuanto que también ella emana de un nivel psíquico.

También es una pena que se preste particularmente atención a los «mecanismos de distribución de la información», que sólo son secundarios, cuando los autores habían hecho alusión precisamente a la «libertad de la vida mental» y a los «matices exquisitos de la personalidad humana». Hacen una observación, que ya en otra parte he señalado anteriormente, que me parece capital pues ilustra un problema tan importante como la comprensión recíproca entre los seres humanos. Dicen: «Los sujetos que tienen patrones imaginativos y una reactividad alfa diferente presentan signos de antagonismo en las relaciones sociales.» La perspectiva de estos autores, ajena a los niveles de conciencia, no les ha permitido valorar, como hubieran podido hacer, estos resultados, muy interesantes a pesar de todo.

Es igualmente fácil interpretar psicológicamente una constatación técnica como la siguiente, procedente de uno de los artículos citados: «Las estimulaciones con carga afectiva o emocional tienen, en patología, una eficacia tanto mayor cuando se dirigen a los sistemas más bajos de la escala jerárquica y los controles superiores son suprimidos.»

Esto significa en términos psicológicos: «Tanto más eficaces cuando se dirigen al nivel de conciencia ocupado por el individuo.» Buena prueba de ello es el ejemplo que proponen los autores.

Un caso de idiocia, desprovisto de actividad eléctrica superior, presenta un «theta» permanente, insensible a la apertura de los ojos, pero reforzado de forma inagotable cuando la estimulación, en forma de golosina, se dirige al único modo de actividad del

sujeto. Es completamente evidente que, en este idiota, el desarrollo psíquico se detuvo y estabilizó en un nivel sensorial en el que solamente la emoción, o más exactamente, el placer sensorial responde a la estimulación que le interesa.

Aquí el término «afectividad» (en el sentido de «carga afectiva») se presta a confusión pues la verdadera afectividad, como el altruismo, representa un nivel específico, el que expresa alfa, que no comporta elementos sensoriales; no me cansaré de repetirlo.

Desde este punto de vista, la presencia de un ser querido, asociado habitualmente a los placeres gastronómicos, es posible que pudiera, por condicionamiento, producir alfa en el curso de una estimulación gustativa, en un sujeto normal y capaz de una actividad psíquica superior. Se trataría de maniobras funcionales y no de alteraciones orgánicas. Podría intentarse la experiencia en el marco de las reacciones condicionadas.

En el mismo párrafo, los autores declaran: «Parece que la pérdida de los niveles superiores de la actividad cortical puede corresponder, en ciertos casos, a una pérdida del control vegetativo.» En este caso, a causa de la ley biológica de la subordinación funcional, es normal que la supresión de la actividad superior conlleve la liberación del nivel límbico, sede de la emoción, con sus repercusiones automáticas sobre la labilidad del sistema vegetativo. Yo lo he comprobado en mis primeras experiencias relativas al aparato circulatorio, dependiente del sistema vegetativo.

Los fisiólogos del cerebro tienen parcialmente razón cuando dicen: «No es un tipo definido de ritmo cortical lo que se puede poner en paralelo con una alteración psicopatológica, sino una alteración de la organización dinámica de los ritmos.» Parece en efecto que lo que está en relación con la actividad consciente, es la organización dinámica de los ritmos, y que por medio de esta organización es como se puede deducir de un ritmo cortical la calidad de un estado psíquico. Los importantes trabajos sobre el mecanismo de los ritmos aportan una contribución técnica valiosa a las tesis de los niveles psíquicos jerarquizados. Veámosla.

Los sistemas múltiples de regulación de la actividad cortical presentan entre ellos una jerarquía funcional^{*Op.cit.(147)}, correspondiendo cada uno de ellos a una de las diferentes actividades corticales registradas (beta, alfa, theta, delta). Sus interacciones se manifiestan según las formas normales de frenado, liberación o inhibición y «el orden en el que se expresan los diferentes tipos de actividad en el momento del paso del estado de vigilia al sueño profundo, puede proporcionarnos la forma normal de sus relaciones jerárquicas».

Se trata precisamente del orden en el que yo considero los niveles de conciencia, tanto en la ontogénesis como en la filogénesis y la educación. Es un «continuum jerarquizado» que no se salta jamás un escalón si no intervienen sustancias farmacológicas. La salida del sueño es el resurgimiento jerárquico, a la inversa, de los estadios que se sucedieron a partir del adormecimiento.

Ahora bien, precisamente el «sistema reticular activador ascendente», el más alto de la jerarquía de la regulación, es el que determina la aparición de ondas rápidas (llamadas de desincronización), que hemos asimilado a la actividad psíquica superior del intelecto. El decrecer de su actividad permite la aparición de ondas de huso (alfa) y, a continuación, la actividad reticular meso-diencefálica que da origen a las ondas lentas.

Estoy de acuerdo con los autores en que, en patología, hay que admitir que la anomalía no es una creación ex novo, sino la reaparición de una forma de actividad que normalmente se expresa en momentos funcionales diferentes.

Es interesante poner en relación la arritmia respiratoria y las modificaciones

electroencefalográficas que es capaz de provocar la hiperapnea: son especiales en el niño¹⁵³ y en la inmadurez psicopatológica del adulto; y ello en relación con una sensibilidad acentuada a las modificaciones del riego cerebral¹⁵⁴. Esta inmadurez significa la imposibilidad de utilizar los niveles superiores de la actividad mental. Del mismo modo, hemos visto desaparecer la arritmia respiratoria en el curso de una actividad intelectual sostenida. Y todavía más: Grey-Walter señala que la voluntad del sujeto puede tanto dar libre curso, como resistirse a las alucinaciones creadas por el estroboscopio (alteraciones que recuerdan a las de la intoxicación por mescalina). Después de tantas alusiones a los niveles de conciencia en relación con el aspecto técnico de la «Conciencia-Energía» en sus manifestaciones bioeléctricas, es el momento ahora de explicitar el «continuum jerarquizado» de estos niveles de conciencia. Nada puede ilustrarlo mejor que el crecimiento psicológico del niño; consagraré el próximo capítulo enteramente a ello.

CAPITULO XI

LOS NIVELES DE CONCIENCIA Y EL CRECIMIENTO PSICOLOGICO DEL NIÑO

Un test evolutivo: «El Absoluto Noético»

«La situación psicológica del ser humano es diferente en cada edad.»
(C.G. JUNG)

LA CONCIENCIA, NIVEL SUPERIOR AUTÓNOMO DE LA ESTRUCTURA TRINITARIA. SU MOVILIDAD, BASE DEL DINAMISMO EVOLUTIVO

Vamos ahora a ocuparnos de los «niveles» de conciencia, con sus especificidades propias, y de los desplazamientos de la Conciencia entre unos y otros.

El enriquecimiento y el «viraje evolutivo» que la teoría del yoga y su comprobación práctica pueden aportar a la psicología, y en particular a la epistemología, no provienen solamente del hecho de proponer una estructura trinitaria en la forma diversificada que ha transmitido la tradición hindú. Su aportación fundamental consiste, ante todo, en atribuir a la Conciencia, en cuanto nivel superior, una autonomía y una movilidad que le permiten asociarse a o desligarse de los niveles que ella misma ha generado.

La «Ciencia del Hombre» permanecerá en un impasse en tanto que la Conciencia siga siendo considerada como inseparable del psiquismo, como expresión característica de éste.

«¿Por qué cambiar de sitio lo Real?», pregunta Bachelard. La respuesta es muy simple: La Conciencia en cuanto «absoluto» distinto de sus niveles cambia de lugar a lo largo del crecimiento del niño y de la evolución del adulto.

Es esta una cuestión esencial, capital incluso, que debemos de examinar tanto en el plano filogenético como en el ontogenético.

Ese desplazamiento del carácter de «absoluto» de uno a otros niveles de la estructura debe tomarse como determinante en la elaboración de los métodos pedagógicos, de modo que no estorben, antes al contrario faciliten el crecimiento y la evolución humanos. La especificidad del nivel privilegiado en un momento dado de esa evolución es la que deberá indicar las modalidades de impartición de la «cultura» en esa etapa. Por otra parte, la necesidad que la Conciencia tiene de trabajar libremente al nivel en que se encuentre, hace indispensable el principio de «no autoridad».

¿ Como se desarrolla el dinamismo consciente de la vida psíquica en el curso del crecimiento individual y en el de la evolución de la especie?

Ya hemos visto cómo, en la práctica del yoga, la Conciencia asume sucesivamente, en un orden determinado, el control de cada uno de los diversos niveles, desligándose de ellos también sucesivamente en la medida de su avance. Sería extraño que esta misma Conciencia no procediese de una forma idéntica en la ontogénesis, a la hora de adiestrar y organizar esos niveles con vistas a hacerlos eficaces para el curso de una vida humana.

PRESENCIA DE LA CONCIENCIA EN UN NIVEL : EL TEST DEL «ABSOLUTO NOÉTICO»

Para poder seguir la evolución de la Conciencia a lo largo de los niveles de la estructura psicológica, tenemos necesidad de descubrir un método que nos permita

descubrir su presencia en cada uno de ellos y que, por tanto, resulte válido para la totalidad del organismo psicológico.

Basta para ello tener en cuenta los caracteres propios de la Conciencia, tal como se revelan en numerosas circunstancias" de la vida ordinaria, cuando estamos en un estado de atención intensa, totalmente presentes a nosotros mismos. Se caracteriza por un vivo interés. A la vista de lo que es objeto de ese interés, nuestra actividad psíquica, considerablemente acrecentada, hace converger en él todas las energías funcionales, habitualmente dispersas en la multiplicidad del mundo objetivo.

Hace muchos años dimos, a esa tensión general de todo nuestro ser en un mismo acto consciente, el nombre de «absoluto psicológico»^{*Op.cit.(1)}, pero hoy en día preferimos el término de «absoluto noético» o «biológico» por el hecho de que el carácter absoluto no pertenece precisamente al psiquismo; es la misma Conciencia quien confiere ese carácter a cada uno de los diversos niveles cuando los privilegia operando desde ellos, ya que ella es el «absoluto». El término de absoluto «noético» es más sugerente que el de absoluto «biológico», a condición de que se exprese la Conciencia misma en cuanto nivel superior que trasciende lo mental, y no la «cualidad consciente» de la mente, como hacen habitualmente los autores.

Ese carácter de «absoluto» es, pues, el que nos permitirá reconocer la presencia operante de la Conciencia, en el curso de su evolución por la escala de los niveles orgánicos, en un nivel que ha ocupado para cumplir en él su tarea biológica. Allí donde la Conciencia lleva a cabo su misión de integración, de unificación individual, su presencia confiere al nivel en que reside el carácter de absoluto que le pertenece en propiedad.

Este método de localización evolutiva por medio del «absoluto noético» nos permite captar la estructura psicofisiológica y su dinamismo evolutivo, en relación con toda la evolución biológica. Toda la evolución de las razas conocidas, y asimismo el crecimiento individual que tiene lugar en la juventud, dentro de nuestra raza, se producen de acuerdo con esa escala de niveles naturales.

CRECIMIENTO DEL NIÑO. EVOLUCIÓN DEL ADULTO. LA ONTOGÉNESIS RECAPITULA LA FILOGÉNESIS.

Comparando la evolución psicológica del ser humano durante su etapa de desarrollo, con la evolución fisiológica a lo largo de su vida embrionaria, el crecimiento humano, a partir del nacimiento, atraviesa cuatro etapas: perceptiva, activa, afectiva, intelectual. Después de lo cual, el joven individuo alcanza su madurez que le llevará a integrarse en la sociedad. Pero, aunque el crecimiento haya terminado, la evolución proseguirá a un ritmo variable según los individuos.

El período de crecimiento se prolonga hasta que se alcanza el nivel medio de desarrollo de la raza y de la civilización respectiva. Durante ese período el niño se ve asistido por la sociedad. En la fase siguiente, si la educación no ha reprimido las posibilidades creadoras, sino por el contrario las ha fomentado, o en todo caso en los individuos más dotados, el desarrollo psicoespiritual no se detiene jamás. El individuo trasciende la herencia recibida del pasado y el nivel de consciencia del hombre medio, aportando a la sociedad la riqueza de su propio poder creador. A partir de entonces, es el individuo quien ayuda a la sociedad; éste es el período de evolución.

Esta teoría psicológica que considera la ontogénesis como una recapitulación de la filogénesis, ha tenido sus defensores y sus detractores. Algunos escritores de renombre la adelantaban ya a principios de siglo. Charles Skinner y Philip Harriman¹⁵⁵ señalaban que Stanley Hall, pionero en el estudio de la infancia y la adolescencia,

* Op. cit. (9), p. 90.

sostenía la tesis «curiosa» de que los estadios del desarrollo infantil se corresponden, a grandes rasgos, con los de la raza. Con otras palabras: «Puede suponerse que el niño recapitula en su evolución todas las experiencias de la raza humana en su paso desde el estado salvaje hasta la civilización actual.» Stanley Hall insiste muy especialmente en esta teoría a propósito del juego: «El verdadero juego no introduce jamás nada nuevo desde el punto de vista racial. El juego reproduce los hábitos motrices y el espíritu del pasado de la raza.» Estos hábitos se encuentran en sus juegos espontáneos que son expresión exacta de sus necesidades motoras. Los niños de seis años reproducen la edad de piedra construyendo cavernas y amasando barro. A los nueve o diez años, confeccionan cestos, escudillas, flechas, cacharros de barro, como si estuvieran en el período de la «Big Injun».

El profesor Katz, de Estocolmo, ha hecho suya también esta teoría en torno al juego, y Gesell recomienda no rechazar con excesiva ligereza sus asertos¹⁵⁶. Para él, el niño y la raza constituyen claves recíprocas de explicación; lo que es el crecimiento para el niño, eso es la evolución para la raza. Tal es, asimismo, el pensamiento de C. G. Jung^{*Op.cit.(60),p.56}. Tras recordar las palabras de Nietzsche: «Al dormir y al soñar rehacemos, una vez más, la tarea de la humanidad que nos ha precedido.» Jung añade: «La hipótesis según la cual, también en psicología, la ontogénesis se corresponde con la filogénesis, es, pues, justificada.»

Wallon, por el contrario¹⁵⁷, la considera difícilmente concebible. Sus argumentos parecen estar relacionados con una defectuosa interpretación de Stanley Hall quien, según él, estaría contraviniendo las leyes de la herencia y bloqueando las posibilidades de evolución. Ahora bien, no se trata de una herencia, sino de una recapitulación evolutiva, lo que parece no haber vislumbrado o comprendido el profesor Wallon.

Otros ejemplos, referidos a otros períodos evolutivos, apoyan de igual forma esta teoría. Así sucede con el absoluto afectivo de la primera adolescencia que se encuentra en las razas primitivas denominadas «prelógicas» o afectivas por M. Lévy-Bruhl por el hecho de fijar, a este nivel, en la afectividad, su actividad perceptiva y expresiva. Ello no significa que las funciones mentales no existan o que estén absolutamente inertes, pero sí que sólo intervienen el mínimo necesario para humanizar lo afectivo. En la mentalidad del primitivo están presentes la numeración, que supone un análisis de la cantidad, y la clasificación, que supone un análisis cualitativo, pero ambas se expresan en términos no lógicos; el sentido social se lleva a cabo al nivel afectivo.

Así sucede en todos los grados de la evolución psicológica durante el período de desarrollo individual, en nuestro estadio de civilización, recapitulando los estadios precedentes de la filogénesis humana.

Detectando ese carácter de absoluto en el crecimiento o en la evolución, es como podemos seguir la Conciencia a lo largo de su tarea organizadora e integradora de los niveles por ella establecidos. Absoluto relativo, se dirá, tan pronto perceptivo, como afectivo, tan pronto esto, tan pronto aquello... Lo que hay que entender bien es que lo relativo es el nivel, pero la Conciencia, activa en él, es absoluta en todos los niveles.

PROCESO DE DOMINIO DE UN NIVEL: LOS TRES TIEMPOS

En cada etapa, la Conciencia realiza un mismo proceso, al ejercer en cada una de ellas la misma función, y esto en tres tiempos:

—En primer lugar, la toma de contacto con los elementos del nivel (percepción, acción...)

—En segundo lugar, análisis de esos elementos para integrarlos en un mecanismo funcional gracias al manejo repetido de los objetos correspondientes al nivel.

—Finalmente, dominio de esos mecanismos

Una vez conseguido el resultado, la Conciencia transfiere sus prerrogativas de «absoluto» al nivel inmediatamente superior para volver a repetir en él el mismo proceso, y el nivel abandonado se convierte en servidor automático de los niveles superiores. Desgraciadamente, en un elevado número de casos, los errores pedagógicos, por ignorancia, han imposibilitado ese dominio; ya veremos las consecuencias patológicas, individuales y sociales, que de este hecho se derivan al compás del desarrollo evolutivo. Responsables de tales consecuencias, trágicas para el porvenir del individuo y del grupo social, son la familia, la escuela y la sociedad entera.

Asimismo señala Gesell ese proceso en tres tiempos que se desarrolla en cada nivel, y llama a esas tres etapas sucesivas: innovación, integración y equilibrio. Ya se comprende que en la primera de estas etapas, el niño presenta un entusiasmo torpe, mal comprendido por quienes le rodean, debido al dominio satisfactorio que acaba de adquirir sobre su anterior objeto de interés. Una represión desconsiderada en este período, con toda la serie de rechazos concomitantes, imposibilita entonces, de modo definitivo, el trabajo organizador e integrador de la Conciencia, de donde se siguen posteriores desastres psicológicos.

Los tres tiempos de la toma de posesión de un nivel por la Conciencia recuerdan los tres tiempos del ejercicio de «samyama» en el yoga: dharana, dhyana y samadhi. También aquí reorganiza y domina la Conciencia sucesivamente unos niveles detrás de otros, pero aquí con la finalidad de sustraerse a los mismos. En el niño, la finalidad es construir mecanismos funcionales que los hagan eficaces.

Ese desplazamiento de la Conciencia de uno a otro nivel de la escala orgánica divide a ésta en dos zonas: a) la de los niveles dominados, que podemos llamar «objetiva»; b) la de los niveles por dominar, que sigue siendo «subjetiva». Los niveles llamados «subjetivos» están presentes en toda edad, ya que forman parte del organismo psicofisiológico y no están privados de actividad. Ejercen su función psicológica dentro del marco de interés del nivel que se halla en proceso de integración, pero no se han convertido todavía en instrumentos a disposición de la Conciencia, con sus cualidades propias.

Esta división del «medio interno» confiere a los términos «objetivo» y «subjetivo» una acepción más real, nos parece, que la que designa como «objetivo» al espacio exterior a la epidermis y como «subjetivo» al espacio situado al otro lado de la misma, ya que la física moderna, como ya lo hacía la tradición oriental, ha puesto en entredicho estas nociones.

LA ESCALA DE LOS NIVELES DE LA ESTRUCTURA PSICOLÓGICA

Como hemos visto, la actividad psicológica del niño es compleja desde el principio, puesto que en toda edad se encuentra presente y activa toda la escala de los niveles biológicos. Pero lo que queremos saber es en qué nivel aparece el carácter «absoluto» en las diversas edades de la evolución consciente.

a) Nivel sensorial

Está claro que durante los cinco o seis primeros años, una vez pasado el período

* *Op. cit.* (9), p. 90.

inicial de recién nacido y de lactante en los primeros meses, en que prevalece la atención a los fenómenos vegetativos, el carácter de «absoluto» se fija selectivamente en la función sensorial. Las otras funciones, igualmente activas, sirven a esta función central. La actividad muscular le sirve como auxiliar para hacer que el niño se acerque a los objetos que quiere observar y conocer. No actúa por actuar; actúa para percibir. Su única acción verdadera es el lenguaje (la India le da un sentido activo, como se recordará), pero la palabra tiene el mismo carácter que la imagen sensorial, es un absoluto, como la imagen misma.

El niño posee emociones, y éstas son más vulnerables que las del adulto, debido a que siguen siendo «subjetivas» hasta la adolescencia. Cuando el adolescente fija su Conciencia en la actividad afectiva, va a encontrarse herido en este terreno sí, durante la fase de absoluto sensorial, siendo niño, la familia le infligió traumatismos peligrosos.

La actividad intelectual, que en esta edad es intensa, se ejerce al servicio de la percepción. El análisis sensorial obliga al pensamiento a desarrollar nuevos recursos de forma creciente, pero «la idea», en sí misma, no puede ser objeto de actividad reflexiva.

En el primer tiempo, de contacto con la sensación, cada una de las percepciones es un absoluto. Más tarde, mientras se complican las percepciones y se efectúan comparaciones,, la Conciencia analiza el mecanismo de esta percepción.

Al mismo tiempo que adquiriendo seguridad sensorial sobre los objetos, el niño se ejercita en dominar su organismo sensorial. El niño posee el mundo de los sentidos en la medida en que posee sus propios órganos sensoriales. Desde el punto de vista del lenguaje, reviste un valor psicológico no despreciable la correlación entre la palabra, que es de origen social, y la imagen sensorial natural. Hay padres, faltos de atención inteligente, que conceden una especial importancia al elemento social y aumentan el vocabulario infantil sin preocuparse de que ese enriquecimiento verbal vaya unido a percepciones psicológicamente sólidas. Resulta de ahí un verbalismo artificial que muchas veces está en el origen de la superficialidad del pensamiento adulto.

A través de la imagen, el niño ve el objeto. Por eso la imagen sensorial tiene para él un carácter de absoluto. Sus dibujos lo evidencian. Cada objeto que recuerda, lo dibuja aparte, aunque pertenezca a un conjunto. La cabeza de un hombre es un redondel aislado, el cuerpo otro redondel separado de la cabeza, las piernas y brazos no se juntan al cuerpo ni el sombrero a la cabeza. No tiene en absoluto sensación de inexactitud, pues nuestro joven artista ha dibujado cada imagen con la mayor honestidad psicológica. Algo más adelante en este mismo período, llegará a agrupar las imágenes parciales en una imagen global.

Juntamente con la imagen, el niño proyecta la vida sobre los objetos, convirtiéndolos así en algo viviente. Esa transposición del absoluto sensorial al mundo exterior ha recibido el nombre de «animismo». Resulta natural y normal tanto en el niño como en el primitivo. Un niño solo en un jardín, alejado del entorno familiar, entra en un verdadero «éxtasis sensorial». En el adulto primitivo, esta experiencia se convierte en religiosa. La misma experiencia se reproduce en todas las edades de la Humanidad, si bien a un nivel diferente.

En la palabra, doble social del objeto natural, se contiene toda la cultura social. La palabra «encina», abstracta para nosotros, es, para un joven indígena australiano, una palabra concreta que contiene un juicio sensorial (cada encina recibe un nombre diferente según el lugar en que se encuentra). La estructura de una lengua refleja la estructura psíquica del grupo social que la habla. Los tiempos desinenciales de las

lenguas latinas (yo caminaré) no están al mismo nivel psicológico que los tiempos verbales de las lenguas anglosajonas (I will, niay, should...)

Ahora bien, el estudio del lenguaje infantil muestra que éste recapitula las fases psicológicas representadas por las razas anteriores a la propia, a fin de poder establecerse una estructura psicológica análoga a la de la propia raza y el propio medio. Piaget ha demostrado que, en esta fase, el niño se comporta con respecto al lenguaje de la misma forma que con respecto a la imagen sensorial. El soliloquio, que ocupa un lugar importante en su actividad, prueba que el lenguaje, en lo que tiene de puramente verbal, es un absoluto como la imagen misma, y también que, como la acción muscular, es algo cenestésico. Lo que busca el niño con su «ecolalia» es la sensación auditiva, la sensación de percepción, y no la utilidad social.

También se suele malinterpretar la conducta del niño con respecto a su medio social en esta edad. El adulto no comprende que lo que el niño busca en sus relaciones con los otros es la sensación, la percepción de lo social. Provoca reacciones en los otros sólo por «ver» qué es lo que harán; sin embargo, tales provocaciones se consideran diabólicas. Lo que el niño busca es información, y sólo del adulto depende el proporcionarle información sensorial sobre la sensatez y el amor, mejor que sobre la cólera o el rigor. De otra forma, el niño aprenderá a desconfiar del adulto, a «trastocar» las reglas sociales. Por culpa de la sociedad, el niño se des-socializará. Los que siempre se adaptan obedeciendo o absteniéndose, se convierten en sujetos pasivos des-socializados. Podrán ser buenos esposos, buenas madres, buenos ciudadanos, pero su creatividad social está muerta, aunque el sociólogo pueda considerar «bien adaptados» a estos pacíficos inadaptados. Por otra parte, la inadaptación no siempre reviste esa forma pacífica, y los niños responden a la violencia, no ya con temor, sino con astucia y con rebelión. Una vez fijados en esa actitud rebelde, nutrirán más tarde, en forma considerable, el contingente de la delincuencia juvenil y adulta.

El niño cuyas relaciones sociales no han estado sometidas a represión durante el período sensorial no muestra ese agrio sentimiento de posesión que se observa en otros. Su conducta social es simpática y abierta. Es normalmente sociable, pues su sociabilidad normal no ha sufrido heridas ni guarda por tanto huellas de cicatrices.

b) Nivel activo

Hacia los cinco a siete años el interés consciente se centra de modo exclusivo en la acción. La percepción, ya automatizada, se convierte en servidora de la función motriz. El objeto percibido se convierte en útil, en instrumento de acción. El niño ya no pregunta qué son las cosas sino para qué sirven. Se afianza su predilección por todo tipo de actividades (bicicleta, automóvil) y por los objetos relacionados con ellas. Todo acto es en sí un absoluto que se objetiva de forma inmediata en una ráfaga de voluntariosa energía. Sus relatos son un rosario de acciones, de acontecimientos.

"El primer tiempo se caracteriza por el impulso, la precipitación, la irreflexión. Muchos padres, llevados de su legítima preocupación por preservar sus pertenencias, o por su deseo no tan legítimo de hacer valer simplemente su autoridad, restringen la actividad del niño con una serie de «tabúes» que constituyen verdaderas trabas frente al valor espiritual de las experiencias que tienen lugar a este nivel. La restricción del espacio psicológico reprime la energía biológica de la Conciencia. Poco importa que la acción no tenga por resultado el éxito; lo que importa es no estorbar el libre despliegue del mecanismo.

El segundo tiempo supone un progreso en la integración de los mecanismos activos.

* *Op. cit.* (9), p. 90.

El niño desea actuar eficazmente y bien; organiza sus mecanismos de acción siguiendo una imagen activa. Hacia el final del período, la imagen motriz será lo bastante objetiva como para poder pensar en ella intelectualmente y poder expresarla verbalmente. Cuando pueda concebir la imagen idealmente, con carácter previo a la acción, habrá conseguido el dominio de esta etapa.

Solo en una habitación de la casa paterna, el niño, concentrado en su imagen activa interior, se siente piel roja en pie de guerra, transformando la habitación en un bosque, el sofá en una cadena de montañas..., el adulto, ajeno a su mundo, dice de él que está jugando; el psicólogo sabe que el niño está viviendo en toda sinceridad las grandes hazañas que en ese momento le sirven de inspiración. La imagen activa es verdad para el niño, igual que lo es para el científico su imagen intelectual. Cualquier intrusión intempestiva destruye la exaltación espiritual del «éxtasis activo». Cuando el adulto se esfuerza por reconducir a la realidad de la visión adulta lo que él llama la «imaginación desbordada» del niño, le está infligiendo un traumatismo fuente de represiones que pueden comprometer en el futuro, tal vez su salud, y ciertamente su imaginación creadora.

En el primitivo, esa exaltación activa le conduce a la noción mágica del mundo. Con frecuencia observamos que el niño, en el proceso de la fase activa, elabora espontáneamente actos mágicos: puede trazar, por ejemplo, un semicírculo protector delante de su bola para que no se la arrebatase el adversario, puede apretar un botón de la cortina en el departamento de un vagón con la idea de hacer partir el tren... Las escuelas «activas» son pedagógicamente eficaces porque se basan en una exacta concepción psicológica del niño. El escultismo, un tanto descuidado actualmente, debía mucho de su capacidad educativa al hecho de partir de la base de una correspondencia psicológica entre la segunda infancia y la vida primitiva.

En esta época se pone de manifiesto una realidad social muy precisa: la del «grupo», formado con vistas a desarrollar algún tipo de actividad. Algunos han sugerido su semejanza con el «clan» de los primitivos o con las «bandas» de malhechores organizados.

El niño normal se caracteriza también, en este período, por su aptitud dramática. Se debe ello a su imagen activa, que le confiere la facultad de identificarse con personalidades distintas de la propia. Importa aquí tener como modelo un héroe, mejor que un ladrón profesional. Es en este período cuando, por defecto o carencia social anterior, hace su aparición el delincuente juvenil. Des-socializado por la brutalidad física o moral de su medio, el joven desarrolla su inteligencia y su lógica activas al servicio de un planteamiento de vida antisocial. La culpa corresponde a la sociedad, a la familia, a veces a la escuela. También ahora brota la actitud de des-socialización pacífica, igualmente asocial, aunque no violenta.

c) Nivel afectivo

La entrada en la adolescencia, hacia los doce años, se traduce en una específica exaltación de la conciencia afectiva. Las relaciones que el adolescente entabla con su doble medio, natural y social, son relaciones afectivas.

La evolución de los sentimientos, a lo largo del proceso evolutivo de la raza, ha sido una evolución hacia el dominio de las emociones animales, sustituyendo la emoción de raíz orgánica por el sentimiento.

Con frecuencia se relaciona la floración afectiva que caracteriza la adolescencia con el despertar de la función reproductora. En realidad, sucede lo contrario: el período afectivo comienza bastante antes que el despertar sexual. Si, en el animal, la

excitación sexual se vincula a la sensación, en el hombre está ligada al sentimiento, a lo psicosocial, no a lo psicofisiológico. Pero es importante que el despertar sexual tenga lugar en el seno de una afectividad distendida y dominada, a fin de que esa función, la más eminentemente social, no se ejerza al margen del sentimiento y a la búsqueda de la sensación.

Durante esta época, las actividades intelectuales que se propongan al adolescente deben desarrollarse en un clima emocional positivo. Si no, las consecuencias de la represión y de la carencia afectiva aparecen en forma de incapacidad de creer en los otros como capaces de emociones fuertes y elevadas, o en forma de escepticismo moral, de actitudes sarcásticas, o de búsqueda de motivaciones interesadas. Los tipos humanos propuestos como modelo a la experiencia afectiva de los jóvenes deben ser representativos de una emotividad exaltada y altamente social situada a la base de su acción. No debe faltar la inclusión de la referencia a la experiencia afectiva de lo «Universal». El Universo debe poder aparecésele, en la naturaleza, como un alma sin confines, como una persona. Este período es apropiado para el despertar del misticismo.

Lo que permitirá al adolescente alcanzar el dominio de las reacciones sociales de la sensibilidad, será el rodearle de un medio afectivo-social óptimo, y ofrecer a su libertad, condición indispensable de su autonomía, la ocasión de realizar experiencias psicológicamente completas.

d) Nivel intelectual analítico

Durante la segunda adolescencia, que pone término al período juvenil de desarrollo, la Conciencia lleva a cabo su función integradora y de dominio en el interior de los procesos mentales. Su interés se va a centrar ahora en el análisis. Ya antes de los quince años era manifiesta la existencia de procesos analíticos en el joven, pero eran procesos subjetivos de la actividad consciente, incluidos en la percepción, la acción o el sentimiento. Entre los dos tipos de actividad, intelectual y afectiva, existe una estrecha vinculación. La intensidad afectiva estimula el pensamiento. La emoción, como función de perseverancia psíquica, aporta a la inteligencia la potencia, el interés. Multiplica y profundiza el interés intelectual.

Este período se caracteriza por el amor al concepto y al análisis, por el manejo de los procesos lógicos. El post-adolescente se siente fascinado por el estudio objetivo de las plantas y los animales, la búsqueda de los criterios clasificatorios, la experiencia física, la manipulación de aparatos de precisión. El análisis matemático, y sobre todo el álgebra, le proporcionan goces inagotables, pues la resolución de sus problemas no exige otra cosa que saber jugar con una serie de mecanismos lógicos. La composición literaria, también, en general, se convierte a sus ojos en un análisis de ideas o sentimientos expresados por los grandes autores.

e) Nivel intelectual sintético

A medida que avanza el período se van haciendo posibles las síntesis intelectuales. La Conciencia se interesa ahora por las «categorías» de la mentalidad sintética, por las formas que van a dar cauce a las funciones psicológicas de relación del ego con su doble medio social y natural. Son las que unen a los individuos en pensamientos comunes, en acciones comunes. Son los partidos políticos, las organizaciones religiosas, escuelas de arte, organismos industriales y comerciales, en una palabra: los grupos sociales.

* *Op. cit.* (9), p. 90.

f) Más allá del ego y de la síntesis

Cualquiera que sea el nivel al que ha llegado, el ser humano siempre es superior a ese nivel, pues su función biológica es la de integrarlo en sí mismo. Sigue siendo capaz de evolución, puesto que existen en él otros niveles que debe alcanzar y hay en la historia humana, campo de la evolución consciente, seres humanos capaces de inspirarlos. La Conciencia está por encima de lo psicosocial y de todas las instituciones. Bajo su apariencia individual ilusoria, está la «Conciencia una, absoluta, universal».

Esta Conciencia, llegado el término de su desarrollo, va intuitivamente a apartarse de ese ego que, a lo largo de toda la vida venía atribuyéndose todas las experiencias realizadas por ella, quien, sin saberlo, animaba su vida.

Ahora es cuando se plantea inaplazablemente la cuestión: «¿Quién soy yo?», y cuando las facultades que se han desarrollado a lo largo de las anteriores etapas deben ponerse a contribución para la búsqueda suprema: la de la «totalidad», la de la «universalidad». La evolución debe proseguir durante toda la vida. Siempre cabe en el interior de cada ser, donde reside la Conciencia, pese a toda apariencia contraria, tener acceso a su inspiración directa. Basta volverse hacia ella, y el propio itinerario interior nos encaminará infaliblemente hacia ese nivel superior de nuestro ser que, después de habernos hecho transitar por los restantes niveles emanados de él, ha de revelarnos finalmente «lo que somos».

EL PROBLEMA DE LA COMPRESIÓN ENTRE LOS SERES

En este proceso evolutivo de la Conciencia a través de los niveles que sucesivamente va recorriendo en su tarea educadora (pues es ella quien educa, en colaboración con el medio, si sabe hacerlo), hemos comprobado cómo, puesto que ella es lo Real, confiere el carácter de «Verdad absoluta» al nivel en que reside. Esta noción de «absoluto» va a arrojar luz para entender la psicología de nuestras reacciones sociales y para ayudarnos a evitar que se agraven muchos conflictos inútiles.

Toda motivación proveniente o vinculada con la cualidad propia del nivel en el que reside el «absoluto consciente», es dotada de valor perentorio por el sujeto, quien se encuentra imposibilitado para entender y admitir cualquier tipo de argumentos que impliquen el carácter de «absoluto» de un nivel superior.

Un ser humano en plena evolución «afectiva» permanecerá sordo u hostil ante consideraciones «intelectuales», que no podrán arrancarle su convicción. Un ser que vive intensamente dentro de los límites de un grupo social (nivel intelectual sintético del ego) se rebelará ante quien pueda manifestar una Conciencia universal.

Así surge la irreductibilidad de las convicciones, así nos tropezamos una y otra vez en ese impasse de las tentativas sociales de recíproca comprensión. Sólo cabe comprenderse recíprocamente, cuando se está, simultáneamente, en el mismo nivel de Conciencia. Krishnamurti lo recuerda cuando describe la «manera eficaz de escuchar». Korzybski habla de «un mismo nivel de abstracción», y Grey Walter de un mismo pattern electroencefalográfico, como hemos visto. Ello se explica ya que cada pattern dado es característico de un nivel de conciencia distinto.

En contrapartida, en el nivel superior tiene lugar una comprensión unilateral con respecto a los niveles inferiores, que ya ha vivido y dejado atrás en cuanto «absolutos». Una vez hecho el «diagnóstico evolutivo» del interlocutor, se comprende que toda discusión es inútil. Bachelard, junto con el fenomenólogo Jean Hering^{*Op.cit.(86),p.179}, recuerda que «la persona más evolucionada, por la mayor

extensión de su horizonte, estará siempre capacitada para atender a los que se encuentran por debajo...; no es posible, en cambio, lo contrario».

Este hecho, de importancia capital, como hemos señalado, tiene no obstante una excepción: quienes están a punto de sufrir un cambio de un nivel a otro, encontrarán, en esa expresión de un nivel superior, una inspiración que facilitará la transposición de lo absoluto a ese nivel. De esta forma se ejerce la fraternidad humana, que puede representarse para cada uno como una mano tendida hacia lo alto y otra hacia lo bajo.

A raíz del Congreso de Psicología en el que participé en 1937, en una comisión que presidía Louis Lapicque, me encontré con un ejemplo típico de la «ley de comprensión» en el marco del «absoluto noético».

Ya en aquella época, mi comunicación llevaba por título: «La energía consciente, factor de regulación psicofisiológica». Evidentemente el presidente me reprochaba una excesiva audacia sintética, y añadió: «Siento que mi mujer haya descubierto la cronaxis de subordinación»; científicamente era mucho más sólido trabajar sobre un nervio periférico «cortado de los centros nerviosos». Entonces pensé: «El "absoluto noético" de este hombre de ciencia se encuentra en un nivel mental analítico, que para él representa la "verdad", y el de su mujer está en el nivel superior, mental sintético.» Ciertamente el descubrimiento de su mujer le ayudó después a él a trasponer su «absoluto» al nivel superior, pues en adelante, para la posteridad, ya sólo se habló de la cronaxis de subordinación de Louis Lapicque. (Luego se acusa a las mujeres de no dar pruebas de creatividad; el sexo masculino encuentra muy natural apropiarse de sus hallazgos; los ejemplos no faltan, por el hecho de imponerse a la mujer el nombre del marido.)

Por otra parte, en la misma ocasión, un médico de hospital añadió: «Y Vd. va aún más lejos; si pudiéramos conocerlo todo, seríamos dioses.» y yo pensé en aquel momento: «De eso se trata precisamente, pero no para el ego, claro está, que debe desaparecer, sino en cuanto experiencia liberadora que nos reintegra a la "Conciencia Una", fuente de todo conocimiento.»

No era cosa de expresar esta reflexión en voz alta, pues, desgraciadamente, no estaba allí Schrödinger quien, a propósito de la "Conciencia Una" de los Upanishads, escribe que esta Realidad, experimentada por un sabio o un místico, es la quintaesencia profunda de cuanto sucede en el Universo*^{Op.cit.(9),p.90}. Este físico eminente tenía su «absoluto noético» en el nivel mental universal (Buddhi).

Tres distintos niveles de Conciencia se evidencian en esta anécdota, así como la inútil provocación que habría sido cualquier tentativa de convencerles. ¡Qué más da...!, la propia Conciencia se encarga de llevar a buen término su obra total.

* *Op. cit. (9), p. 90.*

CAPITULO XII

LOS NIVELES DE CONCIENCIA Y EDUCACION

«Dadme la educación y, en un siglo, cambiaré la faz de Europa.»
(LEIBNIZ)

LOS ELEMENTOS DEL PROBLEMA

Si bien todos los seres humanos son expresión de una Conciencia única y su evolución tiene que franquear los grados de una misma serie de niveles jerarquizados, ofrecen no obstante el espectáculo de una diversidad de individuos por varias razones:

—Por una parte, la cualidad de sus niveles estructurales depende de su herencia, de las influencias del medio y de la educación recibida.

—Por otra, también difieren por la etapa evolutiva que estén franqueando en el presente, por la rapidez de su crecimiento y por la profundidad de su integración consciente.

Observamos inmediatamente que crecimiento no significa adquisición de cultura sino construcción de una individualidad dueña de todos sus recursos psicofisiológicos y entrenada en la expresión de su originalidad creadora, por modesta que pueda ser ésta.

Sean cuales sean las características individuales, raciales o nacionales que diferencien a los seres humanos, cada uno de ellos no representa solamente el nivel de su raza; es a la humanidad entera a quien representa, ya que los niveles que faltan por integrar se encuentran ya en él y su progreso hacia ellos no concierne nada más que a la Conciencia. Hay climas en los que las condiciones terrestres organizan de manera diversa el calor y la luz, pero sólo hay un sol; igualmente, sólo hay una Conciencia. Hablar de un sol italiano, alemán o francés es absurdo. Uno de los peligros que obstaculizan la evolución es cegarse con el sol para exaltar el clima, cerrarse a lo humano para resaltar lo nacional.

En 1947, cuando yo era miembro del Secretariado de la UNESCO, se organizó un stage de estudios con la Fundación Carnegie a fin de promover la educación en la comprensión internacional. Fui encargada, a título de jefe de grupo, de elaborar métodos de educación «afectiva» para el adolescente, ese período descuidado por la preocupación pedagógica y, sin embargo, capital desde el punto de vista del «absoluto» atribuido a este nivel, en esta edad del crecimiento humano. Comprobé con mis colaboradores que hacía falta, antes que nada, respetar los grandes principios educativos, adaptándolos solamente a la edad considerada y con una atención especial a la comprensión entre los pueblos.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Voy a formular en primer lugar estos principios fundamentales de una educación biológicamente normal y pedagógicamente eficaz. Se desprenden de una estructura psíquica en la que la Conciencia, aunque inmanente, no se encuentra identificada. Como nivel superior integrante de esta estructura, educa sucesivamente cada uno de los niveles de cara a su eficacia funcional, prestándoles transitoriamente el carácter de «absoluto» que sólo ella posee como propio.

A partir de ahí, se puede comprender por qué el elemento esencial de una

ortopedagogía es el principio de libertad. No hay autonomía sin libertad. La constrictión que exige la repetición de técnicas impuestas, la imitación de formas intelectuales, estéticas o prácticas no es autonomía. La actividad integrante de la Conciencia no es autónoma más que si construye ella misma las síntesis que necesitan sus tareas, a la vista de los datos culturales que le presenta el adulto. La libertad, que implica una disciplina personal permanente, es la condición indispensable para una atención sostenida que no desemboque en un individualismo antisocial. La personalidad comprimida y reprimida es la que resulta antisocial; y el inconsciente inflado de energías insatisfechas el que reclama compensaciones, el que envidia, ambiciona, sospecha y odia.

Libre ante su tarea, el niño debe ser igualmente libre ante el tiempo que deberá consagrarle. Respecto del tiempo, él se encuentra frente a sí mismo y a la actividad consciente con que ha de llenarlo.

PAPELES RESPECTIVOS DE LA HERENCIA Y DE LA VARIEDAD INDIVIDUAL

También tenemos que tener en cuenta en virtud de qué ley se lleva a cabo la evolución individual en el interior del medio social. En otros términos: cómo deben intervenir a la vez la herencia y la variedad.

Igual que la evolución social, el problema educativo presenta dos aspectos:

—Por una parte la herencia que asegura la transmisión del patrimonio cultural.

—Por otra, la variación individual que aporta al presente las energías latentes del porvenir.

La educación tradicional cubre la primera de estas dos misiones y transmite, por medio de la enseñanza colectiva, la cultura hereditaria. Su método es conformista y autoritario. La variación individual, no educada, se deja al azar.

La educación «liberal», por el contrario, sin ignorar la aportación cultural del pasado, se preocupa esencialmente de hacer a cada uno consciente de aquello de lo que es capaz de hacer para enriquecer este patrimonio. Pone el acento en el porvenir; educa la variedad exaltando en cada niño lo que hay en él de único y de creador. Su método es individual y sustituye el principio de autoridad por el de autonomía.

La sociedad debe, pues, ejercer esta doble función. Con la aportación cultural cubre la función hereditaria; respecto a la variedad sólo puede cumplirla por «inspiración espiritual».

EL PAPEL DEL MAESTRO

Es obvia la importancia del maestro en esta nueva perspectiva pedagógica. Para la transmisión de la cultura, basta con que un maestro sepa, pero para ayudar a la Conciencia infantil a manifestar su variedad propia, es para lo que el maestro cuenta de verdad. Lo que actúa aquí es su Conciencia, su grado de evolución, su ardor creador, su amor a la verdad, su gusto por lo bello, su fervor por el bien, o dicho de otra forma, su coraje para con la vida, eso que, en todo momento, trasciende la actividad psíquica y la conduce.

La psicología de esta inspiración se deja percibir fácilmente, y su ley puede formularse así:

Nadie puede crecer en cuanto a su Conciencia, es decir pasar de un nivel cualquiera a un nivel más elevado, si no es pasando por la experiencia de otro que vive de forma permanente a ese nivel. Los niños salvajes nos lo prueban. Entrando en contacto con una personalidad que vive con fuerza en un nivel de conciencia todavía no alcanzado

por nosotros, se establece una relación de inspiración. El nivel correspondiente entra en vibración, en nosotros, en esta «transcendencia interior» donde todos los niveles tienen su escala subjetiva que tenemos que recorrer totalmente.

EDUCACIÓN CONFORME A LAS LEYES DEL CRECIMIENTO

En los dos primeros años de la vida, las sensaciones corporales son ante todo un absoluto para el recién nacido, y luego para el bebé, y es importante que los esfuerzos de la familia por disciplinar al niño no traumatizen las relaciones de éste con su organismo.

EDUCACIÓN EN LA FASE SENSORIAL

Cuando el niño se libera de su cuerpo para iniciar una actividad extendida a otros objetos, la Conciencia se dedica al mundo de las sensaciones con toda la fuerza de su absoluto, para organizar y controlar los mecanismos.

El método pedagógico debe entonces respetar la libertad esencial para la exaltación sensorial y proporcionar al niño los objetos sobre los que va a actuar la Conciencia. El método Montessori responde a esta necesidad del mejor modo posible. El material que despliega al servicio de la Conciencia, permite al niño aventurarse libremente en el descubrimiento de las relaciones cuidadosamente escogidas que encierra en sí. Y si estas experiencias se realizan en un marco de belleza natural, el joven individuo, en contacto con la naturaleza, encuentra al mismo tiempo un pequeño mundo social y una familia ensanchada, si el número de niños es suficientemente restringido.

Cuando esta educación sensorial ha sido inteligentemente llevada a cabo, el niño es capaz de percepciones rápidas y fieles, y de asociaciones sensomotrices eficaces y seguras. Habrá conseguido la deseada autonomía con la colaboración de adultos competentes.

EDUCACIÓN EN EL PERÍODO ACTIVO

En el período activo, los métodos educativos no pueden ser pedagógicamente eficaces si no son verdaderos psicológicamente y, si no se dirigen a la actividad consciente a través de la acción.

A principios de siglo, grandes educadores como Freinet en Francia, Decroly en Bélgica y Miss Parkhurst en los Estados Unidos, comenzaron a concebir un plan sistemático que permitiera la adquisición de la cultura escolar «actuando», en lugar de recibirla pasivamente con menosprecio de las tendencias normales. Más allá todavía, en la pequeña ciudad de Dalton, en los Estados Unidos, ya no se subordina la actividad al conocimiento intelectual. Ponen la adquisición de conocimientos al servicio de la Conciencia que, en ese momento, guía la actividad. La filosofía de la acción que encontró su psicólogo en William James y su poeta en Longfellow, elaboró su método educativo en el plan Dalton.

Al sujeto ya no se le «enseña»; simplemente se le hace una indicación, asignándole una «tarea». El alumno, libre como un adulto en la biblioteca de una universidad, cumple libre y solo el trabajo escolar mientras un maestro especializado se encuentra a su disposición para los consejos o informaciones de las que pudiera tener necesidad. Se establece la colaboración más cordial, con cortesía, entre maestros y alumnos, así como entre los propios alumnos, con espíritu de mutua ayuda y desaparición del espíritu de competición. No siendo comparado con los otros, cada

uno se ocupa de sus propios progresos y entra en competición consigo mismo. ¿Hace falta insistir sobre el valor humano de semejante respeto por las leyes biológicas de la actividad consciente? Se pueden imaginar las transformaciones que podrían sobrevenir en la vida pública si todos los ciudadanos fueran educados en ese espíritu y si los Gobiernos de las Naciones contemplasen la vida internacional con la misma óptica. Los profesores de Universidad no dejarían de manifestar su satisfacción al recibir de estas escuelas modelo estudiantes ya entrenados en el estudio individual, cuyo ardor se exalta ante situaciones que exigen una iniciativa perseverante. Los industriales y los directores de empresas también lo apreciarían favorablemente.

El aprendizaje de la vida se efectúa viviendo, y no almacenando conocimientos, pues la vida es acción y los conocimientos no son sino recuerdos estáticos. La Conciencia es superior a sus medios, a sus formas de acción, a las técnicas que ha creado ella misma y que puede renovar constantemente. Este poder de renovación es el que la educación debe inspirar y favorecer.

La actividad motriz implica procesos lógicos. La memoria resulta más segura si los datos son activos, la imaginación es más fácil y la voluntad tiene más peso sobre las funciones activas que sobre las demás.

Por lo tanto, esto es lo que hay que educar: la actividad en tanto que función psicofisiológica de la Conciencia, por lo que resulta necesario asociarla tan estrechamente como sea posible con la cultura. Los niños deben ser educados para vivir en un mundo tridimensional, educándoles el oído como complemento de la vista. He visto en la India ejemplos sorprendentes en este sentido auditivo del espacio. Unas niñas, acostumbradas al tiro con arco, estaban colocadas en medio de un patio, con los ojos vendados y desorientadas por la rotación sobre sí mismas. Se orientaban por el sonido hacia una mesa sobre la que se sostenía un bastón que nacía de blanco, y sobre la que un maestro golpeaba a intervalos regulares; a una señal, se detenían, a una decena de metros, disparaban y acertaban en el blanco, con un error inferior a dos centímetros.

Más útil todavía para el desarrollo de la Conciencia tridimensional es la actividad conjugada de las dos manos: Miguel Ángel, ciego, acariciaba el torso de Júpiter.

No hay límites para el estudio cuando va unido a la realización práctica. Unos jóvenes alumnos de diez años, al cabo de la educación Dalton, emprendieron la construcción de modelos reducidos de navíos de que se sirvieron diferentes pueblos en diferentes períodos de la historia. Y ello, en reproducción exacta, con los mismos materiales utilizados para su construcción. Cubrieron en seis meses, con el entusiasmo de unos exploradores en tierras vírgenes, un conjunto de temas que hubieran tardado dos años en estudiar por el método didáctico y que les hubiera cansado por su aridez.

La habilidad manual de que son capaces los niños en este período es generalmente desconocida por el hecho de no ser cultivada y ser, incluso, raramente tolerada. Los capataces de las fábricas donde se fabrican instrumentos de precisión, no dejaron de señalar, en la época en que se votaron las leyes de escolaridad obligatoria, lo que perdieron las empresas al no poder tener ya aprendices de diez años.

La acción dramática, como ya he dicho en el capítulo anterior, puede servir a fines educativos. Toda la historia humana puede traducirse a obras dramáticas. También la historia política y social puede ser objeto de un conocimiento mejor elaborado si, durante este período, la arquitectura, el mobiliario o las ropas permiten al niño deslizarse sin aridez en los acontecimientos históricos más importantes.

La práctica del deporte, adecuada para educar los mecanismos de acción, debe hacerse en este mismo período. Pero no se llega a ser hombre o mujer de acción por

la simple práctica del deporte. La acción, entendida por nuestra civilización como algo biológico, no es un entrenamiento para ciertos gestos, sino la autonomía de una Conciencia que se ejercita y domina todas las actividades motrices que se desarrollan bajo su responsabilidad.

La época activa, si bien tiene su forma primitiva entre las razas que viven en tribus, tiene su correspondencia en cada civilización como en cada ser individual. Nuestra Edad Media, con sus epopeyas cristianas que exaltan la acción heroica, ofrece recursos educativos. Se han hecho intentos incompletos en algunas escuelas para coordinar toda la enseñanza de un período psicofisiológico con el período histórico correspondiente. El régimen de exámenes impidió que el método pudiera alcanzar una aplicación sistemática.

Si ha sido educado conforme a la ley biológica de la actividad consciente, sin haber sufrido presiones deformantes, el niño llegará al umbral de la adolescencia con un control ejercitado con sus energías de percepción y acción, y con una fuerte conciencia de su autonomía activa.

EDUCACIÓN EN EL PERÍODO AFECTIVO

En la fase afectiva, el sentido social que radicaba en el grupo (como hemos visto en el capítulo precedente), se va a desligar de esta colectividad para adquirir una cualidad individual. La sensibilidad se objetiva en sentimientos conscientes; el análisis sentimental seguirá a esta toma de conciencia y el despertar del sexo añadirá el gran móvil biológico de la continuidad de la especie.

La educación de los sentimientos ha sido prácticamente abandonada en la pedagogía escolar. La psicología de las emociones exige ser reexaminada en función del absoluto afectivo de la Conciencia en este período, en vez de en relación con las modificaciones del medio humoral.

La toma de contacto de la Conciencia con el sentimiento, para ser normal, debe suceder en libertad, como con los otros niveles. El adolescente va a ser solicitado por todas partes por experiencias afectivas múltiples, y el peligro, en este período en el que no se recibe educación, es que el ejercicio de la Conciencia, en lugar de desarrollarse en los tres tiempos normales, no pase de la fase de contacto, y no llegue a la fase de reflexión, y después a la de dominio.

Muy pocos adultos han sobrepasado esta etapa de simple asociación con la emoción, y de ello procede la multiplicidad de enfermedades funcionales debidas al traumatismo consiguiente a este caos afectivo, que provoca igualmente enfermedades sociales. Indefensos ante un encuentro capaz de revolucionar su condición moral y social, se protegen parcialmente con su dedicación profesional, como hicieron de adolescentes con su sobreesfuerzo intelectual, pero no por la autonomía espiritual resultante de una Conciencia adiestrada.

Las relaciones sociales ordinarias, en la familia y en la escuela, no ofrecen más que raras veces las cumbres emocionales que permitirían a la Conciencia analizar los sentimientos experimentados. La historia, la lectura o el teatro pueden contribuir a ello eficazmente, así como todas las artes en general. Un profesor de dibujo reunía a sus alumnos para hacerles penetrar conscientemente en una situación afectiva determinada. Cada uno daba su opinión y cuando los niños estaban suficientemente «cargados» emocionalmente, les hacía trabajar. Algunos de los dibujos eran verdaderas obras de arte.

Las emociones están en la base de los vínculos sociales, y es preciso cultivarlas si se quiere cultivar el sentido social. Sólo hay un momento para hacerlo y es cuando la

Conciencia proyecta sobre la afectividad toda la potencia de su absoluto biológico. El contacto con la naturaleza es también capital en este sentido. La existencia de un marco universal alrededor de las actividades sociales es esencial para el desarrollo armonioso de la conciencia afectiva. La fijación sensorial prematura impediría al carácter afectivo y social del sexo adquirir su verdadero valor en la época de la pubertad.

EDUCACIÓN EN EL PERÍODO MENTAL ANALÍTICO

Cuando la Conciencia, transferida al nivel mental analítico, confiere a este nivel un interés absoluto, los problemas pedagógicos de la escuela tradicional ya no revisten la gravedad que habían tenido en las etapas precedentes. La enseñanza intelectualizada ya no amenaza con empobrecer las emociones: ofrece satisfacciones a la inteligencia despierta.

De todas maneras, se presentan diferencias en razón de la calidad de la educación anterior. Los alumnos que no han recibido la educación indispensable para el dominio consciente, se especializan en una rama y se resignan a mantenerse mediocrementemente en el resto. Y esto, con menosprecio de la ley psicológica que establece que no hay ninguna razón válida para que la Conciencia no consiga una habilidad semejante en todas las funciones de un mismo nivel. Los que lo consiguen son considerados como fenómenos, cuando en realidad son perfectamente normales. Lo que sí hay son predominancias de un nivel u otro, pero no implican un desigual reparto de la autonomía consciente sobre la extensión de un nivel particular.

La actividad consciente en este período se centra por completo en la inteligencia analítica. Si se denomina juicio al acto por el que la Conciencia resume su análisis y expresa su maestría, hay que distinguir cuatro clases de juicio que habrán sido adquiridas en el curso del crecimiento: juicio perceptivo, juicio práctico, juicio moral y, finalmente, juicio mental analítico. Aquí, la función analítica se convierte en su propio objeto de conciencia.

El álgebra es el más puro de estos problemas analíticos y la señora Montessori ha dado pruebas de una intuición genial al designar los elementos de una figura geométrica por una única letra; de esta forma se elimina la dificultad posterior para asociar lo algebraico a lo geométrico.

El estudio de la historia puede ser educativo si la inteligencia analiza el mecanismo de evolución histórica y juzga las consecuencias de los actos humanos.

De todas formas, debe no ser tendenciosa ni limitada por la estrechez de los adultos. Cuando un joven adulto se encuentra en posesión de unos medios intelectuales que le permiten insertarse en la sociedad, fundar una familia y elegir una profesión, su evolución consciente está lejos de haber terminado, sin embargo.

Los psicólogos del pasado que registraban los resultados de la evolución «mental», como la denominaban, la declaraban terminada hacia los quince o dieciséis años, cuando la inteligencia alcanza precisamente la fase analítica. Esto no tiene nada de asombroso: midiendo el ejercicio de la inteligencia analítica sobre los otros niveles, la curva que mide sus progresos debería terminar en el momento en el que la Conciencia se identifica con ella y, evidentemente, no puede evolucionar más allá de sí misma. Al examinar las actividades mentales más allá de los dieciséis años, estos psicólogos dicen que se trata sólo de problemas de mayor complicación, pero no de naturaleza distinta.

ENTRADA EN LA FASE DE LA INTELIGENCIA SINTÉTICA

El psicólogo del período clásico, como Descartes en Francia, era partidario del «absoluto biológico», el «apriori», del concepto analítico, la idea clara y simple, nacida de nosotros. Pero el mayor psicólogo de la época siguiente, Kant, afirmaba la existencia de un plano de Conciencia, que trasciende el concepto analítico, y que es de naturaleza sintética y social. Y no cabe duda de que, desde el siglo XVIII hasta nuestros días, la Conciencia general de nuestra civilización se expresa y analiza a un nivel especialmente social.

Este nivel de la inteligencia sintética es, al mismo tiempo, el del ego, el «ahamkara» de la nomenclatura hindú, nivel medio de lo «mental» (antahkarana), situado encima del manas y debajo de la inteligencia universal (budhi). El conocimiento de estos subniveles jerarquizados de nuestra psique, así como su propia cualificación, va a ayudarnos a comprender las características del período en que vivimos, pero también sus problemas y sus enormes peligros.

Este período sintético no es un período «recapitulador» del crecimiento individual en relación con la filogénesis, sino un período de evolución general de nuestra humanidad. Representa pues una fase biológicamente normal de esta evolución, a la que la Conciencia presta su carácter de «absoluto».

Para todos los seres cuya evolución individual se sitúa en este nivel, los «momentos» del adiestramiento (los tres tiempos del proceso de integración) no son evidentemente los mismos: unos viven la fase de «contacto», otros la de «análisis», y otros, por fin, la de «dominio». Si a esto se añade que un gran número de nuestros contemporáneos se encuentran todavía en la fase de la inteligencia analítica, casi siempre con los problemas de una afectividad que no fue educada a su debido tiempo, se puede imaginar el caos social en el que estamos inmersos.

A causa de su «exteriorización social», este período parece poder ser designado por dos términos equivalentes: «sintético» o «social». En realidad, la «travesía» de cada uno de los niveles de la estructura presenta necesariamente, como hemos visto, un aspecto social, ya que se vive en sociedad en todas las edades. De todos modos, el problema de un niño o de un joven adolescente en su grupo, no repercute sobre el grupo social en su conjunto. Por el contrario, tanto el ser humano con «mente analítica» como el de «mente sintética», adultos en cuanto a su edad fisiológica, son fuente de agitación social cuando aplican a sus relaciones sociales lo que su «absoluto consciente» les hace aparecer como «real».

En este capítulo no haré sino mencionar lo que representa psicológicamente la actividad mental sintética con sus correspondencias sociales y luego consagraré dos capítulos enteros a los problemas que plantea y las complicaciones que suscita.

A este nivel, la Conciencia de naturaleza sintética piensa esencialmente en términos de «sistemas» de ideas y sentimiento, ya los analice o los critique, los acepte o los rechace. Cuando estas síntesis afectan a las cosas humanas, se convierten en «instituciones», síntesis organizadas sobre una armadura de prácticas, ideas o sentimientos comunes. El término puede aplicarse, no sólo a las agrupaciones oficiales como el Estado, que es por sí mismo una institución, sino también a las que se constituyen por iniciativa privada.

El individuo, en este período, se inclina necesariamente hacia objetivos sociales. Por su profesión, entra en uno de los grandes sistemas de instituciones por los que el grupo social asegura su existencia material (industria o comercio), social (administración nacional o local), intelectual y moral (ciencia, literatura, religión), o incluso política (partidos, grupos).

Si su evolución ha sido normal, la joven o el joven se encontrarán animados por ideales ampliamente humanos para con su grupo, su partido o su país. En esto es en lo que el país es una realidad de primer plano, porque ahí es donde el ego toma parte en su historia, donde su integración personal se integra a su vez, sin perder su autonomía, en la gran autonomía nacional.

Estos jóvenes, ciertamente, han formado ya parte de otros agrupamientos antes de este período: familia, clan, pandilla, escuela. No eran más que unidades personales evolucionando en el seno de un grupo que les transcendía. La «cosa social» se encuentra ahora en su propio plano y se sienten sus iguales. Y más aún, pues un ser humano es siempre superior a una institución a la que, por su propia acción voluntaria, puede cambiar en una cierta medida. Todas las síntesis sociales son síntesis humanas, expresiones de una personalidad que las ha promovido.

Cada miembro del cuerpo social es incapaz de integrar en sí mismo todo lo social, pensarlo por completo, amarlo y servirlo conscientemente por completo. Cada uno tiene su edad consciente y se eleva sobre los subniveles del nivel social hasta una estatura que le es propia. Su «social» corresponde a lo que ha conseguido adiestrar de sus funciones psíquicas. Ahí está su verdadero medio social; el resto del grupo es, para él, el campo de su desarrollo ulterior.

La escala social es una realidad noética, y no política o económica. En cada grupo se encuentran personas que lo explotan y personas que lo sirven. La educación se considera realizada en el interior del grupo en la medida en que sus miembros llegan, en lo posible, al completo dominio del ideal común. El Estado tendría que poder integrar en sí todas las formas de conciencia social y el «Estado-partido» tendría que ser visto como un anacronismo. La democracia ha llevado a cabo su ideal político, está en vías de realizar su ideal económico, pero le queda por realizar su ideal «espiritual» (noético) a saber: reconocer y servir el derecho de todo individuo al más completo desarrollo posible de la conciencia humana.

Desde este punto de vista, la educación permanente no debe ser un simple reciclaje con fines profesionales, sino una estimulación continua de la iniciativa individual y la creatividad. La educación nacional debe ser la educación de todos los individuos, de los dos sexos, en la autonomía sobre todos los planos de su ser, asistiéndoles inteligentemente en su crecimiento (evolución) humano. Esta tarea que incumbe al Estado, no debería ser abandonada a los partidos políticos. La tarea de la que hablo es la educación y no el enrolamiento en un partido, ni el proselitismo de un ideal de partido, debiendo ser libre, en todo caso, dicho enrolamiento. Si los Estados no piensan en cumplir esa tarea normalmente, es porque están insuflados de una ideología particular.

Cuando los ciudadanos son educados en una autonomía a la vez energética y flexible, acostumbrada a la libertad, acometerán la evolución social como ciudadanos conscientes y por reformas inteligentes y no por el fanatismo de las reivindicaciones del inconsciente social. Si el progreso integra el pasado en su porvenir, la variedad supera a la herencia y la transforma. Todas las instituciones, la familia, el Estado, se transforman y transfieren su función a una instancia más alta. Nada es comparable al poder conservador de la herencia, como no sea el poder transformador de la variedad.

Esta variedad no vendrá sino gracias a individuos socialmente grandes y no hay individuos socialmente grandes si no son humanamente grandes.

El carácter social de la fase sintética, o mejor, sus implicaciones sociales, son de una importancia crucial para la sociedad entera. La sociología podría sacar enseñanzas interesantes y eficaces si contemplasen su disciplina desde el ángulo de la evolución

consciente, tal y como lo hemos presentado. Las dificultades sociales provienen del ejercicio de un «absoluto» que se aplica a un nivel que, siendo el de las síntesis es, al mismo tiempo, el del ego humano.

Este aspecto social, por importante que sea, no agota sin embargo el estudio de este período sintético. Este período imprime su carácter a los grandes sistemas como la ciencia, la filosofía, el arte y la religión. La ciencia, como vamos a ver, puede servir de test en el paso de un nivel a otro de la Conciencia del sabio.

Desde el punto de vista pedagógico, esta fase se refiere a la educación universitaria. Nacidos de la consciencia sintética (intelectual, afectiva o práctica), y de las categorías que la constituyen, estos grandes sistemas contribuyen a su educación.

Si, en los períodos precedentes, una educación «biológicamente normal» condujo a los adolescentes a la fase analítica sin quitarles el gusto por el estudio y dejando agudizadas y dispuestas sus ganas de saber, deben poderse orientar espontáneamente hacia un estudio sintético, fuera incluso de toda búsqueda profesional y fuera de la enseñanza sistemática de la Universidad. Sería bueno que junto a los campos de deporte, pudieran sintetizar sus conocimientos y expresarlos libremente en laboratorios y talleres de arte.

Se sobreentiende que estas facilidades que incitan a la creación, deben estar igualmente abiertas a la tercera edad, que la vida profesional ha mantenido apartada de sus actividades favoritas. Esta riqueza potencial debe poderse actualizar liberando un poder creador que será mejor elaborado puesto que se desplegará en plena madurez: en el plano intelectual, las Universidades de la tercera edad constituyen una iniciativa feliz.

Y, a pesar del drama ecológico en que vivimos, nunca se pagaría demasiado precio por el mantenimiento de un marco de belleza natural en torno a esta generación adulta en todas las etapas. La comunión con la vida vegetal, tan importante para nuestra salud, favorecería, por otra parte, la construcción y el mantenimiento de una armonía interior y social tan difícil de preservar con el traumatismo incesante de unos egos que se enfrentan sin piedad.

Abordaremos ahora las implicaciones científicas y sociales de esta etapa difícil que es la mentalidad «sintética».

CAPITULO XIII LA VIDA EN EL NIVEL MENTAL SINTETICO

La ciencia y el nivel evolutivo del mundo actual

«¿Por qué cambia de sitio lo Real?»
(BACHELARD)

LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA CIENTÍFICA POR LOS DISTINTOS NIVELES PSICOLÓGICOS

Si tratamos de localizar el escalón correspondiente a nuestro tiempo, dentro de la «escala evolutiva» de la actividad consciente, no podríamos encontrar un índice más significativo que el progreso científico.

Entre la «Verdad científica» de una época y el nivel psicológico de los científicos a ella pertenecientes existe una indudable correspondencia, que se ha expresado de diversas maneras:

Bouty se limitaba a constatar el hecho: «La ciencia es un producto del espíritu humano, conforme a sus leyes de pensamiento y adaptado al mundo exterior.» Para nosotros esas leyes vienen dictadas por el «absoluto» de la Conciencia con respecto al nivel dado.

Louis de Broglie se dirige a los psicólogos, interesados por el «mecanismo de la inteligencia»: «La historia de la ciencia puede aportar al psicólogo datos preciosísimos sobre el funcionamiento de la inteligencia humana». Nosotros pensamos que puede ayudarle a precisar el nivel que se encuentra en trance de evolución.

También Binet se preguntaba, en 1895, si la teoría científica no revelaba de alguna manera la personalidad psicológica del científico, y se expresaba así: «Les toca ahora a los filósofos y psicólogos demostrar el mecanismo de tales teorías, sacar a la luz sus características psicológicas y lógicas.» Difícilmente podría elaborarse ésta tratando de plantearla de una manera estática, podríamos decir; esto es, a un único nivel. Sólo observando el desarrollo filmico de un mismo mecanismo, que se repite una y otra vez, de nivel en nivel, sobre objetos psicológicamente diferentes, podemos extraer de tal repetición una certeza.

Otros tal vez encuentren dificultad en admitir que lo que genera el proceso mismo de la demostración es el desplazamiento y la actividad de la «Conciencia-Energía», con su carácter de «absoluto», en los diversos niveles sucesivos.

A propósito de estos «desplazamientos» de la Conciencia, recordemos una imagen que propone Eddington respecto del mundo físico: «A través de todo el mundo físico "circula" ese misterioso contenido, que debe ser, seguramente, del mismo orden que nuestra conciencia»¹⁵⁸. ¿No podría quizás, también, la Conciencia, «circulando verticalmente» por la estructura psicofisiológica que ella misma ha elaborado, desplegar esa actividad de sucesivos adiestramientos en orden a captar el mundo exterior?

Bachelard indica: «Toda actividad espiritual es un paso de un nivel a otro nivel más elevado»^{*Op.cit.(135)}, pero no sugiere QUIÉN realiza ese paso. Y, en otra parte: «Debemos aprovechar todas las enseñanzas de la ciencia, por específicas que sean, para establecer nuevas estructuras espirituales. Debemos comprender que toda posesión de una forma de conocimiento es automáticamente una reforma del espíritu»¹⁵⁹. En efecto, las enseñanzas «específicas» son interesantes, pues pueden permitir precisar el «nivel». No es que esas enseñanzas «establezcan» de por sí

estructuras nuevas, pero sí constituyen su expresión. Y lo que el autor denomina «reforma» del espíritu, es solamente un cambio de nivel del absoluto de la Conciencia.

Por lo que respecta a las ciencias físicas, es muy fácil detectar la correspondencia existente con el nivel de conciencia, pues también ellas cuentan con un «absoluto», que recibe el nombre de «postulado». Basta con apreciar el carácter «analítico» o «sintético» del postulado en cuestión para identificar el nivel. Ya lo hemos comprobado a propósito de la «cronaxia» de Louis Lapicque. Sin que debamos, obligatoriamente, referirnos a esos postulados, Bachelard, gran conocedor de la filosofía científica, nos indica su cualidad. Por ejemplo: «Se comprendería mejor el carácter "necesariamente sintético" de la experiencia microfísica, si se prestara suficiente atención a ciertas experiencias muy comunes»¹⁶⁰.

En la misma obra, nos llama la atención otra observación de Bachelard: «Cada vez que se hace un nuevo descubrimiento sobre la estructura del espacio y el tiempo, lleva consigo siempre una reacción sobre la estructura de nuestro espíritu. Otros descubrimientos, en cambio, enriquecen el edificio del saber sin modificar sus bases.» Podríamos transcribir esos interesantes datos al marco de nuestro sistema de referencia, del modo siguiente: Todo nuevo descubrimiento en torno a la estructura del espacio y el tiempo, al ser fruto de un nivel de conciencia inmediatamente superior al nuestro (aunque evolutivamente muy cercano a él), estimula nuestra evolución consciente haciéndola pasar al nivel superior. La reacción no se produce directamente sobre la estructura; el impacto se produce sobre el dinamismo consciente. Por otra parte, los descubrimientos que nos enriquecen sin modificar las bases de nuestro conocimiento, implican un nivel de conciencia ya dominado por nosotros o en trance de evolución sin haber alcanzado aún el punto culminante.

En el campo artístico, no se equivoca Gleizes¹⁶¹ cuando afirma: «La modificación del estado de espíritu acarrea por sí sola una modificación de las formas.» El estado de espíritu es el estado de «conciencia», aclara el autor. Los frescos, las esculturas, proporcionan una exacta información sobre el estado de conciencia de la época. Por ello mismo reprocha a los eruditos, a los críticos de arte, por no plantearse jamás la cuestión de si una forma plástica viene determinada por un estado de conciencia o si donde sólo saben ver un producto de ineptitudes o tanteos, no puede tratarse en realidad de una elevada manifestación de conciencia expresada con la mayor perfección técnica.

Citando la obra *Ideáis of Indian Arts* de E.B. Hawell, conservador del museo de Calcuta, Gleizes subraya que la India, al poner en relación con el espíritu de Brahma el acto del artista, ha sabido contemplar en su luz verdadera la obra de arte. Así se comprende que el período védico de los Upanishads se opusiera a toda representación objetiva, a toda forma descriptiva, en cuanto expresiones de los niveles inferiores de la manifestación.

Hoy en día, cuando la ciencia, despojándonos del espacio y del tiempo, ha hurtado de un golpe a nuestros ojos todo decorado exterior, la India nos recuerda que al hombre le queda como única certeza la Conciencia, no su propia conciencia individual, que no hace al caso, sino la «Conciencia Una y Total».

Pido perdón por todos estos «análisis de textos» que tal vez constituyen una fastidiosa digresión. Lo único que pretendemos es que aquellos lectores a quienes interese la cuestión puedan entrever el «eslabón perdido» que falta a todas esas grandes inteligencias que perciben, sin llegar a vislumbrarlo claramente, el problema de la psicología evolutiva. Ese eslabón, o mejor esa pieza ausente del puzzle, no es otra cosa que la independencia de la Conciencia y la movilidad en la inmanencia de

que goza. También, su calidad de «nivel superior» de una estructura por ella creada y organizada después con vistas a dotarla de eficacia funcional.

Esta naturaleza de la Conciencia con sus cualidades funcionales, es lo que defiende mi propio postulado, que la experiencia no ha dejado nunca de confirmarme.

En la concepción que seguimos, la Conciencia, con su carácter de «absoluto» (que hace surgir los postulados en el espíritu del científico), sitúa el «nivel evolutivo» de nuestro itinerario hacia el descubrimiento de lo Real. Los cambios sucesivos de uno a otro nivel son otros tantos jalones del «camino de vuelta» por el que nos conduce la Conciencia. Esos cambios son la garantía de un progreso ineluctable que nos lleva a «volver a ser conscientemente lo que somos» y lo que, en realidad, nunca habíamos dejado de ser; solamente lo ignorábamos, se nos dice.

EL CAMBIO DEL «ANÁLISIS» A LA «SÍNTESIS». LA FILOSOFÍA DEL «NO»

En el plano científico asistimos a un cambio que transfiere la Conciencia —con otras palabras, nuestro «real relativo» (real en cuanto a la Conciencia, relativo en cuanto al nivel) — de la inteligencia analítica a la inteligencia sintética, y esto en todos los campos. A todos los valores cuya relatividad interesaba a la inteligencia analítica, la ciencia les aplica el «neti» hindú (no, no es eso) que la Tradición aconseja decir a todos los valores relativos para tomar conciencia de lo Real. No hay más que remitirse a la «Filosofía del No» de Bachelard, ya citada, para darse cuenta de la envergadura de esa negación: epistemología no cartesiana, química no lavoisiana, lógica no aristotélica, geometría no euclidiana.

Con este radical cambio epistemológico, los postulados se renuevan, los elementos «sintéticos» se convierten en «realidades»: los grupos, las estructuras, los conjuntos... las lógicas de los físicos dejan de ser bivalentes para convertirse en trivalentes o en polivalentes¹⁶² o incluso en indeterminadas cuando así lo exige una interpretación de los hechos conforme con el absoluto noético del científico.

A decir verdad, algunas conciencias científicas parecen haber alcanzado el punto final de dominio sobre la propia síntesis; los marcos saltan hechos pedazos, la vida se desliga de las formas y el interés se centra ya en lo universal. Los espíritus más esclarecidos no han dudado en negar la perennidad de unos métodos supuestamente considerados como los mejores. Bachelard cita, en este sentido, la visión evolutiva del químico Urbain: «No existe método de investigación que no acabe por perder su fecundidad original... el espíritu científico no puede progresar sino creando nuevos métodos.»^{*Op.cit.(86),p.135} De hecho, no es que progrese creando nuevos métodos, sino que, por el hecho de haber progresado, crea nuevos métodos.

La epistemología no cartesiana ha caído en la cuenta de la estrechez del pensamiento objetivo de Descartes, cuyo método es «reductivo» y no «inductivo». El análisis, para explicar los fenómenos, dissociaba las figuras y los movimientos, mientras que las relaciones de incertidumbre expresan la rigurosa imposibilidad de semejante descripción. Para apreciar la nueva realidad de la «materia en movimiento», el pensamiento teórico tiene necesidad de juicios sintéticos a priori. La dificultad que encuentran los jóvenes para interesarse por el método cartesiano muestra bien a las claras el carácter filogenético (lo mismo que ontogenético) del cambio de nivel operado.

«El pensamiento no encuentra reposo hasta que una razón de conjunto pone un sello sintético a la construcción», recuerda Bachelard, y añade que Henri Poincaré ya había señalado el carácter «no cartesiano» de esta orientación. Pero, cuando a propósito del pedazo de cera de Descartes, nos dice este autor que «se había prohibido desde

el principio toda experiencia progresiva», olvida considerar que el nivel psicológico utilizado por aquél no era el mismo, y no podía ni siquiera imaginar que pudiera haber experiencias progresivas; no podía tratarse de «prohibir» experiencias inimaginables para el propio espíritu.

Justo es reconocer que el «espíritu tiene una estructura variable desde el momento que el conocimiento tiene una historia», pero es más discutible, nos parece, considerar que «este sesgo revolucionario de la ciencia contemporánea debe repercutir profundamente en la estructura del espíritu». Ya hemos objetado, a propósito de una observación más o menos similar que, por el contrario, donde se expresa el carácter revolucionario es en una estructura diferente del espíritu, a saber, en el paso a un nivel superior. Si el descubrimiento puede «inspirar» la evolución del dinamismo consciente, le es imposible modificar la estructura de un nivel dado.

Considerar que el espíritu científico, en cuanto «rectificación del saber», debe juzgar y «condenar» su pasado, y estimar que su «estructura es tomar conciencia de sus errores históricos», es no saber apreciar como es debido la noción de evolución. Es olvidarse de reconocer que conseguir el dominio de los procesos analíticos era una etapa indispensable para el florecimiento del «pensamiento actual», el cual, de acuerdo con esta óptica, acabaría siendo también un «error» para los «pensadores del mañana» y, también, para la totalidad de la ciencia en su esfuerzo por acercarse a lo Real. Al nivel ontogenético, el adulto no hace reproches al niño por causa de su inmadurez psicológica. Si los pensadores actuales aplicaran el mismo juicio al nivel filogenético, no cabría hablar de «errores» ni de culpas.

Por lo demás, no ofrece duda el estado de incompleción en que se encuentra la ciencia contemporánea. Juvet expresa con vivido realismo el itinerario psicológico, fuente de gozo para el investigador: «El más importante factor de progreso de las ciencias físicas es la sorpresa que produce una nueva imagen o una nueva asociación de imágenes. .. la causa de tal progreso hay que buscarla en el seno de los campos de fuerzas creados en la imaginación por las nuevas asociaciones de imágenes, haciendo la felicidad del científico en la medida en que es capaz de ensamblarlas entre sí» (siempre citado por Bachelard).

Recordando el cambio que caracterizó los comienzos del siglo XX, con la aparición de los «jóvenes científicos de la física moderna», Bachelard nos invita a revivir en nosotros mismos los cambios espirituales que jalonaron la propia evolución individual: «La natura naturans»^{*Natura naturans: Término escolástico que designa a la Naturaleza en cuanto principio activo, operante, creador, en oposición a la natura naturata o Naturaleza como término, objeto o producto de aquella acción. [N. del T.]}

trabaja incluso en nuestra alma; un día, de pronto, se da cuenta de que ha comprendido. ¿Dónde puede reconocerse desde el primer momento el valor de tales síntesis repentinas? En una indecible claridad que trae seguridad y felicidad a nuestra razón.» Añadiremos, a modo de comentario, que la Conciencia que trabaja en el camino del descubrimiento es, también, en sí misma la «felicidad» (Sat-Chit-Ananda).

LA FÍSICA NO NEWTONIANA

El paso de la física newtoniana a la mecánica no newtoniana tiene su expresión psicológica en la comparación entre el espíritu científico de Newton y el de Einstein. La teoría de la Relatividad Restringida de Einstein modificaba las leyes de la mecánica newtoniana al establecer la equivalencia «masa-energía». La ciencia cuántica trata únicamente de conjuntos, según muestran Einstein e Infeld; sus leyes se aplican a «poblaciones», no a individuos.

No existe transición entre ambos sistemas; el cambio de nivel es repentino, y

solamente después de que ha tenido lugar, se puede redescubrir progresivamente la mecánica Newtoniana.

Como en otras disciplinas, el pensamiento sintético desciende de lo abstracto a lo concreto, por el hecho de que el complejo es un a priori. Lo concreto se convierte en un «caso» de lo abstracto. La conceptualización es una experiencia y el mundo será su verificación. Las nuevas doctrinas «envuelven» a las antiguas; las generaciones espirituales proceden por ajustamiento sucesivo (como los tattvas). Lo particular no puede evolucionar a lo general, pero el caso particular puede encontrarse en lo general. Ya hemos apreciado esa dirección irreversible en el tema de la mutua comprensión de los seres según su nivel psicológico evolutivo.

Bachelard acude al ejemplo de la noción de «masa» para demostrar la evolución del concepto científico en física y, para hacerlo, se remonta a un proceso muy anterior al del análisis: al concepto animista de la masa, en cuanto apreciada a simple vista. Se trata del aspecto que hemos llamado «nivel sensorial». Luego viene el aspecto dinámico (fase activa): la masa utilizada como «objeto contundente», pronto suavizado al generalizarse el uso de la balanza.

A finales del siglo XVII se funda la mecánica racional de Newton, que preside toda la física matemática del siglo XIX. Los elementos

fundamentales siguen siendo simples y separados entre sí: espacio absoluto, tiempo absoluto, masa absoluta. Se trata de a prioris. Surge entonces la «Relatividad». Se descubre la estructura funcional interna de la materia; ya no es independiente de la velocidad ni absoluta en el tiempo ni en el espacio. No tiene sentido hablar de reposo absoluto ni de masa absoluta. La razón también ha dejado de ser absoluta; el racionalismo es «funcional», vario, viviente.

La mecánica de Dirac transforma ahora el racionalismo en superracionalismo dialéctico. El fenómeno de la «propagación» se estudia al margen de cualquier elemento concreto susceptible de propagarse. De ahí la pluralidad de ecuaciones de propagación que desembocan en el descubrimiento de una doble masa: una positiva y otra negativa, concepto que hubiera resultado monstruoso para el nivel psicológico precedente. Los mismos conceptos han dado lugar, en la mecánica de Dirac, a la «energía negativa». El ímpetu científico se matematiza cada vez más al proponerse a funciones cada vez más complejas y más numerosas y síntesis cada vez más vastas.

LA GEOMETRIA NO EUCLIDIANA

A partir de Euclides, y durante dos mil años, la geometría conservó una estructura que parecía característica de la inteligencia humana (y en aquella época efectivamente lo era). Pero a finales del siglo pasado, después de haberse hallado la equivalencia de diversas imágenes geométricas, correspondientes a una misma fórmula algebraica, la evolución de las matemáticas iba a arrastrar a la geometría en una evolución concomitante, reclamada por otra parte, de forma ineluctable por la microfísica.

En adelante, la axiomática de una geometría no será completa más que si representa verdadera y exactamente a un conjunto. Pero el sistema simple de conjuntos y desplazamientos de la geometría euclidiana ha cedido el sitio a un sistema de conjuntos más complejos. La microfísica, en la que las partículas se deforman con el movimiento, dejaba de ser compatible con el conjunto de la geometría euclidiana; la prueba se encontraba en la ley de las transformaciones matemáticas. Así pues, la coherencia experimental y teórica del pensamiento geométrico se basa también, actualmente, en la noción sintética de conjunto.

LA QUÍMICA NO LAVOISIANA*Op.cit.(159),cap. III

En la química no lavoisiana, la disciplina clásica ha sido sustituida por una «metaquímica». La existencia ya no se reduce a una función monótona, y sólo la consideración sintética permite establecer una especie de jerarquía en las funciones sustanciales, a la vez que se detecta una inquietud de «compleción» en la doctrina de las sustancias químicas. Korzybski señala el ocaso sustancialista de la antigua filosofía química, basándose en el hecho de que la física de altas presiones muestra que las antiguas características atribuidas a las sustancias eran sólo funciones accidentales de la presión y la temperatura.

Bachelard, al sugerir el porvenir de la química, se expresa en los siguientes términos, comparables a los del Shakta Vedanta: «Contemplamos la aparición del nuevo tema de la real dinamización esencial de la sustancia. La energía es parte integral de la sustancia... es tan real como la sustancia y la sustancia no es más real que la energía.» Para indicar que la sustancia ofrece un conjunto de determinantes externos, no precisables en orden a alcanzar un interior absoluto, se sugiere el nombre de «extancia».

Jean-Louis Destouches piensa que el concepto de «masa-ser» podría ser sustituido por el de «masa-estado»: un mismo corpúsculo podría asumir diferentes estados «másicos». Una única función matemática distribuiría esos diferentes estados en un solo corpúsculo. En vez de «nada se destruye», tendríamos «todo se distribuye». Estamos ante un proceso de «fiscalización» de la química, que parece estarla llevando muy lejos.

De hecho vemos que es la misma Consciencia la que sigue expresándose a través de las diferentes disciplinas, y sigue sintetizando progresivamente un número cada vez mayor de conocimientos.

LA LÓGICA NO ARISTOTÉLICA

La lógica no aristotélica ha sido desarrollada por un grupo de pensadores inspirados en Korzybski*Op.cit.(87).

Era de esperar que el pensamiento científico, una vez efectuada la transposición de su potencia dialéctica al nivel sintético, alumbrase una nueva formulación de la lógica, correspondiente a ese mismo nivel evolutivo. Tanto más cuanto que la lógica aristotélica no respondía ya en absoluto a la estructura del pensamiento contemporáneo. Un ejemplo, tomado de la física, muestra de modo evidente la ineptitud total de la antigua lógica para seguir siendo funcional en experiencias de microfísica:

La lógica era «cosista»; un objeto cualquiera, con su localización correspondiente según la ingenua percepción euclidiana, tenía su especificidad. Ahora bien, en el marco de lo que Bachelard denomina «postulado de no análisis», el principio de Heisenberg prohíbe separar las cualidades espaciales de las dinámicas a la hora de determinar un micro-objeto, que se presenta como un objeto bi-específico. La lógica general no puede ya, pues, admitir la descripción estática de un objeto.

En el plano del lenguaje, se imponen ineludiblemente cambios tan numerosos e importantes, que no dejarán de tener importantes repercusiones pedagógicas¹⁶³.

Uno de los puntos más seriamente insuficientes del antiguo sistema resulta ser la adopción del binomio «sujeto-predicado» como única forma de representación proposicional, siendo así que las cualidades son, de hecho, fabricadas por nuestro sistema nervioso. En este sentido, la utilización del verbo «ser» resulta

extremadamente peligrosa. En su empleo como auxiliar, o en su acepción «existencial» *Es decir, cuando significa «estar». Sabido es que, en francés, un mismo verbo être— traduce los verbos castellanos «ser» y «estar». [N. del T.] , es inofensivo, pero cuando se le emplea en su función atributiva o de identidad, se cae en la impropiedad: la rosa «es» roja, la rosa «es» una flor. En un mundo como el nuestro, sujeto a un continuo proceso de incesantes mutaciones, esa identidad no se da jamás, ni empíricamente, ni siquiera al nivel silencioso de nuestro sistema nervioso.

Aparte la estructura «sujeto-predicado» y el «es» de identidad, hay también otras dos características que resaltan en la estructura aristotélica:

—Por una parte los alternativos bipolares «sea-sea» (o «bien-bien» o «ya-ya») seguidos de dos términos contradictorios como «día» y «noche», que deben ser desplazados por términos más matizables y «graduables».

—Por otra parte, el «elementalismo» o escisión verbal de lo que, empíricamente, no puede ser dividido, por ejemplo: espacio, tiempo.

Todos estos antiguos giros de pensamiento han bloqueado nuestra capacidad de «ver lo viejo con ojos nuevos» (Leibniz). De ahí la necesidad de un sistema «no aristotélico» que cuente con una estructura de lenguaje que permita no desnaturalizar los descubrimientos modernos. Todo ello en paralelo con los desarrollos no euclidianos y no newtonianos de la geometría y la física modernas. Tal sistema fue elaborado en 1921 en base a una nueva evaluación sintética del hombre como «un organismo concebido como un todo en un medio circundante» y que realiza una clase de vida «vinculadora del tiempo» (time binding). Los criterios de valor se fundan en el estudio de las potencialidades humanas y, metodológicamente, se emplean procedimientos extensivos para transformar la estructura del lenguaje.

El problema clave estriba en tomar conciencia de las abstracciones que empleamos; a ello nos ayudan algunos recursos estructurales. Tales son: 1) el uso de «índices» numerales que transforman nombres comunes en nombres propios (silla 1, silla 2); 2) los «epígrafes» y «subepígrafes» dan entrada a factores y situaciones circunstanciales (Dupont 1,1 -1,2); 3) el empleo de fechas nos sitúa en un mundo dinámico y cambiante (Dupont 1920, Dupont 1940); 4) la utilización del « etc.» nos hace tomar conciencia del número infinitamente elevado de factores que entran en juego en un proceso que nunca podemos conocer exhaustivamente; 5) el uso de las «comillas», como en «cuerpo», «espíritu», nos advierten que no debemos fiarnos de términos elementales o metafísicos; 6) los guiones expresan lingüísticamente relaciones complejas y empíricas que se dan en la realidad (espacio-tiempo; psico-biológicos).

Esta revisión estructural del lenguaje produce efectos neurofisiológicos, pues exige pensaren términos «fácticos» o de procesos de visualización antes de proceder a la generalización. Ese corto período de reacción neurológica facilita la integración tálamo-cortical.

Una comprensión del hombre sobre bases nuevas, como la que proponemos, liberada de viejos postulados paralizantes, es uno de los puntos de inflexión en los que se apoya la nueva consideración del papel único que el ser humano desempeña en este momento.

No vamos a dejar esta breve revisión crítica de la lógica aristotélica sin recordar la advertencia de S. Lupasco^{*Op.cit.(88),p.57} sobre un punto que Korzybski parece haber olvidado, a saber: la perennidad de dicha lógica en el campo del álgebra. En este sector, en el que rigen todavía el principio de identidad y el de contradicción, la aplicación del nuevo proceso daría lugar a una homogeneidad perjudicial para el psiquismo del matemático y para la salud de la sociedad entera, amenazada de esquizofrenia en sujetos predispuestos. Ya hemos expuesto esta tesis en el capítuloV.

LA EVOLUCIÓN DE LAS NOCIONES DE ESPACIO Y DE TIEMPO. EL ESPACIO-TIEMPO

La considerable evolución que han sufrido, lo mismo en la conciencia del físico que en la del psicólogo, las nociones de espacio y de tiempo merece una especial atención. Se trata del problema más importante, y tal vez el más enigmático del Universo y, por consiguiente, de la Conciencia humana, que se ve confrontada a él.

Para Hegel la consideración del espacio y el tiempo era el punto de partida para tratar de resolver la oposición entre pensamiento y realidad. Intentando sobrepasar la noción abstracta y vacía de tiempo, el filósofo nos invitaba a penetrar en su realidad espiritual, sinónima, para él, de vida, de espíritu, de enriquecimiento y de victoria, como recuerda Bachelard. Korzybski, como acabamos de ver, hacía de esa implantación del tiempo en la psicología humana, una característica de la especie, a la que califica de «time binder» ^{*timebinder=vinculadora del tiempo, esto es, que genera la noción del tiempo con su propio desarrollo [N.el T.]}

a) Desde el punto de vista psicológico, la evolución dialéctica de la noción de tiempo no presenta otro interés que el de asegurarnos que el espíritu no está en el tiempo, sino que, más bien es el tiempo el que está en el espíritu, como decía san Agustín. Efectivamente, para nosotros, el tiempo acompaña a la Conciencia, a la que manifiesta en su marcha ascendente por los niveles de nuestra estructura psicológica. Es una «función de la conciencia», la cual, al desplegarse por los niveles jerarquizados de una «pseudo-realidad», nos encamina hacia su propia naturaleza: lo Real.

Pues es que existe un tiempo vertical de la persona, como declara Bachelard que nos exhorta a «vivir temporalmente en la tercera potencia». Cuando tratamos de los «ritmos» que están a la base de la dinámica vital, psíquica y espiritual, vimos la manera como el tiempo intervenía confirmando a tales ritmos períodos cuya duración aumentaba de acuerdo con la espiritualidad. La «cronaxis» es asimismo una muestra de la intervención del tiempo en la neurofisiología, con idéntica implicación jerárquica. Por lo que respecta a la clínica médica, el psiquiatra Wallis estima que el elemento temporal, cuarta dimensión del espíritu, está en la base del comportamiento activo del individuo, tanto en la salud como en la enfermedad mental ^{*Op.cit.(130),p.240}. Para este autor, la intervención del «tiempo interior» es constitutiva de todos los fenómenos observados en el ser humano, ya sean físicos, neurológicos, psicológicos, psiquiátricos o médicos. Según él, la acción se convierte en la expresión práctica de esa cuarta dimensión si se observa la acción del tiempo durante el tiempo de la acción. Las enfermedades mentales corresponderían a la pérdida, en diversos grados, de la noción del tiempo interior.

Ya vimos anteriormente que el doctor Wallis atribuye a la estructura y al estatuto funcional del sistema nervioso la aparente irreversibilidad del tiempo.

Las enfermedades orgánicas, que implican una alteración de la materia, serían enfermedades «espaciales», mientras que los desarreglos funcionales representarían alteraciones de la función «temporal». Asimismo hemos visto que, por su parte, los físicos atribuían esa aparente irreversibilidad a la necesaria adaptación de la vida y la Conciencia a las condiciones del Universo cuatridimensional ^{*Op.cit.(129),p.135}.

b) El tiempo y la física

La noción de «espesor del tiempo», que los físicos tratan dentro del «bloque espacio-temporal», aparece también en la pluma de los filósofos. Bachelard, abandonando

como Hegel la apreciación del tiempo en términos de duración y longitud, habla de «plenitud» y de «densidad».

No obstante, sigue siendo la física la que explícita, en su sentido propio, la noción de densidad. El astrónomo soviético Kozyrev, a quien hemos citado al hablar de la telepatía, califica al tiempo como «realidad física» cuyas propiedades permiten diferenciar el pasado del futuro. Es una forma de energía dotada de densidad y potencial variables de acuerdo con las condiciones psicológicas*Op.cit.(4),p.230.

Que el tiempo sea una energía, no es algo que nos pueda extrañar en la época de la microfísica, para la que toda manifestación tiene su equivalencia y su convertibilidad energética.

Este es el momento de hacer una doble consideración que va a llevarnos, cada una por su lado, a buscar su culminación en la «filosofía energética» suprema que ofrece a todos los investigadores el Shakta Vedanta. Si existen aún algunas diferencias entre la física moderna y la Tradición, escribía Sir Woodroffe, no va a ser la Tradición la que tenga que inclinarse ante la ciencia, sino que será la ciencia la que tenga que acercarse progresivamente al Shakta Vedanta*Op.cit.(19),p.4. A ello nos conducen los dos puntos siguientes: el «Continuo Espacio-Tiempo» y el «Espacio-Tiempo de sistematización energética».

Sin embargo, antes de pasar a exponer estos dos puntos, trataremos de la evolución consciente relativa al espacio y el tiempo, considerando en primer lugar tal evolución en cuanto paso del absoluto analítico al absoluto sintético:

En tanto que absolutos analíticos, el espacio y el tiempo no parecían depender de un mismo nivel de conciencia.

El espacio, considerado desde el punto de vista de nuestra ingenua percepción cotidiana, estaba vinculado a las aferencias sensoriales procedentes de la posición ocupada por los objetos considerados como reales. Actuaba aquí la parte inferior de la psique (el «manas» del antahkarana), recogiendo impresiones, clasificándolas y transmitiendo la codificación al cerebro.

En cuanto al tiempo, incluso en su concepción más elemental, era ya una noción abstracta de nuestro ego (ese «time-binder») que se apropia el significado de los elementos presentados por el «manas».

Por lo demás, esa diferencia entre las dos nociones se ponía de manifiesto de forma muy curiosa en las matemáticas: mientras que las tres dimensiones del espacio se trataban como variables reales, el tiempo «sólo podía ser manipulado mediante el factor "i" que, como es sabido, es la raíz cuadrada de menos uno»*Op.cit.(48),p.87. Se trataba pues de una diferencia cualitativa, explicable a partir de la diferencia jerárquica de los niveles que elaboraban ambas nociones. Por otra parte, contrariamente a lo que sucedía con el espacio el tiempo se consideraba irreversible; ciertos autores se negaban a considerarlo como una cuarta dimensión, tratándolo más bien de dimensión «suplementaria».

La Conciencia, al evolucionar de la mente analítica concreta a la mente sintética, hizo la correspondiente transposición del espacio a través de la noción de hiperespacio y, más tarde, con la de espacios abstractos de N dimensiones.

En la época de transición, junto a la noción de hiperespacio deformable en función de los campos de fuerza, surgió la noción de «espacio-tiempo» de Minkowski y de Einstein formulada por la nueva geometría cuatridimensional. Desde entonces, el espacio formado por N parámetros se convirtió en una síntesis, concibiéndola formada de micro-hipervolúmenes infinitesimales portadores de energía-materia, de información (puesta en forma de energía), de extensión, de duración, y de campos de fuerzas, manifestaciones todas ellas de un mismo campo unitario¹⁶⁴.

El realismo físico, para el que la localización era la raíz misma de toda sustancialización, dejó de definir los objetos a partir de sus cualidades sensoriales y pasó a hablar de su localización puntual; la doctrina cuántica renunció incluso a precisar su centro. Los tipos de espacios ya no eran sino complejos «espirituales y experimentales». Sobrevienen entonces, con Schrödinger, los «espacios de configuración», en los que se abandona lo concreto en favor de la generalización. Al quedar indeterminado el elemento espacial, al no existir ya un valor sustancial, sólo se habla en adelante de propiedades cuando los elementos entran en «relación».

Esta noción de «relaciones» ilustra claramente el carácter evolutivo específico de la Conciencia moderna. Supone una reivindicación de la primacía del «estructuralismo» en la filosofía. El elemento no tiene sentido ni realidad sino en virtud del nudo de relaciones que lo constituyen. ¿Acaso no es el mismo lenguaje y los mismos conceptos que emplea la física?

La ciencia física tiene siempre necesidad de «construir» nuevos espacios. Poincaré afirma que para «organizar» el espacio se requiere una teoría que no esté basada ni sobre el testimonio de los sentidos ni sobre la previa experiencia.

La trayectoria ha dejado de existir, el objeto ha dejado de ser la fuente de la objetividad; lo que debe ser objetivo, originariamente, es el método. Nuestras certezas, se dice ahora, tienen un valor científico muy pobre.

Todo esto demuestra con claridad que la verdad reside en nuestro nivel de Conciencia. Este nivel no retrocederá ya, y a buen seguro podemos deducir que, en el camino de la evolución, los axiomas de la física actual dejarán también a su vez el sitio a otras revoluciones mentales ulteriores, hasta el punto en que, al convertirse el conocimiento de lo Real en un dato ontológico, la ciencia dejará de ocuparse de lo «general» y de lo «probable», sustituyéndolo por la «certeza» del conocimiento de lo «universal».

TEORÍAS FÍSICAS PRÓXIMAS A LOS SUPUESTOS DEL SHAKTA VE-DANTA

Volvamos ahora a considerar los puntos más avanzados de la física moderna que nos orientan hacia la presentación del Espacio-Tiempo en el Shakta Vedanta, es decir: «el continuo espacio-tiempo» y el «espacio-tiempo de sistematización energética».

a) El continuo espacio-tiempo

La «Relatividad Restringida» que postulaba con Einstein un «continuo espacio-tiempo», no recogía todavía la teoría de los quanta que representaba como discontinuos los fenómenos al nivel atómico. Si sus teóricos admitían el desarrollo de los fenómenos nucleares dentro del marco del «espacio-tiempo» de la Relatividad Restringida, se negaban a admitir que son las propiedades geométricas de ese marco, y solo ellas, las que pueden explicar los fenómenos que tienen lugar en el campo de lo nuclear.

El físico Jean Charon, preocupado ante todo por llegar a formular una teoría unitaria de la naturaleza aplicable a todos los fenómenos (desde la escala mínima de la microfísica hasta el Universo entero), piensa entonces en una geometrización de toda la física, aun incluyendo los fenómenos pertenecientes al dominio nuclear.

¿Acaso no iba a ser «la metodología cuántica» la que introdujera la «discontinuidad» en la naturaleza? Esta metodología, esencialmente fenomenológica, hace intervenir los sentidos imperfectos del hombre que «recortan» la continuidad de lo real, como si lo observaran a través de un tragaluz.

Este autor, al exponer en detalle en una de sus obras^{*Op.cit.(18)} sus esfuerzos por llegar a una generalización, no solamente se acerca, sino que confirma sin saberlo, los datos más explícitos del Shakta Vedanta, como tendremos ocasión de comprobar un poco más adelante. Gracias a su competencia matemática puesta al servicio de su fe en la unidad de las leyes de la naturaleza, la teoría de los quanta ha dejado de ser un obstáculo para la extensión de la Relatividad Restringida que postulaba un «continuo espacio-tiempo». De esta forma, quedaba realizada la gran esperanza de Einstein.

b) El espado-tiempo de sistematización energética

Dentro de la «sistematización energética del espacio-tiempo» propuesta por S. Lupasco, el propio proceso de la función energética, tal como él lo concibe, iba a permitir utilizar por simple trasposición, como nivel superior, la Conciencia-Energía del Shakta Vedanta con sus modalidades energéticas.

Efectivamente, ningún sabio, sea quien sea, puede postular el nivel de la «Realidad Suprema»; a este respecto, sólo puede plantear cuestiones sobre el origen desconocido de la energía. Por el contrario, lo que sí resulta posible, más aún, lo que nos parece que se impone como coronamiento de toda una tarea científica, a fin de capacitarla para dar una respuesta total a la cuestión última sobre la energía primordial, es la adaptación de la revelación tradicional cuando describe procesos idénticos a un nivel superior.

Para poder comparar la óptica científica y la de la Tradición, no será inútil repasar una vez más lo que ya hemos expuesto varias veces en relación con los mecanismos energéticos que propone S. Lupasco.

Para este autor, la energía tiene necesariamente una constitución «antagónica», con su juego de actualización y potencialización. Yo misma quedé asombrada al verificar ese antagonismo constitutivo del espacio-tiempo en la doctrina de los quanta, supercuantificada. Esta nos dice que las propiedades del espacio-tiempo tienen que ver con la función PSI (función de reparto de los números de ocupación, como se recordará) en cuanto operador matemático que emite una partícula y absorbe una antipartícula. El antagonismo espacio-tiempo se manifiesta aquí de la forma siguiente: dos PSI separados por un intervalo del género «espacio» se conmutan siempre entre sí, mientras que la no conmutación sólo tiene lugar cuando media un intervalo del género «tiempo». Es la versión microfísica de la ley de propagación de las señales de Einstein^{*Op.cit.(131),p.35}.

Por otra parte, para S. Lupasco, los sistemas energéticos no se contienen en el espacio-tiempo, sino que desarrollan sus propios espacio-tiempos de sistematización, siendo el espacio y el tiempo los dos términos antagónicos. Asimismo, su cibernética engendra la materia propia de cada uno de los niveles jerarquizados. (Notemos que el doctor Wallis ha sugerido que el cerebro material es engendrado por el espacio-tiempo interior.) Se pregunta entonces Lupasco, como todos los científicos: ¿Qué naturaleza tiene ese enigmático agente energético? ¿Por qué, entonces, no podría encontrarse la respuesta apropiada en la filosofía energética de la tradición hindú?

c) El espacio-tiempo en el Shakta Vedanta

En una obra *The World as Power*^{*Op.cit.(19),pp.332 y 394}, Sir Woodroffe incluye, entre otras muchas, las dos siguientes afirmaciones del Shakta Vedanta. Ya en otros capítulos las hemos citado en razón de su importancia como base eventual de una ciencia del «Hombre Integral» y del Universo, pero es ahora, a la vista de esos dos conceptos de

la física moderna que acabamos de presentar, cuando cobran todo su valor. Al repetir las, pensamos simplificar la tarea del lector. Helas, pues, aquí:

1. «DIK (espacio), KALA (tiempo), AKASHA (material primordial) y ATMAN (el Sí MISMO) no son otra cosa que CIT (Conciencia) — CONTINUO o CONCIENCIA en diferentes actitudes o relaciones.»

2. Y en otra forma:

«KALA = DIK = CONCIENCIA en cuanto "PODER".»

Comentarios dispersos, extensamente desarrollados a lo largo de la obra, explican cómo aparecen discontinuidades en la involución, en el «Continuo Conciencia-Espacio-Tiempo» de la energía primordial, discontinuidades que son ilusorias y atribuibles únicamente a las imperfecciones de la manifestación en los planos inferiores. Se confirman así, recíproca e integralmente, los datos de la Tradición y los trabajos de Jean Charon.

Por otra parte dentro de la óptica de Lupasco, esos comentarios explican que DIK y KALA no representan el tiempo y el espacio en la forma ilusoriamente diferenciada en que los conoce nuestra ingenua percepción ordinaria, sino que corresponden a energías primordiales de las que brotan las nociones de espacio y tiempo que nos resultan familiares.

Asimismo, lo que importa tener presente es que DIK y KALA jamás aparecen disociados (ambos constituyen, pues, un sistema) y que sus energías son antagónicas. Estamos, pues, ante el «espacio-tiempo de sistematización energética» de S. Lupasco pero en cuanto «sistema superior primordial», en tanto que éste autor sólo describe los tres sistemas jerarquizados: físico, biológico y psíquico, y este último en equilibrio inestable necesitado de integración en un sistema superior. Incluso la materia engendrada por la cibernética de los sistemas está presente en la Tradición bajo la forma de AKASHA, materia primordial. Nos parece que el autor no podría desear nada mejor para completar su energética humana; pero tal vez él no piense así.

Finalmente, en la identidad del Espacio-Tiempo primordial con la CONCIENCIA manifestada como «poder», encuentro una preciosa confirmación a mi intento de conferir en el plano científico a la Conciencia-Energía la función estructurante tanto del Hombre como del Universo, reuniendo así en una teoría unitaria las dos manifestaciones.

Hasta en el marco de la percepción acrítica del espacio y del tiempo se superponen Tradición y datos científicos, al mostrarnos aquélla que tal percepción es sólo una ilusión:

El espacio está ligado a la ilusión de la materialidad, nos dice. Pensamos que los objetos existen independiente y simultáneamente, siendo así que sólo existen como «nociones» cuando son pensados. Schrödinger afirma igualmente: «La materia es una imagen de nuestro espíritu»^{*Op.cit.(14),p.29}; y la Sabiduría hindú confirma: «El mundo que ves y las gentes que por él se pasean no son más que tus propios pensamientos»^{*Op.cit.(39),p.411}. La existencia simultánea de objetos es imposible pues sólo podemos pensar una sola cosa a la vez, pero la mente posee tales características de rapidez y ligereza que tomamos por simultáneo lo que sólo es fruto de la memoria. En cuanto «continente» de los objetos supuestamente percibidos, toma también apariencia de existencia absoluta un espacio inconmensurable e ilusorio.

Lo mismo sucede con el tiempo, del que John Levy hace un interesante análisis siguiendo el Vedanta¹⁶⁵: «Esta división del tiempo no tiene ningún significado verdadero. El pensamiento de un acontecimiento pasado o futuro sobreviene siempre en forma de un objeto presente en la Conciencia, y el acontecimiento que creemos recordar o prever ha sido o será una experiencia presente. Al pensar en acontecimientos pasados o futuros, lo hacemos refiriéndonos siempre al presente, pero en realidad no puede haber ahí un tiempo presente, ya que el pasado y el futuro no existen. Solamente subsiste la CONCIENCIA.»

De todas estas consideraciones podemos extraer la CONCLUSIÓN de que, aunque el espacio-tiempo pertenece ante todo, indudablemente, al campo del conocimiento científico, no obstante, en nuestra época, se está convirtiendo en algo menos enigmático para quien se atreve a interrogarse sobre las diversas piezas del puzzle que hoy día están a nuestra disposición.

En el siglo XIX, como hemos visto, un líder del pensamiento hindú deseaba ardientemente la síntesis y armonía entre la India y Occidente. Una nueva civilización, pensaba él, podía surgir de esa síntesis de la espiritualidad india y de la ciencia occidental. Después de los análisis que hemos efectuado, podemos repetir que hoy hay más : gracias a las implicaciones científicas de su tradición, la India puede permitir a la ciencia proseguir, con certeza y eficacia, esa investigación que le impide hoy en día y que no es otra cosa que el conocimiento científico del ser humano en su integridad. La física moderna nos convida a ello; ella ha confirmado ya la mayor parte del Shakta Vedanta, única doctrina capaz de acompañarla e inspirarla hasta el final en su itinerario investigador

Igualmente, las consecuencias metafísicas que extraen de sus conocimientos los físicos modernos se corresponden exactamente con la metafísica de la filosofía vedántica. Cuando Costa de Beauregard nos ponía ante los ojos la imagen implacable del determinismo absoluto con un pensamiento que puede abarcar a la vez el contenido del tiempo y la extensión del espacio, se trata —decía— de la versión técnica de la filosofía del «todo está escrito desde siempre y para siempre». Y añadía: «El Cosmos está dispuesto de tal forma que, de las cuatro dimensiones de su espacio-tiempo, es a lo largo de la cuarta por donde se extienden las líneas de fuerza que lo unen con su principio y con su fin. Los psiquismos conscientes, al caminar a lo largo de la dimensión temporal, se dan cuenta de que proceden del autor de la Naturaleza. .. y de que vuelven a él. » *Op.cit.(129),p.142

De igual manera, el yogui o el sabio hindú, se da cuenta, al final de su liberación, de que, habiendo partido de Brahma, ha vuelto a Brahma, y que toda su peregrinación sólo ha sido una ilusión. La Conciencia, el despliegue de la manifestación, se da a sí misma esta última como espectáculo gracias al juego combinado de Kala-Dik en el sistema energético primordial.

En la «Experiencia Perfecta», fuera de la «manifestación», el tiempo deja de existir. Cuando, ilusoriamente temporalizados, nos debatimos entre las agitaciones de una aparente evolución, Sri Maharshi nos declara: «Ya habéis llegado a la realización.» El tiempo y la materia han sido los espejismos engendrados por la Conciencia-Energía. La Realidad es «intemporal»; es posible tomar conciencia de este hecho y liberarnos sin demora de esa ilusión del tiempo psicológico que nos retiene presos entre sus redes.

Tal es también el mensaje de Krishnamurti, que habla sólo en nombre de su propia interioridad, sin referirse a ninguna tradición¹⁶⁶.

«El pasado, del que somos resultado, sólo puede ser borrado de una acción ajena a la duración, sin pasar por el proceso temporal en el que está aprisionada nuestra

actividad mental; para ello debemos eliminar el método analítico con su dualidad de "cosa analizada y de analista" que compara y que juzga. Lo que llamamos conciencia se refiere a experiencias cargadas de palabras, de recuerdos, de juicios. Todos nuestros análisis parciales no vacían la Conciencia de todas las elucubraciones psíquicas.

«Percibir directamente el pasado, sin asimilarnos a él, comprenderlo sin analizarlo, con viveza y lucidez de espíritu, pone fin de forma inmediata a nuestros pensamientos temporales. Se descubre así el error del proceso analítico y deja percibir lo "verdadero" liberado del trasfondo temporal».

La eficacia de este proceso me parece capital para establecer las bases de una ciencia del hombre con una estructura compuesta, no ya de dos, sino de tres niveles jerarquizados que se comportan de acuerdo con la ley de subordinación funcional a la actividad del nivel superior. La Conciencia-Energía en estado puro, en su aspecto intemporal, no asociada a las actividades del nivel psíquico, tiene el poder de estabilizar y por tanto de someter automáticamente ese psiquismo cuyas fluctuaciones se revelan perjudiciales tanto para el individuo como para la sociedad.

Esta Conciencia es, pues, el nivel superior de una estructura trinitaria cuya integración y armonía funcional ella misma se encarga de asegurar.

De esta forma, el conocimiento del «Tiempo» y de las posibilidades de trascenderlo nos ponen en el camino de una ciencia del «Hombre integral» que nos conduce a «darnos cuenta de lo que somos».

La evolución de la «conciencia científica» hasta el nivel actual es garantía de una nueva evolución hasta llegar al término de esa «Realización».

Por otra parte, las diversas doctrinas tradicionales coinciden en cuanto a la relación del tiempo con la Eternidad¹⁶⁷. El fundamento eterno de la existencia, aun siendo intemporal, está aquí y ahora. Como recuerda el Maestro Eckhart, sólo por un error nos identificamos con «los cambiantes habitáculos psicofísicos que asume nuestro Sí MISMO, y creemos ser criaturas temporales». Berdiaeff subraya que a este error se debe nuestro infierno fenoménico, pero que a nosotros corresponde el trascenderlo en cada momento de la vida con un escatologismo inmediato, activo y creador^{*Op.cit.(95)}.

CAPITULO XIV

LA VIDA SOCIAL EN EL NIVEL MENTAL SINTETICO

El ego y los problemas de segregación: la nación, el sexo, el problema del descondicionamiento

«La mitad de los prejuicios son caparazones. La otra mitad son armas».
(Chögyam TRUNGPA, budista tibetano)

EL EGO SOCIAL

Ya vimos en el capítulo segundo el handicap que, para la salud mental individual y social, constituye la noción del «ego». Esa barrera que construye en torno a sí el individuo para proteger sus intereses y para asegurar al mismo tiempo su poderío, se transfiere también al grupo social a medida que se ensancha el círculo de las relaciones.

La misma familia, esa «célula» social que interesa al Estado por razones demográficas, económicas o políticas, constituye ya un centro de interés colectivo. Si a menudo la mujer sacrifica en ese altar su propio ego personal, consintiendo en restringir su vida entera a los límites impermeables de ese estrecho grupo, siguiendo las presiones inconsideradas que la empujan en ese sentido, como contrapartida transfiere a ese centro su interés consciente de modo absoluto. «Me importa poco que el mundo arda a sangre y fuego, decía una madre de familia, con tal de que los "míos" no tengan que sufrir por ello.»

En el seno de toda nación siempre existen grupos de diverso orden (profesionales, religiosos, culturales, sindicales, políticos, ideológicos) y siempre estallan conflictos entre algunos de ellos. Por eso, los «grupos» en cuanto tales son objeto de preocupación científica y técnica en este período de «absoluto sintético» de la inteligencia. La «dinámica de grupos» no deja ya indiferente a la sociología en su conjunto.

Sin embargo, desde hace siglos, lo que ha integrado, o al menos se esfuerza por hacerlo, todas las fuerzas vivas de un país, dentro de sus fronteras, es la «nación». Por ello el «chauvinismo» se considera como una gran virtud, pues los conflictos surgían precisamente entre las naciones. El niño sabía, ya desde la escuela, qué nación debía ser considerada como «enemigo secular».

A este respecto, los niños italianos han dado a los adultos de la postguerra una bella y humorística lección, que yo misma pude observar con ocasión de una misión confiada por la UNESCO en torno a la infancia víctima de la guerra^{*Op.cit.(32)}. «¿Quién es ahora el enemigo secular?», preguntaba una chiquilla, al observar que los americanos habían desplazado a los alemanes, y que con los unos el pan era blanco y con los otros negro. Un adolescente, tomando entonces la palabra, le contestó: «El "enemigo secular" es el "adulto", pues él es el responsable de todas estas catástrofes.» En aquella época, de síntesis grupales crecientes, el conflicto había adquirido envergadura mundial, y los grupos nacionales se adherían a uno u otro campo con el único objeto de preservar su soberanía ulterior.

Todavía actualmente, los intereses nacionales siguen operando con esa «cohesión defensiva» que crea tantas dificultades al Mercado Común y se opone a la edificación de una Europa política.

Desde el punto de vista psicológico, que aquí nos interesa, resulta significativo echar un vistazo a algunos pasajes entre los más «sabrosos» de los editoriales de The New Yorker, con ocasión de las reuniones preparatorias de la fundación de las Naciones Unidas, en San Francisco:

LAS «NACIONES» Y SU VOLUNTAD DE «SOBERANÍA»

Las anécdotas que siguen fueron publicadas en una obra, titulada The wildflag (La bandera del lirio, ilustrada con esa flor silvestre). El autor, Eb. White, antiguo redactor de The New Yorker, hace hincapié en la calidad manifestada de las «conciencias» que, con alguna que otra excepción, no tenían la madurez requerida (que es la verdadera cuestión) para concebir y aceptar un Gobierno mundial y sólo mostraban interés por los «Estados soberanos». Esa necesidad individual de tener que sustituir un hábito de lealtad nacional por una nueva lealtad planetaria, fue según este autor, uno de los handicaps más curiosos para la creación de una Federación mundial¹⁶⁸.

White reproduce uno de los sueños que tuvo en esa época de agitación febril:

Era después de una tercera guerra mundial. Sobre la tierra no quedaba más que un puñado de seres humanos y el planeta estaba cubierto de ruinas que formaban un horrible panorama. Los sobrevivientes decidieron reunirse para establecer las bases de una paz duradera. Ochenta y tres países enviaron un delegado, portando cada uno su bandera nacional, con excepción del delegado de China. Interrogado sobre su comportamiento, este último alegó que, junto con otro superviviente de su país, un sabio anciano, habían decidido que la China no debía tener bandera nacional en adelante. Pero entonces, ¿qué bandera ponerle? El delegado sacó de una caja de zapatos una flor fresca, semejante a un lirio. Esta flor maravillosa, que crece en todas partes sobre la tierra y sobre la que todos pueden meditar sin más que observarla, «wildflag Iris tectirum», servirá de símbolo universal. Es la bandera más vieja del mundo, ha sido también la vuestra, dijo el delegado.

Se elevaron protestas. Pero, no quedando más que una o dos parejas por nación, resultaba evidente qué sería intolerable semejante multiplicidad de banderas. El chino sacó entonces una «wild flag» para cada delegado, de otras ochenta y dos cajas. Al día siguiente cuando todos volvieron a su patria, quedaron maravillados de comprobar lo que habían conseguido en tan poco tiempo... Ahí se terminaba el sueño.

Las conversaciones, pues, se desarrollaban sobre la base de las «naciones soberanas», aunque fuera evidente que, de esa forma, resultaba imposible emprender ninguna acción común... hasta que fuera demasiado tarde. El delegado de Minnesota recordaba en vano que esos viejos principios eran medievales y resultaban insostenibles en un era de posibilidades universales de destrucción; al igual que la ciencia, la política no podía seguir siendo fragmentaria.

Circulaba entonces una pequeña historieta relativa a la bandera que había sido aceptada como emblema de las Naciones Unidas. Se trataba de situarla por debajo de las banderas nacionales, de manera que los partidarios de un Gobierno Mundial tenían que bajar la cabeza para saludarla... en San Francisco no figuró ninguna bandera de las Naciones Unidas.

En la tarde del segundo día de la Conferencia, el doctor T.V. Soong, delegado de china, cuando todos parecían dormidos después de veinticuatro horas de oír vulgaridades, abrió la sesión diciendo: «Si hay un mensaje que mi país desea comunicar a esta conferencia es que estamos preparados para conceder, si es necesario, una parte de nuestra soberanía a la nueva Organización Internacional, en interés de la seguridad colectiva».

Todo el auditorio aplaudió, pero la palabra «soberanía» produjo en todos un sobresalto. Resulta significativo constatar que la sola palabra «internacionalismo» más bien reaviva los intereses nacionales que ayuda a difundirlos. Un 90% de las intervenciones, que deberían tratar de la unión entre los pueblos, presentaban, entre detalles cautivadores, diversas maneras de separarlos. Sólo se oía resonar la palabra «soberanía... soberanía... soberanía...»

Los hombres de Estado y los diplomáticos, observa White, son evidentemente nacionalistas por instinto y por profesión, y son doblemente prudentes cuando se encuentran en el extranjero. Los poetas serían mejores delegados; un día los pueblos depositarán en ellos su confianza, pues ellos vienen viendo claro desde hace siglos. Es desconcertante contemplar la inmediata asimilación que se produce entre el delegado y su nación respectiva: si un delegado pone a otro la mano sobre el hombro, es que hay una alianza; si frunce el ceño, hay disensión.

Se discute la introducción del preámbulo: «Nosotros los pueblos... o bien, nosotros los poderes contratantes.» Finalmente, se adopta: «Los pueblos...»

Entre tanto el Daily Mirror lleva a cabo una encuesta relativa a lo que desean los hogares americanos. La respuesta siguiente resulta estigmatizante: «La derrota del Japón, la seguridad económica de la familia, un nuevo aspirador.» Con otras palabras: triunfo nacional, seguridad personal, ausencia de polvo. Un delegado del Líbano tenía razón al afirmar: «Existes una seguridad que es la suprema inseguridad.» Y en la radio se oía decir: «Tememos que, al convertirnos en miembros de la Liga, estemos poniendo nuestra seguridad en manos de extranjeros.»

¿Deberíamos parar el progreso de la ciencia, que modifica nuestro entorno más aprisa que nuestra capacidad de adaptarnos a él? De todas maneras, la neutralización del peligro atómico necesitaría una política dirigida enérgicamente hacia una estructura universal; el mundo en paz se parece de forma asombrosa a un mundo en guerra.

Y sin embargo, no han faltado testimonios de sabios y políticos en favor de un Gobierno mundial, entre ellos: Einstein, Oppenheimer, Anthony Eden. Bevin declaraba estar dispuesto a sentarse con quien fuera, con vistas a elaborar una constitución.

El capítulo .1, artículo II, párrafo 3 de la Carta encarga a la Asamblea General llamar la atención del Consejo de Seguridad sobre aquellas situaciones que pongan en peligro la paz y la seguridad internacional. .. la peor de todas, la soberanía nacional absoluta. Cuando Bevin se ofreció para discutir con quien fuera en torno al tema de un Gobierno mundial, su oferta no fue aceptada. Como los niños, las naciones juegan a los espías porque no han sabido inventarse otros juegos. Mientras que se discute en torno a la mesa, los espías están al acecho... Existe una gran diferencia entre un Gobierno mundial que representaría a los pueblos y otro que representa a las «naciones» del mundo.

El delegado egipcio abandonó deprimido la presidencia del Consejo afirmando que, al buscar cada nación solamente amplificar sus propios intereses, se estaba decepcionando a la Humanidad entera. El nacionalismo aparece como una enfermedad peor que el cáncer; porque aquí se conoce el tratamiento, pero no se aplica.

Los hombres no están preparados para un Gobierno a escala planetaria.

Estas breves pinceladas sobre la atmósfera de una institución que, con otro nivel de conciencia, habría podido apuntalar las más bellas esperanzas humanas, demuestra lamentablemente que las mejores intenciones de algunos individuos no pueden prevalecer contra una conciencia social que, en su gran mayoría, no ha alcanzado

aún ese nivel evolutivo. Esas pocas individualidades, no obstante, existen, y en cuanto pioneros encarnan las certezas más reconfortantes de la Humanidad. Un día, los demás llegarán a estar en el nivel de conciencia en que ellos se encuentran ahora; ellos son la garantía del porvenir, según la ley ineluctable de la evolución. Existen en número mayor del que pueda pensarse, y si los votos oficiales siguen teniendo el poder de descalificarlos, su capacidad de contagio energético no deja de ayudar, sin hacer ruido, al progreso de la totalidad de sus contemporáneos; pues esta Humanidad no es todavía adulta, en el sentido filogenético. Su desarrollo «horizontal» en inteligencia y en poder no está compensado por una evolución «vertical» que extendería esos conocimientos y ese poder en la forma más beneficiosa. De ahí proviene el monstruoso desequilibrio que amenaza la supervivencia de la raza.

Las naciones soberanas, al organizarse en síntesis cada vez más vastas, pero de forma integrada, se agarran a ideologías irreductibles que dividen a la humanidad en dos bloques, frente a un «tercer mundo» que intenta también por su parte preservar y organizar su autonomía en medio de esfuerzos y penalidades.

Nadie ignora, sin embargo, que todos estamos inmersos en un entorno planetario donde todo se repercute recíprocamente, una vez que han suprimido las barreras del tiempo y del espacio y que el progreso científico permite, a quien se atreva a ello, dar la señal para un exterminio universal.

En el estado actual de tensiones «intersintéticas», no parece posible vislumbrar una humanidad «Una» más que refiriéndonos a las pocas parejas que sobrevivieran a un genocidio mundial, o a menos que algún planeta hostil viniera a amenazar a los terrícolas, obligatoriamente unidos. Por ahora, la unidad mundial sólo se desea bajo el signo de la hegemonía de uno u otro de los oponentes. Pese a que las amenazas se acumulen trágicamente, la supervivencia de la Humanidad parece menos importante que la «manera» cómo cada uno habrá de recibir su pan, su casa y su educación. Y, sin embargo, los ordenadores informados de los recursos mundiales y de las necesidades de cada cual, podrían asumir con exactitud e imparcialidad esa tarea, que dejaría así de ser incumbencia de los partidos políticos.

LA SEGREGACIÓN SEXUAL: CUANDO EL ANDRÓGINO SE CREE UNISEXUADO

En una obra como ésta, que intenta despertar las conciencias a las prodigiosas potencialidades del ser humano (las mismas para todos), no podríamos proseguir el estudio de las «prisiones mentales», por sintéticas que sean, sin echar una mirada consternada a un hecho que constituye el oprobio de nuestra humanidad: la segregación sexual. Este pecado de ignorancia pesa gravemente sobre el desarrollo armonioso del individuo y sobre el progreso de la especie entera. Esforzarse por disipar esta ignorancia, pienso que constituye la mejor forma de protestar contra ella.

Mientras que el problema de la segregación racial no tiene por qué ser tratado aquí, pues ha sido universalmente desarrollado en sus principios que han quedado ampliamente acreditados, si no respetados, la óptica de la «condición femenina» se sitúa, básicamente, en un marco lamentablemente restrictivo, que la limitación temporal de un «año de la mujer» no hace sino agravar. No podemos apreciar favorablemente el hecho de que un problema humano de tanta gravedad haya sido presentado de una forma tan incongruente, comparándolo, por ejemplo, a un año «del vino»: prestémosle atención un año, tanto peor si los otros años resultan catastróficos. Solamente existe una condición: la «condición humana». Esta comporta, en la evolución de cada uno, sin discriminación alguna, las mismas leyes biológicas dimanantes de una estructura noético-psico-fisiológica idéntica, que supone una

«Condición única» (la misma) ilusoriamente individualizada y diversificada por un ego mistificador.

Los seres de uno y otro sexo viven en la ignorancia absoluta, y por tanto descuidan el carácter andrógino de la naturaleza humana. Este desconocimiento perjudica la evolución de todos los individuos:

—A los del sexo fisiológicamente masculino, favoreciendo la hipertrofia monstruosa de un machismo agresivo, violento y dictatorial, no equilibrado, en los seres insuficientemente desarrollados, por la expansión de sus cualidades femeninas potenciales.

—A los del sexo fisiológicamente femenino por el prejuicio aún más grave de su aprisionamiento y explotación por una sociedad patriarcal ahogando la eclosión de sus posibilidades creadoras y privando a la sociedad de la mitad de su potencial de eficacia.

Lo que todo ser humano debe saber es que, si cree ser exclusivamente masculino o femenino (tal como se ha dicho y tal como él mismo aparenta), se encuentra en un error. Su realidad biológica es «andrógina» y su evolución se caracterizará por una realización cada vez más perfecta de su «androginia».

En este sentido, los descubrimientos científicos son terminantes: Veamos cómo se expresan un biólogo como Brachet¹⁶⁹ y un energicista como Lupasco^{*Op.cit.(41),pp.139,227,235.} «Notemos aquí el hecho de la coexistencia de hormonas masculinas y femeninas en cada macho y en cada hembra.» «Hoy en día es un hecho establecido que cada individuo o sistema vital, como dice justamente Brachet, está potencialmente bisexuado... el problema del determinismo sexual sólo resulta inteligible si se tiene presente la noción fundamental de "bipolaridad sexual", según la cual todo organismo posee en estado potencial los dos sexos, si bien uno de ellos domina sobre el otro.» Y también: «La coexistencia de tales hormonas de efectos opuestos, feminizante y masculinizante, en un mismo individuo, macho o hembra, aporta una prueba más de la dualidad sexual potencial del ser vivo, hasta en sus grados más altos de complejidad.» Hartmann habla de «sexualidad relativa». «Bastan algunos átomos de hidrógeno en una molécula de esterol para separar los sexos», observa Jacques Bergier¹⁷⁰, quien añade el siguiente comentario humorístico de Jean Rostand: «La naturaleza ha separado los sexos por poco precio.»

También aquí la ciencia no hace sino confirmar diferentes tradiciones:

En el Shakta Vedanta, el principio femenino, activo y creador de la realidad cósmica, juega un papel metafísico considerable. Ello explica el papel esencial que en todo el movimiento tántrico corresponde por derecho a la mujer¹⁷¹. El tantrismo «apela a la presencia femenina... con el designio de redescubrir la identidad fundamental entre el principio femenino y masculino: Tú, oh devi, —dice Siva (o Shiva) a la diosa en el «Mahanirvana Tantra»—, Tú eres mi verdadero yo; no hay diferencia entre Tú y Yo. La última y más secreta doctrina del tantrismo es justamente esa «identidad» de los contrarios, esa identidad entre Shiva y Sakti (o Shakti), entre Krishna y Rada..., en una palabra, la identidad entre el aspecto no manifestado de la realidad (masculino) y su aspecto manifestado (femenino). Para la Tradición, la mitad del cuerpo es masculina, y la otra femenina; los dos canales principales, vectores de la corriente vital, Ida y Píngala, son de distinto género, al igual que la propia energía: Prana y Apaña.

Sri Ramana Maharshi afirma: «La diferenciación sexual es solamente un concepto»^{*Op.cit.(39),p.286}.

En el Taoísmo, Lao Tse exalta la feminidad: «Conoce la masculinidad, pero prefiere la feminidad: serás el hueco del mundo. » Max Kaltenmark recuerda sus consejos:

preservar en sí mismo la simplicidad y la unidad del Tao. Parecerse a un valle, a semejanza del Tao. Saberse, como él, macho y hembra. Como la mayor parte de los hombres descuidan o reprimen su naturaleza femenina, hay desequilibrio ; al dominar la agresividad del macho, toda la vitalidad se resiente de ello. La verdadera santidad exige una revalorización de la feminidad... el santo, en la medida en que ha sabido identificarse con el Tao y en la medida en que éste es femineidad, poder maternal, es, como él, vida y fuente de vida.

Krishnamurti, a quien hemos citado con frecuencia por dispensarnos los medios de acceso a la «nueva era», afirma también esa androginia universal: «Un espíritu realmente bien construido es a la vez positivo y negativo; es a la vez hombre y mujer, no es solamente el hombre o la mujer.»¹⁷³

Balzac, en sus Estudios filosóficos, nos describe asimismo a «Seraphitus — Seraphita», andrógino celeste que se aparece a cada uno de los sexos en la forma que le resulta comprensible, Seraphitus para el uno, Seraphita para el otro. «Conocer las correspondencias entre las cosas del mundo terreno y las cosas del mundo espiritual, es tener entendimiento de los Cielos, dice Balzac. Todos los objetos que emanan de Dios en las diversas creaciones tienen necesariamente en sí mismos un sentido oculto.»¹⁷⁴

Una concepción semejante a la de Balzac (Seraphitus para la mujer, Seraphita en el hombre), la encontramos en el «animus-anima» de C. G. Jung. Jolande Jacobi explica esta noción¹ en su obra sobre la psicología de Jung. Los rasgos esenciales son: «La imagen del alma» es el «ánima» para el hombre y el «animus» para la mujer. Esa imagen representa la porción de la psique que encierra los caracteres del sexo opuesto. «Todo hombre lleva en sí su propia Eva.» Lo mismo puede decirse de la mujer con respecto a Adán. «Todo el inconsciente del hombre está presidido por el signo femenino, y el de la mujer, por el signo masculino.» Y en otra parte: «Y así como el hombre da a luz su obra como una criatura nacida de su "femenino" interior, y el ánima se torna su musa inspiradora, así también lo «masculino» interior de la mujer produce semillas creadoras que pueden fecundar lo femenino del hombre»

Julius Evola, en su Yoga Tântrico², repite las palabras atribuidas a un hombre «divya» (altamente cualificado): «¿Qué necesidad tengo yo de una mujer exterior? Yo tengo en mí una mujer» (Kundali-ni). Lo mismo sucede con las mujeres respecto del principio masculino «Siva». La unión del principio femenino, que caracteriza la acción, el dinamismo, el desarrollo, es decir la «Vida», con el principio masculino que caracteriza la soberana inmovilidad, es decir el «Ser», se lleva a cabo en un proceso esencialmente interno, que reconstituye la androginia primordial. Evola subraya que Occidente ha olvidado todo esto en su «activismo» y que, por ello, «ni siquiera conoce el sentido de la verdadera virilidad».

Los gnósticos de Princeton³, a imagen de Lao Tse, desean que los hombres adopten el punto de vista femenino sobre la vida, o al menos que no lo subestimen y que «sitúen a la mujer, cuando menos, a la misma altura que el hombre frente al Universo, en vez de contemplar cómo las mujeres adoptan una actitud de cinismo, de grosería masculina y de desorden». R. Ruyer nos refleja sus opiniones en estos términos: «Tomar partido en favor de lo orgánico frente a lo ideológico, en favor de las microestructuras orgánicas frente a los grandes sistemas de ideas, es tomar partido en favor de las mujeres frente a los hombres. O, mejor aún, es tomar partido en favor de lo "femenino" en la sociedad, frente a lo "masculino", en favor de la voluntad

¹*Op. cit.* (60), pp. 125,126,131,133.

²*Op. cit.* (117), pp. 44 y 114.

³*Op. cit.* (6), pp. 253, 254.

profunda e inconsciente de las mujeres frente a las manifestaciones voluntarias y superficiales de los hombres, frente al "machismo"... las mujeres deberían estar al frente de las iglesias, fundar asociaciones, incluso gobiernos, constituirse finalmente en un poder en lucha abierta contra, las zafiedades masculinas, ideológicas o de cualquier tipo.»

Entre las muchas obras que, apoyadas en razones incontrovertibles o en los acentos humanos de una experiencia vivida, expresan y condenan la explotación del sexo femenino por el masculino, merece resaltarse el punto de vista de Evelyne Sullerot, quien opina qué debiera imponerse la distinción entre el «sexo-eros» y el «sexo-sociedad».

Efectivamente, parece que el «sexo-eros» representa esa pequeña cantidad de hormonas suplementarias que determinan el sexo fisiológico. «Este último es irreductible, se nace hombre o mujer; dejando aparte los casos patológicos, no se puede adoptar el comportamiento erótico del sexo opuesto.»

Por el contrario, el «sexo-sociedad» representa, para ambos sexos, la androginia, y no debe entrañar ningún tipo de discriminación social. La autora subraya aquí «la intolerancia de las sociedades humanas con respecto a la indiferenciación de roles»¹⁷⁵. Aquí es donde, a nuestro juicio, dicha sociedad, la masculina en particular, se rebela contra lo biológico. Y en este terreno es donde las mujeres pueden defender su derecho «biológico» irrecusable a vivir como seres humanos completos. Bien entendido que las que acepten o se deslicen hacia una hiperfemineidad patológica (de «verdaderas mujeres» o de «mujeres mujeres») son víctimas de un condicionamiento que no han sabido describir y menos aún superar.

Esa «no diferenciación social» representa, en efecto, el aspecto «legal» de este problema humano, cuyas bases están bien establecidas, pero nunca han sido aplicadas. Evelyne Sullerot recuerda que «recién terminada la guerra, por primera vez un texto internacional, la Declaración de San Francisco, afirmó solemnemente que ningún individuo debe ser penalizado en el ejercicio de sus derechos, ni por razón de su religión, ni de su raza, ni de su sexo, texto que establece ante la faz del mundo que la mujer es igual en derechos al hombre, y que toda infracción a este principio irá en contra de los votos de los pueblos civilizados».

Probablemente a causa de la mala fe de las «naciones soberanas», y de su apatía para mantener la observancia de las normas en el curso de los años, la cuestión fue incluida de nuevo en el programa de la Asamblea General del 7 de noviembre de 1967. Las Naciones Unidas adoptaron entonces por unanimidad una declaración sobre la necesidad de eliminar la discriminación de que la mujer venía siendo objeto, tanto en el aspecto legal como en el de las costumbres y en el de los prejuicios, y esto en todos los órdenes de la vida social: trabajo, vida conyugal, educación etc.

«Por unanimidad» significa que todos los delegados sin excepción votaron la declaración, pero seguramente con la reserva mental de que su voto, en este medio internacional desprovisto de poder, no comprometía a sus «naciones soberanas». De hecho, no sabemos de ningún eco nacional producido por esta declaración, y en cualquier caso en ninguna parte se ha aplicado íntegramente su texto.

En el plano legal, y aun más ciertamente en el de los prejuicios e «ideas recibidas», mucho es lo que queda por hacer hasta conseguir un estado satisfactorio para el lado femenino de la condición humana. Será preciso un tratamiento progresivo de la «neurosis social», como veremos enseguida, y más particularmente del «solipsismo masculino» (aunque hay excepciones que han acompañado la evolución en sus diversos grados), para dar razón a esta «humanimalidad», como la llama Marcello Fabri. Será la evolución hacia la «universalidad», fuera del círculo infernal de los egos

colectivos e individuales, la que humanizará nuestra pseudohumanidad, pues nada puede prevalecer contra la evolución. Un número suficiente de pioneros, hombres y mujeres, nos han ido mostrando el camino por el cual no habrá ya que temer ninguna discriminación.

Esta preocupación ya hace tiempo que se ha convertido en universal en la conciencia de toda mujer, como sucede con la discriminación racial, y ello es así por el hecho de que la «Conciencia-Energía» está presente en el corazón de todo ser y reclama insistentemente su expresión. Pero si la iniquidad que supone la segregación racial es algo que se admite generalmente sin que, por ello, se haya eliminado a escala mundial, la iniquidad que supone la segregación sexual no es aún un dato adquirido para la mayor parte de los espíritus masculinos.

En todas las sociedades se sigue confiriendo a las mujeres ante todo el papel de «amas de casa», que deben asumir obligatoriamente, sea cual sea la profesión que ejerzan fuera de su hogar. Que deba ser así es sólo una costumbre transmitida junto con ideas recibidas, y no una evidencia, por lo que sería deseable no contemplar cómo la publicidad continúa propagándola. En algunas sociedades más avanzadas, se enseña en las escuelas, sin distinción de sexos, lo mismo una iniciación al bricolage que a las tareas domésticas, dando a entender que también en el hogar pueden y deben compartirse estas tareas.

Ambos sexos tienen igual derecho a un desarrollo integral y a una educación permanente; no contribuir a que ello sea así constituye un crimen de lesa humanidad y un perjuicio para todos. Si los hombres rehusan compartir las tareas fatigosas y permanentes del trabajo doméstico, que los municipios organicen entonces, como hacen con los barrenderos, servicios de limpieza, de lavandería y de aprovisionamiento a domicilio, lo que, por otra parte, disminuiría el número de parados. El desarrollo individual y la libertad espiritual, con sus posibilidades de expansión creativa, sólo son accesibles a la mujer al precio de organizaciones colectivas que las liberen, en el terreno material, del fardo interminable que inhumanas tradiciones han echado sobre sus espaldas. Hablar de democracia sin llevar a cabo profundas transformaciones en este aspecto, no es más que una odiosa mentira.

Ciertamente el estatuto de la mujer, absolutamente intolerable en otro tiempo, ha hecho grandes progresos en los tres últimos decenios. Yo misma tuve que sufrir la negativa al derecho de enrolarme como médico militar en la última guerra, teniendo que prestar mis servicios como enfermera, y en aquella época una mujer casada no podía sacarse el pasaporte sin autorización de su marido.

También vienen haciéndose esfuerzos loables por «democratizar» la familia en cuanto a los recíprocos derechos de los esposos. Pero no por ello deja de subsistir el carácter patriarcal de esta familia, hasta extremos intolerables, cuando se sigue atribuyendo a la mujer el apellido del marido, lo mismo que se hace al poner en el collar de los perros el nombre de su amo. ¿Por qué los apelativos «señora» o «señorita» tienen que introducir una discriminación vinculada al matrimonio? ¿Qué dirían los hombres solteros si se vieran tratados de «damiselos»?

Françoise Giroud, entre otras numerosas propuestas para mejorar la condición femenina, reclama para la mujer casada el derecho de conservar su apellido, y también el de transmitir a sus hijos, si así lo desea, su propio apellido de soltera. Hay naciones en las que la mujer puede escoger el apellido que desea usar, y en otra (Alemania del Este) el marido puede verse atribuido el apellido de su mujer, con vistas a salvaguardar la igualdad entre los sexos. Esto preserva la unidad «nominal» de la familia, pero ¿es esto útil o incluso deseable? Una familia es un grupo biológico de individuos y no una etiqueta.

Si la expresada familia debe ser una democracia, nos parece importante dejar de atribuir al niño el apellido de su padre (o en su caso el de la madre). Todo niño debe recibir un apellido propio, sin que tenga que sufrir a lo largo de toda su vida el yugo de un patronímico que atenta a su individualidad en la vida social, que perjudica a los que carecen de padre «legal» y que minusvalora a las hijas a los ojos del padre al no poder perpetuar esa especie de «sello tribal». Con gran satisfacción he visto expuesta esta misma opinión, en nombre de la «dignidad humana» en un Diario Vedántico de Gran Bretaña. Decididamente, el «Vedanta dialéctico», promotor de evolución, se aplica a todas las situaciones y a todos los períodos de tal evolución. Es importante también situar las relaciones intrínsecas de la pareja en su nivel de verdad humana.

El predominio que a menudo se le concede a la sexualidad en el matrimonio, resulta acorde con el carácter de esta institución, fundamentalmente genésica. Debido a ello, la relación sexual tiende a ser considerada como expresión propia del amor: dos seres, mutilados en su potencialidad andrógina, intentan reconstituir una integridad humana, gracias a la unión con el sexo considerado como «complementario»; el condicionamiento social operante desde el nacimiento se atreve incluso a atribuirles actividades específicas.

El redescubrimiento científico de la androginia, que la antigüedad griega atribuía a las primitivas razas humanas, devuelve al amor su significado espiritual; el amor en la «unidad», y no en la «complementariedad», representa para la pareja la experiencia de esa «Unidad», que debe ser la del amor universal. La toma de conciencia de la androginia hace de este amor místico una unión a cuatro, al integrar los elementos masculino y femenino que cada uno lleva en sí, como recuerda Berdiaeff^{*Nota 2}.

Por el contrario, la obsesión sexual, erigida en deber vitalicio, sean cuales fueren sus excesos, sus insuficiencias o sus taras, se revela, con la mayor frecuencia, como un factor de desunión y tiende a convertir el matrimonio en una prostitución legal, agravada en el caso de la mujer por una intolerable esclavitud doméstica.

Más allá de la relación sexual, indispensable para la continuidad de la especie, la unidad espiritual de la pareja puede ser un factor de expansión individual, al tiempo que asegura al niño el medio armonioso indispensable para el normal desenvolvimiento de su persona humana.

Ciertamente no pongo en duda el papel benéfico, y hasta cierto punto irremplazable, que un ambiente de familia puede tener para los niños, pero todo ello con dos condiciones: por una parte, que la familia tenga como base una dignidad humana igual para ambos sexos; por otra, que ambos esposos sepan asegurar al niño una educación «biológicamente verdadera» sin imponerles prejuicios que hagan de él, cualquiera que sea su sexo, un «minusválido humano». Ya hemos visto en varios capítulos cómo esta última condición sólo muy excepcionalmente se cumple, con todas las gravísimas consecuencias que de ahí se derivan para el niño y para la sociedad. Podemos así entender cuán apropiada resulta esta afirmación de Krishnamurti¹⁷⁶: «Los padres son seres humanos temibles» (the most dangerous human beings, dice la edición inglesa), «al no estar educados ellos mismos, destruyen a su vez a sus hijos». Una vez más, la causa es la «ignorancia».

Cuando se dice que la mujer debe quedarse en casa para «educar» a sus hijos, ¿se cae en la cuenta de lo que representa ese modo de hablar? Fuera de la alimentación (a menudo defectuosa), el aseo y el lavado, está la autoritaria imposición de prejuicios en una atmósfera alternante de caricias y reprimendas, de brutales amenazas y de golosinas. Un niño confiado a educadores competentes durante la jornada podría exponer por la tarde a sus asombrados padres todo lo aprendido y realizado durante el día, y su entusiasmo de buena ley podría educar a unos padres suficientemente abiertos a una pedagogía renovada.

El preámbulo de la Constitución de la UNESCO^{*Op.cit.(131)} recomienda «la elaboración de métodos de educación convenientes para preparar a los niños de todo el mundo para las responsabilidades del nombre libre». Conocemos el desastre psicológico que representa una educación defectuosa, tanto para el joven individuo como para la sociedad. Sabemos también hasta qué punto nos movemos todavía hoy en una escala reducida, fuera de algunas instituciones especializadas, a la hora de encontrar educadores de élite capaces de suscitar todas las posibilidades de la individualidad infantil, y de favorecer su creatividad sin traumatizarla. La educación de los maestros, como la de los padres, es una tarea apremiante.

Una mujer jamás podrá adquirir la amplitud de conciencia necesaria para la educación si permanece confinada dentro de los límites de su hogar, que la minan progresivamente, y sin participar jamás en las responsabilidades sociales que exige un normal desarrollo humano. Al tener ahora acceso a la casi totalidad de las profesiones, no debe renunciar a ello por asumir tareas inútiles que pueden ser transformadas en beneficio de la familia y de su evolución personal.

Para elaborar y realizar esta metamorfosis material de la familia, es necesario que las mujeres puedan participar eficazmente en la vida política en número suficiente para reequilibrar el desastroso predominio masculino cuyas consecuencias sufre el mundo entero. Sólo a este precio podremos jactarnos de la «democracia». Para que el sistema electoral introdujera un número equivalente de mujeres y de hombres en el órgano legislativo, bastaría con establecer unas listas masculinas y otras femeninas de candidatos, debiendo de elegirse obligatoriamente un número igual de ellos en cada una de aquéllas, introduciendo después el mismo equilibrio en el poder ejecutivo. El deber supremo de un Jefe de Estado, consiste en dar a cada individuo, repito, de uno y otro sexo, la posibilidad de actualizar al máximo sus potencialidades andróginas; con otras palabras, la totalidad de sus posibilidades humanas.

Hace algunos años, descubrí con gran satisfacción el reconfortante discurso que un Jefe de Estado dirigió oficialmente a las mujeres de su país: «Si piensan las mujeres que su situación en la sociedad es una situación ideal... se equivocan... Para poder cumplir la finalidad social de liberar a la mujer de todas las actividades que la esclavizan, que la impiden integrarse plenamente en el trabajo en las diversas actividades que pueden acometer en el seno de la sociedad, es preciso llevar a término el desarrollo social»¹⁷⁷.

Cuanto más rápidamente se difunda un conocimiento científico del «ser humano integral», provisto de una «moral biológica», tanto más rápidamente la evolución liberará a la especie humana de las trabas segregacionistas que la frenan en su camino hacia la universalización del sentimiento, del pensamiento y de la acción. Deseamos que esta eventualidad óptima no sea consecuencia de catástrofes inevitables que por suerte habrían dejado sobre la faz de la tierra solamente un puñado de «sabios» cuya evolución consciente hubiera trascendido el nivel actual. »

En estas condiciones, la nueva Conciencia no tendrá por qué seguir «decorando», con reformas sucesivas, los muros de las prisiones mentales. Una vez pulverizados los muros erigidos por los egos, surgirá de la manera más natural una nueva sociedad; la «calidad de la vida» habrá dejado de ser un problema.

No podríamos cerrar este epígrafe, cuyo carácter reivindicativo viene esencialmente motivado por la noción y la realidad del andrógino, sin citar a Berdiaeff, quien, en nombre de la experiencia espiritual que expresa su filosofía, convierte la androginia en el punto de inflexión de la evolución humana^{4 178}.

Desde la lúcida autenticidad del «conocimiento de sí mismo» que encierra el alfa y el omega del «noúmeno» humano, en el origen y en el fin de la ilusoria travesía «fenoménica», Berdiaeff, no duda en estigmatizar sin apelación posible al sexo, la familia y su genética, sin consideración, tampoco, a nuestro período evolutivo, todavía incapaz, al menos en la mayoría de sus representantes, de desligarse de los fantasmas del mundo material.

Todas estas ideas expresadas por este autor, las reconocemos como familiares en el dominio de la ciencia, de la Tradición y de las revelaciones interiores. No deja de ser interesante recordarlas como preludeo a las declaraciones sobre el sexo y la

⁴Nota 2.

androginia que éstas justifican por su lado⁵.

Hay dos maneras de estar en conexión con el mundo, recuerda Berdiaeff (los descubrimientos sobre los dos hemisferios cerebrales lo confirman): o someterse en cuanto parte del mundo, o hacer que este último se convierta en una parte del hombre. Esta segunda forma es la única que conduce a la liberación espiritual. El Cosmos está en el hombre para conocer al Universo es preciso conocer al hombre; el hombre absoluto es verdad.

Como nosotros, este autor declara que hay una «historia de la Conciencia, grados y períodos de la Conciencia». La revolución de la conciencia consiste en liberarse del poder de objetivación, que constituye el «misterio de este mundo». La civilización fenoménica es una mentira, el mundo nouménico debe hacer su irrupción. El gran Todo está en mí.

El ser humano se conoce y se realiza, al margen de su especificidad, al descubrir en sí mismo su microcosmicidad. El hombre nuevo va unido a una sexualidad renovada, que resucita en sí mismo la forma del andrógino. Jacob Boehme escribía: «tú eres un joven o bien una joven, pero Adán era uno y otra». Empujado por su deseo, Adán perdió la virgen, que era su «sophia», y descubrió a la mujer; esta caída trajo consigo la separación de los sexos; si fuera definitiva, el ser humano estaría perdido sin remedio. El sexo engendrador hace triunfar el elemento genético en el mundo, sembrando el nacimiento y la muerte en la vida sin fin de la especie.

En la Antigüedad, el culto fálico divinizaba el atributo que permitía la unión entre lo masculino y lo femenino; este culto es trágicamente inútil, dice el autor: deja al hombre en estado de esclavo. La familia, institución genésica, se apoya en el acto sexual, y la sociedad está habituada a reglamentar todo lo que se relaciona con la continuidad de la especie. Pero el nacimiento definitivo es el segundo nacimiento, el que tiene lugar en el espíritu.

La humanidad debía, y debe todavía, recorrer el camino provisional de la especie; el conocimiento de sí mismo y la toma de conciencia de la bisexualidad es la señal de la evasión fuera de la especie. El principio de la maternidad se alcanza al propio tiempo que el de la materia con el que está ligado. Lo confirma la observación de Sri Ramana ¡Viaharshi a sus discípulos que deseaban felicitarle en su aniversario¹⁷⁹: «El verdadero nacimiento tiene lugar con la entrada en Lo que trasciende el nacimiento y la muerte. En cada cumpleaños debierais condoleros por vuestra entrada en este mundo; celebrarlo equivale a alegrarse ante un cadáver y a adornarlo. Buscad vuestro Sí MISMO y perdeos en El, esa es la Sabiduría.»

El Astavakra Gita (XVIII, 4), como los científicos actuales, recuerda que «el mundo de los fenómenos no es más que un estado de conciencia». Y, citando al yoga tántrico, J. Evola califica la aparente realidad y la naturaleza de «mágico y cósmico precipitado de una idea» *Op.cit.(117),p.57.

En nuestra época son todavía escasas las conciencias individuales preparadas para realizar esa mudanza fuera del mundo objetivo. En el estado actual de las conciencias, todavía limitadas y deformadas, se trata ante todo de un problema de descondicionamiento. Así lo han comprendido diversos equipos científicos que han ideado pruebas prácticas con vistas a descubrirlo y llevar a cabo simultáneamente su tratamiento.

TENTATIVAS CIENTÍFICAS DE «DESCONDICIONAMIENTO»

50p. cit. (95).

Quien ha intentado realizar un enfoque científico de esta dramática realidad psicosocial, incluyendo sus implicaciones terapéuticas, ha sido el psiquiatra americano Trigant Burrow¹⁸⁰ en una obra de «filobiología». Su posición puede resumirse del modo siguiente:

La división que actualmente existe entre las dos mitades del mundo es realmente «esquizofrénica». La enfermedad afecta a la especie entera; toda la sociedad en conjunto es «el enfermo».

Visto desde el punto de vista filobiológico, el problema del desarrollo de la especie está condicionado por el «lenguaje». (Ya hemos reseñado la actitud de Korzybski a este respecto). No se trata sólo de un problema arcaico, como podría parecer, nos dice el autor, pues la ontogénesis le confiere una nueva actualidad en cada niño. Es de una importancia crucial, pues el comportamiento observado en la media de las reacciones sociales y considerado como «normal», no es, de ninguna manera, un comportamiento sano desde el punto de vista biológico. Se llama «normal» a lo que es simplemente «habitual».

El lenguaje que expresa, en acción, la cualidad de las relaciones entre los egos, me parece una cómoda superficialidad. Los seres humanos son «Uno» desde el punto de vista de su estructura y de sus posibilidades funcionales, pero el lenguaje los opone en cuanto «sujeto» y «objeto», pudiendo uno mandar y el otro obedecer, pudiendo uno pedir y el otro conceder, etc. Cada uno amalgama su potencial emocional con el código del lenguaje y, de esta forma, altera su comportamiento, convirtiéndolo en el de una «persona» (la «la persona»).

Una vez identificada de esa manera, la persona no puede corregirse a sí misma. Las simpatías o antipatías personales reemplazan a lo que debería ser una «empatía» de la especie.

Cuando el niño comienza a hablar, sus primeros esbozos de lenguaje no están afectados por la división que imprime en él la personalidad. Sólo a los dos años o dos años y medio tiene lugar un inicio de sistematización como entidad separada. Los padres y educadores concuerdan en afirmar que ésta es una «edad difícil» del niño. Pero se olvidan totalmente de que su propia «edad difícil» sigue aspirando a procurarse placer sin ningún tipo de control y sin reconocer obstáculos.

La generación adulta lleva a cabo el condicionamiento educativo de la infancia y la juventud a través de una restricción en la adaptación a las relaciones sociales. La proyección afectiva es una mentira y una «neurosis» y constituye el punto de partida de una serie de aberraciones sociales. Consiste en atribuir a otros los propios sentimientos y motivaciones, mediante proyecciones hostiles.

Este mecanismo, en cuanto que constituye un obstáculo para el desarrollo de una vida social normal, no ha recibido la atención que merece, por la sencilla razón de que todos participamos de él. Esa «identidad» artificial de origen afectivo domina actualmente a la totalidad de la especie humana. En medio de esta disociación social, cada uno se erige en un dictador o en un juez, y esta actitud engendra falsas ideologías que, a un nivel de ingenuidad inconsciente, se convierten en «derechos». Mi sentimiento se convierte así en mi «derecho».

Sería importante considerar este fenómeno como un fenómeno filogenético tanto como «individual». Proviene de una deficiencia en el proceso de la atención. La atención normal de la totalidad del ser, a la que Trigant Burrow denomina «cotención», queda reemplazada por una atención parcial y desviada que recibe el nombre de «ditención». El problema que se plantea es el de reajustar la atención normal. Ya veremos más tarde la importancia que esto tiene.

No se trata de «discutir», como hacen todas las instituciones (Iglesia, escuela,

tribunales, gobierno, Naciones Unidas). Lo que es necesario es analizar en vivo, en el terreno práctico, nuestras sistematizaciones, nuestros prejuicios y sus causas, en cuanto individuos y en cuanto grupos. Entonces caeremos en la cuenta de hasta qué punto esos prejuicios controlan nuestro espíritu, cuando debiera ser justamente al contrario.

En la óptica de la fitobiología, tanto el comunismo como el capitalismo son expresiones de esa proyección. Estos procesos restrictivos que afectan a los sentimientos y al pensamiento representan una desviación de la totalidad de los mecanismos cerebrales, fijándolos a un funcionamiento parcial. Rusia no está interesada en una unidad mundial, salvo que sea la de un mundo ruso; lo mismo sucede con los Estados Unidos. No puede ser de otra forma, a causa del dominio del ego tanto sobre los individuos como sobre las naciones. El problema de la «neurosis» y del conflicto se encuentra en nosotros mismos.

Miremos al interior de nosotros mismos. Consideremos el aspecto ontogenético de esta transformación biológica, aspecto que está influyendo hoy en día en el comportamiento de los grupos. Como hemos visto, se trata de un accidente subjetivo en el comportamiento del hombre. Todos lo hemos sufrido. Por ello, a menos que lo reconozcamos en nosotros mismos, viviendo, como vivimos, en una sociedad de estructuras completamente artificiales basadas en la «personalidad», no podremos formarnos una opinión objetiva, ni podremos, sobre todo, poner remedio a esa deficiencia subjetiva.

Al nivel en que, a este respecto, nos encontramos, nuestra autoridad subjetiva habitual tiende a defender instintivamente sus pretensiones y mira con recelo cualquier intento que tienda a ponerla en tela de juicio. Pero no podemos esquivar por más tiempo el hecho de que todos nos hacemos parte de esa división subjetiva y que, querámoslo o no, ésta está reclamando una observación objetiva.

En el capítulo siguiente, al tratar del mecanismo para sobrepasar el nivel psíquico sintético, expondremos el «proceso terapéutico» de los grupos de Trigant Burrow.

Lo que los psiquiatras tachan de «neurosis de la raza» trae a mi memoria una obra, de extremada lucidez e implacable franqueza, *El loco es normal*^{*Op.cit.(69)}, escrita por el doctor Fanti a renglón seguido de haber visitado en Tokyo a los pescadores víctimas del experimento nuclear de Bikini.

El autor transcribe la conmovedora sencillez con que expresaban la verdad de los hechos aquellos desgraciados, supervivientes a las «cenizas de la muerte». La explosión experimental de la bomba H les azotó con la más implacable enfermedad que pueda conocer un ser humano. Lo que con toda razón hubiera podido dar lugar a un resentimiento, se traducía tan sólo en una afirmación de su nacionalismo: «No quería que me trataran otros médicos que los japoneses.» ¿Acaso podía ser de otro modo?

Este relato, de hecho, sirve sólo de pretexto para presentar una requisitoria profusamente documentada contra el comportamiento humano que, sin distinción de nacionalidades, ideología o religiones, en toda la escala social, aparece impregnado de un sado-maso-quismo que le hace amar la guerra y aceptar los riesgos de una catástrofe atómica, con todas las atrocidades que conocemos. Todos los hombres son acreedores a las mismas etiquetas. La «identidad humana» es un hecho; no hay más que una sola raza: el ser humano que gusta de sufrir y hacer sufrir.

Entre las muchas anécdotas que recoge el libro, citaré algunas de ellas:

Durante la última guerra, se suscitó en un país de Europa la cuestión de eliminar del ejército a los desequilibrados mentales; un ministro dio por liquidado el asunto,

diciendo: «La guerra es una locura, todos los locos son necesarios para poder hacerla.»

En los Estados Unidos, 30.000 aviadores se presentaron voluntarios para sufrir las más atroces torturas que podían infligirles los rusos si caían prisioneros. Los jefes militares se preguntaban si era cierto que estos tratamientos podían efectivamente inmunizar contra posibles desfallecimientos en caso de un eventual interrogatorio. Recordemos que, en un 30 por 100 de los casos, los aviadores presentaban pautas regresivas, características de una fijación sensorial de la Conciencia. Son probablemente las mismas que se encuentran en la ambivalencia sado-masoquista.

Un ingeniero de treinta y ocho años, casado, padre de tres niños, feliz en su vida familiar, no resiste al impulso de ir «de vez en cuando a casa de una prostituta, debidamente aleccionada, para vivir la escena siguiente: tan pronto como llega a la casa de la chica, ella debe cogerle por las orejas y arrastrarle así hasta la habitación, riñéndole "¿qué estás haciendo? ¿no sabes que...?"».

Yo pienso que una serie de errores pedagógicos en la fase sensorial son responsables en gran medida de hechos como éstos.

El autor, citando al doctor Wertham¹⁸¹, afirma que cada vez son más frecuentes entre niños los juegos a base de torturas. En un solo año se dieron en Washington veintinueve atentados o agresiones infantiles a los ojos de otros niños, en cinco de los cuales hubo que proceder a su extracción.

En la misma ciudad, en el Centro Médico del instituto de Investigación del Ejército, se planteó la cuestión: «¿Qué hacer con los millones de heridos en caso de agresión atómica?» La respuesta que se aceptó fue: «Atender a los más leves, con el fin de poderlos enviar de nuevo a filas.»

Recoge también una cita de Wilhelm Steckel¹⁸²: «Actualmente se dan tantos casos de niños maltratados por su madre en todos los países civilizados, que nos vemos obligados a considerarlo como un fenómeno social. En cuanto a los padres... abandonan el hogar familiar.» El mismo autor declara en otro lado: «El hombre civilizado aparece como una caricatura de un ser libre... el individuo defiende su "yo" como una fortaleza, aunque sólo se trate de defender ruinas.»

Todos los anatemas que desde todas partes se profieren contra la persona humana no están, a pesar de todo, desprovistos de esperanza, porque detrás de ellos hay una causa y, por tanto, hay un posible tratamiento.

Tras una múltiple exposición de diversas situaciones, todas ellas reveladoras de la «locura humana», tras una variada enunciación de juicios implacables, el doctor Fanti, como todo investigador interesado por el problema humano, reconoce que solamente la «ignorancia» y Una educación deplorable, hija a su vez de la misma ignorancia, constituye la causa de tantas aberraciones mentales. El «conocimiento de sí mismo» sería el único y maravilloso remedio para tanto desvío, para tanta angustia, y para tantas catástrofes inminentes.

En la mayoría de los casos, dice el autor, el hombre «no conoce de sí mismo más que su número de cuello de camisa». Se complace en su ignorancia y tiene miedo de disiparla. A muchos, en efecto, les gusta desarrollar una actividad febril «a fin de no tener tiempo de pensar». Y pensar, para ellos, equivale a enfrentarse con la pregunta temida y, sin embargo, inevitable de: «¿Quién soy yo?»

Condicionado sin saberlo, el ser humano no encuentra salvación más que tomando conciencia de ese condicionamiento, como hace Trigant Burrow en sus grupos. El doctor Fanti sabiamente afirma: «Cada vez que el hombre se sale de las opiniones preconcebidas para mirar dentro de sí y en torno a sí, cada vez que se atreve a mirar simplemente para ver, y no para aprobar o criticar, se acerca a la verdad.» Ya hemos

visto, y aún volveremos a repetirlo, en virtud de qué razones científicas una actitud semejante, prácticamente eficaz, permite sentar las bases teóricas y funcionales de una ciencia del hombre.

El niño está condicionado por el adulto desde su nacimiento y a lo largo de su educación. El autor señala que, en todos los países visitados por él, ni un sólo niño había recibido una educación humana. Siempre su espíritu venía monopolizado desde un principio por algún sectarismo de uno u otro orden. ¿Cómo asombrarse entonces de que luego sea incapaz de procurarse la única y verdadera felicidad que proviene del «conocimiento de sí mismo»?

Es preciso haber vivido y sentido profundamente la experiencia de la identidad de la naturaleza humana, igual en todos, escribe el doctor Franti. Y, como tantos otros que han tenido el privilegio de entrar en contacto con el pensamiento hindú, reconoce que el enfoque que éste da al problema humano favorece una experiencia personal e íntima de esa fundamental unidad.

Pero cuando el autor nos dice que el hombre que no tiene el «conocimiento de sí mismo», ofrece, en sus reacciones y en su comportamiento, el espectáculo de un «retrasado mental» y de un «enfermo», esas expresiones excesivas indican un desconocimiento de la estructura y del dinamismo evolutivo de la conciencia humana, tal como nos los presenta la Tradición.

En efecto, ese nivel mental sintético que la Conciencia debe conducir a término en el período que vivimos es precisamente el del ego que, con sus ardides y compartimentaciones, sigue manteniéndose al precio de un antagonismo destructor. Este «estafador espiritual» se esfuerza en todo momento por despojarnos de nuestra «universalidad fundamental». En períodos sobrepasados de la evolución, pudo jugar su papel; pero ahora, cuando estamos llegando al dintel mismo del subnivel universal de nuestra vida mental, nos está cerrando el camino, por lo cual resulta urgente desenmascararle en él interior de cada uno de nosotros¹⁸³.

Algunos de nuestros contemporáneos han conseguido ya, como hemos dicho, esa liberación ascensional de la Conciencia. Como contrapartida de los ejemplos de involución que encontrábamos en algunos aviadores, podemos citar otros pilotos, como Saint-Exupéry, que son testimonio vivo de un alto grado de evolución. También Richard Bach, aviador americano, representa otro testimonio conmovedor: en él, el gusto de volar simboliza ese otro vuelo interior que trasciende las contingencias terrenales. Autor de la obra *Extranjero en la tierra*¹⁸⁴, reviste de comprensión y amor al enemigo, su deber, mortífero desde el punto de vista legal; entristecido por la crueldad de las victorias, es incapaz de sentirse legítimamente orgulloso de ellas. La dedicatoria de su obra *Juan Salvador Gaviota*¹⁸⁵ sintetiza el mensaje simbólico que encierra la aventura del ave protagonista: «Al verdadero Juan Gaviota que todos llevamos dentro.»

A consecuencia de intentar y conseguir una gigantesca epopeya evolutiva, el ave, incomprendida, es expulsada de la comunidad. Otros hermanos, más evolucionados que él, lo ayudan a medio camino y lo guían a «otra patria» que trasciende el espacio y el tiempo: no es un lugar, sino un «estado», «ser perfectamente uno mismo». Para alcanzarlo, es importante no dejarse caer en la trampa del cuerpo ilusorio engendrado por el pensamiento, ni en la de estar convencido que ya se ha llegado al destino; reconocemos aquí la advertencia de Sri Ramana Maharshi: «Sabed que ya habéis alcanzado la realización.» Sobrevolar sin límites el pasado y el porvenir, experimentar que la libertad está en la naturaleza misma del ser, es también conocer el sentido de la Bondad y del Amor. Vuelto a la comunidad, su poder de inducción arrastra a algunos de sus hermanos a descubrirse a sí mismos: «tu verdadero maestro es la

gaviota que llevas dentro.»

También a nosotros nos ha llegado la hora de realizar esa «mutación esencial»; es ella, ahora, quien requiere toda nuestra atención.

CAPITULO XV

MAS ALLA DEL INTELECTO SINTETICO

Hacia la mente universal: la función noética

«Si se llega a estar lúcidamente atento, se dispone de una extraordinaria energía... esta energía de la atención es la libertad.»

(KRISHNAMURTI)

«En la medida en que la atención se hace acéntrica e imparcial, el hombre se acerca a la realización.»

(Shakta Vedanta)

LA OPORTUNIDAD DE UNA NUEVA MUTACIÓN

En los diferentes niveles de la evolución humana, hemos visto que la Conciencia, inmanente en todos los peldaños, continúa su obra de organización progresiva, tanto a lo largo de la ontogénesis como de la filogénesis. Revestida de una forma individualizada, captaba el mundo exterior con métodos analíticos al principio, y sintéticos después. A estas alturas, el ego individual o social era todavía todopoderoso. Su encastillamiento obstaculizaba toda posibilidad de universalización, pese a su ensanchamiento gradual en círculos concéntricos.

Aunque en forma velada y circunscrita, en todos los escalones se manifiesta como potencia, pues la Conciencia es el Poder en tanto que Shakti. Hemos visto el carácter absoluto de este poder; nos ha permitido trazar la marcha evolutiva de la Conciencia a través de los diferentes niveles. En el período en que vivimos, seguimos asistiendo, desde el interior de limitaciones en apariencia irreductibles, a conflictos en los que la violencia y la tenacidad ponen en peligro a toda la especie. Y sin embargo, y por su propia naturaleza, esta Conciencia es UNA Y UNIVERSAL y alberga, en su sustancia, en el corazón mismo de cada individuo, un océano de felicidad.

Si consideramos de nuevo la estructura mental propuesta por el Vedanta, vemos cómo, en la cumbre, inmediatamente encima del ego, se extiende un plano de inteligencia universal, la «Buddi» de la Conciencia Cósmica.

En nuestro grado de evolución, en el que termina el dominio de lo «mental sintético», la «mutación» que se nos ofrece no es ni más ni menos que la ascensión a ese nivel de universalidad que, ajeno al empeño cegador del ego, nos hará dejar de identificarnos con ese fantasma impostor. Entonces reconoceremos en las caras de nuestros contemporáneos a otros «nosotros mismos» y al mismo tiempo sentiremos nuestra «Unidad» con todas las formas de la manifestación.

Una pequeña minoría de seres humanos experimentan ya esta maravillosa revelación de la Vida, que une bajo la apariencia de formas que dividen. Esta comprensión permite prodigar, sin esfuerzo, simpatía allí donde reinaba el odio y minimizar las consecuencias de éste. Esta nueva forma de aproximarnos a los seres y a las cosas, aunque no sea permanente sin más, nos hace más permeables a la «vida» que anima el mundo de la naturaleza, que no era hasta hora sino un «concepto».

La microfísica nos ha enseñado que la imagen que percibimos del mundo es ilusoria, y que la creamos con nuestras sistematizaciones impuestas por la limitación de nuestros órganos sensoriales. Más allá de las configuraciones que se nos presentan, sabemos que hay un mundo de partículas reveladas por la cámara de burbujas, que

se arremolina, nos penetra y se transforma incesantemente, escapando a toda tentativa de representación.

Sabemos igualmente que, a partir de nuestras sensaciones elementales, la intervención del lenguaje, agravada por nuestros procesos de abstracción, nos induce a construir una pseudorrealidad que la «Realidad», por otra parte desconocida, no justificaría jamás. Korzybski*^{Op.cit.(163)} ayuda a tomar conciencia de esos mecanismos sucesivos involuntarios gracias a su «diferencia estructural». Comprendemos entonces que «el mapa no es el territorio» y que no representa su «totalidad». Y así nos es posible comprender que la única realidad operante bajo esa máscara de representaciones es una Conciencia que es «vida». Pero si esa aceptación intelectual no la vivimos al mismo tiempo con todo nuestro ser, nada impedirá a los depredadores sacrificar todo un bosque sin sentir esa destrucción como un atentado a la vida vegetal. Hace ya mucho tiempo que decía el poeta: «Escucha leñador, detén un momento el brazo...» Únicamente la separación de la Conciencia de la ganga de una mente circunscrita por el ego puede dar a esa mente una permeabilidad universal.

UN EJEMPLO LITERARIO

Una experiencia de «evasión conceptual», inesperada, esporádica y fugaz, nos la proporciona Rocquentin en *La Náusea* de J.P. Sartre ¹⁸⁶. A pesar de su presentación trivial, es fácil reconocer el eclipse mental que permite una aprehensión inhabitual y desconcertante, tanto de la propia psique como del mundo exterior, de acuerdo con los datos de la Tradición y de la física moderna. Rocquentin, sentado en un banco, al pie de un castaño, se expresa en estos términos:

De golpe, de un solo golpe, el velo se desgarró, he comprendido he "visto"... La Náusea, he dejado de sufrirla... soy yo mismo. El encuentro» con el castaño, que yo no recordaba que era una raíz. Las palabras habían desvanecido y, con ellas, la significación de las cosas... Las débiles señales que los hombres han trazado en su superficie... y luego, yo tuve esta iluminación... de ordinario, la "existencia" se esconde. Está ahí, a nuestro alrededor, en nosotros, mismos... la existencia se había desvelado de repente... había perdido su cariz de categoría abstracta. La raíz... el banco... el césped eso se había desvanecido; la diversidad de las cosas, su individualidad, no era más que una apariencia, un barniz; este barniz se había disuelto... yo pensaba sin palabras, sobre las cosas, con las cosas... sin formular nada... comprendía que había encontrado la llave de la «Existencia»... que había tenido la experiencia de lo «Absoluto»... el mundo de las explicaciones y de las razones no es el de la existencia... ese momento fue extraordinario... En el seno mismo de este éxtasis, acababa de aparecer algo nuevo... ¿Cuánto tiempo duró esta fascinación? Yo era la raíz del castaño, o mejor dicho, yo era enorme conciencia de su existencia... el tiempo se había detenido... era imposible que apareciese nada después... la existencia no es una cosa que se deje pensar más allá; hace falta que eso os invada bruscamente... mis ojos no encontraban más que esa plenitud; hormigueaban existencias que se renovaban sin cesar y que no nacían nunca... el árbol se estremecía pero el estremecimiento no era una cualidad...era una cosa, una cosa-temblor resbalaba por el árbol... todo era pleno...todo estaba hecho de existencia... yo me dejaba ir... aplastado por esta profusión de seres sin origen; eclosiones por todas partes, florecimientos, mis oídos zumbaban de existencia...»

Resulta favorablemente sorprendente, a la vista de tal relato plagado de términos vulgares, descubrir una experiencia auténtica de transformación del mundo de las

formas en un mundo de vida. El protagonista califica su experiencia de «Absoluto». No se trata del absoluto supremo, por decirlo de algún modo, ya que la manifestaciones existía todavía, pero esta existencia tenía una plenitud de vida que podían disimular las abstracciones conceptuales. Fue una «zambullida» efímera, con las mismas características fortuitas que la que da acceso a una experiencia (también pasajera) del mundo de la Conciencia pura» sin manifestación. El tiempo había sido abolido lo mismo que el sujeto en tanto que ego; su experiencia era la de una «dhyana» en el que el observador se convierte en la conciencia misma del objeto observado.

Hay un elemento que sorprende sin embargo, indicando que el ego no estaba completamente trascendido: la ausencia de alegría y el sentimiento, al contrario, de que la existencia «pesa mucho, mucho, en el corazón»; el éxtasis era incluso «horrible». Por contra, era eficaz en cuanto a la significación psíquica de lo que denomina su náusea: no hay un «sujeto» que «siente» el estado psíquico; sino que él mismo es este estado. Rocquentin lo ha comprendido: «La náusea soy yo.» Esta comprensión resulta conforme a la tradición hindú: un hombre encolerizado no es un «sujeto» que expresa la cólera, él es esa misma cólera". En el mismo sentido, el mensaje de Krishnamurti: «El observador y la cosa observada son lo mismo. Si se trata, por ejemplo, del miedo, no existen el miedo y el observador que lo mira. El observador es el miedo»⁶. Y, por otra parte: «Sois la batalla en la que estáis inmersos, la sois»⁷.

Una experiencia como esa podría sorprender en un sujeto que, por razones profesionales como historiador, vive en el ambiente vulgar de un pequeño puerto comercial. Pero resulta que ese «muchacho sin importancia colectiva» ha viajado mucho y acaba de volver del Extremo Oriente. Es decir, que puede haber sido impregnado de una atmósfera de «búsqueda» filosófica que le empuje más allá de los conceptos de nuestra psicología occidental. Y sobre todo, podemos leer al principio de su «diario íntimo»: «Quisiera ver claro en mí mismo antes de que sea demasiado tarde.» Sri Ramana Maharshi nos afirma que quien desee ardientemente la «verdad» la obtendrá, inevitablemente. Hemos hecho personalmente la experiencia. Esos dos elementos explican que Rocquentin haya visto surgir la deseada comprensión, en una forma bastante inesperada para el medio que frecuentaba en Bouvil.

NUEVA PUNTUALIZACIÓN EN TORNO A LA CONCIENCIA. SU NATURALEZA. SU EXPRESIÓN

¿Podremos esperar, del mismo modo, que una experiencia esporádica e incierta que venga a recordarnos que la Conciencia nos ofrece otros niveles de existencia diferentes de éste, en el seno del que no encontramos sino conflictos? Ciertamente es inevitable la evolución que permitirá a este planeta dar por fin asilo a la Humanidad digna de ese nombre. Ahora bien, como es sabido, el tiempo, bajo la forma ingenua en que lo vemos no es más que una noción elaborada por nuestra actividad mental. El eterno presente está dentro de nosotros. Asociado a la Conciencia, es este nivel superior quien, por su actividad funcional, puede poner término a las perturbaciones que engendra nuestro ego agitado y tiránico.

Sería inútil buscar en nuestras ciencias humanas occidentales la preocupación por un nivel superior susceptible de ser representado por la «Conciencia-Energía».

Sin embargo, los «estados de conciencia» son, desde hace años, el i entro del interés

⁶Op. cit. (68), p. 106.

⁷Op. cit. (176), p. 176.

experimental; pese a ello, no aparece ninguna hipótesis que conceda a la Conciencia una existencia energética autónoma, con el privilegio funcional de nivel superior. Nuestras ciencias las no han sugerido nunca semejante postulado. Pese a que se vuelven hacia Oriente para observar una «interioridad inhabitual», los procesos funcionales de esta interioridad, invocados por la Tradición, no han llegado a llamar su atención; la «anatomía energética» que subyace en ellos no ha despertado su curiosidad, que hubiera sido legítima.

Y no obstante, si queremos favorecer e incluso acelerar el ascenso a ese nivel «búddhico» universal, es precisamente a la eficacia funcional de la Conciencia en estado puro a lo que debemos recurrir. Esto plantea el problema capital de la diferenciación funcional entre esta - Conciencia en estado puro» y el estado de conciencia asociado al psiquismo, tal como es objeto de la experimentación científica actual.

Antes, pues, de entrar en lo que debe ser esta «función noética», echemos un vistazo «diferencial», una vez más, sobre la naturaleza de la Conciencia tal y como nos es mostrada en el Shakta Vedanta, por una parte, y nuestras concepciones occidentales, por otra, pues no tendría ninguna eficacia utilizarla de la forma en que la ven nuestros investigadores.

Esta Conciencia es lo que ninguno de nuestros científicos podría esperar descubrir, a saber: la «Realidad Suprema», ese poder desconocido que estaríamos tentados de llamar «Dios», si nuestros psiquismos limitados no hubieran antropomorfizado esta Realidad para hacer de ella una «persona masculina» que comparte nuestras enfermedades mentales, es decir, que juzga, castiga y está desprovista de la más mínima calidad espiritual auténtica.

La Conciencia es el «poder» por naturaleza, la esencia y la «sustancia» misma de la aventura cósmica, sustancia esencialmente energética. Hemos descrito anteriormente el proceso de su «involución»; vivimos ahora con Ella el proceso de «retorno». Los Sabios de la India que han vivido hasta su término ese retorno, nos describen la Conciencia bajo sus dos aspectos trascendente e inmanente*^{Op.cit.(39),p.360}. Es el Si MISMO en tanto que potencia universal, pero también el «Sí MISMO» en nosotros, insospechado pero siempre presente.

En cuanto al aspecto subjetivo funcional que reviste en nosotros esta presencia, el Sabio añade: «Consciousness is awareness», es de-v ir, la «atención»*La palabra awareness no tiene traducción directa al español. Aware significa darse cuenta, alerta, percatarse, tomar conciencia. En las traducciones al castellano de sus textos de enfoque gúestáltico (Perls) ha terminado por cuajar con éxito la versión darse cuenta» que no coincide exactamente con la que Th. Brosse hace en este momento, «attention» [N. del T.]

LA FUNCIÓN NOÉTICA Y LA ATENCIÓN

Bajo esa forma de «atención» es como la Conciencia aparece obligadamente para nuestros científicos, quienes por otra parte no llegan a sospechar nada. Sospechan de su naturaleza.

Gesell declara, por ejemplo: «Tal como ha dicho Cobb con insistencia¹⁸⁷, la conciencia es, en realidad, una función psicológica, una forma de «atención», que emana de los más elevados procesos de sin tesis e integración.»

Vemos, pues, que lo que impide a espíritus tan agudos formular las leyes funcionales de la Conciencia es la ignorancia de la autonomía de la Conciencia, reconocida como eficaz en el proceso de «integración» (asimilado no obstante, a la síntesis).

Penfield¹⁸⁸, retomando los términos de William James, consideraba igualmente a la Conciencia como una función (con toda razón) «No es algo localizable, que podamos

localizar por su misma naturaleza. Está presente en una serie de mecanismos de integración cuyas sedes y niveles conocemos.» (Se refiere a su asociación con todos los niveles de la estructura psicofisiológica.) Y añade: «La atención es sinónimo de conciencia.»

Penfield y sus colaboradores¹⁸⁹, continuando sus estudios sobre la conciencia, en relación con el córtex cerebral, constataron en el caso de extirpaciones quirúrgicas que, estimulando eléctricamente ciertas zonas, «toda la corriente de la conciencia» parecía quedar registrada, y todo lo que el sujeto había vivido en una situación cualquiera de su vida, se manifestaba de nuevo conscientemente. Este «resurgir» era más que un recuerdo, más que un sueño y no era, por supuesto, una alucinación. Su intensidad era realmente la de la situación vivida en el pasado. (Se considera entonces que este pasado está simplemente incluido en el «todo está escrito desde siempre y para siempre».)

S. Lupasco, especialista en sistematización energética, citando las notables experiencias de Penfield^{*Op.cit.(16),p.40}, llama nuestra atención sobre el hecho de que, cuando se hable de «sustancia», de localización de la materia nerviosa, es en realidad de energía de lo que se trata, de «localización en la energía, más exactamente, en los sistemas antagonistas». Y más adelante: «No hay registró, caja, substrato, soporte material en el antiguo sentido de la palabra, en donde se sitúen o graven los acontecimientos vividos... en último término, la neuroenergía cerebral se explica en base a sistemas puramente energéticos: los sistemas atómicos y moleculares con sus fuerzas antagónicas y contradictorias diversamente organizadas.»

Para dicho autor, nuestra estructura energética está compuesta de tres sistemas ensamblados y jerarquizados entre sí. Continuamente en movimiento, están compuestos de actividades antagónicas (potencialización, actualización) y de elementos contradictorios (homogeneización, heterogeneización). En todos los «espacio-tiempo de sistematización», la Conciencia está ligada a la potencialización.

- En los sistemas macrofísicos, la homogeneidad es la energía organizadora predominante.
- En los sistemas biológicos, es la heterogeneidad quien predomina.
- El sistema psicológico pone en juego los dos sistemas, físico y biológico que se equilibran, pero él mismo sufre un equilibrio inestable, no controlado por nada.

De acuerdo con la óptica de este autor, la hipótesis que proponemos, la conciencia primordial, representaría el sistema energético superior, al que estarían subordinados los otros tres sistemas, aseguran de esta forma un equilibrio armonioso del sistema psicológico.

Tal como se ha mencionado ya varias veces, la Conciencia representa, a este nivel, la sistematización que reclama el energicista con su antagonismo «espacio-tiempo». Lupasco podría decirnos seguidamente perfila las características especiales de este sistema energético «noético». Puede ser que correspondiera al sistema microfísica que el autor dice que está siempre presente en el fondo de todo sistema energético para asumir una función capital y que, además, parece existir claramente en alguna parte, en un estado —por así decirlo— más original, como en su origen. Ya hemos visto, por otra, que en microfísica, como en la Conciencia-Energía primordial de la tradición, el espacio y el tiempo son elementos antagónicos en la función PSI.

Este sistema superior sería al mismo tiempo la respuesta al «quid» o pregunta del

físico acerca de la energía inicial, necesaria pero desconocida.

Cuando se consideran los trabajos de Penfield que perfilan un pasado «perpetuamente «presente» en la energética cerebral, es lógico preguntarse si la excitación de otras zonas energéticas no revelaría, del mismo modo, acontecimientos venideros, perpetuamente «presente» también en este dominio de la ilusión que es el espejismo de la manifestación. (Recordemos el «todo está escrito desde siempre y para siempre».) El hecho de no poder experimentar más que con ocasión intervenciones quirúrgicas limita mucho el campo de exploración. ¿No podría ser que ciertas partículas microfísicas que circulasen libremente en los dos sentidos del «espacio-tiempo» intervinieran en ese «universo desplegado» de una sola vez en su densidad temporal?

De todos modos, estas digresiones, con sus cautivadoras hipótesis, no deben alejarnos de la cuestión principal acerca del estatuto funcional del nivel superior cuando se manifiesta en forma de «atención»

NECESIDAD DE PRECISAR LA NOCIÓN DE «ATENCIÓN»

Habiendo admitido una estructura trinitaria con un nivel superior de integración, hay que ver cuál va a ser el estatuto funcional de ese nivel. Puesto que es nuestro verdadero Sí MISMO, hay que ver cómo debe expresarse para confirmarnos experimentalmente su poder subordinador frente al psiquismo.

Los Sabios de la Tradición, siguiendo el ejemplo de los científicos, afirman: «Consciousness is awareness» y añaden que la Conciencia es, al mismo tiempo, el Sí mismo.

Para nadie resulta dudoso que «conciencia» es sinónimo de «atención». Es preciso entonces efectuar una precisión de extraordinaria importancia en cuánto a la «calidad» de esta atención.

1. En primer lugar, debemos distinguir entre «atención» y «concentración».

La diferencia psicológica nos la describe David Rapaport¹⁹⁰ en un estudio acerca de los tests:

—La atención es un estado en el curso del cual la conciencia sigue, sin esfuerzo y sin distracciones, una situación dada; es pasiva.

—La concentración, al contrario, es un proceso activo en que las energías disponibles son empleadas para yugular las no disponibles e impedirles entrar en juego. Implica un esfuerzo con selección voluntaria (por tanto, un condicionamiento y una contención).

Krishnamurti nos pone en guardia contra esta concentración que provoca conflictos por su carácter excluyente y que se opone a la simple lucidez que no excluye nada¹⁹¹⁻¹⁹².

Hemos encontrado la concentración en la primera etapa del ejercicio de «samyama» entre los yoguis: el «dharana». El esfuerzo es considerable, la lucha se establece entre las asociaciones de ideas y el objeto de la meditación. Hace falta un largo entrenamiento para pasar de este monoideísmo al estado de unión «dhyana», en el curso del cual el esfuerzo desaparece. Se trata de una verdadera disciplina que en nuestra experiencia cotidiana, sólo se practicaría a título de higiene mental.

2. La atención simple, sin esfuerzo, tal y como estamos acostumbrados a practicarla, todavía no es la actitud requerida; está contaminada del condicionamiento tenaz y permanente que la educación y el medio (social o familiar) han supuesto a lo largo

déla vida, sin saberlo nosotros. La conciencia atenta es la conciencia ligada al nivel psíquico; es una conciencia limitada y velada que escoge, juzga, compara y reprime. Trigant Burrow nos ha convencido de su existencia en sus experimentos grupales; la denomina «ditención».

¿Cual debe ser, pues, nuestra actitud consciente normal? ¿Qué cualidad esencial debe revestir nuestra atención para representar la expresión del nivel superior?

No olvidemos que no se trata sólo de conformarse con las exigencias de la higiene mental, sino de conseguir la mutación que, desde la actitud egocéntrica nos elevará a un nivel de universalidad; por eso es por lo que la «función noética» debe ejercerse por intermedio de la atención correcta.

En efecto, justamente en base al «conocimiento de sí» (ser) y al descubrimiento de lo «Real», precisa Krishnamurti, en el mensaje universal que emana de su experiencia interior, la cualidad fundamental de una atención eficaz: «.estar simplemente atento, sin elegir, sin juzgar, sin apreciar ni condenar.»

Eso producirá una acción, como justa reacción inmediata, que no es, en realidad, sino la «mutación instantánea que se produce al haber visto la verdad». «Cuando el espíritu ve nítidamente la inutilidad de la acción en el terreno de lo conocido, se produce una acción de una naturaleza completamente distinta.» «La atención completa es una acción completa» y, en consecuencia, desaparece el sentimiento de: «Debería de hacer otra cosa.» «Esa acción está exenta de toda contradicción.»

Maslow, en su obra *El hombre autorrealizado*, declara igualmente: «La acción adaptada sigue automáticamente y casi de manera refleja, al conocimiento claro y completo. Las elecciones se plantean entonces sin conflicto y con plena espontaneidad⁸.» El autor se refiere, a este respecto, a los trabajos de S. Cohén¹⁹³.

Aunque esta lucidez atenta esté desprovista de esfuerzo, Krishnamurti nos advierte reiteradamente de su condición energética:

«La energía no puede concentrarse más que cuando no se disipa en el control. Para que lamente esté tranquila es necesaria la totalidad de la energía en la atención, sin objeto, sin representaciones de lo conocido; es la energía consciente estática, potencial, y no la energía disipada en el conflicto.» (Podemos reconocer ahí la «Conciencia-Energía» en el estado puro del nivel superior.)

Por otra parte, se nos recomienda sustraernos a la noción del tiempo, sin prestar atención al pasado ni al futuro⁹.

Si consideramos lo que representan estas precisiones sobre la atención, podemos constatar que definen una actitud totalmente independiente de lo mental. Es una vigilancia, una presencia permanente en la vida, tanto en lo que se refiere a nuestra interioridad como a nuestras relaciones sociales. Es una posibilidad de comprender de un modo inmediato, sin pretender intervenir para modificar y sin utilizar palabras ya que están ligadas a lo mental.

Esta «energía total» indica claramente que se trata de la Conciencia en estado puro, puesto que ella es la suprema energía que no disminuye más que diversificándose en el psiquismo. La «atención es la esencia misma de toda energía... si se llega a estar lúcidamente atento, se dispone de una extraordinaria energía... que no es debida a una resistencia como en la mayor parte de los casos. Esta energía de la atención es la libertad¹⁰».

Estamos ante la «función noética».

⁸*Op. cit.* (62), p. 76.

⁹*Op. cit.* (62), p. 76.

¹⁰*Op. cit.* (68), p. 137.

LAS IMPLICACIONES DE LA «FUNCIÓN NOÉTICA»: HUMANAS Y CIENTÍFICAS

a) Humanas. ¿Cuál va a ser la consecuencia primordial de la aparición de esa «Conciencia total» que Mircea Eliade ha llamado la «Conciencia-testigo»?

Sin duda, la estabilización automática de nuestra actividad mental, del raudal incesante de nuestros pensamientos. Esa es, ya lo sabemos, la condición sine qua non para el acceso a un nivel superior de Conciencia, al conocimiento de lo Real, la base incluso de todos los yogas, en la definición funcional que da Patanjali, como hemos visto.

Todo movimiento o corriente de pensamiento no es, por otra parte, nada más que una forma de reforzar el «yo». «Ser integralmente inteligente, es ser sin tener ego.» «El pensamiento debe ser absolutamente silencioso, si es que se pretende el despertar de la inteligencia; todo movimiento del pensamiento hace imposible este despertar¹¹.» Podemos constatar aquí que Krishnamurti llama «inteligencia» al nivel de inteligencia universal de lo mental (el Buddhi del Shakta Vedanta).

Desde el punto de vista de la higiene mental y de la «moral biológica», la función noética concede la posibilidad de escapar a los traumatismos psicofisiológicos y a los desórdenes psicosociales que desencadena la actividad mental incoherente del ego, cargada de emociones tumultuosas. Pone fin, sin coerción, a las actitudes indeseables.

b) Científicas. En el plano científico, la eficacia de la función noética constituye el test, la experiencia crucial que permite afirmar que la atención pura y total, es decir, la Conciencia desprendida del psiquismo constituye sin duda el nivel superior de la estructura humana ya que pone en juego la doble ley biológica de integración estructural y subordinación funcional. Esta ley, como sabemos, viene a decir que el nivel superior (que integra los subyacentes) normaliza automáticamente por su propia actividad, la actividad de los niveles inferiores.

La estructura trinitaria, al mismo tiempo que su proceso funcional, se ve así confirmada, de acuerdo con una ley biológica debidamente establecida y reconocida.

CONFIRMACIONES CLÍNICAS Y EXPERIMENTALES

a) He experimentado en mí misma la eficacia de este mecanismo: estar atento a un estado psíquico indeseable (la cólera, por ejemplo) sin calificarlo con una palabra, sin juzgarlo, sin querer intervenir para modificarlo; estar simplemente presente a la primera perturbación que se siente, le pone fin inmediatamente y sin el menor esfuerzo.

b) Uno de nuestros clientes, fumador impenitente (dos paquetes diarios) pudo, en un plazo breve y sin ninguna privación, eliminar su hábito inveterado y llegar, incluso, a que le fuera imposible fumar. Encendiendo tranquilamente un cigarrillo en cuanto sentía la necesidad, pero permaneciendo totalmente atento al acto de fumar, no podía llegar a terminar sus cigarrillos. Poco a poco, pero en breve tiempo, los cigarrillos se espaciaron hasta la supresión total. Todo esto en total serenidad, sin esfuerzo ni deseos de corregirse, sin represión, sin necesidad de compensación.

c) Las escuelas de «relajación» de Jacobson¹² registran éxitos idénticos cuando la

¹¹Op. cit. (176), p. 613.

¹²Op. cit. (53).

actitud aconsejada se lleva a cabo como es debido. Ya hemos descrito el mecanismo de este método en el capítulo III, y no hay por qué volver sobre ello; es siempre el mismo, y la última «disolución muscular» produce la pacificación mental.

d) El psiquiatra Trigant Burrow, del que ya hemos expuesto sus estudios sobre el condicionamiento de la atención habitual (ditención), utiliza esta toma de conciencia en su obra de reeducación filo-biológica, con controles instrumentales¹³.

Es una detección «en vivo» del condicionamiento social de cada uno de los participantes, sin ninguna referencia al pasado. El médico, los estudiantes y los enfermos constituyen el «material» de la investigación, sin diferenciación social. Biológicamente, un grupo, sea el que sea, supone un ejemplo, una «muestra», podría decirse vulgarmente, de la especie humana. Las distorsiones psíquicas condicionadas se examinan a la vez desde el punto de vista del individuo y el del grupo.

Al contrario que la atención condicionada (ditención), la «cotención» supone una atención íntegramente humana. Pero el autor advirtió que esta técnica experimental, destinada a corregir las costumbres perniciosas, individuales y sociales, no era bien recibida en principio. Al ego no le gusta que se descubran sus trampas.

Por este motivo, y con el fin de que la incitación a la «cotención» no fuera considerada como una prescripción moral, lo que hizo fue registrar y presentar al sujeto las reacciones fisiológicas que se daban en el curso de dos estados sucesivos de «ditención» y «cotención». Se registraron, en este laboratorio de «comportamiento humano», la respiración, la motilidad ocular y el electroencefalograma; Durante una lectura, por ejemplo, lo que aparecía al principio era el estado de ditención con reacción afectiva parcial; a continuación se efectuaba la misma lectura con un estado de atención no condicionada.

Mientras el primer examen revelaba una respiración débil e irregular, frecuentes movimientos oculares y, en el EEG, ondas alfa indicio de una reacción afectiva, en el segundo la respiración era amplia y regular, la motilidad ocular reducida y las ondas beta habían sustituido a las alfa en el EEG.

Estos trabajos experimentales, al tiempo que terapéuticos, iluminan el mecanismo de los trastornos psicósomáticos que engendra una actitud mental condicionada, no conocida por el sujeto. Constituyen igualmente un nuevo testimonio de la eficacia sencilla e inmediata de una atención independiente del autismo de un ego despótico, y manifiestan objetivamente la actividad de la Conciencia pura.

LA MORAL BAJO UNA ÓPTICA BIOLÓGICA EFICAZ AUNQUE INHABITUAL

Tal atención, a pesar de su aparente simplicidad y de su, por decirlo de algún modo, «ligereza», resulta muy difícil de practicar en la vida corriente.

Desautoriza, efectivamente, todo lo que nos fue recomendado por los «supuestos moralistas» laicos y religiosos que se dirigían al psiquismo y en particular al ego. No sólo los hace inútiles, sino que demuestra el peligro de esos exámenes llamados «de conciencia» que perturban nuestra serenidad, invitándonos a esfuerzos que jamás son fructíferos debido a que provocan represiones seguidas de explosiones compensadoras harto decepcionantes. No hacen sino sumirnos más profundamente en nuestros torbellinos psíquicos.

¿Cómo desembarazarnos de la costumbre de enjuiciar? Se le da tal valor, que se ha hecho de ello, ya lo hemos indicado, el atributo esencial de la divinidad, lo que resulta

¹³*Op. cit.* (53).

espantable, ya que un Dios que juzga ni siquiera estaría iniciado en la vía espiritual. ¡Qué paradoja!

Ante el fracaso moral de este método dualista, arbitrario y autoritario, del pasado, y ante la absoluta necesidad de lo que ellos llaman el «progreso humano», los científicos reclaman una «moral biológica» conforme a las leyes de la vida, pero no llegan a proponerla. Se me antoja entonces que el encadenamiento jerarquizado de las interferencias noético-psico-fisiológicas que acabo de presentar, con sus consecuencias prácticas benéficas, responde a esta demanda. Por lo menos responde a mi larga búsqueda de la Verdad, pero sólo en estos últimos diez años se me ha presentado de forma satisfactoria para mi espíritu.

SE ACLARA EL CAMINO. NACE UNA CIENCIA DEL HOMBRE, FUNDADA EN LA CONCIENCIA-ENERGÍA

Durante los años siguientes a mis primeras investigaciones experimentales en lo psicosomático, me había preocupado, al igual que mi colaborador en pedagogía, por la necesidad de un nivel superior que, dentro de la constitución humana, integrase y subordinase al «animal» en el hombre.

Cuando titulaba una comunicación o un artículo: «La energía consciente, factor de regulación psicofisiológica», el título parecía aplicarse a mi óptica actual. Sin embargo, analizando los argumentos allí expuestos, se descubre una diferencia que, en mi opinión, pone de manifiesto una falta de madurez.

En «La Educación de Mañana», por ejemplo, proponíamos una integración realizada por la conciencia «individual», y el «yo» humano en tanto que nivel superior, por oposición a lo animal.

Esta declaración no podía extrañar a nadie, ya que sería aceptada incluso por los investigadores. Fue posteriormente, gracias a mis misiones en la India y al acercamiento al Vedanta cuando se reveló que el ego, incluido en el psiquismo, no podía trascender a éste de ninguna forma. No había tenido más que una intuición acerca de esto cuando escribí en dicha obra la siguiente nota explicativa:

«Utilizamos la palabra "yo" para preservar a la conciencia humana su carácter individual bajo la forma en que se la conoce ordinariamente. De todos modos, esta palabra expresa un aspecto de la conciencia más que designarla por completo; y una profundización crítica sobre este punto excedería los límites de la obra.» Sólo posteriormente comprobé que este «aspecto» de la Conciencia no está al mismo nivel que la Conciencia pura y que no podría tener la misma validez funcional.

Los resultados de la obra continúan siendo válidos desde el punto de vista pedagógico, con respecto a los niveles a franquear, pues acabamos de ver que es en realidad la «Conciencia Universal», con su «absoluto noético», quien opera en los diferentes niveles, cuando la denominamos como «yo». Igualmente, cuando empleamos el término «concentración», nuestra descripción indica suficientemente que se trata de una atención total y espontánea, sin esfuerzo y en la que no interviene ninguna coerción. Asimismo, pudimos anticipar sin error, en dicho trabajo, las recomendaciones pedagógicas esenciales. La realidad del proceso educativo continúa siendo válida; únicamente son inadecuados los «términos» de la interpretación y podrían inducir a confusión por la intervención de un «yo» considerado como inofensivo. Los lectores de esta nueva obra conocen ahora la precisión que se imponía; era necesario hacer esta rectificación.

Inspirada en el Shakta Vedanta y admitiendo, a título de hipótesis válida, que la Conciencia, Energía primordial autónoma, desarrolla el teclado de los niveles que

utilizará en el proceso evolutivo, me resultó evidente por otra parte (Tradición y ciencia coincidían) que esta Conciencia se manifestaba en nuestra vida bajo la forma de «atención».

Si esta «atención», que representa a la Conciencia en acción, era efectivamente la función superior susceptible de armonizar los niveles subyacentes, podía, apriori, parecer normal utilizarla de acuerdo con una «elección» determinada y con medios de disciplina, de voluntad y esfuerzo, según la técnica de las generaciones pasadas. Se continuaría así en el marco de la «moral clásica», cuya ineficacia seguiría intacta para quien no tuviera la vocación de consagrar su vida, como el yogui a la consecución de alguna «maestría» espectacular. La ley de «subordinación» se revelaría decepcionante e inoperante por estos métodos de autocoerción que no pondrían en marcha más que la conciencia psíquica, ignorando totalmente el verdadero «nivel superior» y su proceso funcional.

El retiro de la vida profesional me permitió al fin consagrar más tiempo y eficacia al «problema humano» y pude seguir con asiduidad los «coloquios» de Krishnamurti, de los que una vida de actividad desbordante y variada me habían mantenido alejada.

Abandonaba una mañana la carpa en la que se desarrollaban los «coloquios de Saanen» preguntándome por qué una atención despojada de juicios, comparaciones, palabras e intenciones de cambio, podría ser la única actitud válida, no sólo para la higiene mental, sino sobre todo de cara a una evolución humana que requiere una verdadera «mutación».

La respuesta surgió en mi espíritu como un relámpago, y era la única respuesta desde el punto de vista científico: eso era así, evidentemente, porque tal actitud no está al mismo nivel de Conciencia, sino que es expresión funcional del verdadero nivel superior, la Conciencia en estado puro, desligada del psiquismo y del ego y sus falsos valores, la Conciencia Universal autónoma que describe el Shakta Vedanta. La ley de subordinación funciona por lo tanto con plena validez.

De ese modo, la estructura humana resultaba claramente trinitaria, integrada en esa Conciencia cuya actividad propia subordinaba automáticamente los niveles inferiores. Esa atención vigilante, esa sencilla lucidez, ya no era por más tiempo la atención condicionada, velada y limitada por la ganga psíquica.

Desde entonces, innumerables ejemplos confirmarían el acierto de esta interpretación. NACÍA UNA CIENCIA DEL HOMBRE Y LA «CONCIENCIA-ENERGÍA» ERA SU FUNDAMENTO.

IMPORTANCIA HEURÍSTICA DE ESTA CONCEPCIÓN «RENOVADA»

A pesar de todo el interés prestado al Oriente, el valiosísimo mensaje contenido en el Vedanta para el conocimiento del hombre y su destino no llega más que a una pequeña parte de la Humanidad y no pone a su disposición, con fines evolutivos, nada más que métodos difícilmente adaptables a la vida moderna ya la civilización occidental en particular. La teoría del conocimiento está expuesta con una lógica adecuada a satisfacer a los intelectos más exigentes, pero la vía de realización continúa siendo prácticamente inaccesible. En la forma propuesta, la Humanidad, en su conjunto, no sabría asimilar estas enseñanzas de un interés sin embargo universal. Tenía que llegar la hora para que esta Humanidad, al límite de la quiebra intelectual y al borde del suicidio de la especie, recibiera un mensaje que le afecta en su totalidad y que le proporciona consejos esencialmente prácticos, desprovistos de todo tecnicismo, sea etnológico o científico.

Krishnamurti da a luz este mensaje cuya validez no necesita ninguna exégesis y, lo

que es más, que sería destruido inmediatamente por las discusiones teóricas que estimulan un intelecto que él trata de trascender. Desde este punto de vista, soy profundamente consciente de que estas páginas no tienen más que un interés preliminar: pueden ayudar a comprender, situar, asimilar lo esencial del mensaje vital. Deben ser enseguida olvidadas para dejar lugar a la función noética, que es la única cualificada para dar acceso al nivel universal de conciencia.

El examen teórico del Shakta Vedanta me ha ayudado personalmente a elaborar los fundamentos de una ciencia del hombre que integra obligatoriamente el pragmatismo de Krishnamurti, y a comprobar su acierto. A título científico, la confrontación de ese doble influjo ha satisfecho mi búsqueda del «conocimiento de sí mismo». No me ha parecido inútil su exposición, a condición de tener en cuenta las restricciones indicadas.

A esta cualidad de atención permanente, constantemente recomendada, Krishnamurti la llama «meditación» (muy diferente de la meditación coercitiva por eliminación): «La meditación es la liberación total de la energía... la energía depende del conocimiento de sí mismo... el pensamiento y la inteligencia son energía, al igual que la materia... la energía va al pensamiento y al cuerpo que es el instrumento. .. no hay más que una sola energía... si la energía se convierte en movimiento, entra en el campo del pensamiento... es necesaria una gran cantidad de energía para engendrar un cambio en nosotros mismos.»

Estas declaraciones que no expresan sino una experiencia individual del «conocimiento de sí mismo», evocan, como vemos, todo el sistema energético jerarquizado del Shakta Vedanta. Esta «liberación» de la «Conciencia-Energía» es, asimismo, la meta del yoga.

Podemos reconocer, también, la cualidad de la inteligencia de nivel superior (búdico) del «órgano interno» (mente o psiquismo total) en afirmaciones como las siguientes:

«El pensamiento está fragmentado y la inteligencia no... la inteligencia debe iluminar y utilizar el pensamiento, mientras que éste se pone en paralelo con la inteligencia... el intelecto no es la inteligencia; se puede ser terriblemente inteligente y caótico... la inteligencia no es el pensamiento, es silenciosa e impersonal, no pertenece a ningún grupo, opera en el pensamiento sin dividir... el pensamiento debe ser inmóvil y funcionar cuando sea necesario con una gran energía, bajo la supervisión de la inteligencia. Esto es posible si el pensamiento no separa al observador de lo observado.»

Encontramos en todas estas citas la «Verdad» vivida que nos revelan los textos de la tradición hindú; también ha sido vivida por los grandes Sabios de la India. En esta ocasión, resulta enunciada como un mensaje mundial, despojada de toda estructura mental descriptiva y sin las disciplinas específicas de las filosofías orientales. Estas últimas no pueden interesar más que a individuos orientados hacia una búsqueda interior por diversos métodos: Hatha, Raja, Bhakti, Tantra... yoga.

Lo que se nos propone actualmente es la puesta en práctica de la más alta psicología posible; psicología que es, al mismo tiempo, una indiscutible terapia. Es, más exactamente, una noética adaptable a una ciencia del Hombre, porque está, precisamente, más allá de la psicología. Krishnamurti reconoce, por otra parte, la utilidad de la ciencia si es correctamente comprendida y utilizada.

HACIA EL CONOCIMIENTO DE LO REAL

Pero no todo es el conocimiento científico del hombre y la higiene mental necesaria para la salud individual y social. Desde el momento en que la práctica de esa atención

específica tiene el poder de estabilizar nuestro pensamiento, conlleva nada menos que una posibilidad de acceso al conocimiento de lo «Real»; la mutación al nivel de inteligencia universal es requisito previo indispensable. Toda prefiguración de lo que pudiera ser lo «Real», lo haría inaccesible. Podemos dar a «éso» el nombre que queramos, incluso el nombre de Dios, con tal de que no sea el Dios personal de nuestras tradiciones religiosas. A este respecto, M.M. Davy cita a André Corneille Halflants: «El ateísmo aparece entonces como una gracia, una invitación a purificar nuestras representaciones de Dios y de todo lo que había en ello de demasiado humano»¹⁹⁴.

En un capítulo final, me ocuparé de un modo «negativo» de este estado «sin ego» cuya característica principal es la inefabilidad, lo cual impedirá un desarrollo demasiado explícito.

Sin embargo, antes de interesarme por el plano de la Conciencia Pura sin manifestaciones visibles, abordemos con una mirada renovada el «mundo natural» que el Cosmos despliega ante nuestros ojos. Es el acceso a la inteligencia universal de nuestra Conciencia, hasta ahora limitada, lo que nos va a permitir descubrir, en los Reinos de la Naturaleza, anteriormente considerados de modo utilitario, la expresión de la Conciencia Única, la misma que nos anima.

Sólo se puede reconocer en las cosas aquello de lo que se ha tomado conciencia en sí mismo. Después de no haber visto en ellas nada más que un conjunto de objetos adecuados para atender a nuestros placeres y necesidades, las cosas se convierten para nosotros en el testimonio de un poder superior que nos invitan a reconocer y reverenciar en ellas mismas. Por vez primera, tenemos la revelación de la Naturaleza entera, a saber: la mismísima Conciencia en todos sus niveles de manifestación.

Es por este motivo por lo que he esperado el acceso a este nivel «búdico» de la Conciencia mental para llamar la atención sobre la magia y el poder de la Conciencia en la naturaleza. Sólo este nivel evolutivo permite sentir y vivir la realidad.

CAPITULO XVI

LA «CONCIENCIA-ENERGIA» EN EL UNIVERSO

Conciencia de la materia. Conciencia vegetal. Testimonios experimentales

«La materia es una forma del Poder Supremo.»
(Shakta Vedanta)

A) CONCIENCIA DE LA MATERIA

¿ES LA ENERGÍA LA CONCIENCIA? CIENCIA, Y MENTALIDAD DEL CIENTÍFICO

La energía es la esencia misma del mundo cósmico, y también de nuestro ser. Esta declaración resulta unánime en todos los dominios de la ciencia:

«La energía es todo para nosotros, está en la base de todos los fenómenos naturales por los que la materia se anima y transforma, condiciona toda la evolución del reino de lo vivo... es incluso la causa del mundo atómico así como del sistema de las galaxias. Sus formas son muy numerosas... sus transformaciones innumerables... es el más fascinante de los temas, el que mejor permite comprender la unidad de las cosas ya que las trasciende a todas, revelándose como una de sus causas

primordiales, si es que, a fin de cuentas, no se trata de la causa primordial.»¹⁴

Como muchos otros físicos, el autor de esta cita plantea la eterna cuestión del «misterio» que representa la fuerza permanente y múltiple que, a nivel nuclear, mantiene unidas entre sí las partículas fundamentales del núcleo atómico. Esta fuerza nuclear es de un tipo desconocido, manifiesta otro investigador: la energía que une una partícula a su vecina viene a ser diez millones de veces la que une dos moléculas de agua y, sin embargo, no opera sino sobre una distancia de milmillonésimas de milímetro.¹⁵

Y ante tal despliegue de «vida energética», paradójicamente, todo el mundo sigue balbuciendo, con más o menos indecisión, acerca de cuáles pueden ser las diferencias entre los llamados elementos no vivientes, vivientes y conscientes.

Sin embargo, el «misterio» se aclara cuando se deja paso a la lucidez de una respuesta que resuelve todos los problemas: existe desde la eternidad una CONCIENCIA que es ENERGÍA y la ENERGÍA no puede ser nada más que CONCIENCIA.

Cabe pensar de qué forma se simplificarían muchas investigaciones e interpretaciones científicas —e igualmente muchos de sus descubrimientos— si tal revelación de la Tradición se convirtiese, no ya en el postulado sino en 4ª hipótesis de base de una búsqueda que se dedicase a comprobar que el universo y los seres que contiene son, en formas y niveles diferentes, expresión de una única «Conciencia-Energía» diferenciada en niveles jerarquizados cuyo encadenamiento hace posible las interacciones más diversas.

Desgraciadamente (como ya he señalado), funciona una ley fatal que hace que el «absoluto noético» de un nivel de Conciencia, no le permita conocer el del nivel superior, y esta ley puede aplicarse tanto a los científicos como a los profanos. Pierre Rousseau se lamenta de que las investigaciones cada vez más profundas, en sectores cada vez más reducidos, no despierten en el investigador el deseo de remontarse sobre su propia ciencia, para elevarse a un punto de vista más general. El autor manifiesta que «la división del trabajo científico y la especialización hacen cada vez más necesario... el papel de personalidades poderosas, sean teóricos o experimentadores, capaces de captar por el pensamiento el conjunto de su parcela de investigación y situarlo en el movimiento general de la ciencia».

Se trata, efectivamente, de un tipo de científicos en los que el absoluto biológico se encuentra al nivel de la inteligencia analítica y llevan a cabo, a este nivel, trabajos indispensables y de un valor indudable; otro tipo de investigadores utilizará por «vocación» su propia calificación para organizar estos trabajos en síntesis: su absoluto biológico está al nivel de la inteligencia sintética. Pero cuando se trata de descubrir, no solamente la energía sino la «Conciencia» en esta unidad de seres y cosas, tal percepción sólo puede ser sentida y acreditada por una Conciencia que haya establecido en el sabio su centro de interés y su trabajo de integración al nivel de la inteligencia universal, —ese substrato superior de la «mente»—. Esta Conciencia se reconoce a sí misma, en las cosas, y donde encuentre esta realidad interior formulada verdaderamente como en el Shakta Vedanta, la acogerá y utilizará con un espíritu abierto y permisivo a título de hipótesis posible, digna de ser puesta a prueba en su aproximación «científica» de la «realidad»

Los trabajos relativos a la «Conciencia en la teoría cuántica» * Op.cit.(5) harían suponer por su título que se refieren a la «Conciencia» de la materia. Y no es así. No son más

¹⁴Op. oi. (120), (prefacio), pp. VII y VIII.

¹⁵Op. cit. (13), p.149.

que la exposición de teorías diferentes referidas al mecanismo de intervención de la conciencia del observador (la conciencia psíquica que interesa a los investigadores) en la materia, en el curso de la experimentación (debido al colapso del vector de estado, por ejemplo). Esta conciencia se asimila, pues, a las «variables ocultas» que determinan las fluctuaciones de ese vector de estado. Lupasco objeta a esta teoría que el chorro de partículas empleado por el investigador es suficiente para explicar las inciertas fluctuaciones observadas.

Desplazando nuestro interés de la conciencia del observador a la conciencia «local», observamos que la supercuantificación atribuye la función de operador matemático a ese PSI u onda de probabilidad. Verdaderamente, da la sensación de que puede detectarse ahí una «conciencia local» que justifique el valor matemático de las operaciones efectuadas. Las matemáticas, reflejando a la vez la naturaleza del pensamiento y la realidad exterior, indican que en ambos casos está operando una misma Conciencia, pero no bajo una forma de dualidad «observador-sujeto observado». Los conceptos energéticos adelantados por S. Lupasco han demostrado que «sujeto-objeto» es una misma cosa, en relación con la actualización y la potencialización, lo que confirma las premisas de la tradición hindú. La misma Conciencia se expresa en la materia simplemente en formas más veladas; es Ella la que se reconoce cuando se despliega en nuestra vida mental como sobre un tablero de ajedrez universal.

MICROFÍSICA Y CONCIENCIA

La microfísica y especialmente la física de las partículas, punta de lanza de las empresas conceptuales más audaces, casi ha llegado a situar la Conciencia entre sus problemas de vanguardia. Por lo menos, esta preocupación no le es en absoluto extraña. A pesar de ello, si bien la energía diferenciada no tiene, por decirlo de algún modo, ningún secreto para el científico, si bien las sorpresas que depara son aceptadas y explicadas sin mayor problema, por extrañas que puedan parecer, la «asimilación de esta energía a la Conciencia» todavía no se nos ha presentado como una verdad axiomática.

Sin embargo, las declaraciones de V.A. Firsoff¹⁹⁵, citadas por Arthur Koestler, son harto significativas de una tendencia que se aproxima sorprendentemente a nuestra proposición: «esta característica etérea del neutrino ha impulsado a preguntarse si no existirán otras partículas que constituirían el eslabón que falta entre la materia y el espíritu». Y el mismo autor, miembro de la Real Sociedad de Astronomía, piensa que «el espíritu es una entidad o interacción universal, del mismo orden que la electricidad o la gravedad, y que debe existir un módulo de transformación análogo a la famosa ecuación de Einstein $E=mc^2$ que pondría en relación el «material mental» con otras entidades del mundo físico»¹⁶. Piensa incluso que podría haber partículas elementales de material mental que propone denominar «mindron» (del inglés, mind, espíritu) cuyas propiedades serían semejantes a las del neutrino. Y Arthur Koestler añade: «El mindron de Firsoff es un modelo bastante primitivo marcado por una interpretación atomista de los hechos mentales que la psicología empieza por fin a superar». Cyril Burt, cuyos «psicones» serían configuraciones más que partículas, ha propuesto una hipótesis más refinada, pero no la ha desarrollado en detalle.

«Los intentos más recientes por encontrar un nexo entre la función PSI de la física de los quanta y los fenómenos PSI de la parapsicología son los del fisiólogo John Eccles

¹⁶Op.cit. (124), p. 292.

y el físico Dobbs... y exigen incursiones en dominios más extraños todavía», añade A. Koestler.

La denominación «camino óctuple» que Gellmann propone para una teoría de las partículas que se resolvería en términos de «quarks», deja suponer que una cierta inspiración «búdica» ha tenido que presidir la elaboración de tales hipótesis. Por otra parte, la futura partícula «Omega menos» podría, tener importantes significaciones en cuanto a las interacciones universales de la energía consciente.

Desde 1939, Eddington había lanzado la hipótesis de un comportamiento coherente de las partículas individuales de materia cuando se trata de materia en relación con el pensamiento. Esta «coherencia» tan diferente del comportamiento fortuito admitido en física, ¿no podría tener el sentido de una conciencia de las partículas? Recuérdese que Eddington había sugerido la idea de un espíritu universal como hipótesis plausible en el estado actual de las teorías físicas.

Tanto en las hipótesis de Dobbs, utilizando los «psitrones» como mensajeros directos de cerebro a cerebro, como en la de Eccles que hace intervenir la energía psíquica (voluntad) para transmitir los impulsos nerviosos a través de las juntas sinápticas de las neuronas, se consideran sin duda las partículas como componentes de la energía psíquica. Pero, ¿no puede imaginarse igualmente la «Conciencia» de estas partículas ejecutando órdenes de niveles energéticos que le son jerárquicamente superiores?

En una memoria de los Gnósticos de Princeton, R. Ruyer nos llama la atención sobre el hecho de que una teoría topológica de la transmisión de la información en el espacio-tiempo, expresa las incidencias y los contactos de los «acontecimientos», no en términos de medida (de espacio o de tiempo), sino en términos de transmisión directa de energía. Todo contacto se considera, en efecto, como directo, si se efectúa a la velocidad de la luz. (Estamos topológicamente en contacto directo con los emisores de la nebulosa Andrómeda distante métricamente un millón y medio de años luz.) Las acciones que tienen una velocidad inferior a la de la luz provienen, al contrario, de contactos de segundo o tercer orden, derivados de los contactos directos. Estas velocidades inferiores a la de la luz producen «reflexiones» de la acción sobre los intermediarios; entendiendo reflexión tanto en su sentido propiamente físico como en otro «cuasipsicológico». Cada átomo, en el cristal donde se propaga el rayo luminoso a una velocidad aparentemente inferior a «C»¹⁷, se toma de algún modo, dice Ruyer, un tiempo real para «comprender lo que le está pasando», por referencia con lo transespacial de lo que participa. De ahí el retraso. Los segundos o los centímetros que miden esta velocidad no son más que abstracciones subordinadas. El tiempo y el espacio no están constituidos más que por esas «reflexiones» de seres informados que «comprenden lo que les está pasando».

Estas expresiones psicologistas aplicadas a la «comprensión» de los acontecimientos microfísicos pueden parecer caprichos semánticos. Pero esta inflexión del pensamiento de los autores citados (que ellos atenúan con la expresión «quasi») nos parece muy significativa de una orientación hacia el reconocimiento de una realidad «conciencia-energía» en un terreno que no era, hasta ahora, sino el mundo inerte de la materia.

Esta conciencia, los autores la consideran situada en lo más profundo de las cosas. Pero no en la superficie del interior, como el grano de uva cortado por Alan Watts, sino en el interior del interior. Es así como Watts definía a Dios. Consideran también, dichos autores, conciencias escalonadas, lo que nos lleva a la conciencia de la materia. «Hay escalones en la conciencia», dicen.

¹⁷«C» es la velocidad de la luz. [N. del T.]

Es así como lo presenta R. Ruyer en la nueva gnosis: aunque la conciencia sea todavía superficial, es sin embargo indicativa de su propio más allá. No es superficial del todo: posee propiedades hipergeométricas e hiperfísicas que aparecen indirectamente en la ciencia. No es sólo percepción del mundo, es también «presencia de ser». «El espíritu no considera a la materia como componente, sino que la constituye, es aquello de lo que está hecho, es su único "material".» Para estos autores, la Conciencia es el anverso de las cosas, mientras que lo que nosotros percibimos no es más que el reverso. Es decir, que la materia es conciencia.

Esta formulación de la «materia-conciencia» resuelve sin dificultad la paradoja EPR (Einstein, Podolsky y Rosen) que hemos mencionado sin desarrollarla a propósito de las relaciones de la física de los quanta y la parapsicología. Se dice que los físicos de los quanta lo discuten «ardorosamente». Veamos el objeto de esta discusión: una molécula tiene dos átomos, cuyos «Spins»¹⁸, de signo contrario, suman cero. La división de la molécula aísla cada uno de los dos átomos dejándolos sin interacción posible. Matemáticamente, la suma de los spins aislados debe seguir siendo igual a cero. Por ello, ningún físico clásico se asombraría de que una intervención de cualquier tipo sobre un spin permitiera deducir la diferencia en el otro.

Ocurre justo al revés en la física de los quanta, ya que «lo que constituye el fenómeno es la medida». Pues un «cambio de intención en el curso de una de las medidas» repercute en el otro sistema aislado. «¿Cómo es posible que uno de los átomos «telegrafe» al otro que debe cambiar de spin en función de X, Y o Z, si la distancia no interviene? Este fenómeno trascendería el espacio-tiempo¹⁹. Desde nuestro punto de vista, es fácil responder. Esta «telepatía atómica» pone en juego la misma explicación que la «rareza» de la telepatía humana. Ya hemos advertido que nuestro ego y nuestra concentración mental es lo que forma la pantalla que nos aísla de la conciencia universal. No ocurre lo mismo con el átomo que está inmerso en esta conciencia y se ajusta a las contingencias que amenazan perturbar la armonía preestablecida.

Evola recuerda cómo el Maestro Eckhart escribía que incluso una piedra puede ser Dios pero no sabe que lo es, y que ese no saberlo es o que hace de ella una piedra.²⁰

CONCIENCIA Y CATÁLISIS

La «presencia de ser» de la Conciencia que señalan los Gnósticos de Princeton, se manifiesta con claridad en Inacción «catalítica». Esta requiere un estado físico de gran división, y ciertos elementos específicos. El proceso de esta acción no es una corrección cuantitativa de carencia, sino un efecto de orden energético electrónico. Estos catalizadores son elementos de transición caracterizados por una capa externa de dos electrones y una capa subyacente de ocho a dieciocho electrones. Dirigen los mensajes de cambio materia-energía en su acción general¹⁹⁶. Para quien busca una intervención de la «conciencia local» en la física de los quanta, ¿no tiene que resultar seductor representar a la Conciencia operando en este «quantum de acción» que es la base de los fenómenos observables?

Vista de esta forma, se comprende que la «Conciencia-Energía» puede estar presente en todos los escalones de la manifestación. La aplicación de la mecánica cuántica al problema de la vida podría dejar de plantear cuestiones epistemológicas a los científicos que todavía se preguntan si, verdaderamente, la vida no es más que

¹⁸Spin: momento de la cantidad de movimiento de una partícula elemental que gira sobre ella misma o alrededor de un centro de gravedad. [N. del T.]

¹⁹Op. cit. (119), pp. 86, 87, 88.

. cit. (117), p. 57.

una serie de juegos de electrones y cómo tales juegos «engendran la vida, cómo se transporta su energía en diferentes formas... sean mecánicas, eléctricas, cósmicas...»²¹ Para el Shakta Vedanta, «La Conciencia está presente y operando en toda la materia, llamémosla viviente o no viviente»^{*Op.cit.(19),p.105}

CONCIENCIA Y POTENCIALIDAD

La cuestión de la «conciencia-presencia» es, para el energeticista Lupasco, una realidad permanente en el seno de la materia ya que, dentro del antagonismo «potencialización-actualización», la Conciencia es la potencialidad. El objeto está en la Conciencia. Hablando del agua, el autor no dice «conciencia de agua» sino «agua-conciencia», «agua consciente», pues el objeto es potencialidad como la Conciencia misma. «El objeto consciente es una sistematización energética»²². Y si recordamos que, en la Tradición, la «Conciencia primordial» es «sistematización energética» (Kala-Dik, antagónicos), tendremos la impresión de que la totalidad de la sistematización energética es la mismísima expresión de la Conciencia y que, en todos esos sistemas, la potencialización representa la acción local de la Conciencia.

NEGAENTROPÍA CONTRA ENTROPÍA. LA LUCHA POR LA VIDA

Si bien, después de las precedentes definiciones, no puede ponerse en duda que la Conciencia está presente en todos los sistemas energéticos, es el sistema microfísico el que explicita mejor una acción «inteligente y organizada» de los elementos en la materia. S. Lupasco manifiesta que este sistema microfísico está siempre presente en el fondo de cualquier sistema energético. Al igual que el sistema neuropsíquico, cuya sistematización es idéntica, tiene una acción equilibrante e inhibidora sobre los sistemas antagónicos macrofísicos y biológicos. Hay que recordar que:

- el sistema macrofísico se forma por actualización de la homogeneidad;
- el sistema biológico se forma por actualización de la heterogeneidad;
- el sistema microfísico rige la doble actualización y potencialización equilibradora.

Ya veremos en el próximo capítulo cómo todo esto desempeña un papel funcional considerable en el cuerpo humano. En el propio terreno de la materia, es el organizador y realizador de todas las reacciones químicas, de toda la química propiamente dicha que, con sus valencias, no es sino «química-física».

Echemos un vistazo sobre algunas de las realizaciones funcionales de la materia tal y como la contempla la física de los quanta. Se nos muestran a la vez elaboraciones de leyes obedecidas sin fallos, iniciativas personales adecuadas, movimientos de grupos disciplinados, todo ello garantizándonos todo lo que conocemos de la vida: la luz, el calor, el agua, la sal de cocina... la vida misma que puede luchar, el tiempo que haga falta, contra las ineluctables fuerzas de la destrucción.

Veamos, en primer lugar, la defensa de la vida.

Y recordemos el terrible principio de «Carnot-Clausius» o segundo principio de la termodinámica. Viene a decir que los sistemas físicos, en el curso de sus incesantes transformaciones, pasan de la heterogeneidad inicial a una homogeneidad creciente, bajo la forma de calor, expresada matemáticamente por la noción de «entropía», cuya acumulación progresiva es señal de aniquilamiento o muerte.

La microfísica nos presenta el aspecto cuántico del principio de Carnot, pero no bajo la forma de calor, sino bajo la forma de luz homogénea debida a la radiación con

²¹Op. cit. (15), pp. 158, 159.

²²Op. cit. (15), pp. 158, 159.

emisiones de fotones: la muerte en la luz.

De todos modos, esta microfísica, bajo el régimen de los quanta, tiene una ley funcional propia que permite elaborar una heterogeneidad, principio de vida, que vendría a compensar la homogeneización creada por el principio de Carnot y permitiría a la vida luchar contra ese implacable imperativo de muerte.

Esta bienhechora ley compensadora es el Principio de exclusión de Pauli. «Lo explica todo», dicen los físicos, «pero no se le puede explicar».

Para nosotros, la explicación es muy sencilla: La Conciencia que es la «Vida energética» y que la diversifica en todos los planos, ¿cómo no iba a ser capaz de organizaría con leyes que sirvieran a la finalidad de la manifestación?

Explicado o no, este principio de exclusión se va a manifestar de la forma siguiente:

Las partículas de la microfísica son de dos especies diferentes:

—Unas, como los fotones, obedecen al principio de Carnot y generan la homogeneidad acumulándose, como mejor les parece, sobre las órbitas del átomo (lo cual evoca al sistema solar con los planetas sobre sus órbitas).

—Otras, como los electrones, obedecen a la exclusión cuántica, a saber: Una partícula que, en un átomo, está en «cierto estado cuántico», excluye a las demás partículas en el mismo estado. De ese modo, a los electrones no les está permitido sobrepasar tal o cual número en las órbitas de un determinado nivel. Cuando una órbita se encuentra saturada de electrones, ningún otro candidato puede pretender encontrar sitio allí. Por el contrario, si todavía hay sitio, cualquier electrón, que esté de paso puede acceder a ella.

ELECTRONES, CONCIENCIA Y QUÍMICA

Al ser los números previstos (que constituyen la valencia clásica), tan variados como los propios cuerpos químicos, vemos realizada la heterogeneidad indispensable para la vida, y al mismo tiempo observamos cómo la química se asimila a la microfísica.

Pierre Rousseau nos muestra un ejemplo de una combinación química decidida por la «conciencia microfísica» (la introducción de la palabra conciencia es mía) en un caso aleatorio:

«El átomo de oxígeno posee dos niveles de energía con dos electrones en el nivel interno y seis en el nivel externo... el primer nivel está saturado mientras el segundo... admite todavía otros dos electrones. Si pasan a su alcance dos átomos de hidrógeno cuyo único nivel está igualmente incompleto (un solo ocupante en vez de los dos posibles), los atrae deliberadamente. Se produce la fusión de estos dos átomos de hidrógeno con el de oxígeno, con la puesta en común de los dos electrones, y tenemos una molécula de agua» ^{*Op.cit.(13)}.

Al igual que nosotros, los electrones buscan efectuar el menor esfuerzo en su circulación. Los físicos nos recuerdan, a este respecto, el paralelismo entre el átomo y el sistema solar. A causa de la fuerza de atracción entre un planeta y su sol, le resulta más fácil circular de arriba a abajo que en sentido contrario. En el sistema atómico, también es más fácil la circulación en el sentido de la órbita más alejada del núcleo hacia la más próxima. Es precisamente en este sentido como se producen los saltos de electrones de una órbita a otra: saltos que generan radiaciones y luz. Y si no se amontonan todos los electrones sobre la órbita más baja, ello es debido al principio de exclusión que se lo impide.

Otra «peculiaridad» circulatoria en relación con la «onda corpuscular» tendrá como consecuencia práctica el darnos una onda luminosa siempre del mismo color para un mismo elemento:

Si la luz de un tubo de neón se mantiene siempre roja (no modificando el vidrio) y la de un tubo de argón siempre violeta, ello ocurre porque, para un elemento dado, los electrones saltan siempre entre las mismas órbitas. La razón es simple y aguda a la vez: el electrón escoge las órbitas sobre las que su onda asociada puede desplegarse un número completo de veces mientras la recorre. De lo contrario, la posición es inestable y el electrón «aprovechará la primera ocasión para descender de trayectoria hasta la más baja». ¿No resulta imprescindible que la «Conciencia» se encuentre presente para asumir una decisión tan oportuna?

MICROFÍSICA Y MOLÉCULA

Cabe preguntarse si estas transiciones electrónicas que nos explican las combinaciones químicas no podrían también facilitar, del mismo modo, la explicación de esta química suprema que es la vida.

P. Douzou, cita P. Rousseau, se dedicó a intentar aplicar la mecánica cuántica al problema de la vida. Inspirándose en los hallazgos del químico húngaro Szent-Gyorgyi, buscó las analogías con el comportamiento de los «semiconductores»:

En una molécula de proteína, la vida se manifiesta por la transmisión de una excitación: si se la toca en un punto, reacciona en otro. Del mismo modo, la naturaleza llamada «inanimada» (¿podría mantenerse actualmente semejante calificativo ante ese torbellino de partículas que no es más que un conjunto de acontecimientos «energéticos»?) presenta, a su vez, semejantes transmisiones. Es el caso de lo que se denomina «semiconductores», familiarmente traducidos por «transistores».

Se trata de un montaje electrónico que reemplaza a las antiguas lámparas: un minúsculo cristal de germanio que no es ni buen ni mal conductor de la electricidad (y de ahí el calificativo de «semiconductor»). Cuando recoge ciertos electrones mal sujetos que los átomos tienen como impurezas, estos electrones transfieren cargas eléctricas, esto es, energía. Es un caso más de migración de electrones. En esta encrucijada de la investigación de lo infinitamente pequeño, alcanzada gracias a minuciosas colaboraciones interdisciplinarias, los científicos se preguntan si esta pequeña lucecita les podrá aproximar a lo que ellos llaman el «gran secreto», un secreto que les permitiría quizás crear seres inteligentes susceptibles de convertirse en «ayudantes humanos», tal y como espera un biólogo soviético. Ello no sería deseable si estos aprendices de brujos hicieran de sus creaciones un uso tan deplorable como el que hicieron del descubrimiento de la fisión nuclear con sus «egos en competición violenta». Afortunadamente, no parece que la evolución se oriente por ese camino. La liberación de la Conciencia en sus niveles más universales les permitirá acceder a un modo de conocimiento ajeno a esas mezquindades.

ENERGÍA NUCLEAR Y KUNDALINI

¿Qué decir de esta energía nuclear cuya fuerza colosal de cohesión entre partículas prefigura la espantosa energía que libera la fisión, de la que los hombres, enloquecidos, hacen gala para amenazarse reciprocamente?

Charles-Noël Martin señala que esta energía primaria y «misteriosa» es la de la materia «en su estado noble: el núcleo». Su lugar central en los fenómenos cósmicos nos fuerza a pensar que nos encontramos ante la Energía en su forma primordial. Y puesto que no hay Energía sin Conciencia, como nos dice la Tradición, comprobamos la potencia de esta «Conciencia-Energía» que duerme en nosotros (en tanto que

Energía Cósmica) bajo la forma de Kundalini (la Serpiente de Fuego). El despertar de Kundalini que suele acompañar a una indescriptible liberación de Conciencia, testimonia efectivamente que esta Energía Cósmica es sin dúbala «Conciencia-Energía». Ese acontecimiento microcósmico, réplica del acontecimiento macrocósmico de la fisión nuclear, es, a su vez, si sobreviene en forma prematura, intempestiva y traumatizante, considerablemente peligroso para el organismo.

ESTUDIO EXPERIMENTAL DE LA «CONCIENCIA UNA» EN LOS METALES. (BOSE DE CALCUTA)

La supuesta ausencia de sensaciones en la materia llamada «inanimada» fue desmentida hace tiempo por las experiencias de Sir Jagadis Chunder Bose, director del Instituto de Calcuta que lleva su nombre¹⁹⁷.

En el primer cuarto de siglo, este gran investigador demostró experimentalmente la similitud de los efectos producidos por un excitante, tanto sobre las sustancias inorgánicas como sobre las sustancias vivas vegetales (objeto de los próximos apartados). Estos trabajos son un testimonio viviente de lo que puede suponer para la ciencia experimental la esencia de la tradición védica. Efectivamente, al principio de la obra titulada Reacciones de la materia viviente y no viviente, se puede leer este aforismo del Rig-Veda: «Lo Real es Uno, aunque los Sabios le den nombres diferentes.» Y en la conclusión afirma: «Todo lo que hemos constatado no procede en absoluto de una fuerza vital incognoscible y arbitraria, sino de leyes inmutables que rigen igual y uniformemente los mundos orgánicos e inorgánicos.»

Registradas en papel fotosensible, las reacciones de los metales a diferentes excitantes muestran un paralelismo completo con las de los tejidos animales o vegetales. Se utilizaron los mismos aparatos y los mismos excitantes en el reino inorgánico y en los otros dos; únicamente se sustituyó un tejido de metal (estaño, por ejemplo) por uno vegetal. Los estímulos eléctricos, aplicados de formas diferentes, dieron resultados idénticos en ambos reinos. Diferentes estímulos producen una reacción eléctrica debida a una perturbación molecular, distorsión o ruptura de equilibrio.

Los agentes químicos estimulantes (carbonato de sodio) o deprimentes (ácido oxálico) actúan sobre los metales como sobre las plantas. Igualmente los tóxicos (potasa) que anulan las reacciones. Un excitante luminoso provoca en una célula fotosensible inorgánica reacciones completamente análogas a las que provoca en una retina, tanto en condiciones normales como anormales.

Esta uniformidad de reacciones en los tres reinos indica claramente que se trata de una misma vida, que una misma Conciencia está operando en todos los niveles.

B) LA CONCIENCIA EN EL REINO VEGETAL

ESTUDIOS EXPERIMENTALES DE SIR CHUNDER BOSE

Después de haber evidenciado las reacciones a las excitaciones de la materia inorgánica, y de haber detectado su identidad con las de los vegetales y animales, Sir Chunder Bose continuó profundizando sus estudios sobre las plantas, incluso con las no consideradas como especialmente sensitivas y, todo ello, en comparación con las reacciones animales¹⁹⁸.

Las reacciones motrices de las plantas pudieron detectarse por diferentes medios de amplificación. El hecho más importante de este estudio fue el descubrimiento del

carácter nervioso de la propagación a distancia, en los tejidos, de la perturbación producida en ellos por el excitante. La polaridad de la acción de una corriente eléctrica y el carácter de su propagación en los tejidos demuestran que la conducción de la excitación entre las plantas es sustancialmente la misma que en un nervio animal. Esta conducción se detiene, efectivamente, si en su trayecto se coloca un obstáculo electrónico o fisiológico. En una larga serie de variaciones paralelas, las reacciones de un nervio vegetal aislado no difieren apenas de las de uno animal. La similitud es tal que, si se descubre una característica especial en uno de los dominios, se puede estar seguro de encontrarla igualmente en el otro.

La velocidad de propagación del influjo vegetal se pudo medir gracias a un registro de resonancia. Dentro de la ignorancia en que se encontraba la fisiología vegetal, se creía que la propagación de las excitaciones en la sensible «mimosa púdica» era debida a los movimientos de la savia en la corriente de transpiración. La observación simultánea de los dos fenómenos reveló, sin embargo, que la velocidad del influjo nervioso en los pecíolos finos era doscientas veces más rápida que la del movimiento de la savia. Si se deposita una gota de ácido en la extremidad de la hoja superior de una mimosa, no queda la menor duda del fenómeno antedicho. El descubrimiento en la mimosa de la transformación de un influjo aferente (sensorial) en influjo eferente (motor) constituye un verdadero arco reflejo. Se llegaron a poder distinguir troncos nerviosos separados para la conducción de influjos aferentes y eferentes, lo cual testimonia un alto grado de diferenciación, así como la identidad del mecanismo fisiológico de la planta con el del animal.

En contra de lo que se pensaba, la sensibilidad de la planta es extrema. La menor estimulación provoca una reacción, y un traumatismo demasiado violento, tal que una incisión, acarrea importantes perturbaciones. Los golpes o los tóxicos aplicados en dosis progresivas hacen aparecer tiempos de recuperación cada vez más lentos. Un registro continuado permite percibir, cuando la muerte va a sobrevenir, un espasmo violento, igual que los animales, si bien el aspecto de la planta no cambia hasta un poco más tarde.

TRANSMUTACIONES BIOLÓGICAS

Los elementos de la materia no descubren los secretos de la vida que los anima solamente a los científicos que se los arrancan con una destreza creciente. También ofrecen espontáneamente al observador, a menudo escéptico, el espectáculo de sus manifestaciones funcionales, aunque sea en formas orgánicas de distinto grado de evolución, vegetales, animales o incluso humanas.

Aludimos aquí a los fenómenos espontáneos de transmutación biológica que están siendo objeto, cada vez más, de las observaciones más minuciosas. Estos son, entre los vegetales, los elementos esenciales:

Sorprendido por el hallazgo fortuito de Vogel que, desde 1844, se encontraba sin explicación para el insólito aumento de azufre durante el crecimiento de los berros¹⁹⁹, von Herzelee estudió en Berlín, de 1876 a 1883, los fenómenos de transmutación de elementos (potasio, calcio, fósforo, sodio, magnesio) en la vegetación y confirmó esta increíble posibilidad. Pero en aquella época, el interés científico no estaba preparado para tener en cuenta semejante mensaje. Hay que esperar a 1959 para que el profesor Baranger, químico francés, publique los resultados de cuatro años de investigaciones rigurosas que demuestran una constante disminución de la tasa de fósforo en beneficio de un aumento de la tasa de potasio en la germinación de las semillas de algarroba, si durante el proceso se añade cloruro de calcio.

Semejante alquimia sólo se produce en las bombas o reactores atómicos; y esas operaciones sólo se efectúan entonces gracias al juego de partículas de alta energía. La cohesión de los elementos constitutivos del átomo desarrolla, para traducirse en masa, una energía considerable. Esta energía de fijación debe ser alimentada y utilizada de forma apropiada para llevar a cabo tal proceso de alquimia. Pero resulta que es una simple planta quien asume su propio crecimiento, al precio de transmutaciones nucleares con compensación energética interna, utilizando sabiamente los mecanismos de la vida a nivel de núcleo atómico. Y todo esto, con una desconcertante simplicidad que, además, contradice los mecanismos conocidos y utilizados en química nuclear. ¿Se puede imaginar un ejemplo más bello de intervención consciente para asumir una tarea tan prodigiosa?

REACCIÓN DE LAS PLANTAS AL PENSAMIENTO HUMANO

En otro aspecto, tanto en Francia como en Inglaterra, que sepamos, se han llevado a cabo experimentos acerca de la «acogida» que dan las plantas al pensamiento humano. Y digo bien «acogida» y no, como podría decirse igualmente, influencia del pensamiento en el crecimiento de las plantas. Hay una modulación psíquica en el pensamiento del experimentador que va más allá de un vulgar procedimiento de magnetismo, como el que supondría la imposición de manos.

Esta influencia psíquica se ejerce tanto sobre el fenómeno de «crecimiento» como sobre el de la germinación. El trigo, el perejil, el lino rojo han sido objeto de diferentes experiencias. Un cuarto de hora de pensamiento cada día fue suficiente para dar resultado al cabo de una semana. Y resultaba inútil continuar más tiempo.

En un mismo recipiente dividido en dos partes, un número igual de semillas a distancias iguales en ambas mitades, fueron objeto de un tratamiento diferente de activación, o por el contrario, de enlentecimiento. El entorno del experimentador no conocía la existencia del experimento.

El experimentador se hacía una imagen mental del resultado que quería obtener con las semillas que deseaba ayudar, e imaginaba, igualmente, que las semillas del otro lado no llegarían a cuajar. Es más, y este detalle es interesante, hablaba a sus «sujetos» en términos afectivos completamente opuestos: a unos les decía «sois bellos, me gustáis, creceréis, respiráis bien», y a los otros «no sois bellos, sois escuálidos, me disgustáis, no llegaréis a crecer». A veces se asociaban al tratamiento esfuerzos musculares, como por ejemplo la subida en bicicleta de una cuesta, asociada al pensamiento del crecimiento de una planta.

No todos los experimentadores dieron resultados satisfactorios y, entre los que no, incluso algunos curanderos. Lo que tiende a demostrar que la calidad de la influencia psíquica era más importante que un magnetismo, potente posiblemente, pero indiferenciado. Estas experiencias fueron realizadas en Francia²⁰⁰.

En Inglaterra, un laboratorio especialmente equipado para este tipo de experimentos, utilizó igualmente el pensamiento reforzado por un aparato que no se describía, dándose a conocer únicamente su fotografía. El tratamiento era más complejo que en Francia; además de la acción directa sobre los vegetales a tratar, el terreno sobre el que iban a ser plantados era también objeto de los mismos cuidados mentales. Se sometía también regularmente al influjo del pensamiento una fotografía tanto de las semillas como de los granos.

Se colocaron en tierra coles ordinarias y brócolis, al lado de una planta testigo que distaba diez metros. La diferencia de crecimiento apareció al cabo de tres semanas. También fueron objeto de experimentación semillas de haba que germinaron con

resultado positivo al cabo de dieciséis días. Para las semillas de mostaza, césped y avena, los granos fueron colocados durante tres semanas en agua destilada, sin elementos nutritivos. Las plantas cuidadas se comportaron satisfactoriamente.

INSTINTO MATERNAL EN LAS PLANTAS

Ese mismo laboratorio presenta una experiencia realizada sin la menor intervención humana y que denomina «Instinto maternal en las plantas».

La influencia de la madre no sólo en el crecimiento, sino también en la propia vida de los retoños, es considerable. Una planta se desarrolla de forma totalmente satisfactoria si la madre está viva. Y eso es lo que importa, siendo irrelevante que se encuentren en distinto continente; los vástagos no parecen dar ningún signo de sufrimiento por este motivo. Sin embargo, si muere la madre, tienen tendencia a empeorar e incluso a morir. Las experiencias de control fueron muy numerosas²⁰¹.

AFECTIVIDAD VEGETAL

En las investigaciones precedentes, se pone de manifiesto una conciencia que supera la simple estructura biológica, pero se trata de una conciencia psíquica cuyas manifestaciones son más fácilmente aceptables por los escépticos.

Sin embargo, en los experimentos de Cleve Backster reseñados por el doctor Lyal Watson, se evidencia un refinamiento psíquico superior²⁰².

Como es frecuente, todo comenzó con unos experimentos que no tenían en cuenta la calidad de las manifestaciones que iban a aparecer. El experimentador quería averiguar simplemente, con la ayuda de un aparato utilizado para el reflejo psicogalvánico, el tiempo que necesitaba una hoja de «dracena massageana» para recibir el agua que se había puesto en el tiesto al regar la planta; no hubo reacción apreciable.

Entonces, Backster, que era un policía especializado en interrogatorios, decidió ensayar con la planta lo que se llama «principio de la amenaza del bienestar», método bien conocido para desencadenar reacciones afectivas en los seres humanos. Se trataba, por lo tanto, de «torturar» a la planta.

Al no haberle dado ninguna reacción la inmersión de una hoja en una taza de café caliente, Backster tomó una cerilla para quemarla. En el propio instante de tomar esta decisión, cuando habían transcurrido trece minutos y cincuenta segundos de grabación, se produjo una modificación espectacular en el trazado del reflejo psicogalvánico, en forma de una elevación abrupta y prolongada de la pluma registradora; sin que la planta hubiera sido tocada ni haberse acercado a ella.

Se pensó, por el momento de entrada en acción del RPG^{*RPG=Reflejo psicogalvanico [N. del T.]}, que el trazado podía haber sido desencadenado por el solo pensamiento del mal que el experimentador tenía intención de infligir a la planta.

Backster comprobó entonces lo que ocurría cuando dejaba caer gambas vivas, una a una, en un recipiente de agua hirviendo cerca de la planta. Cada vez que moría una gamba, el trazador del polígrafo unido a la planta inscribía un violento sobresalto. Para eliminar toda posible causa de error debido a sus propias emociones, el experimentador automatizó la experiencia con un aparato electrónico creador de «azar» que sumergía fortuitamente a las gambas en el agua hirviendo, en ausencia de todo observador. Las reacciones de la planta se registraron cada vez que una gamba viva encontraba la muerte en este suplicio, pero no cuando se arrojaba una gamba muerta en el recipiente.

Se trataba pues de una emocionante constatación de la reacción de las plantas al sufrimiento. Backster, que tenía un cierto número de plantas, se dio cuenta de que un filodendro le tenía particularmente afecto. En consecuencia, lo trataba con el mayor cuidado, y cuando tenía que efectuar con él alguna operación desagradable, se la encargaba a su ayudante.

Una curva registraba reacciones en la planta cada vez que el asistente entraba en la habitación, mientras parecía «aflojarse» cuando su amigo se aproximaba o incluso hablaba en una habitación vecina. Ni siquiera un recipiente de plomo alrededor de la planta disminuía en nada la respuesta a las señales que, para ella, eran significativas. Semejantes señales no parecían estar en los límites del espectro electromagnético normal. En el curso de sus experiencias más recientes, Backster ha descubierto que las frutas y legumbres frescas, los cultivos, los hongos, la sangre y la levadura manifiestan esta misma sensibilidad a los peligros de otra vida.

Como subraya el doctor Watson, que renunció a cortar el césped de su jardín, tales reacciones plantean verdaderos problemas morales en la alimentación. Y añade: «Los problemas biológicos no son tan fáciles de resolver. Si las células próximas a morir emiten una señal a la que responden otras vidas, ¿por qué lo hacen? ¿Y por qué tales señales habrían de ser más importantes para una planta que está en una maceta que para nosotros?»

Creo personalmente que esas señales no son más importantes para una planta que para nosotros, pero la planta las percibe mientras que a nosotros no nos llegan, por una razón que me parece evidente y es siempre la misma: nuestra concentración mental, al servicio del ego, delimita un centro de interés de entre las energías circundantes y lo aísla en una prisión impermeable a todo el resto de vida que nos rodea.

Es la misma razón que impide la aparición de fenómenos PSI, como hemos señalado anteriormente. Cuando en el curso de su evolución, el ego afloja su atadura, las señales se perciben de nuevo y se sienten dolorosamente los esfuerzos de los mundos infrahumanos. Es pues verosímil que, en estos casos, las modificaciones de la resistencia eléctrica cutánea de un ser humano testimoniaran una variación por lo menos tan importante como la de la planta. A un ser cuya Conciencia se encuentra al nivel mental universal le resulta preferible no arrancar una flor... e imposible sumergir una gamba en agua hirviendo.

FUNCIONES BIOLÓGICAS DE LA CONCIENCIA VEGETAL

La conciencia vegetal, si bien se manifiesta de forma espectacular en las expresiones psíquicas que acabamos de describir, adquiere una calidad maravillosa e increíble cuando nos fijamos en las diferencias estructurales y en las energías funcionales colosales y diversificadas que se presentan ante nuestros ojos. «Uno de los problemas más apasionantes que plantea el estudio de la vida, dice Roger David, es el de la génesis de la forma de los organismos»²⁰³.

Efectivamente, si bien es verdad que la ciencia detecta y autentifica ahora con la mayor precisión los elementos constitutivos de una estructura, no llega tan fácilmente a superar la frontera que le plantea el problema de la génesis de las formas. La hipótesis de la «Conciencia-Energía» creadora y organizadora de todas las formas manifiestas es la única que me satisface. En realidad, yo no le he dado mi aprobación a esta hipótesis sino después de haber «sentido» subjetivamente mi unidad, mi propia identidad, con la Conciencia Universal operando hasta en los menores detalles de la manifestación.

Los escépticos dirán que no es una prueba objetiva. Y yo contestaré que no es más que una prueba de la opacidad de su ego. Parecen olvidar que la ciencia ha desmaterializado el mundo y desenmascarado incluso la ilusión del ego. El término «objetivo» ha dejado de tener sentido, pero por el contrario el término «Real» sí lo tiene. Sin embargo, lo «real» es relativo a los diferentes niveles de evolución. El «absoluto» está ahí, pero es diferente para cada nivel; no nos asombremos de la cantidad de contradicciones y dudas que asaltan sin cesar al espíritu humano.

El desarrollo de la planta implica, aparte del crecimiento del tallo y del número de células embrionarias, una altísima especialización morfológica y funcional. Los fenómenos de asimilación ponen en juego innumerables reacciones, de las cuales muchas continúan siendo desconocidas. La catálisis en la que hemos detectado la función de «inteligencia», podría decirse que cumple en el mundo vegetal, reacciones que el químico efectuaría con mucha dificultad. La morfogénesis de la planta, bajo la dependencia de factores internos, escapa en gran parte al biólogo. Los elementos hormonales juegan en ello, desde luego, un papel considerable.

Por el contrario, en la fitofisiología, la energética vegetal se ha beneficiado de los avances más recientes de la microfísica. «Las interpretaciones fisicoquímicas de los fenómenos vitales tendrán que evolucionar en la medida en que aparezcan nuevos aspectos de la física», decía Louis de Broglie.

No se trata de pasar revista a las innumerables funciones del reino vegetal. De todos modos, insistamos en la importancia de los intercambios de entropía, fundamentales para los físicos y que yo he expuesto a propósito de los sistemas energéticos descritos por S. Lupasco. La noción de «entropía negativa» se ha introducido en biología y revela cómo su uso, tomado del mundo exterior, permite al organismo biológico compensar la «entropía» (energía no convertible en trabajo en el curso de una reacción), cuya acumulación representa la muerte, en determinados casos.

Esta función de mantenimiento de la vida es una de las maravillas del reino vegetal en lo que concierne a su propio organismo. Pero tampoco se puede olvidar la deuda que tenemos con los vegetales por la fotosíntesis, la función clorofílica que nos proporciona el oxígeno resultante de la descomposición del agua.

Dentro de los procesos biológicos, la fotosíntesis es el fenómeno vital más importante del mundo. La conciencia vegetal, que expresa una vida universal no limitada por un ego, nos proporciona generosamente esta vida de la que hacemos un uso tan cruel. Y, a pesar de todo, esta Conciencia Universal está igualmente en nosotros, aunque el egoísmo de nuestras individualidades la haya hecho provisionalmente inoperante. Su presencia, al menos, garantiza nuestra seguridad y nuestra salvación.

CAPITULO XVII

LA «CONCIENCIA-ENERGIA» EN EL UNIVERSO (CONTINUACION)

La conciencia animal. La conciencia física en el cuerpo humano. La «Sabiduría del cuerpo».

«Si los animales pudiesen hablar, reclamarían el ser iguales a vosotros y mantendrían sus reivindicaciones con la misma energía que los humanos.»
(Sri RAMANA MAHARSHI)

«¿Cómo comprender y encontrar en el hombre el origen de una arquitectura tan heterogénea como ésta?»
(Stéphane LUPASCO)

A) LA CONCIENCIA EN EL ANIMAL

Lo mismo que en el reino vegetal, la Conciencia se revela en el reino animal en toda la escala jerárquica, bajo formas diferentes, desde el nivel de seres microscópicos pasando por otras estructuras más complejas, hasta culminar en el cerebro cortical de los mamíferos superiores.

LA ALQUIMIA BIOLÓGICA

La alquimia biológica que hemos encontrado entre las plantas, en el ejemplo que hemos dado, extiende también su ámbito al animal; y volveremos a encontrarla en el organismo humano^{*Op.cit.(199)}.

Los más pequeños animalillos descubren sus proezas a la atenta mirada del geólogo. El metabolismo nuclear de las bacterias parece estar en el origen de la aparición de la potasa y el magnesio (salitre) en los suelos calcáreos, así como del enriquecimiento en magnesio de los suelos dolomíticos y, por tanto, de la formación de yacimientos de petróleo.

En biología es sabido que las gallinas ponedoras buscan en las tierras graníticas el potasio que luego transformarán en calcio para formar los cascarones de sus huevos. En este segundo ejemplo, encontramos dos actividades integradas: para permitir a su organismo realizar la alquimia biológica que habrá de transformar en calcio el potasio, la gallina «pone en marcha» una acción espontánea y eficaz, a la que los biólogos denominan «instinto», lo que da lugar a interminables debates conceptuales y a luchas oratorias abocadas a la inane irreductibilidad de sistemas contradictorios.

LAS DEFINICIONES

En un coloquio internacional sobre el instinto, el profesor Pierre Grasse²⁰⁴, en su discurso preliminar, no ocultaba la dificultad del tema propuesto a los participantes. Entre las diversas definiciones que se citaron, he querido recoger una que, por provenir de los psicoanalistas, resulta menos abstracta, y que, pese a referirse al hombre, se adapta perfectamente también al reino animal:

«Los instintos son esencialmente pulsiones internas que inclinan al individuo a obrar en una determinada dirección, ajustándose a determinadas modalidades.» Cuando menos hay aquí una referencia a una energía, y para mí, que siento la vida universal

como manifestación de una «Conciencia-Energía», esta definición me parece aceptable. También me resulta aceptable esta otra definición más descriptiva: «El instinto es una realidad, a condición de concebirla como una facultad innata de cumplir ciertos actos específicos con toda perfección y sin previo aprendizaje, supuestas ciertas condiciones ambientales y fisiológicas del medio y del individuo, respectivamente.» - No será inútil, tampoco, recordar algunas otras definiciones menos objetivas, una de las cuales tuvo densas repercusiones en la evolución de la biología y de la psicología, a saber, la de Jacques Loeb y Georges Bohn, quienes partiendo de la expresión de Condillac «el instinto no es nada», lo consideran como un «conjunto de reacciones automáticas, reflejos, tropismos, sensibilidad diferencial, etc. frente a excitaciones periféricas». Ahí se inspiró, probablemente, el behaviorismo que vino a reemplazar en la psicología científica la conciencia por el comportamiento, centrando sus estudios en las acciones y gestos de los animales y del hombre.

Citemos también a Cuvier, para quien el instinto era una especie de sueño o de visión que determina la acción. Y, finalmente, para Bergson, una «profunda simpatía entre las cosas... una intuición más perfecta que la misma inteligencia... no existe inteligencia sin una huella de instinto... ni hay instinto que no vaya rodeado de una franja de inteligencia».

No obstante, el problema de la etología animal no se simplifica por el mero hecho de haber comprobado los hechos. El investigador no puede renunciar a la tarea seductora, aunque por cierto escabrosa, de descubrir la causa de los actos instintivos. Pero también aquí la tentación de generalizar el descubrimiento de un mecanismo causal que llama la atención por su simplicidad, puede ser muy grande.

LA CONCIENCIA DE LA ESPECIE

Antes de concluir su intervención, el profesor Grasse insistía en el hecho de que la especie domina toda la cuestión del instinto en el animal: «Los elementos reactivos que componen un instinto pertenecen al patrimonio hereditario de la especie, con el mismo título que una característica morfológica o fisiológica. La génesis del comportamiento cuenta entre los problemas de la etología que reclaman un estudio preciso e inmediato.»

Este elemento me parece capital si hemos de razonar en términos de «Conciencia-Energía», tal como propone la Tradición a que nos referimos. La comparación con la conciencia humana nos parece iluminadora: En el hombre no cabe eliminar el término «conciencia» (aunque se llegue difícilmente a definirlo y en forma inapropiada), pues cada uno sabe que es consciente; es un dato indiscutible. Sin embargo, ya aceptemos o rechacemos arbitrariamente la atribución de conciencia a otros seres, en ambos casos estamos en el dominio de la hipótesis; utilizamos un postulado.

Concretando la comparación que proponemos, los hechos se nos presentan del modo siguiente: si ofrecemos, respectivamente, a un león y a un asno, un pedazo de carne y una zanahoria, sin duda alguna el león escogerá la carne y el asno la zanahoria. Si hacemos la misma oferta a un hombre, elegirá la carne si es carnívoro y la zanahoria si es vegetariano, o bien decidirá por alguna razón personal imposible de prever.

Podemos entonces, con toda naturalidad, concluir: el hombre tiene una conciencia (aquí el término se acepta) individual, y el animal una conciencia (aquí el término se discute) de especie. Con otras palabras: el complejo psicosomático está bajo la dependencia del ego en el hombre y de la especie en el animal. En este último, no es el individuo el que elige, sino la conciencia de la especie que en él se encarna. En los animales domésticos, la presencia del hombre y el afecto que de él dimana, orientan

el psiquismo hacia la individualización consciente, dando lugar a reacciones más diversificadas e imprevisibles.

¿Por qué el psiquismo del hombre tendría derecho a ser consciente y no el del animal? Los niveles superpuestos, pero integrados entre sí, de una conciencia que, en los escalones inferiores de la jerarquía, queda cada vez más velada, nos autorizan a emplear este término, aun cuando no sea más que a título energético, incluso con respecto a una bacteria. ¿Acaso en el comportamiento alquímico de ese minúsculo animal no está operando la conciencia universal? Esta óptica confiere a nuestra concepción del mundo una continuidad y una unidad que nada obliga ni autoriza a desmentir formalmente.

El hecho de invocar un mecanismo causal en nada afecta a nuestra interpretación, al ser la propia conciencia quien elabora ese mecanismo a un determinado nivel de su actividad. Yo preferiría no emplear el término «a tergo» que implica al tiempo y al espacio en el desencadenamiento de los mecanismos del comportamiento pues la misma tradición afirma: «La causa y el efecto no son dos cosas distintas; el efecto está contenido en la causa y la causa en el efecto; el efecto está en potencia en la causa; no hace otra cosa que actualizarse, sin cambiar nada de la cualidad ni de la cantidad de energía contenida en la causa; la energía simplemente se «redistribuye» en una configuración distinta»²³.

Esta concepción puede admitirse sin dificultad si se ha desarrollado una conciencia capaz de aprehender la unidad al margen de las nociones de espacio y tiempo. La sistematización energética, con sus nociones de potencialización y actualización, facilita esa misma comprensión. Ya vimos un ejemplo de semejanza entre causa y efecto en el estudiante que obtenía «paroxísticamente» 1.000 dólares. Podemos, no obstante, entender que las mentalidades analítica y sintética se sientan desconcertadas ante consideraciones como éstas, que les resultan extrañas. En estas condiciones, admitamos nuestra incapacidad para resolver el problema de forma satisfactoria en el estadio actual de nuestra evolución consciente.

Tanta consideración abstracta nos da derecho, pienso, a un poco de «distracción» concreta, por lo que vamos a detenernos en examinar el comportamiento instintivo de las arañas orbitales mientras tejen su tela, viendo al mismo tiempo las interpretaciones que dan de ello los científicos que las observan. Desde J.H. Favre, el problema ha sido estudiado con la mayor minuciosidad y la más incansable perseverancia.

ALGUNOS EJEMPLOS

Favre, siguiendo sus tendencias personales, comparaba la tela de araña con la red del cazador de pájaros, y se maravillaba de encontrar en la obra de la araña «el signo de una finalidad manifiesta y el efecto de una alta geometría inconsciente». Más recientemente, Tilquin presentó una interpretación completamente diferente. Según él la araña tiene necesidad de hilar su seda. De ahí proceden sus impulsos, que favorecen una serie de tropismos mientras dura la confección. El orden con que se ejecutan las diferentes acciones constructivas es siempre el mismo prácticamente. Las estructuras ya dispuestas se consideran como «campos de fuerza» (ya estamos una vez más en la energía) que incitan a la araña a construir otras nuevas. «Una especie de medio artificial, fuente de nuevos estímulos, viene a superponerse al medio natural.»

²³*Op. cit.* (19), p. 363.

Los factores principales que intervienen en la confección de la tela serían, pues: necesidades, tendencias, tropismos que sólo se manifiestan al comienzo de la obra y, finalmente, reflejos. La forma de la tela no puede explicarse por ningún factor exógeno, señala Tilquin, «la estructura de las telas orbiculares sólo puede proceder de factores internos». Los tropismos tienen a veces un gran influjo en la disposición del hilo suspensor y de los hilos encuadrantes.

Otros autores se han dedicado particularmente a demostrar que las arañas orbitales trabajan según un «plan» específico preestablecido; por ejemplo, en el caso de la araña diadema, una elipse. Las jóvenes, al salir del capullo, construyen una tela circular, que se hace elíptica entre los individuos adultos.

De manera general, todos los observadores recientes insisten en la primacía de los factores endógenos, y muestran que la especificidad de la tela se debe ante todo a «behavior patterns» innatos y hereditarios. Los tropismos se limitarían a un papel de dirección y de «canalización» de reacciones específicas o, a veces, también, a un papel inhibitor. Para mí todo se presenta como si el modelo estuviera inscrito en términos energéticos en la conciencia de la especie, como si todo estuviera preparado por ella para poder seguir guiándola a partir de ahí.

El estudio de las migraciones reproductivas de los peces y de los pájaros ha permitido llegar a la conclusión de que, en gran parte, las migraciones de animales estacionales se deben ciertamente a tropismos o a factores páticos, y que por otra parte, las migraciones reproductivas por rutas determinadas se guían casi exclusivamente por reacciones perceptivas.

Por el contrario, la orientación de las aves migratorias a lo largo de su ruta es un problema muy discutido. Un animal cuyas «facultades psíquicas están suficientemente desarrolladas puede conservar en su memoria el recuerdo del ángulo que su trayectoria forma con la dirección de los rayos solares», y utilizar ese recuerdo para volver a su nido. «La orientación mnemotécnica se complica ante la posibilidad de corregir el ángulo de marcha teniendo en cuenta las variaciones de la posición del sol en el cielo a lo largo de la jornada.»

Las abejas utilizan esa facultad. No se trata aquí de un tropismo, sino de la utilización de un tropismo, lo que no es lo mismo desde el punto de vista psicológico.

Cuando se nos habla de «facultades psíquicas suficientemente desarrolladas», o de la «utilización de un tropismo», parece realmente difícil no tomar en consideración la conciencia. El problema sólo podría resolverlo un ser humano que, habiendo despertado su Kundalini, pudiera identificarse con la conciencia animal, haciéndonos partícipes, a continuación, de sus experiencias subjetivas.

Citaremos aún algunos otros ejemplos, junto con los comentarios de sus observadores, cuando sean significativos, e intentaremos analizar a través de ellos no ya la conciencia del animal, sino la del observador que intenta interpretar lo mejor posible sus observaciones. La tradición tántrica precisa: «No solamente el mundo en cuanto sublime totalidad, sino también el mundo en sus más ínfimos detalles (incluso los objetos así llamados inanimados), debe ser percibido nada más que como el juego del "Ser-Conciencia-Felicidad"... hasta un grano de polvo es la perfecta encarnación de «Siva-Shakti» (Conciencia en tanto que Poder), y debe ser contemplado como tal por el aspirante antes de poder llegar a la liberación²⁴. Recordemos la afirmación del Maestro Eckart en el capítulo anterior²⁵.

Podemos comprender el sentido «funcional» que tiene esta advertencia refiriéndonos a la estructura energética de la mente humana: el nivel superior de su triplicidad

²⁴*Op. cit.* (101), p. 25.

²⁵*Op. cit.* (117), p. 57.

(buddhi) trasciende al ego y tiene por tanto un carácter universal. Si nuestra Conciencia evolutiva reside en este nivel, por este mismo hecho es capaz de percibir la vida consciente, no ya como un atributo del hombre, sino de la totalidad de la manifestación. En el estadio que debe preceder obligatoriamente a la experiencia de la «Conciencia pura», pues este nivel, «buddhi», alestar constituido por los elementos «sáttvicos» de la materia sutil, es capaz de reflejar sin alteración a la Conciencia pura. Esto no impedirá a los científicos profundizar en los mecanismos del comportamiento, pero les permitirá maravillarse simplemente, en vez de agotar en vano sus recursos intelectuales en intentos de sagaz explicación, pues su Conciencia estará en comunión con La que crea y dirige los mecanismos de tales actividades «misteriosas». La ciencia gnóstica de Princeton ha reconocido que la Conciencia crea los teclados que luego utiliza, por lo cual la Conciencia es al mismo tiempo artista e instrumento.

Recojamos ahora otra serie de problemas de comportamiento para «alimentar nuestras meditaciones».

Las avispas solitarias revelan el instinto en toda su pureza. Las hembras, por medio de comportamientos complejos, preparan el desarrollo de sus larvas, a las que jamás conocerán. La nueva generación presenta luego los mismos comportamientos específicos sin haber tenido nunca el menor contacto con la generación precedente.

Ciertos insectos sociales intentan liberarse de las «presiones sociales»! Así sucede con las termitas aladas, futuros habitantes de un enjambre, cuya actividad reproductora no aparece más que cuando el insecto está fuera de la termitera. Los grandes acontecimientos sociales, como la formación del enjambre, se preparan con mucha antelación, mediante la construcción de torrecillas, a veces de hasta un metro de altura. Algunos autores subrayan la importancia de los contactos interindividuales; la limpieza del individuo es realizada por sus congéneres. Entre los polistos (especie de avispas), la actividad constructora revela su origen interno. El ciclo cotidiano de trabajo consta de períodos homogéneos de actividad. Sus formas; de apariencia chapucera, se ordenan según el ritmo temporal cíclico fundamental. Las «reparaciones» de la construcción resultan difíciles de interpretar; es expuesto intentar hacerlo correctamente. En lo que respecta a cierto tipo de abeja «obrero», hay que ser muy prudente, según un autor, antes de emplear el término discernimiento (insight) que implica un mínimo de comprensión del problema por parte del sujeto y una solución original. Los ajustes de naturaleza «psicológica» se consideran integrados en un comportamiento estereotipado y por tanto muy limitado. La avispa, mientras construye, no tiene en cuenta el conjunto del nido. Sin embargo, la forma general de éste es objeto de un «control», al que enseguida se le atribuye origen «cenestésico».

También se atribuye un sentido de la dirección al salmón que, después de recorrer miles de millas por el mar, vuelve a encontrar una zona determinada de su estuario. Se discute el soporte fisiológico que pueda tener ese sentido.

En caso de escasez, los polistos se alimentan de sus propias larvas sanas, y cuando en un nido coexisten un huevo sano y uno abortivo, la avispa «jamás se equivocan». Por otra parte, se ha señalado la ambigüedad del término «acto instintivo». El instinto indica pulsiones internas, pero en los animales superiores, en tanto que es un acto puede obedecer a voliciones conscientes. La interpretación del acto instintivo se hace más difícil si interviene o puede intervenir el psiquismo.

Por mi parte no pienso que en todos estos comportamientos pueda haber una volición consciente personal. Cada individuo encarna, más bien, una energía específica que le guía y le mantiene dentro de límites bien definidos. Pero admito que esa energía de la

especie es consciente, y que, por tanto, expresa la «Conciencia» en una de sus manifestaciones involutivas.

PUSILANIMIDAD JUSTIFICADA

Si la mayor parte de los autores se niegan a hablar de «conciencia» en el marco que acabamos de presentar, pienso que esta «fobia» se debe a dos razones que la justifican en buena medida:

1. En primer lugar, se ignora lo que es la conciencia, y sólo se la toma en sentido subjetivo de «conciencia de...».

Ya vimos en el capítulo V cómo el profesor Piaget llega a definir la conciencia como «fuente de sistemas de implicaciones significativas» en la base de la actividad intelectual superior. Visto así, es evidente que el comportamiento de los insectos debe considerarse desprovisto de conciencia.

2. Si se compara, con razón, la evolución del comportamiento con el coeficiente de encefalización de las especies, ya se entiende que en las especies inferiores el comportamiento no implica conciencia, si queremos entender a ésta como equivalente a eficacia inteligente individual. Ello no impide sin embargo que todas esas unidades de comportamiento puedan representar la Conciencia en cuanto energía, con una direccionalidad psíquica que emana de un nivel superior en un plano puramente energético (cuando, además, la materia, es sólo una apariencia engañosa).

UN AUTOR ADMITE LA CONCIENCIA

R. Ruyer, único científico, entre cuantos participaban en el coloquio, que admitió la Conciencia en los comportamientos instintivos, había llegado a ello sólo después de haber opuesto durante mucho tiempo la teoría de la «causalidad a tergo» a la de la «finalidad» en los mecanismos fisiológicos o psicofisiológicos del comportamiento. Precisamente esa defensa de la finalidad, que implica la realidad de un potencial de significado, fue la que indujo a este autor a introducir la realidad eficaz de la Conciencia. Para Ruyer, sólo la Conciencia puede «integrar» la totalidad del comportamiento; la Conciencia no es ni un epifenómeno, ni puro espíritu, sino que viene tejida en el funcionamiento y «ella misma es la que realiza ese tejido».

Ni siquiera me parece necesario que el autor apele al principio de finalidad, puesto que él mismo dice que esta finalidad puede convertirse en fuerza y causa. Por mi parte, ya he dicho que causa y finalidad no se pueden disociar. La Conciencia puede asumir conjuntamente ambos aspectos, a la vez que crea y activa los mecanismos implicados.

Ruyer, aunque no emplee la palabra, reconoce claramente el carácter energético de la Conciencia, pues dice que ésta es «eficaz, dinámica, vinculante y flexible». Y más adelante: «La eficacia de la Conciencia... es un hecho absolutamente fundamental. Es imposible establecer una barrera neta entre la conciencia segunda, que integra el funcionamiento cortical, la conciencia primaria de las áreas embrionarias que genera diferenciaciones de acuerdo con la memoria específica, la conciencia celular que adapta al detalle las estructuras y funciones de los órganos y la conciencia de los virus, de los bacteriófagos y de las macromoléculas, que se manifiesta en su ritmo fisiológico y en su reproducción.»

SE ESQUIVA LA CONCLUSIÓN CIENTÍFICA

Todas las bien documentadas exposiciones y, sobre todo, las animadas discusiones a que dieron lugar, no llevaron a ningún acuerdo de principio en el Coloquio, sin perjuicio de reconocer la total objetividad de las asombrosas observaciones realizadas. Hasta ese punto es verdad que en materia de teoría científica, como ya notó Binet a fines del siglo pasado, la ciencia es un reflejo de la psicología del científico.

Según la «cualidad de los postulados»: analíticos, sintéticos o universales, puede inferirse cuál sea la del «absoluto biológico» (o noético); con otras palabras, cuál sea el nivel de conciencia del investigador. Ya hemos explicado el proceso. Si éste fuera conocido y admitido, no habría tantas discusiones estériles; de antemano se las tendría, por inútiles. No por ello es menos interesante la exposición que cada uno pueda hacer a su nivel de comprensión. Su mecanismo tiene derecho a ser comprendido y respetado, mejor que ser «discutido» sin posibilidad de acuerdo.

Antes de abandonar la consideración de la conciencia animal, echemos un vistazo a algunos ejemplos de asunción de iniciativas que no cabe explicar por actitudes genéticas estereotipadas:

Entre las aves migratorias cuyo comportamiento específico estaba siendo estudiado, una de ellas vino a caer herida sobre una de las orillas del Gran Cañón del Colorado. Allí fue debidamente cuidada y pudo reemprender el vuelo bastante tiempo después de haber pasado sus compañeras. Desde entonces, todas las aves heridas venían a hacerse cuidar a este lugar: las aves habían registrado este «puesto de socorro».

Inútil recordar los animales domésticos que en ocasiones recorren cientos de kilómetros por un país desconocido hasta localizar a su amo. Aquí el instinto se revela más eficaz y más seguro que la inteligencia humana. Para realizar tales proezas, ¿no es preciso que ese instinto provenga de una Conciencia dotada de poderes ilimitados? Me parece lógico recordar aquí los fenómenos de visión a distancia, que entran en el marco de la psico-cosmología por la sencilla razón de que la conciencia que les sirve de base se mueve en el espacio-tiempo propio del despliegue del Universo cuatridimensional, sin que medie la interposición, como en el caso del hombre, de un obstáculo que limita sus percepciones.

Citemos aquí, finalmente, la segunda paradoja de la física cuántica, el «gato de Schrödinger» (ya hemos examinado la paradoja EPR al hablar de la conciencia de la materia). Para la física de los quanta, para la que el propio observador, al introducir el «colapso de PSI», es constitutivo del fenómeno, la paradoja es la siguiente:

Un electrón, salido al azar de un generador, puede matar a un gato encerrado en una caja si coge un camino determinado, y puede dejarlo con vida si sigue un camino distinto. Para saber si el gato ha muerto o no, el físico que lleva a cabo la observación debe abrir la caja y comprobarlo. Pero ¿qué es lo que pasa dentro de la caja, con independencia de que él intervenga para abrirla?

Schmidt, físico parapsicólogo, realizó la experiencia, ideando una estratagema para no poner en peligro la vida del gato; Remy Ghauvin nos cuenta el experimento²⁶: el animal es introducido dentro de una caja refrigerada, en cuyo interior se encuentra una lámpara que es encendida de vez en cuando por un generador aleatorio. Cuando el gato no está dentro de la caja, el generador distribuye igualmente las conmutaciones de la corriente entre la lámpara de la caja refrigerada y una lámpara-testigo situada fuera de ella. Pero si el gato está en la caja, entonces la caja se

²⁶*Op. cit.*(119), pp. 86, 87 y 90.

calienta porque la lámpara interior se enciende más a menudo que la lámpara-testigo del exterior. Tras eliminar todas las posibles causas de error, fue preciso admitir que el propio gato había procedido al «colapso de PSI» en cuanto observador, y ello en su propio interés con vistas a calentar la caja. El experimentador tuvo que llegar a una «misteriosa influencia de la voluntad» que ha desplazado la «paradoja» a otros problemas, pero que nos instruye de manera significativa sobre el poder de la conciencia psíquica del animal. Esta experiencia, convertida en test, lleva el nombre de «efecto Schmidt».

Roger Godel insiste en el papel integrador que la conciencia tiene sobre el comportamiento animal: «Un biólogo tiene derecho a mirar el mundo entero viviente como una inmensa maquinaria cuyas piezas llevan a cabo su juego ordenadamente, de acuerdo con un repertorio de señales. Pero no debiera de olvidar que, en toda esa gran ordenación, la conciencia está penetrada de vida subjetiva»²⁷.

Hemos intentado levantar una pequeña esquina del velo que recubre la «vida interior», podríamos decir, de los seres y las cosas que comparten con nosotros el Universo. Expresándose a través de ellos, la Conciencia se limita a sí misma, pero es nuestra propia limitación, menos rigurosa pero bastante más peligrosa, la que se opone a reconocer nuestra unidad con todo ese mundo vivo que el animal sabe explotar en ciertas circunstancias. Cuando hayamos sentido esa unidad, habremos dado un paso más en el camino que nos queda por recorrer en el «espejismo» de la manifestación, pues, aun sin saberlo, tenemos ya en nosotros el alfa y el omega de toda esta aparente peregrinación.

B) LA CONCIENCIA FISICA EN EL CUERPO HUMANO

LA SABIDURÍA DEL CUERPO. CONSTATAIONES EMPÍRICAS DE LA «SABIDURÍA DEL CUERPO»

Desde mediados de siglo han venido asombrando a los científicos los fenómenos de regulación y de adaptación espectacular que revela el organismo humano al margen de toda acción voluntaria y de todo control de la conciencia psíquica. Canon, al descubrir el fenómeno, ya clásico, de la «Homeostasis», no duda en designarla como «Sabiduría del Cuerpo»²⁰⁵.

En el campo de la alquimia biológica, en relación con el mundo exterior, este organismo en nada cede a los reinos inferiores en cuanto a capacidad de producir reacciones asombrosas; los ejemplos son muy numerosos. Tan pronto eran obreros del Sahara, cuya paradoja homeotermia parecía ligada a un proceso de transmutación de sodio en potasio, tan pronto se trataba de operarios soldados que presentaban accidentes por intoxicación con óxido de carbono cuando en realidad el aire estaba simplemente recalentado.

A pesar de su aparente inverosimilitud dentro del marco de la física y la química clásicas, estas observaciones concordaban entre sí lo suficientemente como para que fueran agrupadas y vinculadas con una ley general que orientaba al investigador hacia nuevas vías de búsqueda. La atención se fijaba ahora en un proceso biológico que tenía lugar, no ya a nivel molecular ni siquiera atómico. El metabolismo molecular ya estaba diseñado y ordenado de forma satisfactoria.

Los hechos registrados parecían corresponder ya a la adicción o sustracción de un núcleo de oxígeno o de hidrógeno, ya a la suma pura y simple de dos núcleos

270p. cit. (36), p. 92/

idénticos. No se podía objetar que semejante metabolismo nuclear estuviese en contradicción con lo que se sabía del núcleo, cuyo conocimiento estaba en perpetua remodelación. Hacía tiempo que el físico americano R.E. Peirls había señalado que, cuando el trabajo lo exigía, sus colegas no dudaban en apelar a cuatro representaciones del núcleo totalmente contradictorias entre sí. Heisenberg pensaba que en la experimentación biológica se estaba poniendo de manifiesto un nuevo aspecto del misterio del núcleo.

En la base de la homeotermia parecía haber un fenómeno de equilibrio energético; las constantes transformaciones entre materia y energía asegurarían una reacción endotérmica consumidora de energía que venía a compensar incesantemente el efecto de «pila atómica» del proceso inverso, liberador de energía.

La reacción orgánica que transforma el sodio en potasio, en el Sahara, produciendo una intensa transpiración, sería un ejemplo endotérmico que permitiría a los trabajadores soportar sin daño temperaturas excesivas. Otros ejemplos confirman el papel primordial de la sal en el mantenimiento de la homeostasis en climas tropicales. P. Grasse recuerda que la «súbita hambre» de sal que manifiesta la población de la selva africana alcanza a veces una intensidad difícilmente imaginable. J. Haldane cita a Moss, quien, estudiando a los mineros ingleses que trabajan en minas muy caldeadas, descubrió que les gustaba la cerveza salada. La invencible necesidad de sal de los mamíferos ha dado lugar a importantes trabajos de fisiopatología y de psicofisiología.

La sal que, a nivel fisiológico, juega un importante papel en los fenómenos de trasmutaciones benéficas para el organismo, ha jugado siempre un papel igualmente capital en el comportamiento social en los más diversos aspectos: económicos, políticos, nacionales e internacionales. En la India, donde hay una imperiosa necesidad de sal, algunos afirman que lo que determinó la independencia fue la protesta del Mahatma Gandhi contra el impuesto sobre la sal. Y Jesús, ¿no dijo a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la Tierra»? Las palabras resultan aquí, sin duda, evocadoras de una «alquimia espiritual».

Esta homeostasis térmica no es aún estable en el bebé, durante las primeras semanas de vida, tiempo durante el cual la Conciencia «instala» los automatismos orgánicos destinados a adquirir su control. Todo el mundo sabe que el lactante es vulnerable a las «calenturas», temibles durante la cuna.

La inexplicable tolerancia que ciertos yoguis muestran a la rarefacción del oxígeno después de realizar fuertes ejercicios de pranayama, ¿no podría estar relacionada con una serie de trasmutaciones biológicas, aún no descubiertas, que realizan el fenómeno inverso al de los obreros que respiran un aire sano aunque a altas temperaturas?

Hoy en día, desde el ángulo de «vanguardia» de las sistematizaciones energéticas de la estructura orgánica, resulta más claramente comprensible la homeostasis y la «Sabiduría del Cuerpo».

LA ESTRUCTURA ENERGÉTICA DEL ORGANISMO. SUS CARACTERÍSTICAS

La «Tabla periódica de los Elementos» nos revela que la totalidad de los elementos de nuestra estructura viviente está sacada de los constituyentes atómicos del Universo físico. Pero no debemos olvidar que, desde que la concepción relativista de Einstein descubrió la equivalencia «masa energía», ya no es posible considerar al «elemento» como dotado de un sustrato material. Solamente la expresión «acontecer energético» puede aplicársele con propiedad.

Desde entonces, lo que hay que estudiar y definir son los comportamientos de esos acontecimientos y las leyes por las que se rigen.

La diversidad y la heterogeneidad que caracterizan a los seres vivos, y que constituyen incluso la condición *sine qua non* de la vida, habían sido constatadas por la ciencia clásica, pero le resultaba difícil explicarlas. Ciertas operaciones desconcertantes de la célula viva, como la «osmosis selectiva», o las de las glándulas endocrinas que «saben» utilizar los circuitos más complicados, han podido llevar a los biólogos a hablar de «conciencia celular».

Esta constatación puede ahora ser sobrepasada y explicada satisfactoriamente con una lógica, que no es ya la de Aristóteles, sino que parte de considerar el antagonismo constructivo de los sistemas energéticos, tal como los entiende y describe Lupasco, con sus dos polos de potenciación y actualización.

Por lo que a nosotros respecta, debo hacer notar que la «conciencia local», que no es «conciencia de...» sino «energía potencial», está presente en biología como en los demás sistemas (macrofísico, microfísico, psíquico), pero con un comportamiento y unas leyes propias: las de la heterogeneidad, indispensable para la vida.

Algunos ejemplos nos permitirán entender cómo se defiende la «vida» en nuestro organismo, en su lucha contra la homogeneidad que nos asalta desde el mundo exterior o que proviene incluso de las transformaciones que tienen lugar en el seno del propio organismo. Erwin Schrödinger definía así las características de la vida²⁰⁶: un metabolismo tal que el «organismo consiga desembarazarse de toda la entropía que no puede dejar de producir mientras vive». Así pues, para luchar contra esa homogeneización, debe «alimentarse de entropía negativa», a la que los cibernéticos han bautizado con el nombre de «negantropía».

Se trata, pues, de un trabajo celular de heterogeneización que constituye una auténtica «causalidad interna». La microestructura del protoplasma, materia primaria de la vida (ya se trate del citoplasma, del núcleo o de la membrana celular), es de una extremada heterogeneidad. Las superficies de separación, que actúan como membranas, permiten «acciones específicas de superficie», como la osmosis selectiva, indispensable para la energética de la vida.

Las escuelas de neurofisiología citadas por Lupasco²⁸ ofrecen comprobaciones neuroiónicas, o con otras palabras, neuroeléctricas, del proceso celular antagónico — «muerte» seguida de «resurrección» — que está en la base de la teoría del conocimiento. Efectivamente, el conocimiento sensorial se presenta del modo siguiente: la excitación de la célula nerviosa determina un «potencial de lesión» que constituye una verdadera agresión, produciendo una despolarización y esbozando, consiguientemente, un proceso de muerte; si nada lo detuviera, la célula se necrosaría. Pero se produce una repolarización y consiguiente reconstitución de la heterogeneidad inicial. La coexistencia de ambas posibilidades antagónicas es lo que el influjo nervioso conduce a los centros nerviosos de selección y formación de imágenes u otro tipo de percepciones. El antagonismo energético hace que a la agresión mortal le siga una reparación.

Los isótopos radiactivos han permitido comprobar que todos los átomos de un cuerpo humano se renuevan íntegramente al cabo de un año, salvo, en todo caso, los de los ácidos nucleicos. El ácido des-oxirribonucleico o ADN y el ácido ribonucleico o ARN, presentes en todas células, conservan sus átomos y moléculas. Estos dos ácidos están constituidos por largas cadenas moleculares cuya heterogeneidad es tan grande, que la de una cadena de cien nucleótidos se estima que equivale a mil veces

²⁸*Op. cit.* (15) pp. 160 y 161(nota).

el número de átomos de nuestro sistema solar.

¿Cómo comprender y encontrar el origen de una arquitectura tan heterogénea como ésta? *Op.cit.(41),pp.21-23, se pregunta Lupasco. Para nosotros, dimana del poder colosal de la «Conciencia-Energía» primordial, con sus infinitas posibilidades de diversificación.

Este mecanismo de diversificación de la energía resulta comprensible, si recordamos el principio de exclusión de Pauli, según el cual dos o más electrones no pueden tener iguales sus respectivos cuatro números cuánticos**Los 4 nombres cuánticos está, respectivamente, en relación con la órbita, su orientación, la cantidad de movimiento y el spin del electrón. Semejante exclusión hace que el electrón deba generar niveles y subniveles energéticos en torno al núcleo, hetero-geneizando, de esa forma, la energía.

La célula lucha, en pro de su vida, contra la homogeneización, y en este sentido es como podemos comprender la homeotermia de que hablábamos más arriba citando algunos ejemplos. Al luchar contra las causas de calentamiento, las poderosas reacciones químicas desencadenadas la reducirían a la nada por hipertermia, sin un dispositivo antagónico de refrigeración. El equilibrio se manifiesta igualmente en sentido inverso. Esa homeotermia es en realidad una «homeoionización», consecuencia de un equilibrio iónico antagónico. El «antagonismo» está al servicio de toda una jerarquía piramidal de heterogeneidades sistematizadas.

Los «catalizadores» mencionados en el capítulo anterior dirigen las relaciones de intercambio «materia-energía». Desprovistos de toda toxicidad, intervienen con su acción de presente regularizando las disfunciones psicofisiológicas del organismos vivo. Yo veo aquí una acción «local» que interviene para minimizar las consecuencias fisiológicas del desequilibrio que se produce en el sistema energético psíquico cuando éste no está integrado en la actividad de la Conciencia Superior, lo cual constituye el mecanismo del que tratamos en esta obra.

La actividad y la vida de una célula apenas serían posibles sin la acción catalítica de una serie de sustancias funcionales, como las enzimas, las vitaminas y las hormonas, que operan siempre por antagonismo.

En el metabolismo de las células, el «catabolismo» (degradación) se cataliza por medio de enzimas específicas, mientras que el «anabolismo» (síntesis de elementos) viene condicionado por otros fermentos. Las enzimas, por su parte, están sometidas al antagonismo de unos agentes activadores y otros inhibidores. Tal sucede con la acción de los iones metálicos, cuyo antagonismo es capital para todo organismo vivo, animal o vegetal.

Ninguna reacción química puede tener lugar sin que intervenga la acción catalítica de las enzimas, cuyo número excede de seiscientas. Su poder es tal, que «una molécula de enzima puede modificar en un minuto, según del tipo que sea, hasta tres millones de moléculas del substrato específico correspondiente».

También las hormonas, sustancias segregadas por glándulas específicas, llamadas de secreción interna, tienen una constante actividad antagónica. Así, encontramos el antagonismo estrógeno-progesterona, en las hormonas femeninas. Pero este antagonismo va aún más lejos. Incluso en el propio organismo, se da el antagonismo entre estrógenos y andrógenos, o sea con hormonas masculinas como la testoterona. Solamente el exceso de una hormona sobre otra determina el sexo fisiológico aparente. Ya lo hemos señalado a propósito de la androgenia. Estos pares de opuestos están, a su vez, bajo la dependencia de hormonas segregadas por la prehipófisis, la que, por su parte, está bajo el control del hipotálamo. En la autorregulación del sistema endocrino concurren procesos cibernéticos de feedback.

No vamos a insistir en el papel de «guardiana de la Vida» que desempeña la

Conciencia dentro del sistema energético que representa nuestro cuerpo físico. Podríamos extendernos en ello sin limitación, sin por ello aportar ningún complemento indispensable a este prodigioso panorama cibernético. La asombrosa complejidad de sus regulaciones sólo es comparable a su eficacia. Por el contrario, no quiero terminar este capítulo sin pararnos a considerar el papel que el organismo biológico juega en la interpretación y transformación de los datos espaciales que acuden a nuestro psiquismo.

EL ORGANISMO FÍSICO, APREHENSOR Y ELABORADOR DE INFORMACIÓN. MAGIA Y PODER DEL CUERPO HUMANO

«El espacio es un depósito prodigioso, no sólo de materia y de energía, sino también de informaciones.» Así se expresan los Gnósticos de Princeton, a través de la pluma de R. Ruyer^{*Op.cit.(6),p.143}. Por lo que respecta a la visión, por ejemplo, el ojo es un receptor de ondas, lo mismo que un aparato de radio o de televisión. Y las transforma de tal manera que, a menos que en el curso de la evolución de la ciencia física se tomen en consideración algunas sutiles apreciaciones, dicha ciencia puede resentirse de ello en sus interpretaciones.

Vamos a conservar el ejemplo de la «visión», del que poseo una documentación significativa, que expondré más adelante al hablar del papel que juega el organismo en la percepción sensorial, capaz de desorientar a la investigación científica.

John Levy, en la presentación que hace de la naturaleza humana según el Vedanta^{*Op.cit.(165),p.58}, recuerda que la fisiología no sólo nos enseña que la peculiar naturaleza de una sensación viene determinada por el órgano receptor, sino que señala igualmente que sensaciones conocidas, resultado de un cambio en las células cerebrales, se experimentan como si sucedieran en otra parte.

Schrödinger afirma que las ondas luminosas no existen realmente, sino que son ondas de conocimiento. De Montet²⁰⁷ señala que el ingeniero O. Bruhlman, en numerosas publicaciones, se ha dedicado incansablemente a demostrar que la luz no puede ser un fenómeno físico independiente del que ve; las experiencias que miden la luz engloban el factor de conocimiento.

De esta forma, ha podido Vasco Ronchi²⁰⁸ criticar los fundamentos de la óptica en un análisis detallado:

La opinión general da por supuesto que la óptica tiene por objeto el estudio de la luz y de los fenómenos luminosos, pero esta afirmación se tropieza con un punto débil: la definición de la luz. «Quien, siguiendo a los físicos del mundo entero, pretenda designar con la palabra "luz" a radiaciones representadas por rayos rectilíneos o por ondas electromagnéticas, o incluso por fotones, debe reconocer que todas estas entidades no son, en sí mismas, luminosas; hablando con propiedad, se limitan a impresionar la retina de los seres vivos, provocando reacciones de naturaleza fotoquímica, acompañadas de fenómenos eléctricos registrables en el electroretinograma.»

A partir de ahí, los influjos nerviosos se propagan entonces a través del nervio óptico, hasta la zona del córtex correspondiente a la función visual. Allí son analizadas y puestas en relación con la memoria y otras facultades psíquicas del observador, dando lugar, finalmente, a una representación de imágenes luminosas y coloreadas, que no son sino «fantasmas». Una vez localizadas, el observador dice que «ve» los objetos.

La así llamada fotometría no mide en realidad más que una radiación y no la luz; pero quienes hicieron los primeros estudios sobre la luz que se ve, o sea la luz psíquica,

obraban con la ilusión sincera de que se trataba de un fenómeno físico.

Cuando en el siglo XI la óptica se convirtió en objeto de estudio científico, se dio el nombre de «lumen» a ese «algo» exterior capaz de propagarse en línea recta hasta los ojos, y el de «lux» a la luz que vemos, es decir al efecto psíquico del «lumen», en realidad.

Al abandonarse el latín, los físicos, convencidos de que no había razón alguna para distinguir la radiación y la luz que se ve, reemplazaron ambos fenómenos por el término único de «luz», pese a ser distintos entre sí. El «ojo medio», fijado convencionalmente a nivel internacional, permite definir la «luz convencional». La ciencia deja entonces de referirse al mecanismo psicológico de la visión. Algo semejante sucede con los colores:

En la Antigüedad y en la Edad Media, el color se consideraba como algo esencialmente psíquico. Se acostumbraba decir que la función del sentido de la vista era la de hacer ver las «formas y los colores». A mediados del siglo XVII, se vinculó el color a la radiación, pese a las protestas de quienes se esforzaban por localizar en la retina los colores fisiológicos. Los colores se convirtieron así en las longitudes de onda de las radiaciones, surgiendo así una colorimetría, apoyada en la «visión media», en base a una serie de convenciones internacionales.

No obstante, Kepler, retomando una serie de experiencias ópticas basadas en técnicas precisas, consiguió rehabilitar, bajo una nueva forma, la distinción entre «lumen» y «lux» que se había hecho en el pasado. Describía con el nombre de «picturae» la imagen recogida en una pantalla a través de un sistema óptico, y con el de «imaginae rerum» las imágenes vistas directamente por el observador a través de su propio sistema óptico. Y decía explícitamente que en el mecanismo de la visión intervenían el papel fisiológico y el papel psicológico del observador. Esta aclaración, contraria al espíritu de su época, contribuyó a que Kepler fuera injustamente olvidado y relegado en este terreno.

Así pues, la imagen contemplada por el ojo desnudo no es más que un fantasma creado por el observador. V. Ronchi expone en detalle los hechos experimentales que apoyan esta afirmación.

Los colores son, pues subjetivos, lo mismo que las imágenes y las figuras.

Gleizes, en su calidad de artista, sostiene la misma idea, extendiéndola a la audición. «De la misma forma que los oídos convierten en algo intelectualmente concreto, en forma de sonido, un cierto orden de vibraciones procedentes de la alteración del medio, también los ojos, adaptados a priori a un orden de vibraciones diferentes, las hacen concretamente inteligibles en forma de visión. Fuera de esa relación sensible, no existe realidad independiente; el sonido y la luz en sí no existen... la luz es el efecto y el ojo la causa... es científicamente imposible probar que, fuera del hombre, existen esos pretendidos estados físicos» *Op.cit.(161).

Para los Gnósticos de Princeton, vuelvo a repetirlo, «el espacio no percibido por los seres vivos es tan tenebroso como el propio centro de la tierra... las informaciones que viajan por el espacio-tiempo son sólo materiales de información» si no son transformados por los seres humanos que los utilizan.

En esa «magia» del cuerpo humano con respecto a tales informaciones energéticas inespecíficas recogidas del océano del medio ambiente, hay algo más que la «Sabiduría del Cuerpo»; está su «poder» que, en colaboración con los niveles superiores, «construye» el mundo en el que vivimos.

Cada uno de estos planos ofrece su propia realidad «relativa», en cuanto manifestaciones del despliegue de la «Conciencia», en la que residen todas las «potencialidades». Entre ellas se cuenta el intelecto humano, acerca del cual

podemos preguntarnos si obra «sabiamente», pese a sus esfuerzos gigantescos, mientras que éstos sigan estando al exclusivo servicio de un ego individual o social. Todos los niveles que es preciso atravesar en la vida tienen, por ello mismo, el derecho a ser considerados como etapas evolutivas. Cada uno se esfuerza por aprehender la «Verdad» al nivel de su propio centro de interés, con los medios de que dispone en un momento dado.

En la escuela de la Vida, la Ciencia ocupa un lugar prestigioso que atestigua, en sí misma, lo inevitable de la evolución. A su lado pueden coexistir, sin contradicción, otras disciplinas «especiales», como el yoga, que intentan «quemar etapas».

Sin embargo, esas etapas, ya sean lentas o aceleradas, son de por sí un espejismo, como el de nuestro mundo «objetivo» o como el del «espacio-tiempo». El Absoluto reside en nosotros en el eterno presente, dispuesto a disipar las ilusiones de la manifestación y a entregar el secreto del «Ser-Conciencia-Felicidad».

Dedicaremos el próximo capítulo a esa aproximación a lo «Real».

CAPITULO XVIII LO REAL

Su naturaleza. Experiencias de la interioridad

«Eso que está más allá del pensamiento, esa ENERGÍA incausada, no tiene nombre»
(KRISHNAMURTI)

A) SU NATURALEZA

Verdaderamente es un error atribuir un nombre a un estado que trasciende el pensamiento, ya que es precisamente el pensamiento quien nos ha dado el lenguaje y, con él, la posibilidad de formular conceptos. O bien, en otro caso, estos nombres pueden ser múltiples, representando cada uno de ellos un aspecto, al igual que los nombres de las divinidades expresaban funciones de la Conciencia.

Para los que somos conscientes de vivir en un mundo de relatividad e imperfección, el término real evoca un «Absoluto» completamente diferente del que nos es dado conocer. Y sin embargo, ya lo hemos visto, nuestros «reales relativos» adquieren, en determinadas circunstancias, un valor de absoluto. Ocurre cuando la Conciencia, asociada a sus objetos de forma privilegiada, les confiere esta cualidad. Pues es Ella, esta Conciencia, quien es por naturaleza, en su propio plano, lo Real Absoluto sin principio ni fin. Ella es el Sí mismo, nos dicen el Vedanta y los Sabios.

EL ESTADO SIN EGO

Recibe también, sin embargo, un nombre más significativo y más amenazador para algunos de nosotros, dada la limitación de nuestros espíritus, a saber: el «estado sin ego».

Si bien es cierto que pocas personas han oído hablar del estado sin ego, no es menos cierto que, de entre los que sí han oído hablar de ello, muy pocos lo desean. No obstante, aprecian la separación provisional de su mente y de su ego en la oscuridad del sueño profundo, sin sueños, y deberían, eso parece, desear también su reabsorción en la luz. Nada de eso. Amamos apasionadamente a nuestro ego, le dedicamos una adhesión sin límites. Poco importa los sufrimientos que nos haga soportar; esta mente individual representa a nuestros ojos nuestra propia vida, nuestra inteligencia, nuestra conciencia. Ignoramos que esos atributos con los que parece que nos gratifica no son sino una pequeña parte de la Conciencia Absoluta que se los presta, y que este ego comete un «robo espiritual» atribuyéndose la propiedad.

No sabemos, o nos negamos a admitir que somos, en realidad, esa Conciencia sin límites; preferimos mil torturas con nuestro ego que la felicidad sin él. Ignoramos que la conciencia del «YO» no desaparece y que lo que abandonaríamos sería únicamente lo que limita. Ese es el drama de nuestra evolución en el punto en que se encuentra. Somos esa Conciencia; velada y limitada por el ego; oculta para nosotros en su totalidad; su «liberación» sólo es posible con la desaparición del ego.

Cuando una gema está encerrada en la ganga, es preciso romper ésta para conseguir liberarla. La «irrealidad» constituye nuestra obsesión mientras la Realidad es nuestra propia naturaleza. R. Linssen ha dedicado recientemente a este aspecto transitorio e irreal del ego un documento cuyo mismo título impide cualquier interpretación

CÓMO LIBERARSE DEL EGO

La prisión de nuestro ego no es, de hecho, más que una cárcel funcional ligada a nuestros pensamientos. La interrupción del flujo de nuestros pensamientos bastaría para efectuar el desprendimiento de la Conciencia. Esta condición, muy simple en apariencia, es sin embargo extremadamente difícil de cumplir; los ejercicios de concentración salpicados por incesantes distracciones lo testimonian. La naturaleza «sustancial» del ego es «rajásica», nos dice la tradición; la agitación es su característica. Si los pensamientos oscurecen la luz de la Conciencia es a causa del tumulto provocado por sus incesantes agitaciones.

De ahí la prescripción formal de una estabilización mental que ya he mencionado varias veces. Con ella, el ego pierde su consistencia. «Si os ponéis a buscarlo, lo veréis desvanecerse», afirma Sri Ramana Maharshi. Krishnamurti lo dice del mismo modo: «El "yo" acaba por sí mismo cuando ve que le hace falta acabar; gracias a esta visión existe la luz de la comprensión.»

Esta luz puede surgir si reconocemos, sin falsas huidas, los límites de nuestro conocimiento mental. Veamos, por ejemplo, de la mano de Krishnamurti²⁹, la gradación de los obstáculos con que tropieza este conocimiento:

—Se nos pregunta nuestro nombre y dirección, y respondemos sin dudar.

—Si debemos facilitar un dato que hace necesaria la cooperación de nuestra memoria, después de algunos instantes de reflexión, damos la respuesta.

—Una demanda más compleja exige la intervención de un tercero y nos informamos para conseguir una respuesta satisfactoria.

—Pero la cuestión puede llegar a ser más delicada si se nos pregunta: «¿Qué hay más allá de la muerte?» En vez de emitir una serie de suposiciones que sabemos perfectamente que son inverificables, tengamos la honestidad de responder simplemente: «No lo sé.» Esta negación, «acción positiva como ninguna», puede provocar la extinción de toda actividad mental. «No hay nada más que ver... en ello está el milagro de la percepción»²¹⁰.

Simone Weil²¹¹ ha comprendido y puesto en práctica un proceso semejante: «El método propio de la filosofía consiste en concebir claramente los problemas insolubles en su insolubilidad, después, contemplarlos sin más, fijamente, incansablemente, durante años, sin ninguna esperanza, al acecho... El paso de lo trascendente se opera cuando las facultades humanas, inteligencia, voluntad, amor humano, se topan con un límite y el ser permanece en ese umbral más allá del que no puede dar un paso, sin desviarse, sin saber lo que desea, y atento en la espera.»

Marie-Magdeleine Davy, en su penetrante estudio del «Conocimiento de sí mismo» insiste particularmente en el carácter de esta atención que es «lucidez» y recuerda que Simone Weil, fiel en esto a las enseñanzas de Malebranche, atribuye más importancia a esta atención que a la voluntad²¹²⁻²¹³.

INEFABILIDAD DE LO REAL

«La experiencia perfecta», como la llama el Shakta Vedanta (otra forma de designar a lo «Real»), sólo podría ser descrita por el método negativo, el «Neti» hindú (no, no es eso). Es inaccesible al pensamiento e inexpresable por la palabra, por el hecho de que las trasciende. Su naturaleza no se corresponde con ninguno de nuestros conceptos³⁰. Es alógica, anumérica; no se le aplica ningún número. Está más allá del

²⁹Op. cit. (173), p. 46.

²⁸Op. cit. (101), p. 43.

tiempo, del espacio y de la causalidad. Aunque trasciende todas las categorías, éstas emanan de su poder. Es una experiencia de desvelamiento.

Lo que se denomina «conocimiento de sí mismo», dice la Sabiduría vedántica, es el estado en el que no hay conocimiento ni ignorancia. Lo que llamamos habitualmente conocimiento, no es el verdadero conocimiento pues implica una distinción entre sujeto y objeto. El Sí MISMO es el verdadero conocimiento, ya que resplandece solo, sin que haya nada —sea lo que sea— que pueda ser objeto de conocimiento para él, y sin que él pueda convertirse en objeto de conocimiento.

Sin embargo, no hay que pensar que el Sí MISMO es un vacío, con el pretexto de que no se puede describir de una forma positiva. Hay quienes tienen tendencia a concluir que es la última aniquilación. Esta mala interpretación fue ya cometida por ciertos discípulos de Buda. Incluso el Sabio que vive en este estado es incapaz de darnos una descripción positiva. Sólo puede disipar nuestras interpretaciones erróneas, explicando las diferencias que hay con los estados que conocemos en el mundo de la relatividad. Calificarlo como «Realidad, Consciencia y Felicidad» puede parecer una descripción positiva, pero esto no es verdad nada más que en la forma. La significación es negativa.

Hay una cosa cierta en lo que se refiere a este estado, y es que no se trata de un «mundo» o «lugar» al que deban ir los seres llamados «liberados», sea en vida o después de la muerte. Como recuerda el Yoga Vasishtan: «La liberación no está ni en lo alto del cielo ni en el seno de la tierra; es simplemente la extinción de la mente con todos sus deseos.» Cuando se nos dice que la Realidad o el Sí MISMO están en nuestro corazón, se trata de una expresión simbólica que también utiliza Jesús cuando dice: «El Reino de Dios está dentro de vosotros.» Esto significa solamente que lo Real debe ser descubierto en nuestra «interioridad» y no en la exploración del mundo. Al Sí MISMO se le llama, pues, el «corazón» porque es la fuente de la que nace la inteligencia, así como la mente y su expansión en el mundo.

Sri Ramana Maharshi hace alusión a un centro energético que, en nuestro organismo, estaría situado a la derecha, opuesto al corazón que nos es familiar.

En un sentido, el Sí MISMO es el «TODO». Se habla de ello como de la totalidad, de la que los mundos y los seres no serían sino fracciones. Por ello, realizar el Sí MISMO es realizar el TODO. Esta suprema realidad puede ser vivida por un precio ínfimo, el abandono del ego, pero ese precio debe ser pagado. Y es por eso por lo que los hombres están espantados por el pensamiento de este estado. No temen el dominio del ego que es la causa de sus miserias, y piensan que ese ego es la totalidad de su ser. Al ignorar la realidad del Sí MISMO, imaginan que sin ego dejarían de existir.

Como este estado no pertenece al tiempo ni al espacio, ya que está fuera del espacio-tiempo, esta liberación puede ser conseguida «aquí y ahora», con la condición de que el ego desaparezca. La ignorancia, la cautividad y todo lo que de ello se deriva en este mundo de multiplicidad, no tiene de hecho existencia real, ni siquiera en el presente. El Sabio sin ego no ve nada de eso; esta película de cine y el ego, su espectador, ya no existen para él. Las imágenes se han desvanecido; solo queda la pantalla sobre la que se proyectaban. Esta pantalla en su total pureza, Es el «Yo soy» sobre el que superponían las falsas apariencias del «esto» o el «aquello». No puede perderse el «Yo» cuando lo que se hace es sustituir una miserable personalidad que veneraba todas las ilusiones.

EFICACIA Y SILENCIO

A pesar de las apariencias, el estado sin ego conlleva la más intensa actividad. Igual

que el giroscopio parece inmóvil cuando gira a la mayor velocidad, la energía que emana de la Conciencia del Sabio es, por su propagación, la más eficaz de las acciones. Pero es en el «Siendo» como se comunica; no son las palabras sino el Silencio el lenguaje del Sí mismo. Lleva a cabo la enseñanza más perfecta. El lenguaje es parecido al filamento incandescente de una bombilla eléctrica; el Silencio es la corriente, sin la oposición de una resistencia.

En la tradición hindú, el primer «Gurú» es representado por el propio Siva, Ser-Divino, instructor del mundo. Filósofo y sabio, creador de las artes y las ciencias, es él quien inicia a los cuatro Rishis, hijos de Brahma, en los secretos de la vida espiritual por el «conocimiento de sí mismo». Es en esta función como se le representa bajo el aspecto de «Jnana-Dakshinamurti».

Como sus discípulos resultaron poco aptos para la comprensión intelectual y la concentración mental, Siva se sumergió en el silencio de la meditación. Así llevó a los Rishis a observarse y conocerse a sí mismos. Estos comprendieron que debían, también ellos, hacerse silenciosos en pensamiento y en palabra.

Sri Ramana Maharshi enseñaba mucho más por el silencio que por la palabra. Los visitantes, venidos desde muy lejos al Ashram, tenían cantidad de cuestiones que plantear, pero llegados a su presencia, comprobaban que sus preguntas se habían desvanecido. Descubrían que no necesitaban ninguna respuesta o que la respuesta surgía de ellos mismos. «El silencio quiere decir elocuencia suprema... no es otra cosa que una elocuencia incesante. En sociedad, el control de la palabra equivale al silencio. "Mauna" (el silencio) es el estado que se manifiesta espontáneamente cuando el ego está completamente exterminado.» La ayuda que aporta a los otros la «Realización» es superior a todas las ayudas que se les puedan dar por el pensamiento, las palabras y los actos.

Se le preguntaba un día al Sabio Maharshi por qué no recorría el mundo para predicar la Suprema Verdad; y su respuesta fue la siguiente:

«¿Quién os dice que no lo hago? Predicar no es únicamente comunicar el conocimiento; se puede muy bien hacerlo en silencio. ¿Qué pensáis de un hombre que escucha durante una hora una plática espiritual y se marcha sin haber quedado impresionado y sin sentir la necesidad de cambiar su vida? Comparadle con otro que se sienta a los pies de un Sabio y vuelve a su casa con una visión completamente diferente de la vida. ¿Cuál es el mejor método de comunicación? ¿Predicar en voz alta sin obtener ningún resultado o bien guardar silencio difundiendo alrededor de sí una corriente de fuerzas espirituales que actúen sobre los otros?»

«Veamos las etapas que conducen al lenguaje: hay, lo primero de todo, un conocimiento trascendental no manifestado, el conocimiento supremo abstracto, el silencio. De ahí se deriva el ego, de donde surgen a su vez los pensamientos y las palabras. Por lo tanto, las palabras son las bisnietas de la fuente original. Si estas palabras encierran ya un poder de comunicación eficaz, imaginad cuál será la potencia de la predicación a través del silencio.»

Lo mismo ocurre con la iniciación: «El silencio es la mejor iniciación y la más poderosa; es la que utilizaba Dakshinamurti (Siva). Las iniciaciones por la mirada, el contacto... son inferiores. El silencio iniciático cambia el corazón de todo hombre. No hay ni gurú ni discípulo. .. el silencio del gurú es la instrucción espiritual más significativa. Es también la forma más elevada de la gracia... cuando el gurú se mantiene en silencio, la mente del buscador se purifica por sí misma. .. la persona en estado de silencio y paz... puede invocar cualquier poder, en todo lugar, y cada vez que sea necesario... Es un poder extraordinario, el más elevado... El silencio, sin embargo, no conviene como instrucción espiritual nada más que a los buscadores muy dotados.

Los que están menos adelantados son incapaces de obtener de él la menor inspiración. Por eso, necesitan palabras para que se les explique la verdad. Pero la verdad está más allá de las palabras que sólo pueden indicar la dirección» *Op.cit.(39).

Krishnamurti presenta bajo diferentes denominaciones el indispensable «cambio creador», pero insistiendo siempre en el silencio del pensamiento que lo condiciona. «La mutación no tiene lugar más que en una no-dirección, cuando el espíritu no se orienta hacia ninguna parte... cuando está completamente inmóvil. En esta inmovilidad se encuentra la mutación, pues en ella la raíz de nuestro ser se disuelve... no es sino en este estado... como se puede percibir eso que trasciende la medida de las palabras, lo que es supremo, más allá de toda teología y de todo reconocimiento»²¹⁴.

¿Puede cualquiera alcanzar la «Liberación»? pregunta un oyente. «Ciertamente... ahí está... el camino hacia la Realidad, hacia esa inmensidad desconocida, no pasa por la puerta de una iglesia, no por ningún libro, sino por la puerta de la toma de conciencia de lo que se es...: El silencio que resulta de la disciplina de la memoria, no es en modo alguno el silencio verdadero. Hablo de un silencio que viene sin que se le llame y donde no existe miedo de ninguna clase, evidente u oculto. Y cuando este silencio existe, lo cual es absolutamente necesario... entonces hay un tipo de movimiento completamente diferente... intentamos descubrir algo que no puede ser dicho con palabras. Sólo cuando el pensamiento ha sido apaciguado, inmovilizado, cuando no pregunta más, no busca más, no evita más, no resiste más... sólo entonces surge, en esta tranquilidad, una forma diferente de vida, un movimiento que está más allá del tiempo. Lo que provoca una mutación, es observar simplemente, ver simplemente... esta visión, esta observación nos está prohibida por nuestro condicionamiento que nos impulsa a condenar, justificar o comparar. Es el "descondicionamiento" del cerebro lo que provoca la mutación.»

Volvemos a encontrar aquí una forma de «neti». De la toma de conciencia de lo que es falso es de donde surge el descubrimiento de la verdad. De la negación surge lo positivo; es indispensable apartar lo que no es, para descubrir lo que es. «Cuando hay comprensión de sí mismo, cuando hay cese de sí mismo, la eternidad puede entrar en la existencia.»

LA CIENCIA DEL HOMBRE Y LO REAL

De acuerdo con el título de esta obra, habría podido acabarla sin este último capítulo. Desde el punto de vista científico, una estructura humana completada y renovada, me proporcionaba una satisfacción a la vez teórica y pragmática, a saber: la posibilidad de subordinar a un nivel superior de integración, una actividad psíquica provocadora de trastornos individuales y sociales. La eficacia experimental de la «calidad» de la atención que recordamos una vez más, constituiría la demostración deseada de una estructura humana trinitaria cuyo nivel superior se revelaría serla «Conciencia-Energía», conforme a nuestra hipótesis.

Pero esta conclusión no me ha parecido suficiente. Aunque teníamos una prueba de la eficacia de la Conciencia, no habíamos penetrado en su «naturaleza». Las descripciones del Shakta Vedanta nos habían permitido una comprensión intelectual, por lo tanto, no real. Sabemos, por otra parte, que un sabio hindú como Sri Ramana Maharshi había penetrado su realidad. La puesta en relación de estos conocimientos con las recomendaciones de Krishnamurti en cuanto a nuestra actitud consciente, me había proporcionado los elementos teóricos y funcionales de la estructura trinitaria que buscaba.

Pero había más. Por una y otra parte, en diferentes términos, por el hecho de que el

contexto social y cultural no era el mismo, me sentía impulsada, por un lado a provocar la «mutación» que me haría penetrar en un mundo de Conciencia, una Realidad que desafiaba a cualquier imaginación, y por otro a realizar el «Sí mismo» que no era otra cosa que esa Conciencia en su estado supremo, y de la que ignoraba la existencia en mí misma.

No me es posible eludir esta conclusión de mis peregrinaciones mentales, incluso aunque la mayor parte de los lectores no tuviera en ello más que un interés mediocre o dudoso. Pues si hay una ciencia del Hombre, esta ciencia debe llevar sus investigaciones hasta el fondo de la interioridad, como recomendaba Roger Godel, para que la ciencia y la realización espiritual no sean elementos contradictorios.

Los prolegómenos de mi aproximación a lo Real son, como vemos, esencialmente los mismos en las dos enseñanzas que he presentado: el nuevo estado de Conciencia que me fue propuesto no podría ser aprehendido por el intelecto. Este debe saber reconocer sus limitaciones y callarse para dejar aparecer lo Real. Lo que hay que hacer es eliminar los obstáculos; es exactamente la tarea que nos corresponde.

LA NOCIÓN DE «GURÚ»

Cuando se plantea la cuestión del «gurú», se presentan algunas matizaciones que no son irreductibles. No podemos pasarlas por alto, pues algunos lectores, con una vida espiritual «a la oriental», le conceden una importancia que conviene precisar.

Krishnamurti rechaza al gurú como completamente inútil. Siendo indispensable el conocimiento de sí mismo, «para percibirme tal como soy, no es necesario ningún gurú, y si no me conozco, ¿de qué me puede servir el gurú?» Sin embargo: «Puede suceder que alguien os indique el camino, pero os corresponde a vosotros hacer todo el trabajo». El principio de autoridad es lo que se rechaza. Los propios gurús justifican indudablemente su proceder, considerando lo que esperan de ellos sus discípulos.

El Sabio de Arunachala nos proporciona otra óptica dentro del mismo espíritu: el gurú no es más que un ser físico, no es otra cosa que el Sí mismo que es, igualmente, el Sí mismo del discípulo. El papel de un eventual gurú es el de empujar al discípulo hacia el Sí mismo que está en él, pero sin que tenga que añadir, ciegamente, fe a la enseñanza que se le ha dado. El gurú es lo que sirve de inspiración, pero puede ser también una lectura o un objeto. He oído hablar de un «santo» que tenía varios de este tipo.

Por otra parte, leemos en el Shakta Vedanta que, en las prácticas tántricas, donde a causa de sus peligros es necesaria la dirección de un gurú, éste deja de ser necesario cuando Kundalini, en su trayecto ascendente, llega al chakra «Ajna». Esto significa que sólo antes de que el ego sea eliminado es cuando es necesaria una dirección en esta disciplina que tiene implicaciones fisiológicas energéticas. Para el paso a lo «Universal», tal dirección debe ser rechazada; cada uno lo debe llevar a cabo gracias a esa energía universal que, aunque no lo sepa, reside ya en él.

Ahora bien, es precisamente a este nivel de evolución de la Conciencia humana al que se dirige Krishnamurti. Su mensaje propone a los espíritus que han llegado al dominio de lo mental sintético, a la cima de esta civilización, una última mutación que les permitirá acceder a lo Real. Se trata de poner en marcha un proceso energético directo que es prácticamente eficaz porque es biológicamente verdadero.

Bajo este aspecto dinámico y universal de la «función noética», vemos aparecer, no solamente una «ciencia del Hombre» que define y acude a las leyes biológicas de la «normalidad individual y social», sino también a una «ciencia de la espiritualidad», ya que las dos se confunden y la primera es la llave de la segunda.

En el marco de esta forma científica y renovada de la búsqueda espiritual, no hay necesidad de considerar que somos el Sí mismo. Por el contrario, hay que desterrar esta representación mental que se convierte en un obstáculo para la vía «abrupta» y constituye, por otra parte, un peligro temible para un ego virulento.

PELIGROS DE MALAS INTERPRETACIONES DE LO REAL

Este peligro está incluso apuntado por los Sabios de la Tradición oriental. Sri Bhagavan que, además de su importante obra de inspiración espiritual, se dedicó a la enseñanza didáctica del Vedanta, no oculta el serio inconveniente que resulta de la divulgación de esta enseñanza, que en otras épocas era mantenida en secreto y no se revelaba más que a discípulos experimentados. «Tú eres esto», dice el Vedanta, y es por esto por lo que la Verdad resplandece espontáneamente, si los obstáculos del condicionamiento desaparecen con la eliminación del ego. Marie Magdaleine Davy recuerda: «El conocimiento de sí mismo es un nacimiento a la propia luz y al propio sol»³¹.

Hoy en día estos textos son accesibles a todos y las consecuencias están lejos de ser deseables, dice aquel sabio; pueden derivarse serios daños de una interpretación defectuosa. «Cuanto más avanzada es la enseñanza, mayores son los males provocados por una aplicación equivocada»³². «Personas incompetentes afirman, después de la lectura de los textos, que el propio ego, con todos sus vicios, es infinito y está llamado a convertirse en todopoderoso, trascendiendo la ley del bien y del mal; entonces, resulta imposible devolverlos al buen camino.»

Otro tipo de buscador mejor intencionado es el que, no comprendiendo que ya no hay individualidad, duda en aceptar una enseñanza que le parece, no solamente absurda, sino blasfema, y en esto tiene razón. Al preguntar para obtener aclaraciones, es preferible a los que aceptan la enseñanza y la interpretan de una forma inexacta y temible. No sólo «fingen» su propia evolución, sino que mantienen con agresividad su punto de vista y tratan de convencer en sus escritos. Niegan la «inefabilidad» de la «experiencia perfecta» ya que, para ellos, se lleva a cabo en el ego y, por lo tanto, puede ser siempre expresable. Su orgullo y su autismo son inconmensurables, su influencia perniciosa; constituyen un peligro para la sociedad; yo he conocido un caso. Las «Conferencias» de Krishnamurti, funcionales únicamente por su universalidad, pueden no ser comprendidas o no ser apreciadas, pero, si los consejos no se ponen en práctica, por lo menos no proporcionan al ego ni desvaríos ni tentaciones de desvío o de apropiación relativas a realidades que lo trascienden. Pillado en la trampa de una atención sostenida, puede todavía desplegar sus triquiñuelas, pero sus tentativas de encerramiento le desenmascaran.

CARACTERES UNIVERSALES DEL ESTADO SIN EGO

En un estudio reciente y profundo de M.M. Davy sobre la vida interior cristiana²¹⁵, he encontrado estos jalones fundamentales y características universales en una experiencia que, al ser auténticamente humana, deja de ser exclusiva de una religión determinada, o simplemente de la religión.

«El versículo de San Lucas (17-21): "El reino de Dios está dentro de vosotros", se toma como piedra angular de un camino que no puede conducir más que a ese estado. El "conocimiento de sí mismo" prelude obligatoriamente la adquisición de

³¹Op. cit. (212), p. 119 (conclusión).

³²Op. cit. (11), pp. 91, 41 y 99.

cualquier otro conocimiento y requiere una tarea de "desmonte" y "nivelado" de un itinerario en el que no hay la menor señal indicadora (tal y como refiere San Juan de la Cruz). De todos modos, en este camino, el hombre no se encuentra jamás abandonado; son posibles las pruebas, pero las trampas y los peligros consiguen ser evitados. La ascesis intelectual debe "inmovilizar" los pensamientos múltiples que disipan el espíritu. Las "triquiñuelas del yo" se ponen en cuestión de forma constante pues se trata de no desnaturalizar lo que trasciende, no sólo la razón, sino incluso la inteligencia.»

El ego, desplomado, abandona proyectos y deseos; esta agonía puede parecer dolorosa, pero cuando este «malhechor» desaparece, «surge la alegría». En el método de interiorización de los hericastas, el silencio interior permite al buscador estar «a la escucha» de su interioridad. Se eliminan todas las ideas de Dios, para no transformar a la divinidad en un ídolo. El autor recuerda entonces que, en el «fondo secreto del alma», como lo describe el maestro Eckhart, no hay ni pasado ni futuro, que el hombre que entra allí «se sitúa fuera del tiempo y el espacio», en la eternidad, «allí donde no hay nada que esperar y nada que añadir». La iluminación surge de repente, inopinadamente, pasando por encima del estado personal. «El hombre transfigurado no es reconocible más que por los que llevan a cabo un camino idéntico... en su silencio diviniza, pues lanza al Cosmos semillas de metamorfosis.»

En un marco completamente distinto, pero con las mismas características, encontramos esta experiencia de lo Real en el «satori» del Zen, también denominado «despertar repentino». Este carácter de instantaneidad es verdaderamente específico de la «mutación» que la Conciencia transfiere del terreno personal de la relatividad al del Absoluto universal, sentido como irrecusable «Verdad». La abundante literatura sobre el Zen (que no citaré) da fe de ello. Mencionaré de todos modos la obra de Robert Linssen que presenta lo esencial de lo que aquí nos interesa²¹⁶.

Como podíamos esperar, encontramos también allí esos procesos indispensables, cuyo desarrollo ininterrumpido se resuelve en el advenimiento abrupto e imprevisto de una plenitud, que no es otra cosa que el estado de «felicidad existencial» de lo Real. Como en el mensaje de Krishnamurti, la actitud requerida es una atención rigurosa y una lucidez permanente. Después, están las aprehensiones negativas de todo lo que representa la vida psíquica: el papel ilusorio y nocivo de nuestras creaciones mentales y de nuestra intelectualidad excesiva, la falsa realidad del «yo», cuya actividad restrictiva se apropia de todos los mecanismos conscientes.

En la práctica de cualquier arte, la omnipotencia de la «presencia de espíritu» desligada de la mente y «no turbada por una voluntad intencionada» es lo que resulta eficaz. Por «presencia de espíritu», el maestro entiende un estado cargado de presencia espiritual que define así: «Este estado en el que no se piensa, proyecta, persigue, o desea, donde no se espera nada determinado, donde uno se siente capaz de lo posible como de lo imposible, en la integridad de una fuerza no influenciada por el pensamiento.» Así es como la flecha se proyecta en el aire y alcanza infaliblemente el blanco en el tiro con arco²¹⁷; así es, igualmente, como se desarrollan los movimientos del judoka.

LOS INTELECTUALES SIENTEN LA IMPOTENCIA DEL INTELECTO

Esta desvalorización de lo intelectual y esta necesidad de descubrir en la interioridad la realidad de una conciencia impersonal, es sentida por cierto número de nuestros contemporáneos, fuera de toda búsqueda «espiritual» claramente caracterizada.

Fueron sugestivos desde este punto de vista dos artículos de Maurice Lambilliotte,

aparecidos nace ya veinte años en la revista «Synthéses»²¹⁸⁻²¹⁹. Haciendo un análisis crítico de Teilhard de Chardin, el autor deplora que se atribuya al hombre una actividad demasiado exclusivamente mental, a expensas de una interioridad profunda, cuyo papel viven algunos dramáticamente en el silencio de la conciencia. «No cabe la menor duda, dice, de que en esta interioridad más íntima, en donde aflora también esta curiosa potencialidad de toma de conciencia, el hombre siente que no puede expresarse por completo, y menos aún, fundamentalmente, por su actividad mental. » Esta última actúa a modo de un «estrangulador» sobre la «potencialidad» de toma de conciencia, presta a ejercerse a la llamada de las necesidades inmediatas. En nuestras culturas occidentales, la conciencia no ejerce una autocrítica eficaz y espontánea capaz de colocarnos en un estado de afrontamiento de nuestro «real existencial».

La ciencia descubre que las objeciones que establecemos no son, de hecho, más que proyecciones de nuestra actividad mental. El «encadenamiento» de la mente al pasado se vuelve menos rígido. Las puestas en cuestión aparecerán como un «descegamiento» del espíritu humano y podrán crear un estado de varío interior que supondrá una disponibilidad. Entonces, el «yo» aparecerá como superficial, como reflejo de sucesivos momentos de toma de conciencia, como un «yo» al que estamos enganchados, creyendo que nos representa totalmente. La deseable mutación, sin desposeernos de nuestras facultades intelectuales, podría poner en cuestión el valor y el contenido de verdades atribuidas por el hombre a sus propios conceptos. El sentido profundo de lo sagrado es el que se da más allá y más acá de la toma de conciencia mental. Más allá de las incoherencias de nuestro «yo» relacional, hay un «testimonio interior» que podría confirmar en nosotros una «presencia», que nos animaría a aceptar alegremente la destrucción de todo aquello a lo que nos aferramos y que no es más que una ilusión.

Esta «mutación» sería al mismo tiempo una liberación interior respecto de nociones como las de espacio y tiempo, que no son más que simples proyecciones mentales. Nuestra atención interiorizada nos haría franquear la incoherencia del «yo» superficial, para conectar con la conciencia agudizada de la realidad del Sí MISMO. Conciencia impersonal y suprapersonal... creadora e irradiante como un foco de luz y amor. Esta «mutación» nos aproximaría también a ciertas grandes vías tradicionales, lo cual es una razón más para confiar en la aproximación de Oriente y Occidente, en su proceso de afrontamiento de lo Real.

Desde esta hipótesis, el hombre estaría llamado a reencontrar en sí mismo «lo Eterno» o «lo Absoluto». Esta «mutación», más profundamente espiritual en tanto que desligada de lo mental, aparece, por otra parte, funcionalmente, «como indispensable factor de equilibrio».

Así es como empieza a dibujarse entre ciertos intelectuales una corriente que se podría denominar «revisionista», que pone en cuestión los valores fundamentales y conceptuales del pasado. Esa corriente tiene la osadía de preguntarse sobre la validez del «yo» en el que reconoce daños individuales y sociales; y siente, al mismo tiempo, una llamada de la interioridad en donde presiente una gran riqueza. Ahí están, y debo subrayarlo, las primeras e indispensables actitudes mentales necesarias para el descubrimiento de lo Real.

B) LAS EXPERIENCIAS

1) Provocaciones provisionales

Junto a esta corriente normal de la evolución, hay todo un campo experimental, que recurre a los agentes psiquedélicos, y provoca estados de conciencia provisionales, de carácter más o menos extático y pertenecientes indudablemente al psiquismo y no al «estado sin ego» (ya veremos los caracteres diferenciales al final del capítulo). De todas formas, me parece que entre las experiencias provisionales descritas en detalle, algunas de ellas totalmente diferentes por sus descripciones negativas, presentan claramente las características de la Conciencia pura desligada del ego. El autor de los experimentos no ha hecho, por otra parte, en su forma de presentarlos, ninguna referencia o llamada de atención sobre el nivel de conciencia diferente, al no considerar la conciencia, como todo científico occidental, nada más que en el estado psíquico. Estos casos específicos están contenidos en el estudio global de Stanislas Grov presentado bajo el título «LSD y el Juego Cósmico».

A lo largo de dos mil sesiones de experiencias personales y 1.300 de sus colegas, el autor utilizó lo que llama «farmacología del espíritu humano», competentemente elaborada con el concurso de bioquímicos, farmacéuticos y psiquiatras. El ácido lisérgico dietilamina (LSD), sustancia psiquedélica semisintética descubierta por Hoffman, fue el que proporcionó los resultados más interesantes desde el punto de vista de mi investigación.

Utilizado inicialmente en el terreno experimental de la psiquiatría, en donde tiene posibilidades terapéuticas revolucionarias, contribuyó igualmente a la comprensión de la psicología y psicopatología del arte y la religión. Y todavía más: parece ser un poderoso instrumento de exploración del espíritu humano (sano o enfermo) y de la personalidad humana. Como advirtió S. Grov, la continuación de estos trabajos no sólo podría revolucionar la psiquiatría, sino cambiar nuestra concepción de la naturaleza humana.

Los sujetos examinados fueron de lo más diverso: enfermedades psicosomáticas, psiconeurosis, esquizofrenia, desviaciones sexuales, alcoholismo, medicaciones narcóticas. E igualmente una amplia contribución de voluntarios normales: psiquiatras, psicólogos, estudiantes, enfermeras. Asimismo, pintores, escultores, o músicos en busca de inspiración; filósofos y especialistas de todas las disciplinas interesados en la interioridad ofrecida por la experiencia psiquedélica; sacerdotes y teólogos que deseaban explorar el aspecto místico y religioso de la experiencia. Algunas sesiones fueron reservadas a enfermos próximos a la muerte, cancerosos en particular. Estos trabajos fueron iniciados en el Instituto de Investigaciones Psiquiátricas de Praga, para ser continuados en Estados Unidos.

Por lo que se refiere al aspecto metafísico de la experiencia, ninguno de los sujetos cubría la totalidad de los niveles posibles. Cada uno presentaba un aspecto relacionado con su formación metafísica o religiosa, y con su grado de evolución.

Las manifestaciones más frecuentes se referían a la naturaleza del Ser Supremo o Dios: tanto en su forma cristiana relacionada con el Nuevo o el Antiguo Testamento, como bajo una forma griega, hindú o egipcia, con las divinidades correspondientes. Estas visiones iban acompañadas de emociones de lo más fuerte, desde el éxtasis místico al terror metafísico, cuando se trataba de una divinidad de la destrucción (Lucifer, Kali, Plutón).

Considero que, hasta aquí, estas experiencias no se refieren al nivel de Conciencia que nos interesa sino al psiquismo, por el hecho de que había en ellas visión, y por lo

tanto manifestación, y por otra parte la dualidad «sujeto-objeto» (el ego que contempla a la divinidad); en definitiva, una violenta emoción de índole psicológica.

Al pasar a la descripción de las experiencias siguientes, el autor no invita a hacer ninguna discriminación, al no considerar la posibilidad de una estructura trinitaria de la naturaleza humana que habría diferenciado el psiquismo de la Conciencia pura, no ligada.

Sin embargo, a continuación nos refiere un estado muy diferente del éxtasis místico; presenta las características del «estado sin ego»: ninguna manifestación y, por lo tanto, nada de dualidad, nada de síndrome emocional. Entra en el marco de la experiencia de lo Real, que es lo que nos interesa.

Los sujetos denominaron este estado como «Experiencia Suprema»: tal que satisfacía su búsqueda espiritual o metafísica. La descripción de sus características era absolutamente la misma en todos los sujetos (lo cual no ocurre en la experiencia mística, ya que hay visión). Se presentaba en la forma que se expone a continuación: Ninguna imagen concreta, inefabilidad de la experiencia, que se vive pero no puede ser descrita ni explicada en los términos usuales del mundo en que vivimos. Algunos hablaban de «Espíritu Universal», pero de todos modos la mejor aproximación a ese Estado Supremo era incontestablemente el concepto hindú «Satchitananda», la Existencia, la Conciencia y la Felicidad bajo una forma infinita.

Los símbolos de nuestro espacio tridimensional, dicen, son incapaces de comunicar la experiencia de la «esencia» de «Sat-Chit-Ananda». Algunos indicaron que el lenguaje de los poetas, aunque absolutamente insuficiente para expresarlo, sería más adecuado que la prosa habitual. Los «sujetos» ponían de manifiesto que cada ser humano debería poseer la «potencialidad» de esta experiencia que, de todos modos, no podía ser comunicada a los que no habían tenido la suerte de vivirla. El tiempo, el espacio y la causalidad estaban ausentes de la experiencia.

Si resumimos las respuestas a las preguntas que se les hicieron acerca de la naturaleza del principio último del Universo, puede decirse que lo definieron como un principio espiritual increado, que representaba la existencia infinita, la inteligencia infinita y la infinita felicidad. Desde este punto de vista, no hay búsqueda posible en nuestro mundo exterior de tres dimensiones. Lo que es indispensable es una búsqueda sistemática en el mundo de la interioridad.

La zanja entre la naturaleza orgánica y la inorgánica, dicen, no es tan profunda como nos aparece en nuestro estado de conciencia habitual; la totalidad del Universo es consciente y autoconsciente. Y esto, bajo todas las formas y todos los niveles, ya se trate de organismos vivos o de materia inorgánica. No son más que diferentes grados de complejidad, diversidad y variabilidad.

Todas estas referencias corroboran lo que hemos expuesto acerca de la Conciencia de la materia y las confirmaciones científicas de los energeticistas. Evola recuerda en su Yoga Tántrico que, «el hecho de percibir como naturaleza y materia lo que, metafísicamente, corresponde a una serie de estados de la Única Realidad Espiritual, es debido al grado de avidya (ignorancia) inherente a una experiencia»³³. Robert Linssen ha dedicado una obra muy documentada a la «Espiritualidad de la Materia»²²⁰.

La respuesta psiquedélica a la pregunta «¿Quién soy yo?», reproduce exactamente el mensaje fundamental de los Upanishads: «Tú eres ESTO».

31Op.cit. (117), p. 57.

2) Experiencias espontáneas provisionales

Hay experiencias espontáneas provisionales que han sido descritas en la literatura del tema²²¹⁻²²². Daré un ejemplo en el «testimonio» que va a continuación, pero, antes que nada, insistiré en la discriminación que hay que hacer entre estas experiencias provisionales y la «Experiencia Liberadora».

3) La Experiencia Liberadora y sus características específicas

La experiencia definitiva del «Liberado viviente» (Jivan Mukta), ha sido extensamente estudiada por Roger Godel en su ensayo sobre la Experiencia Liberadora³⁴, pero vamos a ver lo que dice Sri Bhagavan cuando explica la diferencia entre el «samadhi» del Sabio o «Liberado viviente» y la experiencia provisional del «estado sin ego».

En el primero, el ego ha sido reabsorbido para siempre en la Conciencia pura, librándole así de las experiencias terrestres; se ha convertido en un «liberado viviente», un «Jivan Mukta». Este estado, denominado todavía «estado natural», es el «Sahaja Nirvikalpa Smadhi». Puede comparársele a un río lanzado en el océano, convirtiéndose en «Uno» con él. Un sabio de este tipo ya no está afectado por el mundo, aunque su cuerpo y su espíritu parezcan continuar activos. Es el único cualificado para enseñar la Verdad relativa al Sí MISMO.

La experiencia temporal es diferente en cuanto al mecanismo y a las consecuencias. En ella, la mente no está más que inmersa provisionalmente y no disuelta en la luz de la Conciencia³⁵. A lo largo de esta inmersión, se disfruta de la felicidad pero, como lo mental continúa siendo distinto del Sí MISMO, puede volver a convertirse en principio activo, y se convierte de hecho, cayendo de nuevo en la ignorancia y la cautividad.

La mente que experimenta este «Kevala Nirvikalpa Samadhi» es como un cubo al que se hace bajar a un pozo con una cuerda: una vez sumergido en el agua, se encuentra inmerso (valga la redundancia), pero la cuerda puede sacarlo del pozo. Una mente de este tipo, vuelve a tomar contacto con el mundo sin que haya habido «liberación»; reemprende la vida de todo el mundo. Podría decirse que su caso se parece al de un durmiente, pero mientras éste se sumerge en la oscuridad, en el caso del «samadhi» se encuentra inmerso en la luz del Sí MISMO. Incluso en el caso de un yogui, que con esfuerzos considerables e ininterrumpidos, llegase a mantener este samadhi durante meses, o incluso años, si la mente permanece separada del Sí MISMO, vuelve a tomar sus preocupaciones en el mundo allí donde las haya dejado. No queda más que un recuerdo preciso.

TESTIMONIO

Llegados a este punto, y aunque inicialmente no tuviera esta intención, me parece indispensable comentar la experiencia personal que me sobrevino inopinadamente hace veinticinco años y que corresponde sensiblemente a esta «inmersión brusca y temporal» de la mente en la Conciencia infinita. La mente conservaba la posibilidad de plantear cuestiones al estilo de su propio plano, pero sólo podía sentir las respuestas bajo la forma de estados de conciencia imposibles de formular.

Este testimonio puede explicar por qué, a propósito de la estructura trinitaria expuesta a lo largo de esta obra, que implicaría una Conciencia autónoma en su propio plano, no he empleado la fórmula científica, consagrada por otra parte: «Tout se passe

³⁴Op. cit. (76).

³⁵Op. cit. (39), pp. 143, 144 y (11), pp. 137, 138.

comme si...», ni la más reciente, propuesta por Bachelard: «¿Por qué no?». Habrá otros que lo empleen a título de hipótesis seductora que no conduce a nada. Para mí es un «hecho»; lo expongo sin tratar de convencer a nadie, sea quien sea.

Era una noche, entre las once y las doce. Yo era miembro del Secretariado de la UNESCO y estaba escribiendo una carta para Holanda.

Bruscamente, me sentí invadida de un sentimiento de felicidad indescriptible, que sustituía a mi propia persona, la cual ya no existía. Mi mente pensó: «Es una bendición», pero eso no era sino una interpretación errónea; esta felicidad no me la dispensaba nadie; la Nueva Conciencia era, ella misma, la Felicidad. Yo era ESO y esa beatitud no iba acompañada de ninguna emoción; era simplemente imposible de expresar. Ninguna visión, ninguna audición; el tiempo y el espacio ya no existían. La mente proseguía sus investigaciones que no encontraban otra respuesta que un estado de Conciencia indescriptible: «¿Dónde están los demás?» No había nadie más; ellos eran igualmente esta Conciencia, sin saberlo actualmente, pero capaces de darse cuenta si dejaban de identificarse con esos «maniqués» que pertenecían, como el mío, al mundo de la ilusión. No era necesario interferirse en ese camino; todo esto era sentido por la mente que proseguía:

«¿Dónde está Dios?»... No hay Dios. «¿Jesucristo?»... No hay Jesucristo. «¿Krishnamurti?»... No hay Krishnamurti. «¿La UNESCO?»... No hay UNESCO. «¿La Universidad de Harvard?» (con la que tenía una relación de trabajo)... No hay Universidad. «¿Mi familia?»... No hay familia. «¿Sda, entonces?»... No: el TODO. Estas respuestas no fueron expresadas, pero sí registradas en una «impresión de Conciencia», de una forma indecible.

Subsistía todavía una cuestión que le parecía capital al ego: «¿Qué porvenir tiene una búsqueda de veinte años, de cara a una ciencia del Hombre?» Respuesta sentida: mi pseudoego no era una persona sino una «función» que, en esta vida, se traducía en llevar a cabo este trabajo. En tanto que «manifestada» yo era «eso» y nada más. Entonces, la mente no pudo sustraerse a intentar descifrar la siguiente puntualización: «¿Qué vendrá después?» Percibí entonces una especie de «actualización del pasado, el presente y el futuro», que revelaba que la cuestión era ridícula: el tiempo no existía ya.

Y esto fue todo. Yo seguía siendo la «Doctora Brosse», pegada a pesar de todo a lo que era probablemente importante que supiera. Había hecho, en un pasado ya lejano, una llamada desgarrada a la Verdad: no había sido en vano... Concluí mi carta inacabada como si no hubiera ocurrido nada.

Mi vida prosiguió, con todas sus emboscadas, persiguiendo esta tarea, que por otra parte tendría que insertarse en una actividad profesional intensa. Obstáculos en apariencia catastróficos sobrevenían episódicamente y se revelaban como superables por «decisión del destino»; a título de ejemplo: los registros de los yoguis abandonados en la casa saqueada por la Gestapo y encontrados después en el granero de la alcaldía; otros registros robados por unos colaboradores para publicarlos por su cuenta, pero reconstruidos gracias a mi trabajo personal; libros de los que tenía urgente necesidad, sustraídos por un huésped sin escrúpulos, pero encontré la transcripción de las notas que me eran indispensables... y hoy parece que el manuscrito va a publicarse por las buenas o por las malas.

NOTA IMPORTANTE

En sus trabajos, los investigadores no distinguen el estado de Conciencia llamado «sin ego» de los denominados «extáticos» y deseo que el lector tenga una idea clara de lo que quiero expresar, a saber:

En los estados de «conciencia hiperfísica» tanto como en los de «conciencia física habitual» siempre es posible distinguir por una parte los estados «noéticos puros» (sin ego), y por otra los estados «psíquicos» en los que la Conciencia se encuentra limitada por el ego. Esta distinción puede expresarse esquemáticamente de la forma siguiente:

1. ESTADOSHIPERFÍSICOS

a) noéticos puros:

(sin ego)

Ninguna manifestación. Ausencia de dualidad «sujeto-objeto». Inefabilidad. Experiencia del TODO, lo Real. Felicidad sin emoción. Acaecer abrupto.

b) psíquicos:

(con ego)

Manifestaciones divinas o cósmicas²²³. Visiones. Dualidad «sujeto-objeto». Pueden ser descritos. Emociones poderosas.

2. ESTADOS DE CONCIENCIA FÍSICA

manifestada como «atención»

a) noéticos puros:

(atención sin ego)

Lucidez no condicionada. No elección ni juicio (crítica o apreciación) ni voluntad de cambio. Ausencia de la dualidad «sujeto-objeto».

b) psíquicos:

(atención con ego)

Condicionado. Juzga, toma partido. Compara. Desea el cambio. Dualidad «sujeto-objeto».

Estas discriminaciones tan netas imponen la existencia de una Conciencia autónoma, nivel superior de la estructura humana. Ya hemos visto su eficacia funcional. Sri Ramana Maharshi confirma las discriminaciones que acabamos de proponer en cuanto a los diferentes estados de conciencia hiperfísica: «Las visiones de Dios tienen lugar por debajo de la realización del Sí MISMO³⁶. Y, por otra parte: «Nada de lo que se ve es real»³⁷.

Este último capítulo nos lleva así al final de la exploración del Hombre «Integral» con la última manifestación de la «Conciencia-Energía».

³⁶*Op. cit.* (39), p. 575.

³⁷*Op. cit.* (11), p. 21.1.

CONCLUSION

Pienso que resulta evidente tras toda esta exposición, que, en adelante, es posible una ciencia del «Hombre total», indispensable en una civilización digna de ese nombre.

Aquellos elementos de la constitución humana que a principios de siglo se escapaban todavía de los dominios de la filosofía, e incluso de la metafísica, han sido asumidos y explicados por la incuestionable ciencia microfísica. Los actuales conocimientos permiten, de ahora en adelante, **PLANTEAR EL PROBLEMA HUMANO EN TÉRMINOS DE ENERGÍA Y RESOLVERLO EN TÉRMINOS DE FUNCIONES.**

Actualmente, los datos del problema se nos presentan de la forma siguiente:

La «energética humana», considerada en su conjunto como una «dualidad psicosomática», presenta una estructura jerarquizada cuyos componentes integrados obedecen funcionalmente a la ley biológica de la subordinación. Si bien es cierto que las interferencias se manifiestan en los dos sentidos, el control no se ejerce más que de arriba a abajo, de tal modo que la actividad de un nivel superior frena automáticamente la del nivel subyacente; en los subniveles del psiquismo, el intelecto inhibe la emoción.

Ahora bien: la sistematización energética del psiquismo se revela como inestable; en él tienen lugar incesantes agitaciones de «ideas-emociones» que perturban la armonía fisiológica. Ello produce en las personas trastornos psicosomáticos que éstas repercuten «lateralmente» en desórdenes psicosociales, al enfrentarse sus egos antagónicos.

¿No podría existir un nivel energético superior, capaz de poner fin a esa intolerable inestabilidad psíquica?

Tal es la **CUESTIÓN CRUCIAL QUE ESTÁ LLAMADA A CONVERTIRSE EN LA PIEDRA ANGULAR DE UNA «CIENCIA DEL HOMBRE».**

Paralelamente a esta situación energética psicosomática, se aprecia un interés creciente entre los investigadores por todo lo concerniente a la «conciencia». Importantes trabajos experimentales son desgraciadamente mal interpretados bajo el ángulo «restrictivo» de los «estados de conciencia», entendidos como atributos del psiquismo. Bajo esta óptica nunca se podrá dar el paso que permitiría una «reestructuración» eficaz de la documentación analítica, para resolver la cuestión epistemológica que se plantea.

Si bien es cierto que esta reciente importancia que se presta a la conciencia cristaliza en numerosas investigaciones, para mí, domina la totalidad del problema humano; la ciencia que se ocupa de ella, necesita por eso mismo una denominación que la caracterice, a saber: la «noética». Su amplitud no es sólo consecuencia de la presencia permanente de la conciencia en todas las manifestaciones del organismo humano y del universo, sino también y sobre todo, por el papel preponderante que asume en todo ello.

Este papel es definido por el «energeticista» como energía potencial en todos los niveles de las sistematizaciones jerarquizadas. Si la joven ciencia «noética» quiere adquirir una significación plena con posibilidad de eficacia práctica, es bajo esta forma «energética» como puede convertirse en el centro de la investigación y la experimentación.

¿No podría ser la Conciencia la fuerza organizadora, en tanto que eventual nivel superior, indispensable y deseado, pero oculto hasta ahora, el «quid» de los físicos que permitiría por fin una actividad funcional armoniosa a la totalidad de la

estructura humana? ¿No podría constituir, de ese modo, en su estado puro y por su propia naturaleza, ese nivel más elevado de una jerarquía estructural trinitaria «noético-psico-somática», que disfruta de las prerrogativas propias de ese nivel, e integra y subordina a los elementos subyacentes?

En el estado actual de las ciencias humanas, no hay nada que pueda acreditar este postulado, que resulta por lo menos audaz. No se puede encontrar su justificación más que en el descubrimiento, examen y puesta a prueba de los datos de la Tradición hindú, bajo la forma energética del Shakta Vedanta. Esta iniciativa epistemológica constituye, a mis ojos, la posible solución del problema humano.

La metafísica «biológica» del Shakta Vedanta se ha constituido en efecto en verdadera ciencia experimental de la interioridad. Atribuye a la Conciencia, en tanto que «Energía Primordial» autónoma, en su involución y después de su evolución, la totalidad de la «manifestación», desde el doble punto de vista del Hombre y el Universo. Sus procesos funcionales definen las leyes de la interioridad. Los adeptos que los han aplicado (los Sabios del Vedanta, los yoguis del Samkhya, los iniciados tántricos), han alcanzado, a lo largo de los siglos, el grado actual más elevado de nuestra humanidad, a saber: la liberación de la Conciencia fuera del psiquismo y del ego, y la realización del «Ser-Conciencia-Felicidad» (Sat-Chit-Ananda).

En nuestra época evolutiva y en nuestra civilización occidental en particular, no se trata de invitar a nuestros contemporáneos a la práctica integral de disciplinas exóticas que permitieron, en el pasado, que ciertos individuos quemaran etapas de la evolución. Hay quien se dedica a ello, sustrayéndose a la vida social. Registrar sus resultados no constituye una tarea suficiente, por sí misma, en la perspectiva de una ciencia del hombre.

Para mí, hoy en día, la cuestión se me presenta de una forma completamente diferente y válida para la humanidad entera.

Si la «Conciencia» representa efectivamente el nivel superior de integración de nuestra estructura energética, ¿cómo debe manifestarse, en cada circunstancia, para asumir la función benéfica que se supone que detenta como privilegio?

Esta Conciencia es esencialmente una función de «atención», nadie lo discute, ni entre nuestros científicos ni entre los Sabios de la India. De todos modos, cuando se ejerce en el marco de nuestros condicionamientos psíquicos, juzgando, condenando o apreciando, se revela incapaz de dominar ese psiquismo en el que reside, quedando limitada y velada. Bajo esta forma, no cabe duda de que no puede considerársela funcionalmente como nivel superior.

Del mensaje de Krishnamurti, en el que la psicología renovada se ha convertido en una «noética», es de donde surge la solución a este aparente dilema, que justifica, al mismo tiempo, el postulado de la «Conciencia-Energía» como nivel superior de una estructura humana trinitaria.

Este mensaje se cifra por entero en la «cualidad» de la atención. En esta cualidad es en donde reside la puesta en marcha de la «Conciencia pura», en tanto que nivel superior, con las prerrogativas funcionales que esperamos de él:

Una lucidez permanente, simple presencia, sin juicio, sin elección y, por lo tanto, desligada del psiquismo, comporta, ipso facto, la estabilización mental. Una acción tan maravillosa en su unicidad sólo nos resulta comprensible si expresa la eficacia de la ley de la subordinación en beneficio del nivel superior. Este proyecto infrecuente que se nos ofrece, nos proporciona por fin la posibilidad de sustraernos, sin violencia, de la hegemonía de un ego tiránico, que ha jugado su papel en la evolución pero, ahora, la compromete con su voluntad de perennidad y supremacía. La aceptación de los mecanismos apuntados no sería sino a título de hipótesis de

trabajo, del mismo modo que su explotación experimental constituiría, en mi opinión, una nueva tarea que nos introduciría en el umbral de una «ciencia del hombre». Tal aproximación va referida, en efecto, a leyes biológicas debidamente acreditadas y no hace sino trasladarlas a un nivel superior en el que los científicos se interrogan en vano. La confirmación que aportan los resultados de la aplicación de estas leyes, a nivel de Conciencia, resulta conforme al método científico y demuestra el fundamento de la función «noética», tal y como lo he expuesto.

Las consecuencias benéficas son múltiples e inestables:

Desbarata los trastornos psicosomáticos que un psiquismo turbulento imponía a nuestro desgraciado organismo a nesgo de transformarlos en enfermedades confirmadas e incurables. Por lo tanto es, para el ser humano, un factor de salud.

Desenmascarando las triquiñuelas del ego y sus irreductibles daños sociales, es un factor de higiene mental individual y social. Pone fin a la nocividad psicológica del medio social, equivalente en este terreno a las infecciones bacteriológicas del organismo.

En medio de esta ética sana y natural, consigue establecer la moral biológica que juzgan indispensable los medios científicos, pero que no se ha elaborado hasta hoy. Sustituirá a las morales arbitrarias, laicas o religiosas, que apelan en vano al ego para hacerlo autocensurarse al precio de represiones y resurgencias malsanas que conforman un círculo vicioso.

Hace comprensibles, favoreciendo su aplicación y éxito, los métodos liberales de educación que permiten a la Conciencia organizar y utilizar con toda destreza el «teclado psicológico» del crecimiento y la evolución; es, en este sentido, factor de creatividad.

En una palabra, esta «función noética» correctamente entendida, da a cada uno la posibilidad de realizarse con toda normalidad conforme a su propio estatuto biológico y a su grado de evolución.

Ciertamente, estoy interesada en primer lugar por este aspecto de la ciencia, que está inflexionándose desde las «ciencias humanas» hacia una «ciencia del hombre». Pero no resulta indiferente que nuestras relaciones con el Universo, vergonzosamente olvidadas por nuestra ignorancia, se integren en nuestras investigaciones. No sólo por coronarlas con una legítima satisfacción intelectual, sino porque pueden facilitarnos, desde un punto de vista de conjunto, la «sabiduría» que origina una verdadera comprensión.

La Tradición oriental, tan próxima a la microfísica que parece que no existe sino para prestarle un indispensable complemento, permite trasladar la totalidad de nuestros descubrimientos científicos a una integración universal que incluya al Universo. El Cosmos y el Hombre están unidos en una misma «sustancia-energía» que no es otra cosa que la «Conciencia Primordial».

Imitando a la Tradición, la microfísica nos ha demostrado que nuestros mecanismos mentales energéticos eran los verdaderos creadores de ese Universo aparente que exploramos como si se tratase de una realidad exterior. Una maravillosa confirmación de esta afirmación nos la proporciona la neurofisiología cuando nos informa de que uno de los hemisferios cerebrales representa el «nosotros en el mundo» y el otro «el mundo en nosotros». Los Sabios de la India confirman esta última declaración: en la experiencia de lo Real, no existe universo exterior autónomo fuera de la manifestación humana.

Los científicos reconocen que, una vez llegados a la cumbre de su síntesis, deben recurrir a una energía primordial, postulada pero desconocida. La Tradición, que confirma sus trabajos desde muchos puntos de vista, les ofrece ese nivel de

integración. ¿Sería inteligente no prestarle la menor atención? Más allá de las esperanzas, este nivel incorpora en su unidad al Hombre y al Universo en una verdadera síntesis de «Hombre-Universo».

Así es como se presenta la «energética de lo Real»; no es otra cosa que la obra grandiosa de la «Conciencia-Energía». El conocimiento de sus leyes funcionales autoriza la búsqueda de una ciencia del hombre ampliada y renovada, pues se trata del hombre «integral», explorado hasta lo más profundo de su interioridad.

Ya hemos visto la acción reguladora y bienhechora sobre nuestra dualidad psicosomática, lo que supone un nivel más elevado correctamente puesto en práctica; pero hay más: si la estabilidad mental que determina esta actividad superior asegura un control subyacente, es el único «Ábrete Sésamo» que puede dar acceso a la Conciencia Universal, a la que ya no limita la presión del ego. Krishnamurti no oculta que el mensaje heurístico que propone, no es más que una posibilidad de «surgimiento» de lo «Real», de ESO que no tiene nombre.

Desde este punto de vista, la «función noética», tal y como la he definido, no es solamente la piedra angular de una ciencia del hombre psicofisiológicamente normal; también es una verdadera ciencia de la espiritualidad que implica obligatoriamente la toma en consideración del hombre en la integridad de su estructura.

La entrada del elemento «espiritualidad» en la ciencia, o más exactamente, la puesta a punto de la propia noción de espiritualidad, gracias a una parecida realidad energética de materia y espíritu, preocupa actualmente a la filosofía científica. La obra de R. Linssen *Ciencia y Espiritualidad* hace una significativa exposición²²⁴.

La «función noética» aporta un elemento enteramente nuevo, una relación eficaz, directa y precisa, entre la ciencia y la espiritualidad: abre la vía a una ciencia de la superación del ego. Esta superación es la que, para mí, constituye lo propio de la espiritualidad; en otras palabras, la sustitución de lo «particular» por lo «universal».

No cabe duda de que lo Real, desligado de toda manifestación, es la expresión última de la auténtica «universalidad». Para nuestro período evolutivo, esa es una conquista excepcional; sólo la «liberación» definitiva del «Jivan Mukta» confiere a una experiencia como ésta el sello indeleble de la espiritualidad. En las experiencias provisionales, el ego recupera su presa desde que acaba la inmersión de la mente en la Conciencia Universal. Se habrá tratado simplemente de una experiencia «informativa», podría decirse, cuya huella es, sin embargo, considerablemente eficaz.

Si el desligamiento de la Conciencia más allá de sus límites restrictivos más severos no significa todavía, para mí, la salida fuera de la humanidad que supone la «experiencia liberadora», marca por lo menos, en cambio, nuestra entrada en la humanidad, pues mientras continuemos siendo ciegos prisioneros del ego, a lo que pertenecemos es a la «especie humana», esta especie a la que Marcello Fabri ha calificado justamente de «humanimalidad».

A lo largo del crecimiento y la evolución, la función permanente de la Conciencia, función central y progresiva, tiende, salvo errores pedagógicos, a hacer eficaces en el ser humano el uso y el control de los sucesivos niveles de esta evolución. Al cabo de este desarrollo individual, cuando se llega al nivel superior de la mente al que caracteriza la universalidad (el buddhi de los hindúes), la Conciencia, después del minucioso y largo aprendizaje que conocieron los niveles anteriores, se convertirá en elemento de universalización del conocimiento, del sentimiento y de la fuerza. Pero, en esta etapa última, la fuerza habrá dejado de ser el terrible atributo que le reconocemos; sólo se manifestará al servicio de la sabiduría y el amor.

¿Nos encontramos lejos de esta meta biológica? Parecería que hay que responder afirmativamente. Pero en todo caso, una ciencia más completa del ser humano y un conocimiento de sí mismo más auténtico, con sus consecuencias benéficas, podrán acercarnos considerablemente. Quiero traer a colación esta animosa perspectiva que me dejó entrever Krishnamurti en una de sus pláticas, hace ya más de veinte años²²⁵:

«Una piedra puede dirigir el curso de un río; igualmente, un pequeño número de personas pueden dirigir la evolución de una cultura. Todas las cosas grandes se hacen de esta forma... la corriente de una cultura puede cambiar de dirección gracias a unos cuantos individuos despiertos...»

Deseemos que eso no ocurra después del genocidio provocado por el desencadenamiento intempestivo de «egos» nacionales e ideológicos.

Los problemas puestos de relieve a lo largo de esta exposición (y resueltos en lo que me concierne) afectan a muchos aspectos de esa búsqueda, que incitan a la meditación.

Debe de haber muchos desarrollos posibles, e incluso necesarios, que no figuran en esta obra. Si algún lector llega e interesarse en ellos, que pueda encontrar en la tarea que emprenda la misma alegría que yo mientras me esforzaba apasionadamente por descifrar este enigma aparentemente insondable: el problema del Hombre y el Universo.

Pégomas, septiembre de 1976*^{Nota (3)}.

NOTAS

NOTA N°1

CONCIENCIA Y MATERIA. PROSPECTIVA DE SRI AUROBINDO

No querría entregar a la imprenta este manuscrito sin referirme a la reciente publicación de la obra de SAT Prem: MADRE. El Materialismo Divino (Robert Laffont, 1977), que nos proporciona el testimonio vivo de una larga y colosal experiencia interior, enteramente desarrollada en el torrente de la SHAKTI. Testimonio que tiene tanto más valor cuanto que procede, sin ningún condicionamiento, de una niña, y después de una mujer adulta, que no sabe nada y no cree en nada, pero cuya existencia se desarrolla en el «rincón energético» de un mundo del que no conocemos nada más que el envés intelectual.

Vuelvo a encontrar en esta exposición la confirmación de todo lo que me interesaba especialmente en el Shakta Vedanta: la manifestación de la «Conciencia-Fuerza», confirmada con toda la intensidad de una Realidad vivida como una verdad evidente y natural, en la alegría de maravillosos descubrimientos renovados continuamente.

Pero lo que retiene especialmente la atención de cualquiera, dudando, es posible, pero estupefacto si no se está familiarizado con el mensaje muy especial de Sri Aurobindo; es el giro «prospectivo» que toma toda una parte de la obra.

Efectivamente, se trata nada menos que de transformar la materia y, partiendo de nuestro cuerpo, trascender la enfermedad y la muerte á fin de que la Shakti de la Nueva Era pueda irradiar en ese cuerpo sin hacerle estallar con su fuerza.

Con ello, tocamos el «Secreto» de Sri Aurobindo y de la MADRE.

Vivimos la fase terminal del Kali Yuga, época negra a la que debe suceder una época de Verdad (Satya Yuga). Se nos recuerda, desde este punto de vista, que el Visnú Purana, ya en el siglo III, describía así la situación social y política de nuestra época: la era de los trabajadores (shoudras), del ego, de la máquina, del sexo y el confort, de la supresión de las castas. La materia debe dejar de ser expresión de la mente para serlo de la Conciencia Superior.

«Es el gran golpe de Estado de la nueva Conciencia... hay que cambiar el mundo, encontrar la llave del nuevo mundo... cambiar de especie o perecer... Es el tiempo de la gracia infinita y de la espada inexorable... estamos de lleno en el pasaje... el sexo es una de las llaves del secreto del cuerpo y el dominio del sexo es la condición indispensable de la manifestación de la nueva fuerza evolutiva... Ahí, en la materia, es donde se encuentra el trabajo evolutivo de nuestra época... el supremo obstáculo y también la suprema palanca. Esta primera Shakti que es la Mujer tiene un papel decisivo que desempeñar.

«Vivimos la más extraordinaria aventura de todos los tiempos... la construcción de un ser que todavía no existe sobre la tierra, un nuevo modo de conciencia y de percepción, todos los antiguos órganos sustituidos por otros... otra tierra, otra materia... la salida de un viejo programa genético. » Esto nos obliga a recordar una declaración similar de berdiaeff (nota 2).

El segundo tomo de la obra trata del Nuevo Espacio y el tercero nos habla de la Mutación de la Muerte.

NOTA Nº 2

BERDIAEFF. EL SEXO ANTE EL PROBLEMA DE LA EVOLUCIÓN

Sin llegar a explicitar en los mismos términos que aurobindo las modificaciones de la materia que juzga ineludibles en los grados superiores de la evolución consciente, berdiaeff formula esta necesidad con la misma firmeza con la que aborda este problema desde el punto de vista sexual.

Para él, la actual separación de sexos que provoca una excisión en la imagen integral del andrógino, está en contradicción con el reconocimiento de una naturaleza humana a semejanza de la divina. El acto sexual, que no tiene nada de específicamente humano, no expresa nada más que la inmortalidad de la especie por una dispersión en la pluralidad de nuevas vidas destinadas a la muerte. En lugar de la ligazón del hombre con el Espíritu, se ha establecido una ligazón específica con la carne y la sangre; pero el ser humano sólo puede conocerse y realizarse fuera del elemento de la especie.

El hombre nuevo sólo puede ser un hombre de una sexualidad renovada, resucitando en él la forma andrógina y la semejanza con Dios; el secreto del ser humano es el secreto del andrógino. La victoria sobre la muerte y la adquisición de la eternidad no podrían actualizarse en el terreno de la ligazón a la especie; tales logros deben nacer a la vida en una nueva humanidad. El hombre nuevo debe tener una sexualidad también renovada, resucitando en sí la semejanza divina que se oscurece con los principios separados de lo masculino y lo femenino. Si acepta inclinarse interiormente hacia esta androginia, descubrirá en sí mismo la totalidad de la naturaleza con el descubrimiento auténtico de su microcosmos. No hay fuerza que preserve a la vida tal y como se presenta en el plano de la materia actual; de esta materia no quedará nada más que el cuerpo de la luz.

Berdiaeff no sitúa esta transformación escatológica, como hacen las religiones, en un eventual fin de los tiempos que dejaría al hombre inmóvil en el curso de una mutación que le sería impuesta. Para él, el ser humano está destinado a colaborar con todo su genio creador en esta mutación, y esto sin demora, en el «ahora». El desplazamiento evolutivo de la Conciencia debe ser obra suya.

Este acto creador inmediato, en completa libertad, en el corazón del ser, no puede sino autodescubrirle sus fuerzas esenciales. Para que la especie humana se transforme en humanidad, la vida debe orientarse de afuera a adentro; todo debe llevarse a cabo como misterio del Espíritu que progresa hacia su propia eternidad. El hombre lleva en sí mismo el enigma del mundo; su Conciencia es el centro, y para conocer el Universo hay que conocer al Hombre.

Para el autor, esta concepción debe ser el postulado de toda filosofía sin el que es inútil filosofar. Este cristiano ortodoxo no se recata en declarar que el cristianismo no ha descubierto la naturaleza del hombre.

NOTA N° 3

Mientras la obra estaba en imprenta (en septiembre de 1977), la revista Question de... (n° 20) publica un artículo de Aimé Michel re firiendo la siguiente información, que me parece de la mayor importancia:

El físico suizo Lawrence DoMASH en un documento titulado «¿Es la conciencia pura un estado cuántico macroscópico en el cerebro?», escribe textualmente: «La Conciencia pura es considerada ahora como la última esencia del universo, comprendido el universo físico», conforme a la más alta tradición filosófica (debe entenderse tradición oriental).

Esta confirmación de mi tesis por un físico indica claramente que estos tiempos nos van hacer asistir a esta mutación científica, significativa de una mutación general de la Conciencia en su retorno a lo Universal.

GLOSARIO

BRAHMÁN.— La suprema realidad espiritual. **BHAKTI-Yoga.**— Yoga de la devoción.

BIORRÉTROACCIÓN (*Feedback*).— Acción retroactiva de un efecto sobre su causa. Designa generalmente un proceso regulador, mecánico u orgánico.

DIENCÉFALO.— Zona del cerebro situada en la base del mismo, en las cercanías del tercer ventrículo cerebral. Es la sede de la vida vegetativa y del psiquismo, y el lugar de paso de las vías nerviosas que van del córtex al cerebro posterior.

EMOCIÓN DIENCEFÁLICA.— Emoción de tipo animal con reacciones neurovegetativas, opuesta al «sentimiento» que es la humanización de la emoción.

EPISTEMOLOGÍA.— Estudio crítico de las ciencias, con objeto de determinar su origen lógico, su valor y su alcance.

FILOBIOLOGÍA.— Ciencia de la vida centrada especialmente en la especie, mientras la ontobiología se interesa por el ser, el individuo.

GURÚ.— Maestro espiritual que tiene el poder de guiar a los hombres en el camino de la Realización. Para ser auténtico, debe estar él mismo «realizado» (un *jivan-mukta*). (*Mukti*: Realización).

HATHA-Yoga.— Yoga que tiene por objeto principal de disciplina el cuerpo físico, con el fin de actuar a través suyo sobre los cuerpos sutiles (energéticos).

HOMEOSTASIS.—Mantenimiento de las constantes del medio interior (sangre y linfa). Organización global de un organismo, gracias al conjunto de los reguladores automáticos internos. En un organismo homeostático, todo efecto actúa sobre su causa por retroacción (*feedback*). La homeostasis depende del sistema nervioso y de las hormonas.

HORMONA.— Sustancia química que, producida en pequeña cantidad por un órgano, tiene la propiedad de estimular el funcionamiento fisiológico de otro órgano.

INCERTIDUMBRE (Principio de).— Principio formulado por Heisenberg según el que no se puede conocer a la vez la posición y la velocidad de una partícula y, en consecuencia, determinar la trayectoria de un electrón.

JNANA-Yoga.— Yoga que, dirigiéndose a la inteligencia, se centra en el aspecto impersonal e inconcebible de la Enseñanza Única.

KALA.— Tiempo eterno que engendrará la ingenua noción del tiempo que conocemos.

KALPA.— En su sentido más general, duración de un día de Brahma (primer ser creado que tiene el poder de crear todo en el Universo, del que es el principal regente). También, 4.320.000.000 años que comprenden mil ciclos de cuatro edades.

KARMA-Yoga.— Yoga de la acción.

LAYA-YOGA.— Yoga de la disolución del ser individual que se funda en la Existencia Única.

MACROFÍSICA.— Por oposición a la microfísica: física tradicional que estudia la materia tal y como se presenta a nuestra ingenua percepción.

MICROFÍSICA.— Parte de la física que estudia especialmente el átomo y los fenómenos a escala atómica. Más especialmente todavía, la física nuclear que estudia el núcleo del átomo.

NEURÓEJE.— Parte axial del sistema nervioso central, del cerebro a la médula espinal, por oposición a los nervios periféricos.

NOÉTICOO-BIOLÓGICO.— Adjetivo que incluye, en la ciencia de la Vida humana, el nivel superior noético de la constitución.

NÚMEROS CUÁNTICOS.— Números esenciales que sirven para caracterizar a los electrones satélites que forman la nube electrónica que rodea al núcleo del átomo.

NOÛS.— Para los griegos, *ESPÍRITU*, nivel superior de la triada (espíritu, psique, cuerpo). Aristóteles explica esta jerarquía declarando: «Lo mismo que la vista es al ojo, es el espíritu al alma (o psique).» Asimilando a este «NOÛS» la Conciencia-Energía es como he reconstruido la «estructura trinitaria» del hombre «integral» (provisto de nuevo de un nivel superior integrante y subordinador del nivel psicológico y fisiológico). El adjetivo de «Noüs» es «noético». Del mismo modo, la ciencia del «Noüs» o ciencia de la Conciencia, es la «noética».

ONTOGÉNESIS.— Desarrollo del individuo desde la fecundación del óvulo al estado adulto.

OPERADOR MATEMÁTICO.— Símbolo matemático que indica una operación a efectuar.

PRINCETON (Gnosis de).— Obra publicada en 1974 por Raymond Ruyer relacionando las ideas que, respecto del pensamiento «avanzado» (científico y espiritual), le fueron expuestas por una élite de sabios americanos de las universidades de Princeton y Pasadena (físicos, astrónomos, biólogos, cosmólogos). Una interpretación materialista de la ciencia se les reveló como imposible. La gnosis clásica del principio de nuestra época admitía que una ciencia superior daba acceso al espíritu cósmico y a una posibilidad de salud. La gnosis de Princeton desdobra el postulado de la ciencia según el que todo es fenómeno; semejante ciencia sólo revelaría el envés de las cosas; el revés es la Conciencia.

QUANTA (plural de *quantum*).— Cantidad determinada de energía asociada a ondas electromagnéticas y que no depende de la frecuencia de las radiaciones. *La teoría de los quanta* es un conjunto de teorías y reglas de cálculo desarrollado como consecuencia de la introducción por Planck de la discontinuidad en la física atómica y en la teoría de las radiaciones.

RAJA-YOGA.— Vía de disciplina espiritual que trabaja sobre el control de la respiración y el control de la sustancia mental.

RELATIVIDAD (Teoría de la).— Formulada por Einstein, reconoce la imposibilidad de definir movimientos absolutos y lleva a la concepción de un continuum espacio-temporal de cuatro dimensiones.

— La teoría de la *Relatividad restringida* se limita a la descripción de acontecimientos tal y cómo aparecen a los observadores en estado de movimiento uniforme, unos en relación con otros.

— La teoría de la *Relatividad general*, aplicable a observadores que no están en movimiento relativo uniforme, lleva a una concepción nueva de la teoría de la gravitación universal.

SAMADHI.— Desprendimiento de la Conciencia de los niveles de la manifestación reabsorbidos en ella. Nivel de Realización espiritual.

SAMKHYA.— Sistema de filosofía y de práctica espiritual basado en un análisis detallado de la naturaleza y de la Conciencia (sistema dualista).

SEMÁNTICA.— Estudio de la significación de los términos del vocabulario y de las modificaciones que puede experimentar.

SEMÁNTICA GENERAL (de Korzybski).— Teoría general de evaluación no elementalista. A esta expresión está asociada la de «Lógica no aristotélica» o «sistema no aristotélico».

SERVOMECANISMO.— Mecanismo autocontrolado, concebido de tal forma que un pequeño esfuerzo es suficiente para controlar y dirigir un movimiento complejo que necesita un trabajo considerable.

SHAKTI.— Poder divino. Fuerza consciente de lo Divino.

STROBOSCOPIO.— Estimulador rítmico electrónico, por medio de una potente iluminación intermitente de los ojos, abiertos o cerrados (en electroencefalografía).

TANTRISMO.— Camino de disciplina espiritual, basado en el principio del Poder-Conciencia, concebido como la Madre en tanto que Realidad Suprema.

TÁLAMO.— Núcleo de sustancia gris situado en el interior del cerebro, de cada lado del tercer ventrículo.

TURIYA.— Todavía denominado cuarto estado, constituye la única Realidad. Sri Ramana Maharshi dice que es simplemente subyacente a los otros tres (estado de vigilia, de sueño profundo y de sueño sin sueños) y constituye su substrato inalterable.

VEDANTA.— Sistema de filosofía y de disciplina espiritual derivado del «Libro del Conocimiento» que es la última parte de los Vedas.

VEDANTA ADVAITA.— Escuela monística del Vedanta. No dualidad entre el espíritu y su manifestación.

VEDAS.— Santas escrituras, las más antiguas de la India. El Veda original está dividido en cuatro partes: Rig, Yajus, Sama y Atharva. Otro nombre para las escrituras védicas tomadas en su conjunto, comprendiendo los ciento ochocientos Upanishads, los Puranas, el Mahabharata, del que forma parte el Bhagavad Gita.

BIBLIOGRAFIA

1. MARCAULT, J.-E. y BROUSSE, Thérèse, *L'Éducation de Demain. La Biologie de l'Esprit et ses applications pédagogiques*. Préface de Ch. LAUBRY, Paris Alean, 1939. «Bibliothèque de Philosophie Contemporaine», 2^e éd., Paris Adyar, 1949.
2. ETEVENON, Pierre, *Vers une science des états de conscience*. Ponencia en la 3^a Semana Internacional de Yoga, Zinal, 3 de septiembre de 1975.
3. BRUNO, Jean, «Extase, Transe, Expérimentation», en: *Critique*, mayo de 1973, pp. 418-446.
4. OSTRADER, Sheila y SCHROEDER, Lynn, *Fantastiques recherches parapsychiques en URSS*, Paris, Robert Laffont, «Les énigmes de l'Univers», 1973.
5. WALKER, Evan Harris, «Consciousness in quantum theory», en: *The Journal for the study of consciousness*, vol. 5, n° 1, p. 46, y vol. 5, n° 2, p. 257, 1972-73.
6. RUYER, Raymond, *La Gnose de Princeton*, Paris, Fayard, 1975.
7. CARREL, Alexis *L'homme, cet inconnu*, Paris, Pion, 1935.
8. HUXLEY, Julian, *L'homme, cet être unique*, La Presse française et étrangère, Oreste Zeluck, Paris, 1941.
9. SCHRODINGER, Erwin, *What is Ufe?*, Cambridge University Press, 1955. (Introducción.)
10. ELIADE, Mircea, *Le Yoga, immortalité et liberté*, Paris, Payot, 1954, p. 14.
11. MAHAYOGA, *Teachings of Baghavan Sri Ramona Maharsni*, por «WHO», Sri Ramanasramam, Tiruvannamalai, 1950.
12. PATANJALI, W., *Aphorismes*. The Yoga system of PATANJALI or the Ancient Hindu Doctrine of Concentration of Mind, por James HAUGHTON WOODS, «Harvard Oriental series», vol. 17, p. XXX, Cambridge (Mass.), The Harvard University Press, 1927.
13. ROUSSEAU, Pierre, *Voyage au bout de la science*, Paris, Hachette, 1963, p. 187a 191.
14. SCHRODINGER, Erwin, *Science et Humanisme*, La physique de notre temps, Paris, Desclée de Brouwer, «Textes et Études philosophiques», 1954, p. 29.
15. LUPASCO, Stéphane, *Les trois Matières*, Paris, Julliard, 1960, pp. 15, 16, 136, 158.
16. ———, *L'énergie et la matière psychique*, Paris, Julliard, 1974.
17. CHARON, Jean-E., *Du temps, de l'espace et des hommes*, Paris, Edit, du Seuil; 1962, p. 43.
18. ———, *L'homme à sa découverte*, Paris, Edit, du Seuil, 1963, p. 49 a 53.
19. WOODROFFE, Sir John, *The World as Power*, Madras, Ganesh & C^o; Private L.T.D., 1957, pp. 310, 332, 394.
20. SCHWALLER DE LUBICZ, R.A., *Le temple dans l'homme*, El Cairo, Imprimerie Scindler, 1949, pp. 11,41, 108.
21. BROUSSE, Thérèse y LAUBRY, Charles, «Interférence de l'activité corticale sur le système végétatif neuro-vasculaire», en *Presse Médicale*, n°84, octubre de 1935.
22. BROUSSE, Thérèse, «Les Neurotonies», en *Leçons de cardiologie faites à l'Hôpital Broussais*, Paris, Doin, 1938, 1 vol., p. 287.
23. ———, «Retentissement cardio-vasculaire de l'activité consciente» en *Pratique Médicale française*, n°2, febrero de 1937
24. ———, *L'énergie consciente, facteur de régulation psycho-physiologique*, Comunicación al XI Congreso Internacional de Psicología, 25-31 de julio de 1937, en *L'Évolution Psychiatrique*, fascículo 1, 1938.
25. ——— y LAUBRY, Charles, «Documents recueillis aux Indes sur les yogis par l'enregistrement simultané du pouls, de la respiration et de l'électrocardiogram-me», *Presse Médicale*, 14 de octubre de 1936.
26. ———, «La maîtrise de la fonction. Sa conception et sa réalisation dans le système hindou de Yoga», *Actualité Médico-Chirurgicale*, enero de 1937.
27. ———, «Altruism and creativity as biological factors of human evolution», *Explorations in altruistic love and behavior. A symposium edited by Pitirim Sorokin*, Boston (Mass.), the Beacon Press, 1950, p. 118.
28. ———, «Contribution to the experimental study of altruism. Instrumental explorations of yoga techniques», *Forms and techniques of altruistic and spiritual growth. A symposium edited by Pitirin Sorokin*, Boston (Mass.), The Beacon Press, 1954, p. 189.
29. ———, *Études instrumentales des techniques du Yoga. Expérimentation psychosomatique*, École française d'Extrême-Orient, Paris, 1963, 2^e ed, 1976.
30. KUVALAYANANDA, Swami, «Asanas* et «Pranayama», *Popular Yoga*, 2 vol., Kaivalyadhâma, Lonavla, (G.I.P.) Bombay (India), 1950.
31. HUXLEY, Julian, *L'UNESCO. Ses buts, sa Philosophie*, Commission préparatoire, 1946, p. 6.
32. BROUSSE, Thérèse, *L'Enfance victime de la guerre. Problèmes d'éducation*, Documents UNESCO, 1949.
33. ———, *L'Éducation du futur citoyen du monde et l'enfance victime de la guerre*, Stages d'études de Podiebrady, 2 documentos UNESCO, septiembre de 1948.

34. _____, *L'éducation des émotions, en tant que facteur de compréhension internationale*, UNESCO y Fundación Carnegie, "Documents UNESCO, octubre, 1947.
35. LAKSHMAN, Dr. Sarma K. *Étude sur RAMANA MAHARSHI*. «Les Grands Maîtres Spirituels de l'Inde contemporaine», Paris, Adyar, 1949, p. 127.
36. GODEL, Roger, *Vie et Rénovation*, «Aux frontières de la science», Paris, Gallimard, 1957, p. 136.
37. PENFIELD «Memory mechanisms», *Archives of Neurology and Psychiatry*, vol. 67, n°2, febrero, 1952, p. 191.
38. ISCHLONSKY, *Brain and Behavior. Introduction as a fundamental mechanics of neuropsychic activity*, Londres, 1949.
39. RAMANA MAHARSHI, *L'Enseignement de RAMANA MAHARSHI*, Paris, Albin Michel, «Spiritualités vivantes», Série Hindouisme, 1972.
40. GODEL, Roger, «L'Homme devant un miroir», *Synthèses*, n°s 108-109, mayo-junio, 1955, p. 3, y n° 117, febrero, 1956, p. 186.
41. LuPASCO, Stéphane, *L'énergie et la matière vivante*, Paris, Julliard, 1962, p. 307.
42. LABORIT, Henri, *L'agressivité détournée*, Paris, Union générale d'édition, 1970, p.p. 22, 134, 136.
43. F ABRI, Marcello, *Oedipes sans énigmes*, Paris, Edit. Correa, 1950.
44. MONOD, Jacques, «On values in the age of science», *The pace of values in a world of facts*, Nobel symposium, 14, Ed. por Arne Tiselius, Sam Nilsson Almquist & Wiksell, Estocolmo, 1970, pp. 19-27.
45. BuzZATT-TRAVERSO, Adriano, «Pour une nouvelle philosophie des Lumières», *Diogene*, n° 91, Paris, Gallimard, 1975, p. 113.
46. RAPOPORT, A., «Scientific approach to ethics», *Sciences*, 125, 1957, pp. 796-799.
47. BROOK, Harvey, «Can science survive the Modern âge?», *Sciences*, 1974, pp. 21-30.
48. MARTIN, Charles-Noël, «Les vingt sens de l'homme devant l'inconnu», «Aux frontières de la science» Paris, Gallimard, 1958. Introduction, pp. 13, 14, 15.
49. MERCIER, Gustave, «Transcendance et Déterminisme» (Inédito postumo), en *L'âge nouveau*, febrero-marzo, 1959, p. 88.
50. GEX, Maurice, «Le dynamisme ascensionnel de G. Mercier», *L'âge nouveau*, febrero-marzo de 1959, p. 78.
51. DELPECH, L. J., «Itinéraire de la psychologie durant un demi-siècle», *Recherches et Débats*, 1954, n° 4.
52. HENRY, Charles, *Psycho-biologie et énergétique*, Paris, Hermann, 1909.
53. JACOBSON, Edmund, *You must relax*, Nueva York, Whittlesey House, Mc. Grawhill Book Company, 1948.
54. DUNBAR, Flanders, *Emotions and bodily changes, A survey of literature on psychosomatic interrelationships*, Nueva York, Columbia University Press, 3ª ed., 1946.
55. GARAUDY, Roger, *Perspectives de l'homme*, «Bibliothèque contemporaine», Paris P.U.F., 1959. (Introducción general).
56. JAURES, Jean, *La question religieuse et le socialisme*, Paris, Edit. de Minuit, p. 43.
57. NIEL, André, *Les Grands Appels de l'Humanisme Contemporain*, Paris, Le Courrier du Livre, 1966, p. 92.
58. RUYER, R., *La genèse des formes vivantes*, Paris, Flammarion, 1958.
59. TEILHARD DE CHARDIN, *L'énergie humaine*, Paris, Edit. duSeuil, 1962, p. 145.
60. JACOBI, Jolan, *La psychologie du C. G. Jung*, «Actualités pédagogiques et psychologiques» Neuchâtel-Paris, Delachaux & Niestlé, 1950.
61. TIMMONS, B. y KANELAKOS, D.P., «The psichology and physiology of meditation and related phenomena», *Bibliography II, Journal of Transpersonal psychology*, 1974, 6, pp. 32-48.
62. MASLOW, Abraham, *Vers une psychologie de l'Être*, Fayard, Paris, 1972.
63. DAS, M.N. y GASTAUT, Henri, «Variations de l'activité électrique du cerveau, du coeur et des muscles squelettiques au cours de la méditation et de l'extase yo-gique», *Conditionnement et Réactivité en électroencéphalographie. Symposium*, Paris, Masson, 1957, p. 21.
64. GODEL, Roger, *Une Grâce secrète*, Paris, Les Belles Lettres, 1960. (Introducción).
65. LONDON, F. y BAUER, E., *La théorie de l'observation en mécanique quantique*, Paris, Herman & Cie, 1939.
66. WIGNER, Eugène, «The place of consciousness in modern physics» *Consciousness and Reality*. Nueva York. Outbridge & Lazard, Inc.* 1972, p. 132.
67. PULLMAN, Bernard, *La Biochimie électronique*, Paris, P.U.F., «Que sais-je?», 1963.
68. KRISHNAMURTI, *Le Vol de l'Aigle*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé. 1971, pp. 62,63.
69. FANTI, Dr. S. G., *Le fou est normal*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1956.
70. DEBRAY-RITZEN, «Authur Koestler sur deux fronts», entrevista publicada por *Le Figaro littéraire*, 1º de octubre, 1971.
71. DELPECH, L. J., «Cybernétique et personnalité humaine», *L'âge nouveau*, marzo de 1954, n°36, p. 74.
72. -----, *La cybernétique et ses théoriciens*, Paris, Casterman, 1972.
73. DELOBELLE, André, «Rétroaction, Cybernétique et Sociologie», *Diogene*, Gallimard, n°91, julio-setienbre de 1975, p. 81.
74. AUREL-DAVID, *La cybernétique et l'humain*, «Idée», Paris, N.R.F., Gallimard. Prefacio de Louis COUFFIGNAL, 1965, pp. 131-132.
75. INGALESE, Richard, *The History and power of mind*, ed. inglesa, Londres, L;N. Fowler & Cº, 1905, 14ª ed.
76. GODEL, Roger, *Essai sur V «Expérience libératrice»*. Prefacio de Mircea Eliade. Paris, N.R.F., Gallimard, Collection «Les essais», 1952; Edit. «Présence», 1976.
77. HUXLEY, Julian, «L'humanisme évolutionniste», o *L'âge nouveau*, n° 106, p. 36.
78. SOLIE, Dr. Pierre, *Médecine et Homme total*, La Colombe, 1961, y *Planète*. n° 4.
79. PIAGET, Pr. Jean, «La conscience», *L'Aventure Humaine*, Edit. La Grande Batelière, vol. 5. pp. 46 a 52, 1967.
80. MUSES, Charles, «Hypernumber and metadimension theory», *The Journal for the study of consciousness*, vol. 1, n° 1, en-jun., 1963, p. 29.
81. GROF, Stanislav, «L.S.D. and the Cosmic Game. Outline of Psychedelic Cosmology and Ontology», *The Journal for the study of consciousness*, vol. 5, n°2, p. 188, 1972-73.
82. LAPICQUE, Louis, *L'excitabilité en fonction du temps*, Paris, P.U.F. 1926.
83. BOURGUIGNON, Georges, : *La Chronaxie chez l'h omme*, Paris, Masson, 1923.
84. MOLLARET, Dr. Pierre, *Interprétation du fonctionnement du Système Nerveux par la notion de subordination*, Paris, Masson, 1937.
85. GESELL, Arnold, *The Embryology of Behavior*, Nueva York-Londres, Harper & Brothers, 1945, Cap. 9.
86. BACHELARD, Gaston, *Le Nouvel Esprit Scientifique*. Paris, P.U.F., «Bibliothèque de Philosophie Contemporaine», 1950, p. 165.

87. KORZYBSKI, Alfred, *Science and Sanity*, The international non Aristotelian library Company, 4^e éd., The Institute of General Semantics Distributors, Lake-ville (Connect.), pp. 33 y 155. 1958.
88. LUPASCO, Stéphane, *Du rêve, de la mathématique et de la mort*, Paris, Christian Bourgois, 1971, p. 158.
89. CHARON, Jean E., *La Connaissance de l'Univers*, Paris, Edit, du Seuil, 1961, p. 115.
90. RAMANAMAHARSHI, Sri Bhagavan, «Who am H» 8^e éd., Sri Ramanasramam, Tiruvannamalai, S. (India), 1955.
91. WELTZ, Jean, «L'homme à sa découverte, de Jean Charon», en: *Vedanta*, Centre Vedantique Ramakrishna, p. 49.
92. HOYLE, Fred, *Aux frontières de l'Astronomie*, trad. Maurice et Edhit Vincent, Paris, Edit. Corrêa, 1956.
93. STROMBERG, Gustaf, *L'Ame de l'Univers*, Paris, Flammarion, 1961.
94. DOUBROV, Alexandr P., «Biogravitation et Psychotronic», *Impact*, *Lesparas-ciencias*, UNESCO, vol. XXIV, n°4, oct-dic, 1974, p. 329.
95. BERDIAEFF, Nicolas, *Essai de Métaphysique Eschatologique*, Paris, Aubier, Éditions Montaigne, 1946, p. 5 y 263.
96. SATCHIDANANDA MURTY, K. y RAMAKRISHNA RAO, K., *Current trends in Indian Philosophy*, Symposium, Andrah Press, Asia Publishing House, 1970.
97. SATCHIDANANDA MURTY, K., «Modern India and philosophy», *Current trends in Indian Philosophy*, op. cit. (96), p. xxix.
98. ZIMMER, H., *Les philosophies de l'Inde*, Paris, Payot, 1953, p. 359.
99. COCAGNAC, R. P., «Comment les hindous de 1975 vivent leur religion», *Question de*, n°8, 3^e trimestre, 1975, pp. 41-50.
100. AVALON, Arthur, *La Puissance du Serpent. Introduction au tantrisme*, Lyon, Derain, Collection «Tantrisme», 1959.
101. WOODROFFE, Sir John, *Power as consciousness*, Madras, Ganesh&C. 1954.
102. BOGEN, J. E., «Some educational aspects of hemispheric specialization», *Ucla Educator*, 1975, 17, p. 24-42.
103. GAZZANIGA, Michael, *Le cerveau dédoublé, Psicologie*, Bruselas, Dessart, 1976.
104. DREYFUS, Catherine, «Le Troisième Souffle», *Le Nouvel Observateur*, 22 de noviembre, 1976.
105. RAMAKRISHNA (*The Gospel of*), en: ZIMMER, *Les philosophies de l'Inde*, op. cit. (98), cap. V, p. 441.
106. VAN DER POL, B., Jr. *Zeitschrift für Hkhfrequenztechnik* 28, 178, 1926.
107. DANIELOU, Alain, *Yoga, méthode de réintégration*, «L'Arche», Colección «Commentaires», 1951.
108. FILLIOZAT, Pr. Jean, «La nature du Yoga dans sa Tradition», *Études instrumentales des techniques du Yoga*, op. cit. (29).
109. SIVANANDA, Swami, *Kundalini Yoga*, 4^e éd., 1950. The General Printing Works, Ltd., Calcuta.
110. BAGCHI, B. K. y WENGER, M. A., «Corrélations électrophysiologiques de certains exercices yoguis», Actas del Primer Congreso Internacional de Ciencias Neurológicas, Bruselas, 21-23 de julio, 1957. vol. 3, Pergamon Press, Paris-Londres-Nueva York, 1959.
111. VERDEAUX, G. y J. y FRANCES, R., «L'enregistrement polygraphique dans la perception visuelle et auditive», *Conditionnement et réactivité en électroencéphalographie*, Paris, Masson, 1957, p. 391.
112. DONZELOT, E., MILOVANOVICH, J. B. y BROUZE, Thérèse, «Le Champ électrique de Base. Recherches cliniques et expérimentales», *Arch. des maladies du coeur et des vaisseaux*, año 45, n°8. agosto de 1952, p. 718.
113. NOBAYAT, Dr. y MERY, Dr., «Compte rendu de recherches expérimentales sur les méridiens», *Actes des III Journées Internationales d'Acupuncture*, La Bour-boule, 6-7 de setiembre, 1957.
114. RELE, Vasant, *The mysterious Kundalini*, Bombay, Paraporevala, p. 67.
115. HEBB, D. O., «The problem of consciousness and introspection», *Brain mechanism and consciousness. A symposium organized by the Council for International Organization of Medical Sciences*, Oxford, Blakwell Scientific publication, 1956, p. 415.
116. ZUBEK Pr., J. P., Institut de Psychologie de l'Université de Manitoba (Winnipeg), Canadá.
117. EVOLA, Julius, *Le yoga tantrique*, Paris, Fayard, «Documents spirituels», 1971.
118. GOPI KRISHNA: *The awakening of the kundalini*, Nueva York, E.P. Dutton&C Inc., 1975.
119. CHAUVIN, Remy, «Costa de Beauregard: Physique et parapsychologie», *Question de...* n°13, julio, 1976, p. 83.
120. MARTIN, Charles-Noël, *L'énergie, moteur du monde*, Paris, P.U.F., 1962.
121. FIGAR, Stéphane, «The application of pletysmography to the objective study of so called extra-sensory-perception», *The Journal of the Society for psychical research*, Londres, n°712, die, 1959, p. 162-172.
122. KORESSIOS, N. T. y MARCHAL, M., *Essai de mesure des phénomènes électriques accompagnant la pensée émotive et l'influence*, Paris, Maloine, 1946. p. 87.
123. RHINE, J. B., *Le Nouveau Monde de l'Esprit*. Trad. del inglés por A.Colnat, Paris, Dépositaire Maisonneuve, 1953.
124. KÖESTLER, Arthur, Presentación del número 4 (Vol XXIV) de *Impact*, *Les Paras-ciencias*, UNESCO, octubre-diciembre, 1974, p. 292.
125. ZDENEK, Rejda, «La Psychotronic. Etat présent des connaissances», *Impact*, op. cit. (124), p. 307.
126. ECOLES, J., *The neurophysiological basis of mind*, Oxford University Press, 1953.
127. RENARD, Hélène, «L'extraordinaire cas MatthewMannings», *Question de...*, n°9, 4^e trimestre, 1975, p. 63.
128. MEGLIN, Albert, «La perception extra-sensorielle. La psychotronic», *Le Lotus Bleu*, febrero, 1976.
129. COSTA DE BEAUREGARD, O., *Le second principe de la science du Temps*, Paris, Edit, du Seuil, 1963, pp. 127-130.
130. WALLIS, Robert, *Le Temps, 4^e dimension de l'Esprit*, Paris, Flammarion, «Nouvelle Bibliothèque Scientifique», 1966. Prefacio de Costa de Beauregard.
131. COSTA DE BEAUREGARD, O., «Harmonie préétablie de la Relativité Restreinte et des quanta», *Sciences* n° 6, 1960, p. 40.
132. BARRUCAND, Pierre, «Parapsychologie et anthropologie. Compte rendu du Colloque de Royaumont», *La Tour Saint-Jacques*, n°s 66 et 67, setiembre-diciembre, 1956, pp. 108 a 120.
133. HUXLEY, Aldous, *Le Ciel et l'Enfer*. Traducción de J. Castier, Paris, Edit, du Rocher, 1956, p. 93.
134. LAIDLAW, Robert, «Nouvelle compréhension des phénomènes médiumniques», *Cahiers de la Tour Saint-Jacques*, Parapsychologie, IX, p. 30, 1960.
135. BACHELARD, Gaston, *La Dialectique de la Durée*, Paris, P.U.F., 1950, p. 128.
136. NEEDHEM, Joseph y ROBINSON, Kenneth, «Ondes et particules dans la pensée scientifique chinoise», *Sciences*, nov-dic, 1959, p. 65.
137. PINEL, Emile, *Les fondements de la Biologie Mathématique non statistique*, Paris, Maloine, 1973.
138. GLEIZES, Albert, *L'Homocentrisme, suivi de «Le rythme dans les arts plastiques»*, Sablons (Isère), Moly-Sabata, 1937.
139. PINHEIRO Dos SANTOS, Lucio Alberto, *La Rythmanalyse*. Publicación de la Société de psychologie et de philosophie, Rio de Janeiro, 1931. Citado por Bachelard, op. cit. (135), p. 128.
140. PARDEE, Harold, *Clinical aspects of the electrocardiogramme*, 4^e éd., Nueva York-Londres, Paul Hoeber, Inc., 1943, p. 20.
141. MOUGEOT, A., *Les cœurs périphériques*, Paris, Vigot, 1936, p. 105.

142. BOAS, M. I., *La défense psychique*, Paris, Alean, 1924.
143. VITTOZ, Roger, *Traitement despsycho-névroses parla rééducation du contrôle cérébral*, Paris, Baillière, 1947. 6¹ ed.
144. D'ESPINAY : *Bulletin de l'Académie de Médecine*, 8 de febrero, 1937.
145. DONGIER, S., GASTAUT, H. y DoNGIER, M., «Enregistrement polygraphique de l'effet surprise. Relations entre les résultats obtenus et les données cliniques», *Conditionnement et Réactivé en électroencéphalographie*, op. cit. (111), p. 130.
146. BEKKERING, J. D., KAMP, A., de LANGE, J., STORM VAN LEEUWEN, W., WE-RRE, P. F., «Corrélations entre l'analyse des fréquences et quelques phénomènes psychologiques», *Conditionnement et Réactivé en E.E.G.*, op. cit. (111), p. 209.
147. LAIRY, G. C. y DELL, P., «La régulation de l'activité corticale: aspects psychophysologiques», *Conditionnement et Réactivé*, op. cit. (111), p. 341.
148. GREY-WALTER: «Le cerveau vivant», *Actualités pédagogiques et psychologiques*, Neufchâtel-Paris, Delachaux & Niestlé, 1954, pp. 166, 167.
149. GREEN, E. E., GREEN, A. M. y WALTERS, E. D., «Voluntary control of integral perception states: psychological and physiological», *Transpersonalpsychology*, 1970,11,2-1-28.
150. GREY-WALTER, Intervención en la discusión de la presentación de H. Gastaut: «Etat actuel des connaissances sur l'E.E.G. du conditionnement», *Conditionnement et Réactivé en E.E.G.*, op. cit. (111), p. 135.
151. Jus, A. y Jus, C, «Les méthodes bioélectriques dans l'expérience conditionnelle clinique», *Conditionnement et Réactivé*, op. cit. (111), p. 36.
152. SHIPTON, Janet y GREY-WALTER, W., «Les relations entre les activités alpha, les modes de pensée et les affinités sociales», *Conditionnement et Réactivé*, op. cit. (111), p. 201.
153. FISCHGOLD, Dr H. y DREYFUS-BRISAC, C, *Savoir interpréter un électroencéphalogramme*, 2^e ed. Paris, Edit, de Visscher. 1960, p. 26.
154. GIBBS, Frédéric, GIBBS, Erna y LENNOX, William, «Electroencephalographic responses to overventilation and its relation to Age», *Journal of Pediatrics*, vol. 23, n° 5, pp. 497-505.
155. SKINNER, E. y HARRIMAN, Philip, *Child psychology*, Nueva York, The Macmillan Company, 1945, pp. 8, 326 y 499.
156. GESELL, Arnold y ILLG, Frances, *Infant and child in the culture of today*, Nueva York, Harper & Brothers, publishers, 1943, p. 13.
157. WALLON, Pr. Henri, «Le Jeu chez l'enfant», *Cours de pédiatrie sociale*, Fonds International de Secours à l'Enfance, (ONU), Paris, 1948. Editions médicales, tomo II, p. 923.
158. EDDINGTON, S. A., *Space, Time and gravitation. An outline of the GeneralRe-lativity theory*, Cambridge University Press, 1920.
159. BACHELARD, Gaston, *La philosophie du Non*, Paris P.U.F., 1962, p. 126.
160. BACHELARD, Gaston, *L'expérience de l'Espace dans la physique contemporaine*, Paris, Alcan, 1937, pp. 36 y 138.
161. GLEIZES, Albert, *Vers une conscience plastique. La forme et l'histoire*, Paris, Jacques Povolozky, (13, rue Bonaparte), 1932.
162. FILIPPI, Ulysse, *Connaissance du Monde Physique*. Prefacio de Louis de BRO-GLIE, Paris, Albin Michel, 1947.
163. KORZYBSKI, Alfred, *Le rôle du langage dans les processus perceptuels*, Nueva York, The International non Aristotelian Library Publishing House Company, 1965.
164. PRAT, Henri, *L'espace multidimensional*, Les Presses de l'Université de Montréal (Canada), 1971, p. 147.
165. LEVY, John, *La nature l'homme selon le Vedanta*. Traducción de René ALLAR, Paris, Edit. Denoël, 1960, p. 51 à 58.
166. KRISHNAMURTI, *La première et dernière liberté*; prefacio de A. HUXLEY, Paris, Stock, 1954, p. 244.
167. COOMARASWAMY Ananda, K., *El tiempo y la etemidad*. Traducción de Esteve Serra. Madrid, Taurus Ediciones, 1980 «Biblioteca de Estudios Tradicionales», n°4.
168. WHITE, E.E., *The wild flag*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1946.
169. BRÄCHET, Jean, *Embryologie chimique*, Paris, Masson, 1956.
170. PAUWELS, Louis, «Le déjeuner avec Bergier», *Question de...*, n°6. 1975, p. 10.
171. ELIADE, Mircea, «Introduction du tantrisme», *Approches de l'Inde*, Cahiers du Sud, 1949. pp. 41, 42, 43.
172. KALTE MARK, Max., *Lao Tseu et le Taoïsme*, Paris, Robert Laffont, 1974, pp. 87, 88, 89. s
173. KRISHNAMURTI, *Face à face avec Krishnamurti*. Discussions à Saanen et à Londres, 1965, Saanen Gathering Committee, p. 21.
174. BALZAC, Honoré de, *Séraphita*. Études philosophiques, «La Comédie Humaine», Paris, Edit, du Seuil.
175. SULLEROT, Evelyne, «La condition féminine», en *L'Aventure Humaine*. n°6. Paris, Edit, de La Grange Batelière, 1968, pp. 141, 142.
176. KRISHNAMURTI *L'éveil de l'intelligence*, Paris, Stock, «Monde ouvert», 1975, p. 515.
177. VEGA, Henri de la, y SORIN, Raphaël, *Citations de Fidel Castro*, Paris, Edit, du Seuil, 1968, p. 125.
178. BERDIAEV, Nicolas, *Le sens de la création*. Un essai de la justification de l'homme. Traducción de Mme Julien CAIN. Prefacio de Stanislas FINNET, Paris, Des-clée de Brouwer, 1955.
- , *De la Destination de l'Homme. Essai d'éthique paradoxale*, Paris, Ed. «Je sers», 1935.
179. OSBORNE, Arthur, *The collected works of Ramana Maharshi*, Londres, Rider & Company, 1959, p. 91.
180. TRIGANT BURROW, *Science and man behavior*. Incluye «The neurosis of man» Nueva York, Philosophical Library. Cap. IV y Apéndice, p. 487.
181. WERTHAM, Dr. Frederic, *Seduction of the innocent*, Nueva York, Edit. Rine-hart.
182. STEKEL, Wilhelm, *Le femme frigide*, Paris, Gallimard.
183. BROSSE, Thérèse, «Les ruses de l'ego», *Journal de Bord*, n°2 y 3,22, rue du 11-Novembre, Cannes, 1975.
184. BACH, Richard, *Stranger to the ground*, Londres, Cassel & C°, 1963.
185. BACH, Richard, *Jonathan Livingston le Goéland*. Traducción de Pierre CLOS-TERMANN, Paris, Flammarion, 1973.
186. SASTRE, Jean-Paul, *La Nausée*, «Le Rayon d'Or», Paris, N.R.F., Gallimard, 1951, pp. 178 à 190.
187. COBB, Stanley, *A preface to nervous disease*, Baltimore, Wood, Viii, 1973.
188. PENFIELD, «Discussion générale», *Brain mechanisms and consciousness*, op. cit. (115), pp. 499 y 500.
189. PENFIELD, WILDER y LAMAR, *Langage et mécanismes cérébraux*, Paris, P.U.F.
190. RAPAPORT, David, *Diagnostic psychological testing*. The Theory of statistical evaluation and diagnostic application of a battery of tests, Chicago, The Year Book Publishers Inc., 1945, pp. 167-168.

191. KRISHNAMURTI, *A l'écoute de Krishnamurti*. Cpnferencias de Londres, Paris y Saanen, Saanen Gathering Committee, 1966, p. 131.
192. , *Talks in California*. Publicados por Krishnamurti Writtings, Ojai; California, 1955, p. 59.
193. COHEN, S., «Neurotic ambiguity and neurotic hiatus between knowledge and action», *Journal of Psychiatry*, 1962, 3, pp. 75, 76.
194. DAVY, Marie-Madeleine, *L'homme intérieur et ses métamorphoses*, Paris, Edit, de l'Épi, 1974, p. 114.
195. FIRSOFF, V., *Life, mind and galaxies*, Edimburgo y Londres, Oliver & Boyd, 1967, pp. 102, 103.
196. MENETRIER, Jacques, «Rapports des mesures d'hydrooxydoréduction, de mobilité ionique avec les diathèses et les effets catalytiques», *Revue de pathologie générale et de physiologie clinique*, n°686, marzo, 1957, pp. 525 a 534.
197. CHUNDER BOSE, Sir Jagadis, *Réaction de la matière vivante et non vivante*. Traducción de Edouard MONOD-HERZEN, Paris, Gauthier-Villars, 1926.
198. -----, *Le mécanisme nerveux des plantes*, Paris, Gauthier-Villars, 1926.
199. MICHEL, Aimé, «Un savant français bouleverse la science atomique», *Science et Vie*. n°499, abril, 1959, p. 81.
200. VASSE, Dr et Madame, «Influence de la pensée sur la croissance des plantes», *Revue métapsychique*, n°2. Abril-mayo-junio, 1948.
201. DELAWARR (Laboratoire), Oxford (Gran Bretaña): *Pensée et Matière*.
202. WATSON, Dr Lyall, *Histoire naturelle du surnaturel*, Paris, Albin Michel.
203. DAVID, Roger, «Les Hormones végétales», *La science vivante*, Paris, P.U.F. 1952.
204. GRASSE, Pierre, Exposición preliminar del Coloquio : *L'instinct dans le comportement des animaux et de l'homme*, Fundación Singer-Polignac, Paris, Masson, 1956.
205. CANNON, W. B., *La Sagesse du Corps*. Traducción de BACQ, Edit, de la Nouvelle Revue Critique, Paris, 1946.
206. SCHRODINGER, Erwin, *Qu'est-ce que la Vie?* Traducción francesa, Paris, Club du Livre, pp. 130-132 (la referencia inglesa figura más arriba: 9).
207. MONTET, Charles de, *Evolution vers l'essentiel*, Lausanne (Suiza), Librairie Rouge & Cie, p. 305.
208. VASCO RONCHI, «Analyse critique des fondements de l'optique», *Sciences*, n°6. Marzo-abril, 1960, p. 41.
209. LINSSEN, Robert, *Naissance, Développement et Mirage de l'ego*, Bruselas, Editions «Etre Libre», 1976.
210. KRISHNAMURTI, *Le Changement Créateur*, Neuchâtel, Delachaux & Niestlé, p. 62.
211. WEIL, Simone, *La Connaissance Surnaturelle*, Collection «Espoir», Paris, Gallimard, p. 20.
212. DAVY, Marie-Magdeleine, *La Connaissance de Soi*, Collection «Initiation philosophique», Paris, P.U.F., 1971, pp. 17 y 119.
213. -----, «Introduction» al mensaje de Simone Weil, Paris, Collection l'«Epi», 1954, p. 230.
214. KRISHNAMURTI, *Entretiens de Saanen*, 1964, p. 53.
215. DAVY, Marie-Magdeleine, «Guides et méthode de la vie intérieure chrétienne», *Question de...*, 4° trimestre, 1975. n°9, p. 5.
216. LINSSEN, Robert, *Essais sur le Bouddhisme en général et sur le Zen en particulier*, Paris, La Colombe. Editions du Vieux-Colombier, 1960.
217. HERRIGEL, E., *Le Zen dans l'art chevaleresque du tir à l'arc*, Lyon, Derain, 1955.
218. LAMBILLIOTTE, Maurice, «L'homme en mutation», *Synthèses*, 140-141, enero-febrero, 1958, p.5.
219. LAMBILLIOTTE, Maurice, «Au-delà de l'Homo-Faber», *Synthèses*, 117, febrero, 1956, p. 173.
220. LINSSEN, Robert, *Spiritualité de la matière*, Paris, Le Courrier du Livre, 1975.
221. WHITE, John, «The Highest State of Consciousness », *The Journal for the Study of Consciousness*, 1971, vol. 4 n° 1, p. 13.
222. RICHARD, Paul, «Space: Vacuum or plenum». *The Journal for the Study of Consciousness*, 1971, vol. 4, n°2, p. 139.
223. WATTS, Alan W., *La joyeuse Cosmologie*, Paris, Fayard, 1971.
224. LINSSEN, Robert, *Science et Spiritualité*. (Vers un nouveau matérialisme spirituel), Paris, Le Courrier du Livre, 1974.
225. K.RISHNAMURTI, *Les Entretiens d'Ojai*, 1944, pp. 54-55.

**El lector interesado puede dirigirse a:
INSTITUTO DE INVESTIGACION CONCIENCIA Y ENERGIA
Apartado 37.102-Madrid**

INDICE

NOTA DE LOS TRADUCTORES	11
PRÓLOGO	12
INTRODUCCIÓN.....	17

Capítulo PRIMERO. ITINERARIO DE UNA INVESTIGACIÓN. *De la Cardiología a una «Ciencia del Hombre»* 25

La Cardiología y lo «psicosomático». Hacia una terapéutica mental. Experimentación. El mecanismo psico-fisiológico. Misiones científicas en la India, elaboración de documentación complementaria, teórica y experimental. Peligros de superficialidad en el estudio del Yoga por el occidental. Yoga y estructura Humana, energética y trinitaria. La Conciencia revela su «naturaleza» como «Poder». La Conciencia como nivel superior de integración. Meditación científica sobre higiene mental y «moral biológica». Para una educación biológicamente verdadera. Después de la India, la microfísica. Integración, mejor que síntesis. Conciencia y conocimiento de sí.

Capítulo II. EL HOMBRE TAL Y COMO SE MANIFIESTA: EL ANIMAL HUMANO. *Características y consecuencias*..... 37

El animal humano. Los handicaps: la dualidad y el ego. La dualidad en el plano fisiológico y en el plano psíquico. Confirmación de la microfísica. El ego. Su existencia ilusoria. Consecuencias sociales. Planteamiento de la cuestión. Necesidad de descubrir las leyes de la interioridad. Replanteamiento del valor de la ciencia. Problemas del Hombre. Nuestro objetivo: responder al mandado del «conócete a tí mismo».

Capítulo III. AVANCES CIENTÍFICOS Y CONOCIMIENTO DEL HOMBRE. *Aspecto didáctico de las ciencias de la interioridad.* 49

Enfoque interdisciplinar e integración. Las ciencias sociales. La Psicología. Sus diferentes aspectos. Exposición analítica de diversas teorías (trece en total). La Conciencia en la filosofía contemporánea. Filosofía y «Conciencia-Energía». Filosofía y ciencia del Hombre. El problema del Hombre planteado en términos de estructura energética y resuelto en términos de funciones. Verificación experimental de las leyes funcionales.

Capítulo IV. AVANCES CIENTÍFICOS Y CONOCIMIENTO DEL HOMBRE (continuación). *Exploraciones instrumentales de la interioridad. Microfísica y ciencia del Hombre*..... 67

Estudios experimentales de la interioridad relativos a estados no ordinarios de conciencia. Los sujetos. Los experimentadores. Alcance y significado del experimento. Estudio crítico del problema de los niveles de conciencia. Revisión epistemológica a partir de la experimentación. Estructura y conciencia. Ciencia de la Conciencia. Microfísica y ciencia del Hombre. Perspectivas en torno a la Conciencia. Microfísica y Shakta Vedanta. Energética humana. La cibernética. Límites e interés de su aplicación a las ciencias humanas. El principio de finalidad.

Capítulo V. EN LOS CONFINES DE LAS CIENCIAS. *Hacia un ensanchamiento de las fuentes del conocimiento* 85

Valor y límites de los conocimientos científicos desde el doble punto de vista de la «Conciencia» y de la «estructura» del ser humano. El descubrimiento de las leyes de la interioridad engendraría una «moral biológica». Óptica occidental habitual: la conciencia psíquica. Óptica oriental: la Conciencia autónoma trasciende el psiquismo, transformando la estructura dualista en estructura trinitaria. Jerarquía estructural conforme a la ley de integración. Consecuencias funcionales: subordinación de los niveles inferiores al nivel superior de integración. Cronaxis y subordinación. Unidad estructural y funcional. Importancia de los campos de fuerzas. Problema de la Energía inicial. La India responderá a las preguntas sin respuesta.

Capítulo VI. LA INDIA VIVIENTE. *Sus filósofos contemporáneos ante la Tradición. El Vedanta*..... 101

Introducción. Filósofos contemporáneos y Tradición. Bases de la moderna filosofía hindú. Gigantes espirituales y Vedanta. Ciencia y Vedanta. La doctrina. El SI MISMO o CONCIENCIA, realidad suprema, trascendente e immanente a la vez. Vedanta y microfísica. La energía en el Shakta Vedanta Advaita. La afectividad en el Vedanta y en la filosofía científica. La Tradición y los físicos ante la energía. Involución de la «Conciencia-Energía». Emanación de los niveles de conciencia psíquica. Estructura atómica de los diferentes planos de la Conciencia en el Vedanta. Al final del camino...

Capítulo VII. YOGA. *El desligamiento experimental de la Conciencia* 121

Dinamismo energético del yoga. Definición del yoga. Energética humana y yoga. Exploraciones instrumentales de los campos energéticos: electroencefalografía; campo eléctrico cardíaco; campo eléctrico de base; ondas periódicas psíquicas. Registros de ejercicios de Hatha-Yoga: Asanas, Mudras, Pratyhara. El Pranayama; su teoría. Kundalini-Yoga. Laya-Yoga, su anatomía energética. Los «siddhis» y sus peligros. El yoga psíquico. Práctica del «Samyama»; sus tres tiempos: dharana, dhyana, samadhi.

Capítulo VIII. LAS MANIFESTACIONES PSÍQUICAS DE LA «CONCIENCIA-ENERGÍA». Aspectos sociales y científicos 139

La «Conciencia-Energía» y el «Poder psíquico». La parapsicología. La psicocosmología a la luz del Vedanta. Mecanismo de la percepción. La irradiación de la energía psíquica en la vida social. Registros de inducciones psíquicas. La parapsicología en el campo de la energética científica. Definición de la espiritualidad. La física de los cuanta y la parapsicología. Replanteamiento de la causalidad. Ondas avanzadas y precognición. Estructura «biocuántica» de la precognición. Teoría supercuantificada y «descripción a lo Heisenberg». La energía psíquica en la relación psicósomática normal y paranormal. Los fenómenos paranormales en el animal y en la filogénesis Humana. Estudio del proceso de inhibición.

Capítulo IX. LAS EXPRESIONES RÍTMICAS DE LA «CONCIENCIA ENERGÍA». Registros experimentales 161

Importancia del ritmo en la filosofía científica y en la microfísica. El concepto de ondas en la historia, en China y en Occidente. Los ritmos de la biología. El ritmo en las artes. El «ritmoanálisis». El ritmo en la materia. Ritmoanálisis y biología. Ritmo y vida psíquica. Estudio instrumental de los ritmos vitales y psíquicos. Las «ondas periódicas lentas», detectoras de la cualidad psíquica. Mecanismo del fenómeno. Resultados experimentales desde el punto de vista de la rapidez, de la amplitud y de la morfología. El ritmo en la tradición hindú. Su investigación, deseable en una ciencia del hombre.

Capítulo X. LA ELECTROENCEFALOGRAFÍA DE LA «CONCIENCIA-ENERGÍA». Su valor en cuanto exploración psíquica ... 173

Un enfoque nuevo, poco ortodoxo pero susceptible de una eficacia hasta ahora descuidada en la apreciación de la cualidad psíquica. Correlaciones psico-encefalográficas. Los diferentes «pattems», en relación con los «niveles» de conciencia. Necesaria aclaración acerca de las actuales discusiones entre neurofisiólogos. Ejemplos de interpretaciones experimentales.

Capítulo XI. LOS NIVELES DE CONCIENCIA Y EL CRECIMIENTO PSICOLÓGICO DEL NIÑO. Un test evolutivo: «El absoluto noético» 183

La Conciencia, nivel superior autónomo de la estructura trinitaria Su movilidad, base del dinamismo evolutivo. Testimonio de su presencia operante a un nivel: el «absoluto noético». Crecimiento del niño. Evolución del adulto. La ontogénesis recapitula la filogénesis. Proceso de dominio de un nivel: sus tres tiempos. Escala de los niveles de la estructura psicológica. Nivel sensorial. Nivel activo. Nivel afectivo. Nivel intelectual analítico. Más allá del ego y de la síntesis. El problema de la comprensión entre los seres. -

Capítulo XII. LOS NIVELES DE CONCIENCIA Y LA EDUCACIÓN. 197

Los elementos del problema. Principios fundamentales: la educación en la autonomía: la libertad. Papeles respectivos de la herencia y de la variedad individual. El papel del maestro. Educación de acuerdo con las leyes del crecimiento. En la fase sensorial. En la fase activa. En la fase afectiva. En el período mental analítico. Entrada en la fase de la inteligencia sintética. Aspecto social que implica el ego.

Capítulo XIII. LA VIDA EN EL NIVEL MENTAL SINTÉTICO. La ciencia y el nivel evolutivo del mundo actual 209

La evolución de la conciencia científica por los distintos niveles psicológicos. El cambio del análisis a la síntesis. La filosofía del «No»: En epistemología. En física. En geometría. En química. En lógica. El problema del lenguaje. Evolución de las nociones de «espacio» y de «tiempo». El «espacio-tiempo». El tiempo y la psicología. El tiempo y la física. Teorías físicas cercanas al Shakta Vedanta: sobre el continuo «espacio-tiempo»; sobre la «sistematización energética». El «espacio-tiempo» en el Shakta Vedanta. Conclusión: aportación científica de la India. Reabsorción del tiempo en la Experiencia Perfecta».

Capítulo XIV. LA VIDA SOCIAL EN EL NIVEL MENTAL SINTÉTICO. El ego y los problemas de segregación: la Nación. El Sexo. El problema del descondicionamiento..... 229

El ego social. Las «Naciones» y su voluntad de «soberanía». Anécdota sobre la fundación de las Naciones Unidas. Rechazo de las propuestas de universalidad. Tensiones intersintéticas. La evolución de las conciencias es insuficiente. La segregación sexual. Cuando el andrógino se cree unisexuado. Sexualidad relativa. Sexo fisiológico y androginia psicológica. Sexo-eros y sexo-sociedad. El problema de las Naciones Unidas. La segregación en el matrimonio. El derecho de todos y de todas a la evolución individual y a la participación social.

Capítulo XV. MÁS ALLÁ DEL INTELLECTO SINTÉTICO. *Hacia la mente universal. La función noética* 251

La oportunidad de una nueva mutación: la Conciencia es Una y Universal. Un ejemplo literario de evasión conceptual. Nueva puntualización sobre la Conciencia. Su naturaleza. Su expresión. La función noética y la atención. Necesidad de precisar la noción de «atención». Su cualidad indispensable; lucidez sin juicio. Las implicaciones de la función noética: humanas y científicas. Confirmaciones clínicas y experimentales. La moral desde un punto de vista biológico. Su carácter inhabitual. Su eficacia. Se aclara el camino: surge una ciencia del hombre. Esta ciencia está fundada sobre la Conciencia; esta ciencia es energética. Importancia heurística de esta concepción renovada. Hacia el conocimiento de lo Real.

Capítulo XVI. LA «CONCIENCIA-ENERGÍA» EN EL UNIVERSO. *Conciencia de la materia. Conciencia vegetal. Testimonios experimentales*..... 269

Conciencia de la materia. ¿Es la Energía la Conciencia? Ciencia y mentalidad del científico. Microfísica y Conciencia. Conciencia y catálisis. Conciencia y potencialidad. Negantropía frente a entropía. La lucha por la vida. Heterogeneidad frente a homogeneidad. Electrones, consciencia y química. Microfísica y molécula. Energía nuclear y Kundalini. Estudio experimental de la «Conciencia Una» en los metales: Instituto BOSE de Calcuta. La Conciencia en el reino vegetal. Experiencias de Bose. Transmutaciones biológicas. Reacciones de las plantas al pensamiento humano. Instinto maternal en las plantas. Afectividad vegetal. Funciones biológicas de la conciencia vegetal. V

Capítulo XVII. LA «CONCIENCIA-ENERGÍA» EN EL UNIVERSO (continuación). *La conciencia animal. La conciencia, física en el cuerpo humano. La «Sabiduría del Cuerpo»* 287

A) La conciencia en el animal. La alquimia biológica. El instinto. Definiciones. Especie y conciencia. Algunos ejemplos. Algunos comentarios científicos. Pusilanidad justificada. Ignorancia en cuanto a la Conciencia. Comportamiento y coeficiente de encefalización. Un autor admite la Conciencia. Se esquivo la conclusión científica. B) La conciencia física en el cuerpo humano. La Sabiduría del Cuerpo. Constataciones empíricas. Estructura energética del organismo. Sus características. El organismo físico aprehensor y elaborador de información. Magia y poder del cuerpo humano.

Capítulo XVIII. Lo REAL. *Su naturaleza. Experiencias de la interioridad* 305

A) La naturaleza de lo REAL. El estado sin ego. Cómo liberarse del ego. Inefabilidad de lo Real. La noción de «gurú». Peligros de malinterpretación de lo Real. Carácter universal del «estado sin ego». Los intelectuales sienten la impotencia del intelecto. B) Experiencias: 1) Transitorias provocadas, unas de carácter psíquico otras diferentes. 2) Transitorias espontáneas. 3) La «experiencia liberadora» y sus caracteres específicos. Un testimonio de experiencia transitoria espontánea. Nota importante con vistas a diferenciar los estados psíquicos de los estados de Conciencia pura en los estados hiperfísicos y en los estados físicos de «atención».

CONCLUSIÓN 325

NOTAS

Nota nº 1: Conciencia y Materia. Prospectiva de Sri Aurobindo 331

Nota nº 2: Berdiaeff; el sexo y el problema de la evolución.332

Nota nº 3: Conciencia y universo subcuántico..... 333

GLOSARIO 335

BIBLIOGRAFÍA..... 339

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN EL MES DE DICIEMBRE DE 1981
EN LOS TALLERES GRAFICOS EMA
MIGUEL YUSTE, 37
MADRID-17

TITULOS DE LA COLECCION

ENSAYISTAS

1. Mircea Eliade: Imágenes y símbolos.
8. José Luis Aranguren: Crítica y meditación.
39. Theodor Viehweg: Tópica y jurisprudencia.
44. Theodor W. Adorno y Max Horkheimer: Sociológica.
45. Victor Kraft: El Círculo de Viena.
47. Jean Duvignaud: El actor. Para una sociología del comediante.
48. Bertrand Russell: Lógica y conocimiento.
50. Edgar Wind: Arte y anarquía.
51. Jean París: El espacio y la mirada.
58. Antoine Vergote: Psicología religiosa.
61. Theodor W. Adorno: Tres estudios sobre Hegel.
62. Bertrand Russell: Análisis de la materia.
63. Paul Ricoeur: Finitud y culpabilidad.
64. José Luis L. Aranguren: Memorias y esperanzas españolas.
71. Maurice Merleau-Ponty: La prosa del mundo.
73. Aranguren, Bataillon, Gilman, Laín, Lapesa y otros: Estudios sobre la obra de Américo Castro.
74. Carlos Moya: Teoría sociológica: una introducción crítica.
75. Eugenio Trias: La dispersión.
76. Alexander Mitscherlich: La idea de la paz y la agresividad humana.
79. Elias Díaz: Sociología y Filosofía del Derecho.
81. George Edward Moore: Defensa del sentido común.
83. E. M. Cioran: Breviario de podredumbre.
84. Georges Bataille: Sobre Nietzsche.
85. Fernando Savater: La filosofía tachada, precedido de Nihilismo y acción.
86. Gustavo Bueno: Ensayos materialistas.
87. Joseph Lortz: Historia de la Reforma. 2 vols.
89. Varios: Presentación del lenguaje. (Compilación de Francisco Gracia.)
90. Emmanuel Mounier: Manifiesto al servicio del personalismo.
91. Walter Benjamín: Discursos interrumpidos.
92. Georges Bataille: La experiencia interior.
94. Kostas Axelos: Hacia una ética problemática.
95. José Luis L. Aranguren: Moralidades de hoy y de mañana.
96. Roland H. Bainton: Servet, el hereje perseguido.
97. Charles Fourier: La armonía pasional del nuevo mundo.
98. E. M. Cioran: La tentación de existir.
99. Friedrich Nietzsche: Inventario.
100. Américo Castro: Sobre el nombre y el quién de los españoles.
101. Fernando Savater: Apología del sofista.
102. Stanislav Andreski: Las ciencias sociales como forma de brujería.
103. John Chadwick: El enigma micénico.
104. Giordano Bruno: Mundo, magia, memoria.
105. Georg Groddeck: El libro del Ello.
106. Hannah Arendt: Crisis de la República.
107. Ben Rekers: Arias Montano.
108. José Luis L. Aranguren: El futuro de la Universidad y otras polémicas.
109. Friedrich Nietzsche: El libro del filósofo.
110. Jean Baelen: Flora Tristan: Socialismo y feminismo en el siglo XIX.
111. Marcelin Defourneaux: Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII.
112. Martin Jay: La imaginación dialéctica. (Una historia de la Escuela de Frankfurt.)
113. Francés A. Yates: El arte de la memoria.
114. Víctor Gómez Pin: El drama de la Ciudad Ideal.
115. Julio Caro Baroja: De la superstición al ateísmo. Meditaciones antropológicas.
117. Georges Bataille: El culpable.
118. (Serie Maior.) Emile Poulat: La crisis modernista. (Historia, dogma y crítica.)
119. (Serie Maior.) Jean Pierre Faye: Los lenguajes totalitarios.
120. Walter Benjamín: Haschisch.
121. E. M. Cioran: El aciago demiurgo.
122. (Serie Maior.) Hannah Arendt: Los orígenes del totalitarismo.
124. Clément Rosset: La anti-naturaleza.
125. Gilíes Deleuze: Presentación de Sacher-Masoch.
126. Alian Janik y Stephen Toulmin: La Viena de Wittgenstein.
127. Jean Starobinski: La relación crítica. (Psicoanálisis y literatura.)
128. Klaus Dörner: Ciudadanos y locos. (Historia social de la psiquiatría.)
129. Alfred Schimidt: Feuerbach o la sensualidad emancipada.
130. Fernando Savater: Ensayo sobre Cioran.

131. Theodor Reik. Variaciones psicoanalíticas sobre un tema de Mahler.
132. Carmen Martín Gaité: Macanaz, otro paciente de la Inquisición.
133. Theodor W. Adorno: Dialéctica negativa.
134. Mircea Eliade: Iniciaciones místicas.
135. Carlos Castilla del Pino: El humanismo «imposible», seguido de Naturaleza del saber.
136. Georges Bataille: Teoría de la Religión.
137. José Luis L. Aranguren: La cultura española y la cultura establecida.
138. G. W. Hegel: Historia de Jesús.
139. Jean Starobinski: La posesión demoníaca. Tres estudios.
140. Marc Oraison: El problema homosexual.
141. Maurice Blanchot. La risa de los dioses.
- 142-143. Theodor W. Adorno: Terminología filosófica (2 vols.).
144. Quentin Bell: El grupo de Bloomsbury (edición ilustrada).
145. Bertrand Russell: La América de Bertrand Russell.
146. Varios: El Club de Haschisch. (La droga en la literatura.) (Edición de Peter Haining.)
147. Igor Strawinsky: Poética musical.
148. Javier Muguerza: La razón sin esperanza.
149. Jean Bécarrud: De la Regenta al «Opus Dei».
150. Theodor W. Adorno: Teoría estética.
- 151-152-153. Francois Châtelet y otros: Los marxistas y la política (3 volúmenes).
154. Bertrand Russell: El conocimiento humano.
155. Roberto Mesa: Teoría y práctica de Relaciones Internacionales.
156. Víctor Gómez Pin: Ciencia de la lógica del sueño.
157. Alma Mahler: Gustav Mahler: Recuerdos y cartas.
158. Eugenio Triás: La memoria perdida de las cosas.
159. Renato Treves: Introducción a la Sociología del Derecho.
160. Thomas Mérmall: La retórica del humanismo. (La cultura española después de Ortega.)
161. Sigmund Freud y C. G. Jung: Correspondencia.
162. José Luis L. Aranguren: La democracia establecida.
163. Jürgen Habermas: Conocimiento e interés.
164. Eduardo Subirats: Figuras de la conciencia desdichada.
165. Ludwig Wittgenstein: Cartas a Russett, Keynes y Moore.
166. F. Secret: La kabbala cristiana del Renacimiento.
167. Alfredo Fierro: Sobre la Religión. Descripción y teoría.
168. Johannes Cremerius: Neurosis y genialidad. Biografías psicoanalíticas.
169. Alfredo Deaño: Las concepciones de la Lógica.
170. Eugenio Triás: Tratado de la pasión.
171. Varios autores: En favor de Bloch.
172. Pierre Klossowski: Tan funesto deseo.
173. Varios autores: Homenaje a J. Ferrater Mora.
174. E. M. Cioran: Del inconveniente de haber nacido.
175. Javier Echevarría: Sobre el juego.
176. Pierre Aubenque: El problema del ser en Aristóteles.
177. Isidoro Reguera: La miseria de la razón. (El primer Wittgenstein.)
178. La polémica Leibniz-Clarke. (Edición de Eloy Rada.)
179. Emmanuel Le Roy Ladurie: Montailou, aldea occitana, de 1294 a 1324.
180. Henri Arvon: El anarquismo en el siglo XX.
181. Georges Duby: San Bernardo y el arte cisterciense. (El nacimiento del gótico.)
182. Eduardo Subirats: La ilustración insuficiente.
183. Erik H. Erikson: Identidad. (Juventud y crisis.)
184. (Serie Maior.) Mario Praz: Mnemosyne. (El paralelismo entre la literatura y las artes visuales.)
185. Varios autores: Picasso. 1881-1981.
186. David Matza: El proceso de desviación.
187. Carlos García Gual: Mitos, viajes, héroes.
188. Eugenio Garín: Medioevo y Renacimiento.
189. Miguel A. Quintanilla: A favor de la razón.
190. Jürgen Habermas: La reconstrucción del materialismo histórico.
191. Diego Romero de Solís: Poésis. (Las relaciones entre filosofía y poesía.)
192. Elías Díaz: Estado de Derecho y sociedad democrática.
193. Manuel Villegas López: La nueva cultura.
194. Hermann Bauer: Historiografía del Arte.
195. Louis Gernet: Antropología de la Grecia antigua.
196. E.-E. Evans-Pritchard: La religión Nuer.
197. Marcel Detienne: Los maestros de verdad en la Grecia arcaica.
198. Eduardo García de Enterría: Revolución Francesa y Administración contemporánea.

PVP
6 601.300



ESTA obra, aparecida en Francia en 1978, representa una verdadera síntesis filosófica y científica de los enfoques antropológicos oriental y occidental, en la que prácticamente se resume toda una vida de trabajo e investigación en torno al tema de lo que ella llama «Hombre Integral». Thé-rése Brosse, durante sus setenta y nueve años, se ha dedicado, a la investigación teórica y experimental en ciencias biológicas y físicas, laboratorios de cardiología, fisiología, psiquiatría, centros pedagógicos y de estudios orientales, con la intención de ensanchar o ampliar la ciencia psicosomática hacia una ciencia que, dando una especial atención al problema de la Conciencia, tenga en cuenta las aportaciones de las técnicas y doctrinas orientales tradicionales, y en particular el Shakta Vedanta Advaita.

Autora de diversas publicaciones sobre cardiología, educación, la infancia, el yoga y la conciencia-energía, es Doctora en Medicina por la Facultad de Medicina de París, donde fue Jefe de Clínica Cardiológica. Trabajó y fue miembro de diversas organizaciones como la UNESCO, el Harvard Research Centre in Creative Altruism, la Sociedad Francesa de Cardiología, Fundación Carnegie, Sociedad Francesa de Investigaciones Científicas sobre Yoga, Escuela Francesa de Extremo Oriente, etc. Además, en otro orden de cosas, está en posesión de diferentes distinciones honoríficas como Caballero de la

Legión de Honor, Cruz de Guerra con Palmas, Oficial de la Academia (Palmas) por los servicios prestados a la Ciencia, Caballero de la Salud Pública, Medalla de la Resistencia francesa y de la belga... Toda esta larga y rica experiencia se pone de manifiesto en esta obra multidisciplinaria que, de alguna manera, viene a ser una especie de culminación y síntesis de su propia vida.

